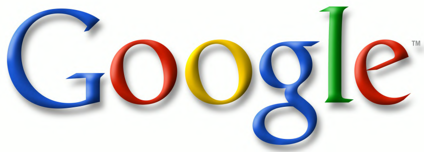



3 2044 103 162 509



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

GUERRA

DE

LA INDEPENDENCIA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO X

MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

—

1896

CAPÍTULO PRIMERO

FERNANDO VII Y LOS AFRANCESADOS

Fernando VII.—Su destino á Valençay.—Su llegada.—La vida en Valançay.—Napoleón y Talleyrand.—Proyectos de evasión.—El de Malibrán.—El del Marqués de Ayerbe.—El de Kolli.—La Reina de Etruria.—Venganzas de Napoleón.—Consideraciones.—Los afrancesados.—Sus razonamientos.—Testimonio de la *Gaceta de Madrid*.—Cómo se afrancesaba á las gentes.—Las Justicias.—El Clero.—La Grandeza.—Tropas españolas del Intruso.—Resumen.

Uno de los asuntos más enojosos y más difíciles de tratar en la presente historia es el que se refiere á la conducta de Fernando VII durante el tiempo de su cautividad y, en contraposición, la de los Afrancesados, sus mayores enemigos. Las pasiones políticas han hecho presa en las cualidades personales de aquel monarca, según las reveló en los tan diversos períodos de su existencia y principalmente de su reinado; y vivos aún los resentimientos por las varias fases que éste ofreció y en que tantos intereses se pusieron en juego, no es fácil presentar un juicio que á todas parezca imparcial y justo. Fernando VII

Hemos de empezar, por lo mismo, manifestando en abono de las opiniones y fallos que vamos á emitir, que, nacidos y educados en ambientes sinceramente liberales, depurados en el crisol de la adversidad, no, por eso, rebosando en las iras que el infortunio suele á veces provocar, sólo ha de inspirarnos esos fallos la se-

vera y digna obediencia á los preceptos que dictan el estudio y el ejercicio de la Historia. Habrá quien no lo crea así, hallándonos débiles ó extraviados en nuestra manera de examinar y juzgar los procederes y el gobierno de aquel hombre, enigma histórico todavía, no fácil de penetrar por las generaciones próximas á la suya, toda ella influida por el espectáculo de tantos contrastes como ofreció el huracán político en que vivía; pero ni ese temor ni esos escrúpulos nos han de detener en el propósito firme, en la resolución de decir á nuestros lectores la verdad, tal cual la comprendemos y sentimos. Tanto se ha escrito sobre Fernando VII y tanto se ha hablado en todo género de asambleas políticas y literarias con tonos tan discordantes, que se vé claramente la necesidad de, sin prejuicios propios ni sumisiones á conceptos agenos, por autorizados que parezcan, recoger y aquilatar esas opiniones, así como definir y robustecer las propias.

Ya en España y para el tiempo á que alcanzan los sucesos de la guerra de la Independencia que hemos recordado, se sujetaba á examen la conducta de Don Fernando y se debatía en las reuniones privadas y hasta en las públicas, á pesar de hallarse recluso en tierra enemiga, sin medios, por consiguiente, para ejercer autoridad. Achacábanle, empero, actos de que se le pudiera exigir responsabilidades, más que por sus consecuencias inmediatas, por llegar á ser indicaciones de un carácter que las produjera después graves para el gobierno de la nación y para la suerte de los que hubieran intervenido en él.

Su índole, cualquiera que fuese la que le dió naturaleza al nacer, hubo de hacerse mala con los trata-

mientos que sufrió y la educación que había recibido. Hemos dicho en otra parte: «Receloso ya de por sí y retraído; con el apartamiento en que se le tenía de los negocios públicos y hasta del cariño de sus padres; sospechando no haber sido natural la desgracia, reciente aún, de su esposa la princesa Antonia y viéndose rebajado ante la figura, entonces descollante, del favorito, objeto, así como del odio, de la adulación de casi todos, altos y bajos; ¿qué de extraño se enseñorearan de Fernando la astucia, el disimulo y aquella frialdad de corazón de que tanto se le acusa?» Napoleón, así, le halló inspirándole poco interés, incapaz, sin responder jamás ni cambiar de fisonomía cuando se le dirigía la palabra, lisonjera ó agria, *solapado*, por fin, para definir con exactitud su carácter.

Pero si en el palacio real de España tenía que recurrir al disimulo en sus palabras y al hielo en su pecho para no venderse ni perder las ventajas de su posición y sus derechos, ¿cómo no en Bayona, donde se le arrebataban éstos amenazándole hasta con la muerte si no los cedía al injusto matador del duque de Enghien? ¿Qué quería Napoleón? ¿Que se mostrara Fernando en su presencia abogado en pleito ya perdido desde el momento de su imprudente viaje á Bayona? ¿Que con ese motivo revelara los grandes talentos que á él, enemigo declarado de los ideólogos, le gustaba humillar y confundir con la poderosa argumentación de sus triunfos y conquistas? ¿Que se le rebelase y, altanero é indignado, le diera ocasión de justificar el ominoso y gratuito atropello que tenía meditado cometer con él? No: á Fernando nunca le hubieran faltado razones ni medios tampoco para ex-

ponerlas en litigio tan justo como el á que se le provocaba; pero con los argumentos presentados por el Emperador, principalmente el incontrovertible de la amenaza de muerte que le dirigió en último término, era muy expuesto contender, y el Príncipe apeló á los únicos que le ocurrieron en tan supremo trance, al del silencio, que le era fácil, y al del disimulo que se le había hecho habitual.

De talento claro, había muy luego descubierto los desórdenes de la corte y sentido la falta de cariño de los que mayor debían demostrárselo, de su madre principalmente, sometida á quien hallaba en Fernando un vigía constante é interesado en el honor de la familia y en sus privilegios de primogénito, y en el de su padre también, instrumento bien severo pero inconsciente de los caprichos y desvaríos de aquella reina, todo pasión y extravío. Esos gérmenes de recelos sombríos, de malquerencia y deseos de venganza, tenían que desarrollarse y crecer con la educación que en medio tan dispuesto á dar fruto cultivaron ayos y maestros, tan enojados como él por los desdenes de la fortuna y por el rencor creado en sus corazones con la desairada situación del Príncipe, su pupilo y discípulo, que hacía la suya sumamente difícil y peligrosa. La causa del Escorial les había hecho esa situación perfectamente manifiesta; y el destierro de Infantado, ayo de D. Fernando, y el de Escoiquiz, su primer maestro, á pesar de la absolución de todos los presos por el Consejo convocado para condenarlos, exacerbó en ellos el odio concentrado de mucho antes en sus pechos. La misma debilidad, revelada en el Príncipe al firmar las cartas que le presentó Godoy pidiendo la indulgencia de sus padres, debió

luego acrecentar la ira, ya tan antigua en él, suscitada, como hemos dicho, por los desaires sufridos, la prematura muerte de su mujer, que se le quería pintar como mártir santa sacrificada á las pasiones bastardas de su suegra, y el atropello, por fin, cometido con él, más que con su encierro en las reales habitaciones, con haber puesto de relieve la flaqueza de su corazón (1).

¿Se necesitaba más para agriar el genio suspicaz de Fernando? Pues vinieron los acontecimientos de Aranjuez en marzo de 1808 y la lucha entablada en el interior de Palacio por la abdicación de Carlos IV, el cruel desengaño de sus ilusiones de benevolencia por parte de los franceses, ya establecidos en Madrid, y respecto á las de amistad con Napoleón al emprender su viaje á Bayona, la pérdida allí, por último, de todas sus aspiraciones, de la corona y de su libertad al cabo de tanto sufrir, de tanto envidiar y de ver sólo negruras, sólo tinieblas para su porvenir.

Su destino á Valençay.

Y el 11 de mayo de 1808, D. Fernando con su hermano D. Carlos y su tío D. Antonio, se ponía en marcha para la señorial residencia de Valençay, preparada para recibirle por su nuevo dueño el antiguo Obispo de Autun, príncipe entonces de Benevento, que poco antes la adquiriera con el dinero, precisamente, que le había enviado Godoy para hacerse grato á los ojos de Napoleón.

---

(1) Siempre persistió en la manifestación de su inocencia en el suceso del Escorial. En 5 de diciembre de 1814, concedía á los sujetos presos y confinados en 1807 á consecuencia de aquella causa el uso de una cruz de oro, con cinta roja, en cuya cara principal se veían unas parrillas y palma entrelazada, y en el reverso un letrero que decía: *Por el Rey: Premio á la inocencia.*

El 19 de mayo recibieron al desposeído monarca en la puerta de aquel sombrío palacio, Talleyrand y la Princesa su mujer, «dama, hemos dicho en otra parte, tan discreta y traviesa como linda, y las *damiselas* de que se presentó rodeada, bando de inocentes palomas á los ojos de la juventud inexperta, y cebo que se arrojaba para descrédito y perdición de nuestros príncipes, bastante precavidos, con todo, para no morderlo» (1).

«Aquel momento, decía Talleyrand en sus Memorias recientemente publicadas, ha dejado en mi alma una impresión que nunca se borrará. Los príncipes eran jóvenes y en ellos y al rededor de ellos, en sus trajes, en sus coches, en sus libreas, todo ofrecía la imagen de los siglos pasados. La carroza de que les ví apearse podía tenerse por un coche de Felipe V. Aquel aire de antigüedad, recordando su grandeza, añadía interés al de su posición. Eran los primeros Borbones que volvía yo á ver tras de tantos años de tempestades y desastres. No fueron ellos los que experimentaron embarazo alguno; fuí yo, y tengo placer en decirlo» (2).

---

(1) «Fernando VII en Valençay».—«Tentativas encaminadas á procurar su libertad». Folleto de 61 páginas en 4.º, escrito y publicado en Madrid el año de 1880.

Hay en las *Memorias del Duque de Róvigo* (General Savary) un capítulo de culpas á Talleyrand, en que se consignan las razones de por qué se debe tener por averiguado que, en vez de entregar nuestro gobierno cinco millones mensuales á Francia á consecuencia del tratado de San Ildefonso, había Napoleón, después de la campaña de Marengo, rebajado á dos millones y medio aquel subsidio. Ni Talleyrand ni Godoy habían dado cuenta de esa rebaja á sus respectivos ministerios y se repartieron el resto de los cinco millones.

Con eso tenía Talleyrand de sobra para la compra del palacio de Valençay.

(2) No recordaba al escribir eso la magnífica fiesta que había dado en 1801 á los Borbones Infantes de España y Reyes de Etruria en su paso por París. «Modelo, dice Thiers, del gusto y

Bien se conoce que Talleyrand escribió sus Memorias después de haber abandonado la causa de Napoleón; porque más parecen en esa parte alegatos para congraciarse con las víctimas de sus complacencias, siquier oficiales, para su despótico amo, que generosas manifestaciones de nobles sentimientos en favor y alivio de los Príncipes sujetos á su vigilancia. Es verdad que había opuesto la resistencia posible con Napoleón á la arbitraria, injusta é imprudente empresa contra España; es también cierto que se había enfriado desde entonces su adhesión á la política y aun á la persona del Grande hombre; pero no así su temor á una larga desgracia, ni la esperanza, tampoco, de obtener de nuevo los favores y hasta la amistad que á tal grado de importancia le tenían elevado en los destinos políticos de la Francia.

La vida en Valençay.

No hay, pues, que dar fe completa á los asertos del artero diplomático francés sobre su conducta *espléndidamente generosa*, para hacer llevadera la desgracia del Soberano é Infantes españoles confinados á su residen-

---

de la elegancia del antiguo régimen, lo era Talleyrand con más razón en el nuevo, y dió en el palacio de Neully una fiesta soberbia, á que asistió la mejor sociedad de Francia y en que figuraron nombres hacía mucho tiempo separados de los círculos de la capital. Por la noche, en medio de una iluminación brillante, apareció de pronto la ciudad de Florencia, representada con arte sorprendente. El pueblo toscano, bailando y cantando en la célebre plaza del *Palazzo Vechio*, ofreció flores á los jóvenes soberanos y al Primer Cónsul coronas triunfales.»

¿Cómo, pues, había podido olvidar tan pronto á los Borbones, á quienes tan espléndidamente obsequió siete años antes en el Consulado de Napoleón?

Lo que hay es que, como dice Savary, Talleyrand pretendía mostrarse opuesto á la invasión de España y que, separado entonces de la privanza de Napoleón, *hallaba más ventajoso el ponerse del lado de la opinión, que desaprobaba la empresa, que el procurar justificarla.*

cia de Valençay (1). Hay para, por lo menos, rebajarla, si se atiende al testimonio de los que compartieron con nuestros Príncipes el bárbaro cautiverio que se les impuso, y particularmente al del marqués de Ayerbe, gentil hombre de S. M., que se brindó á seguirlos en él.

De las Memorias que dejó escritas el prócer español poco antes de terminar la malograda expedición á que vamos á referirnos inmediatamente, se deduce, con efecto, que fueron muy otras las demostraciones que se le hicieran á Fernando VII al apearse en Valençay á las puertas de un palacio que algunos de la comitiva del Rey no vacilaron en calificar de verdadero presidio, así por su fábrica y situación, como por el recibimiento seco y hasta grosero que les hizo el flamante Príncipe de Benevento (2). Parece que luego modificó sus primeros procederes el Vice-Grande Elector del Imperio para con sus ilustres huéspedes, manifestándoles respeto hasta nunca sentarse en su presencia, y permitiendo expansiones dentro de la casa y en el campo inmediato que parecían tender á hacerles más llevadera su situación. A cualquier otro hubieran seducido aquellas condescendencias y la oficiosidad de buscar dentro

(1) ¡Pues no dice que se les tenía prohibido en España el ejercicio de la equitación! ¿Quién ignora que Fernando VII era uno de los jinetes más sobresalientes de nuestro país! Mal se compadecería su uniforme de Guardia de Corps, que constantemente usaba, con no mostrarse dueño de un caballo en su manejo. Precisamente una de las condiciones en que más se le admiró al entrar en Madrid el 24 de marzo de 1808, fué la de su apostura y gallardía á caballo.

¡Pues y lo de aborrecer los libros quien entretenía sus ocios en traducir á Condillac!

(2) «Habiéndole dicho el Rey, cuenta Ayerbe, que su tío el Infante D. Antonio no sabía el francés, respondió (Talleyrand) desabridamente: *pues yo no hablo otra lengua.*»

del palacio recreos como los de la música, el baile y aun representaciones teatrales, propios para distraer las penas de la juventud; á cualquiera menos al receloso y astuto Don Fernando que vió inmediatamente en ellos la manera de descubrir los pensamientos y los planes que pudieran provocar en él su cautiverio y el estímulo para acortarlo, cuando no eludirlo, desde los primeros días. La Talleyrand, sobre todo, y sus desenvueltas damas, trabajaban lo imposible por atraerse la confianza de los Príncipes y de los más cultos personajes de la comitiva real, esperando así, además de corromperlos, hacerles olvidar sus deberes para con la patria; sin por eso descuidar el suyo de carceleros el amo de la casa y particularmente un coronel Henri, de la gendarmería imperial, y otro de húsares, M. D'Albergt, Chambelán de Napoleón, que jamás los perdían de vista en sus paseos por el campo (1). En cuanto á la etiqueta, la establecida por Benevento en Valençay fué más severa que la tan criticada de nuestros palacios. Los de la comitiva real habían de ir á todas horas de casaca y espada; no se permitía á nadie acercarse á los príncipes si no iba vestido de rigorosa etiqueta, dando él ejemplo, y sin obtener previamente licencia; y en la misa, en el paseo y hasta en la biblioteca, reinaba la ceremonia con que el antiguo sacerdote aristócrata suponía halagar el espíritu, á su ver, cortesano de los españoles. Y, sin embargo, decía en sus Memorias: «¿Podrá creerse que hice conocer en Valençay á los Príncipes de España una clase de libertad y de placer que no habían conocido nunca en derredor del trono de su pa-

(1) Talleyrand califica á aquellas señoritas de *rondes*.

dre? Jamás en Madrid, los dos Príncipes mayores habían paseado juntos sin licencia por escrito de su padre. Estar solos, salir diez veces por día al jardín, al parque, eran placeres nuevos para ellos; nunca habían podido considerarse tan hermanos.» En contraposición á esto, escribía el Marqués de Ayerbe: «Aunque repetidas veces se nos había dicho que gozábamos de plena libertad, jamás nos lo pudimos persuadir; pero cuando llegada la primera noche, vimos alzar los puentes levadizos del parque y puerta principal, y salir por los contornos partidas de gendarmes, nos convencimos de que éramos verdaderos prisioneros.»

Napoleón y Talleyrand. Exhibidos estos datos, importa poco describir la vida que hacían en Valençay Fernando VII, su hermano D. Carlos y su tío, resistiendo las seducciones de su interesante huesped la Princesa de Benevento, así como San Carlos, Ayerbe, Macanaz y demás gentes de su acompañamiento, en quienes, en algunos al menos, parece que no dejaron de hacer impresión tanta gracia, tal ingenio é insinuaciones tan elocuentes como desplegaron las sirenas llevadas á aquella residencia para dominar los corazones y hacerse dueñas de los pensamientos de nuestros compatriotas. La condescendencia, sin embargo, en permitir alguna que otra visita que no inspirase desconfianza á los Talleyrand, sirvió para que á los presos llegaran noticias, aunque escasas ó vagas, de lo que sucedía en España y de pábulo para proyectos de fuga, si no imposible, de muy difícil realización. Si los propuestos en Vitoria, Irún, Bayona y Burdeos no habían sido aceptados por temerarios, no se creería prudente ningún otro á tanta distancia de la frontera, en sitio tan vigilado y sin comunicación con

quienes pudieran reunir elementos con que llevarlo á feliz término. Con todo, vamos á ver que no dejaron de intentarse aunque, como de era de esperar, sin fortuna.

De las noticias, la más interesante que llegó á Valençay fué la del gloriosísimo triunfo de Bailén que, ya que no en transportes de satisfacción, hizo á Fernando prorrumpir en el conocido texto de David: *Pater meus et Mater mea derelinquerunt me, Dominus autem asumpsit me,* único desahogo que se permitió durante varios días. Continuaba disimulando y con tal habilidad, con fingimiento tan bien representado, que el astuto Talleyrand le defendía poco después con Napoleón por dulce, resignado y hasta satisfecho de su triste destino. Al Emperador, que de todo el mundo desconfiaba, poniéndose sin duda la mano en el corazón, le engañó también Fernando con una humildísima carta en que le rogaba pasara por Valençay al regresar á París, para tener el placer de verle. Napoleón se disculpó con la necesidad en que se hallaba de llegar pronto á la capital del Imperio, y luego aprovechó la carta de Fernando para, con otras, echar sobre él uno de los borrones que creería suficientes para arrebatarle el amor, que bien veía ya era intensísimo, de los españoles.

¿Para qué iba á servirle su visita á Valençay? Había llamado á Talleyrand que fué á su encuentro en Nantes, donde el Emperador hubo de manifestarle cuán equivocado andaba el famoso diplomático en cuanto á las dificultades que ofrecería España antes de someterse, pues la había cogido perfectamente en las redes que la tendió. No veía Talleyrand del mismo modo la

cuestión. Contestó al Emperador con objeciones como la de que mientras se mantuviera poderoso nadie vería lo negro de su conducta, pero que si le llegaban los días del infortunio, todo el mundo se la condenaría. Irritóse en extremo el César, á punto de romper con él desde aquella ocasión, quedándole, sin embargo, tal y tan honda preocupación, que en las pocas veces que volvió á hablar de Valençay, dejaba observar gran repugnancia y no menor embarazo (1).

Sea de eso lo que quiera, Talleyrand volvió á Valençay donde fué recibido, al decir suyo, con *extrema bondad*, sin comprender, él, tan astuto, que tan cariñosa acogida pudiera ser fruto también del tan decantado disimulo de su augusto huesped. Al entrar en su palacio, añade Talleyrand que halló una carta del Emperador que, si eso fuera exacto, parecería contestación á la reciente de Fernando VII. En ella se decía: «El príncipe Fernando al escribirme, me llama primo. Haced entender á San Carlos que eso es ridículo y que debe llamarme Señor (Sire)» Y Talleyrand añade á esa frase: «Ajacio y Santa Elena dispensan de toda reflexión» (2).

---

(1) Talleyrand le presentó este ejemplo: «Que un hombre haga locuras, que tenga queridas, que se porte mal con su mujer y hasta ofenda á sus amigos; se le criticará indudablemente, sí; pero si es rico, poderoso, hábil, todavía podrá encontrar indulgencia en la sociedad. Pero que ese hombre haga trampas en el juego y al momento será echado de las gentes que no le perdonarán jamás». ¿Será verdadera esta anécdota? Fuerte es para creida.

(2) En todo eso hay una enorme equivocación. La carta del Emperador es de fecha muy anterior á la de su estancia en Nantes, como que fué escrita en Bayona el 24 de mayo de aquel año de 1808. Tampoco pudo Napoleón vanagloriarse en Nantes del acierto de su conducta respecto á España, porque, al llegar á

Permanecían hasta entonces incumplidos cuantos compromisos contrajo Napoleón en Bayona, consignados en un convenio que hizo firmar el día 10 de mayo, anterior al de la salida de D. Fernando para Valençay. Por algunas cláusulas de aquel tratado, que por el pronto quedó secreto, se señalaron al que Napoleón llamaba Príncipe de Asturias una pensión de 400.000 francos que cobraría en el castillo de *Navarre*, situado en Normandía. Ese palacio, que tenía dueño, habría, sin duda, de adquirirse por el Estado, puesto que en dos despachos de Napoleón, uno del 16 de junio y otro del 20 de julio, escribe á Fernando que la ejecución del tratado y la del asunto referente al palacio de Navarre exigen formalidades constitucionales imprescindibles. Resultado; que ni el pago de la consignación se hizo con regularidad por el tesoro imperial, ni se entregó el castillo al que el tratado constituía en su legítimo y perpetuo señor. Pero ni aun el viaje se pagó al Rey ni á su comitiva, viviendo

---

aquella ciudad el 9 de agosto, sabía de sobra la derrota de Dupont en Bailén y la retirada del rey José, de que tuvo la primera noticia en Burdeos el 2 del mismo mes. Cuanto aparece en esa parte de las Memorias de Talleyrand es, de consiguiente, no sólo erróneo sino hasta absurdo. A un Napoleón, que escribía á su diplomático favorito, para que se valiera de ello en Valençay, que el general Dupont con 15.000 hombres había entrado en Sevilla, el general Solano conducídose perfectamente y que Andalucía estaba tranquila, tenía que corresponder el famoso estadista, tránsfuga de todas las causas por él abrazadas, con Memorias tan inexactas, aseveraciones tan manifiestamente falsas y la calumniosa relación de su conducta en Valençay.

Amo y servidor corrían parejas..... En cuanto al último apóstrofe, arriba transcrito, de Talleyrand, antes de aparecer sus Memorias y refiriéndonos al coronel D'Albergt, habíamos dicho que «sólo tenía parecido con aquel Sir Hudson Lowe señalado por la Providencia para vengar á Fernando VII de la perfidia y crueldad de su apresador y tirano».

como Dios quiso, por su dinero y á veces á expensas de particulares hasta que, como decía el marqués de Ayerbe, *llegaron á la jaula*. Eso que el Emperador se mostraba tan complacido de aquel convenio que seis días después ofrecía á nuestro Rey la mano de una de sus sobrinas á la vez que ordenaba á Talleyrand que se tratara á los Príncipes de tal modo *que pudieran pasar el tiempo agradablemente*. Benevento cumplió en lo posible con este precepto; y desde entonces pudo notarse el cambio á que nos hemos referido hace poco, sin que esto obstara para que se exigiese á la alta servidumbre un mensaje de felicitación y homenaje á José Bonaparte al tiempo de su elevación al trono de España (1).

Las negociaciones para el cambio de domicilio, considerando que en el castillo de Navarre habrían de obtener más libertad que en Valençay, llevaron á París á Macanaz y después á Escoiquiz y San Carlos; al mismo tiempo que éstos, llamado por Napoleón, marchaba también el príncipe de Benevento, no sin que la princesa derramara, al despedirse, lágrimas que sólo tuvo por sinceras algún inocente de los de la comitiva

(1) Dice así, según las Memorias de Ayerbe: «Los españoles componentes la servidumbre de los Príncipes Fernando, Carlos y Antonio, instruídos por la voz y papeles públicos de la instalación de V. M. en el trono de España con *consentimiento de toda la nación;* en consecuencia á lo que manifestaron á Su Majestad el Emperador y Rey de querer ser españoles, y de estar muy lejos de sustraerse *de la ley de su país*, sino por el contrario permanecer siempre sumisos á ella, miran *como un deber el más urgente*, *conformarse con el sistema adoptado por su nación* y rendir *á la manera de ella*, sus homenajes á V. M. católica, ofrecerle el mismo respeto y lealtad como lo han manifestado al gobierno precedente etc; (sigue el pedirle nos permitiera permanecer en el servicio de nuestros amos.)»

No aparece ese mensaje en la correspondencia del Rey José.

real. Si al pronto la partida de Talleyrand con su familia y *damiselas* proporcionó á los confinados en Valençay algún desahogo, pudiéndose entregar á su vida de costumbre, de confianza y recogimiento, no tardaron en recibir noticias que los pusieron en gran confusión y en no pequeño embarazo y aun miedo. Macanaz había sido preso en el camino de vuelta á desempeñar su cargo de Mayordomo de semana y Superintendente general de la casa, y después recluido en Vincennes. San Carlos y Escoiquiz no lograban del Emperador que los recibiera; y ni entonces ni después del Congreso de Erfurt se les cumplió la promesa de resolver los asuntos para que se les había enviado. Por el contrario, ni se satisfacía su reclamación para que se les entregara el castillo ofrecido ni se les abonaba con regularidad la pensión señalada en el tratado del 10 de mayo; todo con el pretexto, por parte del ministro Champagny, de que no le llegaban rentas de España, cuando se había comprometido á abonarla del tesoro imperial, y, de otra parte, con el de que el número de caballos que tenían los Príncipes era indicio seguro de que proyectaban huir de Valençay. Fué, pues, necesario introducir todo género de economías en los servicios de la casa. Se redujeron á una mitad las mesas, se cercenaron varias gratificaciones, se despidió parte de la servidumbre, se vendieron caballos y hasta se disminuyó el alumbrado de los cuartos. Eso dió motivo á una manifestación de afecto y lealtad al Rey por parte de los españoles, á quienes llegó la noticia de tan mezquina conducta como la del Emperador ó de sus ministros, noticia que se divulgó inmediatamente. Los españoles ofrecieron dinero, mientras los franceses no

se recataban en murmurar del Grande hombre, por cuya magnanimidad tuvo que salir el mismo D'Albergt achacando falta, de tal modo vergonzosa, á la mala fe de los ministros é ignorancia de su soberano, ocupado en asuntos de excepcional importancia para el Imperio. Pasó tiempo antes de que en París se atendiese á las reclamaciones que era natural se hicieran sobre el punto de la pensión, sin la que era imposible vivir con siquiera mediano decoro. Hasta el 4 de noviembre no llegó el libramiento de una mesada, á ocho días visto aquél y ésta con descuento considerable, que fué aumentándose más y más á cada plazo.

Con eso y á pesar de la tranquilidad que les proporcionaba el alejamiento de la bulliciosa compañía de los Talleyrand, nuestros Príncipes, aunque resignados al parecer con su suerte, no podían dejar de considerarla tan dura y tan cruel como injusta. Los avisos de San Carlos eran sumamente alarmantes, haciendo temer nuevos atropellos. Eso que por el pronto no se les haría saber su origen, la autorizadísima fuente de que emanaban. Talleyrand desde Erfurt había hecho comprender á San Carlos por medio de su secretario M. Mornard, que algo se tramaba contra el Rey Fernando; y si bien, repetimos, no podía eso comunicársele así, las noticias del Duque tenían que revelar la ansiedad que le embargaba (1).

(1) Dice Talleyrand en sus Memorias: «Las frecuentes conversaciones que tuve entonces con Napoleón, me pusieron en el caso de comprender que meditaba el proyecto de hacer caer á los príncipes de España en un lazo que su ministro de la policía general (era el célebre Fouché) les tendía por orden suya».

¡Cómo se conoce que Talleyrand pensaba ya en su última evolución!

Proyectos de evasión.

Hemos dicho que se permitió á los príncipes confinados en Valençay recibir alguna visita. Nunca podrían ser muchas en localidad tan aislada, pero entre las pocas que tuvieron, fué una la de la mujer y la cuñada del general Bellegarde, conocido principalmente en Francia por haber sido el austriaco negociador del armisticio de Leoben en abril de 1797.

Esa visita inicia los varios proyectos de evasión con que se trató de sacar á Fernando VII de Valençay; y á aquellas damas, entusiastas por la causa española, parece deberse el primer pensamiento de tan generosa aunque estéril empresa. Que la idea fuese grata á los oidos de la comitiva de Fernando, no hay á qué afirmarlo. Para que se tratara de llevarla inmediatamente á ejecución, se ofrecerían mil dificultades, y alguna por la desconfianza que inspiraría una visita naturalmente vigilada por la policía, siempre alerta, de los dueños del palacio Pero el marqués de Ayerbe que, por ausencia de San Carlos, ejercía de mayordomo mayor del Rey Fernando, debió aceptar con calor propósito tan noble y patriótico, reservándolo, sin embargo, para ocasión que fuese favorable por no sospechada y de posible éxito. Esa ocasión no llegó á presentarse hasta los comienzos de 1809 en que, á consecuencia de órdenes del Emperador, se privó al prisionero de Valençay de lo más ilustre y granado, pudiéramos decir, de su ya escaso acompañamiento. El ya citado Ayerbe, el duque de Feria, el marqués de Guadalcázar, á pesar de haberse casado con una francesa, eso sí de la antigua nobleza, y los señores Correa, Ramírez, Molina, Amézaga, Basadre, Cisternes, Artieda y Ostolaza recibieron en abril de aquel año

la orden terminante de volver á España sopena de confiscación de todos sus bienes. Quedaríanle al Rey de España dos personas para su servicio, el contador Don Antonio Moreno y Pedro Collado, al Infante Don Carlos, Don Pedro Moreno, y á Don Antonio, el barbero y un barrendero, con dos cocineros, además, para todos, y tres lacayos. ¡Servidumbre espléndida, para el concepto, sobre todo, que Talleyrand tendría de la etiqueta española según lo demostraba con la que presumía de rodear á sus egregios huéspedes!

¿Por qué se quejaría Napoleón cuando en Santa Elena se le privaba de la asistencia de Las Cases manteniendo, sin embargo, á su lado generales, próceres, escritores y médicos en vez del barbero y del barrendero que dejaba por amigos y confidentes de un Infante de España! ¡Pero cómo, si aún se alababa allí, en la *isla maldita*, de los cuidados que había hecho prodigar á sus víctimas de Valençay (1).

Ayerbe, así, regresó á España para interesar al gobierno español en el proyecto que desde su entrada en Navarra se propuso llevar á ejecución con los consejos y recursos que lograra procurarse.

El de Malibrán.

No era, con todo, el primero en intento tan patriótico, anticipándose otro en él á las ilustres damas del *áulico* Bellegarde, y en la ejecución á cuantos españoles y extranjeros aparecieron como inspiradores y agentes de cuanto se hizo para conseguir su éxito. En Zaragoza, cuando la ciudad ofrecía ya el es-

(1) «S'il eût èté traité comme je le suis ici, le cas eût èté différent».
En esa misma conversación con O'Méara se trató del barón Kolli del modo que luego se recordará.

pantable espectáculo de su segundo sitio y nadie pudiera imaginar se pensara en otra cosa que en repetir los extraordinarios esfuerzos del primero para obtener el mismo glorioso resultado, nació y tuvo principio de ejecución el arriesgadísimo pensamiento que costó luego la vida al marqués de Ayerbe y la libertad al tan celebrado coronel Kolli. Ya en el tomo III de esta obra dimos noticias del feliz hallazgo, entre los papeles del heróico defensor de Zaragoza, de los que revelan el pensamiento, que abrigó, de sacar á Fernando VII de su encierro de Valençay y el patriotismo también de D. Ventura Malibrán que, por causas que allí se explican, no llegó á producir el deseado éxito de tan peligrosa empresa. No vamos, por eso, á repetir una versión ya conocida en este escrito y que más detallada, como exige una monografía dirigida á dar á conocer cuantos esfuerzos se hicieron con igual propósito en la larga cautividad del rey Fernando, la expusimos, además, en otro de nuestros trabajos históricos anteriormente citado (1).

El del Marqués de Ayerbe.

Ahora nos toca, hasta por razón de cronología, dar cuenta de la triste jornada del marqués de Ayerbe, interrumpida, como la de Malibrán, por quienes, de conocer el objeto, es probable que la hubieran secundado.

Héchose presente en Pamplona para cumplimentar las órdenes del gobierno cuyos agentes le iban vigilando, Ayerbe, con el pretexto de seguir á Madrid y dando mil rodeos y corriendo mil peligros, logró llegar á Sevilla, reunirse á su familia y avistarse con los Centrales de mayor importancia. Escaño le aconsejó va-

(1) «Fernando VII en Valençay.... etc.

lerse de un barco mercante en vez del de guerra que le pedía Ayerbe. Infantado tardó en abrazar su partido; y, desconfiando en un principio de Garay, resolvió Ayerbe buscar en el Ejército medios y facilidades para su empresa. Destinado á Cataluña como capitán agregado á los Voluntarios de Aragón, puesto de acuerdo con el general Blake y poco más tarde con Areizaga, que mandaba en Lérida, llegó, por fin, á trabar relaciones con Renovales que entró en sus ideas con el calor y el patriotismo que le caracterizaban (1). Juntos se dirigieron á Cádiz donde afortunadamente para sus propósitos halló acogida más benévola que antes el de Ayerbe, y así pudo, siempre acompañado del valiente defensor de San José de Zaragoza, trasladarse á la Coruña, aunque indeciso todavía sobre el rumbo que pudiera parecerle más conveniente en el camino

(1) Dice Ayerbe en sus Memorias: «Por fortuna en Lérida hice conocimiento con el general Don Mariano Renovales; y sabiendo que éste había sacado auxilios de Francia para mantener la guerra en el Roncal, y por consigunte, que dejaba allí conocimientos con personas honradas y pudientes, le revelé mi idea y entró en ella gustosísimo, ofreciéndose, no sólo para auxiliarme, sino para acompañarme y no dejarme hasta conseguirlo».

Y vamos á dirigir á nuestros lectores una advertencia sobre esas Memorias:

En 1814 publicó un hijo del marqués de Ayerbe á quien nos estamos refiriendo, una titulada *Carta que escribió el Excelentísimo Señor Don Pedro Jordán María de Urries marqués de Ayerbe etc. etc.*; de que puede decirse que son copia los capítulos I y II de las Memorias que aún tiene en prensa su nieto del mismo título (*).

Muy pocas son las variantes de uno á otro de esos escritos.

Pero desde el capítulo III hasta el VI y el apéndice, el libro de las Memorias ofrece gran novedad y contiene noticias sumamente curiosas sobre la guerra de la Independencia en la época, sobre todo, durante la cual permaneció el Marqués en

(*) El ejemplar de que nos estamos valiendo es uno de dos ó tres tirados á mano esperando la impresión del *Prólogo* que ha de escribir el eminente estadista é historiador Don Antonio Cánovas del Castillo.

de sus aspiraciones, muy secretas para salvar los mil obstáculos que se le presentarían en todas las etapas de su aventurada expedición. Consistían sus dudas en la elección de ese camino.

Su primer proyecto consistía en trasladarse á San Sebastián, donde, con el pretexto de comerciar en Nantes, compraría un barco que le condujera á aquel puerto francés, desde el que se dirigiría á Valençay para sacar al Rey, y en caballos, apostados en el camino, llevárselo á la embarcación y en ella traerle á España. Para todo eso, pidió á Garay tres millones que luego creyó sobrarían, satisfaciéndose con dos que no debieron concedérsele, aun cuando llegó á ofrecerlos el cardenal Borbón. Obtuvo, eso sí, un pasaporte del ministro de Estado Don Eusebio Bardají; y con otro de Renovales y otro de la Junta de Galicia, que

---

España, esto es, desde su regreso de Valençay hasta septiembre de 1810 en que quedan interrumpidas por hallarse nuestro ilustre compatriota preparando su última y desgraciadísima expedición. Lo precipitado, sin embargo, de sus viajes por la Península y el trato en ellos de tantas y tan distintas personas, hacen al Marqués aceptar versiones sobre los sucesos de tan varia y enconada lucha que no concuerdan con la verdad histórica. Así es que esas Memorias, curiosísimas y todo en esa parte, no pueden tomarse sino como expresión de las impresiones recibidas por Ayerbe, revelando, así como el espíritu que dominaba en los pueblos que recorría, tan distantes entre sí, las discordancias que no dejarían de ofrecerse en un país tan fraccionado física y moralmente como el nuestro, donde reina soberano el regionalismo con los defectos de siempre y con las ventajas entonces que iban á compensarlos en guerra, de otro modo, sin esperanzas de éxito. Lo especial en las Memorias del Marqués de Ayerbe es la historia de la estancia de Fernando VII en Valençay durante el tiempo de su cautiverio, en que le acompañó el prócer aragonés, y la de los pasos dados para procurar la libertad de su soberano, tan infructuosos como los de cuantos acometieron tan patriótica empresa, y paralizados por el destino, si fatal para su generoso promovedor, providencial, acaso, para el resultado definitivo y feliz de tan extraordinaria guerra.

se le facilitaron á él y al capitán Don José Wanestrón, que se ofreció á acompañarle, bajo nombres de arrieros roncaleses, se decidió á emprender el camino de Navarra, no se sabe si con el intento de ir primero á San Sebastián, pues que Renovales y el secretario del Marqués se embarcaban poco después para Gijón y Santoña, ó con el de, por el Roncal, penetrar en Francia y, de acuerdo y con la cooperación de dos franceses metidos en la intriga, seguir á Valençay para ejecutar y, si le era posible, poner término á su empresa.

Se conoce que Ayerbe no halló sino dificultades en la ejecución de su proyecto; porque desengañado, sin duda, de sus esperanzas de obtener los recursos que solicitaba pero con el empeño de, como buen aragonés y servidor leal de su Rey, no dar lugar á que se dudase de cualidades tan generosas, salió de la Coruña en las condiciones que certificaba después su secretario, D. José Barrán, en el único documento que sepamos exista sobre los preparativos de su viaje. Dice así: «Que en trece del mes de septiembre del año mil ochocientos diez, se separó S. E. Ayerbe del señor Renovales y de mí, marchándose de la Coruña con dirección al Roncal, en compañía de Wanestrón un capitán riojano, y dos criados que éste llevaba para el cuidado de una recua que llevaba cargada por su cuenta.»

«A fin, añade, de que fuesen más seguras sus personas se disfrazaron con chupas y calzones de paño pardo, chalecos ordinarios, fajas de estambre, camisas de cáñamo, zapato de vaca y sombreros redondos, cuyas ropas compré de orden de dicho señor mi amo. También les corté el pelo, compré dos mulas, la una de cuatro y la otra de cinco años que costaron cinco mil rea-

les; en dos cintas y bien colocadas les cosí mil duros á cada uno en onzas de oro, las que se pusieron debajo de la camisa, además llevaban mil reales en diferentes monedas para el gasto del camino.»

Un juicio sereno, sin la preocupación de deberes que pudieran creerse ineludibles, hubiera tenido por descabellada intentona de tal y tan difícil desempeño. Pero el marqués de Ayerbe, sea, repetimos, por su carácter de aragonés, sea porque se abultara la responsabilidad de sus obligaciones de vasallo para con el prisionero de Valençay, no se detuvo á reflexionar friamente sobre los obstáculos que iban á oponérsele y los peligros que había de correr en su expedición (1).

Lo que Barrán olvida en su certificado de 7 de marzo de 1815, es que, por gestión del general Renovales, iba con Ayerbe y Wanestron D. Felipe de Barrio y Gordoa, cura de Ezcaray, que, por dirigirse á este pueblo, podría albergarlos en su casa y ayudarles con sus consejos y con sus relaciones en Rioja á que pasaran el Ebro y penetrasen en Navarra sin más dificultades. El Sr. Barrio los acompañó, con efecto, á Ezcaray; los tuvo en su casa unos días, y en uno muy próximo al último de septiembre los hizo salir con un hombre de su confianza, natural de Cenicero, con quien y dos borricos que llebaba debieron cruzar el Ebro por Miranda. Desde allí siguieron á Lerín, encontrándose en el camino con dos soldados españoles, de caballería

---

(1) Las Memorias del Marqués de Ayerbe quedan interrumpidas el 10 de enero de 1810, fecha en que no había recibido contestación á las cartas que escribió á Cádiz y en que, por el último renglón de esas Memorias, se sabe que *andaba buscando dinero por otros conductos.*

dice una relación anónima pero verídica según después se ha justificado, guerrilleros ó pertenecientes á partidas que andaban peleando por Calahorra y el país inmediato á aquella ciudad. Aquellos soldados pidieron á Ayerbe y á Wanestron sus pasaportes y, después de vistos, les exigieron el dinero que llevaban. Pareciéles poco, registráronles y despedazaron las jalmas de los borricos en busca de más oro, y creyendo acaso que podría comprometerles tal despojo si llegaba á averiguarse por sus jefes, asesinaron bárbaramente á Ayerbe y al Capitán, perdonando al arriero á fuerza de las súplicas que les dirigió y la promesa jurada de su silencio.

Así acabó la expedición del marqués de Ayerbe en busca de un resultado muy generoso, muy patriótico, pero en condiciones que lo harían, más que difícil, imposible. Como el proyecto de Malibrán, quedó el de Ayerbe sumido en el secreto más hondo, hasta que los papeles conservados por el primer duque de Zaragoza vinieron á revelar los dos. Con ese motivo exclamábamos en la monografía dedicada á tan triste asunto: «¡Cuántos sacrificios del género del ofrecido por el marqués de Ayerbe á la lealtad y á la gratitud de su señor, más que monarca, amigo y compañero suyo de infortunio, no habrán quedado sin la recompensa siquiera de ser conocidos y admirados del mundo! La época era de hacer gala de patriotismo y del entusiasmo que despertaba, del delirio de la embriaguez que producía el sólo nombre del joven soberano, alzado sobre el pavés por encima de tantas desdichas como se le habían hecho sufrir, de tantas ignominias como con él había devorado el pueblo español que, por lo mismo,

miraba en él extasiado el escudo de su honra y el principio de su regeneración..... ¡De cuánto patriota no sabemos el ir y venir, como el de Ayerbe, con la misma abnegación y corriendo iguales riesgos para no quedar rezagado en la arrebatada marcha de trabajos y sacrificios en que la nación entera, unánime y resuelta, se comprometió hasta abismar al enemigo en los últimos términos del Atlántico!»

La triste jornada del marqués de Ayerbe, repetimos, quedó ignorada del pueblo español, hasta varios años más tarde en que su familia consiguió descubrir el secreto de su muerte á fuerza de investigaciones tan costosas como prolijas. En junio de 1815 las emprendió Palafox, capitán general de Aragón entonces, primo del marqués, facilitando al hijo y heredero de éste cuantos medios pudieran estar en sus manos (1). El administrador de la casa, D. Ambrosio Nasarre, fué á Lerín con otras dos personas de su confianza, y con las precauciones, pruebas y ceremonias prescritas por la Iglesia, sacó los restos de Ayerbe y Wanestrón, llevándo-

(1) Se publicó en aquel mismo año un folleto con los detalles más minuciosos de esas investigaciones y procedimientos. Su título es: «Carta en que un amigo da noticia á otro del funeral hecho al Excmo. Sr. Don Pedro Jordan María de Urríes, marqués de Ayerve y Lierta, Mayordomo Mayor interino del Sr. D. Fernando VII en Valençay, y á su compañero el Capitán de Infantería D. Josef Wanestron.»

Está firmado por P. J. A. y adornado con pequeñas láminas que representan actos de Ayerbe en Valençay y en su desgraciada expedición, láminas bastante malas con poesías al lado de cada una de ellas, peores todavía.

Es, sin embargo, muy curioso el escrito y representa, sobre todo, un homenaje muy merecido á la memoria del marqués de Ayerbe.

dolos á Zaragoza, donde fueron depositados en magnífica y elegante sepultura (1).

El de Kolli. No se sabe si á ese intento de sacar á Fernando VII de Valençay, sucedió algún otro con igual objeto en España, donde ya iba cundiendo la duda de si convendría ó no la presencia en el teatro de lucha tan extraordinaria de un soberano, de cuyas cualidades de carácter no se habían ofrecido pruebas bastante elocuentes para pueblo tan entusiasta, digno y enérgico. Pero si en España no, andaba en vías de ejecución en Inglaterra y Francia otro proyecto dirigido al mismo fin, y eso en los días también en que el marqués de Ayerbe elaboraba el funestísimo que acabamos de recordar. Los estadistas de la Gran Bretaña debieron pensar que, según iban los asuntos políticos en España, cada vez más comprometidos, si embrollados durante el régimen de las Juntas de provincias y con autoridad de sobra discutida en el de la Central, sin dirección resuelta y fija en la primera etapa de la Regencia; debieron pensar, repetimos, que convendría dar á nuestro gobierno la unidad que evitara la debilitante dispersión de voluntades y fuerzas necesarias en tan problemático empeño, como el de resistir con éxito la firme voluntad y las hasta entonces incontrastables fuerzas del emperador Napoleón (2). El duque

(1) Hoy yacen los restos del Marqués y de Wanestrón confundidos con los de los religiosos de Santo Domingo, con motivo del derribo de esta iglesia y convento en 1834. Así lo dice el actual Marqués al dar noticia del funeral en su referida obra; añadiendo que las lápidas y el catafalco se conservan como recuerdo en el convento de PP. Paules de la Torre de Alfranca.

(2) Traduciéndolo de un manuscrito español escribía monsieur Quin: «La importancia que se daba al nombre de aquel

de Kent aceptó con entusiasmo el proyecto que le presentaba al comenzar el año de 1810 el coronel barón de Kolli, que tan caro pagó aquel rasgo, no muy meditado tampoco, de su caballeroso carácter. No contaba éste con la vigilancia que se ejercía en París para cuanto pudiera ir de Inglaterra, ni con las imprudencias que ese mismo genio suyo ardiente y romántico le hiciese cometer.

En efecto, el 28 de febrero del citado año, se embarcaba en Plymouth, provisto de sellos, estampillas, pasaportes, itinerarios, de cuantos papeles le convendrían para andar inobservado, en su sentir, y libremente por Francia. Con aquellos papeles, falsos necesariamente, y los auténticos de cartas reales y otras, justificativas de su misión al presentarlas á Don Fernando, esperaba Kolli arrancar al cautivo de su prisión

---

príncipe (D. Fernando) para la lucha entablada en la Península, era uno de los estímulos más poderosos en aquella crisis memorable. Mientras los españoles combatían por libertar á su soberano legítimo, despojado de sus derechos por la fuerza y arrancado de su país por los más pérfidos medios, la política inglesa contaba entre las causas que la obligaban á hacer la guerra á Francia, el ultraje inferido á la dignidad real y el atentado cometido en la persona de Fernando á la seguridad de los tronos en general. Aquel nombre era el grito de guerra de las dos naciones. El gabinete Saint James estaba íntimamente convencido de la importancia que adquirirían los derechos que defendían los españoles si llegaban á conseguir que Fernando volviera á sus Estados. Si se arrancaba á ese príncipe de las manos de Napoleón y se le ponía en situación en que pudiera manifestar sus verdaderos sentimientos, no podría menos de exponer á la vista de toda Europa la violencia que se había ejercido con él, protestando contra tal acto de tiranía y presentando á Napoleón como un audaz usurpador para quien no había nada sagrado cuando se decidía á ejecutar los planes que le eran sugeridos por su desmesurada ambición. Podíase, con aquel paso, irritar á los soberanos del continente, hacerles concebir temores, sacarlos de su estado de obediencia pasiva y dar así un golpe de muerte al poder continental de la Francia.»

y llevárselo á la escuadra inglesa del Estrecho, que le aguardaría para inmediatamente conducirle á España (1).

Puesto en tierra junto á Quiberón con un su amigo, Albert de Saint B... que, por enfermo, hubo luego de abandonarle, Kolli se dirigió á Valençay con el objeto de reconocer la morada de los príncipes españoles y en ella los puntos, puertas ó ventanas por donde pudieran intentar su evasión (2). Pudo así fijar su plan, que consistía en fingir la evasión por Orleáns y Tours enviando caballos y un coche á aquellos puntos, cuyo servicio provocara sospechas, y entretanto correr la posta á escape por el camino de Vannes y llegar en 87 horas junto á Sarzeau, á cuya costa acudiría el almirante inglés sir George Cockburn para recoger á los fugitivos en su navío. Dábale seguridades para la evasión el verificarla á media noche, con lo que no sería conocida en Valençay sino ocho horas después. El primer tiro de caballos los llevaría á *Saint-Christophe,* por encima de Tours; el segundo sobre *du Mans*; y allí tomarían la posta hasta el litoral, desvaneciendo Kolli las sospechas que pudieran infundir con su traje de coronel de la gendarmería y con las órdenes de que se manifestaba portador, procedentes de la secretaría de Estado.

---

(1) Esas cartas eran: «1.ª, una del marqués de Wellesley para Kolli; 2.ª, una en latín de S. M. B. el rey Jorge III á S. M. C. Fernando VII, rey de España y de las Indias, prisionero en Valençay; 3.ª, una en francés á S. M. C. el rey Fernando VII.; 4.ª, una del rey Carlos IV á S. M. B. escrita en latín también, en 1802, con motivo del casamiento del príncipe de Asturias con la princesa de Nápoles, María Antonieta.» Así lo dice Kolli en sus Memorias que contienen el texto íntegro de esas cartas.

(2) Albert era quien debía llevar el dinero en un paquete con sobre á Kolli; 208.000 francos en diamantes para sus gastos particulares y los primeros de su misión.

Vuelto á París para dar la última mano á sus preparativos y reunídose de nuevo al compañero Albert, alquiló una casita en el bosque de Vincennes, de la que hizo así como el cuartel general de sus operaciones. Pero en ellas, y necesitando más agentes para no llamar demasiado sobre su persona y la de Albert la atención de la policía, se asoció un señor Richard, de antecedentes legitimistas, pues que ostentaba heridas recibidas en el ejército de la Vendée, pero que acabó por creer se le buscaba con propósitos dirigidos contra la vida de Napoleón.

Fuera, pues, delatado por Richard, lo cual parece probable, por Albert de Saint B... ó por un barón de Ferriet, con quien había comunicado impresiones demasiado explícitas en la escuadra, suponiéndole también adicto á la misma causa, por servir, aunque interesadamente, á la Inglaterra; lo cierto es que el 24 de marzo, un día antes del en que iba á emprender su marcha á Valençay, fué Kolli arrestado y conducido al Ministerio de la Policía en París.

Tenía allí que habérselas con el célebre duque de Otranto, aquel Fouché cuya astucia y mala fe se han hecho proverbiales, y que empezaba á merecer de Napoleón el concepto que dos meses después habría de causarle su destitución. La entrevista con Fouché y la preparatoria con M. Desmarest, su digno delegado y hasta rival, convencieron á Kolli de la traición de que era víctima; pudiéndose dar por satisfecho con ser desde allí trasladado á uno de los calabozos más lóbregos de la torre de Vincennes, en que á la sazón se hallaban varios de los más ilustres generales españoles hechos prisioneros en la primera época de la guerra.

Y entonces empieza á desarrollarse la intriga más negra que se puede concebir para perder á Fernando VII; más detestable, por lo baja y vergonzosa, que la sangrienta que llevó al infeliz duque de Enghien á ser fusilado en los fosos de aquella misma fortaleza (1).

Para no dar tiempo á que se descubriese la trama, el fingido Kolli se presentaba el 6 de abril en Valençay; y valiéndose de las aficiones obreras del infante Don Antonio, logró llegar hasta él y descubrirle el plan de evasión de que se fingía autor. Importa poco lo que el Infante pensara de tal proyecto; lo que interesaría saber es lo que el Rey pudiera resolver al noticiársele la revelación del enviado del Emperador. Consta que el traidor policiaco no fué recibido por Don Fernando, á quien ni siquiera logró ver. Y como por despecho, como venganza, ó con el empeño malvado de continuar la obra de descrédito comenzada en Bayona, se formó un proceso suponiendo á nuestro soberano comprometido en el proyecto de su evasión de Valençay, publicándose en el órgano oficial del Imperio con cuantas cartas, arrancadas á su debilidad, pudieran rebajarle en la opinión de sus súbditos, los impertérritos campeones de la Independencia

---

(1) Napoleón decía en Santa Elena: «Lo que proporcionó el descubrimiento de Kolli fué que bebía siempre una botella del mejor vino, lo que se avenía mal con su traje y su aparente pobreza, dispertando con eso las sospechas de algunos agentes de la policía. Preso y registrado, se halló entre sus papeles una carta de ***, en la que se invitaba á Fernando á escaparse prometiéndole toda clase de auxilios. Hízose disfrazar á un espía enseñándole á representar á Kolli; y, provisto de los papeles que se habían cogido á éste, se le envió junto á Fernando, quien ni por eso quiso hacer tentativa alguna para fugarse, aun no teniendo ni la menor sospecha del engaño á que se le sometía».

española. El *Moniteur* del 26 de abril de aquel año de 1810 dió, en efecto, cuenta de las comunicaciones del comandante de Estado Mayor M. Berthemi, gobernador de Valençay, manifestando la prisión del titulado Barón de Kolli por denuncia del mismo D. Fernando, de las cartas del allí llamado Príncipe, nuestro legítimo rey, solicitando ser adoptado por el Emperador y su traslación á otro punto, y del interrogatorio y declaración del que se quería hacer pasar por Kolli el día de su llegada á París ante Fouché como ministro de la policía francesa.

¿Se quiere traza más inicua ni más odiosa? (1).

Y decíamos en el tantas veces citado opúsculo de *Fernando VII en Valençay*: «Lo que los imparciales vemos como torpe enredo que el más miope descubre en el examen de esa misma publicación infame, llena de inexactitudes, de errores y contradicciones, ¿no lo descubriría ó lo temería, al menos, un hombre tan astuto, tan suspicaz y receloso como Fernando VII? Y, descubierto ó presumido, ¿qué le tocaba hacer al desventurado príncipe, temeroso de la perfidia de Napo-

(1) Pero tampoco hay mayor torpeza ni cabe propósito más ruin que el del famoso conónigo que oculta su verdadero nombre con el anagrama *Nellerto*. Tiene en las manos el papel que denuncia la trama de Napoleón, para desacreditar al rey Fernando y dedica todo su talento á demostrar el desprecio que le merece lo que el llama *la novela del fingido Kolli*. Y dice con la mayor frescura: «¿Cómo pudo el fingido Kolli satisfacer al interrogatorio hecho en la policía de París? ¿Dónde está el hombre tan perfectamente parecido al verdadero Kolli, que lo pudo encontrar la policía tan pronto como imaginaba las pretendidas esechanzas?»

«Pero decimos nosotros, ¿es que Fernando VII, los de su comitiva y los guardianes de Valençay podían distinguir la copia no conociendo el original?»

Habráse visto inocentada como la del afrancesado Llorente?

león, ejemplo vivo de ella desde su fatal viaje á Bayona, y ante tantos otros como había visto de la crueldad y de las ambiciones del *grande hombre*; qué le tocaba hacer, repetimos, sino fingir la indignación que se le atribuye y redoblar las protestas de sumisión y de afecto con cuyo recuerdo tanto se le quiere rebajar en el concepto de sus vasallos y compatriotas?»

Bien claro se ve que lo que se pretendía con la misión del falso Kolli, era que, cayendo Fernando en las redes que se le tendían, diera pretexto á medidas de mayor rigor del que ya se usaba con él. Poco después perdió Fouché el favor de que disfrutaba cerca del Emperador que, usando de medios que tan ajenos parecen á hombres de la severidad que suele atribuírsele, le substituyó, cuando menos lo esperaría, por Savary, tenido por uno de los más crueles de sus agentes ó satélites (1).

Desde entonces la vida de los príncipes españoles en Valençay se hizo aún más triste y recogida que antes, temiendo, con la cuestión reciente de Kolli y el cambio de ministro, que podría ponerse en mayor peligro su libertad, si alguna habían tenido, y hasta su vida. Espiados siempre, no exentos de los disgustos que se producen siempre en las cortes, por muy diminuta que fuera la suya, agitadas de los celos, de la ambición de influencia y aun de medro en ellas, Fer-

(1) El mismo reconoce cuál era la opinión de que gozaba en Francia. Dice en sus Memorias: «Yo inspiraba terror á todo el mundo; cada uno hacía sus equipajes, no se oía hablar más que de destierros, prisiones y peor todavía; en fin, creo que la noticia de una peste en cualquier punto de la costa no hubiera causado el espanto que mi nombramiento de ministro de la policía.»

¡Buena fama! El trata después de justificarse.

nando VII, su hermano y su tío, no sólo tenían que andar muy vigilantes respecto á los franceses sus carceleros, sino con los mismos servidores suyos, de algunos de los cuales llegaron á sospechar por motivos que más tarde lo serían de una de las catástrofes más tremendas y misteriosas que se registran en la historia de la restauración de la monarquía legítima de España (1). Pero si la locuacidad de las gentes de la servidumbre real permitía á Savary conocer cuanto se hacía y hasta se pensaba en la cámara de los Príncipes, tal era el recelo que infundía la posibilidad tan sólo de que se repitiera la intentona, acabada de fracasar, del barón Kolli, que se llegó á impedir la salida de D. Fernando á caballo, como en sus anteriores paseos, por el campo. Y véase con qué traza, torpemente diabólica, como del mismo Savary. «No sentí, dice en sus Memorias, no sentí inquietud alguna más que en una ocasión. El príncipe de Asturias manifestó de pronto gran pasión por los caballos, mientras que antes rara vez salía á paseo, y eso en coche. Yo me hallaba perplejo porque no quería ser víctima de un engaño ni faltar á clase alguna de respetos y consideraciones, privándole de un recreo que parecía agradarle. Tomé, pues, mis medidas; de pronto aparecieron detestables sus caballos de montar; cada vez que iba á montarlos se hallaban clavados ó cojos. Como no era gran jinete, se le atribuían una multitud de pequeños accidentes

(1) Nos referimos á la de D. Juan Hurtado de Amezaga, primer caballerizo que era de Fernando VII é Intendente en Valençay, donde, según el marqués de Ayerbe, se logró continuara sirviendo al Rey. El conde de Toreno lo califica con los epítetos más denigrantes. Muy duro se muestra con él.

que eran obra de un hombre dedicado allí á tener los caballos en estado contínuo de cojera. Lo hice tan bien que se le pasó la gana de montar á caballo. Confieso que me alegré.»

A D. Fernando se le pasaría la gana de montar á caballo; pero de seguro que no se le pasó lo de que había sido juguete de una grosería de las más indignas.

Afortunadamente se ignoraron siempre en París las tentativas de Malibrán y Ayerbe para sacar á D. Fernando de Valençay; que si la de Kolli causó tal lujo de precauciones y vejámenes, ¿qué no hubiera sido de saberse que partían de España iniciativas tan enérgicas para arrebatar al Emperador una presa que tanto le interesaba mantener entre sus garras? (1). Ibale ya preocupando á tal punto la guerra de la Península que, sin lo distraído que le tenía su casamiento con la Archiduquesa y después la esperanza, que tanto le halagaba, de un heredero para el trono imperial que con tanta gloria y fortuna conquistara, se habría quizás resuelto á dar en España el último golpe para la grande obra de su sistema continental. Ya había in-

(1) Para que se vea qué clase de noticias tenía D. Estanislao de Koska Bayo al escribir su libro sobre Fernando VII, allá va ese párrafo.

«Con la malograda empresa del barón de Colly no tuvieron fin los sueños de sacar á Fernando de Valençay, juzgándole siempre pronto á ponerse al frente de los peligros que rodeaban la causa de la nación. Así es que por el Ministerio de Estado se dió al marqués de Ayerbe el encargo de trasladarse á Francia y tentar los medios de libertar al príncipe deseado. Ayerbe se hizo á la vela en Cádiz en el bergantín Palomo, provisto de dos millones de reales; y conociendo cuán imposible le sería llevar á cima su empresa por las dificultades que ofrecían la situación de Fernando y su mala voluntad, regresó á España. Al pasar por Aragón tuviéronle por sospechoso unos paisanos, y como bastaba la menor sombra para cometer los más atroces delitos, diéronle la muerte sin piedad.»

dicado ese propósito á algunos de sus más próximos servidores y en Madrid y entre los mariscales que hacían aquí la guerra se decía también; pero repetimos lo que tantas veces hemos consignado, no debieron tan halagadores acontecimientos ser los que le retrajeran de venir á España sino la repugnancia que siempre manifestó en tomar parte en campaña que bien calculaba no habría de concluir con una ni con dos batallas. Pero, por lo mismo, tampoco dejaba de exigir á su hermano José y á sus generales las mayores energías militares y políticas, usando de ellas en Francia para que con el ejemplo temblasen en España sus enemigos y se rindieran á su albedrío. Los prisioneros españoles eran tratados con excepcional rigor; y si los generales yacían en aquel como sepulcro conocido por el *Donjon de Vincennes*, los jefes y oficiales y una gran parte de la tropa vivían muy vigilados y con la mayor estrechez en los departamentos septentrionales del Imperio, esperando un canje que nunca llegaba ó el ser en la primera guerra destinados á servir de auxiliares en el ejército francés.

La Reina de Etruria.

Algunos habían quedado en el Mediodía de Francia pero se descubrió ó se dió por descubierto un complot que se supuso dirigido por la Infanta, ex-reina de Etruria, relegada entonces á Niza, para poniéndose á la cabeza, nada menos que á la cabeza de algunos de los prisioneros retenidos en *Languedoc*, venir con ellos á España á reforzar á los insurgentes españoles. Savary había hecho arrestar en Amsterdan á un italiano emisario de la Infanta, detenido allí por falta de dinero con que trasladarse á Londres, donde debía entregar cartas al Rey, al Príncipe de Gales y al embajador espa-

ñol, y con esos documentos á la mano y el emisario en su poder, el policiaco francés y Napoleón hallaron armas para vengarse de los reveses sufridos en España. La reina de Etruria fué llevada por el general Miollis á Roma para ser recluída con su hija la princesa Luisa Carlota en el monasterio de Santo Domingo, el mismo en que lo estaba la duquesa de Parma, separándola así de su hijo, que fué enviado con los abuelos que á la sazón residían en Marsella.

La historia de aquel suceso es la siguiente:

La reina de Etruria, no pudiéndose conformar con su destierro en Niza, habia hallado un toscano, Gaspero Chifenti, conocido por su lealtad á la dinastía, que se prestara á procurarla un barco en que huir á España, Sicilia ó Inglaterra. Chifenti se había transferido por Túnez y Malta á Palermo, donde en seis meses de contínuo porfiar no había logrado el flete de un barco inglés ó español; tal fué la resuelta actitud de Bardají, que acababa de llegar de Viena, en contra de la del embajador D. Manuel Gil, del almirante Colingwood y de toda la familia real de las Dos Sicilias (1). Tuvo, pues, que volver á dar cuenta de

(1) En 1854 se publicaron en Florencia unas *Memorie sulla tentata evasione della Regina d'Etruria dal territorio francese nell anno 1809*, con el diario de la expedición de Chifenti, de donde recogemos estos datos. De ellos resulta que Bardají usó de los argumentos más fuertes para disuadir á la reina Carolina de su noble propósito de acoger en su corte á la desposeída Infanta. El hijo de Chifenti que es quien publicó el Diario, dice á propósito de eso: «E di ció non contento, non puó inmaginarsi con quanta animositá accusasse eziandio ingiuriosamente, per private cagioni, l'infelice Regina di Etruria di alcuni falli politici, sorgente, secondo lui, dei disastri di Spagna, e gettasse cosi i tristi semi della discordia e degli odi fra quei Congiunti, che scambievolmente si amabano con ammirabile esempio.»

sus inútiles gestiones en favor de la Infanta, la cual continuaba en Niza. Pero tanta tardanza, que la hacía augurar mal de la misión de Chifenti, y su impaciencia por huir del territorio francés, la inspiraron la idea de confiar á un señor Sassi, mayordomo de su casa, algunas cartas que debería entregar al soberano de Inglaterra y á las demás personas ya citadas, exponiéndoles su cuita y pidiéndoles su asistencia. De esas cartas no se deduce la intención de sublevar á los prisioneros en *Languedoc,* como no se recurra á la interpretación de algunos puntos suspensivos en que, sin embargo, no parece tener cabida. Ni en la dirigida á Jorge III, ni en las escritas al Príncipe, Regente luego del Reino-Unido por la demencia de su padre, y á Alburquerque y su sucesor en la embajada de España, se hallan otras frases que las que conducen á conmover el ánimo para que saquen á la infeliz Señora y á sus hijos de la triste situación en que se ven (1).

Preso en Amsterdan el Sassi, lo fué inmediatamente Chifenti en Liorna; y los dos, llevados en París á un consejo de guerra, fueron condenados á muerte, sen-

(1) He aquí la carta al Rey: «Al Re d'Inghilterra Giorgio III. — Signor mío Fratello. — Nizza 5 agosto 1810. — Vostra Maestá non puó ignorare la disgraziata situazione nella quale io mi trovo con la mia Famiglia dopo i terribili avvenimenti che ci hanno privati dei nostri stati e della nostra libertá..... Sono in obbligo per me medesima, e debbo per i miei figli tentare tutti i mezzi che possono contribuire a cambiare la nostra sorte..... Io ho dovuto prendere la rizoluzione d'invocare per me e per gli stessi miei figli l'assistenza di Vostra Maestá. — La Regina María Luisa».

Acaba de publicarse en Francia un libro curiosísimo con el título de *Le Royaume D'Etrurie* (1801-1807).

Su autor, M. Paul Marmottan, ha logrado reunir documentos inéditos y de grande autoridad para describir la creación de aquel reino y el gobierno de su primer soberano, hijo del

tencia de que fué indultado el primero el 26 de julio de 1811 en el sitio del suplicio y cuando ya tenía vendados los ojos, y que se ejecutó en Chifenti con tan repugnante desigualdad á pesar de los ruegos del gran duque Fernando III de Austria al emperador Napoleón.

Vengazas de Napoleón. Todo esto produjo un recrudecimiento en el rigor que se usaba para con Fernando VII, aun cuando con las protestas más hipócritas por parte de Napoleón y de Savary. Ese rigor se extendió á escasear á los príncipes relegados á Valençay los recursos más necesarios para el trato á que estaban hechos y merecían por su calidad; escatimándose al Rey hasta el punto de no dársele más que 1.000 francos mensuales para todos sus gastos y á los Infantes cantidades con que les era imposible atender á su mantenimiento y á las limosnas que se habían acostumbrado á hacer en la comarca misma de su prisión (1).

Consideraciones. No cabe duda en que la conducta de Fernan-

Duque de Parma, casado con la Infanta María Luisa, hija de Carlos IV, Rey de España.

Para los españoles tiene suma importancia el escrito de M. Marmottan, como que se refiere á una de las más extrañas resoluciones de Napoleón, primer Cónsul de la República francesa, creando una monarquía entre las varias fracciones republicanas de Italia; y eso en honor de la familia Real Borbónica, representante entonces de la dinastía de Enrique IV.

Lástima que la obra del erudito autor de «El Reino de Etruria» no se extienda á recordar las diversas peripecias que se sucedieron en la vida de la Reina viuda que, como se ha dicho antes, fué recluída en un convento de Roma apartánla de sus hijos, enviados á Marsella con Carlos IV y María Luisa, sus abuelos.

(1) «Y caso raro en quien ha sido tachado de gastador en todo género de distracciones hasta suponérsele dilapidador del tesoro público para satisfacerlas; en un libro existente en la Biblioteca real y que contiene las cuentas originales y firmadas de Valençay, se observa que, mientras los infantes D. Antonio y D. Carlos se permitían pedir cantidades superiores á la de su

do VII en Valençay da lugar á todo género de juicios, á rudas inculpaciones, á protestas patrióticas y á razonamientos que la disculpen. De esos juicios se ven llenas las mil historias que se han escrito de aquel monarca, con la parcialidad todas que naturalmente habrían de inspirar las pasiones políticas, nunca más excitadas que en su turbulento reinado. Que las cartas que escribió á Napoleón y á José Bonaparte, felicitando á aquel por sus victorias y al Intruso por su elevación al trono de España, pueden revelar una debilidad vergonzosa é indigna de quien se lo veía tan procazmente arrebatado, es más que evidente. Para algunos esa debilidad revistió los caracteres de la cobardía, inconcebible en quien, habiendo ceñido á su frente corona como la española, tanta obligación tenía de merecerla y le era dado ver á su pueblo hacer los sacrificios más sublimes y costosos, los de la vida, la independencia y el bienestar, para devolvérsela más gloriosa todavía y respetada. Disculpan otros esa debilidad con la peligrosísima y, más que peligrosa, difícil situación de Don Fernando en Bayona, preso con artes tan viles, entre unos padres cuya irritabilidad aumentaba con verse libres y pudiendo desmentir sus concesiones forzadas de Aranjuez, y el omnipotente Emperador árbitro de la vida del Príncipe, sin escrúpulos, ya abandonados desde el trágico atentado que tuvo su desenlace en los fosos de Vincennes. Esa situación era, con efecto, de muy difícil salida, sobre todo, al no ofrecerse

---

consignación y estaban siempre en deuda, D. Fernando no solicitó, ó al menos no obtuvo ni un solo mes otra suma que la indicada de los 1.000 francos, rasgo digno de tenerse en cuenta en un personaje á quien se ha hecho blanco de toda clase de tiros personales y políticos»..... «Fernando VII en Valençay».

otra que la señalada por el inexorable autócrata, la de una completa abdicación de cuantos derechos otorgaban á Fernando el nacimiento y la historia, ó la muerte. Porque desde la de Enghien habría muy pocos en Bayona que no creyeran á Napoleón capaz de ejercitar las mayores violencias para poner término feliz á la abominable empresa de apoderarse de España y unirla á su soñado sistema de dominio universal.

¿Puede esa debilidad disfrazarse con la forma esencialmente hipócrita del disimulo, habitual ya en Don Fernando por su educación en corte como la de sus padres, si corrompida, por algún lado, hasta los mayores extravíos é indisculpables vergüenzas, temible, de otro, por las injustificadas pero también desapoderadas ambiciones, ocultas al parecer, de quienes las abrigaban, imposibles de disimularse para la perspicacia del pueblo español y los recelos y astucia del príncipe interesado más que nadie en burlarlas y en su día castigarlas? Cuestión es ésa á que sólo el tiempo podría contestar, y no es llegado el en que nos sea dado emitir un juicio que, sin más datos que los hasta ahora aducidos, parecería aventurado.

Y concluiremos este asunto diciendo con M. Quin: «Después de aquellos acontecimientos (los de Valençay), el nombre de Fernando no vuelve á sonar en la historia hasta la época en que la fortuna principia á abandonar al guerrero á quien había favorecido tanto tiempo, y á elevar y engrandecer á los que tantas veces había vencido» (1).

(1) Véanse en el apéndice núm. 1.°, las cartas de Fernando VII arriba citadas y algunas, las más interesantes, que se refieren á la tentativa fracasada del barón Kolli.

Los Afrancesados.

Frente á Fernando VII y los Infantes sus allegados, presos en el lóbrego palacio de Valençay, hay que estudiar á aquellos de sus antiguos súbditos que gozaban de las ventajas del poder al lado del Intruso, conocidos con el título, asaz denigrante, de *Afrancesados*. Una miopía lastimosa, impropia en hombres que sus contemporáneos tenían por los más ilustrados, los más sabios de nuestra patria, y el orgullo que les inspiraba esa misma reputación, les condujo al campo enemigo, creyendo que su influjo arrastraría la nación entera en pos de ellos. «No conocían, hemos dicho en la *Introducción* de esta obra, no conocían, á pesar del talento indisputable de algunos de ellos, el verdadero carácter de los españoles. Calcularon por la desgracia presente, que creían no poder remediar por sí mismos, y fundaron su esperanza en auxilio extraño, nunca desinteresado y pocas veces noble, ateniéndose los gobiernos á principios de moral muy distintos de los que sirven de norma á los hombres en sus relaciones privadas.»

Por ese error comenzó, en efecto, á formarse el bando afrancesado. De Napoleón esperaba una gran parte del pueblo español el remedio á los, de otro modo, incurables males que afligían á la nación desde veinte años antes. Era el nuevo César ardientemente deseado mientras se tomó su intervención en los asuntos de España y, sobre todo, en los de nuestra familia real, por favorable á Don Fernando, á quien se veía oprimido, vilipendiado y en peligro hasta de la vida por el favorito de sus padres. Odiado éste de cuantos no llegaban á saborear sus beneficios, creíase que sólo un brazo tan poderoso como el del incontrastable Emperador, cuyo genio militar tenía lleno de asombro y

de temor al mundo entero, lograría derribarle, y eso con un movimiento de sus ojos, con una señal de sus iras olímpicas. Los más amantes de las glorias patrias, los que más orgullo manifestaban por las antiguas de nuestras armas y por el espíritu de superioridad que había distinguido siempre á los españoles sus antecesores, no se desdeñaban de esperar de Napoleón la ruina del insensato que, por satisfacer sus ambiciones, no se detenía ante el desdoro de la dinastía reinante y de la nación. El Emperador de los franceses era, pues, querido y solicitado de los españoles que no se rebajaban hasta temer de él las artes y las violencias que luego habría de desplegar contra ellos. Le consideraban tan generoso y magnánimo como fuerte.

No tardó en llegar el desengaño; y cuando pudieron tocarse las consecuencias del error en que estaban los que habían creído en los nobles propósitos proclamados por el *grande hombre* y sus agentes diplomáticos y militares en Madrid y las provincias, entró la división en los ánimos y la lucha entre los que, pasando ó haciéndose pasar por los más previsores, continuaban ateniéndose á sus opiniones de antes, y los que dejándose llevar de sus ingénitos instintos de independencia y patriotismo, se empeñaron en la ardua y arriesgadísima empresa de mantenerlos ante cuantas artes y violencias se quisieran usar para sofocarlos. De ahí nacieron los dos partidos, con opiniones que podrían, como ha dicho alguno, ser abrazadas por unos y otros de buena fe, sin otro objeto que aquél que más conviniera al bien de la nación, pero que, distando tanto, iban á chocar hasta disputarse honor, patriotismo, talentos y fuerzas con que obtener ese bien para

mayor gloria y fruto de la patria. El triunfo de Bailén y la retirada de los franceses á la izquierda del Ebro decidieron para siempre la formación y persistencia de esos partidos; manteniéndolos ambos como cuestión de honra, con la pretensión, el afrancesado, de, como el más sabio, atraerse las opiniones de la generalidad de sus conciudadanos con la razón, la filosofía y el interés nacional en sus banderas, y con las armas, el español, que le daban la justicia de su causa y la gallardía, el desapropio y espíritu de libertad geniales en nuestra raza.

Sus razonamientos.

Y hemos de decirlo en honor de los últimos: los razonamientos que principalmente manejaban los afrancesados creyéndolos concluyentes, eran los que en su concepto conducían á convencer á sus adversarios de la conveniencia de su triunfo para la nación. Pero como esa conveniencia, ese interés, para ellos supremo, se fundaban en el miedo al poder, por nadie hasta entonces superado, de Napoleón, émulo feliz de los más famosos capitanes de la antigüedad y vencedor de las primeras, de todas las potencias militares de la Europa continental, el partido español se empeñaba cada día con más insistencia en rechazar las imposiciones con que el Emperador, con sus ejércitos, y los afrancesados, con sus discursos y propaganda, le amenazaban y afligían. Ese era el flanco, el lado más débil de los partidarios de la causa napoleónica en España. Empezaban por negar la justicia de la causa española con las razones de un cosmopolitismo que aquí nadie entendía, y observando que, aun concediéndola, no bastaba para defenderla, porque es necesario que la guerra sea sobre todo conveniente para

que sea abrazada y mantenida (1). ¡Sofisma torpe, impregnado en la filosofía que, reinante en los días anteriores á la revolución francesa, no había sido, con todo eso, practicada por sus defensores al compás, eminentemente patriótico, de la *Marsellesa!* ¡Sofisma cruel que hace depender de una prudencia que tanto se parece al miedo, la resolución generosa de los pueblos, atacados injustamente, para repeler la fuerza con la fuerza y el insulto con la venganza!

Ese de la conveniencia es un tema que se caía siempre de los labios y de la pluma de los que nunca se amoldaron á la idea de confesar su error; porque, no sólo aparece en el escrito mencionado de los dos ministros de José, sino en los de cuantos siguieron la bandera de aquel desdichado príncipe, juguete de los caprichos y de las ambiciones de su despótico hermano. «¿Contra qué ley peca el que no calcula sobre milagros, y se determina en sus acciones por lo que únicamente parece posible en lo humano?», decía un panegirista de D. Mariano Luis de Urquijo. Ese mismo escritor añadía luego: «En tal situacion, ocupada la mitad de la España por los exércitos franceses, y abandonado el resto á la anarquía, ¿qué opinion podía pronunciar un español juicioso? La que pronunció Urquijo; la que pronunciaron todos los hombres sensatos que se hallaron en estado de emitir un voto libre; la

(1) Decían Azanza y O'Farril en su *Memoria:* «Así que resulta probado, no sólo por evidentes razones, sino por la conducta que han observado las naciones y sus jefes, que la justicia de una causa no basta por sí sola para que una guerra sea conveniente y como tal deba abrazarse; y que las razones de su inconveniencia pueden presentarse tan probables y poderosas, que lejos de ser un crímen, se haga un servicio á la nación en evitársela».

que en las circunstancias estaba dictada por el interés de la España; la que habría triunfado al cabo sin los yelos del Norte, y aun después de ellos sin la obstinacion inconcebible de Napoleon; en fin, la que no podrá nunca reputarse ni por criminal ni por censurable, sino cuando se acierte á probar que raciocinar es un delito y que el furor no es un acto de demencia». Y con decir, pero con la mayor seriedad, que Sagunto y Numancia, sepultándose en sus ruinas, dejaron á Aníbal y al segundo Escipión sin enemigos, y que, al aconsejar en Vitoria la evasión de Fernando VII y ofrecerse, después de realizada, á negociar con Napoleón, podía Urquijo compararse con el cónsul Posthumio lavando la afrenta de *las Horcas Caudinas*, y á Régulo volviendo al poder de los cartagineses, dábasele á considerar como exento de toda tacha de tránsfuga, de desleal ó traidor á la causa del rey legítimo y de la nación (1).

Parece imposible, á pesar de tales protestas, que un Urquijo, derribado por Napoleón en diciembre de 1800 por haberse opuesto al nombramiento de Luciano Bonaparte para embajador en Madrid, y un Mazarredo, destituído poco después del mando de la escuadra de Brest calificándole de *un bolo* (une ganache), cediesen ocho años más tarde á las sugestiones de su insultador para servir al hermano y correr su suerte. Es verdad que, al constituirse el gobierno de José, le escribía Napoleón que el nombramiento de

(1) Un notable hombre de Letras, que no queremos nombrar, declaraba en 1845 que su padre, emigrado en Francia por igual causa, era quien había escrito el Elogio de Urquijo.

Urquijo para el Ministerio equivaldría *á la más hermosa proclama que pudiera dar*, y que buscó y requirió á Mazarredo para el de Marina, haciéndole, además, ascender á Capitán general por sus grandes servicios en la escuadra, de cuyo mando le había hecho destituir por *bolo*.

Era un concepto muy general el de que sería imposible resistir al Coloso y que el Dos de Mayo había sido la primera de las locuras que las provincias andaban ejecutando para la completa ruina de la nación española. Ahí está el libro de Nellerto, el famoso canónigo amigo de Godoy, denunciador de cuantos mostraron la menor debilidad, siquier en muchos sirviera para disimular durante su estancia al alcance del inexorable usurpador; ahí está, repetimos, para repetir si no iniciar el mismo argumento de todos los afrancesados, ninguno lo furioso, sin embargo, encarnizado y recalcitrante que él. El miedo que empieza á producir sus efectos con las amenazas dirigidas por Napoleón á Fernando VII, se extiende á los que habían acompañado á la familia real española, y luego á los llamados á la magna junta de Bayona para reconocer al Intruso y dar la constitución con que reinaría, es en todos los que después no le huyeron el argumento con que pretendían disculpar su error ó sus aficiones (1). Nellerto justifica así ese pavor, tan generali-

(1) A los que han creído que las amenazas de Napoleón á D. Fernando eran *de burla*, como vulgarmente se dice, les recomendamos la lectura del capítulo 4.º de la obra de Nellerto. Las cartas escritas en aquellos momentos por Pérez de Castro, O'Fárril, Lazán y otros, demuestran que en su concepto la cosa iba *de veras*. O'Fárril decía después en Madrid: «Allí, en Bayona estábamos temblando de las resultas; ya no dábamos

zado entonces en concepto. de opinión sabia y prudente. «En fin, es un hecho ciertísimo é inegable por los hombres de buena fe, que hasta la noticia de la batalla de Bailén, todos los españoles juiciosos, capaces de formar cálculos sobre datos, y conocedores del estado del exército real, estaban persuadidos á que no había remedio en España contra la mutacion de dinastía. Todos, todos amaban de corazon á Fernando VII; sentían su desgracia, pero pensaban que no pudiendo ya evitarla, era forzoso sacar del mal algun bien para la patria».

«Ninguno, continúa, estuvo afectado de pasion en favor de la dinastía francesa. Ninguno, ninguno. Es injusto, falso y calumnioso quanto se ha dicho en contrario. Algunos se adhirieron desde luego más abiertamente al rei Josef. Pero lejos de haber creido que cometían crímen, lo reputaban por verdadera virtud civil patriótica. Una vez formado el concepto de que no podía menos de prevalecer (en lo cual entonces estaban todos conformes), ellos creían que si evitaban los males de la guerra, y las ruinas de la patria, serían tenidos por héroes con el tiempo, y que si no arrivaban á tanto, disminuirían sus daños, prestándose á obrar aquello que practicado por militares y extrangeros, sería mal quatro veces mayor».

Pero no ya para dar al público esa manifestación de opiniones que, por lo unánimes entre los afrance-

---

por seguras las vidas del rey y demás, si aquí hubieran ustedes hecho algo.» Se llegó á comisionar á Lazán para que impiatropello que se temía; pero estaba la sublevación aragonesa diese el alzamiento de Palafox, su hermano, á fin de evitar el tan adelantada, que se creyó imposible el contenerla.

sados, pareciesen perfectamente sinceras y justificadas, sino que en cartas particulares y en algunas reforzando hasta en demasía el argumento, se procura inculcar éste en todos los ánimos y herir todas las inteligencias para obtener la convicción de sèr harto verdadero, eficaz y fundado.

En un manuscrito que tras de investigaciones muchas y penosas se logró saber que era obra de D. Luis Marcelino Pereyra, abogado y catedrático muchos años en Santiago, y alcalde de casa y corte en Madrid reinando José Napoleón, existen cartas á un amigo en justificación de su conducta en Bayona, junto á Zaragoza, después, al procurar con Castelfranco la rendición de la ciudad heróica, y, por fin, de la que observó durante la guerra al servicio del Intruso. Como buen abogado, aunque en mala causa, no pierde ripio en los argumentos á que cree deberse acoger. En la cuestión de justicia, de que ya hemos hecho mención, exclama: «La justicia, se dice, es lo primero. Y aun lo único, añado yo, quando se trata de derechos agenos... Pero otra cosa es tratándose de derechos propios: acerca de los quales, no menos que la de justicia tienen cabida las consideraciones de prudencia. Vindicarlos, puesto que sean incontestables, será muy grande desacierto, si mayores males son de temer de su vindicacion, que de su violacion hayan de seguirse, y dexarse llevar, sin mirar á más, del sentimiento de la injuria que se recibe, es de mujeres y de niños, que no de varones fuertes y juiciosos. Hánse de medir las fuerzas y los medios con las dificultades del empeño; hánse de considerar sus diferentes éxitos, y consequencias y dexos; hánse de estimar sus probabilidades: y todo

antes de salir á la demanda el hombre cuerdo ha de compararlo más ó menos detenidamente según sea el negocio de importante».

«Ni corre más esto, añade, por los particulares que por las naciones; procediendo de ahí que en todos tiempos se las haya visto consentir cosas no sólo duras y graves de sufrir, sino también injustas, y notoriamente injustas, quando por no sentirse con fuerzas para contrastarlas, quando por no acarrearse contrastándolas desventuras aun menos tolerables».

Y pone varios ejemplos para probarlo y para demostrar luego que la conducta de los españoles en Bayona fué la más propia para servir á la patria. Y tomando por sucesos los más improbables, por verdaderos milagros, los éxitos alcanzados en la primera campaña de 1808, llega hasta abominar de ellos, porque han creado una opinión á todas luces errónea la de que España lograría salir triunfante en la demanda. «He aquí, dice á los principios de su escrito, el fruto de nuestros esfuerzos y del engreimiento y falsa seguridad que nos inspiró la decantada victoria de Bailén. Victoria funesta, de que se dolerá España siglos enteros como se duele el jugador de la ganancia de un día que enviciándole en el juego le conduxo por último al hospital».

Es hasta donde puede arrastrar la pasión ó, por mejor decir, el empeño de justificar un error que no se atrevería á reconocer nunca el desatentado jurista, mucho menos á fines de 1809, que es cuando escribió aquellas cartas. En ellas, si las transcribiéramos, hallarían nuestros lectores todos los razonamientos de que se valían los afrancesados para rechazar el califi-

cativo de traidores con que los señalaban los españoles defensores de la causa de nuestra independencia.

No vá tan lejos el autor de un anónimo, conocido de cuantos han tratado de historiar la guerra de la Independencia por su título de EXÁMEN DE LOS DELITOS DE INFIDELIDAD Á LA PATRIA, IMPUTADOS Á LOS ESPAÑOLES SOMETIDOS BAXO LA DOMINACION FRANCESA. En ese libro, en què se quiere salvar la intención de muchos, no de todos como en el de Nellerto, se conceden la justicia á la causa española y los motivos que provocaron la guerra. Y si no, véase el siguiente párrafo de su capítulo XXIII. «La opinion, se dice en él acerca de la guerra de España, no se ha dividido jamás sobre el *derecho*; sobre el *hecho* ha sido únicamente la contradiccion que ha tenido de muchos. Nadie aprobó como justos los títulos de Napoleon al trono de la nacion: nadie ha sostenido como válidas las renuncias á favor suyo: nadie ha defendido la legitimidad de las actuaciones de Bayona: nadie ha impugnado los derechos de Fernando VII: nadie ha contradicho la justicia de España en oponerse á la usurpación. Si la opinion por sí sola puede ser un delito, ésta solamente lo sería, como opuesta al derecho de gentes y á los principios de la justicia universal. Pero, como las guerras no se deciden por la razon, sino por la fuerza de las armas, no basta tener aquella de su parte para vencer, si no se tienen los medios de derrotar al enemigo que la contradice».

Ni ¿cómo podían negarse los fundamentos precisamente en que se apoyó una sublevación que, de no ser justa, patriótica y honrosa, nunca habría logrado hacerse tan general y obstinada? Las guerras en España

han ofrecido siempre tales caracteres, y por eso parecían inacabables. Nuestro pueblo entendía el honor nacional de otro modo que los demás, con lo que logró desorientar hasta hacer caer en los más graves y transcendentales errores á los que, considerándose los más sabios estadistas y filósofos, pretendían dirigirlo. Burlados en sus egoistas y cobardes propósitos, los que no se arrepintieron ó no confesaron su error ante la evidencia y eficacia de la tan valiente cuanto espontánea resolución de sus compatriotas, apelaron al torpe expediente de atribuirla á falta de luces, de prudencia y aun de verdadero patriotismo en ellos.

Porque eso sí: el talento, la sabiduría y la sagaz y previsora cordura en asuntos que tanto interesaban á la salud y grandeza de la patria, parecían, si se les escuchaba, patrimonio exclusivo de los afrancesados. Sus escritos, como declaraciones, manifiestos y pláticas, los libros todos que han dado á luz para explicar su conducta, rebosan de orgullo en tal concepto, considerándose sus autores los únicos sabios, prudentes y patriotas en tan aflictiva y crítica ocasión. No acabaríamos de estampar calificativos de ese género de no habernos propuesto ser parcos en la exposición de los asuntos no militares de aquella época; que, de otro modo, probaríamos que es inexacto tal concepto, desgraciadamente bastante extendido entre nuestros mismos compatriotas. ¿Es que Jovellanos y Saavedra, Floridablanca y Toreno, Argüelles y cien otros, bien conocidos por sus talentos políticos y literarios, Castaños y Blake, Escaño y Ciscar y no pocos más, la generalidad de nuestros generales de mar y tierra, no valían lo que los presuntuosos, que nos resistimos á nombrar,

arrastrados al bando del Intruso, más que por sus previsiones patrióticas por los lazos de gratitud al Generalísimo y Almirante que tanto y tan espléndidamente les había pagado sus ditirambos, á unos, y sus adulaciones á los demás? ¿Ni qué más prueba de eso sino la del acierto de aquellos al seguir el impulso dado al movimiento nacional por el pueblo español, y el desencanto de los que, pretendiendo contenerlo, fueron arrollados al abismo de su descrédito y de su infortunio? Su sabiduría, ya que suponían tener acaparada la de todos los españoles, no les sirvió más que para, según ya hemos dicho, *comprometer al país en un camino del que, si salió con gloria, fué á costa de torrentes de sangre y de calamidades sin cuento.* Porque Napoleón halló en el español un pueblo devorado por la discordia; y conocedor, como pocos, de los efectos que siempre ha producido tan deletéreo vicio en las sociedades humanas, la aprovechó para la ejecución de sus planes de conquista de la Península, creyéndola, así, posible y aun fácil. En su inmenso talento podría recelar los obstáculos que al fin se le opusieron, y hasta, aunque tardíamente, los dejó declarados en su cautiverio, pero acaso los creyó allanados por quienes, adhiriéndose á sus pensamientos, se los pintaron, no sólo realizables, sino que provechosos también para la misma nación en cuya conquista se iba á comprometer. Napoleón se halló en Bayona con dos partidos, favorable, el uno, á los reyes padres, al rey Fernando el otro, y creyó que España estaba igualmente dividida. Los dos solicitaban su protección; el primero, para una restauración imposible ya; el segundo para el mantenimiento de una soberanía indubitablemente

sancionada por el aplauso de la nación. Vió, y él lo decía después, que no se le podía presentar ocasión mejor para realizar en Occidente la idea del sistema continental con que soñaba, y la cogió sin poner mientes en los obstáculos que pudiera encontrar, bastándole, para no verlos, el espectáculo que le ofrecía aquella corte corrompida ó torpe que se echaba á sus pies. «Tenía delante de mí el nudo gordiano y lo corté.» Eso dijo en Santa Elena; pero por más que pretendiera justificar la resolución de tal problema con los argumentos que ponían á su alcance la torpeza y la debilidad de sus víctimas, los que usó no fueron sino los brutales de la fuerza, en nadie más que en él temibles en tan decisivos momentos.

Y de ahí la evolución verificada por los próceres y notables presentes en Bayona á las repugnantes escenas de las renuncias de la corona española, y de los llamados á sancionarlas en aquella junta magna, innegable *guet-apens* que en vano quiso desmentir su autor. ¿Qué iban á hacer los ilusos que habían caído en tan pérfida emboscada? Metidos en aquella espelunca, amenazados del león que les hacía instrumentos de su rapiña, de tanto tiempo atrás atisbada y puesta ya en sus garras ¿osarían volverse contra él, afrontarlo y luchar?

Napoleón, con efecto, no quiso volverse á París sin dejar acabada su obra de expoliación; y para formalizarla y dar sanción solemne á tan escandaloso atropello, no sólo declaró preceptivas cuantas funciones confió á la Junta de Bayona, usurpando las antiguas de los cuerpos legislativos de nuestra patria, sino que la hizo constituyente pretendiendo para sus deliberacio-

nes y sus acuerdos la fuerza que no hacía mucho había arrebatado á los de su país. No hubo medio para resistir tal imposición; y servidores leales de la corona y generales, prelados y jueces, cuantas notabilidades creyeron deber someterse al llamamiento de Napoleón, hubieron de aceptar el papel de árbitros para dictar nuevas leyes, imponer otro rey y hacerlo jurar á la nación entera. Si alguno se atrevió, según hicimos ver al recordar aquel que bien pudiéramos llamar *Congresillo* de Bayona por lo arbitrario de los poderes prescritos á sus diputados y lo informal de sus procedimientos; si alguno se atrevió á rechazar semejante imposición, pronto hubo de ceder ante las iras y la amenaza del tirano; no quedando á los refractarios otro recurso que el de la obediencia más ciega, el disimulo por entonces, y las que después han dado en llamarse *reservas mentales* para en adelante. Se conoce que no bastaba todavía tanta humillación y hubieron muchos de aceptar ministerios, cargos de Palacio ó destinos del Estado, y, lo que es más, servir de cortejo al flamante soberano que se les había impuesto y se decía elegido por ellos hasta la capital, cuyas puertas se proclamaba haber sido abiertas por una batalla en que corriera á torrentes la sangre española.

Los desleales en aquella ignominiosa jornada de Bayona, los débiles y aun los que apelaron al disimulo para librarse del férreo yugo á que se veían sujetos, recibieron el dictado de *Traidores*, que se cambió por el de *Juramentados* cuando, ocupada la mayor parte de la Península, apareció el ilegítimo gobierno de Madrid con una organización que exigió el juramento en los que la formaban y servían. El de *Afrancesados* se

aplicó con preferencia cuando, después de la evacuación de nuestro territorio por los imperiales, parecieron impropios aquellos epítetos, adoptándose el último por más general, *el más vago,* dice Amorós en su libro, *é indeterminado de todos: el más fácil por tanto, y acomodado para aplicarse indistintamente; el más útil para servir al odio de nota y señal en una persecución* (1).

Testimonio de la *Gazeta de Madrid.*

Cuando uno se engolfa en la lectura de la *Gazeta de Madrid,* órgano oficial del gobierno de José Napoleón, recibe la impresión más triste y desconsoladora en cuanto se refiere al asunto en que nos estamos ocupando. Dejando á un lado los artículos doctrinales ó científicos conque los redactores de la *Gazeta* llenaban huecos que les producía su repugnancia á materias de una actualidad que pudiera abochornarles; si de vez en cuando se decidían á tratarlas, dejaban á descubierto una conciencia que cualquiera, por poco que supiese leer, como suele decirse, entre renglones hallaba más escarbada que escrupulosa, más cohibida que severamente espontánea en sus descargos. Fuera, repetimos, de los artículos sobre la historia antigua y las ciencias naturales, físicas y exactas, en que tanto abunda el diario napoleónico de Madrid, se pueden estudiar los técnicos militares con aplicación á aquella guerra, atribuídos, para darles algún viso de impar-

(1) No tiene razón en eso el afrancesado, uno de los amigos más consecuentes de Godoy; porque, libre apenas España de la dominación napoleónica, Fernando VII y los enemigos del sistema constitucional implantado por las Cortes de Cádiz, se ensañaron casi exclusivamente con los partidarios de ese sistema y con especialidad con los diputados, perdonando y aun olvidando á los que con mayor ó menor entusiasmo habían prestado sus servicios al Intruso.

cialidad, á militares españoles, la libertad de cuyo alvedrío puede suponerse con sólo observar su procedencia. Nunca se pone en duda la pericia de los generales franceses que con un número casi insignificante de combatientes, arrollan y destruyen los que parecían formidables de los españoles y de nuestros aliados. Ya que no se pueda negar la derrota de Bailén, se atribuye á impericia, cuando no á cobardía, del general en jefe francés y sus tenientes; la batalla de Talavera es un gran triunfo; las de Fuentes de Oñoro y la Albuhera no lo son menos, y hasta se niega el revés de Salamanca aun viendo á los aliados entrar en Madrid y á los franceses retirarse á Valencia (1). Pero ¿qué más? A uno de esos seudo militares españoles se le atribuyen estas palabras, como oidas de boca de un prisionero de la batalla de Almonacid: «Estos franceses son diablos: á pesar del fuego de nuestra artillería é infantería, sus columnas trepaban á alturas que creíamos inaccesibles con el arma al brazo, y sin responder con un solo tiro al terrible fuego que les hacíamos: nada les detiene». Ni en el campo de batalla de Almonacid hay tales alturas inaccesibles, ni hay español que ceda á los franses en eso de escalarlas, para así admirarse de la agilidad y valor de sus enemigos. Y de ese género son infinitos los artículos insertos en la *Gaceta* para incul-

(1) Se publicó en Sevilla la «Carta de un Español al general Castaños después de la batalla de Albuera», en que tambien se dice, y muy seriamente, que en Chiclana vencieron los franceses á triples fuerzas de los aliados, haciendo glorioso el sitio de Cádiz, que las banderas inglesas cayeron en Albuera á los pies de los imperiales, y que se había perdido entre los nuestros toda esperanza de ganar á Badajoz (que se conquistó en seguida), y de mantenerse en Extremadura (que se conservó para siempre).

car en los que la leían la idea de triunfos tan frecuentes y decisivos que no diera lugar á la duda de una sumisión de los españoles tan inmediata como general y completa se decía ser la ocupación del país por los franceses. Procedimiento pudiéramos decir universal en ocasiones semejantes de que se han valido cuantos pretendieron la conquista de pueblos cuya residencia fuera de temerse, y que Napoleón usaba siempre, recomendando á sus delegados no lo escatimasen en los periódicos y á sus generales en sus boletines.

Lo que la *Gazeta de Madrid* no logra ocultar es el número de los enemigos del Intruso en todas las clases del Estado. No hay más que detenerse un poco en la lectura de los decretos allí publicados ó en la colección de ellos que lleva el título de «Prontuario de las leyes y decretos del Rey Nuestro Señor Don José Napoleón I», para darse cuenta de esa observación. La verdad de las causas que los producen se pone de manifiesto por modo elocuentísimo en los preámbulos, mejor, á veces, que en las disposiciones que contienen. **Cómo se afrancesaba á las gentes.**

Por ejemplo: el castigo de horca con que en el decreto de 24 de enero de 1809 se amenaza á cuantos procurasen reclutar mozos para los ejércitos españoles, sean, como en él se dice, *ganchos,* ú ocultadores, posaderos ó dueños de casa, lo mismo que á los seducidos, revela cuál sería el número de los que abandonaban su domicilio para unirse á los leales que combatían por la independencia de la patria. Ese decreto se extendió luego, en 9 de marzo, á las Justicias de los pueblos que ya hubiesen prestado el juramento de fidelidad, pero modificando la pena en algunos casos. El Intruso sabía que en varios pueblos esas Justicias toleraban la **Las Justicias.**

recluta y leva de los mozos que se ofrecían á combatirle; y lo sabía en parte por delaciones de algún partidario suyo que así buscaba el congraciarse con el gobierno que había jurado (1). Pero ¿qué respeto habían de obtener esos decretos cuando no había en todo España una autoridad local que no se viese á cada momento requerida para las exacciones más arbitrarias, vejada y maltratada por generales, jefes y soldados, por cuantos se declaraban representantes ó agentes del gobierno napoleónico? Donde mandaban un Kellermann, un Dorsenne ó un Roquet, ¿cómo no habían esas justicias, por mil juramentos que hubieran prestado, arrancados siempre á la fuerza, de ayudar á los pueblos en su rebeldía y esconder á los perseguidos de tan bárbaros tratamientos?

El clero. Pues lo que se ejecutaba con las Justicias, tenía que suceder con las autoridades eclesiásticas, con las de los conventos, particularmente, esparcidos, como se sabe, en gran número por todo el haz de la Península. Para obispos como los de Orense y Santander y

(1) Véase lo que escribía Mazarredo, ministro de Marina, desde la Mota del Marqués: «Así es que los pueblos en el momento que hai quien les aclare sobre su estado, y las ventajas de la nueva mudanza, no sólo detestan sus errores, gimiendo los males que les han traido, sino que aborrecen á los malvados, que guiados del fanatismo é ignorancia, los han seducido con groseras mentiras. Entre éstos había tres individuos, dos de observantes franciscanos de la ciudad de Toro, y otro de los descalzos de Tordesillas, que los tenían alucinados, predicando guerra é insurreccion; y hasta desatendiendo las órdenes de sus prelados. El general Mazarredo los ha enviado á sus conventos con orden de tenerlos en reclusión por seis meses, sin perjuicio de asistir á los actos de su comunidad y con la de velar su conducta aun después de cumplido aquel término, prohibiendo que pernocten jamás fuera de sus conventos».

No tuvieron los frailes poca fortuna al tropezar con Mazarredo.

otros varios, paladines enérgicos é incansables de la independencia nacional; para prelados y abades de las órdenes monásticas, que en gran número se impusieron la patriótica tarea de enfervorizar á sus hermanos para que, á su vez, comunicaran al pueblo el fuego en que ardían á fin de impedir la propagación de la incredulidad y la heregía al mismo tiempo que la dominación extranjera, los hubo también débiles que sucumbieron al miedo ó sujeridos por la idea, convicción en ellos, de que en tiempos tan revueltos y días tan críticos no debían alejarse del redil en que pudieran sus ovejas necesitar de sus espirituales auxilios. Con todo, no fueron tantos los últimos que evitasen la persecución que con saña sin igual ejerció el gobierno del Intruso contra ambas clases del clero antiguo.

Empezando por conminar con las más severas penas á cuantos eclesiásticos se ausentasen de sus respectivos destinos ó conventos, como se disponía en 16 de febrero, se acabó el 18 de agosto de aquel mismo año de 1809 por *suprimir todas las órdenes regulares, monacales, mendicantes y clericales existentes en los dominios de España.* Y no hay más que leer los preámbulos de aquellos dos decretos para observar cómo crecía y se propagaba el espíritu opuesto al jacobinismo francés en todos los ámbitos de la Península. Empezaba el primero: «Considerando que muchos Eclesiásticos y empleados públicos, hallándose ausentes de sus respectivos destinos, contribuyen con su conducta á extraviar la opinión del pueblo haciéndole concebir falsas esperanzas, esparciendo noticias fabulosas y exponiéndole de este modo á los desastres inseparables de la guerra..... etc..... etc.»; y el segundo: «No habiendo

bastado todos los miramientos que hemos tenido hasta ahora con los regulares de las diferentes Ordenes, ni las promesas sinceras que les habíamos hecho de dispensarles nuestra protección y favor.....; habiendo el espíritu de cuerpo impédido que hayan confiado en nuestros ofrecimientos, y arrastrádoles á disposiciones hostiles contra nuestro gobierno..... etc..... etc.». Por ahí se vé que, en lugar de someterse los ministros de paz, los representantes de los intereses conservadores más afines á los principios de autoridad, á los del orden, por consiguiente, y mantenimiento en todas las esferas de una sociedad bien constituída, se rebelaban, por el contrario, é influían con los pueblos para que rechazasen, como los halagos, las imposiciones del falso rey que les habían dado la ambición del Emperador francés y la inepcia de sus anteriores soberanos ¡Y tanto como lo hacían desde los prelados hasta el fraile más humilde y el cura vulgarmente llamado *de misa* y *olla*! Y eso sin dejar, además, los robustos y hábiles de encender con el ejemplo el ánimo de sus feligreses, armándose cual ellos y llevándolos al monte ó al llano á combatir como mejor pudiesen á sus mortales enemigos.

La grandeza. Algo refractarios á ese sistema de guerra, tomaron también las armas para esgrimirlas en los campos de batalla, los Grandes de españa y los Títulos del reino; si algo tardíamente algunos y esperando también los acontecimientos, con la eficacia, los demás, que dan la sangre, la riqueza y la ilustración que es de suponer en ellos. Ya en los principios del alzamiento nacional, y aun antes los que formaban el cortejo de Fernando VII en Bayona, Infantado, por ejemplo, protestan-

do, puede decirse, ante Napoleón, y en Asturias, Andalucía y alguna otra provincia, en la junta misma de gobierno dejada en Madrid por aquel soberano, se habían hecho manifestaciones de resistencia en las clases de la nobleza española. Pero al conocerse las consecuencias del Dos de Mayo en las regiones todas de la Península y las renuncias de la familia real, precipitadas por aquel grandioso al par que cruento sacrificio de los hijos de Madrid, también la nobleza, titulada ó no, secundó patrióticamente la sublevación de la plebe, como los generales y los jefes superiores siguieron, cuando no iniciaron, la de las tropas. No hizo poco daño al rey José y, por consiguiente, á Napoleón, el arranque de los primeros Grandes que se adhirieron al del pueblo; y lo demostraron por manera evidente los decretos dictados por el Emperador en Burgos declarando traidores á varios de los que habían asistido á la junta de Bayona y unídose después á los sublevados en España (1). Ni aun los mismos juramentados

(1) En el decreto imperial de 12 de noviembre de 1808, en que se concedía perdón general y amnistía á los españoles que en el espacio de un mes depusieran las armas, se exceptuaba á Infantado, Híjar, Medinaceli, Osuna, Santa Cruz del Viso, Fernán-Núñez, Altamira, Castelfranco, D. Pedro Cevallos y el Obispo de Santander.

De Infantado decía pocos días después el boletín del Ejército (francés) de España, de 7 de diciembre, lo siguiente: «El duque del Infantado ha sido una de las primeras causas de las desgracias que ha experimentado su país; fué el instrumento principal de la Inglaterra en sus funestos proyectos contra España; de él se sirvió para dividir al padre y al hijo; derribar del trono al Rei Carlos, cuya adhesión á la Francia era sabida; para suscitar borrascas populares contra el primer ministro de aquel Soberano; para elevar al poder supremo al

se salvaron de aquel anatema sino pasando sus solicitudes por una comisión compuesta de tres consejeros de Estado y luego por la asamblea general de aquel cuerpo que propusiera la rehabilitación de sus títulos. Los trataron como á los acreedores del Estado posteriores al 6 de julio de 1808, á quienes se obligó, según decreto de 16 de diciembre del año siguiente, á presentar la certificación de haber prestado el juramento. Pero, ¿qué más?; confesando que el mayor número de *los principales ricos-hombres y títulos habían desconocido su interés prefiriendo la anarquía,* se negaron las grandezas y títulos que no se concedieran por un decreto especial del Intruso, disposición que luego se modificó para con los que habían obtenido empleos en

---

Príncipe jóven, que en su enlace con una Princesa de la antigua casa de Nápoles, había adquirido en contra de los franceses el odio de que no ha desistido jamás aquella casa. El duque del Infantado fué quien hizo el primer papel en la conspiracion del Escorial. Luego se le vió prestar el juramento en Bayona, como coronel de guardias españolas, en manos del Rei Josef. Restituído á Madrid, se le vió arrojar la máscara, y manifestarse abiertamente el hombre de los ingleses. En su casa se alojaban los ministros de Inglaterra; en su sociedad vivían los agentes acreditados ó secretos de aquella potencia. Después de haber excitado á sus conciudadanos á una resistencia insensata, se le ha visto fugarse de Madrid á Guadalaxara con el pretexto de ir á buscar socorros, evitar por esta estratagema los peligros que había acarreado á sus conciudadanos, y no manifestar alguna solicitud sino á favor del agente inglés, que conduxo en su mismo carruage, y á quién sirvió de escolta. ¿Qué le valdrá esta conducta? Perderá sus títulos, perderá sus bienes, é irá á buscar á Londres los desprecios, el desdén y el olvido con que la Inglaterra ha pagado siempre á los hombres que han sacrificado su honor y su patria á la injusticia de su causa».

su corte, los ministerios, el consejo ó los ejércitos y tribunales.

Tropas españolas del Intruso.

También los militares que, por sus vacilaciones en aquel caos de la política francesa, tan violenta como artera, y de la española en Bayona, Madrid y aun en algunas provincias, tan cobarde como hipócrita, sin pronunciarse por uno ni otro partido esperaban los acontecimientos, tuvieron al fin que decidirse ante las prescripciones del decreto de 16 de febrero de 1809 en que se les exigía el juramento escrito al nuevo rey. Y no bastaba el juramento para mostrar su conformidad, sino que necesitaban solicitar á los tres días de publicado aquel decreto ser empleados activamente porque de otro modo *serían considerados,* así lo decía el artículo IV, *como habiendo renunciado á sus empleos y goces y prerrogativas anexas á ellos y su carrera.* Pocos fueron los generales que prestaron el juramento, y menos los que se decidieran á solicitar destino activo en las filas del Ejército, destino, después de todo, que no habría de dárseles, siendo francesas casi todas las tropas, que no irían, por consiguiente, á admitir jefes de otra nación ni el Emperador habría de consentirlo. Pero, doloroso es confesarlo, algunos de esos pocos gozaban de bastante autoridad en el ejército español antes de que abandonaran sus banderas. Pena da también verlos humillarse ante el Emperador y su hermano hasta un punto tan bajo para el altivo carácter español y los generosos alardes de independencia de la inmensa mayoría, la casi totalidad de sus compatriotas. En la apertura de las sesiones del Consejo de Estado el 3 de mayo de 1809, se oyeron discursos que ruborizarían al más despreocupado de entre los españoles del pueblo

bajo, pronunciados, sin embargo, por estadistas y próceres de la mayor altura jerárquica y, particularmente, por generales que habían alcanzado grande y justificada fama por sus talentos y anteriores servicios. Seducidos con el espectáculo que ofrecía Europa, vencida en todas partes por el hombre extraordinario que asomaba á nuestras puertas con su mirada atractiva, pero con la espada también en su potente mano, cayeron á sus pies tan impresionados por la admiración que inspiraba como por el pavor que infundía. Los O'Farril y Mazarredo podrían ser de los primeros; los Morla y otros pocos deben figurar en la lista de los segundos. Pero los más no se dejaron imponer por uno ni otro de esos afectos; y en sus ánimos influyeron con mayor fuerza el amor á la patria, según ellos lo apreciaban ante la injusticia y las violencias del invasor, y la lealtad á sus anteriores juramentos. Quizás les arrastró por ese camino, además de esos tan dignos y justos sentimientos, el espectáculo de un pueblo que, al dejarse llevar de sus instintos de conservación como sus altivos é indomables predecesores, en su orgullo de no sufrir imposición alguna de extranjero influjo y comprendiendo cuanto ignoraban quienes pretendían dirigirlo, se lanzaba á la temeraria empresa de rechazar los halagos lo mismo que las amenazas con que á algunos de sus prohombres se les había atraído ó impuesto. Y ningún pueblo en el mundo ha ofrecido ese espectáculo con los signos de fiereza y gallardía que el español en todas ocasiones y con particularidad en la de la guerra de la Independencia.

El lector habrá oído hablar de tropas españolas al servicio de José Napoleón; y ésas, de todas armas é

institutos, hasta de una guardia real, combatiendo en algunos de los campos más nombrados de batalla. Fábula todo, pura fábula. Es exacto cuanto se ha dicho y escrito, cuanto aparece en las Gacetas y documentos oficiales de aquel reinado en lo que se refiere á la organización de los cuerpos que debían componer aquellas tropas, exacto en todo menos en la calidad y fuerza de esas tropas.

En medio de sus tristezas y las decepciones de su desairadísima posición, no creemos que el rey José tomara muy á pecho la formación de un ejército exclusivamente español, con el que, una vez pacificada la Península, pudiera privarse sin peligro de los servicios del francés. Pero Napoleón, que no adolecía de pesimismos, quería y fomentaba esa formación. Siempre en vísperas de nuevas luchas con otros estados de Europa que se pudieran valer de sus inacabables operaciones en España, no cesaba de recomendar á su hermano nuevas creaciones de fuerzas que hubieran de substituir á las que él sacara de nuestro país.

Ya expusimos en el capítulo VI del tomo VII, cuáles eran las tropas que había logrado organizar hasta agosto de 1809, sobre la base, algunas, de las creadas antes de lo de Uclés, y en cuyos cuadros, todavía en embrión, entraron los prisioneros de aquella funesta jornada. Esa organización había tomado algún desarrollo al ocupar el ejército francés las provincias de Andalucía, donde el carácter impresionable de los habitantes y la creencia, en muchos, de que aquella campaña sería la decisiva para la sumisión de la Península toda, tenían creada, falsamente creada, una opinión no del todo desfavorable á la causa de los

invasores. Entonces decretó el nuevo rey la formación en aquellos reinos de otros cuatro regimientos de infantería con los nombres de *Sevilla, Granada, Córdoba* y *Jaén,* formación que, como la de otros cuatro, *Infantes, Ciudad Real, Alcázar de San Juan* y *Toledo* en la Mancha, mereció las más amargas censuras del Emperador, por haberse hecho en gran parte con desertores del ejército español que, decía en sus despachos, no servirían sino para aumentar el número y la fuerza de las guerrillas.

No por eso desistió el Intruso de su afán de figurar contando con ejército propio que pudiera acreditarle de soberano independiente y bastándose para mantener su trono sin ayuda extraña á la nacionalidad española. Y creó otros dos regimientos de la misma arma que los anteriores; uno de línea, el de *Soria,* y otro ligero, el de Murcia. De modo que, aun habiendo quedado en proyecto la organización de algunos de aquellos cuerpos, ya por resistirla los españoles llamados á completarla, ya por el rumbo que tomó la la guerra con el fracaso de la campaña de Portugal, José manifestaba en su correspondencia con Napoleón y en los órganos oficiales de su gobierno contar con tres regimientos de infantería, un escuadrón de artillería, una compañía de zapadores, dos regimientos de caballería y una compañía de alabarderos para la guardia de su persona, nueve regimientos de infantería de línea y dos de ligera, cuatro de caballería, cazadores, húsares y lanceros, dos batallones de artillería en Málaga y Santander, una fundición de cañones y un colegio del arma en Sevilla, dos escuadrones de honor en el mismo Sevilla y en Granada, zapadores, es-

copeteros y gendarmes, urbanos, cívicos, inválidos, estado mayor y otros institutos, tan inútiles como los anteriores para el servicio á que eran destinados (1).

Porque la composición de las principales fuerzas acabadas de enumerar, ó no eran españoles ó habrían de ser mejor que fuerza, estorbo para las operaciones

---

(1) He aquí para mayor claridad un ligero cuadro de conjunto de aquellos cuerpos.

Guardia Real

1.er Reg. de Granaderos.	Reg. de Caballería, Cazadores.
1.º de ídem de Tiradores.	Id. de íd., Húsares.
Reg. de Fusileros.	Compañía de Alabarderos.
Escuadrón de Artillería.	Escuadrón de honor, en Sevilla
Compañía de Zapadores.	Id. de íd., en Granada.

Infantería

Reg. Real Extranjero.	6.º de línea Málaga.
Idem Real Irlandés.	7.º de íd., Córdoba.
1.º de línea, Madrid.	1.º de infantería ligera, Castilla.
2.º de íd., Toledo.	2.º de ídem, ídem, Murcia.
3.º de íd., Sevilla.	Cazadores de Montaña y Escopeteros.
4.º de íd., Soria.	
5.º de íd., Granada (antes 4.º)	

Los regimientos mandados crear en la Mancha, nunca se tomaron en cuenta.

Caballería

Cuatro regimientos de Cazadores.	Dos escuadrones de «Lanceros españoles».

Artillería

Dos batallones de á pie.	Dos compañías fijas en Málaga y Santander.

Zapadores

Un batallón de Zapadores.

Un cuerpo de Oficiales de Ingenieros; otro de Estado Mayor; Compañías de Inválidos; la fundición de Sevilla y una escuela del arma y los batallones y Compañías de la Guardia Cívica.

Napoleón quiso se organizaran regimientos suizos, *verdaderos suizos*, decía, pero nunca llegó su hermano á conseguirlo.

de aquella guerra, por tantos conceptos extraordinaria. No tenemos que hacer sino hojear los despachos de Napoleón y de su hermano, verdaderamente oficiales, no los de la *Gazeta de Madrid*, para poder confirmar esa aserción.

El personal de la Guardia real era casi exclusivamente francés, así lo decía también Napoleón en su despacho á Laforest que citamos al final del tomo anterior, completado en los regimientos de infantería con unos 2.000 hombres que, á solicitud de José, destinó el Emperador para ese objeto y reclutando 10 capitanes, 20 tenientes y otros 20 subtenientes entre los de sus tropas. Napoleón recomendaba á su hermano en despacho de 5 de diciembre de 1808 que se formaran aquellos cuerpos con reclutas franceses y los soldados de Dupont que hubieran logrado fugarse después de la de Bailén. «Buscad, le decía, en las inmediaciones de Madrid un cuartel donde reunirlos y que no vengan á Madrid hasta que estén vestidos. De ese modo se ignorará cómo se ha formado vuestra guardia, porque, si no, los españoles podrían concebir una mala opinión».

¡Qué inocentada!

Para que no vaya á creerse que ese estado militar hubiera variado con los triunfos sucesivos de los franceses, no hay sino recurrir á la *Gazeta de Madrid* del 9 de agosto de 1811, en la que al dar la noticia de la muerte del coronel Clari, sobrino de José, dícese que el regimiento de Fusileros de la Guardia, que mandaba, merecía rivalizar con los de Granaderos y Tiradores, *formados de compañías escogidas y sacadas de los Cuerpos más esclarecidos de los exércitos franceses*.

Y lo que se hacía en la Guardia más ó menos encubiertamente, se hacía en los demás cuerpos del mal llamado ejército de José Bonaparte. En el *Real Extranjero* y en la *Brigada Irlandesa ó Real Irlandés* entraron, en primer lugar, austriacos, alemanes é italianos al servicio del Emperador, y después algunos de los españoles hechos prisioneros y que sabiendo que, si no juraban al Intruso, serían llevados á los ejércitos franceses que operaban en Austria ú otras partes remotas, se resignaron á formar parte de aquellos regimientos ó de los de línea con la esperanza de, en ocasión favorable, volver á sus antiguas banderas. Con esos elementos se organizaron varios cuerpos y el de *Josef Napoleón* que formó en Avignon el general Kindelan, segundo de Romana en Dinamarca, regimiento que fué luego ofrecido al Emperador para ser destinado á tomar parte en la campaña de Rusia.

Esos eran los elementos de que se componía el ejército de José, de quienes decía muy bien su hermano el Emperador se nutrirían las guerrillas españolas.

Entre los abigarrados é inútiles á que poco hace nos referimos, se distinguía un instituto de que el Rey José pretendió sacar partido. Era el de la *Milicia Cívica,* á la que hubo de confiar la conservación del orden en los pueblos en que llegó, mal que bien, á organizarse. En Andalucía y Madrid fué donde obtuvo su mayor desarrollo aquella institución puramente urbana. Centro de su autoridad y base de sus operaciones, en Madrid pudo José ejercer su mayor influencia para rodearse de mayores fuerzas de esa clase; y nada menos que diez fueron los batallones de Milicia Cívica que logró organizar, confiando su mando á las perso-

nas más caracterizadas de la Corte. Hoy causa rubor el nombrar esas personas, que entonces merecieron la reprobación de los españoles libres de la dominación francesa, pero que, de todos modos, ningún influjo ejercieron sobre sus subordinados al acercarse nuestras tropas á Madrid en 1812 y 1813. También se crearon unas compañías, que recibieron el nombre de *Cazadores de Montaña*, en varias provincias, en las centrales principalmente, para servir, mejor que de auxiliares, de guías á las tropas francesas que perseguían á nuestros guerrilleros. Los Cazadores de Montaña y algunas contraguerillas andaluzas fueron quienes únicamente prestaron algún servicio á la causa francesa, porque los demás cuerpos formados por el Intruso se hicieron pronto sospechosos para que se resolviera á llevarlos á los campos de batalla, manteniéndolos generalmente en reserva ó encajonados entre las tropas imperiales.

¿Deberemos, pues, calificar de afrancesados á aquellos que, aun jurando al Rey francés, andaban espiando el momento en que les fuera posible abandonarle?

Resumen. Aun entre los mismos que juraron á José y hasta le sirvieron en destinos más ó menos activos, habría que hacer una clasificación tan enojosa ahora como minuciosa. Contábanse muchos de esos indiferentes, dándose ó queriéndose dar por irritados contra los desórdenes y torpezas del gobierno anterior y los bochornos, más torpes aún, de la antigua corte para disculpar su apartamiento de una lucha que podría atraerles perjuicio grave en sus intereses. Los había empleados en la Administración pública que se resistían á perder sus destinos y precipitarse en la miseria cuando tan problemático se les presentaba el resultado

del alzamiento iniciado en las provincias contra un poderío tan unido, tan robusto y bajo la mano de hombre y soberano como el emperador Napoleón (1). De otra parte, en las poblaciones guarnecidas por el

(1) Llegó el día en que fueron quedando libres poblaciones antes sujetas á la dominación francesa, y por ejemplo, el Ayuntamiento de Sevilla calificaba á sus empleados de *ciudadanos honrados, laboriosos, inocentes y fieles, que han dado pruebas harto notorias de su adhesión á la justa causa, que gozan de todo el concepto público, etc. etc.*

No se metieron en esos dibujos las Cortes á quienes recurrieron aquél y otros Ayuntamientos, así como alguna Audiencia ó tribunal en defensa de sus empleados, y la Comisión que entendió en el asunto los amparó con distintas consideraciones semejantes á las que hemos expuesto. Decían los señores Canga, Vargas, Robles, Agulló y Norzagaray: «La Comisión ha considerado á los empleados subalternos en lo general como unos españoles desgraciados é infelices, que faltos de recursos aun para vivir, y acaso agoviados con el peso de mil obligaciones no podrían hacer todo lo que su corazón les inspiraba. Consideró las dificultades insuperables que se opusieron en ciertas épocas á las emigraciones, y la angustia y desaliento que producía la noticia de los sucesos de algunos que emigrando llegaban á verse abatidos en la mayor miseria, antes de obtener licencia para acercarse al Gobierno. Y esas y otras muchas consideraciones, etc.»

A pesar de ese informe que fué aprobado por las Cortes de 1814 en Madrid con todas sus conclusiones sumamente conciliadoras, un señor M. cuyo escrito, publicado en París, tiene trazas de ser obra del Abate Melón, se explicaba así en 1820: «Por un decreto, que hubiera mancillado la honra del carácter español, si los pueblos pudieran ser responsables de los yerros y de las pasiones de sus gobiernos, vió el mundo proscribir por sólo placer, sin objeto, sin discrecion y no individualmente, sino en masa, ni ya los hombres solos, sino aun hasta los seres mismos, á los quales por la debilidad y por las gracias de su sexo se ha debido mirar como sagrados en las discordias civiles.»

Lo que más gracia nos ha hecho en ese folleto, donde por supuesto se proclama, como en todos los de su color, que los *afrancesados* eran los más sabios, prudentes y leales de los españoles, es la filosofía que enciera el párrafo siguiente: «Porque, dice, no son el amor ni el odio afectos interiores que residen ocultos en los corazones, los que dan existencia á un gobierno; sino el acto del reconocimiento y puede ser muy bien, que sea tenido en horror quien manda, y que con todo sea puntualmente obedecido.»

Dotrina de un antiguo Fiscal de imprenta.

ejército francés se hacía peligroso resistir la autoridad del Intruso por las exacciones y castigos que imponía á cuantos se atrevieran á mostrar la menor simpatía á los sublevados. Aquél de quien se supiera que fraternizaba con ellos poco ó mucho, si no perdía la libertad ó la vida, ya podía considerarse por puertas; pues el más pequeño castigo sería el de la confiscación de todos sus bienes. Lo menos que debía hacer al tenerse por sospechado, era emigrar y trasladarse á punto distante de los que ocupaba el enemigo y donde acaso no hallaría medios de procurarse el substento. Las aldeas y el campo eran el único refugio de los leales, y no porque lo ofreciesen seguro sino por la facilidad de huir y sobre todo evitar los rigores de la policía.

Estos eran los medios de intimidación de que disponía el que pudiéramos llamar Rey de Madrid que, además, pensaba disponer de los más suaves de la seducción. Y no es que los españoles se dejen engañar fácilmente con exterioridades que muy luego comprenden van dirigidas á lisonjear orgullos que no sienten; sino que iban á imponérselas cuando, si las rechazaban, habrían de sufrir las mismas violencias que si no se les concedieran por sospecharse de sus opiniones ó conducta. Así vemos que, de ser merecidas las *estrellas rubí* de la Orden Real de España, instituída por José Napoleón en 20 de octubre de 1808, ó de aceptarse con espontánea y sincera ó entusista satisfacción, su inventor hubiera podido contar con numerosos é influyentes votos para hacer próspera y sólida su situación en España, y hasta con un verdadero ejército, no el forzoso, heterogéneo y pudiéramos decir extranjero que acabamos de describir. Asombra-

ría la lista de los agraciados con grandes bandas, encomiendas y sencillas condecoraciones que repartió el Intruso, todas pensionadas; que no debió su número reducirse á los de 50, 200 y 2.000 que señalaba el decreto de 18 de septiembre de 1809 á las de las tres clases ó grados respectivamente, según se ven prodigadas en lo sucesivo. ¡Cuántos no harían el juramento que prescribía el decreto de tal institución para librarse de los vejámenes que, de otro modo, le esperaban! Lo cierto es que de las 2.250, más las que se dieran por vacantes ocurridas en los seis años que duró el gobierno de José Napoleón, es rarísima la que puede encontrarse para su conmemoración ó para satisfacer la curiosidad de los aficionados á ese género de antigualllas. ¡Las que habría en Madrid y es rarísima la que se halla! Duques, marqueses y condes, generales y potentados las recibieron en la corte y nadie las ve ahora en las elegantes vitrinas de sus sucesores. Que hasta las edades más remotas se extenderá en los españoles el rubor de un *resellamiento* tan repugnante en nación tan leal, tan independiente y enérgica como la que supo deshacer el encanto de que llegaron á cubrirse tan insigne capitán y su dinastía.

No hay prueba más elocuente de que el carácter de *Afrancesado* imprimía un borrón, á fuerza de obscuro, bochornoso en la fama de los que lo adquirieron ó aceptaron voluntariamente ó por debilidad, que la de cómo se oculta todavía por los interesados ó comprometidos y la de este mismo retraimiento en que nos encerramos para publicar los nombres que hoy brillan acaso en los de sus hijos en las esferas todas de la administración y de la sociedad española.

¿Qué queda, pues, de aquellos alardes de talento, de sabiduría y previsión de que tanto abuso han hecho los seudo filósofos que se afiliaron al partido del Intruso?; ¿qué de aquel apóstrofe á que antes nos referimos dirigido al general Castaños después de la batalla de la Albuhera de *que los verdaderos españoles fieles á sus juramentos* (al Rey José) *son muchos en número: firmes en su resolucion: instruidos en las ciencias: conocidos en los exércitos: ilustres, antes, y ahora por sus ministerios, altos por su nacimiento y su clase, respetados por su carácter sacerdotal, y aun episcopal: fieles al rey y amantes de su patria, cuyo bien procuran sin oprobio, recelos ni arrepentimiento?* No queda sino una gran vergüenza para tales notabilidades y una gloria que brillará siempre en los fastos españoles para los pobres de inteligencia, de ciencia y de bienes, ricos, empero, de valor, abnegación y patriotismo que se sacrificaron por la honra de su país y por la restauración del prisionero de Valençay, el para aquellos torpe, cobarde y rencoroso, pero que para los demás obtuvo el entonces envidiable título de Fernando el Deseado.

CAPÍTULO II

FUENTES DE OÑORO Y LA ALBUHERA

Situación del ejército francés en Castilla.—La del aliado.—Wellington se traslada á Elvas.—Su vuelta á Castilla.—Resolución de Massena.—Conducta de Bessières.—El ejército francés de Portugal.—Avanza sobre la frontera.—Posición de Fuentes de Oñoro.—Ejército combinado.—Error de Massena.—Comienza la batalla en Fuentes de Oñoro.—Cambio de plan.—Nueva situación.—Ataque de Poço Velho.—Nuevo campo de batalla.—Cargas de Montbrun.—Bessières y la guardia imperial.—Hábil defensa de Wellington.—Segundo ataque de Fuentes de Oñoro.—Otra fechoría de Bessières.—Termina la batalla.—Responsabilidades.—Bajas.—Evacuación de Almeida.—Reemplazo de Massena.—La Albuhera.—Alarmas de Soult.—Preliminares del sitio de Badajoz por los aliados.—Sitio y toma de Olivenza.—Llegada de Wellington.—Comienza el sitio de Badajoz.—Ataque á San Cristóbal.—Se suspende el sitio.—El mando en jefe.—Abnegación de Castaños y Blake.—Avanzan los franceses.—El campo de batalla.—Formación de las tropas.—Se presentan los franceses.—La batalla.—Ataque á la derecha española.—Cambia ésta de frente.—Cargan las divisiones Girard y Gazán.—Su fracaso.—Acuden Soult y Gazán.—Entra en acción la división Stewart.—Desastre de la brigada Colborne.—Cargan los franceses por segunda vez.—Nuevo fracaso de las divisiones francesas y de su reserva.—Avance de los ingleses.—Retroceden los franceses.—Inacción de los aliados.—Bajas.—Conducta de los generales.—Resoluciones de Lord Wellington.

Situación del ejército francés en Castilla.

Vamos á terminar la historia de la campaña de Massena en Portugal, la que, obscurecida la estrella, tan brillante hasta entonces, del célebre mariscal francés causó su retiro del ejercicio de la guerra para el resto de su vida. Dejámosle traspasando la frontera portuguesa después del combate de Sabugal, de haber renunciado á la campaña ideada en Guarda para no darse por vencido, y resignándose á la concentración

de las tropas de su mando á espaldas de las fortalezas de Almeida y Ciudad Rodrigo. De modo que se acogía á los consejos del mariscal Ney, pero sin el concurso ya de tan potente brazo y con el desencanto de aquella su última ilusión de no abandonar la grandiosa y ya fracasada empresa de la conquista de Portugal.

Una vez en la frontera, los cuerpos de ejército franceses fueron ocupando los puntos más propios para desde ellos cubrir las mencionadas plazas, las que se trataba de defender para que los aliados no repasaran los límites de ambas naciones peninsulares sin antes sitiarlas y rendirlas. Pero la falta de víveres y forrajes había obligado á los franceses á continuar su movimiento de retroceso al Agueda, en un principio, al Tormes, luego, y hasta el Duero algunos, aunque dejando asegurada la comunicación de Almeida y Ciudad Rodrigo con Salamanca, donde se estableció el cuartel general del ejército. Así es que en la segunda quincena de abril la situación de las tropas francesas del mando del mariscal Príncipe de Essling era la siguiente. El general Reynier, con la segunda división de su segundo cuerpo, se establecía en Ledesma y sus inmediaciones, teniendo la primera en Carbellino y la vanguardia en Villamayor y La Mata. El sexto cuerpo conservaba su primera división junto á Ciudad Rodrigo; la segunda fué á ocupar Alba de Tormes, Salvatierra y Fuentes con una brigada en Béjar y Montemayor, y la tercera división se mantenía con el material de artillería en Salamanca, pues el ganado se llevó á Madrigal. El octavo fué á parar al Duero: la primera división, á Toro, y la segunda á Bóveda. La reserva de caballería se extendió por varios pueblos donde pu-

diera forrajear, vigilada desde Villa Longos por el general Montbrun que tenía á su lado la artillería ligera de su división. En el terreno, por fin, de su derecha más inmediato á la frontera y á la parte del Duero, que también la señala, se estableció el noveno cuerpo con su quisquilloso jefe, el general Drouet, siempre blasonando de su independencia del ejército de Portugal, pero ocupando San Felices y Vitigudino, apoyado por el segundo desde Ledesma y cantones inmediatos.

Aquella situación, de expectativa, estratégicamente considerada, y de reorganización para unas tropas que acababan de sufrir revés tan grave como el de su retirada de Portugal, era también de descanso á tantas fatigas, y obligada por la necesidad de vivir el tiempo que los aliados emplearían en preparar el material que exigiese la conquista de las plazas fronterizas á cuya vista se habían ya puesto. No estaba Massena satisfecho, ni mucho menos, del espíritu de aquellas tropas, muy difícil de reanimar cuando les faltaban cuantos recursos necesita un ejército para poder holgadamente dedicarse á reanudar operaciones decisivas. El mariscal Bessières que debería tomar parte en ellas, escribía á Berthier el 9 de abril: «El estado en que se encuentra el ejército de Portugal es muy difícil de describir; sin caballería, sin caballos para la artillería y los equipajes, y poca moral. El Emperador no debe contar con este ejército para que tome la ofensiva en algún tiempo; es un ejército que hay que reorganizar.....» Y el general Fririon al transcribir este despacho, subraya el párrafo siguiente: «Cuanto se refiere á este ejército sobrepasa á lo que puede imaginarse, pero el

hecho es que se halla en un estado de desnudez total, que está sin caballos, sin unidad y sin que nadie obedezca».

Pero, ¡lo que hace un hombre de genio y energía, si está, sobre todo, aguijoneado por el amor propio y la ambición de gloria! Bessières y otro, que valía más que él y citaremos muy pronto, se equivocaron completamente; y sin la lamentable, para nosotros afortunada, falta, mejor dicho, criminal conducta, del primero de esos dos notables hombres de guerra, aún se hubiera visto al *hijo mimado de la victoria* penetrar de nuevo en Portugal.

Porque Lord Wellington, á quien nos referimos, tuvo por muchos días la misma opinión del duque de Istria respecto al estado miserable en que debía hallarse el ejército de Massena después de su retirada. El general inglés sabía perfectamente qué posiciones había tomado y ocupaba el ejército francés en el Agueda, el Tormes y el Duero. ¿Cómo ignorarlo teniendo á Don Julián Sánchez al acecho siempre de los enemigos y hostigándolos en sus cantones y comunicaciones?

La del aliado.

El, por su lado, se había puesto á la vista de Almeida y observaba también de cerca la plaza de Ciudad Rodrigo, conociendo, además, la fuerza de las guarniciones dejadas en sus recintos y los víveres conque contaban. De la fortaleza portuguesa, que bloqueó desde el momento de su llegada á la frontera, podía no sólo saber el estado militar sino contar también con que no era fácil la llegaran socorros sin antes acometer el enemigo un golpe de fortuna, para él inesperado. A la española, no era tan fácil que se la impidiese recibir refuerzos, y bien pronto pudo convencerse de ello

al ver cómo el 13 de aquel mes de abril, á pesar de la vigilancia que se observaba y de la energía de los jefes ingleses que tenían sus avanzadas sobre el Agueda, penetraba un gran convoy en Ciudad Rodrigo (1).

Lord Wellington distribuyó las fuerzas del ejército aliado de su mando con la previsora habilidad que le era característica; característica en cuanto dependía, más de su carácter y de su experiencia que del genio militar con que naturaleza le dotara, su conducta, siempre recelosa y prudente en las operaciones de la guerra. Era un *Fabius Cunctator,* tan cauteloso ante los proyectos de Escipión como ante el brazo, siempre levantado, de Aníbal.

Para el caso, y luego veremos que lo creía remoto, de que los franceses avanzaran á interrumpir el bloqueo de Almeida, fijó por el momento las disposiciones siguientes:

La división Campbell y la brigada Pack continuarían el bloqueo con la brigada Barbacena de caballería portuguesa, una parte de la que se pondría á observar el Agueda desde su unión al río Dos Casas hasta la del Duero. La división ligera defendería los pasos del Agueda; á saber, el puente de Barba del Puerco, el vado de Val de Espina, los de Sexmiro y del Molino de Flores. Aquella división estaría apoyada por la 5.ª desde el fuerte de la Concepción. La caballería, excepción hecha de la necesaria para guardar la comunicación con la división ligera, se situaría á la de-

(1) Wellington atribuye á negligencia del general Erskine la entrada del convoy, á pesar de habérselo advertido; pero se consuela, para con Beresford, diciéndole que no tenía gran empeño en el bloqueo de aquella plaza, para el que había determinado no hacer un gran esfuerzo.

recha hacia Fuente Guinaldo y El Bodón. El resto del ejército; esto es, las 1.ª, 3.ª y 7.ª divisiones con la brigada Pomplona, continuaría en las inmediaciones de Nave de Haver.

Tampoco Lord Wellington estaba satisfecho del estado de fuerza en que veía el ejército aliado. No se hable aquí del espíritu de las tropas británicas, levantado siempre y sólido, ni de las portuguesas tampoco que, viendo libre su país y orgullosas de la cooperación que habían prestado en tan larga y heróica jornada, se manifestaban dispuestas á todo género de esfuerzos. Se trata de que los defectos de su organización, pero más todavía la incuria del gobierno de su país, tenían al ejército portugués sin las fuerzas, no decimos de su constitución como cuerpos en campaña, sino disminuídas á un punto que hacía careciesen de condiciones para maniobrar debidamente en un campo de batalla y mucho más para su choque con las masas compactas y tan bien dirigidas del ejército francés.

Veamos cómo las consideraba su general en jefe Lord Wellington.

Después de recordar al Ministro inglés en Lisboa el abandono en que se habían visto las tropas portuguesas en la retirada de los franceses, abandono respecto á víveres á que había tenido que acudir el ejército inglés según dijimos á su tiempo, señalaba Lord Wellington las bajas que, cuerpo por cuerpo, resultaban en los que seguían á los de su ejército y operaban en la frontera de Castilla. Regimientos que debían tener 1.400 hombres reglamentariamente en campaña, tenían sólo 460 y 496, y había batallón de la legión que, en vez de 1.000 hombres, sólo contaba 378 y alguno de

Cazadores que, debiendo formar con 600, lo hacía con 342. De ahí, el que el ejército portugués no podía presentar en un campo de batalla ni la mitad de la fuerza de que se consideraba dotado, la cual por lo que pagaba el Gobierno, ascendía á la de 90.000 hombres. «Este dato, decía M. Stuart, me decide á llamar su atención sobre el hecho de que todo el ejército portugués empleado en campaña, tanto de éste como de las tropas que manda Sir W. Beresford, asciende á 20.000 hombres efectivos mientras Su Majestad supone, por lo que paga, ser de 30.000» (1). Y en seguida el imperioso General, más que nunca convencido de la importancia que tiene, desde su última jornada de Torres-Vedras sobre todo, se desata en quejas contra los gobernadores de Portugal por no atender las reclamaciones suyas en punto tan delicado como el del aprovisionamiento del ejército.

Todo eso y las necesidades mismas del ejército de Beresford inspiraron á Lord Wellington un *Memorandum* dirigido el 9 de abril al coronel Fletcher y al Comisario general que deberían cuidar de la reunión de víveres en Setubal para ser luego transportados á Elvas.

Las posiciones, entretanto, tomadas por Wellington en la frontera de Castilla, respondían al objeto de impedir que el enemigo acudiera al socorro de las dos plazas situadas en ella, especialmente de Almeida. Massena querría ocupar el terreno alto de los ríos Azava, Dos Casas y Turón para dominar el en que asienta

(1) Nos choca que estos datos no tengan su correctivo en los escritos de los historiadores portugueses.

Almeida, y Wellington, al establecer sus divisiones en los puestos indicados, pensaba flanquear al ejército francés que desde Ciudad Rodrigo marchase directamente al levantamiento del sitio de la plaza portuguesa. No podía hacerse elección más hábil de posiciones para llegar á tal resultado; y tan satisfecho debió quedar el célebre general británico de ella y tan persuadido, además, de las malas condiciones en que se hallaba el ejército francés, que no creyó que en mucho tiempo tuviera que temer reacción alguna sobre la frontera.

Wellington se traslada á Elvas.

Así es que, pensando ofrecía mayor urgencia su presentación en el campo de las operaciones de Beresford, ocupado, como ya dijimos, en la reconquista de Olivenza y Badajoz, se decidió á trasladarse al Guadiana; tranquilizando al general Spencer, á quien dejó frente á Almeida, con cuantas seguridades le ofrecía su concepto de la imposibilidad en que se hallaba Massena de emprender operación alguna contra el ejército inglés. «Respecto á vuestra posición, le decía el 16 desde Pedrogâo, es obvio que mientras podamos mantenernos en la línea del Dos Casas, el enemigo no logrará interrumpir el bloqueo de Almeida». Más explícito estaba con Liverpool, á quien escribía desde Niza el 18: «Habiendo tomado mis disposisiones para el bloqueo de Almeida y con motivos para creer que el ejército enemigo no está por algún tiempo en estado de intentar la liberación de aquella plaza, aun cuando se inclinase á ello, he aprovechado la ventaja de la paralización momentánea de las operaciones activas en aquel campo para trasladarme al del mariscal Beresford en Extremadura.....» Y por si eso no bastase para revelar la confianza con que Wellington se sepa-

raba de la frontera de Castilla con tal enemigo como Massena á su frente, había escrito días antes al general Castaños que se elejaba del Coa por no hallar verosímil que los franceses atacaran aquella línea. «He dejado, añadía, mis tropas ocupadas en el bloqueo de Almeida que espero se rendirá. Hubiera hecho lo mismo respecto á Ciudad Rodrigo con la derecha del ejército, pero una mala inteligencia ha permitido que entrase en la plaza un convoy. No hay, sin embargo, mal que por bien no venga: los franceses no me hubieran consentido tomar las dos fortalezas á la vez, y quizás me habrían hecho levantar el bloqueo. En todo caso, no hubiera podido dejar el ejército en estos momentos y no tendría el placer de veros tan pronto».

Lord Wellington se puso en camino el 14 de abril desde Villar Formoço y por Sabugal, Pedrogâo, Castello Branco y Niza, llegaba el 20 á Elvas, donde supo que Beresford había hecho la reconquista de Olivenza y adelantádose á Zafra y los Santos, en cuyo último punto tuvo un choque de caballería en que hizo hasta 160 franceses prisioneros. Todas sus comunicaciones desde Elvas respiran el pensamiento de dedicarse con preferencia á la toma de Badajoz, así por las excelentes condiciones que encuentra para conseguirlo pronto, como por la confianza que le inspira la situación de su ejército de Castilla, libre, en su concepto, de todo ataque por parte del de Massena. Distráese, con efecto, allí procurando reforzar el cuerpo de tropas de Beresford con toda clase de elementos de los necesarios para dominar el curso de Guadiana y poner en ejecución su proyecto sobre Badajoz, cuando el día 24 recibe un despacho en que el general Spencer, con fecha

del 21, debe manifestarse alarmado de los movimientos que operan los franceses á su frente (1). La contestación de Wellington hace sospechar los temores de Spencer y explica la ciega confianza en que aún se mecía. «Recibo hoy vuestra carta del 21, ayer me llegó la del 20 y á las 2 de la tarde la del 19 por el capitan Brown, que ha hecho la jornada en 80 horas. Aquí no ocurre nada de nuevo. Mañana temprano emprenderé mi vuelta; y si, como me parece, el enemigo no puede hacer cosa alguna en contra vuestra según el estado actual del Agueda, iré haciendo las mismas estaciones que al venir».

Su vuelta á Castilla.

No quería, como vulgarmente se dice, dar su brazo á torcer.

Resolución de Massena.

El duque de Istría y lord Wellington se habían equivocado de medio á medio. No era Massena hombre que abandonase partida de tal compromiso; y menos cuando, una vez dejada, iba á despedirse de carrera tan brillante como la incomparable suya sin fortuna y con la gloria puede decirse que desvanecida por un revés de difícil reparación. Sabía que Wellington se hallaba en Extremadura, y, calculando se habría llevado algunas tropas, supuso que no se le presentaría ocasión como aquella para asestar al ejército inglés un golpe del que no pudiera reponerse en algún tiempo. Desconfiaba, es verdad, de las promesas de refuerzos y víveres que sin cesar le hacía el mariscal Bessiéres, tan pródigo de palabras como avaro

(1) Cuando se trate del sitio de Badajoz, interrumpido por la batalla de la Albuhera, haremos mención de las disposiciones tomadas por Lord Wellington para ejecutarlo en el corto tiempo que permaneció en Elvas y á que nos estamos refiriendo.

de actos que revelaran buena fe y verdadero patriotismo; no estaba satisfecho de la conducta ambigua y egoista de Drouet, jefe del 9.° Cuerpo de ejército, temporalmente puesto también bajo su mando en jefe; y comprendía, por fin, que no era suficiente el tiempo pasado desde el de la retirada para que sus soldados, y la caballería particularmente y la artillería, hubieran recobrado sus anteriores fuerzas, su brío y entusiasmo. Pero la ocasión, repetimos, parecía ofrecerle un buen golpe de fortuna; y no iría á desperdiciarla el general, abrumado por la desgracia en aquellos últimos días. Almeida y Ciudad Rodrigo esperaban un socorro tanto más urgente cuanto que la penuria en que se hallaba el ejército francés había impedido quedaran suficientemente abastecidas. En la última de aquellas plazas se había logrado, ya lo hemos dicho, introducir un convoy, el del día 13, y como más próxima y dentro aún de la esfera de acción del ejército no corría un peligro inmediato. Almeida se hallaba en muy distinto caso, bloqueada, como se la veía, por los aliados y sin otra esperanza que la que pudiera ofrecerle un combate, y ese inmediato, pues sus víveres no bastarían á la guarnición sino para unos quince días y nada más.

Tales exigencias y la noticia de la ausencia de Lord Wellington sacaron á Massena de la postración en que le tenía su último revés, todavía reciente; devolviéndole las energías, la actividad y el entusiasmo que formaban el fondo y temple de su alma. Y después de haberse procurado toda clase de informes por parte de Fririón, á quien había dirigido, para tomarlos, sobre Ciudad Rodrigo y la frontera, comenzó á reconcentrar todas sus fuerzas, dispersas por las már-

genes del Tórmes y el Duero, para acercarlas al Agueda. Fririón no había logrado comunicar con Almeida y menos, por consiguiente, introducir en aquella plaza un convoy que llevaba preparado con víveres para dos meses. Había, pues, que dar una batalla para salvar fortaleza en aquellas circunstancias tan interesante, repugnando Massena volarla, como tenía dispuesto para un caso extremo, sin intentar antes un empeño que no dejaría de ser de honor en el célebre defensor de Génova.

El 21, de consiguiente, dictó sus órdenes para todos los cuerpos de ejército, entre las que da mejor á conocer sus proyectos y el estado de su ánimo la instrucción dirigida al general Reynier, el que tenía sus tropas más próximas y en mejor situación para el caso. «General, le decía, en Almeida tocan los víveres á su fin, y sería vergonzoso para el ejército de Portugal dejarse tomar por hambre una plaza que tanto ha costado. De consiguiente, haréis marchar la division de más fuerza de vuestro cuerpo de ejército con diez ó doce días de víveres y cuatro piezas de artillería. Elegiréis también caballos para arrastre, los mejores que sea posible. Reuniréis tres ó cuatrocientos hombres de caballería, los que halléis en mejor estado, dándoles cebada para díez ó doce días. Los regimientos tienen transportes y se servirán de ellos; y si no pueden llevar consigo pan suficiente y galleta, que lleven harina.»

«Deben reunirse en el mismo punto hasta seis divisiones; no hay que perder un instante para el abastecimiento de Almeida.»

Conducta de Bessiéres. De ahí puede colegirse el empuje que Massena se proponía dar á sus nuevas operaciones, dirigidas, como

iban, á tan importante objeto. Así, el 1.° de mayo, reunía la mayor parte de las tropas en Ciudad Rodrigo y sus inmediaciones, donde las estaba revistando al aparecer el duque de Istria, ó avergonzado de un papel que no habría menos de repugnar á su carácter militar, ó temeroso de lo que pudiera pensar el Emperador de su conducta (1). Bessiéres le había ofrecido una división de infantería, dos ó tres regimientos de caballería y una batería de seis piezas; pero al presentarse á Massena no le llevó más que la brigada Watier compuesta de unos 700 caballos, la de Lepic con 800 lanceros de la Guardia, los atalajes necesarios para treinta carruajes y un convoy de víveres para el aprovisionamiento de la plaza de Almeida en el caso de que se lograra interrumpir su bloqueo. Aun no siendo aquellos refuerzos los prometidos, infundieron grande aliento en el ejército, por la calidad sobre todo de los jinetes que, unidos á los de Montbrun y Fournier, cordialmente adictos al príncipe de Essling, ofrecían la esperanza de una acción decisiva en la próxima batalla (2).

---

(1) He aquí lo que Massena, desesperado de la conducta de sus subalternos, todos flojos en lo de secundar sus energías, y especialmente de la que observaba Bessiéres, escribía á Berthier: «Estoy en el caso de no esperar ayuda más que de mi abnegación y de la del ejército. ¡Puedan mis esfuerzos tener un éxito conforme á mis votos y preservar de toda acusación á los que hubieran podido secundarlos!»

(2) Amic describe el recibimiento que hizo Massena á Bessieres: «Este, dice, tendió los brazos á su viejo camarada, que le acogió con cordialidad, por más que le hubiera dado tan serios motivos de disgusto. ¡Loado sea Dios! exclamo Bessiéres, temía no haber llegado á tiempo de cooperar á vuestro movimiento.—Convenid, mi querido mariscal (contestó Massena) que en ese caso, si el ejército hubiera sufrido algún revés, hubiérais tenido que echaros la culpa. ¿Qué me traeís?—Las brigadas Watier y Lepic, sies piezas y 30 atalajes que están en camino, en el de Salamanca á Ciudad Rodrigo.»

El ejército francés en Portugal.

Con eso, el ejército de Portugal contaba con unos 35.000 hombres, sin los recién llegados de Bessiéres, 2.000 caballos y sobre doce piezas de campaña; pero todo en un estado que á su general en jefe le pareció lamentable (pitoyable) al pasar la revista á que acabamos de referirnos. Ya se sabe lo que son los franceses en la desgracia; y por más que haya historiadores de aquella jornada que, aun reconociendo la mala voluntad de los jefes de los cuerpos de ejército y hasta de los de algunas de las divisiones, nos quieran representar las tropas llenas de entusiasmo y anhelantes por el desquite de su reciente retirada, el cansancio de campaña tan ruda, la falta de recursos y su dispersión para hallarlos, tenían que causar un efecto desastroso en su moral. ¿Qué soldados por valientes que sean, y pocos hay superiores en éso al francés, resisten tales contrariedades, si, como los españoles, no se inspiran en el exagerado individualismo que los caracteriza? (1).

Avanza sobre la frontera.

Con esa fuerza y en tal estado ella, avanzó Massena el 2 de mayo sobre la frontera portuguesa. Las 1.ª y 2.ª divisiones y 6 piezas del 2.° cuerpo fueron sobre La Alameda para establecerse en escalones á la derecha de aquella población. El 6.° cuerpo se dirigió á Espeja

(1) Difícil se hace fijar con datos irrebatibles el número de los combatientes en Fuentes de Oñoro. El que hemos señalado es el que fija el Jefe de Estado Mayor del ejército francés de Portugal, único, podríamos decir, que lo supiese con certeza, pero que los demás historiadores tendrán por interesado en disminuir las cifras verdaderas. Si Bessiéres las rebajaba sin fundamento alguno, Schépeler las elevó hasta 40.000 hombres, de los que 5.000 de caballería; Toreno, sumó esos dos números; Nápier dió á Massena 44.000 infantes y 7.000 caballos; y por ese estilo Londonderry y otros escritores ingleses. El portugués Da Luz Soriano dice: «La verdad es que, según estados (situações) oficiales (que no conocemos), Massena tenía en 1.°

y pudo despejar de algunos escuadrones ingleses los caminos de Fuentes de Oñoro, Nave de Haver y Gallegos á su frente y flancos. La 2.ª división del 8.º se adelantó al Azava, extendiéndose en combinación con el 2.º hacia Gallegos y La Alameda, frente á los destacamentos ingleses situados allí y hasta Fuentes de Oñoro. La reserva de caballería fué, por último, sobre aquella aldea, en cuyas inmediaciones rechazó á varios cuerpos ingleses de la misma arma, volviendo después á establecerse á retaguardia del 6.º cuerpo. Desde esas posiciones se dirigía el ejército imperial antes de amanecer del día 3 á las que ocupaba el combinado de Lord Wellington, que esperó valientemente el choque.

Posición de Fuentes de Oñoro.

Muchas razones tenía el prudente general británico para conservarse en ellas sin salir al encuentro de su enemigo, pero manteniendo el bloqueo de Almeida y amenazando con el de Ciudad Rodrigo. Sabía por comunicaciones interceptadas y otros informes, la escasez de víveres que se sentía en la plaza portuguesa, y no era cosa, en verdad, de abandonar una empresa cuyo éxito era cuestión de pocos días. La inferioridad de su caballería respecto á la francesa era manifiesta en cuanto al número de los caballos y á su calidad, puesto que tan rudamente maltratada la suya en la marcha

de mayo de 1811, 42.123 hombres presentes en situación efectiva, de los que 4.518 de caballería, llevándole además el mariscal Bessiéres la mañana del día siguiente 1.500 de caballería y 6 piezas, lo que elevó su fuerza efectiva á 44.000 hombres poco más ó menos». De esas mismas cifras nosotros no sacamos más de 39.105 y los artilleros de las 6 piezas de Bessiéres. Pero sea de eso lo que se quiera y echando á broma lo de los 7.000 caballos, regalados á Massena por Nápier, y calculando lo que son los estados de fuerza que se sacan á plaza, nos atenemos al de Fririon, *plus minusve*, siguiendo la frase del escritor lusitano.

desde Santarem, se había visto en la precisión de reemplazar las bajas de sus jinetes con soldados, aunque elegidos, de infantería, sin costumbre, por consiguiente, ni experiencia de la nueva arma á que se les destinaba.

No le era, pues, conveniente retirarse, ni posible avanzar sobre Ciudad Rodrigo y el ejército de Portugal. Decidió, así, Lord Wellington establecerse en la línea de excelentes posiciones, constituída por el lomo divisorio de los ríos Dos Casas y Turones y que interceptaba los caminos todos de la frontera portuguesa, necesarios al ejército, en caso de desgracia, para retirarse sin temor á verse cortado en ninguno de ellos. Si no *soberbia meseta,* como llama algún historiador inglés á la citada divisoria, es lo suficientemente espaciosa y áspera á la vez para, con foso tan excelente como el formado por el lecho del Dos Casas, dar lugar y espacio á la formación de un gran cuerpo de tropas en aptitud de rechazar cualquier ataque de frente con que pudiera intentarse dominarla. Sólo presentaba un punto débil esa línea. No podía ser flanqueada ni menos envuelta por su ala izquierda, porque el enemigo que emprendiera esa maniobra quedaría *ipso facto* flanqueado ó envuelto; pero en la derecha, las condiciones tácticas del terreno, por su conformación propia para el uso de la caballería, y de dominio por su altura, amenazando también con interceptar el camino más expedito para la retirada, podían ser aprovechadas por el enemigo con grave riesgo para los defensores. Con efecto; establecida la línea de los aliados entre el fuerte, mejor dicho, las ruínas del fuerte de la Concepción, en que se apoyaba su flanco izquierdo, frente á La Alameda y Gallegos, en posición central de no fá-

cil acceso, y la de Fuentes de Oñoro en su extrema derecha, ofrecía en punto próximo por ese mismo flanco, la de Poço-Velho en terreno al pronto abrupto y desconocido, pero practicable luego para el ejercicio de las tres armas, terreno que, extendiéndose á Nave de Haver, no sólo presentaba sitio propio para el paso del Turones sino para interceptar, además, el camino de Castello-Bom, cuyo puente servía de tránsito en aquel río para el de la artillería y los bagajes. Con tiempo sobrado para sacar partido de las ventajas de tal posición, Lord Wellington, que el 28 de abril se había incorporado al ejército, pudo disponer la situación de sus tropas; haciéndolo, así debía esperarse, con la habilidad que todo el mundo militar le reconoce subsanando en lo posible el defecto que hemos hecho observar en la extrema derecha de su línea de batalla y que comprometía su retirada (1).

Ejército combinado.

Contaba con un total de fuerzas muy próximo al de 40.000 hombres de todas armas, ingleses, alemanes, portugueses y españoles, si de tan distintas naciones, obedientes todos á su sola voz, admiradores de sus talentos y entusiasmados con sus triunfos. El espíritu, pues, de aquellas tropas era inmejorable. Estaban organizadas, como al perseguir antes á los franceses, en seis divisiones de infantería las 1.ª, 3.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª y la ligera; en la brigada portuguesa, tantas veces nombrada, de Pack, 14 escuadrones de caballería y 11 brigadas de artillería con 42 piezas de campaña (2).

(1) Véase el Atlas del Depósito de la Guerra.
(2) Lord Welligton, que enviaba á su gobierno los estados de fuerza en toda ocasión oportuna ó solemne, no los publicó en sus despachos; con lo que nos deja en la ignorancia de dato

Esa fuerza fué distribuída en toda la línea con la misma habilidad con que se habían elegido las posiciones que la cubrían. En la extrema izquierda, esto es, junto al fuerte de la Concepción, en que acabamos de decir se apoyaba el ala, se estableció la 5.ª división al mando del general Erskine ocupando también la próxima posición de Aldea del Obispo, con la brigada portuguesa de Pack á su retaguardia y el regimiento inglés de la Reina (Queen's regt), de la 6.ª división, empleados en el bloqueo de Almeida. La 6.ª división, del general Campbell, observaba el puente de Alameda. En Fuentes de Oñoro se reunieron los destacamentos de la división ligera de Crawfurd y los escuadrones que dijimos se habían retirado de Espeja y Gallegos, con las 1.ª, 3.ª y 7.ª divisiones de los generales Spencer, Picton y Houstoun que, así, cubrían aquella po-

oficial tan importante, porque los estampados en la obra de Nápier no ofrecen la confianza necesaria. El mismo dice que su cálculo es aproximado y nada más, por no existir estado oficial á que, sin embargo, se alude en uno de los despachos de su general en jefe. De ahí el que cada historiador, aun de los que tomaron parte en aquella campaña, haya consignado á los beligerantes el número que más exacto le ha parecido. Desde Londonderry que señala al ejército aliado 29.000 hombres, ingleses y portugueses, de los que 1.500 á 1.600 de caballería, hasta Thièbault que le asigna 30.000 ingleses, 35.000 portugueses y todo el cuerpo de D. Julián, que poco antes hace ascender á 6 ó 7.000 hombres, pueden leerse cifras de Sherer, de los autores de *Victorias y conquistas etc.*, Brialmont, Da Luz Soriano, Chabí, Toreno y varios otros de las cuatro naciones interesadas en aquella contienda; cifras, repetimos, á gusto de todos, vencedores y vencidos, para aumentar su propia gloria ó disculpar su vencimiento. Nosotros, ante ese cúmulo de números tan diversos, hemos calculado el que estampamos por cuantos antecedentes, mejor que datos, hemos podido reunir, estudiando los más fundados y verosímiles por los conque contaba Wellington al seguir á Massena en su retirada desde Santarem, los de las fuerzas que perdió en ella ó envió á Beresford y las que, á su vez, pudo recibir llegadas de Inglaterra y Lisboa.

sición y, ligándose á su izquierda con Campbell, observaban la extrema derecha de la línea, á cuyas espaldas, en Nave de Haver, se situó D. Julián Sánchez con todas sus fuerzas de infantería y caballería (1).

Error de Massena.

En Fuentes de Oñoro sucedió lo que en Busaco. Massena se empeñó en atacar *le taureau par les cornes* según la frase de sus compatriotas, *ó boi pelos paus* según la de los portugueses. Había camino por donde flanquear la posición enemiga amenazando las de retaguardia en que habría de apoyar su retirada el ejército aliado, y Massena la atacó de frente. Es cuanto podía Lord Wellington apetecer. Situado Fuentes de Oñoro en el camino que conduce al Coa, campo de acción de la última reñida poco hacía en Portugal, y á Castello Bom, sobre todo á su importantísimo puente, fué el objetivo primero á que se dirigieron el pensamiento y las fuerzas de Massena, creyendo, al conquistarlo, decidir del éxito de la jornada (2). Si por esas condiciones pareció á Massena que á ese objetivo

(1) Don Julián tenía á sus órdenes 1.000 infantes y 600 caballos.

El 21 de abril escribió una carta, que luego fué publicada en la *Gaceta*, donde decía lo siguiente: «Me halló comandante en jefe de las partidas entre Tajo y Duero; y tengo un regimiento de caballería y un batallón de infantería, que he formado en disposición de no temer á los franceses. Los ingleses me mandaron 2 pedreros pequeños con algunos auxilios para ellos, para la caballería y la infantería».

Ya se sabe que Lord Wellington sentía una singular predilección por él.

(2) «Aquella hermosa población, dice Nápier, se había librado hasta entonces de todos los horrores de la guerra, aun habiéndose hallado ocupada alternativamente, de un año á aquella parte, por tropas de los dos bandos. Las familias que la habitaban eran muy conocidas de la división inglesa, y fué para ésta un objeto de gran pena el ver que las tropas que la habían precedido, habían saqueado Fuentes de Oñoro, no dejando sino las tapias allí donde tres días antes vivía feliz y

debía encaminar sus esfuerzos, creyó también Lord Wellington que era el en que necesitaba desplegar los suyos para contrarrestar los de enemigo cuyo talento y energías en el campo de batalla conocía perfectamente. Así es que, al iniciar su movimiento de avance los franceses al medio día del 3 de mayo, Fuentes de Oñoro y los caseríos, huertos y setos de la inmediación en la margen derecha del río Dos Casas se hallaban ocupados por un batallón de infantería ligera de la división Picton, apoyado en otro de la brigada Nightingall, uno también de la brigada Howard, otro de la Legión Real Alemana y el 2.° del regimiento inglés número 83 de línea, todos bajo el mando del teniente coronel Willians, del 60 de la misma arma.

Comienza la batalla de Fuentes de Oñoro.

El choque fué sumamente rudo y sangriento. La división Ferrey del 6.° cuerpo de ejército, una vez despejado el campo de la caballería inglesa por Montbrun, cuya brigada Fournier la fué acosando hasta las huertas del pueblo, lo atacó formada en masa por regimientos, sostenida por la 1.ª desplegada en alturas próximas, secundada por cuatro piezas de artillería y teniendo en reserva toda la 2.ª división establecida á espaldas de la posición. De modo que, en rigor, si no iba á tomar inmediatamente parte en el asalto de Fuentes de Oñoro más que una división, puede decirse que, secundándolo de más ó menos cerca, lo

---

tranquila una población amiga. Todo el ejército sintió vivamente aquel acto de desenfrenada licencia: y, echado un guante, se reunió así una suma de ocho mil duros que se repartieron entre los habitantes; pero ¿cómo podría la reparación igualar nunca al daño que se había causado?»

¡Sino de los ingleses! Queriendo ó no, allí donde se presentaban todo era ruina y desolación.

emprendía todo el 6.° cuerpo francés. Era, pues, muy desigual la lucha; y por esfuerzos que hiciesen los batallones ingleses, peleando, eso sí, bravamente pero con graves pérdidas, habrían al fin de ceder el pueblo y, acosados siempre de cerca y confundidos con los enemigos, retirarse á la parte del mismo situada en la orilla izquierda del río. Continuó allí el combate, apoyados los ingleses en las casas y particularmente en una capilla que se levanta en lo alto del escarpe que forma aquella margen; si desigual, como antes, la pelea, sostenida ahora á favor de posición tan excelente y con la esperanza de próximo auxilio para defenderla con fortuna.

Y así fué. Observado todo eso por Wellington y convencido, á la vista de los progresos que hacían los franceses, de las consecuencias á que pudieran dar lugar, reforzó sucesivamente á los suyos con los regimientos números 71, 79 y 24, el primero de los cuales, cargando á la bayoneta y con la mayor furia, logró despejar de franceses los edificios y las posiciones de que acababan de apoderarse en la orilla izquierda del Dos Casas. Muchas fueron las bajas de un lado y otro de los contendientes, confesando los franceses elevarse las suyas al número de más de 600 entre muertos y heridos, y siendo la más importante, de entre otras tantas poco más ó menos en los ingleses, la del teniente coronel Williams, herido gravemente en lo más recio de la pelea (1). En su lugar quedó mandando el teniente

(1) Lord Wellington en sus despachos dijo que los ingleses habían mantenido la posición (The troops maintained their position), y eso no es exacto. Aquella noche, después de las varias peripecias del combate, quedó el río Dos Casas dividien-

coronel Cameron, del 79 de línea, uno de los regimientos con que hemos visto fueron reforzados los primeros defensores de Fuentes de Oñoro y que con el 71 y el 24 permaneció en aquel puesto relevando á los que anteriormente lo ocupaban y fueron llevados á las alturas de retaguardia (1).

Aquel combate del día 3 hubiera sido quizás decisivo, de haberse ejecutado con todas las fuerzas francesas destinadas á él. Si la división Ferrey hubiera sido reforzada al penetrar en Fuentes de Oñoro y sobre todo al, pasando el río, comprometerse en la ocupación del poblado de la orilla izquierda, todo él y la capilla que lo domina desde el alto escarpado que formaba el flanco derecho de la posición inglesa habrían sido conquistados y los refuerzos dirigidos por Lord Wellington fracasaran en su arrebatado y heróico empuje.

Pero no estaba presente Massena; y así como en Talavera comprometió Víctor aquel combate nocturno del 27 de julio de 1809 sin autorización siquiera del Intruso, que iba detrás, en Fuentes de Oñoro, por el contrario, ausente también el general en jefe, ni el del 6.° cuerpo ni sus divisionarios creyeron deber arriesgar las fuerzas todas de su mando en una acción que,

---

do ambos campos; la parte del pueblo de la derecha de aquel río en poder de los franceses y la de la izquierda en el de las tropas británicas.

(1) En aquel combate tuvo lugar un suceso funesto del que hay también que culpar al general Loison. Uno de los batallones que atacaron, de la legión hanoveriana al servicio de Francia, usaba uniforme rojo parecido al inglés. Su jefe pidió en vano se le permitiera llevar en la acción el capote gris, que también usaba, de los franceses; con lo que tomado el batallón por uno británico, estuvo mucho tiempo expuesto al fuego de las tropas de uno y otro ejército y sufrió pérdidas enormes, 100 hombres muertos y multitud de heridos.

siendo simultánea, hubiera quizás, ocupada aquella posición, llave de las de toda la línea, obligado á Wellington á levantar el campo. Aquí, repetimos, fué todo al revés. La impaciencia, el ardor militar, no pocas veces excesivo, del duque de Bellune le llevaron á emprender aisladamente y repetir los dos ataques al cerro de Medellín; y en Fuentes de Oñoro, no la falta de valor, que algunos le han atribuído en odio á sus rapiñas y crueldades, pero sí su mala voluntad y su envidia inspiraron á Loison la flojedad que le hizo no reforzar más que con cuatro batallones á Ferrey, y eso en las últimas horas de la tarde del 3. ¡Faltaba allí aquel heróico y hábil mariscal Ney que no habría dejado escapar ocasión tan hermosa para humillar el orgullo de sus mortales enemigos! (1).

Cambio de plan.

El día 4 se pasó en reconocimientos que dieron á conocer dirección más acertada para vencer la resistencia que oponía el ejército aliado en su extensa línea del Dos Casas. Esa dirección, ya la hemos señalado, era la de Poço-Velho conduciendo á Nave de Haver por una que pudiéramos llamar llanada donde, como también hemos dicho, podrían maniobrar las tres armas, la caballería especialmente, en que era tan manifiesta la superioridad numérica de la francesa. Ofrecía de todos modos aquella dirección la inmensa ventaja de flanquear la posición inglesa y de conducir á

(1) Nápier dice que Massena llegó el 4 al campo de batalla y que el general Loison «sin esperar las órdenes de Massena, cayó sobre Fuentes de Oñoro que estaba ocupado por cinco batallones de tropas escogidas, destacadas de la primera y de la tercera divisiones. No tardó Loison, como veremos, en demostrar que no estaba impaciente por combatir en honor y para gloria de su jefe el Príncipe de Essling.» No se deduce eso del relato del general Fririón.

la ocupación del puente de Castello-Bom, camino único para la retirada al alto valle del Coa, puesto que el inferior por junto á Almeida se hallaba intransitable para el material y los bagajes de un ejército. Y aun cuando, en previsión de tal suceso, Lord Wellington había situado en Nave la fuerza toda de D. Julián Sánchez, sólo podría ésta, por lo insuficiente, servir como de cuerpo vigilante, nunca de obstáculo á una maniobra que, de acometerse, sería con grandes masas del ejército enemigo. Los reconocimientos, pues, de Massena y de su Estado Mayor hicieron evidente la conveniencia de un ataque por aquel flanco; y en la noche del 4 se preparó la gran maniobra que habría de realizarlo con probabilidades de un éxito que otras causas, no la de lo erróneo de tales cálculos, iría á hacer ineficaz y costoso.

Claro es que no había de escaparse á la vigilancia y á la penetración del general británico un movimiento cuyos preliminares exigían plazo tan largo como el de un día entero, por más que se tratara de disimular con ataques al frente de toda la línea, pero sospechosos de estratagema por lo flojos y descompuestos. Así es que al observar cómo iban corriéndose algunas de las tropas francesas hacia Poço-Velho, él, por su parte, destacó hacia el mismo lado la división Houstoun para que las hiciese frente y estorbar, á serla posible, el que cruzasen el Dos Casas por aquel punto.

Nueva situación.

La situación de los beligerantes al amanecer del 5 era, así, la siguiente. Las divisiones 1.ª y 2.ª del 6.° cuerpo francés aparecieron frente á Poço-Velho, con la segunda del 8.° en reserva, y las de caballería, exceptuando la de la guardia imperial, á la izquierda de

la infantería y siguiendo el movimiento de ésta para aprovechar ocasión oportuna de acometer al enemigo y extenderse á Nave de Haver y el alto curso del Turones. La 3.ª división del 6.° cuerpo continuó en Fuentes de Oñoro ocupando su conquista del 3, apoyada, no como entonces por las de su mismo cuerpo, sino por las del 9.° que, mientras ella emprendiera de nuevo el ataque del pueblo, la sostendrían puestas en reserva. Por su derecha se extendía el 2.° cuerpo, con una división, la 1.ª, apoyada en La Alameda, y la 2.ª entre aquella población y Fuentes de Oñoro; esto es, haciendo frente al centro del ejército aliado. Así quedaba perfectamente seguro en Gallegos el convoy destinado al aprovisionamiento de Almeida, el cual debería tomar el camino de aquella plaza apenas se observara que las tropas inglesas abandonaban su línea de batalla, dejándolo despejado y libre. Los aliados continuaron en las mismas posiciones que ocupaban al terminarse la noche del 3 el combate de Fuentes de Oñoro, exceptuando, según hemos indicado, la división Houstoun que pasó á la extrema derecha, ocupando Poço-Velho y el bosque que tenía delante.

Ataque de Poço-Velho.

A éste se dirigió al amanecer la brigada Maucune en columnas de división y apoyada por la del general Marcognet, ganando siempre terreno á los ingleses que, tras de una descarga cerrada, se retiraron al abrigo de su caballería, no sin algún desorden. Maucune prosiguió su ataque con la misma energía hasta entrar bayoneta calada en Poço-Velho empujando al enemigo que hubo de perder también el pueblo, derrotado á punto de que si la caballería francesa hubiera secundado la carga de los infantes, habría cogido un gran

número de prisioneros á Houstoun y á los jinetes que se hallaban con él. El movimiento de los franceses fué tan rápido y su ataque tan violento que excedieron á las previsiones del Lord quien, para contenerlos y contrarrestarlos, hubo de reforzar su 7.ª división con la ligera de Crawfurd y con la caballería que mandaba el general Cotton, disponiendo al mismo tiempo que las 1.ª y 3.ª divisiones, que se hallaban sobre Fuentes de Oñoro, hiciesen un cambio de frente á su derecha á lo largo del lomo de alturas entre el Dos Casas y el Turones, maniobra correspondiente á la que había visto ejecutar á los 6.° y 9.° cuerpos de ejército franceses.

Nuevo campo de batalla. La acción tomaba desde aquel momento un carácter muy distinto. Al ataque de frente siempre favorable á tropas tan sólidas como las inglesas, sobre todo en posiciones fuertes y estudiadas, iba á suceder uno de flanco en que debería de influir poderosamente el arte de maniobrar en que eran maestros los generales y soldados franceses. Tenían éstos, además, en su favor un terreno propio para las maniobras y, sobre todo, una superioridad incóntestable en su caballería que sabría aprovecharlo.

Cargas de Montbrun. Y, efectivamente, el general Montbrun que llevaba la izquierda en el cambio de dirección que se iba ejecutando, lanzó sus escuadrones sobre Nave de Haver, rechazó á los dos ó tres que intentaron oponerle los ingleses y puso á las fuerzas de Don Julián en el caso de retirarse por la izquierda del Turones (1).

---

(1) Aunque nunca podría influir mucho en combate de tales proporciones la gente del célebre guerrillero, sin organización ni disciplina para pelear en línea, no se la ha hecho generalmente justicia en la parte que tomó allí. Los franceses,

Los dragones ingleses que en los principios de su carga habían hecho algunos prisioneros, entre ellos al coronel Lamothe del 13.° de cazadores, se retiraron luego sobre las masas de Houstoun y Crawfurd que les apoyaban. Si Montbrun hubiese continuado la carga con la energía, con la violencia de otras veces, aquellas masas se hubieran encontrado en situación bien apurada; y así lo pudo apreciar por la vacilación y hasta síntomas de desorden que se habían iniciado en ellas. Si, por otra parte, el general Loison hubiera apoyado, como debía, con sus divisiones la acción de la caballería, la infantería inglesa que, apresuradamente y no con su característica sangre fría y habitual firmeza, formó

desde Thiers á Guingret: su copiador Pelet, Amic, que á su vez copia á Thiers, el novelista Marbot y todos en general dicen que los jinetes de Montbrun hicieron huir, acuchillaron ó barrieron á los lanceros de Don Julián, lo cual, después de todo, no tendría nada de particular siendo ellos más de dos mil. Pero Nápier dice que nuestro guerrillero se retiró al acercarse la caballería francesa, eso sí, añade que por timidez, y muy encolerizado por haberle muerto los ingleses á uno de sus oficiales creyéndole enemigo (*). Wellington dice que Don Julián se vió obligado á retirarse, y Schépeler que los escuadrones de Montbrun avanzaron á Nave de Haver, «donde fueron entretenidos por los jinetes de Don Julián Sánchez *durante un tiempo precioso*.» El portugués Da Luz Soriano dice que Montbrun logró poner en huida á nuestros lanceros, y Chaby que desde aquella posición (Nave Haver), «después de larga y muy reñida pelea, se retiró también el intrépido Don Julián Sánchez, oprimido de la desigual y superior fuerza de la caballería enemiga que le acometió.»

Podríamos ofrecer muchas otras citas de ese caso; pero casi todas ellas serían sacadas de libros que se copian unos á otros.

(*) Schépeler lo cuenta así: «Lord Wellington, observando los movimientos de Montbrun cuando éste penetraba en Nava de Avel y Pozo-viejo, vió á un jinete que corría hacia él y mandó á un soldado de la guardia que estaba cerca que le hiciera fuego. Cayó el jinete que era un oficial enviado por Don Julián.»

Lord Wellington dice en despacho á su hermano: «Os suplico manifestéis al gobierno español que estoy muy agradecido á la actividad de Don Julián Sánchez para comunicar conmigo y proporcionarme toda clase de ayuda que le es posible, y por las constantes atenciones y cooperación que recibo del brigadier Don M. de Alava y del coronel Don J. O'Lawlor.»

en varios cuadros, habría tenido que recurrir á una decidida retirada comprometiendo la suerte de todo el ejército aliado. Porque, no sólo quedaría flanqueado y, minutos después, envuelto, sino que perdería el camino de su retirada al Coa por el puente de Castello Bom, hacia donde iba dirigiéndose la caballería francesa. Y tanto era así, que un hombre como Londonderry, allí presente y revestido de tanta autoridad profesional, dice en su interesantísimo libro: «Hubo un momento durante la acción del 5 en que había para preocuparse muy seriamente del pensamiento de retirarse; y Lord Wellington se vió, de consiguiente, reducido á la necesidad de decidir, si abandonaría el camino de Sabugal ó levantaría el sitio de Almeida.» El entonces coronel Vane, de quien acabamos de traducir ese párrafo, atribuye en seguida á su general en jefe la resolución de mantener sus posiciones, *por aquella presencia de ánimo*, dice, *que nunca le abandonaba;* pero más que á esa cualidad, notable ciertamente en el célebre general británico, debiera atribuir su resolución en tal momento á la inesperada, incomprensible y hasta criminal inacción de los generales franceses que dirigieron el ataque sobre la extrema derecha de la línea inglesa.

Los regimientos de Houstoun y Crawfurd con sus avanzadas ó guerrillas guarecidas en las sinuosidades del terreno y tras de las rocas de que estaba salpicado, de donde hostilizaban, no sin efecto, á los jinetes franceses, ó formados en cuadros para mejor resistirles, trataron de contenerles y rechazarles. Montbrun, sin embargo, seguía avanzando; dispersó las guerrillas é hizo cargar los cuadros ingleses; con éxito en algunos, según los cronistas franceses y lusitanos, sin él, de darse

fe á los ingleses (1). Lo que sí ocurrió, fué que en una de sus cargas, avanzando más y más la caballería de Montbrun, sorprendió un destacamento del 3.er regimiento de Guardias que no acertó á librarse de tan furioso ataque, siendo hecho prisionero su jefe, el teniente coronel Hill con algunos de sus hombres, *antes*, dice Wellington, *de que pudiera llegar en socorro suyo otro cuerpo de la caballería británica*. La situación de los aliados se iba, así, haciendo sumamente crítica. Por más que el regimiento de Cazadores Británicos, que sostenía á las guerrillas, se portase valientemente y los dragones, pasando por entre los cuadros, repitieran sus cargas, y una batería á caballo los apoyase con un fuego tanto más certero cuanto que lo hacía temerariamente desde una posición demasiado avanzada,

---

(1) Véase cómo describe Marbot el ataque á los cuadros ingleses. «En efecto, dice, la caballería de Montbrun, después de batir á la enemiga, tardó poco á hallarse en presencia de la infantería de Crawfurd. Cargó y rompió dos cuadros, de los que uno fué literalmente hecho pedazos..... Los soldados del segundo tiraron las armas y huyeron por la llanura. El Coronel Hill entrega su espada al ayudante mayor Dulimberg, del 13 de cazadores y hacemos 1.500 prisioneros. El tercer cuadro inglés se mantiene firme; Montbrun lo hace atacar por las brigadas Fournier y Wathier, que ya penetraban por una de las caras cuando, perdiendo sus caballos aquellos generales y siendo heridos también todos sus coroneles en la pelea, no se halló quien pudiera ya dirigir los regimientos vencedores. Acudió Montbrun; pero el cuadro enemigo se había repuesto y había que reformar los escuadrones para atacarlo.»

Thiers y Amic dicen que Fournier rompió un cuadro y Wathier no pudo romper el otro; Fririón dice que fueron dos los cuadros rotos; Guingret, por fin, añade otro en la enumeración de los cuadros. Lord Wellington no menta siquiera los cuadros, y Nápier dice que la actitud de los de Crawfurd contuvo é impuso á Montbrun, aunque antes llevaba expuesto que los aliados no habían tenido tiempo para formar el cuadro. Londonderry asegura que sí, pero que no fueron rotos aunque al retirarse los tiradores avanzados introdujeron algún desorden en los cuadros. ¿A quiénes creer?

Montbrun y Loison lo hubieran todo arrollado y puesto al ejército anglo-portugués en la derrota más completa (1). Ya las divisiones mostraban no poder resistir tan repetidos ataques, atentas, como necesitaban estar, las otras más próximas á apoyar á los cuerpos que cubrían la posición de Fuentes de Oñoro, asaltada en aquella misma hora por los del general Ferrey según se había convenido en el campo francés. Massena, al disponer que Loison con las divisiones Marchand y Mermet desembocaran de Poço-Velho hacia su izquierda para ligar por aquel lado sus maniobras con las de Montbrun y, por el opuesto, flanquear la posición enemiga de Fuentes de Oñoro, había, con efecto, mandado que Drouet secundase el ataque de Ferrey en aquel punto mientras que Reynier amenazaba la línea inglesa desde La Alameda, abrazándola así toda entera con sus fuegos. Esa magna evolución amenazaba, con efecto, dar el último y decisivo golpe al ejército aliado que, sin embargo, no cesaba en su cambio de frente, única maniobra en que cabía emprender luego la re-

(1) He aquí cómo pinta Nápier la acción de aquella batería, puesta en una situación verdaderamente desesperada. «Se notó, dice, en aquel momento una extrema confusión en los escuadrones franceses; oficiales y soldados, todos corrían hacia un punto en que no se miraba más que una espesa polvareda, pero donde debía suceder alguna cosa extraordinaria á juzgar por el brillo de los sables y la luz de los pistoletazos. De repente aquella multitud se agitó con violencia mayor aún; el *hurra* de los ingleses se hizo oir, se entreabrió la masa de las tropas, y Norman Ramsay apareció á la cabeza de su batería, salvando sus caballos aquel espacio como la jauría más resuelta y haciendo saltar las piezas que arrastraban. Los artilleros unidos y en buen orden, protegían la retaguardia».

De los historiadores franceses, apenas si hay alguno que haga referencia á este notable episodio tan honroso para la artillería inglesa, cuya superioridad en el tiro hace, sin embargo, resaltar el barón de Marbot.

tirada sin la certeza de un desastre en mucho tiempo irreparable.

Sirvió más que nada para asegurar esa maniobra salvadora de los aliados el establecimiento de los tiradores de la división ligera entre las rocas de que ya hemos dicho se hallaba salpicado aquel terreno, en la parte principalmente en que se ligaba aquella fuerza con la del general Houstoun. El fuego nutrido y certero que hacían los tiradores ingleses y el de una fuerte batería que se estableció en posición inmediata secundándolo eficazmente, contuvieron á los jinetes franceses que, abrigándose en un pliegue del terreno, dieron tiempo á Wellington para reformar su nueva línea y proporcionarla una cohesión que antes no tenía. Sin embargo; de cumplirse las órdenes de Massena, la nueva posición inglesa podría servir para evitar la derrota de que momentos antes se veía amenazado el ejército aliado, pero nunca para impedir el triunfo de sus enemigos obligándole á abandonar aquel campo de batalla y el asedio de Almeida. Su fortuna, con todo, la debió, ya lo hemos indicado, á la inacción de Montbrun y Loison, causada, á su vez, por la mala fe de Bessieres, como vamos á demostrarlo.

Bessiéres y la guardia imperial.

Detenidos los franceses, á pesar de sus brillantes cargas, por el fuego de los cazadores y de la artillería de Crawfurd, Montbrun solicitó la cooperación de la caballería de la guardia imperial que continuaba de reserva á sus espaldas. Massena, comprendiendo también la conveniencia y aun la necesidad de esa cooperación, despachó uno de sus ayudantes, Oudinot, para que transmitiese á la Guardia la orden de cargar. «Pasaba, entretanto, el tiempo, dice Amic, y arreciaba

el peligro. Despacha (Massena) otro oficial para que acelere su movimiento aquel cuerpo, cuya acción ha de abrirnos el camino de la victoria. Su impaciencia llega al colmo. Por fin llega Oudinot: *¿Dónde está la caballería de la Guardia?* grita Massena en tono en que se manifestaba la inquietud.—*Príncipe,* responde el joven oficial, *no he podido traerla.—¿Cómo?—El general Lepic me ha dicho que no reconocía aquí más autoridad que la del duque de Istria y que sin su orden no desenvainaría su sable»* (1).

Hábil defensa de Wellington. En ese tiempo que, por corto que fuera, no era para desaprovechar en ocasión tan crítica, Lord Wellington pudo poner en orden su nueva línea sobre la

(1) El barón Marbot está más dramático en ese punto. Lo describe así: «Mientras se ocupa (Montbrun) en ello (en reformar sus escuadrones), Massena, queriendo acabar la victoria, envía un ayudante de campo á transmitir al general Lepic, que se hallaba en reserva con la caballería de la Guardia, la orden de cargar. ¡Pero el bravo Lepic, mordiendo desesperado la hoja de su sable, responde con dolor que el mariscal Bessiéres, su jefe directo, le ha prohibido formalmente que comprometa las tropas de la guardia sin orden suya.....! Diez ayudantes de campo salen entonces en todas direcciones en busca de Bessières; pero éste, que hacía muchos días iba constantemente al lado de Massena, había desaparecido, no por falta de valor, porque era muy valiente, sino por cálculo ó celos de su camarada. No quiso enviar un solo hombre de los puestos á sus órdenes para asegurar un éxito cuya gloria toda recaería en Massena, sin pensar en los superiores intereses de la Francia.....! En fin, al cabo de un cuarto de hora, se halló al mariscal Bessières lejos del campo de batalla, errando al otro lado de la laguna, donde examinaba el modo conque estaban hechas las faginas empleadas aquella mañana para establecer su paso.....! Corre con aire de acucioso, pero el momento decisivo, perdido por su falta, había pasado, porque los ingleses, habiéndose repuesto del desorden en que los había colocado la caballería de Montbrun, acababan de acercar una artillería formidable que cubría nuestros escuadrones de metralla, ínterin los suyos libertaban los 1.600 prisioneros que les habíamos hecho. En fin, lord Wellington, terminado su cambio de frente, había restablecido su ejército en la meseta, su derecha en el Turones, y la izquierda apoyada en Fuentes de Oñoro».

derecha de la general que había establecido al comenzar la batalla. El general Spencer que, como saben nuestros lectores, mantenía la posición de Fuentes de Oñoro con la 1.ª división de su mando y la 3.ª del de Picton, se trasladó á la derecha de la nueva línea formando en dos líneas y destacando sus tiradores en el mismo rumbo para mantener su unión con la 7.ª de Houstoun que aparecía como de reserva en la izquierda del Turones, reforzada por la infantería de Don Julián Sánchez. En el centro, se situó la brigada Ashworth también en dos líneas y con la caballería á retaguardia. La 3.ª división, de Picton, se mantuvo en la izquierda con el doble objeto, además, de proteger la posición de Fuentes de Oñoro, en cuyo socorro, como en el de todo aquel martillo, estableció el Lord, como de reserva general, la división ligera de Crawfurd y la artillería británica. Para complemento de esta maniobra, se envió á Don Julián á observar el gran convoy de víveres destinado al abastecimiento de Almeida y que Massena había establecido en Gallegos en espera de ocasión favorable, y á interceptar, en cuanto le fuera dable, con sus lanceros la comunicación del ejército francés con Ciudad Rodrigo.

Segundo ataque de Fuentes de Oñoro.

Fiando en la robustez de sus nuevas posiciones y en la firmeza de unas tropas que habían logrado resistir ataque como el furioso de Montbrun en terreno para ellas tan desfavorable, esperó el asalto que no dejaría de intentar de nuevo el Príncipe de Essling, no desanimado ni aun con la defección de Bessiéres, en cuya caballería confiaba antes para conseguir el triunfo que parecía ya escapársele de sus manos siempre victoriosas hasta aquella, para él, funesta jornada de

Portugal. Y, con efecto, mientras daba sus resultados la mala fe del duque de Istria en la gran maniobra de la izquierda francesa, se vió á Drouet dirigir el nuevo ataque, ordenado antes por Massena, sobre Fuentes de Oñoro y las posiciones que protegen aquella población desde la orilla izquierda del Dos Casas. El asalto fué terrible. Aunque un poco tardío, por deberse haber verificado al tiempo mismo que el de Montbrun en la izquierda, lo acometió la 3.ª división del 6.° cuerpo con toda su fuerza, si bien empleada en varios períodos en vez de hacerlo en uno solo, con la violencia, eso sí, que caracteriza al soldado francés. La brigada Ferrey logró en su primer arranque romper y dividir los tres regimientos ingleses que dijimos quedaban guarneciendo el pueblo la noche del 3. Por grande, *desesperada* la llama un escritor de su país, que fuese la resistencia opuesta por aquellos cuerpos, los franceses se apoderaron nuevamente de la parte baja de la población despachando de ella á los defensores que perdieron dos compañías del 79.° inglés y al coronel Cameron que cayó entre los suyos mortalmente herido. Aún se pusieron los imperiales á escalar los escarpes de la margen izquierda hasta hacerse dueños de la capilla, tantas veces citada, que la domina; y es seguro que, de haber ejecutado en tales momentos aquel ataque la división entera, ó de haber cooperado á él Loison cargando á la división Picton, se hubieran hecho dueños de una posición que seguramente comprometía la general de los aliados. Pero aunque Drouet, fué reforzando á los suyos con la división entera, no era ya ocasión cuando lo hizo, pues Wellington, que tenía todas las reservas á la mano, acudió en ayuda de los suyos que, con una

brillante carga á la bayoneta, decidieron la acción arrojando á los franceses de la capilla, las rocas y todas las casas á la margen derecha del río con muchas é importantes bajas de una y otra parte en oficiales y soldados (1).

La torpeza de Loison y de Drouet; la flojedad de Reynier en su demostración sobre el fuerte de la Concepción, rechazada por un cuerpo de la legión lusitana; el cuidado en Wellington de relevar á los tres regimientos que habían defendido la posición con una brigada de sus tropas ligeras, y el no menor de atrincherarla inmediata, siquier ligeramente, la dejaron á salvo de nuevos ataques.

¡Cuántos errores en tan corto espacio para jornada que exigía acierto, resolución y hasta fortuna!

Otra fechoría de Bessières.

Por mucho que esperara Massena de la suya, el fracaso de Torres-Vedras y las contrariedades de la retirada, pero más todavía las que le oponían sus propios generales: la defección sobre todo, de Bessières, tenían que debilitar su espíritu, humillar su orgullo y hacerle perder la confianza que le habían siempre inspirado las más atrevidas y felices resoluciones. Por si no bastasen esas contrariedades en la única ocasión que ya le quedaba para reponerse en la opinión pública y en la del Emperador, imponiéndose de ese modo á sus envidiosos colegas; por si aún vacilaba en la idea de proseguir el combate, paralizado por la flojedad ó la traición de sus tenientes, fué á hacérsela abandonar

(1) Hubo quien supusiera que habían quedado muertos en derredor de Fuentes de Oñoro hasta 400 hombres de ambos campos; pero Nápier, encargado de enterrarlos, no halló más que 130.

otro incidente más significativo todavía de lo irremediable ya de su desgracia. Cuando se disponía á renovar la acción tomando disposiciones cuyo cumplimiento consideraba seguro ante el espectáculo de las tropas, electrizadas con las ventajas conseguidas al ejecutar la sabia maniobra de la mañana, se le presenta el general Eblé cubierto de polvo y de sudor, dicen, y pintados en su semblante la alarma y el dolor, para manifestarle que, no habiendo llevado municiones el duque de Istria, sólo quedaban al ejército las precisas para proveer á cada soldado de 30 cartuchos á lo más, número insuficiente para un combate en que los ingleses han de defenderse con la tenacidad que exigían las circunstancias de su arriesgadísima posición (1). Massena quiere que partan á Ciudad Rodrigo en busca de cartuchos cuantos transportes se encuentren en el campo de batalla; pero se habían dirigido ya á aquella plaza en busca del pan necesario para el día siguiente. Todavía hay un recurso, el de utilizar los carros de la guardia para la conducción de las municiones que se necesitan. He aquí cómo explica un ayudante del Príncipe la pérdida de una esperanza, tan salvadora, de realizarse, como halagüeña. «Massena, dice Marbot, no teniendo otros medios de transporte, invita al mariscal Bessières á que le preste por algunas horas los armones de la guardia; pero éste le responde con frialdad que sus arrastres, ya cansados aquel día, acabarán por arruinarse si hacen una marcha de noche y por tan malos caminos, y que no los prestará sino al día siguien-

(1) Ya hay quien dice que sólo quedaban 20 cartuchos por plaza.

te.....! Massena se acalora y grita que se le arrebata otra vez la victoria que bien vale el precio de algunos caballos; pero Bessières se niega de nuevo, y da lugar á una de las escenas más violentas entre los dos mariscales.»

¿Cómo reanudar, pues, la batalla tan torpemente interrumpida? Aun después de paralizada la acción de Montbrun, si se hubieran cumplido las órdenes de Massena, el ejército aliado habríase visto expuesto al mismo inminente y terrible riesgo que le amenazaba en la mañana de aquel día al emprender el movimiento envolvente sobre su ala derecha. Con que Loison hubiera mostrado sus divisiones en la llanura en que la caballería francesa cargaba con su furia acostumbrada; con que más tarde, si se quiere, apoyara enérgicamente á Drouet en su ataque á Fuentes de Oñoro, y Reynier, no satisfaciéndose con la ligera demostración que hizo, hubiese atacado á Campbell con la resolución que otras veces, el resultado fuera muy distinto del funesto que cupo á las armas francesas. Pero, después de todo eso; de haber combatido la caballería de la guardia en el momento en que se le ordenó, su acción, unida á la de las brigadas Fournier y Wathier y secundada por las divisiones detenidas en Poço-Velho, habría acabado con la resistencia de los ingleses, cuya formación en la nueva línea no podía ser sólida, así por el apresuramiento con que se había hecho como por el desorden con que entraron en ella los cuerpos, sorprendidos ante la maniobra de Massena. Al no cargar la guardia, al fracasar el ataque de Fuentes de Oñoro y al encontrarse, por fin, el ejército francés sin municiones ni quien las llevara de Ciudad Rodrigo, la

jornada podía darse por estéril ya que no por perdida, que es lo que lógicamente se deduce de sus resultados posteriores.

Responsabilidades.

Cierto que no debe achacarse toda la culpa ni exigirse la responsabilidad por entero á Massena que, si cometió algún error desde el subsanado con el pensamiento de la maniobra de la mañana del 5, no á su talento, que brilló como siempre en las órdenes por él dictadas, sino á su falta de energía debió achacarse en ocasión tan solemne y reparadora para su opinión militar desde la retirada de Portugal. Lo que sucedió, en efecto, es de cargo á quienes fueron llamados á cumplir aquellas órdenes, cuya situación y cuyo estado de ánimo están perfectamente explicados en el escrito de uno de los testigos de mayor autoridad como historiador de aquella campaña. Dice M. Guingret tantas veces citado en esta obra: «La mayor parte de nuestros generales de división tenían ya licencia ó la orden de trasladarse á París, y no demostraron en la jornada del 5 de mayo aquella completa abnegación que produce el olvido de sí mismo en las ocasiones decisivas; y aunque reinase en todas las categorías el sentimiento de la victoria, no se inspiraron los jefes en aquellos arranques heróicos que hacen se graben de antemano sus nombres en los cuadros de la posteridad. Hubiera sido necesario que el general Loison se ilustrase tomando sobre sí la responsabilidad de llevar rápidamente el sexto cuerpo en medio de las masas enemigas; pero vaciló por más de una hora esperando las órdenes del Príncipe y nuestros soldados vieron con gran pena desvanecerse una de las más hermosas ocasiones de vencer.»

No es corto el favor que, aun así, dispensa Guingret al general Loison; porque en el mismo campo de batalla y después en cuantas relaciones se han publicado de ella, se echó de menos la presencia del mariscal Ney que no hubiera, como él, visto impasible el ataque de Fuentes de Oñoro, no dado en regla ni secundado debidamente.

Y ¿por qué ese mismo escritor, testigo presencial y actor en aquellos sucesos, no se lamenta en ninguna parte de su libro de la enorme falta cometida por Bessiéres? ¿Es que cabe hallar razón alguna que la disculpe? ¿Puede haberla para que un general que acude al llamamiento de otro con un refuerzo, mayor ó menor, de tropas y asiste al combate en que se va á decidir de la suerte de un ejército de su nación y quizás de la guerra, puede luego negar ese mismo refuerzo, allí presente, y los demás recursos de que le es dado disponer?

Errores había cometido el Príncipe de Essling, á quien se le achaca la salida de Salamanca y Ciudad Rodrigo sin los transportes necesarios para el indispensable de víveres y sobre todo de municiones, lo inoportuno del ataque de Fuentes de Oñoro el día 3, error ya lo hemos dicho, semejante al cometido en Bussaco, y el haberse presentado en el campo de batalla sin los recursos todos que debía suponer exigiría la persecución del enemigo, una vez vencido, si hubiera el triunfo de dar las consecuencias convenientes para el completo de su causa y su propia gloria.

Ahora bien, aun así, habría alcanzado ese triunfo si Bessières no le hubiera faltado; en una palabra, dura y todo, si no le hubiera hecho traición, que trai-

ción cruel é indigna de un general es faltar en circunstancia tan crítica y solemne á quien tenía á su cuidado la misión confiada al Príncipe de Essling en su campaña de Portugal.

Bajas. Las pérdidas fueron grandes en uno y otro ejército. «Las acciones, decía Wellington en su despacho del 8 desde Villar Formoso, fueron parciales, pero fuertes y nuestras pérdidas grandes.» Sin embargo, no pueden considerarse tan importantes al consignar que consistieron en 235 ingleses, de las clases de oficiales y tropa muertos; 1.234 heridos, y 317 extraviados, esto es, prisioneros. Los portugueses tuvieron 52 muertos, 89 heridos y 26 extraviados (1). El ejército francés perdió mucha gente en los repetidos y obstinados ataques de Fuentes de Oñoro, en su exposición al fuego de la infantería y de la caballería de los aliados al tiempo de las cargas de Montbrun, y después, al establecerse definitivamente la nueva línea frente al terreno en que habían tenido lugar. El total de las bajas, según Fririón, fué de 2.844 entre muertos y heridos, varios oficiales, entre los primeros, y los generales Lorcet y Vichery, los coroneles Fririón y Thevenez con algunos otros jefes entre los segundos.

Parecía que á la acción del 5 debiera suceder, como á la del 3, otra más tenaz y sangrienta, otra verdaderamente decisiva, puesto que en las anteriores, aunque no vencedores, los franceses habían ocupado una parte extensa é importante del campo de batalla y queda-

(1) Siendo tan corta la fuerza de los españoles, como reducida á la que mandaba D. Julián Sánchez, y su acción tan limitada desde su choque con los franceses en Nave de Haver, sus bajas debían ser poquísimas.

ban en actitud amenazadora y propia para proseguir sus operaciones sobre la línea enemiga. Wellington, que ignoraría la conducta de Bessiéres y la falta de municiones en el campo francés, temió naturalmente la reproducción del combate para el día siguiente, y durante la tarde y la noche del 5, hizo fortificar en lo posible su línea, lo mismo en la margen del Dos Casas para poner á salvo la posición de Fuentes de Oñoro, que en el nuevo frente mirando ó Poço-Velho y cubriendo de un flanqueo el camino de Castello Bom y su importantísimo puente sobre el Coa. Algún movimiento de tierras y parapetos de piedra seca aprovechando las sinuosidades del suelo y de las rocas de que tantas veces hemos dicho que estaba salpicado, hicieron uno y otro frente bastante fuertes para una defensa confiada á tropas tan sólidas como las británicas. A cada momento que se dejaba pasar, la posición inglesa adquiriría más fuerza; haciéndose tanto más precioso el tiempo cuanto que la confianza puesta en el éxito del día anterior se fortificaba más y más según iban observándose las dudas, vacilaciones y desánimo que debían reinar en el ejército francés cuando, por su carácter y el de su jefe principalmente, eran de temer prontas, enérgicas y hasta decisivas resoluciones.

Y así fué: Massena, hallándose sin municiones, envió por ellas á Ciudad-Rodrigo; después de reconocer la línea enemiga, pudo convencerse de que se había hecho inexpugnable; y sin objeto ya el convoy de víveres destinado á Almeida, usó de él para el racionamiento de sus tropas. El día 6 lo empleó en esos reconocimientos; en los cuatro siguientes, impuso al ejército algunas maniobras que distrajesen al enemigo de la

única que ya le restaba hacer, la evacuación de Almeida, y el 10, al dirigir sobre Barba de Puerco la 2.ª división del 2.º cuerpo para apoyarla, concluyó por trasladarse con todo el ejército á sus antiguas posiciones próximas á Ciudad Rodrigo, anteriores á su marcha sobre Fuentes de Oñoro.

Evacuación de Almeida. Para dar por terminada la campaña se hacía preciso salvar la guarnición de Almeida, objeto de aquella última operación y motivo de tan reñida y descomunal batalla. No era fácil la empresa desde tamaño fracaso como el de Fuentes de Oñoro; mas pudo llevarse á feliz ejecución gracias al patriotismo de un valiente sargento del ejército francés que transmitió la orden, á la energía y habilidad del gobernador de aquella plaza y á la poca exactitud en el cumpliento de las disposiciones dictadas por Lord Wellington para impedir la que bien puede considerarse como la más brillante hazaña del general Brenier. Massena, con efecto, convencido el dia 6 de la imposibilidad de reproducir el combate del día anterior, decidió que, á lo menos, se salvara del peligro de caer en manos de los ingleses la guarnición de Almeida; y como era, no sólo de necesidad sino que urgente además hacer que Brenier, en cuyo valor y talento confiaba, conociera su resolución de inutilizar una fortaleza que luego podría entorpecer sus operaciones, si es que le era dable emprenderlas de nuevo, buscó entre sus tropas hombres, como vulgarmente se dice, de buena voluntad que se ofreciesen á comunicar á aquel general esa resolución y las instrucciones que la ilustraban y completaban. Presentáronse inmediatamente 3 de esos hombres, el sargento Andrés Tillet, el cabo Zaniboni y el soldado cantinero Juan

Noel Lami, de los que sólo el primero tuvo la fortuna de llegar á su destino coronando tan arriesgada y difícil empresa. Las órdenes que llevaba eran la de volar las fortificaciones más importantes de la plaza y la de abrirse paso á través de las líneas de los sitiadores dirigiéndose al puente de Barba de Puerco donde le acogería la división del 2.° cuerpo destinada, según ya hemos dicho, á tan delicada como importante misión (1).

El general Brenier comenzó la ejecución de aquellas disposiciones con una salva de artillería que anunciase haberlas recibido; con lo que Massena, levantando su campo de Poço-Velho y Nave de Haber para concentrar el ejército, hizo sin embargo algunas demostraciones sobre la línea del Dos Casas para distraer al enemigo de lo que pudiera acontecer en Almeida. El Príncipe de Essling estaba resuelto á no retirarse definitivamente hasta que Brenier, con tiempo, así, para arruinar la plaza y preparar su evasión de ella, pudiera ejecutarla sin los estorbos que le opondría el enemigo, de verse sin los franceses en actitud todavía ofensiva y en libertad, por consiguiente, de dedicarse á la toma de Almeida y captura de su guarnición. Pero escaseaban los víveres, consumidos ya los del convoy destinado á Almeida; se dejaban oir las murmuraciones de la tropa y aun proyectos de algún general en forma de

(1) Es tan curiosa y hasta instructiva la relación que Guingret hace de la jornada del sargento Tillet á Almeida, que hemos creido deberla reproducir íntegra, haciéndolo, aunque en un apéndice, el del número 2, con la recomendación de no dejarla pasar desatendida.

Sigue el parte de Brenier sobre la evacuación de aquella plaza, lección elocuentísima para los gobernadores que puedan hallarse en igual caso.

consejos, ya que se desistía de un nuevo ataque, y se creyó necesario levantar el campo y trasladarse al Agueda.

Ni eso calmó la alarma en la línea de los aliados que, por otra parte, no sospechaban las órdenes de Massena respecto á Almeida á la que, por el contrario, suponían próxima á rendirse, así por el fracaso de la acción dirigida á hacer levantar su sitio, como por la falta de víveres, que les constaba ser grandísima. Las tropas aliadas permanecieron en sus anteriores puesto, esperando alguna reacción nueva de los franceses; y sólo como por precaución dispuso su general en jefe que el 4.º regimiento de la división Erskine se dirigiese al puente de Barba del Puerco. Tan sabia era la medida que, de haberse cumplimentado inmediatamente, se hubiera hecho irremediable la destrucción de las tropas de Brenier. Pero hubo descuido en ejecutarla y pronto se hicieron patentes sus funestas consecuencias.

En previsión de tal suceso, Brenier había hecho minar las fortificaciones de Almeida, de modo que á fines de abril había en ellas 140 hornillos preparados para recibir su correspondiente carga. Así, el día 7 de mayo, al llegar las órdenes de Massena, se procedió á cargarlos y á destruir la artillería existente en la plaza, lo cual se verificó disparando las piezas unas con otras, con excepción de algunas que, para mayor disimulo, hicieron fuego sobre el campo de los sitiadores. Después inutilizó Brenier las municiones arrojándolas á los pozos y á los fosos ó colocándolas en los sitios á que alcanzara el efecto de las explosiones proyectadas. El carruaje y todo el material de guerra fué destruído ó en los parapetos y bermas de los mismos ó con sierras

y hachas que lo hiciesen pedazos. Se construyeron por fin, salchichones que bien embreados comunicasen el fuego y lo alimentaran en los establecimientos cuya completa destrucción conviniese para dejar la plaza perfectamente inútil por mucho tiempo. Y el 10, después de conferenciar con todos los jefes, de haber dado conocimiento á los oficiales de parte de su pensamiento y de animar á la tropa visitando los puestos é inspirándoles confianza con sus palabras y ofertas, formó los cuerpos que componían la guarnición y los distribuyó según su proyecto para su salida de la plaza. Al verificarla, haciendo la seña convenida al ingeniero Morlet, jefe del arma, para que diera fuego á los hornillos y dando lo que nosotros llamamos *el Santo* (le mot d'ordre) de *Bonaparte et Bayard,* Brenier abandonó Almeida en dos columnas, un poco distanciadas para que el frente de la línea enemiga que se iba á romper, fuese todo lo amplio posible y dar mayor ensanche y desahogo á la evacuación y la marcha.

«Todo ha sido perfectamente ejecutado, decía Brenier en su parte; mis dos cabezas de columnas comenzaron á habérselas con los puestos enemigos en el momento mismo de la explosión. Todo ha sido arrollado, y he proseguido la marcha hostigado siempre á mi retaguardia y mis flancos, tal cual lo tenía previsto, y ocupándome todos mis equipajes».

El general Pack, encargado, como ya se ha dicho, de las operaciones del bloqueo, acudió inmediatamente en persecución de las columnas francesas, avisó de lo que sucedía á los puestos de los aliados que no habían dado importancia al ruido de las explosiones y á las avanzadas establecidas en las inmediaciones del

camino que seguía Brenier, alguna, compuesta de dragones ingleses que acudieron rápidamente al llamamiento. Sin embargo, cuando la persecución podía dar el resultado apetecido por Pack, ya Brenier se hallaba cerca de Barca del Puerco, á las inmediaciones de cuyo puente pudo distinguir con su anteojo tropas francesas que iban á su encuentro, las del cuerpo de Reynier tan previsoramente enviadas por Massena. Por más que los anglo-portugueses volaron en pos de Pack; de que el 4.° regimiento, olvidado por Erskine, pudo acudir al puesto que se le había señalado, y los dragones británicos cargaron con su característica energía, sólo parte de la retaguardia francesa hubo de sufrir pérdidas considerables, causadas, mejor que por el fuego y los sables enemigos, por haberse desbandado y precipitádose por despeñaderos altísimos y de imposible salida.

Así y con éxito tan honroso para el general Brenier se verificó la evacuación de Almeida, cuyo recuerdo evoca un historiador inglés, nada afecto á los españoles, el de la también gloriosa de Hostalrich, oponiendo al nombre y á la hazaña del caudillo francés el nombre y la hazaña, aunque no tan afortunada, del coronel D. Julián Estrada (1).

Reemplazo de Massena. Al retroceder Massena á Ciudad Rodrigo, estaba ya á la cabeza del 6.° cuerpo el mariscal Marmont, du-

(1) No es poca honra para España. Dice Nápier: «Erskine no transmitió orden alguna al 4.° regimiento, mientras Brenier, nada desconcertado por la retirada del ejército francés, se preparó, como Julián Estrada, á abrirse paso á través de las tropas del bloqueo».

De esas caen pocas en libra, como vulgarmente se dice.

Napoleón tenía ya un alto concepto de Brenier. Decía de él

que de Ragusa, acompañándole á aquella plaza, donde pocos días después, el 12 de mayo, tomaba el mando de todo el ejército. No es exacto que el Príncipe tuviera noticia de su relevo el día 6 y que desistiera, por eso, de insistir en sus ataques al ejército aliado. Eso está perfectamente probado. El estado de sus relaciones con los demás generales, sus subalternos; la defección del único de quien podía recibir en aquellos momentos una ayuda eficaz, la del duque de Istria, que hasta le había impedido proveerse de municiones en lo más crítico del día 5, y el convencimiento de la extraordinaria fuerza adquirida por los aliados con su éxito en los combates anteriores, le habían hecho desistir de continuarlos inmediatamente. Limitando desde entonces sus aspiraciones á la salvación del presidio de Almeida, cooperó á ella manteniendo á los enemigos en constante alarma con demostraciones ofensivas que dieron, como hemos dicho antes, el resultado por él apetecido. ¿Son esos signos de conocer la resolución del Emperador, que se recibió el 11 en Ciudad-Rodrigo?

Aquella orden fué la señal de una desbandada de generales y jefes que amenazó dejar el ejército francés de Portugal reducido á una acción secundaria, á la de cualquiera de los que, bajo la mano del Intruso, tenían la misión de ocupar y mantener tranquilas las provincias del interior de la Península. A la marcha del mariscal Massena, que fué inmediata á su relevo,

---

en un despacho de 27 de abril, esto es, de varios días antes del de su hazaña; «Decidle (á Marmont) que tan pronto como el general Brenier, que manda en Almeida, vuelva á incorporarse al ejército, se le dé á reconocer el empleo de general de división, ascenso que es inútil darle ínterin se halle en aquella plaza; que es *un trés bon officier, qu'on peut employer utilement*».

sucedió la de Bessières, que era al poco tiempo reemplazado en Valladolid por el general Dorsenne, de tan triste memoria; Junot, Loison y Solignac volvieron también á Francia; y con todos ellos sus respectivos séquitos que en los ejércitos de Napoleón eran numerosísimos (1).

No le vendría mal aquella deserción, puede decirse que general, al duque de Ragusa; que si en el ejército de Portugal se negaba respeto y hasta obediencia á un Massena, sería muy difícil fueran á concederse á quien estaba muy lejos de haber alcanzado la altura del héroe de Zurich, de Génova y Essling. El mariscal Marmont traía á España los prestigios de una carrera facultativa brillante, y sobre todo los de su amistad con el Emperador desde que juntos habían tomado parte en las jornadas de Tolón, Egipto, Marengo y Wagram; pero ni su historia militar ni su carácter eran para seducir á unas tropas que se resistían á reconocer autoridad más que en Napoleón, su único ídolo, y que recientemente vencidas en su grandiosa invasión de Portugal, repugnaban, como impopular, cruenta, penosísima y nada gloriosa, la guerra de la Península. Llevaba, además, instrucciones para variar la organización de aquel ejército, quitándole el carácter grandioso que había obtenido al emprender la invasión de Portugal un año antes, y eso en las tropas francesas tenía que

(1) Si en algunos aparece como voluntario aquel abandono del ejército y ya se sabe que los había que tenían licencia para dejarlo, también es cierto que el 27 de abril, en que ya se tenía decretado el reemplazo de Massena, se autorizaba á Marmont para *mandar á Francia los generales y oficiales que no le conviniesen, dirigiéndolos á Valladolid, donde esperarían las órdenes del Emperador.*

ser motivo de disgustos y desánimo hasta que pudieran observar el talento y las condiciones de mando de su nuevo general en jefe.

Habíasele, con efecto, autorizado para organizar sus tropas en seis divisiones sin formación de cuerpos de ejército, para evitar, sin duda, las discordias que acababan de sentirse con tal perjuicio de las operaciones y del resultado que esperaban en la campaña; y tan pronto como tomó el mando Marmont, nuevos acuerdos del Emperador tendieron á suministrarle recursos de fuerza y material que le pusieran en estado de impedir el sitio de Ciudad-Rodrigo y aun en el de dar *une belle bataille* á los ingleses. No tardaremos en dar á conocer esos medios y la conducta militar del general Marmont que reveló en España cualidades que honran sobre manera su memoria como organizador y como táctico, sobre todo, eminente, siquiera la fortuna no llegara á coronar sus esfuerzos por circunstancias para él y para el Emperador, su amigo, lamentables.

Dejemos también á Massena recorrer vencido y ardiendo en ira un camino, poco antes trillado por su formidable ejército al organizarse para su última y malhadada campaña, camino en que estuvo á punto de perder su liberdad, cuando no la vida, á manos, según haremos ver, de uno de nuestros más insignes guerrilleros. ¡Preso y víctima quizás de un *brigante* el general que podía jactarse de no reconocer en el ejército francés, tan fecundo entonces en grandes capitanes, otro superior á él en pericia y fortuna en los campos de batalla, sino su incomparable jefe, el Emperador Napoleón! Sin ir ahora más lejos, en aquella su pos-

trera campaña reveló Massena dotes bien excepcionales de sus condiciones militares á pesar de tanta y tanta contrariedad como halló en el campo enemigo y en el suyo propio, donde el orgullo, la envidia y la falta de patriotismo se aunaron para arruinarle en el ánimo del Emperador, en su suerte y en su hasta entonces brillante historia. Sin embargo de tan envidiosos y formidables enemigos, el historiador imparcial no dejará de asociarse á la opinión de un hombre de guerra tan notable como el general Baron Thiebault, que en sus Memorias recientemente publicadas le rinde este último tributo de su justa admiración. «El mariscal Massena, dice, se mostró en Portugal jefe tan hábil y tan audaz como siempre: ahí están sus hechos para demostrarlo y todo cuanto la justicia consiente decir es que, moralmente igual asímismo y digno de su pasado, estaba físicamente débil, y que para sostener el brillo de su genio, le faltó quizá la exaltación de fuerzas, los arranques supremos de energía que, á veces, á pesar de la traición de los hombres y de las circunstancias, obligan á la suerte misma á cambiar.»

La Albuhera. Por el mismo tiempo en que se reñía tan descomunal batalla como la de Fuentes de Oñoro que acabamos de recordar, tenían lugar en Extremadura operaciones muy importantes también, que iban á conducir á otra acción campal, si no de idénticos, de resultados muy semejantes. Porque la batalla de la Albuhera, á que nos referimos, los tuvo muy parecidos, así en cuanto á la marcha y desenlace del choque de los ejércitos beligerantes, como á las consecuencias respecto á las plazas cuya liberación pretendía el francés. El intento en Soult de hacer levantar el sitio de Badajoz, era el mis-

mo de Massena para impedir el de Almeida; los procedimientos iguales, si preparados por el Príncipe de Essling en Salamanca, dispuestos por el duque de Dalmacia en Sevilla; y la acción, si interrumpida en la frontera castellana de Portugal por falta más que de municiones, de disciplina en los generales, quedó también paralizada en la extremeña por el cansancio y mejor aún por la impotencia, tan patente en Albuhera como en Fuentes de Oñoro.

Y era que aquella guerra se iba haciendo demasiado larga y poco gloriosa para los franceses, inconstantes por su genial y acostumbrados, como estaban en otras partes, á vencer al llegar al campo de sus operaciones y decidir en una sola jornada la suerte de la campaña. Ausente el único que sabía imponerse á todos, á los generales con su indiscutible autoridad y á los subalternos y soldados con el entusiasmo que inspiraba, cada uno se creía autónomo en el distrito de sus operaciones y mando, no procurando sino su propia gloria y el fruto de sus rapiñas, nunca la gloria ni el provecho de sus camaradas de las demás provincias de España. En ninguna parte pudo observarse con mayor claridad ese espíritu de envidia y de discordia como en España y para el caso presente en Portugal y Extremadura, lo mismo en la conducta de Soult deteniéndose en el sitio de Olivenza y Badajoz para no acudir á las líneas de Torres-Vedras, que en la de Bessiéres entorpeciendo la acción de Massena en la batalla, de otro modo decisiva, del 5 de mayo en Fuentes de Oñoro.

El mariscal Soult, ya lo dijimos, se había vuelto á Sevilla á los dos días de la conquista de Badajoz, y lle- **Alarmas de Soult.**

gaba á la capital andaluza cuando ya se hacían ver en Elvas y Campo Mayor las tropas del general Beresford batiendo el 25 de marzo de 1811 á los dragones de Latour Maubourg al retirar la artillería de la segunda de aquellas plazas portuguesas (1). Había dejado al mariscal Mortier unos 9.000 hombres con la misión de guarnecer Badajoz y guardar la frontera española próxima, llevándose á Sevilla otros tantos destinados á reforzar á Víctor, de cuyo combate en Chiclana no había obtenido aún noticias bastante detalladas y exactas para poder medir su alcance verdadero y sus consecuencias. Al llegar á Sevilla las recibió, si desfiguradas en parte por las que le enviaba el jactancioso duque de Bellune, bastante tranquilizadoras para no temer un próximo ataque que hiciese levantar el sitio de Cádiz, como pudo pensarse en la jornada infructuosa del 5 de marzo. Pero si por ese lado y después de haber puesto á la vista de los gaditanos parte de las tropas que llevó de Extremadura, logró reponerse de la preocupación que debieron causarle las reclamaciones del mariscal Víctor, de que se hizo eco al dirigir las que ya recordamos pidiendo al Intruso un gran refuerzo, cuya promesa obtuvo del Rey y del mismo Emperador después, alcanzáronle á los pocos días nuevas alarmantes de Badajoz anunciándole la presencia de un ejército anglo-portugués que, unido al español, había establecido su campo en derredor de aquella plaza y puéstola sitio en regla y con medios sobrados para tomarla.

Los aliados, con efecto, al presentarse Beresford

(1) Véase el capítulo II del tomo IX.

en la margen derecha del Guadiana, habían combinado sus movimientos y reunido sus esfuerzos para aislar á Badajoz de las tropas francesas que maniobraban en la orilla izquierda con la misión de sostener las comunicaciones de aquella plaza con el ejército de Andalucía. Había dejado el mando del 5.° cuerpo el mariscal Mortier, llamado á Francia por el Emperador, substituyéndole el general Latour-Maubourg, tan veterano ya en la guerra de España y conocedor de Extremadura como el que más de sus compatriotas (1). El famoso jefe de los dragones franceses, tan crueles en España y odiados como lo habían sido en su país los de Luis XIV al revocarse el edicto de Nantes, se estableció en la izquierda del Guadiana observando á los anglo-portugueses para impedirles, si le era posible, el paso del río y animar á los defensores de Badajoz con el sostenimiento de sus comunicaciones con Sevilla. Puesto allí, pudo el general francés ver cómo Beresford echaba el 3 de abril en Jerumenha puentes de caballetes que por la noche se llevó una repentina y tremenda avenida del Guadiana, y cómo el 5 y el 6 cruzaban el río algunas de las fuerzas aliadas en balsas y lanchones que se habían procurado.

Preliminares del sitio de Badajoz por los aliados.

La ocasión era propicia para un golpe de mano

(1) El duque de Trevissa se dirigió primeramente á Sevilla á recoger, sin duda, sus equipajes y el fruto de sus anteriores campañas, y salió de allí escoltado por una fuerza de unos 800 hombres de infantería, entre ellos algunos estropeados que se retiraban á Francia, 40 caballos que hacían las descubiertas y cuatro piezas de artillería. Atacado en el Viso por nuestros patriotas, perdió algunos dragones y varios carros y ganado de transporte. En Córdoba, recibió un considerable refuerzo para cruzar Sierra Morena que, como la tierra toda de Jaén, estaba *infestada*, decían los franceses, de las partidas de guerrilla en ella levantadas.

sobre sus enemigos; y en la noche del segundo de aquellos días las avanzadas francesas de caballería sorprendieron el cuartel general inglés, haciendo prisionero un escuadrón y cogiendo á Beresford en su propio alojamiento los caballos de su Estado Mayor. El mismo Beresford corrió peligro inminente de caer en manos de los jinetes franceses, salvándose por la oportunidad de llegar en socorro suyo un destacamento de infantería que los enemigos creyeron más numeroso y fuerte de lo que era. El paso del Guadiana se verificó sin embargo, y el ejército anglo-portugués campaba el 9 entre Badajoz y Olivenza, retirándose los franceses á Zafra, Llerena, Azuaga y Guadalcanal.

Entonces se puso en comunicación con nuestros aliados el general Castaños; y españoles é ingleses se dedicaron á la tarea de aislar la guarnición de Badajoz empujando con su caballería á Latour-Maubourg hacia Andalucía en busca del socorro que pudiera Soult prestarle. Distinguióse en esa empresa el brigadier Conde de Penne-Villemur, que tanto ha figurado después como ardiente apostólico en la guerra civil de 1833 á 1840, emigrado francés pero dándose aquí por alemán sin más que haber servido como mayor en el ejército austriaco. Puesto por Castaños á la cabeza de unos 600 caballos, se dirigió desde Villafranca de los Barros sobre Usagre, de donde, con maniobras sumamente hábiles, arrojó á los franceses como después, de Zafra y Llerena, obligándolos á retirarse á Azuaga y Guadalcanal creyendo habérselas con una gran parte del ejército aliado. Era cierto que parte de la caballería inglesa acosaba también á los franceses en su retirada, batiéndolos el 16 y haciéndoles hasta 159 prisio-

neros junto á Zafra; pero la masa principal se detuvo á sitiar la plaza de Olivenza, jornada que, como era natural, había de preceder al sitio de Badajoz. Y como, según dijimos en el tomo anterior, el general Blake, desembarcando el 18 de abril en Ayamonte con dos divisiones de infantería y alguna artillería, iba á operar con Ballesteros sobre el flanco de los franceses, resultaba una situación estratégica que hacía augurar inmediatas, combinadas y quizas decisivas operaciones. Beresford, á quien se enviaban de Lisboa unos 8.000 hombres de refuerzo y de Elvas algunas piezas de artillería de sitio, se situaba en Talaverilla; Castaños dirigía desde Mérida el movimiento de Penne-Villemur, que andaba por Zafra y Llerena, y el de Morillo que en la derecha del Guadiana tenía la misión de observar á los enemigos que pudieran acudir desde el Tajo; y Blake, por último, y Ballesteros ocupaban Monasterio y Santa Olalla.

Sitio y toma de Olivenza.

El sitio de Olivenza se había encomendado al general inglés Cole con su 4.ª división, de que era parte una brigada portuguesa compuesta de los regimientos 11.° y 23.° de infantería de línea y del 7.° de cazadores, á cuya acción concurrió luego la artillería, también portuguesa, puesta á las órdenes del mayor inglés Alejandro Dickson. La guarnición francesa, de 380 hombres entre tropa y oficiales, se hallaba gobernada por un jefe que mientras se creyó apoyado de las fuerzas que operaban cerca, se quiso mostrar dotado de un carácter de que realmente carecía. El general Cole le intimó la rendición el día once, ofreciéndole condiciones que al inglés parecían aceptables pero que el jefe imperial rechazó arrogantemente. Fué, pues, nece-

sario recurrir á la fuerza; y en la noche de aquel mismo día se comenzó á trabajar en una luneta ó rebellín exterior, de que se tuvo noticia hallarse abandonado, distante unos 240 metros de la cortina de San Francisco, donde los sitiadores se propusieron abrir brecha para dar el asalto á la plaza. Como fuerte exterior, tenía su entrada descubierta á los fuegos del recinto de Olivenza; pero se suplió á esta dificultad abriendo un paso por otro lado para la artillería; y el 13 se habían montado en la nueva batería seis piezas de á 24, al apoyo, además, de varios obuses de campaña que enfilaban ó tomaban de revés los flancos del frente que se iba á atacar.

Aún repitió Cole la intimación al gobernador por un parlamentario, dándole media hora de plazo para rendirse; pero, desatendida también, hizo romper el fuego que muy luego produjo resultado por ser la muralla que se batía sumamente débil, de malos materiales y defectuosa construcción. Hacia las once de la mañana del 14, el gobernador izó bandera blanca en la fortaleza aceptando las condiciones que se le habían ofrecido; y negadas entonces por Cole y continuando el fuego por dos horas hasta poner casi practicable la brecha, rindióse por fin la guarnición francesa, entregando inmediatamente la plaza.

Si el fruto sacado de la reconquista de Olivenza era pequeño por lo escaso de la guarnición y la mala calidad de las 17 piezas de artillería que contenía, doce de hierro colado y cinco de campaña, era necesario y hasta indispensable para dar principio á las operaciones de sitio sobre Badajoz, las cuales hubieron de comenzar, con efecto, en cuanto se echó en Jerumenha

un puente de barcas bastante sólido, que se fortificó con una cabeza capaz de contener 1.500 hombres que lo defendiesen, y en cuanto pudieron darse por despejadas las inmediaciones con el alejamiento de las tropas de Latour-Maubourg hasta la divisoria con el Guadalquivir en Sierra Morena (1).

Llegada de Wellington.

Ya hemos dicho cómo por esos días se trasladó á Elvas el generalísimo inglés creyendo necesaria su presencia en las márgenes del Guadiana, ya que confiaba en que Massena no podría en mucho tiempo tomar de nuevo la ofensiva en las del Agueda. Su llegada al campo de los aliados causó en él la impresión más grata, porque no había un solo oficial inteligente que dejara de acusar á Beresford de inacción estando al frente de un ejército que los más calculan como de 25.000 hombres y siendo de menos de 10.000 el

(1) Tomado Olivenza, se izó en sus muros la bandera española, cuya noticia debió disgustar á los portugueses según lo irritado que se muestra Da Luz Soriano al dar cuenta de un suceso, el más natural para quien no adolezca de las susceptibilidades patrióticas propias del carácter de nuestros hermanos de la región lusitana: «Tal fué, dice, por tanto la manera con que se enarboló en Olivenza la bandera española para eterno padrón de la ninguna cooperación militar de los españoles que la dejaron cobardemente caer en manos de los franceses, y sobre todo para eterno padrón de la refinada mala fé con que el gobierno inglés y sus generales, á quienes tanto engrandeció el ejército portugués, trataron á un país que había puesto á su disposición cuantos recursos militares poseía, sus plazas fuertes, sus arsenales, todas sus fuerzas de mar y tierra, según tantas veces hemos dicho; que admitió en las filas de su ejército un número prodigioso de oficiales ingleses, desde alférez á mariscal comandante en jefe de ese mismo ejército; que en su servicio y para su único engrandecimiento y aun hasta para la adquisición de ricas y múltiples colonias ó posesiones que hoy disfrutan en el Meditarráneo, en América, Africa y Asia, se hallaba derramando abundantemente su sangre en muchas y bien reñidas batallas; y finalmente, que le había franqueado el comercio de todo el Brasil y reducido á insignificantísimos derechos de arancel todos sus géneros, mercancías y

de Latour-Maubourg, y esos repartidos en destacamentos para procurarse víveres y forrajes. Esa conducta tan perjudicial para el resultado de operaciones que obedecían á un plan combinado, dirigido á impedir la unión de Soult y Massena para las que Napoleón pudiera tener y tenía, con efecto, ideadas, tan perjudicial, repetimos, y errónea, hacía urgente la presencia en el Guadiana del hombre que gozaba de toda la confianza del ejército y que con la autoridad del mando y del talento impondría á todos el impulso que tan de menos se echaba en Beresford. No sólo se consentía la estancia del 5.° cuerpo francés en Extremadura, sino que se daba al gobernador de Badajoz tiempo sobrado para introducir en la plaza cuantos medios pudiera necesitar al defenderla.

Esta es la primera atención á que acudió Lord

---

artículos de producción, manufactura, industria ó de invención inglesa, cubiertos con la bandera británica».

Y sigue después el patriota lusitano lanzando toda clase de improperios á su propio gobierno por sus torpes condescendencias, á Lord Wellington y Beresford por su ingratitud para con un país que tantos testimonios les había dado de su adhesión felicitándoles por sus victorias y concediéndoles todo género de recompensas.

Y ¿qué hemos de decirle nosotros los españoles por las injurias que nos prodiga particularmente el, por tantos otros conceptos, distinguido historiador? Que Olivenza era una plaza española y su reconquista por ejércitos aliados no podía hacerse sino en provecho de la nación que legítimamente la había poseído en buena lucha y por tratados que mal podía romper uno solo de esos aliados.

Los ingleses no se dignarán contestarle. De hacerlo, sería copiando algunos de los despachos de Wellington y Beresford sobre las condiciones del ejército portugués, haciendo creer que no por vanidad tan sólo habían introducido en ese ejército elementos propios, sin los cuales lo creían incapaz de dar fruto alguno en tan ruda contienda.

Otro tanto han hecho con los españoles en aquello que más podía herirles.

Wellington desde el día de su llegada á Elvas, que ya hemos dicho fué el 21 de abril. Vadeó el Guadiana junto á la desembocadura del Caya y se dirigió hacia Badajoz con la caballería de Madden y los alemanes de Alten. Era esto en el momento en que iba á entrar en la plaza un convoy; y aunque se trató de cortarlo atacando á la escolta que lo conducía, una salida de la guarnición logró evitarlo, causando á los aliados más de 100 bajas y proporcionándose un auxilio bien necesario para su defensa. No tardó Wellington en comprender que la empresa de apoderarse de Badajoz podría dar á Soult tiempo para intentar el socorro con fuerzas bastante numerosas con que estorbarla; que no eran las anglo-portuguesas de Beresford suficientes á rendir fortaleza de tales condiciones, y que le sería necesario entablar un acuerdo con las tropas españolas que operaban en aquel territorio. Y efectivamente, puesto en comunicación con Castaños, redactó un *memorandum* tan circunstanciado y tan prudente como todos los suyos, de alguno de los cuales y de sus resultados hemos dado cuenta al describir operaciones anteriores cuya dirección tuvo. En ese plan se establecía: 1.°, Que Blake, desde Ayamonte, fuera á situarse en Jerez de los Caballeros. 2.° Que Ballesteros ocupara Burguillo á su izquierda. 3.° Que la caballería del 5.° ejército, situada en Llerena, observase el camino de Guadalcanal y comunicara por Zafra con Ballesteros, vigilando á la vez los pasos de Sierra-Morena. 4.° Que Castaños proporcionara tres batallones para el sitio de Badajoz, teniendo los demás en Mérida para sostener á la caballería española. 5.° Que el ejército británico se mantuviera en segunda línea y para el even-

to de una batalla, la Albuhera, punto central respecto á los caminos que de Andalucía conducen á Badajoz, fuera el de concentración para todas las tropas aliadas.

Ese proyecto fué aprobado por los generales españoles y comenzó á ponerse en ejecución con toda la exactitud posible en tal género de acuerdos, aun alejándose de aquel teatro de la guerra su autor, llamado á Castilla, según hemos expuesto, á rechazar á Massena en su, para Wellington, inesperada resolución de tomar de nuevo la ofensiva. El general Beresford, aunque contrariado por las avenidas del Guadiana que le destruían los puentes al poco tiempo de echados, pudo, sin embargo, establecer, ya lo hemos dicho, sus fuerzas en la formación indicada para cubrir el sitio, que iba á comenzar, de Badajoz y opponerse á los enemigos, principalmente por la parte de Andalucía que era por donde se debía temer se presentaran antes.

Comienza el sitio de Badajoz.

Ya mejoró el tiempo y bajaron las aguas del Guadiana; pudieron reunirse los medios y prepararse para el bloqueo y ataque de Badajoz; y el 5 de mayo *envestía* la plaza el general Stewart con tres brigadas de infantería, una de artillería de 6 piezas y dos escuadrones, bajo la dirección técnica del tantas veces nombrado teniente coronel Fletcher, el ingeniero inglés más célebre de aquella guerra. Fueron después acercándose las divisiones de infantería por Albuhera y Talavera la Real, así como los 2.000 españoles ofrecidos por Castaños á las órdenes del general D. Carlos de España, y el día 8 aparecían también por la derecha del Guadiana y frente á Santa Engracia la brigada Kemmis, el regimiento portugués núm. 17, dos escuadrones y cuatro piezas procedentes de Elvas.

Exigía Wellington que no durara el sitio más de 16 días de trinchera abierta, porque era el tiempo que necesitaría Soult para juntar los recursos precisos y acudir al socorro de la plaza. Cualquier ataque en el frente meridional donde se había verificado por los franceses meses antes, exigía mucho más tiempo; debiendo ir precedido de la conquista del fuerte de Pardaleras. El Lord convenía en ello, aun siendo partidario del ataque por aquel frente; así es que el comandante de ingenieros hubo de presentar un proyecto con que se suponía obviar á tal inconveniente. Ese plan consistía en abrir brecha y asaltar el fuerte de San Cristóbal para en él establecer baterías contra el castillo que se eleva en el recinto de la plaza sobre la confluencia del Rivillas y el Guadiana (1). Debíase la noche misma del asalto de aquel fuerte abrir en la izquierda del Guadiana una paralela al pie del castillo construyendo en su extremo derecho una batería de brecha á la distancia de 400 metros. Con cuatro obuses, que eran cuantos se habían podido reunir, se esperaba apagar los fuegos de aquella fortaleza. Se disfrazaría aquel proyecto con ataques falsos dirigidos contra Pardaleras y la Picuriña, reuniendo para la apertura de la paralela todos los trabajadores de las obras restantes en el momento del asalto de San Cristóbal.

Ese proyecto y las instrucciones que lo completaban fueron á tierra con las varias dificultades que opusieron á su ejecución y éxito las condiciones del terreno en que habría de desarrollarse, la poca práctica de los

---

(1) Véase el plano correspondiente en el Atlas del Depósito de la Guerra.

sitiadores en aquel género de operaciones militares y la diligencia puesta por el enemigo para acudir con tiempo al socorro de Badajoz.

Ataque á San Cristóbal.

El primer objetivo de la empresa encomendada al ejército sitiador era, pues, el fuerte de San Cristóbal; y el 8 de mayo, al acudir las tropas aliadas que debían proceder al ataque, el retardo de una brigada inglesa al lugar señalado para su reunión dió tiempo á los franceses para hacer una salida que, si fué rechazada, no dejó de causar desorden y bajas en los sitiadores. En otra salida, la del 10, cuando ya avanzaban las obras de los aliados, lograron los franceses de San Cristóbal apoderarse de una de las baterías en construcción, siendo también rechazada pero causando hasta 400 bajas á los enemigos que imprudentemente siguieron el alcance de los sitiados hasta los muros de aquel fuerte y de la cabeza del puente que lo comunica con la plaza (1). Roto á las cuatro de la mañana del 11 el fuego para abrir brecha en uno de los flancos del frente oriental del fuerte, cuatro de las cinco piezas de la batería caían desmontadas por el mucho más

---

(1) Beresford en su parte á Wellington hace subir el número de los franceses que salieron del fuerte al de 1.200. John T. Jones, en su diario de aquel sitio, dice que fueron 700 con dos piezas de campaña. Lo mismo viene á decir Schépeler.

Llegó al de 400, entre muertos y heridos, el número de las bajas sufridas por los anglo-portugueses en aquel imprudente ataque. Tan imprudente, que, conmemorándolo Wellington, dispuso que todo jefe ú oficial que se hiciese culpable de conducta semejante fuera acusado de ella ante un consejo de guerra. En aquella ocasión fué herido el teniente de ingenieros Reid y muerto el de su misma clase Melville. Así lo dice John-Jones; pero Beresford en su parte lamenta la pérdida del coronel Turner que, dice, en el poco tiempo que había estado en servicio de los portugueses y especialmente en los dos últimos días, había dado las más brillantes pruebas de su valor.

certero y nutrido de los defensores, apoyado en el que también abrió el Castillo desde una obra levantada aquella misma noche (1). Construyéronse nuevas baterías, la una inmediata y á la izquierda de la primera, y la otra frente á la cabeza del puente, armada también de tres cañones de á 12 y un obús que se llevaron de Elvas, pero esos trabajos y los de la paralela y de Pardaleras y la Picuriña hubieron de suspenderse al tener la noche del 12 al 13 noticia de hallarse ya Soult en Llerena marchando en socorro de la plaza. Si en un principio se puso en duda el aviso, aun dado por los generales Blake y Ballesteros que andaban á las manos con la vanguardia del Mariscal, no tardó Beresford en darle fe y en dictar, aun contra la opinión de sus ingenieros, las órdenes más apremiantes para retirar el material reunido en las baterías y trincheras construídas ó en construcción, para levantar, por fin, el sitio y el bloqueo dirigiendo á la Albuhera todas las tropas. Sólo se exceptuaron algunas portuguesas que quedaron en la derecha del Guadiana á las órdenes del general Leite para conservar la comunicación del ejército con la provincia inmediata de Alemtejo, cuyo mando ejercía entonces.

Se suspende el sitio.

---

(1) John-Jones atribuye el fracaso á la inexperiencia de los artilleros de la batería, que eran portugueses. He aquí sus palabras. «Las baterías estaban servidas por artilleros portugueses, reclutas y sin experiencia, produciendo por eso muy poco efecto. Los sitiados, por el contrario, hacían un fuego muy vivo, bien sostenido y bien dirigido desde el fuerte de San Cristóbal y de una batería que habían levantado en el interior del castillo, y durante el día pusieron fuera de servicio los tres cañones y uno de los obuses.»

Y decimos nosotros: ¿A quién se le ocurre valerse de artilleros tales en una acción á que Lord Wellington daba tanta importancia y, sobre todo, consideraba tan urgente? ¡Pobres portugueses! Cuanto más bravos, más calumniados.

El mando en jefe.

Al deberse reunir la masa total de fuerzas aliadas á las españolas que ya de antes operaban en Extremadura mandadas por el general Castaños, y á las del cuerpo expedicionario que, procedente de Cádiz, había desembarcado en Ayamonte, regido por el general Blake, y comprendiendo la conveniencia, mejor aún, la necesidad de no romper la concordia, por fortuna existente, entre tropas de tan distintas nacionalidades, Lord Wellington había consignado en su *memorandum* la cláusula de que ejerciese el mando, cuando maniobrasen reunidas, el general más antiguo de los que las gobernaran. Al transmitirse aquel escrito al general Castaños, en todo lo aprobó menos en esa condición, tan esencial, en su concepto, para obtener la victoria en aquella y en toda otra jornada de igual carácter. Escribió, pues, al Lord exponiéndole su opinión de que, aun tocándole así el mando superior de las armas, debería conferírsele al general que llevara mayor número de tropas al campo de batalla. Como es de suponer, se aceptó una idea que no sólo debía ser grata por la cortesía que entrañaba, sino que también y principalmente porque Wellington y todos sus generales creían que únicamente de su gobierno dependía el éxito de las armas en los ejércitos aliados (1).

Abnegación de Castaños y Blake.

(1) El despacho en que Wellington comunicó á Castaños su aquiescencia es del 18 de mayo y dice así: «La alteración que V. E. ha introducido en las proposiciones hechas por mí puede contar con mi asentimiento. Vacilé al hacer una proposición sobre punto tan delicado como el del mando de las tropas aliadas al operar combinadamente, aun siendo tan razonable para obtener que fuera secundada por todos los á quienes se hiciese; pero conforma con los nobles y buenos sentimientos, con la modestia y conocimiento del estado de las cosas, que caracterizan á V. E., el corregir (to amend) esa propuesta con otra fundada en el pensamiento de ofrecer una satisfacción á

Así, al celebrarse el 13 en Valverde la reunión de los generales aliados, Beresford pudo con la conformidad de todos dictar las disposiciones convenientes para recibir el ataque del ejército francés de Soult que no tardaría en presentarse por los caminos de Andalucía. Fijóse la Albuhera como punto de concentración de todas las tropas y como teatro también de la próxima batalla, según lo había señalado Wellington, así por confluir en él esos caminos, como porque allí se cortaba la comunicación de Badajoz con los franceses, quienes iban precisamente á restablecerla para el mejor socorro de los sitiados en aquella plaza.

Se ha criticado, por algunos, de errónea y perezosa la conducta de Beresford, así respecto á la situación del ejército británico como á la elección de campo de batalla, señaladas por el Lord en la quinta cláusula de sus instrucciones. Acúsale alguno de lentitud en las operaciones del sitio de Badajoz, tan urgentes si habría de conquistarse aquella plaza antes de que Soult pudiera socorrerla; de lentitud también al establecer las tropas allí donde cerrara á los franceses los caminos por los que acudiesen al auxilio de los sitiados, sus compatriotas; y de temeridad, por fin, al aceptar una acción general cuando, por todas esas lentitu-

---

aquellos de los aliados que más tienen que perder en el compromiso á que se trata de acudir. Es, sin embargo, imposible que deje de aprobarse por todos lo que habéis propuesto, y os aseguro que la generosa condescendencia de vuestra conducta es por mi parte altamente apreciada».

¡Cuidado si tiene substancia el tal despacho!

Por lo demás, en otro de 22 de mayo, después, por consiguiente, de la batalla de la Albuhera, escribía Wellington á su hermano: «En mi concepto, nada puede ser más honroso para el general Castaños que esa renuncia que espero le agradecerá la Regencia como se la agradezco yo».

des, podría el enemigo sorprenderle antes de haber reunido los medios necesarios para rechazarlo victoriosamente. Es verdad que quien dirige esos cargos á Beresford debe alimentar en su corazón odio no poco concentrado contra el insigne general británico, acaso por conocer sus opiniones poco antes nada favorables para las tropas lusitanas puestas á sus órdenes al comenzar la guerra, según ya hemos, aunque con reservas, expuesto en otra parte de esta obra (1).

Esos juicios, excesivamente severos, no son merecidos en todo, Beresford se sometió á las instrucciones de su jefe, cuya autoridad en tantos conceptos no era fácil que desairase nadie. Y como el objeto que éste se llevaba, y con razón, era el de que no fuese socorrida la plaza de Badajoz, lo más acertado parece que debía ser el cortar las comunicaciones del enemigo con ella.

---

(1) Y por cierto que, para no dejar hueso sano á nadie, el iracundo escritor lusitano la emprende también en ese lugar con sus aliados los españoles, manifiesta que otro de los errores de Beresford fué el de no confiar la defensa del ala derecha en el campo de batalla, que cubría el camino de Valverde, á otras tropas más aguerridas y maniobreras (prestantes) que las de Blake, víctimas, como eran, de su gran cansancio y mucha hambre, habiendo por esa causa desertado muchos de sus soldados al enemigo días antes de la batalla. Además, añade el Sr. Da Luz Soriano, de esos defectos, tenían una organización defectuosa y su disciplina era pésima, y para mayor desgracia el general Blake estaba en desacuerdo con el mariscal Beresford á pesar de cuanto éste dice en contrario en su parte oficial».

¡Qué lástima el que no pueda ese señor demostrar con pruebas fehacientes lo que tan gallardamente expone, para que nos diéramos por convencidos!

En cuanto al desacuerdo de Blake, algo debe haber de lo que asegura el escritor portugués porque Lord Wellington escribía el 22 á su hermano, el de Cádiz: «Me dice Beresford que se ganaría mucho con que Blake volviera á la Regencia, pues que no es muy acomodaticio, aunque se sujeta estrictamente á la letra de cuanto yo dejé dispuesto».

Lo demás hubiera sido pecar de una prudencia que dejaría sin justificación el número de las tropas aliadas, muy superior al de las francesas, siquier entre aquellas se hallasen las españolas que, diga lo que quiera el crítico portugués, no lo hicieron tan mal, según se verá luego, en tan laboriosa jornada. En cuanto al cargo de pereza, puede ser que haya algún motivo de censura para Berésford y aun para algunos de sus subordinados. Pero ¿no sería la causa primera de los retardos sufridos en el establecimiento de las tropas en la Albuhera, el empeño manifestado por los ingenieros ingleses para que no se levantase el sitio de Badajoz, prometiendo, según Nápier, poner á Beresford en posesión de la plaza en tres días, si perseveraba en su ataque? No contaban, seguramente, con la diligencia francesa, puesta en aquella ocasión á prueba por el apuro en que debía hallarse Badajoz, y el aguijón de nublarse la gloria de conquista tan reciente con verla perderse á los pocos días de adquirida.

Avanzan los franceses.

El Duque de Dalmacia había, con efecto, emprendido arrebatadamente su marcha desde Sevilla después de haber reforzado las fortificaciones de aquella capital, de asegurar las posiciones de Víctor en el bloqueo de Cádiz y de haber llamado á sí una parte del 4.° cuerpo y las fuerzas existentes en Córdoba, que recibieron la orden de reunírsele en su marcha al otro lado de Sierra Morena. Su ejército, así, podía constar en Fuente de Cantos, donde el 12 se le juntó Latour-Maubourg, de unos 20.000 infantes, 3.200 caballos y 40 piezas de artillería, tropa, toda veterana y hecha á aquella guerra bajo la dirección de tan hábil y experto

capitán (1). El día 14 ocupaba Villafranca y Almendralejo; el 15, Santa Marta, y el 16 aparecía á la vista de la Albuhera, creyendo impedir la unión de Blake con el ejército aliado cuando ya la había felizmente realizado. Mal podía lograrlo por el camino que llevó.

La marcha de Soult, si rápida, como que en dos jornadas salvó la considerable distancia de Sevilla á Monasterio, fué luego alargándose un tanto para recoger las tropas de Maranzin, que observaban á Ballesteros, y las de Godinot que le acudía desde Córdoba por la vía do Constantina. Eso y la reunión también de Latour-Maubourg, que operaba hacia Llerena, inclinaron la dirección de Soult á la derecha llevándole á Villafranca y Almendralejo. ¿Qué pensamiento le guiaba por el camino de Mérida y no el de Badajoz? ¿Sería el de seguir la pista de Penne-Villemur? ¿Sería el de ponerse en comunicación con el general Marmont, en jefe ya del ejército de Portugal, como hizo después? ¿Sería para por la Solana y Talavera la Real acercarse al Guadiana y, siguiendo el curso de aquel río, penetrar en Badajoz cogiendo de revés todas las posiciones de los sitiadores y aventándolos de las cercanías de la plaza? En lo que no cabe duda es en que

(1) Sobre el número de aquellas tropas, cuyo conocimiento es esencial para la historia de combate tan reñido, hay tantas opiniones como autores. Thiers lo reduce á *17.000 hombres de tropas excelentes, perfectamente dispuestas, y en las que había 2.500 de la mejor caballería.* «Victorias y Conquistas etc.», cuenta que Soult llevaba 15.000 infantes, 3.000 caballos y 40 piezas; Schépeler que 19.000 infantes y 3.200 caballos; Beresford, que 21.000 hombres en su total de fuerza; Nápier y Da Luz Soriano, que 23.000 hombres, de los cuales, 4.000 de caballería; Toreno, que 20.000 infantes y 5.000 caballos; Burriel, en su relación de aquella batalla, de 25.000 á 30.000 hombres, de los que 4 ó 5.000 caballos y 32 piezas. Y así otros muchos.

á ese error, que le hizo perder un día por lo menos, debió acaso su desgracia el célebre mariscal en aquella campaña; porque, de haberse dirigido recta y ejecutivamente de Zafra á Santa Marta y la Albuhera, se hubiera puesto á la vista de los aliados antes de que se hallaran juntos y regularmente establecidos.

Así podría observar en la mañana del 16 que sus enemigos habían andado más diligentes de lo que él calculaba. Las tropas de Blake y Bellesteros, desde Monasterio y Santa Olalla, por Barcarrota y Almendral y escaramuceando ya con la vanguardia enemiga, se unían la noche del 15 á las de Castaños y Beresford en los altos de la Albuhera.

El ejército aliado.

Todas aquellas fuerzas reunidas contaban sobre 30.000 infantes, 3.600 caballos y 32 piezas de artillería de campaña. De los españoles eran 14.630 de todas armas y el número restante correspondía al ejército anglo-portugués, cifra, sin embargo, de la que debe rebajarse para el campo de batalla la de 1.700 de una brigada inglesa que se presentó en él al día siguiente (1). Las tropas españolas pertenecían al cuerpo de Vanguardia, á las 3.ª y 4.ª divisiones y parte de la caballería del 4.º ejército con ocho piezas, que mandaba en jefe el teniente general D. Joaquín Blake, y á la 1.ª división con la caballería de Penne-Villemur y seis piezas que se hallaban á las órdenes del capitán gene-

(1) En el Apéndice núm. 3, pueden verse los estados de fuerza que publicó en la *Asamblea del Ejército y de la Armada* el capitán de E. M. D. Juan N. Burriel, que, con el de su mismo grado D. Felipe Solís, levantó el plano de la batalla en 1851. Burriel era hijo del brigadier jefe de E. M. de las tropas que pertenecían al mando del general Blake en aquella jornada, y de quien hay también un folleto ilustrado con la descripción de ella.

ral, también general en jefe del 5.° ejército, D. Francisco X. Castaños.

El campo de batalla. El terreno que iba á ser campo de batalla, elegido por Wellington según ha podido verse en su *memorandum,* era muy á propósito para una acción general; si ventajoso para los aliados á pesar de haber descuidado el prepararlo con obras que lo fortificaran, no, por eso, inaccesible á las tropas enemigas de todas armas que maniobraran para hacerse dueñas de él. Su descripción es muy fácil por la clase de accidentes topográficos que lo forman; pero se hace ociosa hallándose consignada en el escrito de los dos oficiales de E. M., ya citados, que levantaron el plano, bastando para nuestro objeto el copiarla aquí, tan exacta la consideramos como autorizada.

Dice así: «El pueblo de la Albuera se halla situado en el camino de Sevilla á Badajoz, distante cuatro leguas de esta plaza, tres de Olivenza, dos de Valverde de Leganés, nueve de Mérida, cinco de Solana y tres de Santa Marta, dos de Almendral, dos de la Torre del mismo y dos de Nogales, como punto en que confluían naturalmente varias comunicaciones de Extremadura con Portugal y Andalucía, y por la posición de los ejércitos beligerantes se presentaba como punto estratégico muy á propósito para la batalla. El pueblo está edificado sobre una pequeña loma, que se prolonga en dirección S. y que tiene su mayor elevación hacia esta parte: por el E. de él corre la ribera de la Albuera, sobre la cual hay un puente nuevo á corta distancia de las últimas casas, por el que pasa la carretera, y más abajo otro viejo en mal estado, dominado por un grande escarpado en la orilla izquierda y

junto al pueblo; esta ribera se forma por la unión de la de Nogales con el arroyo Chicapierna, que se efectúa junto al puente nuevo; estos dos no presentan obstáculo para su paso, y menos en el verano; sus orillas, aunque algo escarpadas, no pueden ofrecer inconveniente á la infantería y la caballería, pero la artillería tendrá que buscar su travesía por determinados puntos ó facilitársela. El terreno es despejado por ambas márgenes, con suave declive hasta el arroyo, y accesible, por consiguiente, hasta á la artillería. En la orilla derecha hay un carrascal, llamado Bosque de la Torre; por el medio pasa el camino real y empieza á media hora del pueblo. A la orilla izquierda del Nogales y Chicapierna no hay el menor obstáculo; el terreno se va elevando con suavidad hasta la distancia de menos de un cuarto de hora, que se llega á la cumbre de la loma, que se extiende por el S. de la Albuera, como hemos dicho, cayendo las aguas del otro lado al arroyo de Valdesevilla, que corre por su falda; éste no lleva apenas agua en su curso, ni tiene sus orillas escarpadas, de manera que es posible cruzarlo por todos sus puntos.» (1)

La posición, con permiso sea dicho de algunos críticos, era excelente; porque, además de cerrar el camino de Badajoz y mantener el de Valverde, esto es, el de retirada para el caso de un revés, posición por consiguiente, estratégica, lo era en el concepto táctico al ocupar la loma que forma la margen izquierda del Albuhera, serie de eminencias que, de haberse preparado con algunas obras de campaña, se hubiera hecho

(1) Véase el plano en el Atlas del Depósito de la Guerra.

inexpugnable. La falta de tiempo, regularmente; la premura con que se fueron estableciendo las tropas en la línea de batalla; la confianza, acaso, de que ésta no sería atacada por aquel flanco, hizo descuidar una precaución que habría ahorrado mucha sangre. Esa precaución era tanto más prudente cuanto que asi como el terreno de la derecha del Albuhera está cubierto del arbolado que constituye el Bosque de la Torre y Dehesa de la Natera, el de la izquierda lo está, como dice con verdad Toreno, *de campos que tuesta el sol convertidos en áridos sequerales, especialmente yendo hacia Valverde.*

Formación de las tropas. Las tropas aliadas formaban en dos líneas con sus reservas en algunas partes y la caballería separada, en un principio, por naciones. En el ala derecha y en primera línea estaban Ballesteros con su división, 3.ª del 4.º ejército, y Lardizabal con la Vanguardia; y á 200 pasos detrás, en la segunda línea, la división Zayas, á la que por derecha é izquierda se unieron las tropas de Castaños que llegaron á última hora á las órdenes del brigadier España. Nuestra caballería se estableció en la extrema derecha, también en dos líneas, la de Castaños, primero, con Penne Villemur á su cabeza y el teniente coronel D. Antolín Regilón detrás, y la de Blake, después, en último término de la línea, con el brigadier Loy y el coronel D. José Manon respectivamente. Tocando, puede decirse, y á izquierda de los españoles, formando así el centro de la línea general de batalla, se extendía la división inglesa Stewart y seguidamente, en la misma dirección, la portuguesa de Hamilton, de la que una brigada con la también lusitana de Hervey y la división Cole, al llegar ésta al

campo, formaron la segunda línea del centro y de la izquierda del ejército aliado (1). Se aseguró la ocupación del pueblo con la brigada ligera de Alten, de la legión real alemana, encargada también, como la portuguesa de caballería de Olway que formó un poco á retaguardia, de vigilar y mantener los puentes de Albuhera, á cuya defensa se destinaron además algunas piezas de artillería. La caballería inglesa, por fin, unida á otra parte de la portuguesa, á las órdenes toda del mayor general Guillermo Lumley, situada en un principio sobre la izquierda de la línea, hubo luego de pasar á la derecha, dividida á veces y otras junta á la española según las peripecias, tan diversas y comprometedoras, del combate.

Se presentan los franceses.

La mañana del 16 se presentó nebulosa y amenazando lluvia. Las avanzadas de caballería de ambos ejércitos, francés y aliado, aparecieron al despuntar el día escaramuceando en la derecha del Albuhera, empujadas las nuestras á la izquierda por los dragones del general Briche, seguidos de la infantería de Godinot que iba apoyándolos. Serían las ocho cuando eso

(1) Da Luz Soriano, apoyándose en la interpretación, no muy exacta, del relato de Nápier y en el aserto del general portugués Sousa Sequeira, alférez entonces de infantería en el regimiento núm. 11, cree poder asegurar que la división Cole no llegó al campo de batalla hasta muy tarde, y *da*, con su compatriota, «á aquella división en marcha de Badajoz al centro de la línea de batalla en Albuhera, *no propio momento em que a victoria parecía pender para o lado dos franzeses.*»

Existe, sin embargo, el testimonio *ocular* de Beresford, Schépeler, Burriel y otros que dan á Cole y á España entrando en la línea al formarla ó poco después de formada por los demás cuerpos del ejército aliado. «Parécenos, dice Da Luz (siempre en obsequio de Beresford), que esto no es exacto, y que tal aserto se ha hecho por él con el fin de cohonestar su temeridad aceptando la batalla antes de tener reunidas sus tropas.»

tenía lugar casi enfrente de la Albuhera, á cuyos puentes creyeron nuestros generales, reunidos cerca de la población, que dirigían los franceses sus primeros pasos. Esperaban, así, un ataque central ó sobre la izquierda de la línea, calculando, sin duda, que intentaría Soult abrirse paso directamente por la carretera que conduce á Badajoz, objetivo de su jornada. Hubo, sin embargo, en el cuartel general de los aliados quien observó en la izquierda francesa señales de concentración de fuerzas numerosas que no deberían ejecutarla sino para emprender el asalto de nuestra derecha, ocupada por los españoles. Había visto en el fondo del Bosque de la Torre brillar las armas de las columnas francesas que allí, efectivamente, se estaban reuniendo; y aunque tardaron los generales aliados en dar completa fe al sagaz observador, su subordinado, acabaron por concedérsela después de pruebas elocuentísimas que la hicieron innegable (1). Dudaban, es verdad, porque les parecía muy temerario en Soult exponerse á que en caso de un revés en su ataque á nuestra derecha perdiera el camino de Andalucía de que podrían echarle sus enemigos. Era, con todo, la

(1) Lo expone así Schépeler: «El autor (él) estaba con el general Zayas y se encontraba á la hora del desayuno en el sitio donde la mayor parte de los anteojos se dirigían precisamente al frente y á la izquierda. Conociendo la osadía de Soult desde 1799 en Suiza, supuso que dirigiría su ataque sobre el ala derecha, y observó las alturas cubiertas de bosque donde pudo ver también el brillo de las bayonetas de las columnas. Su involuntaria exclamación: *¡De allí es de donde vienen, por allí atacan*, hizo volver todas las cabezas á aquel lado, y Blake le mandó galopar hacia la colina de la derecha. Al mismo tiempo se dispuso la formación en martillo. Ya en la colina, el autor vió la cabeza de las columnas descender por el otro lado del Albuera; volvió á galope é hizo señales. Zayas se había ya pues-

intención de Soult la de atacar aquella ala que, rota, le haría dueño del camino de Valverde, cortando así la línea de retirada de los aliados y echándolos sobre Badajoz y el Guadiana con riesgo de una completa derrota.

Para conseguir su objeto más fácil y felizmente, estableció frente á la Albuhera, con el apoyo de varios escuadrones á las órdenes del general Briche y el de un regimiento de infantería ligera, una gran batería de piezas de grueso calibre que, cañoneando el pueblo, hiciera al enemigo temer un ataque formal por aquella parte, demostración que, acompañada por la que debería hacer el general Godinot con su brigada sobre el centro de los aliados, mantuvo, según se ha visto, por algún tiempo desorientados á nuestros generales. Las divisiones Girard y Gazán operaban, mientras tanto, en el terreno hasta entonces inobservado de su izquierda para, cruzando luego la ribera de Nogales y apoderándose en seguida de las eminencias que la separan de la de Chicapierna, cubrir el avance y apoyar después la carga de la caballería de Latour-Maubourg sobre la extrema derecha del ejército aliado. Por si no

---

to en movimiento hacia adelante. El autor halló al mariscal Beresford, le condujo á la colina y le dijo señalándole las columnas allá en el fondo: «*Los franceses vienen aquí sostenidos por la caballería; y para un ataque de su batería y de la colina, cuyo éxito puede dividir al ejército francés, convendría tuviéramos también algunos escuadrones en el centro.* El mariscal dijo que ya había allí caballería.» Luego veremos qué había de verdad en ésto.

Es muy interesante la narración de Schépeler, porque, indignado sin duda de lo falso de las de ingleses y franceses, escribió la suya y particularmente la nota de que está sacada la nuestra, «para conservar, dice, á los Españoles en parte en la victoria.»

bastara alarde tal de fuerzas, iba á sostener aquel movimiento una reserva de infantería á las órdenes del general Werlé que acabaría con cuantas resistencias pudieran oponerse á un ataque tan enérgico como bien calculado.

La batalla. La batalla iba, pues, á ser de las técnicamente llamadas de en orden oblícuo, si peligrosa como todas las de su género ante tropas igualmente maniobreras que las iniciadoras del combate, decisiva, de obtener el éxito á que se aspiraba al emprenderla. Se comprende, al comenzar á estudiarla, cuán eminente capitán iba á dirigirla, la dilatada experiencia que atesoraba y el conocimiento que poseía de los principios fundamentales del arte de combatir en campo abierto.

Ataque á la derecha española. Las columnas francesas descendieron al Nogales (los extranjeros le llaman también Albuhera en toda la parte de su curso comprendida en el terreno teatro de la batalla); lo cruzaron rápidamente y emprendieron la subida á la eminencia, primera de las que hemos dicho separan aquella ribera de la de Chicapierna. Su caballería iba cubriéndolas por su flanco izquierdo y extendíase según pasaba el río para abarcar, bien se comprendía, todo el terreno de los españoles hasta el camino de Valverde, su tan ambicionada meta. Todo eso, por supuesto, mientras la batería de su ala derecha hacía llover proyectiles sobre la Albuhera y la infantería que la acompañaba fingía atacar los puentes, el nuevo particularmente. A ésta, que pudiéramos llamar amenaza de los franceses, se proveyó desde el primer momento por parte de los aliados, así con la artillería que dijimos se había establecido junto al pueblo, como con otras dos piezas inglesas y dos bata-

llones de los de Lardizábal que se adelantaron hasta la margen misma del río. Para contrarrestar el ataque verdadero desde el momento en que fué claramente descubierto por nuestros generales y apreciado en toda su transcendental importancia, cuatro batallones de la segunda línea española pasaron á cubrir en martillo el flanco derecho de la primera; dos, de guardias españolas, formando en batalla, y los otros dos, Irlanda y Navarra, en columna cerrada detrás de aquellos. En ese orden y con las seis piezas del 5.° ejército marcharon de frente luego, al pronunciarse más y más el movimiento de los franceses, hasta ocupar una posición avanzada que el general Zayas, que los regía, consideró propia y favorable para la maniobra con tal prontitud y energía ejecutada. Los franceses avanzaban, y se hacía necesario, y urgente además, completar el cambio de frente en la derecha española. Lardizábal, con toda la fuerza que le restaba, lo verificó inmediatamente, no sin recoger los dos batallones que había destacado al río, los cuales pasaron á reforzar los de Zayas; y Ballesteros, seguidamente, se puso en movimiento enviando otros dos batallones á Zayas, á quien se consideraba en el puesto más comprometido, y manteniendo otros dos en la anterior línea en observación de lo que pudiera ocurrir hacia el centro de la general del ejército. Y tanto se recelaba de que no dejara el enemigo de intentar algo por aquella parte, por ignorancia, sin duda, del número exacto de sus fuerzas, insuficientes para tanto, que de la brigada España, en reserva desde su llegada y que siguió el movimiento general conversando á su derecha, se envió un batallón de guardias, el 1.°, al puente que el

Cambia ésta de frente.

16.° ligero francés continuaba amenazando. Con eso y con variar la formación que habían adoptado Irlanda y Navarra, entrando en línea de batalla en la de Zayas para extender aún más su frente, quedó totalmente hecho el cambio del de las divisiones españolas, que también fué á apoyar parte de la caballeria inglesa á la extremidad del flanco derecho, en que ya hemos dicho formaba la española de Penne-Villemur y de Loy.

Y continuaban los franceses avanzando. Siempre en el orden ya descripto, precedidos de una nube de tiradores y llevando en el centro una gran masa de artillería, cruzaron la ribera de Chicapierna. Sorprendidos, sin embargo, de lo rápido del cambio verificado por los españoles, cuando de lo alto de la tantas veces nombrada colina ó eminencia que acababan de ocupar, pudieron ya de más cerca observarlo, dieron también nueva dirección á sus columnas para atacar á nuestros compatriotas de frente.

Cargan las divisiones Girard y Gazan.

Las columnas francesas debieron detenerse algún tiempo en la altura, sea porque lo necesitaran para ese cambio de formación, sea para reconocer la nueva línea de los españoles que verían apoyada por la caballería que, al observar á la suya, se extendía, á su vez, para no ser flanqueada ó envuelta, sea, en fin, por falta de dirección y de armonía en los jefes que las mandaban (1). Fuerzas tan numerosas como las que toma-

(1) Thiers achaca la lentitud observada en la marcha de sus compatriotas sobre la derecha española á no haberla hecho Soult ejecutar por sí mismo, y á haber retenido á su lado mucho tiempo al general Gazan, que desempeñaba, á la vez que el mando de su división, el cargo de jefe de Estado Mayor. «Hubo, pues, dice, poco conjunto y poca precisión en los movi-

ron parte en aquella carga necesitaban, además, campo más vasto en que desplegar sus esfuerzos con la unidad conveniente para que diera resultado; y careciendo allí de espacio, sucedió que sólo la división Girard pudo ejercer acción en su ataque, por lo excesivamente próxima que iba marchando la de Gazan, impedida, así, de desplegar y acometer simultáneamente á sus enemigos. El ataque, á pesar de todo eso, fué violentísimo, secundado por aquella gran masa de artillería que hemos dicho formaba en el centro de las divisiones y que, situada en la altura, rompió un fuego terrible sobre nuestras tropas. Estas resistieron bravamente la carga; y aun cuando al primer empuje de los franceses cedió terreno alguno de los cuerpos, acabaron por rechazar al enemigo, lanzando Ballesteros algunos de sus batallones sobre el flanco derecho de los franceses que hubieron de contenerse y hasta suspender su fuego. Y era que Girard, en vez de desplegar sus columnas de ataque al suponer en retirada á los españoles, las hizo continuar su avance en la misma formación en masa con que habían atacado, «dando así, dicen los autores de *Victorias y Conquistas*, al enemigo, que las esperaba á pie firme, una ventaja incalculable de que supo aprovecharse». «En efecto, añaden, los batallones ingleses (luego veremos que aún no habían acudido á la línea española atacada), habiendo terminado su movimiento, comienzan

Su fracaso.

mientos». Luego añade que desgraciadamente, en ausencia de los jefes, «cierta falta de enlace en los movimientos produjo una hora de inmovilidad á la otra margen del río (izquierda), y dió tiempo á los ingleses para llevar el grueso de sus fuerzas hacia el lugar del peligro».

un fuego de dos filas, continuo y bien dirigido: no se pierde un tiro en la columna francesa, cerrada en masa y cuya cabeza responde con un fuego insuficiente y poco sostenido. Los soldados de las últimas filas, viendo caer á sus camaradas sin poder vengarlos, se desaniman; los generales quieren inspirarles confianza y animarlos con su ejemplo, pero son las primeras víctimas de aquel error: el general Pepin cae mortalmente herido; muy luego los generales Maranzin y Brayer quedan fuera de combate, y el general Gazan es igualmente herido.»

Zayas en el extremo opuesto del en que formaba Ballesteros, mantuvo la eminencia en que se había establecido al iniciar el cambio de frente, y se comprende que con tal ventaja en los flancos se hiciera fracasar el primer asalto tan *descosidamente* emprendido por Girard, jefe en aquel momento de las dos divisiones francesas (1).

Acuden Soult y Gazan. El error cometido por Girard y el escarmiento que le produjo, no eran motivos suficientes para abandonar el campo; y Soult y Gazan corrieron á repararlos.

(1) Vamos á probar que los ingleses no tomaron parte en ese primer ataque. Beresford, y nadie estaba más interesado en ello, dice en su parte que, para sostener la *bizarra resistencia* de los españoles, habían avanzado la división Stewart y, hacia la izquierda, la división Hamilton, formándose en columnas cerradas de batallón para moverse en todas direcciones, y que la brigada portuguesa de caballería, al mando del brigadier general Otway, se quedó á alguna distancia sobre la izquierda de Hamilton para contener cualquiera tentativa del enemigo sobre el pueblo. En seguida añade que la brigada derecha de la división Stewart, á las órdenes del teniente coronel Colborne, *fué la primera que entró en acción* y se condujo con la mayor bizarría. Y como el ataque de Colborne, fué, como vamos á ver inmediatamente, muy por la derecha española, fuera, por tanto, de la parte de línea en que los españoles tenían que resistir el

Tampoco estuvieron muy acertados en sus maniobras. Batidas las primeras columnas, se hacía preciso relevarlas, y lo verificaron los regimientos de Gazan con el paso de línea que les aconsejó sin duda la conveniencia de no aparecer vencidos paralizando, siquier por momentos, el combate. Difícil de ejecutar tal maniobra bajo un fuego tan violento como el que se hacía á las nuevas columnas, se convirtió por el pronto el choque, en el desordenado, rudo siempre, pero no lo eficaz que se necesitaba para romper completamente la línea española, reforzada por la división Stewart, según ya hemos dicho, y la de Cole que también se adelantó de su puesto.

Entra en acción la división Stewart.

En esos momentos y en el vaivén de tan formidable carga; cuando la brigada España, avanzando también y al verificar el cambio de frente que exigía su nueva posición, azotada por el fuego de la gran batería francesa, hubo de ceder algún terreno, que Zayas se apresuró á ocupar con el regimiento de Irlanda, es cuando se adelantó la primera brigada de la división Stewart, al mando de Colborne, formada en columnas de compañía y marchando resueltamente

---

de Girard, claro es que en esa parte no intervinieron los ingleses hasta más tarde, hasta el segundo ataque de los franceses.

Cuál fuera el comportamiento de los españoles lo pone elocuentemente de manifiesto el espectáculo que ofrecía el sitio ocupado por el 4.º batallón de guardias españolas, reconocido después por las dos filas de muertos y heridos graves que lo señalaban. Un batallón inglés indicaba más tarde el que ocupó al lado y, parte, encima del español con iguales y honrosos signos.

Escribía Lord Wellington á su hermano en despacho del 22: «Sé que las tropas españolas se han portado admirablemente; parecían rocas permaneciendo inmóviles cuando las dos partes (ingleses y franceses) les hacían fuego al mismo tiempo, y esa es la causa de nuestras bajas.»

Desastre de la brigada Colborne.

sobre la batería que tantos estragos estaba causando en nuestra derecha (1). El cruzar la línea de batalla cuando en ella hacía tantos estragos la lucha y la próximidad al núcleo de la caballería francesa, expusieron á la brigada británica en su maniobra y al intentar el despliegue de sus batallones á una carga violentísima de los dragones y lanceros polacos que Latour-Maubourg lanzó sobre ella. Instantes, sólo instantes después, quedaban en poder de los jinetes franceses tres banderas, las seis piezas y de 600 á 800 prisioneros, el coronel Colborne entre ellos (2). De los seis batallones ingleses, únicamente logró salvarse el número 31 que, continuando formado en columna en el extremo izquierdo de la brigada, próximo á la línea general española, pudo mantenerse sin ser roto, verdaderamente impenetrable á las lanzas enemigas. Había estallado el temporal que amenazaba desde la mañana; y el agua al caer y la niebla que cubría el campo de batalla al romper la marcha los ingleses de Colborne, les impidieron distinguir á los jinetes franceses, que al pronto creyeron españoles, y mucho menos resistir, cual pudieran, su carga. A tal punto favore-

(1). No dice eso último Beresford; pero sí Schepeler que vió las columnas de Stewart dirigirse por la derecha de Zayas sobre las piezas francesas. Napier dice que el coronel Colborne, que mandaba la brigada inglesa, quería formar antes en batalla, pero que Stewart, cuyo ardiente valor superaba á su juicio (whose boiling courage overlaid his judgment), la hizo avanzar sin vacilación alguna en columnas de compañía.

(2) Los franceses dicen éso; y que fueron seis las banderas; pero Schépeler, que presenciaba la carga desde lo alto de la posición de Zayas, dice que fueron tres las banderas. De las piezas se recobraron después cinco, y de los prisioneros más de la mitad lograron escaparse al retroceder atropelladamente los franceses, vencidos definitivamente y retirándose á la orilla derecha del Albuhera.

ció á los imperiales aquel accidente atmosférico que, atropellando cuanto hallaron, pudieron sus jinetes meterse por entre las líneas de los aliados, sorprendiendo á cuantos se hallaban en ellas, bien distantes de pensar en el peligro que corrían. Un lanzazo por la espalda demostró á Schépeler que quienes penetraban en la división Zayas eran enemigos; otro soldado polaco acometió á Beresford que se hallaba á espaldas de la segunda línea y hubiera sido derribado si un dragón de su escolta no matara al temerario lancero antes de llegar al general británico; el brigadier España fué herido de un bote de lanza; y cuéntase de varios oficiales, alguno alemán también, que tuvieron que luchar personalmente con los lanceros de Soult que tan arrebatadamente se introdujeron, dispersos por fortuna, en las líneas de los aliados (1).

Cargan los franceses por segunda vez.

Aquel trance, tan desgraciado para los ingleses, colmó de alegría á los imperiales que creyeron no tendrían ya que habérselas sino con los españoles que veían á su frente. Nuevo combate, pues, y nuevo error por parte de los franceses. Envalentonados con el reciente éxito, se abre paso la división Gazan por entre

---

(1) Aquella carga de los polacos introdujo tal desorden en las líneas de los aliados que la primera línea, de españoles, tuvo que hacer fuego á retaguardia porque, dice Burriel, «algunos batallones ingleses de la segunda línea, creyendo ciertamente rota la primera, dispararon sobre ella y sobre los polacos, hacia el paraje donde se hallaba el general en jefe del cuerpo expedicionario, (Blake), pero reconocen su error en un instante; algunos soldados de la primera línea hacen fuego á retaguardia sobre los lanceros, que bien pronto quedaron tendidos sobre el campo, y prisionero el oficial que los mandaba.»

Schépeler dice que los ingleses hicieron una descarga cerrada y que los españoles que había delante se mantuvieron firmes.

los vencidos de Girard y acomete, siempre en columnas, la línea española al tiempo precisamente en que el descalabro de Colborne hacía correr en auxilio del 31.° la brigada del general Hoghton, herido de muerte á los pocos momentos, y cuando la del coronel Abercrombie, también de la división Stewart, entraba en línea á reemplazar á la de España sobre la derecha, el ala más atacada siempre y en peligro de ser envuelta. A evitar este riego con el que se comprometía principalmente la retirada por el camino de Valverde, tan codiciado de los enemigos, atendía la caballería española que, á mayor abundamiento, fué reforzada por la anglo-portuguesa, tomando el mando de toda ella el inglés Lumley que, aun cuando con fuerzas muy inferiores, supo hábilmente frustrar los proyectos de su adversario Latour-Maubourg. Las columnas francesas hallaron, por consecuencia de las maniobras de Stewart y las de la división Cole, que avanzó también desde su puesto de reserva á la extrema derecha en que tendría que combatir con la caballería enemiga, ávida, según se ha dicho, de romper á los aliados, hallaron, repetimos, un frente de batalla tan unido y robusto que convertía su ataque de flanco en un gran combate extenso y directo, lo que se llama una batalla en línea, con carácter que parecía independiente del general con quese había emprendido. Tales eran elencarnizamiento con que se peleaba en aquella margen izquierda del Albuhera y la parsimonia ó flojedad con que en la derecha. Porque Briche, aunque no cesaba en el fuego de su artillería sobre el pueblo, y Godinot en amenazar con el paso del río frente al centro de la línea de los aliados, no se decidían á atacar resueltamente, temerosos,

sin duda, de un descalabro que comprometiese la suerte de las divisiones Girard y Gazan haciéndolas perder la comunicación con su base de operaciones. El general Alten con las tropas de la legión real alemana rechazó siempre con fortuna los ataques al pueblo y á los puentes, y la división Hamilton con los batallones españoles destacados á la izquierda de Ballesteros tuvo á raya á Godinot, flojo en sus amenazas según sus compatriotas que no quieren fijarse en la esencia de las instrucciones que se le habían dado. Se escaramuceó vivamente; los franceses invadieron algunas casas en la parte baja de la Albuhera y disputaron la posesión de los puentes; pero no desatendida por Beresford la defensa, la batería española próxima á la inglesa hizo, según confesión de los enemigos, gran estrago en la infantería y en los escuadrones de Briche, y el espectáculo de nuestros batallones y los de Hamilton mantuvo inactivo á Godinot que mal podía aspirar á movimientos decisivos sobre el centro de los aliados (1).

Nuevo fracaso de las divisiones francesas y de su reserva.

El nuevo ataque, el de los franceses de Gazan sobre la derecha aliada, fué lo terrible que era de esperar de la rabia producida en ellos por el revés de los de Girard y el engreimiento por la victoria de su ca-

(1) Se dice en *Victorias y conquistas, etc. etc...*: «El cañón enemigo (un renglón antes dice (*batería española*) hacía gran estrago (de grandes ravages) en las pequeñas masas dispuestas en derredor del pueblo y en los escuadrones del general Briche, obligados durante la mayor parte de la acción á permanecer inmóviles en la derecha del general Godinot para impedir que el enemigo la envolviese. Así, los movimientos de aquella columna no tuvieron influencia alguna sobre lo que pasaba en la derecha, cuando se necesitaba lo contrario. El mariscal, duque de Dalmacia, acabó por observar el poco vigor con que atacaba el general Godinot; pero ya no era tiempo para remediarlo».

ballería sobre la columna inglesa de Colborne. La resistencia, empero, superó al ataque. En vano llegó, para apoyarlo, una importante reserva mandada por el general Werlé, y Soult destacó á su izquierda algunos batallones que contuvieran á los anglo-portugueses de Cole que se extendían por aquel flanco para, amenazándolo, debilitar la acción de los de Gazan que atacaban de frente. Los españoles resistieron el asalto valientemente; y aunque dos piezas de las suyas que substituyeron á otras tantas inglesas mandadas por el teniente Scharnhorst, hijo del célebre artillero y organizador general prusiano, tuvieron muertos en derredor á su oficial y la mayor parte de los sirvientes, y aunque las tropas de Zayas, que las sostenían, se encontraron pronto sin municiones, lo mismo éstas que las de Lardizábal en el centro y las de Ballesteros en la izquierda se mantuvieron inconmovibles (1). Esto dió lugar á la acción desde entonces decisiva de los ingleses. Porque los franceses atacaban siempre en masas creyendo romper con su peso la línea enemiga, y el fuego de las cabezas de sus columnas era muy limitado mientras se cebaba en ellas y las hacía sufrir horriblemente el de los batallones aliados, casi todos haciéndolo en orden abierto. En tal ocasión avanzaron de nuevo las brigadas de Stewart y la división Cole marchó resueltamen-

Avance de los ingleses.

(1) Dice Schépeler que, repetimos, estaba con Zayas: «El 4.º batallón, de guardias, situado á la izquierda y que no había sido relevado, registró las cartucheras de los muertos y desde que no dieron más de sí, se mantuvo tranquilo y firme en medio de un fuego destructor. Entonces subió de la segunda línea una brigada de ingleses (Hoghton) que ocupó la línea de los españoles; los ingleses se vieron precisados á echar de allí casi á la fuerza al 4.º batallón de guardias.»

te sobre la izquierda francesa. Dejemos al Sr. Da Luz Soriano, tan severo crítico de nuestros compatriotas, hartarse de la gloria adquirida por los suyos en la Albuhera. «En aquella ocasión, dice, y cuando la primera y segunda brigadas de la división Stewart andaban á las manos (se achavam à braços) con el enemigo, fué la de admirar á todos el ver cómo la valiente brigada portuguesa, compuesta de los regimientos números 11 y 23 de infantería, con el de cazadores núm. 7, marchando en batalla á las órdenes del brigadier Moumoy Harvey, sin importarle el vivo fuego de la artillería enemiga que la desbarataba las filas, se batía con las compactas masas de la caballería polaca, á la que derrotó dos veces en las dos cargas que ésta le dió á galope con la intención de desordenarla (1).» «No fué menos de admirar el coraje y el denuedo con que aquella brigada, ya diezmada (rareada) por la artillería enemiga, pero siempre uniéndose y marchando, fusilando y cargando, volviendo á fusilar y á cargar á la caballería polaca (de la que el sólo aspecto y el estrépito de la carga haría temblar á soldados menos aguerridos), se apresuraba á llegar al fin á que se dirigía, el de ir, como fué, en ayuda de la otra brigada de la división, la de reales fusileros ingleses, que, en aquel momento, se estaba batiendo con los granaderos franceses, empeñados en no dejarse coger su artillería y que se defendían con tal ahinco que, verdaderos atletas, quedaron allí tendidos como si estuvieran for-

---

(1) Desde aquí copia un párrafo de las *Reflexões historicas* del mariscal de campo portugués, Antonio de Oliva Sousa Sequeira, alférez entonces del 11.° regimiento, presente, ya lo hemos dicho, y actor en aquella acción.

mados! Y quedó la brigada de fusileros reales tan maltratada que la mayor parte yació allí para siempre con su oficialidad, la flor de la riqueza y de la aristocracia inglesa (era una semejanza de las antiguas guardias walonas de España) y su mayor general Hougthon que así también murió bien vengado del insulto que á la brigada de su mando habían inferido unos cuantos jinetes franceses que, á galope y como locos, se introdujeron en la columna á cuarta parte de distancia cuando marchaba al ataque de la posición francesa, á izquierda de la brigada portuguesa del 11.° y el 23.°, que también iba al mismo ataque.» «Efectivamente añade Da Luz Sóriano, la brigada portuguesa del 11.° y el 23.° se inmortalizó en aquella ocasión porque no sólo recibió en batalla (em linha) las cargas de la caballería polaca, haciéndola descargas cerradas á quemarropa, sino que, calando las bayonetas, la puso en completa desbandada y con grandes pérdidas (1).»

Efectivamente, decimos también nosotros, la división Cole, de que formaba parte la brigada portuguesa Harvey, atacó la izquierda francesa con la mayor gallardía flanqueando el ataque de las divisiones Girard y Gazan é impidiendo la acción de la caballería en el general que Soult había por segunda vez emprendido.

Retroceden los franceses. Desde entonces las columnas francesas empezaron á perder terreno, retrocediendo en desorden al abrigo de su reserva y de la gran batería establecida en la

---

(1) El parte de Beresford confirma en cuatro líneas las del general Oliva Sousa Sequeira: «La brigada portuguesa del brigadier general Harvey, perteneciente á la división del general Cole, tuvo ocasión de distinguirse cuando, marchando en línea por la llanura, rechazó con la mayor firmeza una carga de la caballería enemiga.»

altura divisoria del Nogales y el Chicapierna. El general Werlé avanzó, con efecto, en sostén de las divisiones del 5.° cuerpo; pero, muerto á los pocos pasos, su columna, impotente ella sola contra las aliadas que amenazaban abrumarla con su número y el entusiasmo de su triunfo, comenzó por demostrar el funesto influjo que ejercía en sus filas el espectáculo de sus camaradas huyendo en demanda de la margen derecha del Albuhera, y acabó por huir también aunque no en el desorden y con el pánico del resto de la infantería. Afortunadamente para los franceses, su caballería, aunque no poco desmoralizada, iba dirigida por general tan experto como Latour-Maubourg que se retiró imponiendo todavía respeto á la menos numerosa de los aliados, y hallaron además, en la artillería que gobernaba el general Ruty un apoyo que les permitió repasar el Nogales, el Albuhera, cual es llamado por la mayor parte de los historiadores, con relativa tranquilidad (1). Consintiólo, sin embargo, principalmente la falta de energía en los generales aliados para, aprovechando la retirada del enemigo, perseguirlo hasta convertirla en derrota completa, decisiva é irreparable. Si en ocasión tan favorable y solemne el general Beresford hubiera impuesto á

Inacción de los aliados.

---

(1) Se lee en *Victorias y Conquistas etc...*: «El general Ruty, cuya sangre fría y acertadas disposiciones contribuyeron poderosamente al efecto prodigioso de aquel fuego; el coronel Berge, que sacó el brazo atravesado por una bala; el coronel Bouchu, jefe de la artillería de la reserva; los capitanes Guirot y Michel, y el teniente Kernier, deben ser particularmente mencionados con aquella ocasión.»

«La caballería, se dice también, con su buen continente apoyaba el fuego de la artillería: tenía en respeto á la caballería enemiga, y cuantas veces quiso ésta emprender una carga, se vió obligada á volver á sus líneas.»

las tropas aliadas de sus órdenes un esfuerzo, á que tan feliz éxito como el que estaban obteniendo las debía tener bien dispuestas, el ejército francés, separado de su comunicación principal y dividido, habría experimentado uno de los más transcendentales reveses (1). Y es que, cual dice un grave historiador militar, la victoria sorprendió, y las tropas aliadas avanzaron recelosa y lentamente, no decidiéndose á cruzar el Albuhera al alcance de los franceses. Estos, siempre al amparo de su formidable artillería, cuyo fuego y la acción de la caballería les había permitido pasar á la margen derecha del río, se concentraron y pusieron en orden en la dehesa de la Natera, ocultos en el bosque y cubriendo el camino de Santa Marta, por donde habían llegado y único que les quedaba para su retirada. Nuestra caballería y la inglesa del ala derecha fueron las que amenazaron por un momento turbar aquella concentración de los enemigos; pero al intentar el cruce del río, vieron la

---

(1) Tan fué la culpa de Beresford que Schépeler cuenta el episodio siguiente: «Cuando ya huía el enemigo, el autor galopó hacia los Portugueses más próximos (á la derecha) á fin de que corriesen á la colina del enemigo, y un poco después para que marcharan contra la caballería al Albuhera. Las dos veces se le respondió: *que no se les había dado la orden.* Cuando, por fin, les llegó, un poco más tarde en verdad, se les dejó ir marchando todavía á la defensiva. El autor condujo algunos españoles que aún tenían cartuchos contra el flanco derecho de la caballería que pasaba el riachuelo, y comprendió con éso cuán grande efecto hubieran producido algunos batallones y qué brillantes resultados de haberse unido á un ataque de la caballería. Estábamos demasiado poco familiarizados con la victoria; vimos con sorpresa cómo nos sonreía la fortuna y nos contentamos con haber rechazado al enemigo.»

Así es que el ejército aliado puesto á las órdenes de general tan prudente, volvió á sus primeras posiciones en las dos líneas que constituían su formación en la mañana de aquel día tan célebre en los fastos españoles.

francesa tan dispuesta á recibir la carga que se mantuvieron inactivas á su vista. El general Lumley, que las regía, se satisfizo con formar en la altura en que poco antes tronaba la artillería francesa, desde la que algunas piezas, que allí hizo también plantar, enviaron sus proyectiles á la infantería enemiga. Sólo aquel amago se hizo para turbar, ya que no para precipitar, la retirada de los franceses; lo mismo en aquel flanco que en el centro y la derecha suya, donde un ataque de Godinot sobre la Albuhera resultó muy pronto como simulado para procurar un poco de desahogo á los fugitivos de Girard y Gazan. No necesitaron hacer esfuerzo alguno las partidas de Campo Mayor y los batallones españoles é ingleses de Hamilton establecidos á su frente, cubiertos de una nube de tiradores que se apostaron junto al Albuhera, para imponer á Godinot; y los jinetes de Briche, que caracoleaban en la extrema derecha suya, no osaron carga alguna ante las escuadrones portugueses de Otway, siempre alerta á espaldas de Alten y sus alemanes.

¡Día glorioso el del 16 de mayo de 1811, en que las armas españolas, inglesas y lusitanas, unidas para salvar á la península ibérica de la tiránica dominación del primer capitán de los tiempos modernos y aun de los más remotos, obtuvieron un triunfo que sólo faltó completarlo, como era posible, para señalar con él, los de Cádiz y Fuentes de Oñoro, el camino ya solemnemente abierto de la Independencia en tantos años de cruenta y disputada guerra! (1).

---

(1) Schépeler dice que: «el valor de las tres naciones, mayor aún por el orgullo de no mostrarse cada una inferior á las otras, obtuvo una victoria sangrienta, pero cuyo único fruto

Bajas.

Grandes fueron las pérdidas en uno y otro campo. Los españoles tuvieron la de 9 oficiales y 249 individuos de tropa muertos, 111 y 1.007 respectivamente, heridos; los portugueses, 1 oficial y 101 de tropa muertos, 15 y 246 heridos; los ingleses 32 oficiales y y 850 muertos, 159 y 3.573 heridos y 14 y 550 prisioneros (1). De los ingleses fueron 882 los muertos, entre ellos 32 oficiales; y 2.732 heridos, de los que 159 oficiales, y 544 extraviados (llamanse prisioneros), de quienes 14 eran oficiales. Los portugueses tuvieron 102 muertos, 261 heridos, inclusos 15 oficiales y 26 extraviados. La pérdida total de las divisiones anglo-portuguesas, se elevó, pues, á la de 4.547 hombres con más 115 caballos (2).

No es tan fácil señalar el número exacto, ni aun probable siquiera, de las bajas de los franceses. Ya se sabe lo que eran los *boletines* de sus generales, discípulos en éso muy aventajados de su Emperador. Con decir que Soult no hace ascender el número de sus

---

fué el de haber puesto fin al renombre de invencibles, adquirido por las legiones francesas.»

Esto no es exacto, y lo tiene reconocido el mundo entero concediendo el honor de ese fruto á los vencedores de Bailén que, sin auxilio ninguno extraño, impusieron á los hasta entonces llamados *invencibles* una capitulación que con tanta amargura recuerdan y recordaba siempre Napoleón.

(1) Estos datos son los estampados por Burriel en su escrito, podríamos decir oficiales, respecto á los españoles. Su detalle puede verse en el Apéndice núm. 4.

(2) Beresford en su parte consigna esos números. Burriel eleva el del total á 4.953 hombres de las clases de tropa y 205 oficiales. No sabemos porqué, John T. Jones señala á los anglo-portugueses 1.000 muertos, 3.000 heridos y 570 prisioneros, Da Luz Soriano, que atribuye, con Napier, 7.000 bajas á los aliados (próximamente las que da Burriel), señala á sus compatriotas los portugueses 2 oficiales y 86 soldados muertos, 11 y 130 heridos y 16 extraviados; total 245 hombres.

bajas más que al de 2.800 hombres en total, elevando por el contrario el de los aliados al de 9.000, se comprenderá qué fe puede darse á parte alguno del célebre Mariscal, duque de Dalmacia. Los autores de *Victorias y Conquistas etc.*, tienen conciencia más estrecha y conceden la pérdida en las filas francesas de 2 generales muertos (Werlé y Pepin), 3 heridos (Maranzín, Brayer y Gazan), y 6.500 hombres de los regimientos, muertos ó heridos (1). Schépeler atribuye á los franceses la pérdida de 8.000 hombres, de los que muchos heridos quedaron en el campo de batalla y, de consiguiente, prisioneros.

Pero en las cinco horas que duró el combate, de las nueve de la mañana á las dos de la tarde ¡qué de episodios, de escenas de valor, de patriotismo y abnegación militar! ¡Qué de rasgos de emulación entre los soldados de las tres naciones que disputaban al César francés el dominio de la Península! No acabaríamos, de detenernos á narrar los altos hechos que cada nación de las aliadas conmemora, ejecutados por sus heróicos compatriotas en tan reñida jornada. Lo que más importa para esclarecimiento de la conducta de los beligerantes de uno y otro lado en élla, es el examen de esa conducta en los generales que dirigieron las maniobras, tan controvertida después en las crónicas, los parlamentos y la prensa periódica, que son muy pocos los espíritus imparciales que puedan formar juicio exacto

(1) En cambio, dicen que los aliados perdieron 10.000 hombres. No ofrece, después de lo expuesto, interés especial el consignar aquí las cifras estampadas por más de cien historiadores de aquella batalla, tanto alemanes, franceses, ingleses y portugueses como españoles.

sobre los aciertos y errores que allí brillaron ó se cometieron. Ni ¿cómo si hay hombre como Thiers que encierra la relación de batalla tan disputada en dos páginas de su obra, tan extensa y minuciosa en la narración de los triunfos imperiales? ¿Cómo si lo hay para quien parece que no hubo más que un ejército, el de su nación, que contendiera con el francés? Pero por esos mismos apasionadísimos escritores; los unos para ensalzar las glorias de sus compatriotas, y los otros para rebajarlas por espíritu de envidia y rivalidades internas, comunes en la siempre flaca y envidiosa humanidad, pueden deducirse por lo menos, ya que no las excelencias, que no brillaron en la Albuhera, los defectos que llevaron en pos el resultado verdaderamente imperfectísimo que allí se obtuvo.

En los generales españoles nadie puede hallar sino motivos de alabanza por su abnegación al ceder el mando que, según las instrucciones mismas de Lord Wellington, les correspondía sobre las tropas aliadas. Obedecieron, desde su conferencia en Valverde, las órdenes y las instrucciones que les dió Beresford; y su comportamiento en el campo de batalla nada dejó que desear, tan valeroso fué y hábil en el papel de generales de división que voluntariamente se habían reducido á representar (1).

No puede decirse lo mismo respecto á Beresford,

(1) Si hubo, como después se dijo, algún rozamiento entre Beresford y Blake, no aparece su noticia en los partes de ambos generales. Ya hemos hecho notar lo que Wellington decía con referencia á Beresford; pero es muy extraño que Burriel, jefe de E. M. de Blake, no haga en su escrito alusión alguna en asunto de por sí tan importante pero que después llegó á transcender al público.

cuya falta de actividad, por un lado, y de prudencia, por otro, hemos tratado antes de disculpar. Lo que sí reveló en la Albuhera, fué una carencia de resolución muy ajena del carácter británico y del valor que atesoraba su corazón y de que tantas pruebas había dado en ocasiones anteriores de aquella guerra. Es verdad que le sorprendió la maniobra de los franceses á quienes esperaba atacándole de frente por los puentes del Albuhera y el curso, todo él vadeable, del río que lleva ese mismo nombre. Es cierto también que, iniciado por los enemigos el ataque de flanco, necesitaba dirigir el cambio de frente de las tropas en el ala amenazada, y eso apresuradamente si había de contrarrestarse la diligencia francesa en sus operaciones sobre el campo de batalla, pesadilla constante en los generales, así ingleses como españoles, que no llevaban, como los imperiales, veinte años de combatir en línea con los ejércitos más poderosos de Europa y de vencerlos con esa misma cualidad ingénita é impuesta, además, por el talento y la energía de su incomparable caudillo. Pero, sorprendido ó no, demostró, si ha de darse fe á Napier y á Da Luz Soriano, una, como antes hemos dicho, carencia de resolución, de sangre fría, sobre todo, y de confianza en sus fuerzas, que no sin justicia le han hecho blanco de los conceptos más desfavorables para su reputación militar (1).

(1) ..... Dice Napier: «El espectáculo de la artillería le contuvo un momento, y en crisis tan terrible vaciló Beresford. Le daba en cara tal destrucción, estaban exhaustos sus recursos personales y se ofreció á su ánimo agitado el desesperado pensamiento de una retirada. Ya había puesto á los portugueses de Hamilton en situación de cubrir un movimiento retrógrado y enviado recientemente á Alten la orden de abandonar el puente y el pueblo de la Albuhera y reunirse con la

Porque aun si no hubiera más pruebas de haber dirigido las maniobras de aquel día con la flojedad de que

---

artillería portuguesa en una posición en que cubriera la retirada por el camino de Valverde. Pero en tanto que el mariscal se preparaba así á renunciar al combate, el coronel Hardinge (Mayor general de las tropas portuguesas) dió valientemente al general Cole la orden de avanzar con la 4.ª división, y entonces librando á aquella brigada de la 2.ª división mandada por el coronel Abercrombie que se hallaba, aunque ligeramente, comprometida, la lanzó también á entrar en fuego. Echada así la suerte, Beresford se tranquilizó; Alten recibió la orden de reocupar el pueblo y pudo continuar aquella terrible batalla.»

Completa ese concepto, más ó menos justo, el historiador portugués Da Luz Soriano, siempre demostrando el pequeñísimo que le merece Beresford, con un diálogo á manera del tan celebrado del Arzobispo D. Rodrigo con Alfonso VIII en las Navas de Tolosa, diálogo en que comete, sin embargo, el error de atribuir á dispersión de los españoles lo que Napier achaca á la ineficacia de la artillería inglesa sobre la enemiga y al revés de la división del general Stewart, dos veces herido, del coronel Duckworth, también herido, de Hougton, muerto y del coronel Inglis con los regimientos que pretendieron tomar la altura. Pero, en fin, refiere Da Luz que Beresford pensó en retirarse: «*Nada de retirada*, consta que le dijo su cuartel maestre general, Benjamín D'Urban, oficial de mucha y muy honrosa reputación: *ahí llega el general Cole con su cuarta división luso-británica*, señalándole aquella división que acababa efectivamente de llegar de la toma de Olivenza y el sitio de Badajoz. *Bien, muy bien*, le contestó inmediatamente el mariscal Beresford; hágase una conversión sobre el centro de las dos divisiones que ahí tenemos para dar frente al enemigo que vamos á desalojar, atacándolo en tres líneas sucesivas de infantería, dándose el frente y la derecha de la primera de ellas á esos bravos del general Cole, con una división de Stewart en segunda y tercera línea, y la caballería guarnezca sus alas sin empeñar el combate, porque somos inferiores al enemigo en esa arma; y haya reserva. Dicho esto, se puso inmediatamente mano á la obra.»

No tiene razón Da Luz al decir «O marechal Beresford não falla na sua parte do bravo Benjamín D'Urban de un modo correspondente ao importante serviço que lhe fez n'esta batalla.....»; porque el inglés escribió en su parte lo siguiente: «Al referir los servicios que ha hecho mi estado mayor, debo llamar particularmente la atención de V. S. hacia los del brigadier general D'Urban, cuartel maestre general del ejército portugués, que sólo puedo apreciar, pero no elogiar suficientemente En todas ocasiones he experimentado la utilidad de sus talentos y servicios y más particularmente en ésta.....»

¿Qué querría el patriota escritor portugués?

esos y otros historiadores le acusan y con las vacilaciones que debieron producir en su ánimo la idea de las fuerzas que llevaba Soult y la de su posición tan expuesta si operaban, como era de esperar, con la habilidad y la energía que les eran características, sería suficiente la de su detención en la izquierda del Albuhera, cuando las llevaba vencidas, y su retroceso á las alturas mismas en que por la mañana había establecido su línea de batalla. ¿Qué más? Allí le encontró el día siguiente, receloso, sin duda, de que su adversario renovase el combate. Si después de una deliberación detenida con sus generales no se decidió Soult á renovarlo, considerando lo enorme de las bajas sufridas en su no numeroso ejército, no sería por lo que pudiera imponerle un enemigo que se contentaba con rechazarle sin tomar iniciativas á que indudablemente convidaba el triunfo de los aliados; fué porque comprendió que les iba á proporcionar otro mayor y más decisivo que quizás le impidiera verificar su retirada con el sosiego con que entonces le era dado emprenderla. Ni aun quiso confesarla, atribuyendo su marcha á Solana á un movimiento de flanco para, libre de la carga de sus heridos y de los prisioneros, volver, unido á otras tropas, á completar la derrota de sus enemigos (1). Si en la tarde del 17 comenzó Soult á evacuar su campo de la *impedimenta* de heridos y material que debía estorbar su marcha si necesitara precipitarla, no emprendió la de las tropas hasta la ma-

(1) Dícese que hizo transportar sus heridos á los prisioneros ingleses. Dejó en su campo 200 heridos, sin duda los más graves.

ñana del 18 en que, conocida por los aliados, destacó Beresford en su seguimiento la caballería española de Penne-Villemur. La francesa, mucho más numerosa y que iba protegiendo la retirada de su ejército, hizo con su acción necesaria la del resto de la de los aliados que, además, la reforzaron con guerrillas españolas y la división Lardizábal, á quienes más tarde siguieron otros cuerpos de las tres naciones, pero sin más fruto que el de hacer á los franceses algunos prisioneros de los rezagados en su retirada. Esta cesó muy pronto, quedando Soult en Llerena y Godinot y Latour-Maubourg en Villagarcía y Usagre en observación de los nuestros por la carretera y el camino de Mérida.

Pero si pudo ser calificada de floja la conducta de Beresford, la de Soult, hábil en la elección de punto de ataque, dirigido éste, como iba, á cortar á los aliados el camino de Valverde, único por donde tenían expedita su retirada á Olivenza y los puentes del Guadiana, pecó también de descuidada y débil en la marcha del combate y en sus trances más importantes. No acudió hasta muy tarde á dirigir personalmente el de la derecha de los aliados, ni siquiera dejó á Gazán tomara parte en él en tiempo oportuno; y los errores de Girard no pudieron ser remediados cuando los esfuerzos de sus divisiones pudieran ser fecundos en resultados útiles á sus armas. Cuando llegó al lugar de la acción era tarde; sus tropas habían sido rechazadas; y á pesar del episodio, harto favorable para ellas, de la columna de Colborne, no pudiendo ó no sabiendo desplegar las columnas para hacer eficaz su fuego, ó por no tener ya la fuerza moral con que combatieron en un principio, se estrellaron en las líneas hispano-bri-

tánicas, repuestas del primer ataque y llenas ya de confianza.

De ahí el que una batalla tan reñida que hay quien la tenga por *la más sangrienta de cuantas se empeñaron en la larga y gloriosa guerra de la Independencia,* resultara tan estéril como la de Fuentes de Oñoro, á la que la hemos comparado en los comienzos de esta narración. Es verdad que el ejército aliado consiguió un resultado semejante y favorable, el de que, como Almeida, no fuera socorrida Badajoz en aquella ocasión; pero ¿es que no debía esperarse más de tales esfuerzos y de tan costosos sacrificios como hubieron de hacerse por ejércitos en que se fundaba la emancipación de la Península toda?

En la Albuhera, ni aun la ocupación se obtuvo de la capital de Extremadura; porque, vencido el ejército de Soult, no se prosiguió la victoria con la energía y los efectos necesarios para, completándola, hacer imposible la reacción que no tardaría en acometer el hábil mariscal francés.

Resonó, con todo, por España como la de un triunfo esplendoroso y transcendental la voz del de la Albuhera; y las Cortes de Cádiz declararon *Benemérito de la patria* al ejército español que lo obtuvo, como el Parlamento inglés, al felicitar á Lord Wellington, le ordenó comunicara al general Blake *su satisfacción acerca del distinguido valor y bizarría desplegados por el ejército español* (1).

Resolución de Lord Wellington.

Se conoce que el Lord dió grande importancia á

(1) En el Apéndice núm. 5, se incluyen los partes de cuantos generales de uno y otro campo mandaban las tropas que combatieron en la Albuhera formando cuerpo de ejército,

las noticias que recibía de Beresford, porque desde el día 14 y en Villar Formoso hace constar en sus despachos la intención de trasladarse al campo de Badajoz *para saber*, decía, *qué medios existen realmente allí y cuáles son las opiniones de Castaños, de Blake, y aun las del mismo Beresford. Conocerá también*, añadía, *qué objetivos se presentan allí, y fijará por ellos el plan de operaciones para mientras emprenda el sitio de Ciudad-Rodrigo*. Aun sin otros datos, le envía la 3.ª división, que partirá el mismo 14 en que le escribe, y el 2.° de húsares que lo hará igualmente desde Celórico al día siguiente, para que si se prolongase el sitio de Badajoz (que supone será más largo de lo que Beresford cree) y tratara de hacerlo levantar el enemigo, tenga fuerza suficiente su campo.

Pero llega el 16 de mayo, día de la batalla de la Albuhera, en que Wellington recibe las cartas que Beresford le ha escrito con la alarma y las vacilaciones en que levantó el sitio para situarse frente al enemigo y en su espera; y el general en jefe determina dirigirse inmediatamente al Alemtejo en cuya plaza de Elvas supone podrá presentarse el día 21. Las noticias, sin embargo, debieron por momentos alarmarle más y más; porque el 19 escribía ya á Spencer desde Elvas, dándole aviso de la batalla del 16 y de las graves pérdidas sufridas por el ejército aliado (1). Luego supo

---

razón, ésta, por la que no existe el especial sobre la brillante conducta de los portugueses que constituían fuerza tan considerable en el que mandaba Beresford.

(1) Le decía: «Beresford ha tenido una acción con los franceses en Albuhera el 16, en la que ha rechazado á Soult pero sufriendo grandes pérdidas. El general Hoghton y Sir W. Myers han sido muertos y el general Cole herido. No conozco los detalles de la acción ni la extensión de las pérdi-

que no eran tantas como creyó en un principio; pidió á Lisboa recursos sanitarios y 2.000 servicios de cama que creía necesarios, y una compañía de artillería británica con 3 oficiales muy inteligentes, aparte, que hacían falta para reemplazar bajas. No satisfecho con eso, se trasladó el 20 al campo de batalla, manifestando luego á Spencer que la posición ocupada por los aliados era muy buena y que se habría obtenido una victoria completa y sin gran pérdida si los españoles hubieran sabido maniobrar, pero que desgraciadamente no sabían (1).

¡Cómo si los ingleses hubieran maniobrado excepcionalmente bien!

Es verdad que á renglón seguido dice: «Después de todo, creo que la acción ha sido la más honrosa para las tropas que han combatido en esta guerra.»

Habíase interceptado un despacho de Gazan á Soult, del que dedujo Wellington que el mariscal francés pensaría en no abandonar Extremadura y, por el

---

das; pero es lo cierto que han sido graves. Sé que Soult se retiró la mañana del 18 y que Beresford marchó á Santa Marta, pero no estoy seguro de ello». «Se me dice también que los españoles no se han portado mal (did not behave ill) y han sido graves sus pérdidas; los portugueses tomaron poca parte (were little engaged); los que la tomaron lo hicieron bien y no han sufrido mucho».

(1) Es la eterna pesadilla de Wellington, la de que los españoles no sabían maniobrar. Lo manifiesta así en varios de sus despachos. No diremos lo contrario por no aparecer parciales; pero sí que no lo hicieron muy allá los ingleses en Talavera, y que su mismo general se fundaba en Torres-Vedras y en la retirada de Massena para no atacar á los franceses en lo maniobreras que eran las tropas de éstos, prueba de que no lo eran tanto las que él mandaba.

contrario, uniéndose al conde de Erlon, á quien se suponía en Almaraz, ó al general D'Armagnac, que maniobraba también á lo largo del Tajo, trataría de revolver sobre Badajoz para, según decía en su parte, *completar la derrota del ejército aliado*. Esto preocupó á Wellington, y con razón, calculando que por orgullo, de un lado, con la esperanza, por otro, de ser reforzado con tropas que le enviarían de Andalucía, y, por fin, con la de reunirse á parte de las que operaban en Castilla procedentes de Fuentes de Oñoro, acudiría de nuevo en socorro de los defensores de Badajoz. Y á la confianza, también, de que el general Philippon sabría mantener aquella plaza, por algún tiempo, tal y tan justo concepto tenía de él, se debería el que la retirada del ejército francés, acabara en Llerena, estableciendo á Gazan y á Latour-Maubourg frente á los aliados para contenerlos, y en el camino de Mérida para poder verificar la unión anunciada con los de D'Erlon y D'Armagnac.

Wellingtón pensó, pues, que debía emprender sin pérdida de tiempo el sitio de Badajoz, reanudando los trabajos suspendidos por Beresford el día 15. Creía poder conseguir la ocupación de la plaza antes de que, llegando al campo de Soult el general Drouet (D'Erlon), que necesitaba cruzar el Tajo por Toledo y tardar, por consiguiente, bastantes días, se pusiera el mariscal francés en disposición de procurar de nuevo la interrupción del sitio. Necesitaba, aun así, tomar todo género de precauciones; y el 29 de aquel mes de mayo dictó para los generales españoles y el inglés que allí mandaban, unas instrucciones que revelan perfectamente sus temores y demuestran el cuidado

con que procuraba desvanecer el peligro que los infundía.

La infantería y la artillería del ejército anglo-portugués, con excepción de los empleadas en el sitio de Badajoz, deberían situarse en Almendralejo y sus inmediaciones con la caballería de ambas naciones en Rivera, lo mismo que la del 5.° ejército español, observando las avenidas de Usagre y Llerena. La infantería y la artillería españolas del 5.° ejército y del Cuerpo expedicionario se acantonarían entre Santa Marta, hacia Barcarrota, y Solana, donde comunicarían con los aliados. Los cuerpos avanzados no pasarían de Zafra, exceptuando la caballería de Blake, que podría situarse en Bienvenida y Calzadilla en combinación con la de Penne-Villemur y la de los anglo-portugueses, observando también el campo hacia Llerena y Monasterio. En caso de que el enemigo avanzara, convendría que aquellas fuerzas se concentrasen en la Albuhera, á una marcha de Badajoz, excepto la infantería de Blake si la creyera mejor situada en Zafra y Feria, y el total de la caballería á una marcha forzada ó dos ordinarias. Recomendaba después el Lord á todos los jefes de las tropas avanzadas le dieran parte de la fuerza del enemigo, de los cuerpos que la compusieran, cifras de los regimientos y escuadrones, y de los nombres de los generales que los mandaran. Después, por fin, de dictar instrucciones sobre la manera de acantonar las tropas y dirigirlas, si el enemigo se retirara y Penne-Villemur ocupase á Llerena, manifestaba el generalísimo que, siendo el objeto de todas aquellas medidas el sitio de Badajoz, era de desear que no se emprendiese nada que distrajera al ejército

de él, *y que, si se hiciera necesario, pudiera concentrarse en una posición en que los aliados habían ya alcanzado la mayor gloria* (1).

Y puestas en ejecución esas instrucciones y hechos los preparativos que se creyeron suficientes, se dió principio al segundo período del sitio de Badajoz por los ejércitos aliados, tan ineficaz y estéril, según haremos luego ver, como el primero.

---

(1) Le llamamos generalísimo porque efectivamente podían llamarle así los portugueses é ingleses que componían el ejército de su mando, y porque ese título provoca el recuerdo de que en aquellos días comenzaron los ingleses á suscitar la cuestión que tanto dió que hablar en España sobre la dirección suprema y absoluta de todas las tropas aliadas por el insigne general británico. Debemos hacer observar que no nació tal pensamiento de Lord Wellington que, como vamos á ver, lo rechazó entonces: debió surgir de su hermano, el embajador de Inglaterra en Cádiz, empujado luego por su gobierno ó por los generales también de su nación con los ejemplos de Talavera y Chiclana. «A su tiempo, decía Wellington á su hermano el 29, he recibido vuestra carta con el despacho de Lord Wellesley, fecho el 18 de abril, con postdata, encargándoos de requerir que se me dé el mando de las tropas españolas en ésta y otras provincias de España, sobre lo que deseais saber mi opinión. Yo dudo de que el gobierno español se avenga con esa solicitud; y de todo cuanto veo y oigo, estoy convencido de que tal demanda hará se interrumpa mucho la armonía y buena voluntad que al presente existe entre nosotros.»

Y procede en seguida á dar su opinión. Cree Lord Wellington que no debe llevarse adelante aquel plan; porque es imposible esperar disciplina de tropas á quienes no se paga, destinar oficiales ingleses que sirvan con tropas españolas sin sueldo ni esperanza de recompensa alguna, consiguiendo tan sólo el indisponerlos con los oficiales superiores del ejército y después con los de los demás ejércitos, el no poder contar con ellos en sus operaciones ni con la asistencia que entonces ofrecían; y que de todas maneras era probable que el gobierno español no accedería á tal pretensión.

CAPÍTULO III

TARRAGONA

Estado de la insurrección nacional en Cataluña.—Intentona sobre Montjuich.—Reconquista del castillo de Figueras.—Disposiciones preventivas de Suchet.—Alarmas de Macdonald.—Resolución de Suchet.—Marcha sobre Tarragona.—Preliminares del sitio.—Acción de Figueras.—Situación de Tarragona.—Estado de la ciudad y sus fuertes.—Primeras operaciones del sitio.—Salida del 18 de mayo.—La Junta del Principado.—Su marcha al interior.—Continúan las operaciones del sitio.—Las de fuera de la plaza.—Ataque del fuerte del Olivo.—Muerte del general Salme.—El asalto.—Consecuencias de la pérdida del Olivo.—Sale Campoverde de la plaza.—El general Contreras.—Suchet vuelve á su primer plan.—Ataque del fuerte de Francolí.—Toma del fuerte —Continúan las obras.—Salidas de la plaza.—Ataque del primer frente.—El asalto de la Luneta.—Estado de la guarnición.—Campoverde, Contreras y la Junta.—Nuevos trabajos de aproches.—Asalto del primer recinto.—Resolución de Contreras.—Causas de aquel desastre.—Nueva intimación despreciada.—Operaciones de Campoverde.—Sus imprudencias con Contreras.—Pena del Talión.—Apurada situación de Tarragona.—La fuerza inglesa de Skerret.—Proyecto de evasión.—El asalto de la plaza.—Noche espantosa.—Bajas.—Consideraraciones sobre el sitio de Tarragona.

Estado de la insurrección nacional en Cataluña.

Ya dijimos en el tomo anterior cuál había sido el efecto producido en España por la pérdida de Tortosa, pero cómo, en vez de decaer el espíritu público en Cataluña, creció, por el contrario, el movimiento insurreccional en aquel insigne Principado para vengarla cumplidamente.

Ya se sabe cómo entienden los catalanes esos arranques; y á la vergüenza de la rendición de aquella plaza y á la manera, harto irregular, de ponerse en manos del marqués de Campoverde la suerte de pro-

vincias tan importantes para la de todo España, sucedió un período de desórdenes, de tal desquiciamiento de autoridad, de gobierno y unión, que nunca pudo esperarse menos que entonces el término de una restauración patriótica, tan valerosamente emprendida. Las intrigas de que Campoverde ó sus partidarios se valieron para elevarle al mando supremo del Principado, provocaron represalias. Los amigos y admiradores de O'Donnell, irritados con que se insultara su desgracia y, valiéndose de su ausencia, se tratara de manchar su memoria con atribuirle excesos, concusiones y hasta infidencias no probadas ni aun verosímiles, se entregaron á destruir la obra de sus enemigos políticos sublevando los ánimos para hacer imposible su usurpado poder y darlo á hombres más puros y desinteresados. La junta superior del Principado tenía en su seno vocales que no admitían como legítima la autoridad de Campoverde, no reconocida por la Regencia, á la que tampoco se había cuidado el Marqués de solicitar su aprobación. Reformada aquella junta, surgió una nueva contra la que apeló la anterior. En tal conflicto, Campoverde, para dar largas sin duda, convocó otro congreso regional, con lo que, aun cuando entre las más acaloradas protestas, ganó tiempo para tomar medidas que distrajesen al pueblo catalán de tan perturbadoras discordias, perjudiciales para su crédito personal y para su deseo, especialmente, de mantenerse en el mando. Embarcó á los prisioneros que había en Tarragona, á Schwartz entre ellos; se puso á reorganizar el ejército, á equiparlo y vestirlo; dictó disposiciones para procurarse fondos con que sostener la guerra secuestrando las alhajas de los tem-

plos y aun las de particulares; expulsó á los extranjeros y devolvió al pueblo las armas que O'Donnell, muy previsoramente, le había recogido. Y al mismo tiempo, por fin, en que por el contrario ponía á buen recaudo á los que él acusaba de vagos y sospechosos, llamaba á su lado personas que sabía habrían de apoyarle en aquello que pudiera convenirle.

Pero ya que por esos medios parecía asentar el Marqués su autoridad sobre la de la junta superior y las otras por él protegidas, comenzaron á reunirse también, clandestinamente por su puesto, varias otras, *compuestas*, dice un historiador catalán, *de gente bulliciosa y desatinada á la par*. Aquello iba presentando el espectáculo de la mayor anarquía, no muy desemejante, aunque en pequeño, del de París en la época nefasta de la Revolución, con los *clubs* que así tendían á enardecerla y ensangrentarla como la debilitaban en su acción política y militar. Vino, por último, á colmar tal estado de efervescencia y desorden, el decreto en que la Regencia, creyendo poner fin á tales arbitrariedades como las consentidas por Campoverde y á tales demasías como hacía suponer aquella triste situación, concedió el mando superior de Cataluña al general don Carlos O'Donnell que, cual saben nuestros lectores, se hallaba en las líneas de Torres-Vedras á la cabeza de una de las divisiones llevadas allí por el marqués de la Romana (1). Las calumnias levantadas contra su her-

(1) El 14 de febrero asomó por el mar el navío *América*, en que supusieron los sediciosos que iba el nuevo Capitán general; y los alborotos, con eso, tomaron proporciones tan graves que hasta la junta y otras corporaciones fueron á solicitar de Campoverde no le dejara desembarcar. Vaciló el Marqués y para escudarse, sin duda, con la opinión de los milita-

mano, el vencedor de la Bisbal, las mil falsedades que se habían hecho correr sobre su conducta, tiránica para unos, desacertada, por lo menos, para otros y aun traidora para los más exaltados revolucionarios y los apasionados de Campoverde, se renovaron entonces, más ardientes todavía, más exageradas y absurdas. Fué necesario que todas las autoridades civiles, hasta la del Breve, la misma Audiencia, se dirigieran al Marqués pidiéndole despachara de Tarragona á tanto y tanto faccioso como traía perturbada la tranquilidad, perjudicando á la causa nacional y al crédito y gobierno de la provincia. Pero como esos facciosos eran precisamente los que habían provocado la elevación del General, en vez de desterrarlos según se le pedía, expulsó de la ciudad y embarcó para Cartagena, Ceuta y otros puntos á los que de muy buena voluntad querían guiarle por el camino de su gloria (1). No se necesitaba para que la comparación que hemos hecho de aquellas juntas con las francesas de 1792 y 93 aparezca justificada y exacta; no se necesitaba más sino que se impusieran á las autoridades que substituyeron á las depuestas, y lo hicieron á punto de que el mismo Campoverde se creyó obligado á asistir á las sesiones, mejor dicho, á los conciliábulos que celebraban. Un

---

res más caracterizados de la guarnición, los reunió la mañana siguiente, no hallando, empero, en ellos el acuerdo que, al parecer, deseaba. Afortunadamente para él y para la tranquilidad pública en aquellos momentos, era el general Courten y no O'Donnell quien se hallaba en el *América*.

(1) Eran el canónigo Avellá, juez del Breve, tribunal instituído por Clemente VII á petición de Carlos V para juzgar á los eclesiásticos en Cataluña, el regente de la Audiencia Sr. Olea y Carrasco, el auditor Sala y varios otros notables, calificados todos, más que por las posiciones que ocupaban, por su acrisolado patriotismo.

Padre Corís, del oratorio de San Felipe Neri, mejor que sacerdote, campeón y corifeo de toda empresa revolucionaria, con traeres y elocuencia de un guerrillero feroz, ejercía allí de orador patriota y desatinado proyectista, entusiasmando á no pocos de sus oyentes, tan extraviados como él pero que no por eso dejaron de hacer desaparecer los procesos en que habían estado envueltos ante los tribunales de justicia. A tanto llegó el escándalo que Campoverde, pensando más cuerdamente, hubo de poner freno á los que lo producían y tomar otros rumbos para no desacreditar su mando antes de comenzar á ejercerlo.

Así las cosas, se celebró el 2 de marzo la inauguración del congreso recientemente convocado á que sólo faltaron los representantes de Tortosa, Barcelona y Figueras, congreso ante el que prestó Campoverde el juramento de su lealtad á la causa de la religión y de la patria, por las que dijo haría los mayores sacrificios (1). La junta superior, entonces, presentó su dimisión; y como no tardó tampoco en disolverse el Congreso, la administración del Principado pasó á otra junta, revestida también del carácter de suprema, pudiérase decir, puesto que para nada había la Regencia intervenido en su elección. De la misma manera Campoverde se invistió con la autoridad militar del Principado, despreciando la del gobierno de Cádiz y sometiéndose á la de unos cuantos facciosos que así

(1) En nombre de los defensores de esa causa en Cataluña y particularmente en Tarragona, se expreso así: «Los muros de Tarragona sólo restan á mi amada patria: estos brazos los defienden. Por ellos ha de pasar el enemigo, si osado y temerario pretende esclavizarla.»

halagaban la ambición y la vanidad del desacordado general.

Bien pronto pensó en que tal desafuero necesitaría una justificación que, por lo gloriosa, limpiara el borrón que la hacía imposible en el terreno legal, y la buscó en la guerra que no por los disturbios sucedidos en Tarragona tenían los catalanes olvidada. Los patriotas de la Montaña y los del Llobregat y el Ampurdán, seguían incansables acosando á los franceses con fortuna frecuentemente, como casi siempre que no se trataba de grandes batallas, en que les era difícil, si no imposible, contrarrestar la disciplina de las tropas imperiales. Manso había rechazado el 2 de enero una salida de los franceses de Barcelona. Aquel día, como cuatro después en otra salida más importante aún, los franceses habían tenido que retirarse formados en cuadro y con mucha pérdida. Cosa parecida sucedió el 28 y era rara la jornada que emprendieran los enemigos en San Andrés de Palomar, San Boy ó Badalona en que no los escarmentara Manso rudamente. El baron de Eroles campaba con igual suerte por Mataró y sus inmediaciones animando á los naturales á resistir las vejámenes de las autoridades francesas y á ayudarle en su empeño de tenerlas siempre encerradas en Barcelona. En la provincia de Gerona, los combates eran diarios. Fábregas, socorrido por Rovira, rechazaba el 20 de enero una fuerte columna enemiga; el 17 de febrero era batido el general Clement cerca de Bañolas por Llovera, y los somatenes de los pueblos próximos á Hostalrich se llevaban á la Montaña infinidad de franceses sorprendidos en sus operaciones. ¿Qué más? El general Dumoulin á la cabeza de 1.500 hom-

bres tuvo que retirarse ante fuerza igual que mandaba Miláns del Bosch, quien lo había también batido cerca de Arenys de Mar el 18 de marzo. No lejos de Tarragona, junto á Perelló, Courten, sacando de aquella plaza una fuerza de 4.000 infantes y sobre 200 caballos, atacó al coronel Robert y sus 2.400 franceses, obligándole á, después de una desesperada defensa, retirarse á Ampolla, adonde corrió en su auxilio Habert desde Tortosa.

Intentona sobre Montjuich.

Esos eran el estado político y el militar de Cataluña cuando el marqués de Campoverde, deseoso, como hemos dicho, de justificar su usurpación del mando, creyó lograrlo acometiendo de nuevo la nunca olvidada empresa de ocupar la capital del Principado. Como en las intentonas anteriores, cayó Campoverde en el mismo error que el marqués del Palacio, que Vives, Reding, Coupigny y tantos otros, confiando sobradamente en los buenos deseos de los patriotas barceloneses, en las ofertas interesadas de algún afrancesado y hasta en infidencias de los que nadie debería presumir fueran á desertar de las banderas imperiales. Los conspiradores de Barcelona habían puesto ahora su confianza en dos oficiales franceses y algunos sargentos, ganados con promesa de grados en nuestro ejército y grandes sumas de dinero, la mayor, nada menos que de siete millones de reales para el gobernador del Castillo de Montjuich, por donde habría de empezarse la tan deseada reconquista. Flacas eran las bases en que se fundaba tan estupendo proyecto; pero el deseo hace probables los más descabellados; y los barceloneses por su lado y Campoverde por el suyo, fiando, además, en las confidencias del comisario de guerra

Don Miguel Alsina, alma de la conspiración, creyeron que el 19 de marzo podrían contar con los elementos necesarios para llevar á feliz término su intento.

El 18, con efecto, salió Campoverde de Tarragona con la división Courten para unirse en Igualada con la de Sarsfield, aparentando luego dirigirse contra Macdonald, pero haciéndolo decididamente á Molíns de Rey donde se presentaban al anochecer del 19. Después de un corto descanso se adelantó al Hospitalet una de las divisiones, cuya vanguardia se confió á Manso que de tiempo atrás se había hecho con llaves de aquella fortaleza, no sirviéndole en otra intentona anterior por haberse descubierto también. Debían apostarse aquella noche 1.200 hombres que entrarían en el castillo tan pronto como el gobernador y los dos oficiales á quienes nos referimos antes, M. M. Sunié y Potard, y los sargentos les abrieran las puertas, no sin antes haber embriagado á la tropa al celebrar los días de su soberano el Rey José. Otra columna se situaría entre el castillo y la plaza, así para impedir el socorro de la fuerza que intentara salir de ella, como para en combinación con las tropas de Courten intentar, una vez tomado Montjuich, el ataque á la puerta de Santa Madrona, la más inmediata á aquel fuerte. Campoverde con Sarsfield y Eroles ocuparían la carretera para apoyar la operación, fuese feliz ó desgraciada, mientras la caballería con el general San Juan se mantendría al otro lado de Coll Blanch, para sostener la retirada de todas las tropas si se veían necesitadas de recurrir á ella. En previsión, con todo, de un engaño, inverosímil en concepto del Marqués, adelantó sólo 200 hombres de los 1.200 que iban delante, seguidos

de los demás hasta cerciorarse su jefe, el teniente coronel Rotten, de la buena fe de los oficiales franceses cómplices y agentes, los más eficaces, de la conspiración.

Pero es el caso, el más natural del mundo, que la autoridad francesa de Barcelona, el general Mathieu, estaba enterado de todo, del proyecto, del número y nombres de los conspiradores, así como de los procedimientos de que iban á valerse. Y, como es natural y lógico también, tenía todo preparado para recibir el asalto que se intentaba, alerta los presidiarios de Montjuich, con la gente en los puestos donde pudiera mejor sorprender á los que trataban de sorprenderla, y dispuesta la guarnición de la plaza para echarla sobre los asaltantes y completar su derrota.

Serían las doce de la noche al coronar los 200 de Rotten la cresta del camino cubierto de Montjuich, descendiendo en seguida al foso silenciosamente pero en la confianza de que se abriera ante ellos la poterna por donde penetrarían en la fortaleza inmediatamente. Buscándola andaban cuando, á un grito de alarma, se iluminó el foso, los cañones de la muralla comenzaron á vomitar metralla sobre los expedicionarios que, al mismo tiempo, fueron acometidos con fuego y bayoneta por fuerza que los franceses tenían apostada en los flancos y á espaldas de las obras que constituyen el frente del castillo que mira á la llanura de Barcelona hacia la Cruz-cubierta y Sans. No hay para qué decir la confusión en que caerían los asaltantes, tanto mayor cuanto que los fuegos de artificio no bastaban á iluminar los fosos y el campo lo suficiente para que las piezas y la fusilería de los muros no ofendiese lo mismo á los franceses que á los espa-

ñoles. Tan fué así, que la columna francesa, que á los primeros cañonazos salió de Barcelona á cortar la retirada de los que iban en reserva de la vanguardia española, fué hostilizada desde Montjuich y sufrió pérdidas considerables. Pero nuestras divisiones, la una precipitándose de la montaña en que asienta el castillo, y la otra, establecida en la carretera, sintiendo, á pesar de la obscuridad, la aproximación de una nueva columna que Mathieu había hecho salir por la Puerta Nueva, trataron de recuperar sus posiciones del Llobregat, que efectivamente ocupaban la tarde del 20. Como se puede comprender, aquella retirada revistió los caractéres todos de una derrota que, á ser de día y sin la iniciativa de Eroles que acometió á aquella última columna metiéndola atropelladamente en Barcelona, hubiera señalado la destrucción completa del ejército de Campoverde, imprudentemente comprometido en empresa tan descabellada y temeraria (1). El Marqués volvió á Tarragona con las fuerzas que había sacado de aquella plaza, afligido del fracaso, aunque consolado luego con la noticia de la victoria

(1) No pudiendo Manso cruzar un barranco, tuvo la serenidad suficiente para seguir por la carretera confundido con los franceses que perseguían á sus miqueletes. Al fin, cayó del caballo quedando sin sentido pero con la fortuna de que pudieran recogerle los suyos y llevarle á nuestro campo, todo magullado y perdida la dentadura por completo. A propósito de eso, dice su compatriota Blanch: «La noticia de su grave herida que desde luego se esparció, puso en consternación al país más que si se hubiese perdido la mitad del ejército. Hiciéronse rogativas para su restablecimiento, señalándose entre todos el abad del monasterio de Ripoll, quien concedió 40 días de indulgencia á los que asistiesen al solemne oficio que en acción de gracias celebró al recobrar aquel héroe la salud.»

Poco antes parece que se le había querido envenenar, salvándose á favor de un contraveneno. El asesino, un tal Cosme, ganado, dicen, por los franceses, fué fusilado.

de Miláns en Arenys de Mar y la más satisfactoria aún de haber caído en poder de los patriotas del Ampurdan la importantísima fortaleza de San Fernando de Figueras.

Reconquista del castillo de Figueras.

Aquí los agentes más eficaces para la empresa eran españoles, sin cooperación de elementos extraños y menos de enemigos, en quienes el depositar confianza alguna era como entregarse á ellos y obtener el escarmiento que se acababa de sufrir en los fosos de Montjuich. El resultado, pues, debía ser otro muy distinto, y lo demostró la experiencia proporcionando á los patriotas catalanes una gloria que estuvo á punto de ser el principio de su emancipación del poderío Napoleónico.

Infructuoso el cerco de la fortaleza de Figueras desde que las proporciones que iba tomando la guerra habían obligado al emperador Napoleón á inundar Cataluña de tropas que, además de operar en el campo, guarneciesen las plazas y fuertes manteniendo sujetos á los habitantes hasta hacer estéril cualquier esfuerzo que intentaran para reconquistarlos, se abandonó todo pensamiento de lograr, por el hambre y las fiebres, la ocupación de aquel castillo ó su entrega. Los catalanes pusieron tan sólo su esperanza en alguna coyuntura, siquier fortuita, que el cielo quisiera depararles para fin tan patriótico y santo. Y, en efecto, esa oportunidad se les presentó con todos los caracteres de providencial en aquel mes de abril de 1811, al tener el mariscal duque de Tarento ocupado el numeroso cuerpo de ejército de su mando en ayudar á Suchet en la tarea de dominar la zona occidental del Principado conquistando las plazas de Lérida y

Tortosa. Aun así, se necesitaba un milagro para la realización de tal esperanza, y la Providencia lo hizo valiéndose de un humilde empleado de la administración francesa en aquella fortaleza y dos mozalvetes que se atrevieron á elevar sus miras á tan heróica y arriesgadísima empresa, inconcebible en su posición y pocos años, como la de devolver á la patria tal é inestimable joya.

El empleado se llamaba D. Juan Marqués y tenía el encargo de llevar el alta y baja de los víveres, así como el de su mejor colocación en los almacenes del castillo; los mozos, y cuñados suyos, eran D. Ginés y D. Pedro Pou, cuyo próximo parentesco con Marqués les daba frecuente y fácil entrada en la plaza, sin que infundieran la menor sospecha en los franceses que la guarnecían. El Ginés, á quien muchos años más tarde hemos conocido de brigadier de caballería, explicaba así el cómo llegó á provocarse en los tres hermanos la idea de utilizar su posición en el castillo para entregarlo á sus compatriotas (1).

---

(1) Este benemérito general publicó en 1859 un escrito que lleva por título el de «Relación que expresa cómo pudo verificarse la sorpresa y toma del castillo de San Fernando de Figueras por las tropas españolas, y medios que emplearon para su logro los hermanos D. Ginés y D. Pedro Pou, en unión con su cuñado D. Juan Marqués, autores de aquella empresa, cuyo plan habían concebido, y con la mayor constancia llevaron á cabo, hasta verlo realizado en la noche del 10 de abril de 1811, que fué tomada la plaza.»

La fuente, pues, de esta historia no puede ser más pura, y vienen á demostrarlo, además de las varias narraciones españolas que se han publicado, las que los generales franceses Suchet, Macdonal y otros, los alemanes Schépeler y Lobell y particularmente el italiano Vacani han dado á luz, todos, menos Schépeler, militares al servicio de Napoleón en Cataluña.

El escrito de Pou se publicó en la Asamblea del Ejército y de la Armada.

Después de indicar el cargo que Marqués ejercía en el castillo, dice..... «cuyo cometido desempeñaba tan á satisfacción de su principal que se grangeó su amistad, de la que nos aprovechamos para entrar y salir del fuerte siempre que nos interesaba, sin que se notase nuestra permanencia en los almacenes, donde generalmente se encontraba; y como advertimos que las puertas de entrada daban al foso y tenían comunicación cómoda con la plaza, y que desde la estacada se podía llegar sin ser vistos por ningún centinela de las murallas ni obras exteriores, concebimos la idea de que encontrándose un jefe de resolución, con poca tropa podía tomarse la plaza por sorpresa, y bien convencidos de poderse realizar así, nos decidimos á ponerlo en práctica conforme al plan que nos habíamos formado, dando principio con mandar construir unas llaves, á fin de tenerlas siempre á nuestra disposición, lo que logramos sacando unos moldes de las maestras.»

¡Tres muchachos, imbeles los tres y el mayor de 20 años, van á devolver á su patria la fortaleza más robusta y costosa que ha poseído hasta entonces y que cuenta para su defensa más de 2.000 infantes, 200 caballos y 800 piezas de artillería!

Concertados los tres, marcharon los hermanos Pou al campo de los españoles y conferenciaron en Olot con el brigadier Rovira, que no se cansaba de admirarlos. Bien enterado del intento y creyéndolo practicable, les mandó fueran á Tarragona para presentarse al general O'Donnell, comunicarle su proyecto y esperar su resolución. La de aquel general fué que, después de ver de nuevo á Rovira que, á su vez, recibiría instrucciones del Marqués de Campoverde, á quien

se encomendaba la ejecución de la empresa, regresaran los Pou á su casa, á la que se les enviaría aviso de cuándo y cómo habría aquélla de llevarse á cabo. No tardó en llegarles el aviso, tal diligencia ponían los jefes españoles en tan halagüeño proyecto; pero siendo, aquella, ocasión en que se alojaron en el castillo fuerzas muy numerosas llegadas de refuerzo al ejército francés, hubo de suspenderse la empresa. El marqués de Campoverde y Eroles para mayor disimulo, se dirigieron á la Cerdaña, hasta que en el momento que se creyó más oportuno volvió el Barón á Olot y con Rovira y los Pou concertó el que uno de los hermanos quedara con él en rehenes y con el otro se fuera el capitán de la Legión ligera D. José Casas á cerciorarse de la posibilidad de obtener el éxito deseado. La llegada de las fuerzas que debían entrar en la fortaleza al punto de la cita cuando ya asomaba la aurora el 27 de agosto de 1810, hizo que se malograra la expedición proyectada para aquella noche; y la alarma consiguiente en la guarnición francesa y accidentes parecidos en otras tentativas posteriores retardaron el asalto del castillo hasta el año siguiente en que Campoverde, mandando ya el Principado, recordó un proyecto cuya ejecución podría redundar en tanta gloria suya. El brigadier D. Antonio Martínez quedó en Olot encargado de la empresa; y, puesto de acuerdo con Rovira, se fijó la noche del 10 al 11 de abril de 1811 para ejecutarla, reuniéndose antes en lugar próximo al castillo las fuerzas á ella destinadas, consistentes en unos 800 hombres á las órdenes inmediatas del teniente coronel Llovera.

La entrada en la fortaleza se verificó tal como se

había ideado y con toda felicidad. Dividida la fuerza en cuatro secciones que regían con Llovera los capitanes Casas, Rimbau, Belmás é Iglesias, la de Casas, guiada por Ginés Pou, saltó el parapeto de la estacada bajando al foso de la contraguardia de San Juan, armada la bayoneta, descargados los fusiles y recogidas las municiones como en el resto de los expedicionarios. Debiéndose ejecutar la operación con el mayor sigilo y en completo silencio, era aquella una precaución indispensable, no fuera el ardor de alguno de los expedicionarios á, con un disparo, denunciar el asalto y producir su malogro. La puerta se hallaba ya abierta por el otro Pou, y por ella penetraron los nuestros en los almacenes, desde los que subieron á la plaza de armas, donde, matando al centinela, sorprendieron la guardia del Principal con muerte también de cuantos franceses la componían. Dejando allí alguna fuerza, se dirigió la restante del capitán Casas al pabellón del gobernador, general Guyot, de quien, así como de otros jefes que con él estaban, se apoderaron sin más que forzar su guardia personal. Llovera quedó allí custodiando á los prisioneros, y Casas continuó al cuartel de artillería; y, apresados unos cuantos que al toque de generala iban arrastrando una pieza de campaña, se hizo también dueño del cuartel, de donde, dada cuenta con las bayonetas de algunos artilleros que pretendían resistirse, se incorporó en la plaza á sus camaradas de las demás secciones.

La sección Rimbau se había apoderado del cuartel de infantería aunque no sin resistencia, mientras las de Belmás é Iglesias subiendo á la muralla por las primeras rampas que se les indicó á derecha é izquier-

da de la salida de los almacenes, acudieron también á la plaza; con lo que, y avisados Martínez y Rovira, penetraron con el grueso de su fuerza en la fortaleza en que se izó inmediatamente la bandera española, saludada por una triple salva de artillería y los entusiastas gritos de los vencedores. Sobre 30 muertos, 25 heridos, 1.600 prisioneros y 200 caballos; más de 800 piezas de artillería, parques abundantísimos de aquella arma y de la de ingenieros, grandes depósitos de municiones, 100.000 quintales de pólvora, 20.000 fusiles, 10.000 vestuarios, víveres para mantener á 8.000 hombres durante seis meses y cuatro millones de francos fueron presa de nuestros valientes; botín espléndido que, de haberse aprovechado como debiera, habría superado á cuanto pudiera desearse para continuar la guerra en Cataluña con gran fruto si no con éxito completo (1).

No se libró de tal desastre más que la fuerza francesa que custodiaba la entrada del hornabeque de San Roque, fronterizo á la población de Figueras, á la que se acogió tan pronto como por el ruido que escuchaba en la fortaleza y la noticia que obtuvo de su pérdida por uno de los suyos, comprendió que no le quedaba otro recurso que el de huir de ella en busca de sus camaradas de fuera. Grande, como es de suponer, fué la alarma producida en los imperiales de la villa, tan-

(1) Es tan interesante el relato del brigadier Pou, en esta parte sobre todo, y puede servir con tal fruto para darse cuenta cada uno, así de aquel suceso extraordinario como de ese género de estratagemas militares, que no queremos privar á nuestros lectores de él, trasladándolo al Apéndice núm. 6, seguros de proporcionarles gran deleite y acaso una lección provechosa.

ta como su admiración y tristeza; no pudiendo comprender cómo plaza de guerra tan fuerte y tan perfectamente abastecida de hombres, víveres y material de guerra pudiera ser así sorprendida y ganada por un enemigo, en su concepto, mezquino y hasta despreciable. Esa opinión precisamente fué el motivo más poderoso de un triunfo que, sin ella, nunca hubiera sido posible ni menos tan rápido y fácil.

Parece que la reconquista del castillo de Figueras debiera trastornar los planes impuestos por Napoleón á los mariscales que operaban en Cataluña. Así lo pensó Macdonald á quien sorprendió en Barcelona la noticia de suceso que fué á poner el colmo al disgusto que le producía, aun antes de venir, la para todos los franceses irregular y excepcional guerra de España. A punto estuvo ese acontecimiento funestísimo de impedir, como sus autores intentaban, el sitio de Tarragona que Suchet amenazaba emprender vistos los preparativos, aunque sólo principiados, que hacía para arrebatarnos aquel último baluarte de la sublevación española en el Principado.

Disposiciones preventivas de Suchet

Porque, con efecto, una vez restituídose á Zaragoza, según expusimos, el general Suchet se dedicó con su celo y acierto geniales á disponer cuanto pudiera necesitar para la ejecución de las órdenes del Emperador, tan apremiantes siempre y terminantes ya después del resultado satisfactorio obtenido por su hábil teniente en Tortosa. Lo primero que exigía su nueva misión era el asegurar la tranquilidad, relativa por supuesto, en el territorio de la circunscripción señalada á su cuerpo de ejército, el 3.° de los de España, conocido ya por su título de *Ejército de Aragón*. Para con-

seguirlo, había destacado desde la plaza recién conquistada algunos cuerpos de infantería y caballería que, recorriendo los límites de su gobierno, limpiaran principalmente de partidas españolas los de Castilla, Navarra y Valencia, de donde se hallaba de continuo amenazado de ver interrumpido el acopio de víveres, primera necesidad para las operaciones proyectadas.

Estas disposiciones hubieron de extremarse con la orden imperial de 10 de marzo en que se agregaba al gobierno de Aragón el de las provincias de Lérida y Tarragona hasta una línea que, partiendo de Garraf en la orilla del mar, se extendiese por el Noya y el Llobregat al Segre y al Noguera hasta ganar la gran cordillera de los Pirineos dividiendo los aragoneses de los catalanes. Y como este aumento territorial exigía el de fuerzas con que ocuparlo y ganar el no conquistado todavía de Tarragona, se mandaba también que todas las tropas pertenecientes al ejército de operaciones de Cataluña pasaran á servir inmediatamente á las órdenes de Suchet (1). Las tropas de Macdonald tendrían la misión de ocupar Monserrat y la conquista de Cardona, Berga, y Seo de Urgel, con lo que el ejército de Aragón podría dedicarse desembarazadamente al sitio de Tarragona.

«La toma de Tarragona, así terminaba el despacho de Berthier, señor Conde, debe coronar la gloria militar que habéis adquirido en esa campaña y daros nuevos títulos para con el Emperador.»

---

(1) Consistían esas fuerzas en 4 regimientos de infantería francesa, el 7.º y el 42.º de línea y el 1.º y el 16.º ligeros; las divisiones italianas, el 24.º de dragones franceses, el de Dragones de Napoleón y el de Cazadores reales italianos.

Macdonald estaba en Lérida; y Suchet fué á avistarse con él y convenir en la ejecución de aquellas disposiciones, inspeccionando de paso el estado de las tropas que se ponían á sus órdenes, cuyo número ascendía al considerable de 17.000 hombres (1). Con ellos reunía Suchet más de 40.000 hombres, ejército que, en manos de general tan experto y en la situación en que se hallaban los españoles que habrían de resistirle, parecía suficiente, y en París se consideraba así, para la empresa que se le había señalado. Es verdad que, compuesto de soldados de todas naciones, franceses, polacos é italianos, tan desemejantes en sus condiciones militares, necesitaría su jefe imponer en él una organización que le diera alguna homogeneidad, é infundirle un espíritu no poco decaído con los trabajos y bajas que habían experimentado y sufrido los procedentes de Cataluña en el sitio de Hostalrich y Gerona, así como en su lucha incesante, fatigosa y desmoralizadora con los miqueletes, somatenes y voluntarios de la Montaña.

A esto se dedicó en primer lugar el general Suchet pensando, como dice en sus Memorias, «en interpolar y establecer unos junto á otros los diferentes regimientos de ambos ejércitos, sin la menor distinción ni par-

(1) Dice Macdonald en sus *Recuerdos* que, habiéndose recibido la orden de emprender el sitio de Tarragona, fué él quien propuso al gobierno la entrega de una parte de sus tropas al general Suchet para que no tuviera que experimentar embarazo ninguno y obtuviera la unidad conveniente en el mando. Hay quien dice que los amigos que tenía Suchet cerca de Napoleón metieron en la corte mucho ruido sobre la derrota de los italianos en Valls, y que, irritado el Emperador, dictó aquella medida que tan desairada hubo de dejar la autoridad de Macdonald.

cialidad, y acostumbrarlos así á hacerse recíprocamente justicia, á mirarse como solidarios de una misma causa, á prestarse apoyo entre sí y á confundir toda especie de rivalidad en el deseo, común á todos, de procurarse nuevas glorias.»

De esa fuerza; esto es, de la que Macdonald entregó á Suchet el 26 de marzo, hubo, sin embargo, que destacar la de 6 á 8.000 hombres con que escoltar á aquel mariscal en su marcha á Barcelona, la cual no volvería hasta mediados de abril, regida por el general Harispe, jefe de Estado Mayor en el ejército de Aragón. Aquella marcha que el duque de Tarento, por decoro militar sin duda, se cuida de no mencionar en sus Memorias, se señaló por actos de barbarie que revelan ó el ensañamiento producido por lucha tan sin gloria en soldado de su carácter y educación para las grandes guerras á que acababa de asistir en el centro de Europa, ó el despecho por el papel desairadísimo que se veía reducido á representar con la nueva organización dada por el Emperador á sus ejércitos de Cataluña. Ensañamiento ó despecho, le hicieron olvidar lo que se debía á sí mismo, permitiendo á su tropa ó, para hablar en puridad, animándola á renovar el incendio de Manresa, pero con un refinamiento de crueldad que justificó el dictado de Nerón francés con que le dieron á conocer los catalanes, por haber, también, presenciado la catástrofe desde una altura, como el romano desde la torre capitolina.

Ardieron sobre 800 casas y entre ellas varios templos, el hospicio de las huérfanas, varias fábricas y muchísimos talleres, sacando de sus camas y arrastrando al campamento á cuantos enfermos ó viejos é invá-

lidos no habían podido abandonar la población. Después de noche tan tremenda, la del 30 al 31, Macdonald continuó su marcha y debió hacerlo por el mismo camino que Schwartz, esto es, por el del Coll de Daví, pues que Eroles y Sarsfield, que con todos los manresanos de armas tomar le esperaban en Casa Massana creyendo se dirigiría al Bruch y Esparraguera, atacaron la retaguardia francesa, dispersándola inmediatamente y persiguiendo al resto de la columna hasta meterla en Barcelona con grandes é importantes bajas en sus filas (1). Harispe, después, ó más afortunado ó más hábil, como maestro en aquel género de guerra desde 1793, en que la había hecho de modo igual con sus *Chasseurs-Basques* en los Pirineos occidentales, pudo, según hemos dicho, volver á Lérida sin nuevo contratiempo.

---

(1) No tenemos que pintar las escenas de horror de que fué Manresa teatro durante el incendio y más aún al entrar los habitantes en la ciudad, ardiendo en ira y saciando su venganza en cuantos enemigos lograron hacer prisioneros. Los franceses habían asesinado á una mujer llenándole la boca de pólvora y dándole fuego, y los manresanos, vengaron aquella infamia degollando á los prisioneros, de los que arrojaron cuatro, vivos y todo, á las llamas que sus compatriotas ó ellos mismos andaban atizando.

Ni los enfermos llegaron á salvarse al ser sacados de los hospitales, á pesar de la enérgica mediación de su médico D. José Soler, que recordó al general Salme, jefe de una de las brigadas de Harispe, el convenio, de que ya dimos cuenta, celebrado por Reding y Saint Cyr, y religiosamente observado por los españoles, según confesión de Suchet, en los hospitales de Valls y Reus. Campoverde contestó á aquel acto de barbarie con una orden sumamente enérgica, en que disponía no se diese cuartel á ningún individuo, de cualquiera clase que fuese, del ejército francés, aprehendido dentro ó á la inmediación de un pueblo que hubiera sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos; y últimamente, que adoptaría y establecería por sistema en su ejército el justo derecho de represalia en toda su extensión, graduándolo con aumento á la conducta del suyo.

Suchet se hallaba otra vez en Zaragoza poniendo en orden las fuerzas que, por no asistir al sitio de Tarragona, habrían de mantener perfectamente tranquilo el reino de Aragón, libre de toda tentativa conque los españoles trataran de turbar la acción de las distinadas á operar en Cataluña Se dedicaron tres batallones de infantería y los dragones de Napoleón á contener á los navarros en la izquierda del Ebro, y otros dos, de aquella arma también, á guarnecer los fuertes de Jaca y Venasque manteniendo á la vez la comunicación de Zaragoza con Francia por el puerto de Canfranc, *comunicación con la patria,* decía Suchet, *consuelo de tanta monta para todo hombre y especialmente para franceses.* El general Compere quedaría mandando en Zaragoza, en Borja, Tarazona y Calatayud, con cuatro batallones y dos escuadrones, á los que hay que agregar otros dos batallones destinados exclusivamente á guarnecer Calatayud y su convento de la Merced, como posición excelente para rechazar las invasiones de Castilla y mantener la comunicación con Molina, Guadalajara y Madrid. El general Paris permanecería en Daroca con cuatro batallones, 300 húsares y cuatro piezas de campaña, extendiendo su ocupación hasta Molina de Aragón, cuyo fuerte guarneció con 100 hombres armados con fusiles de grueso calibre y arcabuces, la artillería de parapeto tan recomendada por nuestros clásicos militares. Con Paris operaría siempre combinadamente el general Abbé situado con cinco batallones, 300 coraceros y dos piezas en Teruel para hacer frente á los valencianos, encerrándose, si la necesidad apuraba, en el seminario, convenientemente fortificado y provisto. En Alcañiz y

Morella se estableció el coronel Dupeiroux con 1.400 infantes, así para ocupar aquellas poblaciones como para proteger los convoyes dirigidos á Mora y el abastecimiento del ejército sitiador de Tarragona, el cual podría, además, confiar en que el curso del Ebro desde Mequinenza á Tortosa y la Rápita se hallaba custodiado por dos batallones y 100 dragones que guarnecían á Tortosa, 400 infantes, que vigilaban las bocas de aquel río, y otros 1.200 que se habían situado en Batea, Caspe y la confluencia con el Segre.

El plan de defensa estaba perfectamente ideado y á su ejecución se habían comprometido generales que merecían con justicia el aprecio de Suchet quien, á pesar de ser tan considerables las fuerzas que les confiara, podía contar aún con 30 batallones y varios escuadrones, un numeroso cuerpo de artilleros é ingenieros y material de sitio en abundancia, que se deja presumir con recordar que se acababan de conquistar las fortalezas de Lérida, Mequinenza y Tortosa, donde habían caído en poder de los franceses tantas y tan excelentes piezas de artillería y grandes cantidades de municiones de todos calibres.

Alarma de Macdonald.

Todo, así, se encontraba preparado para la jornada de Tarragona cuando, en vez de las notiticias que se habían pedido sobre los movimientos que iba á emprender Macdonald para apoyarla, llegó á Zaragoza una carta de aquel mariscal que hubiera podido trastornar plan tan meditado y producir las consecuencias más funestas para su éxito. Al anunciar la pérdida del castillo de Figueras, pedía el duque de Tarento se le enviaran á marchas forzadas, pues no debía perderse un solo minuto, todas las tropas de Cataluña que

acababan de pasar á las órdenes de Suchet. «Mi querido general, le decía, á nombre de la cosa pública el servicio del Emperador exige imperiosamente y sin la menor demora los más prontos socorros; sin ellos, la alta Cataluña se pierde sin remedio, Rosas, Gerona y Hostalrich no están abastecidas. Las consecuencias de este acontecimiento cruel, cuyas circunstancias no conozco todavía, son incalculables.»

Con la misma fecha, el general Maurice-Mathieu, gobernador de Barcelona, escribía al de Lérida otra carta tan apremiante y aflictiva como la de Macdonald y poniendo de manifiesto los mismos temores é igual pensamiento de remedio, el de que volvieran á Cataluña las fuerzas que se habían enviado á Suchet, *quien de seguro,* decía Mathieu, *no se negaría á ello.*

Resolución de Suchet.

La primera de aquellas cartas sumió al general Suchet en las más profundas meditaciones. A la natural sorpresa y al sentimiento que debía producirle la noticia, sucedieron en su ánimo dudas y vacilaciones bien comprensibles en la dificilísima situación en que le colocaba tan infausto acontecimiento. No había tiempo á esperar las órdenes del Emperador ni debía atender á otras consideraciones que á las del deber que le imponían las ya recibidas y, sobre todo, la del mejor servicio en circunstancias que podrían llegar á ser sumamente transcendentales si no se acertaba en la resolución que hubiera de tomarse. Necesitábanse, además, quince ó veinte días para que las fuerzas recientemente incorporadas al ejército de Aragón pudieran operar junto á Figueras, tiempo que, con el transcurrido en la transmisión de la noticia, era más que sobrado para que los españoles del castillo se reforza-

ran y abastecieran suficientemente, si las tropas existentes en derredor de la fortaleza no lo hubiesen ya impedido. Llegarían, pues, tarde las que se destinaran entonces; y sin órdenes de París, donde se habría sabido el suceso antes que en Zaragoza y de donde se habría quizás acudido al remedio, parecíale á Suchet aventurado interrumpir la marcha, ya iniciada, de las operaciones impuestas por el Emperador. Esas razones y varias otras deducidas de la situación de las provincias en que se operaba, ya en el Ampurdán bajo el mando del duque de Tarento que habría de reducir su acción á la del bloqueo de la fortaleza Figueras para lo que aún conservaba medios, ya en Aragón amenazado todos los días de invasiones por sus fronteras, ya, por fin, para el objeto preferente de la campaña, el sitio de Tarragona, que distraería á los catalanes de su empeño contra Macdonald y contra Barcelona y cuya conquista destruiría las principales fuerzas con que contaba el Principado, esas razones, repetimos, decidieron á Suchet á desentenderse de las reclamaciones de su colega y apresurar el comienzo de su jornada á la antigua metrópoli de la España Citerior (1).

---

(1) Esa resolución está minuciosa y perfectamente explicada en las Memorias de aquel general, quien termina así sus razonamientos. «Pesados y bien calculados todos estos motivos, el general Suchet se decidió á marchar contra Tarragona, sin que le arredrasen el estado no completo aún de sus preparativos ni la distancia á que se encontraban muchos cuerpos, en marcha á la sazón para reunirse los unos con los otros según la nueva organización del ejército. Principiar, pues, la operación con lo que se hallaba pronto y preparado ya, disponer de las tropas que se vieran más cercanas y marchar al encuentro

Dejó, pues, arreglados cuantos asuntos habían exigido su presencia en Zaragoza, la administración del país en toda la margen derecha del Ebro, los servicios necesarios para la conservación de las comunicaciones con el ejército que iba á operar en la izquierda, los indispensables de la provisión de víveres, y dictando las órdenes más precisas para la marcha de los cuerpos é individuos que por la premura del tiempo no podía llevarse consigo, se trasladaba el 24 de abril á Lérida, donde el 26 revistaba las tropas de Harispe acabadas de llegar de su expedición á Barcelona escoltando á Macdonald. Se conoce que lo que más le había preocupado al salir de Zaragoza, había sido el peligro en que quedaban la frontera de Navarra y el alto Aragón, pues dejó para observar aquellas regiones y proteger

---

del enemigo, tal fué su resolución, que hizo conocer al Mayor General sin pérdida de tiempo. Pocos días después tuvo la satisfacción de verla, no ya sólo aprobada, si que aplaudida también y elogiada por el Emperador, quien dijo al saberla: *He aquí una idea muy militar.*»

No se halla esa frase en la correspondencia de Napoleón; pero no sólo sería aprobada la resolución de Suchet sino prevista como la más hábil, porque el 23 de abril se disponía el envío á Baraguey d'Hilliers de un refuerzo de 14.000 hombres para el sitio del castillo de Figueras, y el 28 se mandaba ir al Ampurdán á Macdonald *por no saber Baraguey lo que se hacía;* se apremiaba él 24 á Suchet para marchar sobre Tarragona, orden que se repetía el 12 de mayo manifestándole el disgusto de ver que dejase dormir tantas fuerzas como las que tenía en sus manos, no aprovechando las circunstancias para atacar á Tarragona y se extrañaba el 29 que no se oyese hablar de Suchet.

El general Suchet hubiera, pues, cometido una gran falta de haberse dejado llevar de las reclamaciones del duque de Tarento.

los establecimientos de la izquierda del Ebro entre Zaragoza y Lérida al general Klopicki con cuatro batallones y 200 húsares, dirigidos principalmente á observar y, en su caso, derrotar á Mina impidiendo su unión con los catalanes del alto Pirineo (1).

Marcha sobre Tarragona.

El 29 llegaba Suchet á Montblanch, precedido de la división Harispe que el día anterior ocupaba aquella población y su convento, el cual fué inmediatamente fortificado y guarnecido. A su retaguardia iba la división Frére, y acudía por Cambrils la del general Habert que salió de Tortosa. El día 2 se establecía el cuartel general en Reus; el 3 avanzaba la brigada Salme al Francolí cerca ya de Tarragona; la división Harispe ocupaba Constantí cubriendo Frére sus posiciones, y Habert iba adelantando sus tropas á Vilaseca para con las otras fuerzas cerrar las avenidas todas de Tarragona por la parte de tierra. No se hicieron estos movimientos sin oposición de los españoles, que salieron de la plaza en cuanto se supo que se acercaban los franceses con intento, ya manifiesto, de intentar el sitio.

Preliminares del sitio.

Si hasta el 3 se limitaron á observar á los imperiales y aun se previnieron para resistir el ataque, temido en momentos, al fuerte del Olivo, el 4, al verlos en la Canonja, Constantí y el mesón de la Serafina, se confirmaron en sus recelos y acudieron á defender algunos atrincheramientos avanzados de aquel fuerte, cuyo fuego y el de la plaza detuvieron por allí á los sitiado-

(1) ¡Coincidencia singular! Napoleón le hacía decir el 12 de mayo que era necesario dejase la brigada Klopicki para la defensa del país por la parte de Navarra. Si grande era el concepto que el general polaco merecía á su jefe, que elogiaba su actividad, su firmeza y talentos, no era menor el que debía al Emperador.

res quiénes, en cambio, ocuparon los reductos abandonados de Loreto y se extendieron hasta la orilla del mar por ambos lados. El 5, los franceses habían cortado las cañerías y el acueducto que surtían de agua á Tarragona, é interceptado también las comunicaciones con el resto de Cataluña excepto por el mar, dominado por nuestras naves y las de Inglaterra. Formóse, pues, en derredor de la plaza un gran campo, al que fué acudiendo el material necesario para el sitio desde Lérida y principalmente de Tortosa, cuidando de que no se retrasara el general Suchet desde Constantí, adonde adelantó su cuartel general, ansioso de gloria y *del bastón de Mariscal* con que se le quería alentar (1).

Podía darse por bloqueada la plaza de Tarragona y pronto comenzarían los franceses las obras con que aproximarse y emprender el sitio.

Acción de Figueras.

Entretanto, tenemos que volver los ojos al Castillo de San Fernando, bloqueado también y en cuyas inmediaciones se reñía una acción tan variada é interesante como tenaz y sangrienta.

Ya hemos expuesto la sensación que había producido la reconquista de aquella fortaleza, así entre los españoles, cuya exaltación patriótica se excitó hasta un grado extraordinario, como entre los franceses. Era aquel fuerte su plaza de armas en Cataluña y el depósito general de sus recursos, artillería, municiones, víveres, caudales, cuanto servía de reserva para

(1) La mujer de Suchet que se hallaba en Zaragoza tratando de atraerse voluntades á fuerza de amabilidades y fiestas, se fué por Jaca y Canfranc á París *para cuidar, decían, de los intereses de su marido.*

guerra tan excepcional y comprometida. La falta de vigilancia, causa de pérdida de tamaño interés, tenía que ser corregida por una actividad que, por lo menos, evitara las consecuencias que pudiera producir. Así es que tan pronto como se supo en la guarnición de la ciudad de Figueras y los cantones inmediatos el suceso, pusiéronse en armas las tropas francesas y emprendieron el bloqueo de la fortaleza, procurando aislarla é impedir la entrada en ella de los refuerzos y provisiones con que los españoles procurarían preparar su defensa.

Y, con efecto, el general Baraguey d'Hilliers, que mandaba en Gerona, reuniendo cuantas fuerzas pudo allegar en la plaza y los destacamentos próximos, se trasladó á Figueras. Los españoles por su lado, no sólo acudieron á reforzar á los que dominaban ya el castillo, sino que, de camino puede decirse, fueron apoderándose de puestos que suponían sin esperanza de auxilio en aquellos momentos de concentración general de las tropas francesas. En camino, repetimos, para unirse á los conquistadores de Figueras, el barón de Eroles se apoderó el día 13 de los fuertes de Castellfullit y Olot, donde cayeron prisioneros más de 500 franceses con 16 oficiales, armas, víveres y municiones. Siguiendo su marcha, llegaba Eroles á Lladó donde se le incorporaron el 14 y el 15 las partidas que Martínez había dejado fuera del castillo de Figueras y el regimiento de caballería de Alcántara que conducía su coronel D. Santiago Pierrard desde el Esquirol. Con esas fuerzas, que componían la de unos 2.400 infantes y 84 caballos, avanzó el Barón á Figueras, á cuyo frente le esperaban los franceses sabedores de su

jornada por haber interceptado la carta en que la noticiaba al gobernador del castillo. No fué, sin embargo, aquel contratiempo obstáculo suficiente á detener al caudillo catalán en su resolución de unirse á los sitiados; y, atacando la posición de *Tres casas* y, ganada ésta, la de la sierra de Puigventós, que tenía el enemigo guarnecida con un regimiento de infantería y dos piezas, se abrió el paso al castillo con grande estrago de los que pretendían interceptárselo.

El comandante militar del distrito de Palamós ocupaba, á su vez, aquel puerto que los franceses habían evacuado volando sus polvorines é inutilizando la artillería y las municiones que allí tenían. Otro tanto acontecía en la villa de Bañolas, abandonada también por los invasores; que no parece sino que franceses y españoles cifraban sus esperanzas de triunfo en la ocupación ó en la defensa del castillo de Figueras, adonde afluían de todas partes unos y otros (1). Los pueblos próximos se apresuraron á enviar al castillo toda clase de auxilios, gente y víveres, que es cuanto podían proporcionar, por lo que se consideraba asegurado en poder de los catalanes sus conquistadores. Lo más importante, sin embargo, era sacar fruto de aquella tan señalada hazaña; y las divisiones que operaban en el Principado debían, reunidas ó en combinación, impedir la reacción que naturalmente intentarían los franceses antes de exponerse á dejar estériles los extraor-

(1) El comandante de las fuerzas navales británicas en las costas de Cataluña, participaba que había quemado, arruinado é inutilizado completamente todas las baterías y obras del enemigo en San Felíu, Palamós , la Escala, Cadaqués y la Selva, embarcando toda la artillería cogida en ellas.

dinarios esfuerzos que hacía tres años andaban haciendo para dominar las provincias catalanas. Mas, por desgracia, si Martínez y Rovira se habían mostrado diligentes en guarnecer el castillo reuniendo hasta 4.000 hombres para su defensa, no lo estuvo Campoverde para completar esa defensa antes de que los franceses, no perezosos en sus intentos de inutilizarla, reunieran medios con que oponerse á los tardíos ya del Marqués, su enemigo. El 12 de abril se sabía en Tarragona la ocupación del castillo y hasta el 18 no emprendió Campoverde la marcha al Ampurdán, y al tiempo de su llegada al frente de Figueras, que era el 2 de mayo, tenían los franceses sobre 10.000 hombres, de los que 600 de caballería, con que combatirle; fuerza casi igual en número á la suya, aun contando con la guarnición de la fortaleza que, según acabamos de decir, constaba de 4.000 entre tropa, miqueletes y somatenes.

Era necesario adelantar el combate para que no llegasen á Baraguey los refuerzos que Napoleón había mandado se le enviaran del Rosellón, de los que se habían puesto en camino desde Montlouis y estaban ya en Figueras 3.000 hombres que había conducido el general Quesnel, y próximos, además, algunos jinetes y artillería procedentes también de la frontera. Podrían llegar otros socorros de Barcelona, de donde Macdonald, que en los primeros momentos había querido salir con una escolta de solos 50 jinetes, no tardaría en llevar un fuerte destacamento. Urgía, pues, no sólo meter en San Fernando artilleros que sirviesen el gran número de piezas que había en el fuerte, sino que aventar también de sus inmediaciones, de la ciu-

dad sobre todo, á los franceses que lo bloqueaban. Decidió, pues, Campoverde, después de un detenido reconocimiento, atacar la mañana del 3 el campo francés, bastante débil en cuanto tenía que abrazar el circuito de la fortaleza y las principales avenidas por donde pudieran meterse en ella los socorros. Las guerrillas de Campoverde no hallaron dificultad en arrollar á las francesas de caballería que las observaban, mientras nuestra división de vanguardia, encaminándose á la población por la carretera general, batía una masa de 200 dragones que, con muchos muertos en la refriega, dejaron más de 50 prisioneros en su poder. El resto de la caballería enemiga trató de reparar aquel revés, pero también fué derrotada por Sarsfield que, con eso, pudo rodear la población donde se habían metido los fugitivos al abrigo de parte de la infantería que la tenía ocupada y atrincherada. Ya Sarsfield había roto el fuego; y esperando la cooperación del cuerpo de reserva que pidió á Campoverde, se disponía á penetrar en Figueras, en la confianza también de que Eroles entraría por la parte del castillo saliendo de él á la cabeza de 2.000 hombres, cuando el coronel Pierrard que, con su regimiento de Alcántara, precedía al Barón, dió al general en jefe la noticia de que los franceses pedían capitular. Aceptó Campoverde la proposición y confió al mismo Pierrard el encargo de arreglar el convenio mediante instrucciones que le dió verbalmente, mandando á Sarsfield suspender el ataque y á las demás tropas el fuego, roto poco antes en toda línea. Si el Marqués, menos confiado ante una propuesta hecha por fuerza tan numerosa y respetable, por consiguiente, como la enemiga que tenía enfrente, hubiera vigila-

do con la atención que merecía la marcha de las negociaciones y mantenido á su tropa siempre alerta y amenazando con su acción á la menor dificultad que se opusiera ó á la dilación más breve que se ofreciese, podría disculpar su pronta condescendencia: nadie la hubiera criticado. Pero no resulta exacto el que observara los dos campos, según afirma en su parte al Gobierno, sino que, por el contrario, entregándose á la satisfacción de tan fácil triunfo, cayó en el lazo que le tendía Baraguey d'Hilliers quien, á pesar de *no saber lo que se hacía,* según la frase de Napoleón, supo engañar á Pierrard y á Campoverde entreteniéndolos el tiempo que necesitaba para que sus tropas se unieran y combinaran su acción (1).

Transcurrían las horas, la negociación no acababa y algo debió traslucir Campoverde cuando envió al general Baraguey un parlamento manifestándole que, si no concluía pronto la capitulación, volvería á atacarle. Pero el francés había terminado la maniobra que su mala fe le tenía inspirada desde que temió verse arrollado y en la precisión de rendirse en Figueras, y contestó á la intimación del Marqués rompiendo el fuego con las tropas que antes gobernaba y las nuevas que corrían en su socorro. Había, con efecto, llevado á un olivar inmediato á la población y á sus espaldas y flanco, una fuerte columna de cerca de 3.000 hombres con seis piezas, con la que se conside-

(1) Pierrard era un emigrado francés como tantos otros de la época revalucionaria que se habían acogido á España y peleado, siempre valientemente, en las filas españolas durante la guerra de 1793 á 1795 y después en la de la Independencia. Sin embargo, como francés, no vería sin gusto una ocasión como aquélla, en su concepto, así es de creer, humanitaria.

ró, y con razón, á cubierto de cualquier ataque. Cierto que hubo de quedar sin cubrir un lado de la línea de contravalación establecida para el bloqueo de la fortaleza, por donde se pudo meter una parte considerable del convoy y de la fuerza destinada á la guarnición; pero también se pudo dar por fracasado el intento de hacer levantar el cerco y escarmentar por mucho tiempo á los que lo habían puesto.

En vano Sarsfield y Eroles en combinación atacaron el pueblo con varias columnas, porque, al entrar en él, se vió el primero asaltado por su flanco derecho, y hubieron los dos de retirarse, cada uno por su lado y con graves pérdidas, causadas principalmente por la artillería y por los dragones que se cebaron en los que más se resistían á abandonar la que dos horas antes creían presa de su ardimiento.

Algo se había conseguido transcendental para la ulterior defensa del Castillo, que así se halló con artilleros para las piezas en él montadas y algunos víveres con que prolongarla; pero las bajas sufridas fueron muchas, como que ascendieron á una cifra próxima á la de un millar entre muertos y heridos, no pasando de 700 la de los franceses. Campoverde, con eso, Eroles, Rovira y otros de los jefes más caracterizados de los voluntarios catalanes hubieron de volver á sus anteriores posiciones de la Montaña, sin siquiera llevarse los prisioneros hechos en la fortaleza el día de su reconquista.

El Marqués, desgraciado en su empresa del Castillo de Montjuich y desgraciado en la acción de Figueras, en uno y otro caso por excesiva credulidad y falta de la previsión más necesaria en los accidentes de la

guerra, volvió á Tarragona, donde le llamaba con urgencia la situación de Suchet en las inmediaciones de aquella plaza. No pudiendo verificarlo por tierra, interceptadas como ya estaban las avenidas de la plaza con las columnas del sitiador y las obras que éste había comenzado, Campoverde se embarcó en Mataró con 4.000 infantes y varios efectos de guerra, llevados, primero, á Sitjes, donde quedó la mitad de aquella fuerza, y luego á Tarragona, en 50 velas que convoyaron el navío Blake de la marina británica, una fragata y un bergantín. Sarsfield con 2.000 infantes y sobre 1.000 caballos se dirigió al territorio de sus últimas operaciones, procurando, como veremos pronto, interceptar las comunicaciones de Suchet con Lérida.

El Ampurdán quedó por el duque de Tarento que, al trasladarse desde Barcelona á Figueras, reconocer la falta absoluta de un tren con que acometer el sitio de la fortaleza, y no siendo atendidas sus reclamaciones para que se le proveyese de él desde Francia, se limitó á ordenar el bloqueo más riguroso, esperando del aislamiento y el hambre de los sitiados lo que comprendió no conseguirían las armas (1).

El marqués de Campoverde halló la plaza de Tarra- Situación de Tarragona

(1) Dice en sus Memorias: «Fué, pues, necesario limitarse á poner el cerco y estrechar la fortaleza con obras de fortificación, armándolas con artillería de campaña, no para batirla sino para rechazar las salidas y la llegada de socorros. Me acordé del famoso sitio de Alise é hice emprender trabajos análogos según cada localidad».

Y añade por nota «Alise ó Alesia, sitiada por César y defendida por Vercingetorix». Esto, suponiendo en sus lectores la ignorancia más supina.

¡Cuidado si se necesita tener *tupé*, como vulgarmente se dice, para tal comparación en general tan infeliz como Macdonald en aquella campaña!

gona en una situación bien difícil, por el asedio que se la había puesto y las condiciones políticas y militares en que se veía después de las recientes tristísimas jornadas de Montjuich y el socorro del castillo de Figueras. Después de tres años de guerra en que se estaba considerando aquella plaza como el *Paladium* del principado catalán, punto de concentración de sus recursos militares y de comunicación con la parte libre de la Península, con Cádiz, principalmente, y, así, con el mundo todo libre de la acción napoleónica, parece que debieran sus autoridades haber cuidado más de ponerla á cubierto del riesgo que bien se veía amenazarla. Ocupada é inmediatamente abandonada por Chabrán en su expedición de mayo de 1808, había sido después objeto de los pensamientos de Napoleón para el dominio de Cataluña y de codicia para sus generales. Si importaba tener antes á Gerona por sus comunicaciones entre Barcelona y Francia, igual ó mayor interés ofrecía Tarragona luego; que si la primera de aquellas plazas significaba, mejor dicho, debía significar el dominio de un territorio tan vasto, rico é influyente en la suerte de la guerra por lo fronterizo y por las circunstancias de su costa, la segunda, esto es, Tarragona, representaría, una vez ocupada, el aislamiento de los indomables catalanes, así de sus compatriotas del interior, aragoneses y valencianos, como de los que, imperando en el mar, hallarían cerrada la puerta por donde introducir entre sus protegidos los recursos que éstos pudieran necesitar para continuar con fortuna una lucha que á ellos también les interesaba mucho. Por eso, repetimos, recomendaba tanto el Emperador la posesión de Tarragona, á Duhesme en un

principio, á Goubión-Saint Cyr después y á Augereau, y ahora á Macdonald y Suchet, confiándola al que le ofreciera mayores probabilidades de realizarla feliz é inmediatamente.

Y, sin embargo, ni la Junta Superior de Cataluña ni los generales encargados de dirigir la guerra habían puesto la atención ni el esmero que merecía la defensa de aquel importantísimo baluarte de la independencia española en región tan privilegiada. Las escisiones políticas en aquella tan asendereada y variable corporación, y el ansia, aunque generosa, mal entendida, en los delegados militares de brillar por su valor y sus talentos en las operaciones ofensivas, habían hecho olvidar que el poder hasta entonces no contrarrestado de sus enemigos en Europa acabaría por dirigir sus miras y sus esfuerzos sobre un punto que nunca se había tenido ni podía considerarse como inconquistable.

Estado de la ciudad y sus fuertes.

Tarragona, la hermosa ciudad base de las operaciones militares de los romanos y de su ocupación secular en España, emporio también de su comercio y puerto de donde comunicaban con la metrópoli, con rastros hoy elocuentísimos de su anterior magnificencia, de su floreciente estado de cultura y de su fortaleza, por fin, desde los tiempos más remotos, no correspondía, como acabamos de decir, á condiciones tan gloriosas al asomar los franceses á sus muros en 1811. De su antigua y numerosa población, acrecida con el inmenso presidio de las legiones destinadas á mantener la ocupación romana para acudir allí donde se tratara de sacudirla ó negar la obediencia á los delegados consulares ó imperiales que tan despóticamente la exigían para satisfacer sus rapaces y sanguinarios instintos,

había Tarragona reducídose á ciudad de segundo orden, en el administrativo moderno, y á mediana plaza de armas, obscurecida por las de Barcelona y Tortosa que significaban el dominio del Principado, aquella, y la comunicación principal y expedita, ésta, con el interior de la Península y su costa de Levante. Hasta su importancia comercial se había, puede decirse, que anulado, desapareciendo su tráfico con las tierras lejanas que baña el Mediterráneo, Italia, Grecia, el Asia menor, el Egipto y el Africa, limitado ahora á la extracción de los frutos de su feracísimo territorio á paises próximos y no visitados de las naves de otros más industriosos y activos. Era, en una palabra, y sigue siéndolo, ciudad, no sólo decaída de su antiguo esplendor, templo en ruinas con las de monumentos los más soberbios de remotas civilizaciones, hoy admirados de los sabios, sino de población escasa, reducida á poco más de 10.000 habitantes, de más escaso comercio y, lo que tanto importaba en aquellos días, con fortificaciones ni bien entendidas ni acabadas.

Divídese en dos partes. La ciudad alta, la antigua, la nobilísima metrópoli de la España citerior, fué cerrada, primero, con muros ciclópeos de los que causa la mayor admiración lo que de ellos queda, amenazado, aun así, de bárbaras profanaciones. Reforzada luego con recinto mejor entendido, hecho con cemento romano y torreado para la defensa de sus vetustas murallas, fué reformada en los tiempos modernos con los adelantos del arte polémica, gradual y sucesivamente aplicados según las ocasiones á que la han llevado tanta y tanta lucha exterior ó política como de que ha sido escenario. La ciudad baja, arrabal cons-

truído en la orilla del mar y tocando al puerto, asiento de la industria y del tráfico que por él se hacen, no tenía antiguamente otra importancia que la de aquel medio de comunicación con las regiones mediterráneas, comunicación, eso sí, militar, política y comercial. Ahora las dos ciudades formaban un sólò sistema que, en su concepto militar, constituía una vasta plaza de armas, sin los elementos, empero, que la hicieran lo que los catalanes de la guerra de la Independencia cándidamente creían, una fortaleza inexpugnable.

Ese sistema de fortificaciones afecta la forma de un vasto paralelógramo que cae en anfiteatro desde una altura de más de 60 metros, á que se eleva el lado superior, escarpada y de roca durísima, hasta el mar. Acantilada también y áspera en el lado oriental y en el que mira al Sur, va en descenso bastante suave al Oeste hasta hundirse en la parte del puerto y en la margen izquierda del Francolí, donde terminan las fortificaciones entre tierras de labor que favorecen notablemente su ataque. El recinto de la ciudad alta es continuo, pero sin fosos en sus cortinas y baluartes.

Está cubierto su lado oriental, aunque en situación muy avanzada, por los dos pequeños reductos que antes citamos, abandonados de los españoles, y por una línea de fuertes, precedidos de camino cubierto, que cierra todo el frente hasta el mar barreando la carretera de Barcelona en terreno siempre rocoso y dominado, además, por un reducto avanzado que la flanquea y bate también la parte de costa en que se levanta.

El frente septentrional está del mismo modo cubierto por dos grandes lunetas, especie de guardias avan-

zadas vigilando el terreno menos accidentado pero inmediato y flanqueando su lado izquierdo, el cual está también precedido de rebellines con camino cubierto para unir las fortificaciones de la ciudad alta con las de la baja, más necesitada de defensa. Pero la del lado Norte, que estamos describiendo, consiste principalmente, más que en su posición elevada y en su suelo de roca, en una obra avanzada á la distancia de 800 metros, tan fuerte como importante. El fuerte del Olivo, construido en el extremo de una meseta de rocas de 70 metros de elevación sobre el nivel del mar, tenía la figura de un hornabeque irregular de 500 metros de periferia, bastante bien adaptada á su asiento. Hallábase circuido de fosos anchos de 12 metros y profundos, cortados á pico en la roca y precedidos de un camino cubierto pero sin terminar. La parte de su derecha, inacabada también, estaba tan sólo defendida por un áspero escarpe de nueve á diez metros de altura.

La gola era abierta, tal sólo defendida por una galería aspillerada, con muro de empalizada cubriendo dos puertas cuyo ingreso obstruían dos pequeños redientes, pero más defendida aún por los fuegos de la plaza y particularmente por el de las grandes lunetas á que antes nos hemos referido. En el interior del fuerte se levantaba un reducto de tierra y empalizado, también de figura de hornabeque, con un caballero armado de tres piezas acasamatadas que batían con su fuego la meseta y los pliegues del terreno que la forman hacia aquella parte. El fuerte todo estaba armado con 47 piezas y solía tener más de 1.000 hombres de guarnición, datos que revelan más que nada sus

proporciones y su importancia para la defensa de Tarragona.

La ciudad baja estaba protegida en su parte más vulnerable, la del Francolí, por el Fuerte Real, pequeño reducto cuadrado, con baluartes pero sin fosos ni camino cubierto, rodeado de una línea de baluartes, si inmediatos algunos y cubriéndolo, extendiéndose los demás hasta el puerto. En la desembocadura del Francolí y en su extrema izquierda, había un pequeño fuerte, con el nombre mismo del río, cuya misión consistía en asegurar á la plaza el aprovisionamiento de agua dulce cuando se impidiese el de la que llevaba el acueducto, y proteger el puerto y su servicio. El fuerte del Francolí se unía al recinto de la ciudad baja y á la línea de baluartes que acabamos de mencionar, por otra paralela al mar, protegida á su vez por una luneta, la del Príncipe, una media luna, la del Rey, y una cortadura de 80 metros próximamente mirando al puerto, en cuyo muelle también se habían establecido dos baterías con fuegos sobre las golas de aquellas obras y sobre la margen derecha del Francolí (1).

Estos eran los elementos materiales defensivos de la plaza de Tarragona, si bien descuidados, ya lo hemos dicho, por la incuria de unos y la excesiva confianza en otros, empeñados en que, abiertas las puertas del mar, nunca les faltarían medios para hacerla inespugnable. Más de 300 piezas de artillería montadas en las murallas del recinto y en los fuertes exteriores; una guarnición que podía aumentarse según las exigencias del sitio, si entonces de 7 á 8.000 hombres, de 12 ó

(1) Véase el atlas del Depósito de la Guerra.

más miles cuando se quisiera ó se necesitase; grandes depósitos de municiones y de víveres siempre frescos; una provincia enfrente, dispuesta á cooperar á la defensa por medios directos ó indirectos, y el espectáculo, constantemente á la vista, de las naves inglesas, cuya bandera significaba todo género de socorros en hombres, objetos de guerra y dinero, eran, en efecto, elementos materiales y morales muy propios para exaltar el ánimo de los defensores, aun cuando éstos no fueran españoles no rindiéndose nunca sino al hambre y la peste en la defensa de sus hogares, fortificados ó no.

Constituían la guarnición tropas de todas clases, del ejército regular, de voluntarios catalanes y aun de vecinos de la ciudad. Con los refuerzos sucesivos que la fueron elevando hasta alcanzar una masa de 10 á 12.000 hombres á veces, reunía en los últimos días del sitio sobre 8.000 infantes de los regimientos de Valencia, Saboya, América, Granada, Santa Fe, Almería, Almansa é Iliberia y los batallones de Voluntarios ligeros de Zaragoza, Gerona y Tarragona. Había además artilleros, aunque no los suficientes, algunos zapadores, y cerca de 2.000 voluntarios del país y guardias de los respectivos generales.

Gobernaba la plaza y el cantón en que está enclavada el general D. Juan Caro, acreditado ya de bravo en Cataluña, quien, á la vista el enemigo, dirigió á los *Catalanes* y á los *Jefes*, *Oficiales y Soldados* de la guarnición dos proclamas, tan intencionadas y enérgicas como oportunas y hábiles. «Ha llegado el caso, decía á los catalanes, de haceros saber de una vez para siempre mi determinación.—Entre vosotros no me rindo jamás á ninguna fuerza.—No admito tratados, inteli-

gencias y explicaciones.—Todo parlamentario será recibido con fuego en todas las avanzadas y puestos.—No habrá juntas más que para aumentar la defensa, pues no tengo que tratar ni necesita consejo mi deber y mi resolución de defender á cualquier costa hasta morir.—Confiad en mi protección y en mi firmeza.»

Suchet, pues, comprendió al momento las dificultades que tendría que vencer para la conquista de Tarragona; y después de los primeros choques al acercarse al recinto y reconocerlo, se preparó á, dando al olvido sus jactanciosos proyectos tan rudamente escarmentados en Valencia, emprender un sitio metódico y, de consiguiente, pausado, pero enérgico y decisivo.

Disponía de 29 batallones y 10 escuadrones, tropas de artillería é ingenieros; 20.000 hombres en todo, un tren de sitio de 102 piezas de todos calibres y el material necesario para cuantos trabajos pudieran exigirse en el ataque de las fortificaciones de la plaza. Esas fuerzas estaban organizadas en tres divisiones de infantería, al mando, según sus números, de los generales Harispe, Habert y Frére; una de caballería á las órdenes del general Boussard; artilleros y tren que regía el general Valée, y los ingenieros dirigidos por el general Rogniat, jefes todos experimentados y de reputación indiscutible en el ejército francés (1)

Primeras operaciones del sitio.

La situación de esas divisiones y la de los cuerpos que las componían iba dirigida á aislar la plaza por la parte de tierra, constituyendo, para mejor conseguirlo, tres campamentos que se diesen la mano por medio de avanzadas, grandes guardias y trincheras que

(1) Véanse los estados de fuerza en el Apéndice n.º 7.

se comenzaron á construir desde el primer día de la llegada de las tropas al frente de Tarragona. La división Harispe, la primera en batirse con nuestras avanzadas, se estableció frente al fuerte del Olivo, teniendo para cubrirse y como vanguardia la brigada Salme. La división italiana, que ya hemos visto que formaba parte de la de Harispe, prolongó su movimiento por la izquierda mientras se batía Salme, y se situó sobre Loreto y El Ermitaño, interceptando los caminos de Valls y Barcelona y extendiéndose hasta el mar. El general Frére se aproximó al Francolí, estableciendo un regimiento, el 1.° de infantería ligera, en la margen izquierda para que se diese la mano, repetimos, por un lado con él, y por el otro con la división Habert que completó la ocupación de la derecha de aquel río y el cerco con fuerzas que se situaron junto al mar, á la vista del puènte y del fuerte que, con el nombre ambos del Francolí, constituyen el extremo del lado occidental de la plaza. Situado así el ejército francés, podía darse por establecido el cerco, hecha la que malamente suele llamarse *embestidura* de Tarragona.

Había que fijar el plan de ataque; y después de una detenida discusión, según dice Suchet en sus Memorias, con los generales Valée y Rogniat, ocupados varios días en forjarlo, se convino en emprender el sitio por la ciudad y el Francolí. «Las obras, dice el célebre general, que el enemigo tenía allí construídas con tanta profusión, se presentaban en punta, de modo que ciñéndolas bien, quedábamos en gran parte como á cubierto de muchos de sus fuegos. Este ataque, además, que debía impedir por el pronto á los sitiados el llegar hasta el Francolí y poco después el uso del

puerto, nos daba la esperanza de dejarlos luego reducidos al agua salobre de los pozos y de hacer más difíciles sus comunicaciones con la escuadra inglesa.»

Era, pues, un plan doble por el que emprendía Suchet el sitio; el de las armas buscando el camino en su concepto más fácil y económico de sangre para sus tropas, y el de la sed y el hambre para que los sitiados, privados de todo socorro exterior, se debilitasen con aquel azote y con el espectáculo de sus camaradas y protegidos de la ciudad. Porque Suchet, al acordar aquel proyecto cruelmente hábil, se había ya adelantado á aumentar la población imbele de Tarragona. Y ¿por qué medio? Pues envió desde Reus y Vilaseca cuantos heridos de los combates anteriores y cuantos enfermos halló en los hospitales, sin permitirles llevar consigo efecto alguno, ni siquiera ropa, para así aumentar la población doliente y producir en la sana la debilidad que causa el aspecto de tanta miseria y el temor de un porvenir semejante (1). Suchet olvidó en varias ocasiones que peleaba con españoles á pesar de haberlo hecho en las calles de Zaragoza.

Pero aun fijándose en el ataque por el Francolí y aun comprendiendo que era imposible el del frente septentrional, así por su extensión y los fuertes que lo cubrían como por el áspero escarpe en que se alzaba, y no menos difícil el del oriental por circunstancias muy parecidas, Suchet y sus ingenieros pensaron para día próximo también y oportuno, el ataque y el asalto y ocupación del fuerte del Olivo. Convenientísima era

(1) Socorridos con todo lo preciso, se les embarcó, y bien pudo preverlo Suchet, para Sitjes, Mataró y otros puntos libres entonces de la ocupación francesa.

esa operación por cualquiera parte que se atacase la ciudad; indispensable hubiera sido de elegir los frentes del Norte y especialmente el del Este; pero, al tomar el occidental por objetivo, era, por lo menos, muy útil aprovechar la primera ocasión y, sobre todo, la más propicia para verificarla.

Como principio á la ejecución de tan meditado y discutido proyecto, el general Rogniat hizo, la noche del 7 al 8 de mayo, trazar en la orilla derecha del Francolí y á 1.200 metros del fuerte de este mismo nombre, un gran reducto que, armado con dos cañones de á 24, sirviera de apoyo para rechazar cualquier desembarco por aquel lado y para proteger las baterías que el célebre ingeniero se proponía construir en la costa. Aquella obra provocó el fuego de algunas lanchas, el cual resultó ineficaz por haberse cubierto bastante los trabajadores franceses en la noche y por estorbarlo no poco el viento levante que había saltado el día 9. El 10, al entrar Campoverde en Tarragona, el reducto estaba terminado; y, recio ya el temporal, las lanchas no pudieron, no ya destruirlo, ni aun incomodar á los que lo guarnecían.

Así transcurrieron los días siguientes sin que las lanchas ni el navío Blake, que se acercó á la costa, lograran interrumpir las obras que iban los franceses extendiendo, por la orilla del mar, para construir baterías que hostilizasen á la escuadra, y, á lo largo del río, para desenfilarse de los fuegos del Olivo. Era, sin embargo, urgente á los sitiados el suplir con alguna salida la ineficacia de las naves y la de la artillería de la plaza. Se hacía esto tanto más preciso cuanto que en la noche del 13 al 14 se adelantaron los franceses á

atacar dos fuertecillos que los españoles estaban construyendo en dos eminencias fronteras al Olivo. El general Salme con varías compañías, dirigidas por dos capitanes de ingenieros á quienes seguían unos 400 trabajadores, atacó aquellos atrincheramientos que el coronel D. Tadeo Aldea defendió valientemente hasta que, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos ante el número, por momentos creciente, de los enemigos, creyó deber abandonarlos (1). Pocas horas después las obras comenzadas allí se reformaban para volverse contra el fuerte del Olivo, desde el que no sin razón calcularon los sitiadores se trataría de recuperarlas. Con efecto, mientras 800 infantes seguidos de 200 zapadores á las órdenes del teniente coronel D. Edmundo O'Ronan, verificaban en el Francolí un reconocimiento apoyándose por su izquierda en las fuerzas navales y por la derecha en otros 500 peones, 100 caballos y 2 piezas que, como el todo de la operación, gobernaba el general San Juan, salía del fuerte del Olivo el coronel Aldea con la orden de recuperar los atrincheramientos aquella noche perdidos. Los imperiales del reducto levantado en la margen derecha del Francolí lograron defenderse hasta la llegada del general Habert que acudió en su auxilio é hizo retroceder á los nuestros, y los de los fuertes fronteros al del Olivo rechazaron también á la fuerza de Aldea que, dividida en tres columnas, los atacó, dejando en las trincheras tres bravos oficiales que las guiaban al combate con las banderas de sus batallones en alto. El enemigo,

(1) El general Salme, aunque otra cosa digan Suchet y su compatriota Belmas, llegó á reforzar el primer ataque, resistido por Aldea, con 2.000 hombres poco más ó menos.

con pretexto de socorrer á nuestros heridos, quiso entablar plática y tratos con los del fuerte del Olivo á fin de sondear sus disposiciones de ánimo, pero no obtuvo otra contestación que insultos y tiros.

«Desde ahora exclama Suchet en su escrito; desde ahora, pues, hubimos de conocer que sería soberanamente infructuosa toda proposición de capitular antes ó durante el sitio mientras los espíritus se mantuvieran en estado de tal exaltación».

Y no fueron, no, esos dos combates los solos de aquel día; porque, sin combinación ó acuerdo previo, pero oyendo, sin duda, el fuego tan sostenido en ellos, se llegaron sobre 600 somatenes á Caitllar, donde atacaron un reconocimiento que estaba haciendo una fuerza considerable de italianos que lo hubieran pasada muy mal si Palombini no hubiese destacado en su auxilio un cuerpo numeroso de dragones mientras él acudía personalmente á rechazar la salida que, al ruído de aquel choque, hicieron los sitiados por la puerta de Barcelona.

Salida del 18 de mayo. La salida, sin embargo, que llegó á tomar las proporciones de una batalla, fué la verificada el día 18 por la mañana. Tenía por objeto la destrucción de la trinchera, el principio de cuya labor hemos recientemente indicado, abierta en la derecha del Francolí para desenfilar las baterías que estaban construyendo, del fuego del Olivo. Fuerzas considerables de la guarnición, que los franceses hacen elevar á la de 6.000 hombres, cruzaron el Francolí al rayar el alba. Una parte de ellas, á las órdenes del general San Juan, atacó la trinchera llevando á su derecha tropas de Iliberia con su teniente coronel D. Rafael Casterec á la

cabeza, á la izquierda, al coronel D. José Canterac con más fuerzas y alguna de caballería, y en el centro y como en reserva con dos piezas y 250 zapadores, al sargento mayor D. Bruno Gómez con la misión de reforzar los flancos si convenía y, en su caso, sostener la retirada. Las alas entraron en la trinchera salvando las dificultades que ofrecía el ser cauce de una acequia; y mientras los zapadores se ocupaban en destruirla, las demás tropas entablaron el combate con dos batallones franceses que, socorridos por otro, también enemigo, trataban de rechazarlas. Los tres batallones franceses huían ya derrotados dejando la trinchera y el campo de su espalda cubiertos de muertos y heridos, cuando, acudiendo el general Habert con cuantas fuerzas de su división pudo reunir, hubieron los nuestros de emprender la retirada, oportunamente dispuesta por el marqués de Campoverde que asistió al combate. Decimos oportunamente dispuesta, porque, como era de esperar, los franceses avanzaron á la carrera para castigar la osadía de nuestros soldados; pero no sólo tenían que vencer la pertinacia de los que habían formado las columnas de ataque, sino de arrollar la reserva que les salió valientemente á su encuentro. La artillería española, dirigida por el teniente coronel D. Manuel Zara, los recibió con una lluvia de metralla, y la fusilería de Gómez con un fuego graneado á medio tiro que los contuvo en su avance y acabó por rechazarlos á sus anteriores posiciones (1). Bien puede graduarse de batalla una acción en que

(1) Suchet y Belmas, con él, dicen: «Empeñóse un combate sangriento, en el que el impetuoso arrojo francés hubo de luchar contra toda la obstinada terquedad española.»

jugaron las tres armas y fué presenciada y, lo que es más, dirigida en momentos por los generales en jefe de las tropas beligerantes (1). La salida costó á los nuestros 43 muertos y 175 heridos, bajas que, por ser superiores á las atribuídas por Suchet, demuestran la verdad de la versión oficial española, y á los franceses 150 entre muertos y heridos, según aquel general, y en el número de ellos el coronel Rouelle, el comandante Alexandre y el teniente Elie, tenido por hombre de un valor extraordinario. No faltaron tampoco en nuestro campo oficiales y soldados que, al ganar la trinchera y correr la llanura por donde huían los franceses, se distinguiesen por su resolución y denuedo; brillando, sin embargo, entre ellos una mujer del pueblo, amazona armada de un fusil, más dispuesta, á lo visto, á manejarlo que á suministrar á la tropa el pan y el aguardiente con que debería haber salido de la plaza. Era conocida por la *Rossa* ó *Rubia* á causa del color de sus cabellos, y más bien por *La Calesera* ó *La Mesonera de la Rambla*, de la que dice un convecino suyo de Barcelona que «ceñida la canana y usando de su fusil como pudiera hacerlo el más robusto y diestro soldado, avanzó con las guerrillas, logrando dar muerte á un oficial y herir á varios soldados». «Fué, añade, por su grande esfuerzo y laudable entusiasmo, premiada con la charretera de subteniente.» (2)

(1) Suchet y también Belmas dicen que el primeramente citado acudió al combate dirigiendo la caballería francesa.

(2) La *Gaceta* del 18 de junio, al transcribir el diario del sitio, dice que la Calesera de la Rambla tuvo la gloria de matar 2 enemigos.

La presencia del marqués de Campoverde en Tarragona se hizo notar entonces á españoles y franceses por la actividad que impuso á las operaciones de la defensa. Desde el día de su desembarco no cesó uno sólo en disponer reparos, hacer salidas y reclamar del Gobierno y de las autoridades de los distritos más próximos los refuerzos y recursos que creía necesarios para prolongar, si es que no le era posible hacer levantar el sitio. Una lucha, sin embargo, le era preciso sostener de muy otro género, la lucha de atribuciones y aun de rivalidades con la Junta superior del Principado. No era sólo de entonces sino que venía entablada desde el principio de su mando, débil, suponemos, por la manera con que se había apoderado de él, para con un cuerpo que, como elegido en un país con aspiraciones siempre autonomistas, creía deber dirigir sin cortapisa alguna los asuntos más árduos, lo mismo que los de la administración, los de la guerra y la política.

La junta del Principado.

Esa Junta dió aquel mismo año, después de la pérdida de Tarragona, un manifiesto en que aparece en toda su desnudez la discordia que ardía entre su autoridad y la del general en jefe del ejército de Cataluña.

Si antes del sito de Tarragona y á causa de los disturbios de que arrancó la elevación del marqués de Campoverde al mando supremo en el Principado, tuvo poca influencia esa discordia en las operaciones de la guerra por carecer de importancia decisiva las ejecutadas contra los franceses, no fué así al ser reconquistado el castillo de Figueras, aun siendo suceso tan próspero, y menos al ver tan reciamente acometida la plaza que la Junta decía ser *el único apoyo que queda-*

ba á la libertad de Cataluña (1). Así en la obra patriótica de preparar la defensa antes de que se acercara á ella el general Suchet, como, una vez sitiada, en la de cooperar á la acción militar facilitando los recursos de fuerzas, material y fondos con que hacerla efectiva y feliz por los medios de que dispusiera por su carácter y atribuciones, la Junta atendió, como á éso, á inmiscuirse en las exclusivas del general en jefe, único responsable ante el Gobierno y ante la representación nacional del éxito ó del fracaso de sus operaciones.

Con decir que *oficiaba* al Marqués «para que no sólo proveyese la plaza de Tarragona de un buen gobernador, y de buenos jefes á cada uno de sus fuertes, sino que también le diese conocimiento de los que hubiese nombrado, no menos que del estado de defensa, y de los pertrechos de guerra, para procurar los que pudiesen necesitarse», se comprenderá hasta dónde quería aquella corporación extender la esfera de sus atribuciones. No resistió Campoverde esa pretensión en todo lo que debía, contestando haber fiado el gobierno militar de Tarragona al coronel D. José Gonzalez y el político de toda la población exterior al también coronel D. José Canaleta; «mas el mando de los fuertes, respondió, que lo confiaría á los militares que reuniesen las cualidades necesarias á llenar el objeto.» En cuanto á los demás objetos de la comunicación de la junta, el Marqués hizo caso omiso del punto sobre el estado de defensa de la plaza y pertrechos de guerra existentes en ella, no muy satisfactorio aquél.

(1) «Manifiesto de la Junta Superior de Cataluña, sobre la pérdida de Tarragona y sus resultas en el primer Exército».

Y si esto se hacía el 10 de enero, ¿qué no sería después de la desgraciada acción del 3 de mayo en que Campoverde había sido batido en Figueras teniendo ya la victoria en sus manos?

Las representaciones de la Junta menudeaban con el silencio de Campoverde respecto de algunas de ellas; pero contestada la del 19 de enero en términos que no satisficieron á los señores de aquella corporación, reprodujeron en la del día 22 los razonamientos antes expuestos, añadiendo los que en su concepto les daban derecho para reclamar los datos pedidos. Reconociendo en el Marqués, como general en jefe de aquel ejército, la responsabilidad de la defensa del Principado, invocaba, sin embargo, la Junta el reglamento de la Central, que precisamente la negaba el derecho que pretendía mantener en sus escritos. Porque lo que concedía á las Juntas provinciales era el pedir de oficio, ó por los medios que estimaran oportunos, todas noticias á *los Tribunales, Obispos, Intendentes, Corregidores, Cuerpos, Autoridades, Jueces y personas de cualquiera condición que fuesen;* esto es, á todos menos á los generales en jefe, á quienes era imposible que gobierno alguno no dejara libre de toda traba, absolutamente libre y expedita su acción en las operaciones de la guerra, de que, por lo mismo, podría exigirles la más estrecha responsabilidad (1). Son justísimas las providencias y reclamaciones que tomó é hizo la Jun-

---

(1) Entre otras, comete la junta de Cataluña una contradicción notable. Dice en la página 4.ª que proporcionó á la guarnición de Tarragona *tal abundancia que sería seguramente increible en medio de la penuria del día*, y en la 6.ª expone haber pedido al almirante inglés despejase la costa de los corsarios

ta á los pueblos y particulares para el aprovisionamiento del castillo de Figueras después de reconquistado; son sumamente laudables y demuestran su patriotismo y el esmero con que atendía á la defensa dentro de sus atribuciones; pero en la de la plaza de Tarragona hay que dar la razón al marqués de Campoverde por su silencio, á veces, y por sus severas réplicas, en otras.

Llegan por fin á actuar el General y la Junta en el recinto de Tarragona ya sitiada por Suchet; y si continuó la Junta dirigiéndose al almirante, á los capitanes generales de las provincias limítrofes y al Gobierno en demanda de socorros en hombres, municiones de boca y guerra, y de caudales también, no consiguió que el general Caro la atendiese en sus reclamaciones y consejos que se extendían á requerirle para que retuviese un convoy destinado á Cádiz por hacer falta en la plaza los marineros que llevaba, para el servicio de la artillería, así como á enviarle una comisión con la de recomendarle un desembarco en la derecha del Francolí y una salida de la plaza para, en combinación, destruir las obras de la zanja ó trinchera que hemos dicho construyeron los sitiadores á lo largo de aquel río. Parece que Caro no recibió como ellos creían merecer á los comisionados de la Junta que trataban de imponérsele en las disposiciones que sólo á él correspondía tomar, y hasta amenazóles con dejar su

---

enemigos que intentasen privar á aquella plaza de los socorros que la mar podría facilitarle, *ya que no podía esperar los suficientes del interior del Principado, en gran parte ocupado ya por el enemigo, y agotado en lo restante por las continuas incursiones y saqueos.*

cargo. Agriáronse, con éso y con oficios posteriores, las relaciones entre ambas autoridades, máxime cuando la Junta reconocía su falta de medios para proporcionar todo lo necesario á la defensa de Tarragona, «porque ni los hallaba en la provincia, que no los tenía bastantes, ni aun quando los hubiese tenido, le era fácil á la Junta conseguirlos, careciendo de fuerzas para hacerlos aprontar.»

Y entonces, ¿para qué tal alharaca de imposiciones en la acción militar á la manera de los comisarios franceses en los ejércitos de la Revolución?

Llegó en esto á Tarragona el marqués de Campoverde, en quien no debió hallar la Junta mejores disposiciones que en el general Caro; porque, pretestando la ineficacia de sus órdenes dictadas dentro de una plaza sitiada, la mayor facilidad de auxiliarla con víveres y dinero desde fuera, y la práctica de no encerrarse en las fortalezas las demás Juntas del Reino, se embarcó la de Cataluña el día 18 dejando en Tarragona una comisión de su seno, compuesta de tres vocales y un secretario, con delegacion de todas sus facultades en la plaza. Pocas horas después llegaba la Junta en la fragata mercante *Mercedes* á Villanueva y Geltrú, «con ánimo, decía en su manifiesto, de seguir su viaje hasta Monserrate, adonde iba á fixar su residencia.» No podía Campoverde oponerse á aquella salida, hecha *á insinuación y con acuerdo suyos,* según el citado manifiesto, porque no tardaría él en justificarla con su propia conducta.

Su marcha el interior.

Continuaron las operaciones del sitio por parte de los franceses, construyendo tres baterías que designaron con los números 2, 3 y 4, la 1.ª y 3.ª de éstas pa-

Continúan las operaciones del sitio.

ra armarlas con morteros de á 12 y 10 pulgadas, y la intermedia con dos piezas también, pero cañones de á 24, baterías que, como la 1.ª, tenían comunicación desde el reducto hasta el puente del Francolí por un espaldón que las desenfilaba de los fuegos de las naves del puerto. Seis cañonazos disparados el día 23 desde el reducto con piezas al parecer de á 8 ó de á 12, hicieron suponer á los sitiados que se trataba de calcular por su alcance si se conseguiría con las de las baterías obligar á la escuadra aliada á alejarse y tener los franceses asegurado el flanco derecho de sus primeros ataques por aquel frente. Tres días antes, esto es, el 20, habían los sitiados hecho una salida por el camino de Constantí con el objeto de destruir obras que sabían estar el enemigo construyendo; pero aunque acompañados de dos obuses de la artillería á caballo, eran tan pocos que, desde los parapetos, ya ganados delante del pequeño fuerte de Loreto, hubieron de retroceder y acaso hubieran perdido las piezas sin el refuerzo que les llegó y sin el fuego que inmediatamente hizo el fuerte del Olivo que obligaron á los franceses á retirarse á sus posiciones (1).

Las de fuera de la plaza. Mejor resultado dieron dos ataques emprendidos por Sarsfield contra los puestos franceses de Alcover y

(1) Los franceses, y Suchet el primero, forjan una batalla novelesca con motivo de aquella salida. Suchet supone que salió una columna para atacar los puestos franceses de la orilla del mar por el camino de Barcelona; otra de 800 hombres por la puerta de San Antonio hacia el reducto de Loreto; y luego otra con dos obuses que, procedente del fuerte del Olivo, se dirigió á sus atrincheramientos. Rechazados todos estos ataques por las tropas que fué desplegando el general Salme, fueron las columnas españolas regresando á la plaza. Pura novela.

Montblanc aquellos mismos días 20 y 23 de mayo. Puesto en el primero de aquellos pueblos, era su fuerza amenaza no despreciable para las tropas del sitio, pero principalmente para el mantenimiento de sus comunicaciones con Valls, Montblanc y con Lérida por consiguiente. Así lo comprendió Suchet; y después de destacar á La Selva una fuerza que desde las alturas vigilase las avenidas de su campo, envió contra Sarsfield al general Boussard con dos batallones de infantería y de 150 á 200 coraceros y lanceros. La posición española era fuerte por lo escabroso del terreno y dos conventos que la coronaban. Así es que los franceses, al ganarla con gran trabajo y teniendo sus jinetes, su general y todos los jefes que echar pie á tierra, sufrieron la pérdida de 11 muertos y 81 heridos, entre los que, mortalmente, uno de los más distinguidos capitanes de su infantería.

Sarsfield se retiró por la cumbre de la montaña, pero tres días después apareció frente á Montblanc intimando la rendición al comandante que mandaba el presidio dejado, según ya dijimos, en el convento del pueblo. Defendióse el francés en la confianza de ser pronto socorrido; y no se equivocó, porque, al saber su situación, acudieron los generales Frére y Palombini con fuerzas más que sobradas para salvarle. Pero aquellas dos acciones tan inmediatas y en camino tan importante, hicieron pensar á Suchet que no le convenía emplear, para asegurarlo, fuerzas que podrían serle más útiles en las líneas del sitio de Tarragona; y como siempre le quedaba expedita la comunicación con Tortosa, se decidió á abandonar la de Lérida, haciendo levantar las guarniciones de Montblanch y de

toda aquella vía, las cuales se incorporaron inmediatamente á sus respectivos regimientos. Si la comunicación de Tortosa ofrecía á Suchet superiores condiciones para recibir los refuerzos de hombres y material de guerra que pudieran convenirle, le era además necesario mantener la de Mora, donde ya hemos dicho también que concentraba los víveres que se recogían en Aragón, transportados en convoyes que llegaban diariamente de todos los centros de producción ó depósito de aquel reino, relativamente pacificado. Era, pues, el camino de Mora lo mismo que el de Tortosa objeto de la mayor vigilancia de los franceses para asegurar la marcha de los convoyes, línea que los españoles trataban de cortar ó por lo menos interrumpir, codiciosos de sitiar por hambre á los que sitiaban á Tarragona con las armas. Reñíanse por lo mismo, con rara frecuencia acciones de mayor ó menor importancia entre Mora y Tarragona, no pasando convoy que no fuese hostilizado por nuestros infatigables guerrilleros ó por los somatenes de país próximo. Precisamente hacia los días á que nos estamos refiriendo, el coronel Villamil atacó á un destacamento que se trasladaba á Tarragona por aquel camino y que tras de tener muchas é importantísimas bajas en el combate, hubo de refugiarse en una ermita entre Gratallops y Povoleda. Y en ella hubiera tenido que rendirse, al ser incendiada según intentaron y aun comenzaban á hacerlo los catalanes, cuando acudió en su socorro el coronel Dupeyroux con su regimiento (1).

(1) Es muy interesante, y sentimos no poderla comunicar á nuestros lectores, una carta que el jefe del destacamento francés, el ya coronel Mrozinski, escribía en Varsovia el año

Ataque del fuerte del Olivo.

Ninguno de esos sucesos logró interrumpir la marcha del sitio. Tenía Suchet empeñado en él su honor militar; y, para acabarlo pronto y felizmente, le aguijoneaba la ambición del bastón de Mariscal que se le había ofrecido.

Aunque el ataque fuese principalmente dirigido contra el lado occidental de la plaza, el más flaco que se consideraba y el que ofrecía más ventajas á los sitiadores por la forma y por la calidad del terreno en que asentaba así como por la inapreciable circunstancia de, con su conquista, con sólo la disposición de las primeras obras, impedir el uso del puerto, creyó Suchet que convendría no dilatar ya más la ocupación del fuerte del Olivo. El no haberlo intentado antes entraña una contradicción en la conducta y en los escritos de aquel general insigne, porque hasta entonces no se presentó en el curso del sitio motivo alguno para variar el plan anteriormente fijado, mandando suspender el ataque por el Francolí para llevarlo, enérgico y

---

de 1826. No es menos curiosa y de mayor interés, sin género de duda, la versión española de aquel combate, si no de grandes proporciones, con tan variadas peripecias, que revelan el cómo se combatía en aquella guerra. Según esa versión, Villaamil, situado en Vilellas, destacó 400 infantes y 6 caballos á interceptar á la fuerza enemiga el camino de Mora por su izquierda mientras la atacaba de frente á la cabeza de un batallón de zaragozanos. Vaciló el enemigo al principiar la acción y quiso retirarse á Flix; pero se lo impidieron guerrillas que dirigió Villaamil sobre su retaguardia, con lo que aquél se metió en la ermita de la Consolación, arriba mencionada. La noche, el cansancio y la escasez de municiones entre los catalanes dieron algún respiro á los franceses y algún tiempo también para atrancar las puertas del santuario y abrir aspilleras en sus muros, con lo que pudieron impedir el incendio y esperar hasta el día siguiente en que fueron socorridos. Los franceses, se dice, perdieron 340 hombres, muertos, heridos ó prisioneros.

decisivo al fuerte del Olivo (1). No había ocupado obra ninguna de las fortificaciones del frente atacado; no había impedido el uso del puerto ni el servicio de las naves aliadas que contribuyeron, por el contrario, á la acción del 18 con su fuego; ¿qué razón, pues, cabe exponer para tan radical variación si no la de confesar que el primer plan era equivocado y erróneo? No lo es, bastante fundada al menos, la de haber consignado en el plan que podrían simultanearse, cuando convinieran, un ataque y otro, porque, al principiar el del frente del Francolí, no se inició seriamente el del Olivo, y al emprender el de este fuerte, se mandaron suspender los trabajos del anterior. Lo prudente, en nuestra opinión, hubiera sido comenzar el sitio por la conquista del fuerte del Olivo, para así evitar sus fuegos después y sus salidas sobre los flancos de los demás frentes de la plaza; ocupando, por otra parte, una posición desde la que se amenazaría á esas mismas salidas flanqueándolas á la vez y aun envolviéndolas si avanzaban demasiado las tropas que las hiciesen (2).

Tomada la resolución de atacar el Olivo, Suchet aprovechó la ocupación de las dos eminencias fronte-

(1) Por más de que en las Memorias de Suchet se trate de salvar esa contradicción con frases no poco equívocas; una vez prefiriendo el ataque del frente occidental y otra diciendo que el 20 se había llegado á punto de fijar la atención y emplear todos los medios en el ataque del Olivo, no es fácil conciliar tal variación de ideas en quince días sin un accidente militar extraordinario, y no lo hubo, que la justificara.

(2) Belmas atribuye el cambio de plan á que la artillería no había reunido aún más que una parte de su material y era necesario esperar más de diez días para completar el parque y principiar el sitio. Y añade: «Se decidió emplear aquel tiempo en el ataque del fuerte del Olivo.» Esto es ser más realista que el Rey.

ras á aquel fuerte, ocupadas la noche del 13 por el general Salme, haciendo servir de paralela los atrincheramientos en ellas construidos. Levantáronse, pues, allí tres baterías; la V de su numeración para tres morteros de á 8 pulgadas, la VII para tres piezas de á 16 protegiendo á la VI que iba luego á construirse más adelante con destino á ser la de brecha, y la VIII con dos obuses de á 6 pulgadas para batir la gola del fuerte enfilándolo en toda su extensión. Esto se hacía la noche del 22 al 23 de mayo, pero con grandes dificultades por la calidad del suelo, que siendo, como ya hemos dicho, de roca, exigía trabajo muy rudo y largo y ofrecía gran peligro porque el fuego de la plaza causaba en los sitiadores muchas bajas con las piedras que hacía saltar.

Muerte del general Salme.

Simultáneamente con estas obras que pudiéramos llamar directas del ataque del Olivo, se emprendieron las de prolongación de la línea del Francolí, coronando la margen derecha en una extensión de mil metros para alejar á los defensores y sostener los ataques proyectados para más adelante, desenfilándolas, por supuesto, con traveses de los fuegos de la escuadra. Pero tan despacio iban las del ataque del Olivo, que no estuvieron concluidas hasta el día 28, en que á brazo, por no poderse arrastrar con ganado, fueron conducidas la noche del 27 á la batería de brecha las cuatro piezas de á 24 que la estaban destinadas. La operación era larga y penosa, aun con la buena voluntad con que la ejecutaban los infantes franceses. No dejaron los sitiados de aprovechar tal circunstancia para impedir aquel trabajo; y salieron del fuerte con gran resolución; pero el general Salme acudió inmediata-

mente con las reservas que tenía ya preparadas; y si bien al llevarlas al ataque con la furia que en él encendía el peligro de verse arrollado por los españoles, fué derribado muerto por un grano de metralla, sus soldados rechazaron á los nuestros hasta obligarlos á retirarse al fuerte (1). Con eso la batería de brecha pudo ser artillada y puesta en disposición de romper el fuego la mañana siguiente.

El 28, en efecto, comenzaron á tronar las trece piezas montadas en las cuatro baterías que hemos di-

---

(1) Suchet dice: «El general Salme que velaba incesantemente por el éxito de la operación, tenía dispuestas sus reservas: acudió al momento y gritaba, *brabe* 7.ᵉ *en avant*, cuando una bala de metralla le dió en la cabeza y lo derribó muerto.»

No describe así Vacani aquella acción. Después de cometer una en él sorprendente contradicción, la de consignar que los españoles asaltaron á los franceses con gran ímpetu, y decir á renglón seguido que suya hubiera sido aquella noche la victoria si hubieran *usato di tanto ardimento di quanto usavane l'attaccante*, describe así aquel trance: «Salme reconoció la necesidad de descomponer la masa de los enemigos asaltándola en su centro, y con un golpe de vigor se lanzó él mismo á su encuentro y la arrolló sobre la izquierda; pero pronto su derecha, amenazada, y el centro de la obra avanzada (la batería de brecha) asaltado, le hicieron ver el peligro de perder en un instante el fruto de trabajos tan largos, con lo que reuniendo nuevas fuerzas se puso otra vez á descubierto de los primeros asaltantes (los españoles), y mientras empeñaba nueva lucha alcanzó á infundirles miedo con pedir socorro á los campos inmediatos gritando con toda su fuerza: *Volteggiatori di destra é di sinistra, discendete la montagna e tagliate al nemico, ch'è in nostro potere, la ritirata*. En aquel instante un tiro de metralla le hirió en las sienes y en un solo momento le cortó la voz y la vida. Pero comprendiendo los españoles por aquella amenaza que iban á verse aislados de la guarnición del fuerte, esquivaron el supuesto peligro y, sin decidirse por conseguir la victoria ya medio alcanzada, se volvieron á él.»

¡Qué versión tan distinta! Suchet, con ese motivo, hace el elogio de Salme, cuyo cuerpo enterró bajo el acueducto romano próximo al campamento de su brigada, embalsamando el corazón, que debía ser enterrado en el fuerte del Olivo y fué depositado bajo la que él, como tantos otros, creía tumba de los Escipiones, arco de todos conocido en el camino de Barcelona.

cho habían los franceses construido en los días del 23 al 27; siendo su fuego contestado con gran vigor y estrago por nuestros artilleros del fuerte. Resultaron heridos varios oficiales en las baterías francesas; mas por la tarde era manifiesta la superioridad de su fuego que estropeó mucho el caballero y los parapetos del ángulo muerto en la derecha del fuerte, si bien la escarpa sólo sufrió en la parte más alta, esto es, en la cresta. Por más que pareciera abierta brecha en aquel lado, no lo estaba para los efectos de un asalto, pues que, fundada la escarpa en la roca, era, si no imposible, muy difícil y sumamente largo el hacer aquella practicable. «Hubiera sido, así, difícil, dice Belmas, apoderarse del fuerte por los procedimientos de un sitio en regla; pero se juzgó que no estaba al abrigo de un golpe de mano.»

Esta idea, dispertada sin duda aquella tarde ó al día siguiente, en que la continuación del fuego sobre la artillería del fuerte parecía haber destruido los obstáculos que pudieran oponer los muros, debió provocar nuevos reconocimientos que la confirmaran plenamente. Se observó que el fuerte se hallaba muy lejos de la plaza para que pudiera ser oportunamente socorrido, que los fosos no estaban bien flanqueados y el muro de la gola, por su poca altura, de siete á ocho pies, podía ser fácilmente asaltado. Había más; se encontraba allí el ingeniero Vacani, tantas veces citado en esta historia; y, reconociendo de muy cerca la fortaleza, había observado que el acueducto romano que proveía de agua á Tarragona y cruzaba el foso del Olivo á nivel de la escarpa, convidaba á servirse de él como de puente para el asalto. Así es que, al ejecutar el reconocimiento, dijo al francés Papigny que iba con él, inge- El asalto.

niero también que debía guiar al asalto de la gola: «He aquí, amigo mío, el camino por donde, si no hay otra brecha, guiaré la columna al interior del fuerte para encontraros.» Parece imposible que al cortar los franceses el agua, no comprendiesen los ingenieros españoles que aquel acueducto no podría ya servirles sino de estorbo para la defensa y se satisficieran con la triple empalizada con que se había querido estorbar el paso que ofrecía al interior de la fortaleza. Aquel descubrimiento se tuvo, sin embargo, por tan importante en el campo imperial, que, ideado el asalto para la noche del 28 al 29, se prorrogó hasta la siguiente, tanto para aumentar los estragos de la artillería en los muros del fuerte, cuanto para destruir la empalizada que obstruía el paso del acueducto.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando sonaron en el campo francés cuatro cañonazos, señal convenida para dar principio al asalto. Dos columnas, cada una formada de 300 hombres y precedida de un destacamento de zapadores con un capitán de ingenieros á su cabeza, debían intentar el ataque; la primera por el lado de la brecha y la segunda por la gola del fuerte. Una reserva considerable se mantendría en las trincheras para acudir en auxilio ó como refuerzo de aquellas dos columnas si, cual era de suponer, llegaban al caso de necesitarlo. Varias compañías del 1.° ligero, acampado entre los ataques al fuerte y el extremo N. de la línea del Francolí, debían avanzar; unas sobre el flanco del Olivo, y otras como para impedir los socorros que pudieran llegarle de la plaza. El general Habert desde su campo del Francolí y Balathier por el camino de Barcelona, amenazarían simultánea·

mente con asaltar el recinto de la ciudad por aquellas dos partes tan opuestas, con lo que se simularía un ataque general que distrajera á los sitiados del especial destinado á la ocupación del fuerte del Olivo. El general Suchet, por fin, con Harispe, Palombini y su jefe de Estado Mayor Saint Cyr Nugues, se situó en una altura próxima para presenciar el asalto.

Por parte de los españoles, nunca como en aquella noche podíase confiar en la seguridad de la fortaleza del Olivo. La brecha que había de dar paso á los asaltantes no estaba todavía practicable; un golpe de mano era improbable por la altura de los parapetos, apenas desmoronados en su cresta y merlones, y por la profundidad de los fosos con sus escarpas puede decirse que intactas; nadie había fijado la atención en el paso que ofrecía el acueducto, y la gola del fuerte parecía asegurada, tanto con el muro que la cerraba como por su situación frente á la plaza. Había más: la guarnición, compuesta de unos 1.500 hombres de Iliberia y de algún otro cuerpo, con los artilleros correspondientes, iba á ser relevada aquella noche, por lo que, ya se hallara dentro la fuerza nuevamente destinada, ya estuviese en marcha de ida ó vuelta, la habría de sobra para rechazar cualquier ataque.

Luego veremos que precisamente esa fué la causa que más influyó en la pérdida del fuerte.

Hecha, según ya hemos dicho, la señal convenida, á la que sucedieron inmediatamente los ataques simulados de Habert y Balathier á que contestaron la plaza y la escuadra con un violento fuego de artillería atronando el espacio é iluminándolo, salieron de sus trincheras y baterías las dos columnas francesas. La

primera de ellas, á cuya cabeza iba Papigni, se dirigió á la gola del fuerte. Encontró en el camino una avanzada española que la hizo fuego; pero al retirarse ésta, si bien puso en alarma á la guarnición, señaló á los franceses el camino, harto dudoso en la obscuridad de la noche, que debían seguir. Aquel fuego indicó también á Vacani que había llegado el momento oportuno para que su columna iniciase el movimiento de avance que se la tenía ordenado. El después tan célebre ingeniero italiano se adelantó, con efecto, á la cabeza de los zapadores de su nación, seguido de los granaderos y cazadores del 7.º regimiento francés que mandaba su comandante M. de Miocque (1). Los españoles del presidio, siempre alerta y avisados por el fuego y los gritos de los de la avanzada, se hallaban ya apercibidos á la defensa y recibieron á los imperiales con un fuego muy nutrido de fusilería, de cañón y granadas de mano. Siete de los zapadores que intentaban desembarazar el paso del acueducto cayeron muertos ó heridos, y los demás, sin desistir de su empeño, quedaron por algún tiempo sin atreverse ó sin poder vencerlo. Aquella columna se vió, con eso, detenida al borde del foso, rudamente azotada por el fuego del fuerte que le causó numerosas bajas en sus oficiales y soldados, y tan desanimada, con no hallar expedito el paso prometídole, que comenzó á retirarse (2).

(1) Este regimiento, tan mal tratado en el combate anterior en que fué muerto Salme, pidió ir el primero al asalto para vengar su desastre y la catástrofe de su general.

(2) Dice Vacani: «Aquella columna, durante el trabajo (de los zapadores), amontonada en derredor del acueducto y junto á la contraescarpa inmediata, resistiéndose al menor retardo y disgustada por la sensible pérdida de oficiales y soldados, se quejaba de no hallar el prometido paso ni brecha

La otra columna, la del comandante Revel, dirigida por Papigny, después de ponerse al pie de la gola del fuerte, ni pudo abrirse paso por la puerta ni escalar el muro, resultando inútiles cuantos esfuerzos hizo para asaltarlo. Tanteando, ya un punto, ya otro, para penetrar en el recinto, del que salía un fuego abrasador causando graves pérdidas en los minadores franceses y en los granaderos del 16.° regimiento, llevados al ataque por igual motivo y los mismos sentimientos que el 7.°, Papigny, el infatigable y animoso ingeniero á quien se había confiado empresa tan arriesgada, fué mortalmente herido, *terminando así,* dice su camarada Vacani, *entre las lágrimas de los suyos tan honrosa carrera.* Revel, sin embargo, no desistiendo de su empeño y reforzado con 200 carabineros que se le enviaron desde la trinchera, aplica las escalas que le son llevadas al muro, y tras de extraordinarios esfuerzos logra penetrar en el recinto y abrir la puerta que dá paso fácil á los demás que con él iban y á la reserva que iba en pos de ellos.

Cuando esto sucedía, ya entraban en la fortaleza las gentes de Vacani. En tanto que los zapadores que pretendían penetrar por el acueducto vacilaban, amedrentados por el fuego de los españoles, Vacani, sentado en el borde del foso, se dejó escurrir, mejor dicho, deslizarse por la contraescarpa hasta tocar el fondo. Siguieron su ejemplo dos de los zapadores en la persuasión de que otros muchos de la columna, animados con sus

---

alguna, por lo que una parte se replegaba respondiendo de cuando en cuando con su fuego al vivo del enemigo; la otra, socorriendo á los heridos, abandonaba toda idea de asalto, y toda ella, perdida su esperanza, iba á refugiarse á retaguardia».

excitaciones, irían también tras él y, aplicando las escalas á la escarpa, distraerían por lo menos á los sitiados de la defensa del acueducto. No fué, por el pronto, secundado en su heróico proyecto: antes bien tuvo con sus dos zapadores que sufrir en el foso el fuego que se le hacía; consiguiendo, sin embargo, contener á los fugitivos y que algunos oficiales considerasen algo más practicable el asalto y más fácil de lo que momentos antes la victoria. Aquel esfuerzo y las voces de Vacani anunciando la entrada de la otra columna en el fuerte y el deber de no abandonarla en trance tan comprometido, obtuvieron el resultado que buscaba el hábil ingeniero italiano; porque muchos de los franceses arrojaron al foso las escalas que llevaban y se precipitaron tras ellas. Uno corrió, además, al muro y, seguido de Vacani, sus dos zapadores y otros franceses, se encaramó por una escala al parapeto del ángulo entrante. Los defensores del acueducto desatendieron su importantísimo y hasta entonces afortunado empeño, con lo que y volviendo los zapadores italianos á su primer ataque y forzando los del foso la escalada de la brecha, lograron unos y otros penetrar en el recinto del fuerte (1). De modo que los dos asaltos fueron fatales para nuestras armas; el de Revel por la gola, aunque con la muerte de Papigny, y el de Miocque y Vacani por el acueducto y el entrante del pri-

(1) Dice Vacani que un cazador francés, cuyo nombre no pudo tomar, fué el primero que intentó el asalto del parapeto. «Los zapadores, añade, y yo le seguimos con otros asaltantes por la misma escala al parapeto del ángulo entrante y nos unimos en él á punto que los defensores del acueducto, atemorizados de aquel doble ataque, abandonaban el saliente en que ya no se creían seguros y permitían que toda la columna penetrara por él y por el acueducto en el fuerte.»

mer recinto, en que se había abierto, mal ó bien, la brecha.

¿Qué causas pudieron producir tal desastre?

Pues precisamente las mismas que parece debían evitarlo.

Se relevaba aquella noche la guarnición del fuerte é iban á encontrarse reunidas las dos fuerzas, la entrante y la saliente, el largo espacio de tiempo necesario para tal operación cuando son tan numerosas y en recinto sitiado tan de cerca por el enemigo. La guarnición era, pues, doble en ese tiempo. Pero como la fuerza relevada debía pensar más en la evacuación del fuerte que en su defensa, ya que no se temía ataque alguno, y la nueva andaría estudiando el fuerte y los puestos de mayor ó menor peligro, ocupada en el establecimiento de las tropas y el relevo de los centinelas, resultaba entonces, y resultará siempre, un desorden no fácil de remediar en ocasiones semejantes. Quizás se aumentó ese desorden al oirse los cañonazos, señal del asalto para los franceses, y al escucharse luego el ruido del ataque por puntos tan distintos como el del acueducto y el de la gola, aglomerándose las fuerzas, unas y otras vacilantes sobre cuál de ellas debería acudir á la defensa, y no acudiendo, en efecto, con el conocimiento y seguridad de sus deberes para hacerla eficaz y afortunada.

Los partes oficiales españoles y las noticias de nuestros periódicos de entonces y de los historiadores, también de nuestra nación, han trazado un cuadro muy distinto del que se acaba de presentar en este escrito. Hácese ver en sus relaciones cómo al entrar la fuerza del regimiento de Almería por la puerta del fuerte

en relevo de Iliberia, se habían mezclado con ella los franceses de Revel y Papigny invadiendo así el primer recinto por la gola. Añádese que al encontrarse las tropas españolas y francesas en la obscuridad, no habían sido éstas reconocidas como enemigas, y que, por el contrario, se las tuvo por españolas al contestar al *quién vive* en correcto castellano y con el *santo y señas* del regimiento que iban á relevar. Sólo al distinguirse dentro ya del fuerte, algunos soldados españoles habían dado la voz de alarma que, atendida por unos y desatendida, como increible, por otros, jefes, oficiales ó soldados, produjo el desorden á cuyo favor pudieron los franceses establecerse en el interior de la fortaleza (1).

Invadido el recinto, los franceses é italianos de

---

(1) Así lo cuenta D. Andrés Eguaguirre, jefe que, con el tercer batallón de Cazadores de Valencia, que mandaba, y el primero de Saboya, había llegado recientemente á Tarragona, enviado del segundo ejército por su comandante general D. Carlos O'Donnell.

D. Adolfo Blanch y después D. José M. Recaséns se hacen eco de esa versión, generalizada en Cataluña; y eso á pesar de seguir aquél en gran parte la de Toreno que no la transmite en los mismos términos. El Conde da la siguiente: «Mudábase cada ocho días la guarnición del Olivo; y pasando aquella noche el regimiento de Almería á relevar al de Iliberia, tropezó con la columna francesa que se dirigía á embestir la gola. Sobresaltados los nuestros y aturdidos del impensado encuentro, pudieron varios soldados enemigos meterse en el fuerte revueltos con los españoles; y favorecidos de semejante acaso, de la confusión y tinieblas de la noche, rompieron luego á hachazos junto con los de afuera una de las dos puertas arriba mencionadas, y unidos unos y otros, dentro ya todos apretaron de cerca á los españoles y los dejaron, por decirlo así, sin respiro, mayormente acudiendo á la propia sazón los que habían subido por el acueducto, y estrechaban por su parte y acorralaban á los sitiados.»

Aquí ya no hay lo de contestar al *quién vive* de nuestros soldados y dar el *santo y seña*. Los franceses, eso sí, entran en el fuerte mezclados con los españoles que subían de la plaza. Pero ni aun en eso están conformes nuestros cronistas, porque

Miocque y de Vacani trataron de acabar su triunfo apoderándose del reducto interior y su caballero. No era fácil la empresa mientras no se les unieran los de Revel, ocupados todavía en el asalto de la gola. Vacani, sin embargo, reunió sus zapadores y llamando á sí á los franceses que corrían por el recinto tras de los sitiados, atacó el del reducto queriendo aprovechar el efecto que en sus defensores habría producido el asalto de las obras que veían á su pie. Y como la artillería francesa había también abierto brecha, siquier angosta, en la parte baja del reducto, á ella se lanzaron los imperiales ocupándola en corto tiempo aunque con pérdidas considerables.

Todavía quedaba el caballero por conquistar. Pues-

---

el general Contreras, que acaba de llegar á Tarragona, cuenta así el suceso: «El 29 á las nueve de la noche dieron el asalto baxo las órdenes del general Ficatier, pero con tal ignorancia que habrían sacrificado la gente que en él emplearon, y precipitaron en el foso con escalas que al aplicarlas hallaron cinco ó seis pies más cortas que la altura de las brechas, si los que fortificaron la obra no hubiesen tenido el descuido de no cegar el aqüeducto, el qual hallado por los franceses les facilitó la entrada, y que atacasen por la espalda á los defensores.»

En la obra de Schépeler se deja observar con verdadera extrañeza que, sea por no conocer la localidad, sea por haberse dejado llevar de las versiones españolas, comete varias inexactitudes y, lo que es peor, contradicciones de tal bulto que se hace ininteligible su versión é incapaz de comprenderse un acontecimiento tan transcendental para la suerte de Tarragona.

Todo bien estudiado y juzgado imparcialmente, creemos como la más aproximada á la verdad nuestra versión.

Pero volviendo á la influencia que pudiera ejercer la circunstancia de hallarse doblada la guarnición del fuerte al tiempo del ataque, concluiremes con lo que á propósito de éso consigna Suchet en sus Memorias: «Por una circunstancia, dice, fortuita y que podía perjudicarnos, pero que se volvió en ventaja nuestra, una columna de mil doscientos hombres, que venían á relevar la guarnición del fuerte, comenzaba á entrar en él en el momento en que se dió la señal y en que nuestas columnas de asalto desembocaban de la trinchera.

tos á su espalda y en la parte izquierda del fuerte, no ocupada aún por los asaltantes de la gola, se defendían los sitiados con gran bravura y esperando acabar con los que habían penetrado por la derecha. Hasta avanzaban hacia este lado con la intención de rechazar á los del reducto y cerrar de nuevo el portillo, esto es la brecha y el paso del acueducto en el primer recinto, cuando penetraba en él la reserva de Mesclop que el general Ficatier mantenía en la trinchera, receloso de comprometerla prematuramente. Componían esa reserva 500 granaderos italianos que, deslizándose por el acueducto, lograron reunirse á los del reducto á pesar del fuego que sobre ellos hacían llover los españoles de las obras flanqueantes de aquel frente y los que se dirigían á su encuentro. Entonces cayó el caballero en poder de los imperiales que lo asaltaron con las escalas que en un principio habían dejado en el foso é hicieron subir al reducto. Ya con eso y principalmente con el asalto de la gola, el fuerte todo se hizo escenario de la lucha más descomunal. Atacados los españoles por uno y otro lado y reducidos á la estrechez de la parte occidental é inferior del recinto por las fuerzas, en aumento por instantes, de los imperiales, defendíanse con el valor en ellos ingénito y la rabia y la desesperación que les infundía trance tan extraordinario.

No cabe mayor elogio que el de Suchet al decir que se batían como leones (1). Imposible el fuego ya, hablaban tan sólo las bayonetas y las espadas. La carni-

---

(1) «Les espagnols, acculés contre la gauche de l'Olivo.... s'y défendent en lions, quoique gènés par leur propre nombre.»

cería se hizo espantosa; que si ya bastaba el número de los asaltantes para neutralizar el superior de los nuestros al comenzar el combate cuerpo á cuerpo por lo reducido del espacio en que se libraba, las nuevas reservas, conducidas por el general Harispe, acabaron con cuantas resistencias podían oponerse ya á los franceses (1). «Ciega iracundia, dice el conde de Toreno, no valor verdadero guiaba en la lucha á los militares de ambos bandos. Dícese que el enemigo escribió en el muro con sangre española: *vengada queda la muerte del general Salme*; inscripción de atroz tinta, no disculpable ni aun con el ardor que aún vibra tras la sañuda pelea.» (2).

La pérdida de los españoles, sin contar la del fuerte, fué lamentable y de gran consideración. Perdimos sobre 1.100 hombres, muertos, heridos ó prisioneros. Entre los segundos se hallaba el gobernador D. José María Gómez que, en tierra y con diez heridas, aún se resistía á rendirse. Los demás, vista ya la imposibilidad de la defensa, se salieron, unos por la puerta de la gola y otros saltando el muro, para acogerse á la plaza. En el fuerte hallaron los franceses 47 piezas de artillería, municiones de boca y guerra en abundancia y material destinado á cubrir las brechas y á reparar los desperfectos causados en las murallas.

La pérdida de los franceses, si ha de creerse á Su-

(1) Harispe estuvo á punto de ser aplastado por una bomba que, al reventar á su lado, le cubrió de piedras y le hirió en la cara.

(2) Esa inscripción que mencionan varios escritores españoles y repite Schépeler, no consta en los franceses sino en *Victorias y Conquistas*... en una de cuyas notas se atribuye á sus soldados haber escrito: *Notre brave général Salm est vengé.*

chet y á los demás historiadores de su nación, fué muy corta; elevándose el número de sus bajas al de 325, bien corto si fuera verdad. De todos modos y aun siendo sólo 500 los hombres que perdió el ejército francés, no tiene comparación con la nuestra ni en la cifra ni en la transcendencia que puede representar. Tal era ésta para la suerte de Tarragona, que la noticia de la pérdida del fuerte se hizo increible, á punto de encerrar en un calabozo al primero de los fugitivos que la llevó. Una vez confirmada, se hizo general en la plaza, su presidio y habitantes, la alarma que produjo. Campoverde creyó que podría recuperar el fuerte, para lo que se ofreció el coronel D. Edmundo O'Ronan poniéndose á la cabeza de unos 1.500 hombres de los regimientos de América, Iliberia y Voluntarios de Valencia. Y, con efecto, al mediodía del 30 se dirigió la columna al fuerte que O'Ronan creía abandonado por los franceses para preservarse, sin duda, del fuego de la artillería que Campoverde había hecho romper sobre él tan pronto como se cercioró de su pérdida (1).

Mas no era así: Suchet había tomado sus medidas para asegurar la posesión del fuerte. Hizo sacar de él á los prisioneros y heridos; arrojar los muertos al foso; establecer sobre éste varios puentes, asegurar los alojamientos y poner en orden los elementos precisos para la defensa en el caso que, bien comprendía estaba próximo, de que tuviera que ejecutarla contra cualquiera salida de la plaza. Él mismo con los generales

(1) Hay quien dice que eran 1.200 los que llevó O'Ronan: Contreras, no en su parte, pero sí en su opúsculo sobre aquel sitio, eleva el número al de 1.500 y Suchet á 3.000.
Nadie pudo saberlo mejor que Contreras.

Rogniat y Valée se ocupó en preparar la defensa, estableciendo allí, al mismo tiempo que se emprendían las obras, una fuerza de 1.100 hombres con el general Ficatier, jefe desde la muerte de Salme de la brigada que había asaltado el fuerte. Así es que al llegar los nuestros cerca del fuerte, que creían desierto, fueron recibidos con un fuego muy nutrido de fusilería que se les hizo desde el muro de la gola, cuya puerta hallaron cerrada con una fuerte barricada de sacos á tierra. Por esfuerzos que hicieron los españoles, y el destacamento de los cazadores de Valencia los hizo heróicos, para penetrar en la fortaleza, todos resultaron ineficaces. Los franceses, no sólo defendieron gallardamente el fuerte, sino que Suchet, aun satisfecho del espíritu que imperaba en la guarnición, puso en movimiento las reservas que tenía preparadas y que el general Laurencey dirigió sobre el flanco de nuestros valientes que, así amenazados, hubieron de retirarse á la plaza (1).

Consecuencias de la pérdida del Olivo.

La catástrofe del fuerte del Olivo produjo en Tarragona funestísimos efectos. El más inmediato fué el del abandono de la plaza por la primera autoridad del Principado, el marqués de Campoverde. El día 31,

(1) Contreras hizo un gran elogio de las mujeres en aquella ocasión. «Son dignas, decía en su parte, de la estimación general las mugeres de Tarragona, pues sin reparar en el fuego, llenas de un ardor extraordinario y compasivo, no cesaron de llevar agua para que refrescasen nuestros guerreros en la fuerza del sol, del polvo y de las balas; retiraban en parigüelas á los heridos dándoles agua, vino y vinagre aguado hasta ponerlos en el hospital, y lo mismo hicieron toda la noche anterior.»

¡Pues no dice el Sr. Blanch y lo copia, sin duda, Recasens, que los de O'Ronan habían penetrado en el fuerte sin resistencia alguna por estar abandonado! «Lo que en realidad ha-

perdido el Olivo y fracasado el intento de recuperarlo, el Marqués reunió un consejo de guerra á que asistieron los generales residentes en la plaza, los comandandantes de artillería é ingenieros, los diputados de la Superior y otras personas de las más calificadas de la población. Tras de larga y acalorada discusión, se determinó en aquel consejo que saliera de la plaza el Marqués con varios jefes y oficiales que le acompañarían á, reunido un ejército considerable, atacar al enemigo hasta hacerle levantar el sitio. El general Caro se dirigiría también á Valencia con idéntico objeto por aquel reino, quedando encargado del mando de Tarragona el general Contreras á quien se consideraba dotado de cuantas dotes podrían serle necesarias en tan difícil y comprometido empeño, á pesar de haber llegado recientemente de Cádiz y desconocer la localidad y la guarnición encargada de su defensa (1).

Sale Campoverde de la plaza. Y aquel mismo día salió Campoverde para establecerse en Igualada el 3 de junio, fecha precisamente

---

bía sucedido, dice el primero, era que hallándole el francés de difícil reparación lo abandonó, pues harto había conseguido con desalojar de allí á los españoles, y la plaza con su destructor cañoneo acababa de ahorrarle además el trabajo de inhabilitarlo, para que recobrado pudiese volver á ofenderle.» El segundo dice: «En efecto nuestras guerrillas llegaron á él (al fuerte) y entraron sin resistencia: lo que dió motivo á que corriese la voz de haberse reconquistado; pero en realidad era ya un punto inútil.»

Las ideas militares de estos señores corren parejas con la credulidad, por no llamarle otra cosa, del coronel O'Ronan.

(1) «Alegué inútilmente, dice en su manifiesto, que hallándome recién llegado, no conocía los jefes, las tropas, las autoridades civiles, los habitantes, ni la plaza, de la que no había siquiera el plan, los recursos del país que me era como extranjero; ni en fin nada de quanto debe conocer un general para poder defender bien una plaza que se le confía. Todo fué en vano, pues recibí del General en Jefe la orden por escrito de defender Tarragona.»

que lleva un oficio que le dirigió la Junta Superior de Cataluña aconsejándole la resolución que acababa de tomar. «Dése pues, decíale, una acción general: atáquese sin cesar al enemigo: téngasele siempre en continuo movimiento; y apártense de las ideas de V. E. las reflexiones, que puedan hacerse, si se llega á perder la acción; porque ya está la Provincia en el funesto estado de hacer el último esfuerzo en favor de Tarragona, pues con la pérdida de ésta se considera perdida ella misma, y ya que ha formado exército para salvarla, es muy justo que se exponga á fin de que con la inacción para quedar él mismo salvo, no quede la Provincia abandonada á la discreción tiránica del enemigo.»

El general Contreras.

Los antecedentes del general Contreras justificaban su elección para el gobierno militar de Tarragona que habría de hacer perdurable su nombre.

Educado en Madrid y sirviendo desde cadete á teniente coronel en el regimiento de infantería Alcázar de San Juan, prosiguió sus estudios militares con tal aprovechamiento que á los 27 años de edad había publicado un compendio, que fué muy alabado, de las «Reflexiones del Marqués de Santa Cruz», tenía una reputación muy honrosa en el ejército y era enviado á estudiar la guerra y los grandes elementos con que hacerla en las principales potencias del Norte de Europa (1). Cuatro años, desde el de 1787 al de 1791, anduvo por Francia, Baden, el Palatinado, Wurtemberg, Baviera, Salzburgo, Austria, Moravia, Galitzia, Bohe-

(1) Había nacido en Lillo el 30 de julio de 1760 y de familia que debía poseer medios de fortuna considerables.

mia, Prusia, Hannover, Sajonia, Westphalia, Polonia, Holanda, Flandes é Inglaterra, sin descansar un momento y en todas partes atendido como enviado del Rey Carlos III que tal respeto infundía en el mundo entero.

En ese tiempo, Contreras hizo la guerra de 1788 en Turquía con los ejércitos combinados de Austria y Rusia, de los Príncipes de Coburgo y Romanzów, campaña de que después escribió una interesante relación. A esa campaña y á las maniobras que presenció en Postdam el año siguiente, sucedió su vuelta á España, donde en el de 1793 tomaba parte en la guerra de la República francesa en Navarra á las órdenes del general Urrutia á quien había conocido en Rusia. En la campaña de Portugal, después, distinguiéndose en Jerumenha, Yelbes y Campomayor; en Gibraltar con el general Castaños, como coronel de Sigüenza, regimiento que vistió á su costa; en el ejército de Andalucía y del Centro, al comenzar la guerra de la Independencia, y en el de Extremadura, por último, á las órdenes de Cuesta en la batalla de Talavera, y luego á las del marqués de la Romana, el general Contreras había demostrado condiciones de mando muy notables, conformes con las de organizador y táctico consumado, reconocidas en él por una junta de generales que en 1796 examinó sus trabajos sobre puntos tan esenciales del arte militar (1). Destinado á la Coruña como gober-

(1) En un epítome de su historia militar escrito por *un amante de la Nación española y de sus hijos beneméritos*, folleto publicado en Londres el año de 1810 cuando Contreras era gobernador de la Coruña, se dan esas noticias y muchas más, de las que, además extractamos las siguientes: Dícese, y no sabemos si con exactitud rigorosa, que había sido el único coronel

nador de aquella plaza y segundo Comandante general de Galicia, fué llamado á Cádiz en principios de 1811 y dirigido desde allí á Tarragona, donde á poco de llegar recibía, según ya hemos dicho, el mando de manos del marqués de Campoverde con un oficio sumamente laudatorio y *en atención á sus conocimientos militares, su valor y patriotismo.*

El sitio de Tarragona iba, pues, á tomar el carácter que siempre imprime á ese género de operaciones militares un talento probado y la pericia que dan el estudio y la reflexión, la experiencia de largos años y el amor propio de quien tantos títulos ha adquirido al respeto y, sobre todo, á la expectación de sus compatriotas conocedores de su mérito.

Gran contrariedad experimentó el general Contreras al ver cómo con el marqués de Campoverde se embarcaban varios de los jefes que ejercían mando en los cuerpos de la guarnición ó desempeñaban servicios importantes en la plaza. Con el pretexto, más que motivo, de ir á formar parte del ejército con que Campoverde ofrecía el levantamiento del sitio para dentro

---

que no perdiera su bandera llevándola siempre al combate; que en Talavera y mandando los regimientos de la Reina, Africa, Murcia, Sigüenza y 2.° de Marina, desalojó á los franceses de Mejorada y Segurilla, en la división, sin duda, que regía Bassecourt; que fué el último que se retiró en Puente del Arzobispo, y que formado su regimiento en cuadro y hasta vadeando luego el Tajo, logró hacer algunos prisioneros al mariscal Soult; que separándose de Alburquerque al dirigirse éste á Cádiz, operó en Extremadura contra Mortier, siendo recomendado por Romana y Ballesteros en Ronquillo, Huelva y Castilblanco; que perseguido más tarde, por las tropas de Soul y Mortier, burló sus maniobras retirándose salvo á Mérida; servicios todos que le valieron el empleo de Mariscal de Campo para que fué propuesto por el célebre Marqués, héroe de la jornada de Dinamarca.

de muy pocos días ó volver, si no, á sepultarse en las ruinas de Tarragona con sus bravos defensores, fuéronse tantos, que hubo cuerpos que quedaron mandados por capitanes y compañías que por sargentos (1). Segundo de Contreras fué nombrado el coronel de Saboya D. José González, hermano de Campoverde, que así parecía uno como fiscal de la primera autoridad de la plaza; y lo que todavía es peor, se dejó en la parte de la marina á D. Pedro Sarsfield con cierta independencia en su mando, que se extendió hasta para el depósito y manejo de caudales sin intervención alguna del general gobernador (2).

El general Contreras, á pesar de todo, se hizo cargo del mando de la parte que se le dejaba; procurando y consiguiendo, en efecto, con su prudencia no provocar rozamiento alguno capaz de poner estorbos á la defensa de Tarragona. Ni siquiera legó á la posteridad la menor queja por procedimientos tan irregulares, no dejando memoria de ellos en el manifiesto que publicó en 1813. Lo que sí hizo fué una escrupulosa investigación para el conocimiento de las causas de una que bien pudiera tener por deserción de tantos jefes y oficiales como se ausentaron de la plaza, con el fin de castigarla si no resultaba justificada.

Pronto también se dejó sentir en Tarragona la mano que dirigía su defensa.

Suchet vuelve á su primer plan.

El general Suchet, buscando siempre camino por

---

(1) Por capitanes *graduados*, dice Eguaguirre que podía saberlo.

(2) «¿Quién ha visto, dice también Eguaguirre, en el centro de una plaza sitiada, y en un recinto tan reducido como Tarragona, dos autoridades independientes una de otra? ¿Dos autoridades que tenían separación hasta en los caudales?»

dondo establecer con los sitiados relaciones conciliadoras que le condujeran á la ocupación de la plaza con el menor posible derramamiento de sangre, propuso una suspensión de hostilidades para enterrar los muertos de la jornada anterior. La contestación fué tan categórica como ruda; y el futuro Mariscal hizo quemar los cadáveres de las víctimas del asalto del fuerte del Olivo. No debió, sin embargo, sorprenderle negativa tan rotunda; pues que al tiempo de hacer tales proposiciones, vuelto al anterior pensamiento de atacar la plaza por el lado del Francolí, hacía construir dos baterías en la derecha de aquel río destinadas á alejar del puerto la flota aliada, al apoyo del flanco derecho de su línea de trincheras y á la acción, ya próxima, sobre el frente de la plaza que volvía á tomar por blanco de sus ataques. El primero sería el fuerte Francolí y después el baluarte de Orleáns, llamado por los franceses de los Canónigos, á cuyo frente hacía Suchet abrir la noche del 1.° al 2 de junio una paralela de 600 metros de extensión y á 300 del camino cubierto de aquellas obras. Se enlazó la de los franceses con el puente, pero construyendo otro de caballetes adosados al de piedra para que éste sirviera de espaldón al nuevo, evitando así el efecto de los fuegos de la plaza que lo cogerían de flanco. Se emprendieron además por parte de los sitiadores varios trabajos dirigidos á impedir las salidas, en alguna de las cuales procuraron los nuestros interrumpirlos, y aun se construyeron comunicaciones, entre ellas otro puente, para acudir oportunamente y con contingentes bastantes para rechazar á los que salieran desde las nuevas baterías y el campo establecido en la derecha del Francolí. El

Comienza las obras.

fuego de la plaza se concentró en aquella parte de su recinto, causando al enemigo pérdidas considerables de hombres y de tiempo, todo, como es de suponer, por, á su vez, haber Suchet concentrado el suyo descuidando el extenderlo á otras obras del recinto.

Ataque al fuerte de Francolí.

Aquel frente se hizo así el teatro, puede decirse que único, de la lucha hasta el fin del sitio. Y como habría de ser sucesiva por el escalonamiento en que se hallaban construídas las obras de defensa, los franceses dirigieron sus ataques en ese mismo orden empezando por el fuerte de Francolí, situado, según ya hemos dicho y se ve por el plano, en el extremo S. O. de la plaza. A las dos baterías de que acaba de hablarse, añadió el francés la noche del 2, tanta priesa se daba, otras tres, la número 11 de ocho piezas de á 16, para abrir brecha en la comunicación del fuerte con la plaza, la 12 de cuatro morteros, para bômbardear Orleans y el Fuerte Real, y la 13 de tres obuses, para batir de revés la cara izquierda de aquel baluarte y el saliente del segundo, que Belmas llama del Molino.

Contreras que desde el momento en que se hizo cargo del mando, había organizado la defensa, no sólo con las tropas de la guarnición, sino que también con los habitantes, hombres de armas tomar, y hasta con las mujeres, á quienes encomendó la confección de cartuchos y el cuidado de los heridos, no cesaba en el de llevar á aquel frente cuantos recursos de fuerza tenía á su disposición para inundar de fuego las nuevas obras del enemigo, sobre las que también hacía frecuentes salidas. Esto, sin embargo, no bastaba. Así es que roto el fuego de las baterías francesas el día 7 al amanecer con 25 piezas á la vez, se veía á las seis de

la tarde perfectamente practicable una gran brecha en la cara izquierda del fuerte Francolí, costosamente abierta, eso sí, porque habían sido muy grandes los estragos de la artillería española, en la batería núm. IX sobre todo, la encargada de abrir la brecha (1).

Toma del fuerte.

Lo procedente, en seguida, era el asalto del fuerte; y Suchet y Belmas y cuantos le siguen en su brillante narración lo describen con el aparato que suele darse á tales operaciones, las más solemnes en el sitio de una plaza; la formación de las columnas en las trincheras; los nombres de los jefes que las mandaban, el de Saint Cyr Nugues en aquel caso, jefe del Estado Mayor pero compartiendo tal servicio con los demás coroneles del ejército imperial; el paso del Francolí y el del foso del fuerte con agua al pecho; el ataque, en fin, por el muro de comunicación, por la brecha, por todas partes, y su éxito completo. Pero es el caso que nada de éso es verdad en cuanto á las dificultades y la resistencia que pudieran hallar los asaltantes, porque, después de todo el fuerte había sido evacuado por los españoles de orden del general Contreras (2). El coronel Roten que

(1) No es sólo que Contreras lo exprese así en su Manifiesto, sino que Belmas dice también: «El enemigo tiró más de ocho mil cañonazos; y aunque estábamos á cubierto en las trincheras, semejante granizo de proyectiles nos hirió mucha gente, sobre todo con las piedras que hacían saltar nuestras balas.»

(2) Lo dice terminantemente en su escrito y lo confirman cuantos se hallaron en aquel sitio. Mas para que pueda observarse la torpeza con que Suchet y los suyos han asegurado lo contrario, haremos resaltar las contradicciones en que caen. «L'ennemi, dice Belmas, évacua son artillerie, et le général Suchet fit tout disposer pour donner l' assaut le soir même». Pocos renglones después añade: «Nous trouvâmes dans le fort douze pieces de 12 et un mortier de douze pouces.»

Entonces, ¿cuántas piezas había en el fuerte?

Suchet, más moderado sin duda, se satisface con decir que los españoles le abandonaron tres piezas.

mandaba en el fuerte y tenía la orden terminante de evacuarlo después de retirar la artillería, lo hizo llevándose las municiones y cuanto material útil había allí. Los franceses, que se vieron libres de toda resistencia en el fuerte, creyeron poder avanzar sin temor alguno é intentaron apoderarse de la luneta del Príncipe, intermedia entre Francolí y Orleans; pero los defensores de aquella obra, gobernada por el teniente coronel Subirachs, los escarmentó rudamente obligándolos á retirarse á toda priesa.

Continúan las obras.

La toma del Francolí ofrecía, sin embargo, á los sitiadores la inmensa ventaja de inutilizar por completo el uso del puerto, impidiendo la estancia en él de los barcos de guerra y de las cañoneras que tan buenos servicios habían prestado hasta entonces. Todas las fuerzas navales tuvieron, con eso, que trasladar su fondeadero al otro lado de la Punta del Milagro, lejano del frente de ataque y libre de los fuegos de la artillería francesa, toda ella dedicada á abrir en él campo al asalto de la plaza.

Continuaron, como era de esperar, inmediatamente las obras de sitio. En los dos días siguientes al de la pérdida del Francolí, se continuaron las de la segunda paralela; de noche, á la zapa volante y de día á la doble, en una extensión de 600 metros y dejando á 100 á su espalda el recién ocupado fuerte. Su centro se hallaba así á 80 metros del camino cubierto de Orleans y su derecha á 100 de la luneta del Príncipe. Las pérdidas del sitiador eran enormes por el fuego de las baterías españolas, habiendo veces en que los trabajadores franceses huían á guarecerse de él, y si regresaban á las obras, era merced á los esfuerzos de todo gé-

nero puestos en acción por los oficiales de artillería é ingenieros que las dirigían. Es verdad que Contreras no se descuidaba en repetir las salidas con rara y eficaz insistencia. Una de aquellas noches y cuando más confiadas parecían las guardias de trinchera por haber cesado la plaza en su fuego, salieron 300 granaderos que, sorprendiéndolas, degollaron á muchos de los que las formaban y á su jefe, retirando á la plaza trofeos, útiles y mochilas que se repartieron con la debida autorización para ello. Pero tres días después, en la noche del 12 al 13, la salida fué mucho más importante; y es muy extraño que no la mencione el general Suchet en sus Memorias. El combate duró desde la media noche hasta las dos de la mañana; tal empeño puso el brigadier Sarsfield, que dirigía la salida, en destrozar las obras de los sitiadores que, para contrabatir la artillería de la plaza, estaban levantando desde la noche anterior hasta cinco nuevas baterías con 28 piezas, todas de grueso calibre.

Salidas de la plaza.

Una de aquellas baterías, la designada por los franceses con el número XV, establecida en la extrema derecha de la primera paralela y junto al fuerte del Francolí, debía armarse con cuatro obuses cuyos proyectiles enfilarían en toda su longitud el frente septentrional de la ciudad baja entre la alta y el Fuerte Real. La XVI, al mismo lado de la segunda paralela, comprendía tres obras, una con siete piezas de á 24, otra con tres de á 16 y la tercera con dos morteros, destinadas á abrir brecha en la luneta del Príncipe. La XVII, levantada á espaldas del centro de la segunda paralela, debía batir en brecha con seis piezas de á 24 la cara izquierda del baluarte de Orleans, la cortina

Ataque del primer frente

que lo cubría y el Fuerte Real. La XVIII, con tres piezas de á 16, iba á tirar á rebote sobre la media luna de aquel frente y el flanco derecho del baluarte San Carlos, y la XIX, por fin, debía contribuir á aquella grande obra de la destrucción de las defensas allí establecidas haciendo fuego con tres piezas de á 24 sobre Orleans y el Fuerte Real.

En ese trabajo emplearon varias noches, en las que, á la vez, abrían ramales dirigidos por las capitales á la media luna y luneta mencionadas, al baluarte de Orleans, á cuantas obras se habían propuesto asaltar antes ó después según los accidentes que ofreciera operación tan complicada y al mismo tiempo urgente. Antes, con todo, de llegar al camino cubierto de las obras avanzadas y á la plaza de armas del saliente de Orleans, los sitiados, sin cesar, por su lado, en las salidas que tan buenos resultados les daban, entorpecían en lo posible la marcha del enemigo, esperando por días la acción de Campoverde que no dejaría de cumplir las promesas que había hecho de no descansar hasta conseguir el levantamiento del sitio. Y si los soldados de Sarsfield lograron varias noches inutilizar los trabajos de los franceses, arrojándolos, bayoneta calada alguna vez, hasta la primera paralela, los que guardaban nuestras fortificaciones se mantenían impertérritos sufriendo el horroroso fuego de tanta pieza de artillería como se asestaba contra ellos (1).

(1) Sobre la elección de Sarsfield para el mando de la parte baja de la ciudad, decía Campoverde en su Manifiesto: «Exigía esta línea uno de los primeros oficiales del ejército, que uniendo á un denodado valor los conocimientos y prácticas en la defensa de plazas sostuviese los esfuerzos violentos de un enemigo diestro en sus ataques, y orgulloso por la ventaja que

El día 16 estaban concluídas aquellas obras y armadas las baterías con todas sus piezas que, en número de 54, rompieron el fuego sobre el frente de ataque, del que la mayor parte de ellas sólo distaban cosa de 120 metros. Los sitiados contestaron con uno tan nutrido de fusilería sobre las cañoneras, que á los pocos momentos callaban muchas de sus piezas por falta de artilleros para servirlas. «Los españoles, dice el cronista, pudiéramos decir oficial, de los sitios emprendidos por los franceses en la Península, se sucedían en gran número detrás de sus parapetos guarnecidos de aspilleras formadas con sacos á tierra, de donde arros-

---

acababa de conseguir. Concurrían estas circunstancias en el brigadier D. Pedro Sarsfield; y en su virtud le conferí el mando de esta línea, único frente atacado de la plaza.....»

El brigadier Eguaguirre describe así aquel período del sitio: «Aquí fué, dice tratando de la defensa de Francolí y Orleans, donde, habiéndose pasado á relevar la tropa que guarnecía uno de esos puntos, los soldados entrantes hallaron tendidos cadáveres á todos los que debían ser relevados. En fin, por lo mismo tuvo que abandonarse, y dejarlo á la arbitrariedad de los franceses. Tal era el fuego de cañón que los sitiadores hacían sobre estos baluartes, y tal el heroísmo de los soldados españoles ínterin los guarnecían. Nunca se habrá conocido más serenidad enmedio de un riesgo tan inminente, ni jamás se habrá combatido en plaza alguna teniendo tan inmediato el fuego de cañón, tan á cuerpo descubierto, y resistiendo tan continuos asaltos. Estos se verificaban todos los momentos, y en todos eran constantemente rechazados, aunque experimentando bastante pérdida de nuestra parte; así es que en el discurso de 20 días pasaron á los hospitales de Villa-Nueva de Sitges é islas Baleares tres mil cuatrocientos diez y ocho heridos.»

Hay que advertir que Eguaguirre había estado en los dos sitios de Zaragoza, lo cual le eximía de asistir á otros, y acudió, sin embargo, al de Tarragona.

Suchet dice: «...cada día nos ponía el fuego enemigo muchos hombres fuera de combate; y en ese número una infinidad de oficiales». Y recuerda á los comandantes d'Eschallard y Grange, al capitán de ingenieros Dupan y á los de infantería Lefranc y Morvan.

traban nuestras balas de cañón, nuestras bombas, nuestras granadas y tiros de fusil, acompañando su fuego con insultos y gritos furiosos». A las pocas horas estaba también medio destruido por nuestros cañones el centro de la paralela y en completo desorden la batería XVI, la grande, destinada, según hemos dicho, á abrir brecha en la luneta del Príncipe. Al fin de la tarde los franceses lograron, sin embargo, restablecer la eficacia de sus fuegos y abrir brecha en el baluarte de Orleans y en la falsabraga de la cara izquierda, sin hacerla, con todo, practicable en la contraescarpa, por lo que hubieron de renunciar á su proyecto de asaltarla inmediatamente. Tampoco lograron abrirla en la Luneta; pero cansado Suchet de tanto luchar sin el fruto que esperaba del fuego de sus baterías, se decidió á atacar por la noche aquel fuerte envolviéndolo por la playa, por donde sólo un sencillo muro de mampostería apoyaba su cara izquierda, no flanqueada por obra alguna.

El asalto de la Luneta. Y, con efecto, á las nueve de la noche de aquel mismo día 16, dos columnas francesas á las órdenes del comandante Javersac del 1.° ligero, apoyadas por una fuerte reserva, se lanzaron al asalto de la Luneta; la primera, envolviéndola por la playa, y la segunda, dirigiéndose á la cara no flanqueada. Esta segunda columna se echa al foso, rompe la empalizada, pone las escalas que llevaba á mano y monta el parapeto roto ya por la brecha, mientras la otra penetra en el fuerte por la gola.

¿Qué sucedía entre los defensores para que los enemigos no encontraran la resistencia que de seguro esperarían? El general Contreras dice que fueron sor-

prendidos; vienen otros á manifestar opinión parecida suponiendo al presidio de la luneta ocupado en reparar los desperfectos hechos en sus muros por la artillería francesa, y hay quien lo considera lleno de confianza, fundada en la proximidad del baluarte San Carlos y la media luna, pero más todavía en lo relativamente insignificante de los destrozos causados en el fuerte. El ataque de los franceses, violento y todo en la profunda obscuridad que reinaba aquella noche, inesperado, como se acaba de indicar, y temerario por el estado todavía del fuerte, no produjo en los defensores el desánimo que algunos han supuesto. Comprendiendo el peligro al escuchar el ruido imprescindible del asalto, los españoles se apercibieron á la defensa, no lo pronto que exigía ocasión tan súbita, pero sí con el ánimo de cumplir con su deber y dar satisfacción á su honor. Precipítanse al parapeto para cubrir la brecha; rechazan á los primeros que la asaltaban, entre los que subía su jefe Javersac que cae muerto en ella causando no poca impresión en los suyos que le tenían por uno de los héroes más notables de Austerlitz. Reemplázanlo los jefes de trinchera más inmediatos, quienes, puestos á la cabeza de la reserva, acometen y ocupan la brecha al tiempo que la otra columna, deslizándose con el posible silencio por la orilla del mar, penetra por la gola del fuerte con nueva y dolorosa sorpresa de nuestros compatriotas. No desmayan éstos ni aun así; y, formando en el centro del fuerte, se defienden con la mayor bravura y antes que rendirse, como se les decía, se dejan matar en su mayor número, quedando prisioneros unos 70, entre los que el gobernador, gravemente herido. Salváronse muy pocos, que lograron acogerse á los

fuertes inmediatos (1). Tras de éstos corrió el teniente Alberspit con 50 de sus carabineros del 1.° ligero, metiéndose confundido con los fugitivos por el puente levadizo y la puerta de la cortadura que cerraba el pequeño muelle existente en la prolongación de la cara derecha del baluarte San Carlos. La pelea allí fué más brava aún y encarnizada. Los franceses cortaron las cuerdas del levadizo é invadieron aquella parte de la marina empezando por el inmediato convento de San José; pero acudiendo, al mismo tiempo que lo hacía á San Carlos un batallón de Saboya con su sargento mayor D. Manuel Llauder, dos de Almería á la cortadura, los carabineros enemigos, azotados por la metralla y la fusilería de ambas partes, tuvieron que retroceder dejando el campo cubierto de cadáveres, el de su teniente Alberspit entre ellos, oficial de gran mérito por su extraordinario valor (2).

---

(1) No se ha hecho en España justicia á aquellos valientes. Véase cómo describe Vacani aquel asalto: «Eran, dice, nada más que 350 los defensores; pero su inmediata vecindad al baluarte *S. Carlos* y á la *Luneta del Rey* los tenía tranquilos, no pensando que el enemigo se resolvería, con un repentino ataque, al de brecha tan imperfecta todavía (si inmatura). Defendiéronse como mejor supieron; no huyeron; formaron más enmedio y, antes que rendirse, se dejaron pasar á cuchillo (a fil di spada): sólo 70, entre los cuales el teniente coronel gobernador herido, fueron hechos prisioneros». Y añade luego: «El comandante Javersac perdió allí la vida y con él 40 granaderos. El comandante Anicot, el teniente de ingenieros Fourtier y el teniente Alberspit del 1.° ligero francés, también fueron heridos con otros 4 oficiales y 140 soldados.»

Suchet dice también que los españoles se defendieron con resolución. De modo que los extranjeros son los primeros en elogiar la conducta de los defensores de la Luneta del Príncipe.

(2) Exclama Suchet al recordar el suceso: «Nuevo Cocles, resiste largo tiempo (en el puente) á fuerzas siempre crecientes. Cae por fin herido; el sargento Labre le reemplaza y á su vez sucumbe como la mayor parte de los carabineros. Acude á sostenerlos una reserva y los retira de manos del enemigo.»

Estado de la guarnición

Nada de eso demuestra que flaquease en su defensa la guarnición de Tarragona; y sin embargo hay que reconocer en su conducta desde aquellos días una desconfianza respecto á su suerte futura que explicará varios de los acontecimientos que fueron sucediéndose hasta el de la catástrofe final.

El día 14 se había presentado en las aguas de Tarragona una división española procedente del ejército de Valencia y puesta á las órdenes del general D. José Miranda. Aquella fuerza de más de 4.000 hombres y que parecía deber servir de poderoso auxilio para una guarnición que tantos sacrificios llevaba ya hechos y burlada por las promesas incumplidas de su general en jefe, no sirvió, sin embargo, más que para debilitar la defensa, provocando la desconfianza general en las tropas sobre la suerte que las esperaba. Porque no bien desembarcada la división, fuese por considerarse más útil en el ejército que andaba Campoverde reuniendo en Igualada, fuese por suponer la guarnición de Tarragona suficiente para la defensa de aquella plaza, lo cierto es que el 15 se reembarcaba Miranda con toda su tropa excepción hecha de unos 400 hombres que, al decir después de Blanch, ni siquiera estaban debidamente armados. Es verdad que Contreras debía confiar, más que en la defensa, pudiéramos decir pasiva, de la plaza, en una operación combinada en que, atacando Campoverde y Miranda á los sitiadores por sus espaldas, los obligaran á levantar el sitio. El Marqués lo prometía á todas horas contestando á las reclamaciones de Contreras con seguridades que á éste comprometían á privarse de todo socorro en el recinto de la plaza para que fuese más eficaz el exterior, deci-

sivo para Cataluña toda. Pero el reembarque de la división valenciana y, más todavía, la deserción, que no otro nombre debe dársele, de no pocos de los defensores, entre los que varios oficiales y aun jefes, con el pretexto de enfermedades ficticias ó con el empeño, nada honroso en aquel caso, de pelear en campo abierto y contribuír así á la liberación de Tarragona, iba imponiendo en los leales mantenedores de la plaza la idea, no destituída de fundamento, de que se les abandonaba á sus solas fuerzas (1). A pesar de eso batíanse, como se ha visto, con denuedo; pero luego se verá que no con aquella heróica resolución de los mártires de Zaragoza y de Gerona, sometidos á una sola voluntad, la imperturbable de sus gobernadores Palafox y Alvarez.

Campoverde, Contreras y la Junta.

¿Qué hacía, entretanto, el marqués de Campoverde?

La división Miranda, al desembarcar el 16 en Vi-

(1) El historiador no puede recurrir á olvidos estudiados ni á subterfugio alguno para disculpar ó dejar como desatendida la falta de nadie en el cumplimiento de sus deberes. No se extrañe, pues, que traslademos á este escrito un oficio del cirujano mayor del ejército de Cataluña, que publicó el general Contreras en su opúsculo de 1813. «Son muchos, escribía Don Antonio de San Germán desde Mataró el 9 de junio de 1811, los maulas que se cuelan en los buques al tiempo de embarcarse los enfermos y heridos en ese puerto de Tarragona, tanto de la clase de señores oficiales como de soldados, quienes aunque no se admiten en estos hospitales por no conocérseles enfermedad alguna, van divagando de pueblo en pueblo para huir de los peligros de la guerra.—Igualmente pongo en noticia de V. S. que algunos de mis dependientes que dexé en esa ciudad para socorrer á los heridos, y acudir á quanto fuere relativo á la facultad, se van destacando con pretextos frívolos y suposiciones falsas; de forma que tengo á dos en Villanueva suspensos de sus empleos por haber incurrido en este delito, y con esta fecha amenazo el mismo castigo á todos los demás que cometiesen igual falta.»

llanueva, había elevado la fuerza del ejército de Campoverde á la cifra de 9.500 infantes y 1.200 caballos, con varias piezas de artillería de campaña. No era aquel número suficiente para dar una batalla campal al que gobernaba el general Suchet; pero sí para atacarle, atento, como estaba, á la conquista de plaza tan considerable como la de Tarragona que, por lo extensa, exigía un esparcimiento de tropas que lo debilitaría mucho para una acción cual debía ofrecérsele en tales circunstancias y condiciones. Nadie mejor que los españoles podía hacer á sus enemigos una guerra propia para el caso si á la acción de Eroles, Manso y Torrijos sobre las líneas de los sitiadores y sus comunicaciones con Tortosa y Mora, se añadiera la de un cuerpo numeroso de tropas que acometiese resueltamente los campamentos establecidos en derredor de la plaza. No eran suficientes, repetimos 10.000 hombres para ofrecer un combate decisivo al ejército francés de Aragón, pero sí para obligarle á concentrarse y de ese modo, y ayudados por la guarnición, poner á ésta en el caso de recuperar las obras que había perdido en aquellos últimos días y de conseguir quizás el levantamiento del sitio. La junta superior del Principado no cesaba en sus reclamaciones á Campoverde para que intentara un esfuerzo en ese sentido, añadiendo á la que ya hemos recordado de 3 de junio, la del 9 de aquel mismo mes, mucho más apremiante y aflictiva. «La plaza de Tarragona, se decía, está al borde del precipicio según V. E. no deberá ignorarlo. Conviene volar al momento á su socorro, sin pararse ni en sacrificios, ni en la naturaleza de ellos. Todo será menos, si se consigue salvar aquel baluarte, único que queda ya á la

Provincia, capaz de garantir su defensa y su libertad. La guarnición, que la defiende, es valiente y numerosa: V. E. se halla felizmente fuera, desde donde pueda auxiliarla con eficacia; y esta Junta Superior está pronta, como siempre, á proporcionar á V. E. quanto sea asequible en la Provincia para tan importante empresa.»

Campoverde podía al día siguiente contestar á la Junta disculpando su inacción con la escasez de fuerza para interrumpirla con probabilidades de éxito; y entre los argumentos que ponía en juego para ello, la dirigía el en verdad convincente de que sin los recursos necesarios para ejecutar la empresa con fortuna, las consecuencias serían mucho más fatales que el fracaso mismo del combate para que se le apremiaba. «Yo volaría al momento á su socorro, dice en su oficio á la Junta, pasando al olvido todos quantos sacrificios sean susceptibles á semejante empresa, olvidando igualmente su naturaleza, pues mis deseos exceden á mi expectación, y aun á la de V. E. mismo; ¿pero acaso una empresa de esta naturaleza con las débiles fuerzas de mi escasa división, podría llenar el plan de mis ideas? Antes muy al contrario; la destrucción total de ésta sería el funesto resultado de una atropellada como indiscreta operación.» No obstante, se conoce que las reclamaciones de Contreras producían en Campoverde mayor efecto que las de la Junta, porque el 13, esto es antes de que llegara á Villanueva la división Miranda pero contando ya con ella, forjaba un plan que se dirigía á tomar una posición sobre el campo de los sitiadores de Tarragona, desde la que, cortándoles sus comunicaciones y sus subsistencias por ende, se les obli-

gara á levantar el sitio. La calidad de las tropas de su mando que, según manifiesta Campoverde en todos sus escritos, no le inspiraba confianza alguna, le aconsejaría no emprender una operación más enérgica y decisiva atacando resueltamente al enemigo en sus líneas (1).

Campoverde, al contestar á la Junta y aun al dar conocimiento de su plan, no creía la plaza en el peligro en que verdaderamente estaba, sin calcular que Suchet, por el interés que le movía y el recelo de que Cataluña llegara á reunir un ejército numeroso, procuraría adelantar las operaciones del sitio con el aguijón de tales y tan punzantes estímulos. Pero llega el 16 de junio y se suceden, con rapidez que asombra, los aconteci-

(1) He aquí el plan según lo publicó la Junta Superior:
«Desembarcadas las tropas de Valencia, para cuyo abrigo y seguridad de la operación se ha situado un cuerpo de caballería en Villafranca, adelantando sus observaciones al Vendrell, y reunidos en este Quartel general con los que en él existen se tomarán las medidas conducentes para llenar el importante obgeto de levantar el sitio.—Reunidos ocho mil infantes, y más de ochocientos caballos, se situará este cuerpo respetable en las montañas ó cordilleras que dominan á Reus fixando la posición en Alforja, y Colldejon, hasta Monroig, destacando fuerzas imponentes al camino real que vá del Coll de Balaguer á Tarragona.—Graduados nuestros movimientos por los que haga el enemigo, será nuestro conato el privarles sus subsistencias por todas direcciones, y forzarles ó á levantar el sitio, ó á atacarnos en nuestra fuerte posición. Si el enemigo presenta un descuydo, intentaremos darle un golpe de mano sobre el Lorito y sus inmediaciones.—Colocado este cuerpo en la posicion señalada, queda el sitiador amenazado por su frente, y espalda, y aun su flanco izquierdo (aunque débilmente) lo tenemos ocupado por el Coll de Cabra, Lilla, y Sta. Cristina, con tiradores y somatenes.—La plaza sabrá si el sitiador disminuye sus fuerzas, y entonces debe obrar según las circunstancias, que no se pueden preveer, y deben ser pesadas por el General Gobernador de la Plaza.—Las fuerzas sutiles de mar, deben decididamente hostilizar á todo lo que venga de Tortosa, y su dirección; pues además de la utilidad de esta operación, podrá ser un conducto de comunicación

mientos de que hemos dado cuenta, la apertura de las brechas en Orleans y la Medialuna, é inmediatamente después el asalto de la Luneta del Príncipe y aun el del puente levadizo, que ofrecía entrada á toda la parte de la Marina. La situación de Tarragona se hace entonces verdaderamente crítica, y así lo pone de manifiesto el general Contreras en una comunicación que dirige aquel mismo día á su general en jefe. Este, en vez de acudir inmediatamente á, por lo menos, poner en ejecución su *prudentísimo* proyecto, exige á su subordinado, el gobernador de la plaza, se desprenda de elementos valiosos para la defensa que se le tiene encomendada; primero, de Roten y después de Sarsfield, dejando allí á Velasco, reclamado también poco des-

---

entre el cuerpo de fuera, y la Plaza.—La calidad de las tropas, que se reunen fuera de la Plaza, exigen imperiosamente que se evite una accion general; pues siendo decisiva y por nuestra parte desgraciada, acarrearía la pérdida de la Plaza, y ruina del Principado.—Así pues todo el obgeto, y plan, es reducido á tomar posición respetable, que no la pueda batir el enemigo, sin levantar precisamente el sitio: Si no ataca, obligarle á que lo levante forzado á falta de subsistencia; para lo que debe el cuerpo de afuera bloquear al sitiador.»

La Junta Superior, al tener conocimiento de este plan, dirigió á Campoverde una comunicación sumamente agria en que se leen frases tan duras como las siguienes: «¿Conque se reducen las intenciones de V. E. á cercar de lexos al enemigo, y esperar que levantando el sitio, venga á atacarle obligado de la hambre? ¿Es esto lo que V. E. ha ofrecido á la Junta?»

«Y ¿qué haremos, se dice luego, si esperando el ataque del enemigo, que vale tanto como decir pasar el tiempo en inacción, envía Macdonald en socorro de los sitiadores de Tarragona un refuerzo de las fuerzas que tiene en Ampurdan? ¿De qué servirían en tal caso los desvelos de V. E. y de la Junta, y los sacrificios que ha hecho el Reyno de Valencia en desprenderse del exército, que acaba de mandar en auxilio nuestro?»

«Hablemos claro, añade, y sin rebozo: la Junta á nombre de la Provincia reclama sin pérdida de tiempo un ataque general bien combinado. Téngase un Consejo de guerra....»

pués. Y esto lo hace cuando el enemigo, cada día más anhelante por acabar pronto una jornada que tanto interesaba al Emperador, al ejército y más acaso á su general en jefe, no se permitía un punto de descanso y acumulaba sobre el frente atacado cuantos medios tenía á su disposición (1).

Nuevos trabajos de aproches.

Caminando por el foso de la cara derecha de la luneta recién conquistada, se comenzó á abrir la tercera paralela en el ángulo entrante, aunque abandonando luego la obra por la mucha agua que se halló á flor de tierra. Pero donde pudo abrirse la nueva línea fué en el saliente de la plaza de armas de la Medialuna; así como en la del baluarte de Orleans se procedió al avance sobre la contraescarpa á fin de preparar la bajada al foso. Se estableció una batería de piezas de á 24 en la Luneta del Príncipe, destinada á batir en brecha el baluarte de San Carlos, á cuyo pie perdieron los franceses mucha gente al intentar la ocupación del glacis y el descenso al foso, y se llegó al pie también de la brecha de Orleans caminando á la zapa llena, no sólo por el foso sino que también por la brecha que, al tiempo de la del baluarte, se había abierto en la falsabraga que cubría su cara izquierda (2). Estas operaciones, ejecutadas con tanta perseverancia como habilidad por los ingenieros franceses, dirigidos por su general Rogniat, tan experto en ese género de guerra,

(1) Dice Belmas: «Todos nuestros esfuerzos, todas nuestras esperanzas, todos nuestros temores se concentraban en Tarragona. Era un desafío á muerte entre el ejército y la guarnición. El general en jefe juzgó necesario reforzar las tropas del sitio con la brigada del general Abbé y con el regimiento n.º 115.º»

(2) «Esta ocupación de una brecha á la zapa sin asaltarla, es una operación, dice Belmas, digna de notarse, y que hacía mucho tiempo no había sido ejecutada en la guerra de sitios.»

principalmente desde que había tomado parte en la de España, costaba al ejército sitiador enormes bajas que no disimulan, por cierto, los cronistas de su nación (1). Los sitiados se defendían con la tenacidad en ellos característica, y su artillería, perfectamente dirigida, causaba grandes estragos en las obras de los sitiadores, ya haciendo volar alguno de sus repuestos de municiones, ya destruyendo los parapetos de las baterías y acallando por largas horas sus fuegos. Sarsfield, jefe según ya hemos dicho, de las tropas destinadas á la defensa de la Marina y del arrabal de aquel nombre, no desmayaba un momento de su honroso empeño, multiplicándose para presentarse en todos los puntos de peligro y animar á los defensores con su ejemplo.

Pero nada bastaba á detener al enemigo en la marcha de sus trabajos, incontrarrestable según la escuela, entonces dominante, de Vauban, la fuerza de cuyos sistemas polémicos no había encontrado resistencia fe-

---

(1) El mismo Belmas, de acuerdo con Suchet, dice que esas bajas ascendían diariamente á 60 por lo menos. Al consignar ese dato, añade: «Desde el día del cerco habíamos tenido dos mil quinientos hombres de baja, de los que un general, dos coroneles, quince comandantes de batallón, diez y nueve oficiales de ingenieros, once de artillería, ciento veinte de infantería y un gran número de artilleros, zapadores y minadores.»

Extraña Vacani que los españoles, tan obstinados y valerosos en la defensa de los puntos más amenazados, no salieran de la plaza sobre las obras enemigas, tímidamente avanzadas, y no intentasen poner en precipitada fuga á los trabajadores, destruirlas ó incendiar las cestonadas y galerías, alejar, dice, el momento del asalto. Ya confiesa que esa repugnancia á las salidas en aquel caso debería proceder de la falta de portillos por donde verificarlas y del temor de que al volver á la plaza entraran confundidos con los sitiados sus enemigos. Y se comprende perfectamente ese recelo, decimos nosotros, al recordar el suceso del puente levadizo.

liz en ningún sitio de los ejecutados, siguiéndolos estrictamente. Sólo en España habían dejado alguna vez de dar resultado; pero consistía en lo extraordinario del carácter nacional, que llevó á nuestros padres á, traspasando las reglas todas de la ciencia y los límites impuestos por las leyes de la naturaleza, ejecutar las defensas de Zaragoza y Gerona, tan estupendas, según los tiempos, como las de Sagunto y Numancia; gloria, por nadie disputada, de la nación española. En Tarragona se intentaba seguir tales ejemplos; y más que ellos, quizás, impulsaban á su imitación las desgracias de Lérida y Tortosa, atribuídas en Cataluña á falta de aquel espíritu patriótico que enardecía á nuestro pueblo á la sola idea de someterse al yugo siempre aborrecido del extranjero. Pero, ya lo hemos dicho, la desconfianza había penetrado en el corazón de los defensores; y como la población civil no mostraba los alientos que la de aquellas insignes ciudades, la militar llegaría el caso de que se limitara á cumplir con los deberes del honor y de las Ordenanzas que reglan la conducta que luego veremos invocada por el general Suchet, como en Ciudad Rodrigo antes por el mariscal príncipe de Essling. El general Contreras aspiraba á la gloria adquirida por Palafox y Alvarez, no cabe duda; y mientras llegara la ocasión de los heroismos y del martirio que habían inmortalizado aquellos nombres, iba empleando los recursos que sus no escasos conocimientos podían aprovechar para la salvación de Tarragona.

Al establecer los franceses las baterías de brecha en su tercera paralela contra los baluartes ya aportillados de Orleans y San Carlos, Contreras hizo levantar

atrincheramientos y barricadas que cubrieran las brechas, que bien calculaba haría practicables muy luego la artillería enemiga. Hizo también contraminar el primero de aquellos baluartes y dispuso cuantos preparativos son de suponer para rechazar el ataque que en la noche del 20 se veía, más que próximo, inminente, del momento.

Asalto del primer recinto.

Y, con efecto, al amanecer del 21, los franceses rompieron el fuego en toda su línea de contravalación. La batería construída en la Luneta del Príncipe, la que los franceses designaban con el número XX, recibió tal lluvia de proyectiles que, á los pocos momentos de haber comenzado el fuego, volaba su repuesto de pólvora y aparecía destrozado el parapeto nuevamente construído. Las cañoneras quedaban deshechas; muchos de los artilleros, con su capitán Spinelli, muertos, y herido su jefe, el coronel Ricci, envuelto en los escombros. Ya se sabe, sin embargo, lo que son esos accidentes en un ejército que se propone el sitio de una plaza con todos los recursos de que el arte aconseja proveerse; y dos horas después reanudaba el fuego aquella batería, logrando, antes del anochecer, completar la brecha en el baluarte de San Carlos y dejarla practicable para 20 hombres de frente. Igual resultado alcanzaron las demás baterías en el baluarte de Orleans, en la Medialuna y, aunque menor, en el Fuerte Real que, careciendo de foso y sin obra alguna exterior, no exigía preparativos tan ejecutivos para su asalto.

No era cosa de dar tiempo á los sitiados para reparar las brechas ni disponer nuevas obras de defensa en la gola de los baluartes atacados; y los franceses resol-

vieron proceder inmediatamente al asalto, para lo que habían ya organizado las columnas que debían emprenderlo. Eran cinco, en efecto, regidas por el general Palombini y apoyadas por una fuerte reserva que, á las órdenes de Montmarie, se estableció á la izquierda de la primera paralela con el objeto de atacar de flanco cualquiera salida que intentaran los sitiados si lograban rechazar á los primeros asaltantes. La primera de las columnas debía emprender el ataque del baluarte de Orleans y otra de muy corta fuerza, dependiente de la principal, apoderarse de la Medialuna. La segunda marcharía sobre la brecha de San Carlos, apoyada en su flanco derecho por cincuenta granaderos, cuyo capitán tenía la orden de deslizarse por la playa hasta ocupar el pequeño muelle que dijimos se halla á la izquierda de aquel baluarte. La última columna de las destinadas al asalto seguiría inmediatamente á la que iba á atacar San Carlos para obligarla á no retroceder en un trance en que se suponía que los sitiados opondrían gran resistencia, y para, una vez ocupado aquel baluarte, correrse por el interior al ataque del Fuerte Real. Puestas en orden todas aquellas columnas, cuya fuerza total era de unos 1.000 hombres franceses, italianos y polacos, la primera se lanzó desde la brecha de la contraescarpa, ocupada, ya lo hemos dicho, á la zapa, sobre la harto inmediata del baluarte de Orleans. No se había descuidado Contreras en guarnecer aquél ni otro alguno de los fuertes atacados, guarneciéndolos suficientemente como todo el frente, en que, contando con las fuerzas destinadas á observar á las enemigas del Olivo y de Loreto, se hallaban disponibles, excepto un regimiento, el de Santa

Fe, que quedó de reserva en la plaza. Pero tal fué el ímpetu de los franceses al asaltar Orleans, y tal, hay que decirlo, el estado de los ánimos en nuestra tropa, que, sin dejar de batirse con el denuedo de siempre, hízolo sin el orden que impone la disciplina y, sobre todo, sin la confianza en su fuerza y en la abnegación de sus jefes; con el aturdimiento, en fin, que inspiran esos poderosos sostenes de la moral militar, aturdimiento que hizo olvidar los hornillos de la contramina, que, así, no produjeron la explosión á que estaban preparados. Los nuestros retrocedieron á los parapetos conque habían cerrado la gola del baluarte, y allí se hicieron fuertes resistiendo á los primeros asaltantes que fueron así rechazados; pero los granaderos franceses, que seguían á aquéllos, acabaron con toda resistencia y con la mayor parte de los que la oponían. Y como á ese tiempo los que habían acometido el asalto de la Luneta desde el coronamiento de su camino cubierto, hechos dueños de ella, ganaron también el muro del recinto, unos y otros se dirigieron al Fuerte Real y aplicaron las escalas á la brecha, no bastante accesible todavía con el fuego de la mañana. La columna destinada al asalto del baluarte de San Carlos encontró también una resistencia valerosa en los españoles que lo guarnecían; pero reforzada también por la última que hemos citado, consiguió, á la par que los granaderos que se dirigían al pequeño muelle inmediato, penetrar en la Marina y en las casas que componen aquel importante barrio. Y no se limitó á eso su acción, sino que, una vez ganado el baluarte y batido el brigadier Velasco que, reemplazando á Sarsfield, había rechazado á los invasores del arrabal de la Ma-

rina, todas las columnas se dirigieron seguidamente al Fuerte Real, que no pudo resistir los varios ataques de que era objeto y fué abandonado de su presidio.

Perdidas todas las fortificaciones de aquella primera línea de las que constituían el frente atacado, los invasores se extendieron por el arrabal y el muelle, cometiendo todo género de crueldades en los soldados que iban persiguiendo y en el paisanaje que hallaron en su excursión, sin atender á edad ni sexo. «Soldados y paisanos, mujeres y niños, dice un historiador alemán, todo caía por la furia de los golpes que les asestaban los asesinos que recorrían inhumanamente las calles».

«La bayoneta, añade Schépeler, empleada como puñal, no parece suficiente, y el enemigo, bañado en sangre, agita la antorcha incendiaria. En todas las calles acaba por estallar el fuego; la misma sed del robo debe ceder á aquella barbarie, porque los productos de la India, acumulados en grandes almacenes, quedan consumidos por las llamas. Para aumentar el horror de aquella espantosa noche la escuadra inglesa cruza á lo largo de la costa y lanza sus andanadas sobre los trabajos del enemigo y la parte perdida de la ciudad.»

Resolución de Contreras.

Pero aun entregándose á sus feroces instintos sobre los indefensos, las tropas francesas no descuidan la tarea á que las llaman sus jefes, á la de completar su triunfo para, acabando con los defensores del recinto recién conquistado, penetrar en el segundo, el que circuye la ciudad y constituye el gran cuerpo de la plaza. En su impetuoso avance, los franceses llegaron á mezclarse con nuestras tropas, al retirarse éstas hacia

la puerta de San Juan, y hubieran entrado con ellas si el general Contreras, que presenciaba el asalto desde el baluarte que lleva el mismo nombre, no hubiese hecho cerrar la puerta dejando fuera á vencidos y vencedores. Sin eso, es lo más probable que aquella noche se habría perdido la plaza, retardándose así siete días su conquista por los imperiales (1). Rechazados los franceses del pie de la muralla del antiguo recinto, se dedicaron á fortificarse en el que acababan de ganar y en disponer en el muelle la artillería que contestase á las andanadas de los buques ingleses é impidiese luego su estancia en el fondeadero del Milagro, en que habían permanecido desde que se les hizo imposible el uso del puerto.

(1) Es curiosísimo el párrafo de la relación de Contreras que comprende tan importante episodio. Dice así: «Yo estaba en la muralla del cuerpo de la plaza, encima de la puerta de San Juan, con tropas para socorrer á los que se retiraban si hubiesen rechazado de las brechas al enemigo; pero viéndolas venir mezcladas con él hice cerrar la puerta, sin cuya precaución amigos y enemigos se me habrían metido en la plaza. Grité á mis tropas se formasen en batalla al pie de la muralla, lo que comprendieron y executaron bien y prontamente, separándose de los franceses. Luego que las tuve baxo la protección de mi fuego, comencé á hacerle terrible de fusilería y metralla, obligando á los franceses á retirarse con una pérdida horrorosa de muertos y heridos de que dexaron cubierto el suelo. Un capitán de ellos tuvo la temeridad de llegar hasta la misma puerta con su compañía de granaderos, que la empujaron con las culatas de los fusiles, pero pagaron bien su atrevimiento, pues murieron casi todos, y de los primeros el capitán y el tambor que cayeron y quedaron á dos pasos de dicha puerta.»

Nuestros más autorizados cronistas, los catalanes principalmente, confirman la versión del general Contreras. Suchet y Belmas que, como es sabido, le sigue siempre en sus Memorias, apenas si dejan traslucir tan original suceso que tampoco menciona Eguaguirre, por el laconismo, sin duda, que usa en toda su relación del sitio. Mas no por eso puede darse por inventado el relato de Contreras, expuesto, de no ser exacto, á una rectificación que haría perder toda autoridad á su Manifiesto.

A muchas consideraciones provoca la memoria del asalto del día 21 al recinto exterior de Tarragona. La primera, sin embargo, que asaltará al lector es la que puede referirse á la relativa facilidad con que los franceses alcanzaron un éxito tan decisivo como rápido. Y es que necesita conocer el motivo, acaso más poderoso é influyente, que tuvo la guarnición para no mostrar la gallardía que reveló al principio del sitio. No quiso Contreras ponerlo en evidencia en su escrito tantas veces citado, recordándolo en una frase cuya ambigüedad ha producido investigaciones que lo han hecho manifiesto á todo el mundo. Dice aquel general: «También tuvieron aquella tarde los franceses en su favor otro acontecimiento que no debo decir aquí, sin el cual se habría prolongado la defensa y probablemente habrían sido rechazados» (1). Pues bien, esa frase se refiere al embarque de Sarsfield en la tarde del 21, en los momentos precisamente en que más recia era la lucha que dió por resultado el desastre que acabamos de conmemorar, tan fatal para las armas españolas. La versión que corrió como más válida fué la que supone á Sarsfield, con todos sus ayudantes, embarcándose precipitadamente para trasladarse al cuartel general de Campoverde. Había éste escrito á Contreras

Causas de aquel desastre.

(1) Se conoce que Contreras no quería chocar con el marqués de Campoverde, que resulta, si no el más comprometido en ese motivo, ya que la mayor culpa está en otro cuyo nombre va á salir inmediatamente á luz, no exento tampoco de ser partícipe en ella. Contreras no quiere pronunciar ese nombre ni explicar la causa; se satisface con esta protesta: «Mas las medidas mejor concertadas nada valen contra los decretos de la Omnipotencia, y Dios sin duda había resuelto la pérdida de Tarragona».

¡Conformidad cristiana que no se le agradeció bastante!

en carta del 19 que, *si fuese posible que Roten saliese para mandar una división, sería muy útil; pero esto si hubiese uno que llenase su hueco en Tarragona;* pero en otra del 20 le encargaba llamara á Doyle (embarcado en la escuadra inglesa) *y le hablase sobre lo que le escribía, que era el sacar á Sarsfield y dejar en la plaza á Velasco mandando su punto.* Contreras convino en el cumplimiento de los deseos de Campoverde, que debían ser órdenes para él; y no se comprende cómo Toreno le acrimina el haber elegido á Sarsfield, que tan buenos servicios estaba prestando en el arrabal, sin parar mientes en las fechas de aquellas cartas que revelan con harta elocuencia que no era Contreras sino Campoverde quien escogía á Sarsfield, con la circunstancia, además, de enviar á Tarragona quien le reemplazara en su mando. Consigna también el insigne historiador de aquella guerra que Contreras hizo salir á Sarsfield de la plaza en el momento en que ya el enemigo había dado principio á su acometida; y eso tampoco es exacto, porque el gobernador de Tarragona, de no ignorar el embarque de Sarsfield, hubiera enviado al arrabal en su relevo al general Velasco, y está averiguado que aquél entregó el mando de su puesto al coronel Don José Carles que estaba á su inmediación (1). De modo que la culpa fué de Campoverde que sacó de Tarragona elemento tan valioso para la defensa, y de Sarsfield

(1) Esto consta principalmente en el despacho dirigido á la Junta Superior por el general Contreras la misma noche del 21. «Además, se dice en él, el brigadier Sarsfield, que se había comprometido á defender la parte de la marina sobre su cabeza, se ha ido esta tarde, habiendo entregado el mando, sin conocimiento mío, á su inmediato, dexándolo todo comprometido; pero el brigadier Velasco se entregó de él precisamente en el

que satisfizo los deseos del Marqués en hora tan inoportuna y sin siquiera dar aviso á Contreras de su embarque, por aquel estado de independencia, así debe creerse en honor de Sarsfield, con que se le había establecido en el arrabal de la Marina. Las tropas, así, privadas de un jefe en quien tenían puesta su confianza, tan inteligente y bravo, desmayaron en la defensa de aquel puesto invadido por tal golpe de franceses; y aunque luego acudió á mandarlas Velasco, con fama también de valiente, y aun logró rechazarlos por un rato, pronto hubieron de ceder ante el número, por momentos creciente, de los enemigos, y acogerse como los de Orleans y demás fuertes á la puerta de San Juan que, según dijimos, hallaron cerrada (1).

No fueron las pérdidas en la fatal jornada del 21 de junio lo importantes que haría presumir combate tan reñido y largo. Las nuestras no pasaron de la de unos 500 hombres, eso sí, la mayor parte muertos, y muy pocos prisioneros, que no llegaron á los 160 que enumera Suchet en su parte. El furor de que estaban poseídos los franceses y la bravía obstinación de los defensores, mezclados con ellos en su retirada á las puertas de la plaza, explican la razón de esos núme-

crítico momento que atacaban aquella parte, y este jefe se halla, con algunas fuerzas reunidas fuera de la puerta de San Juan, debaxo de la muralla; la pérdida debe ser de consideración, porque Sarsfield tenía las tres partes de la guarnición, y me había arrancado casi toda la fuerza para aquel punto; aún no la sé, pero luego que la sepa daré parte á V. E.»

(1) Así como los defensores de Orleans descuidaron el dar fuego á los hornillos de la contramina abierta bajo el ángulo saliente del baluarte, así los del arrabal dejaron, como el 16, caído el puente levadizo del portillo de San José en la cortadura que cerraba el paso á aquella parte tan importante de la Marina. ¿Qué mayor prueba del aturdimiento que sufrían las tropas de aquella guarnición?

ros, en los que el menor fué el de los heridos á que deben corresponder los prisioneros. Cayeron en poder del vencedor cuantas piezas de artillería contenían los fuertes por él conquistados; pero lo que hubo más de lamentarse fué el resultado de la barbarie de la soldadesca imperial que se cebó en la infeliz población del arrabal con horrible y repugnante ferocidad. Su general en jefe no eleva las bajas de su ejército en aquel día á más de 120 muertos y 372 heridos, cifra muy inferior á la calculada por el general Contreras en su escrito.

Nueva intimación despreciada.

Al día siguiente y acogidos á la plaza cuantos habían peleado en el recinto exterior, los que al retirarse de los fuertes atacados se mantenían ocultos en las casas del arrabal y los paisanos fugitivos del degüello, las violaciones y el robo ejercidos por los invasores, éstos comenzaron las obras de ataque conque pensaban abrirse paso á la plaza y dar fin á su conquista. Suchet, creyéndola hecha ya, intimó á Contreras la rendición; pero despreciado su mensaje con no contestarle siquiera el Gobernador, dió sus órdenes para emprender inmediatamente los trabajos de una nueva paralela, la tercera podría decirse, abierta á 200 metros del frente interior, correspondiente al conquistado hacía pocas horas (1).

Operaciones de Campoverde.

Avivaba tanto más á Suchet el deseo de terminar

---

(1) «Un oficial, dice Suchet en sus memorias, se mostró en la banqueta de nuestra más avanzada trinchera agitando un pañuelo blanco; pero no apareció en la muralla ni aun quien fijase la atención en eso. Aquel arrogante desprecio no hizo sino aumentar el furor de nuestros soldados, á quienes cada asalto animaba más y más.»

Toreno dice que Contreras desdeñó aquellas señales con altanero silencio.

su empeño de la conquista de Tarragona, cuanto que tuvo noticia de que desde el día anterior el barón de Eroles, hallándose, le dijeron, con 5.000 hombres entre Mora y Falset, había atacado un convoy y apoderádose de una parte de él. Nada menos que 500 acémilas habían caído en manos de nuestros soldados, y los franceses del convoy hubieron de apelar á la más precipitada fuga para salvarse en el fuerte que tenían en aquella población. El 22 estaba el barón en Montblanch, cuartel general de Campoverde, quien se proponía empezar al instante á maniobrar, según anunció al general Contreras, á pesar de no haber llegado Velasco, que mal podía incorporarse aquel día al ejército cuando se encontraba no poco apurado para meterse en Tarragona desde el pie del muro junto á la puerta de San Juan. «Deseo con ansia, escribía Campoverde á Contreras, ponerme á la vista de esa plaza, y en el ínterin mande Vm. á su atento y seguro amigo....»

El 23, las noticias que enviaba Campoverde eran ya bastante circunstanciadas para que la guarnición de Tarragona confiara en su pronta liberación y pudiese coadyuvar á ella en momento oportuno. El 24 saldrían de Villarodona las tropas del ejército, divididas en dos divisiones; una, de 5.000 hombres y 700 caballos, para Villavella con el objeto de atacar los campamentos franceses de Pallaresos y Hostalnou, y la segunda, de fuerza que no se determinaba y en la que iría el general en jefe, se situaría en el Catllar como de reserva y apoyando después de flanco á la primera mientras la guarnición de la plaza haría una fuerte salida para que el ataque del ejército fuese más eficaz y segura la victoria. Pero, sea por culpa de Miranda

que, con el pretexto de no conocer el terreno y otros fútiles motivos, no atacó los campamentos enemigos, sea por la de Campoverde que, al ver la primera división unírsele, no la obligó á volver á sus posiciones, con otro jefe por supuesto, lo cierto es que el ejército se trasladó al Vendrell, desistiendo por aquel día de su proyectada acción. No fué eso lo peor; si no que, habiendo Contreras dispuesto la salida de dos divisiones, de á 2.000 infantes cada una, á las órdenes ambas del general Courten, las que, situadas en el camino de Barcelona, deberían atacar el campo francés por aquella parte y las posiciones de Loreto y el Olivo para impedir todo socorro á los puntos del mismo amenazados por Miranda y Campoverde, tuvieron que volverse á la plaza después de tres horas mortales en espera de la señal que habría de hacérseles para emprender el ataque (1).

El caso es que Miranda con aquellos pretextos y Campoverde por no destituirle y con el de si las tropas de su mando no se hallaban en estado de medirse con las francesas, dejaron escapar una ocasión en que hubieran quizás podido hacer levantar el sitio. Porque,

---

(1) Nadie ha descrito los incidentes de aquella salida como el brigadier Eguaguirre. Oigámosle pues. «A las cuatro de la tarde, dice, estaban los 4.000 soldados sobre el Glacis, y tendidos en formación sobre el camino real de Barcelona, inmediatos á la casa del Portazgo. Es de advertir que todavía los franceses no habían cortado este paso, y menos habían hecho baterías, pues que posteriormente penetraron sin obstáculo setenta caballos. La tropa, escogida de la mejor de la guarnición, estaba distribuida en dos secciones de á 2.000 soldados cada una, la primera mandada por mí, y la segunda por el coronel D. Antonio Roten, ambas bajo las órdenes inmediatas del mariscal de campo D. Juan Courten».

....

«Pasaban de las siete de la tarde cuando el general en jefe

si bien Suchet al enterarse de que la guarnición de la plaza se ponía sobre las armas después de sostener una correspondencia por señales con la escuadra, y de que el ejército de socorro operaba movimientos nada tranquilizadores, se preparó á recibir el ataque, no fueron las medidas que tomó suficientes para desbaratar el proyecto propuesto por Campoverde. El general francés decidió esperar al enemigo en sus posiciones, fiando á las guardias de trinchera, á los artilleros é ingenieros y hasta á los trabajadores, apoyados en las baterías y en una fuerte reserva que estableció en ellas, la seguridad de las obras nuevamente emprendidas y el cuidado de rechazar las salidas que pudieran hacer los sitiados. En esa confianza, formó á una distancia corta de los campamentos, su línea de batalla con parte de las divisiones Frére y Harispe, la caballería y las piezas de campaña, esperando, al decir suyo, un combate de felices resultados.

¿Bastó ésto para que Miranda desistiera de cumplir la orden de ataque, de que había sido el partidario más ardiente en el Consejo de guerra celebrado la noche anterior? ¿No le animó á emprenderlo la ventaja conseguida en Torredembarra por el general Caro que acuchilló á 200 jinetes franceses que Suchet había en-

---

todavía no indicaba la señal de ataque. Los jefes, oficiales y soldados se hallaban impacientes al ver tal detención, en que se perdían unos momentos tan críticos; ¿pero cuál fué la desesperación de todos ellos cuando á la noche se les intimó la orden de regresar á la plaza, y tomar sus antiguas y ensangrentadas posiciones, respecto á que el ejército exterior de los españoles había hecho una marcha retrógrada lejos de realizar el plan combinado? No hay pluma que pueda pintar con sus verdaderos coloridos el cuadro de esta escena, ni nadie ha visto soldados más coléricos ni furibundos. La desesperación estaba retratada en sus rostros».

viado para hacer un reconocimiento por la desembocadura del Gayá, en el camino de Barcelona? (1).

Sus imprudencias con Contreras.

Campoverde, lo hemos dicho, se retiró al Vendrell para ponerse en comunicación lo más breve posible con Tarragona y desahogar el despecho que debió producirle tal fracaso. No otra cosa que su impotente ira pudo inspirarle la conducta que desde aquel día observó para con el general Contreras, cuyas quejas, si no del todo prudentes en ocasión tan crítica, podían explicarse por la falta de cumplimiento en su general en jefe de las promesas que le había hecho al salir de Tarragona y las que le estaba haciendo todos los días en sus comunicaciones. Como es de suponer, al ver Contreras burlada su esperanza de que los preparativos anunciados para el 24 en el ejército de socorro y los hechos en la plaza para secundarlos y conseguir el levantamiento del sitio, dieran el resultado feliz á que iban dirigidos, se expresó con la vehemencia de quien se encuentra en compromiso tan grande y con responsabilidades tan graves. Campoverde, teniendo por infundadas las quejas de su subordinado y por depresivo quizás el calor con que las expresaba, se dejó llevar á procedimientos nunca menos justos y prudentes que en tan crítica al par que solemne ocasión. Dice el brigadier Eguaguirre: «Llevado el general en jefe (como era frecuente) de las sugestiones de algunos que tenía á su lado, que ni eran buenos consejeros, ni los mejo-

(1) Suchet dice que «dos reconocimientos enviados el día anterior á Catllar y Torredembarra habían hallado la caballería española, la habían acuchillado y llevádose unos 60 prisioneros».

Sería junto á Catllar, y sólo él ha dicho eso, porque en Torredembarra fueron batidos sus jinetes.

res militares, cometió el despropósito de escribir una carta á ciertos jefes de cuerpos que estaban en la plaza, y otra al brigadier D. Manuel Velasco, cuyo contenido era que algunos de los jefes citados se reuniesen, y entre sí nombrasen un comandante general en el caso de que el que había tratase de rendir ó abandonar la plaza, la cual estaba intacta y en estado de defenderse. Exceptuaba de esta junta militar (contra todo lo prevenido en la ordenanza) á los mariscales de campo D. Juan Courten, que mandaba la división exterior; á D. Francisco Carlos Cabrer, que era comandante general de ingenieros; al brigadier D. Pablo Mesina, que mandaba la división del centro; al coronel D. F. Sagueti (Saqueti), que desempeñaba la comandancia general de artillería; y á mí, que entonces mandaba el cuerpo de cazadores de Valencia, Almería, Almansa y el batallón de Saboya. En su carta nombraba los jefes que debían nombrar la junta militar, á los que aseguraba podían celar y vigilar si había debilidad ó torcida intención en el gobierno superior de la plaza; para lo cual, á nombre del Rey, daba todo el valimiento necesario para arrestar y tomar cuantas medidas juzgasen convenientes; pero que si nada de cuanto indicaba sucediese, pusiesen en eterno olvido el contenido del oficio.»

«En éste nombraba los jefes que debían celebrar la junta militar: de los seis que citaba, sólo tres existían en la plaza; los demás con pretextos acaso no los más honoríficos, se habían ausentado. Tales eran los sujetos en quienes quería el general en jefe confiar la salvación de Tarragona. La carta dirigida al brigadier Velasco se concretaba á estimularle á que tomase el

mando, pues que con este objeto le había sacado de la Seo de Urgel. Este oficial benemérito, el día mismo de la toma del puerto, pidió también su pasaporte para salir de la plaza, alegando por causa el haber estado en el segundo sitio de Zaragoza» (1).

No queremos detenernos en demostrar la torpeza, ya que la injusticia estaba bien patente, de la conducta observada por Campoverde en tales circunstancias, precisamente cuando, siéndole desfavorable la opinión, andaba él muy cerca ya de ser sometido á igual procedimiento.

Aquellas cartas fueron á manos de Contreras que, sin reparar en los sobres, las abrió y leyó. Sorprendido con su lectura, reunió á los generales y jefes puestos á sus órdenes, el gobernador de la plaza entre ellos, hermano de Campoverde; y después de exponer el estado lamentable en que se hallaban las fortificaciones y el crítico de aquel día por faltar los medios indispensables para su defensa, así en el material como en el personal, detallando todo y comentándolo, les dijo «que siempre que entre los concurrentes del consejo hubiere alguno que en tal estado defendiera la plaza más de un día, y que demostrase poderlo hacer sin la fuerza exterior, dejaba el mando en el acto, y haría el servicio como mero granadero». Contreras abandonó en segui-

---

(1) Eguaguirre, sin embargo, que había estado en los dos sitios, no quiso nunca abandonar la plaza en el de Tarragona.

Son tan interesantes los párrafos que Eguaguirre dedica á este episodio del sitio de Tarragona; importan de tal modo para la inteligencia de aquel último período de la defensa, no bien apreciada generalmente, que ejecutaron Contreras y demás jefes, sus subordinados, que creemos deber comunicar íntegra en el apéndice núm. 8 la relación de tan valiente soldado y celoso historiador de aquellos sucesos.

da la sala; y el consejo, tras de una deliberación todo lo detenida que es de suponer en caso tan grave, hizo levantar un acta en que se calificaban aquellas cartas de atropelladas á indecorosas para el general Contreras, quien debería continuar con el mando, acta que, redactada allí mismo por Eguaguirre, firmaron todos los vocales del consejo.

Pena del Talión.

¡Rara coincidencia! Al mismo tiempo se sujetaba á Campoverde á procedimiento igual, más justificado además, pues que su mando, según expusimos, reconocía un origen más revolucionario que legal y no había sido ejercido con fortuna que pudiera disculparlo. El vocal de la junta superior cerca del cuartel general, D. Valentín Segura, irritado de que no se hubiera puesto en ejecución el ataque de que se esperaba el levantamiento del sitio, y, acaso más, de que se sometiera á Contreras á trato tan bochornoso, teniéndole aquella corporación por el único sostén de Tarragona, solicitó para Campoverde lo que éste había ordenado contra el general jefe de aquella plaza. Pidió el día 25 que antes de haber transcurrido cuatro horas se formara un consejo de guerra, que él presenciaría, en que se adoptase una determinación conforme al espíritu de la ley referente al mando de un jefe que no respondiera de la defensa que se le hubiere encomendado. Y como á Campoverde y no á Contreras achacaban la Junta y la opinión la pérdida, que ya se veía próxima, de Tarragona, se quería aplicar al Marqués la ley taxativamente señalada para el gobierno de las plazas sitiadas por el enemigo. Celebróse, en efecto, el consejo, en el que, manifestando Campoverde estar resuelto á defender Tarragona y no resolviéndose ninguno de los

jefes presentes á aceptar la responsabilidad que hacía suponer la exoneración del Marqués, se resolvió que no teniendo la plaza brecha abierta y constando la guarnición de tropas escogidas y valientes, bastaba recomendar á Contreras una conducta enérgica, tal que, si no tenía éxito la defensa en los muros, la llevase á las calles como en Zaragoza y Gerona. No quedó la junta superior satisfecha con tal resolución y dirigió á Campoverde un oficio en que, á las reconvenciones más agrias, añadió la amenaza de responsabilidades severísimas ante la nación toda y ante el Principado que quedaría inerme con la pérdida de Tarragona, inminente ya según los despachos del general Contreras. «Tarragona, le decía el 27, va á expirar luego, luego, sus lamentos los renueva á V. E. esta Junta; y el muy próximo peligro de caer en poder del enemigo, lo verá V. E. por la adjunta copia del oficio que el Sr. Contreras ha pasado á la Comisión de esta Junta, que se halla en aquella plaza y que como dirigida á la Junta, se lo ha remitido por expreso. La suerte de Tarragona, según el mismo general, es fatalísima, y su resulta va á verse luego con llanto y luto de todo el Principado; de modo que si por la misma determinación del consejo de guerra ha de socorrerse por todos medios la plaza, quando esté en el último apuro, nos hallamos ya en el caso de hacerlo, pues que según el oficio del Sr. Contreras ya no puede ser mayor el riesgo de verse de un instante á otro presa del enemigo. Si la Junta observase, que esta exposición no es atendida, dexando de atacar prontamente al enemigo ó siguiendo el plan del Sr. Contreras ú otro bien convinado, se verá indispensablemente obligada á elevar á S. M. las cor-

tes Generales del Reyno, y al Consejo de Regencia, cuanto ha pasado hasta ahora desde el principio del sitio, con copia de los oficios y pasos que ha dirigido y practicado con V. E.; y lo hará manifiesto al Principado, para que sepa por quien se habrá perdido Tarragona, en caso que acontezca.»

Apurada situación de Tarragona.

Cuando esta comunicación llegó á manos del marqués de Campoverde, la plaza de Tarragona estaba, con efecto, á punto de perderse para España. Los trabajos franceses se hallaban concluídos aquella noche, la del 27 al 28, y la artillería había completado el armamento de las baterías á pesar de los graves obstáculos que le había opuesto la española, hábilmente dirigida. Suchet comprendía la necesidad de una acción inmediata y decisiva, tanto por las noticias que llegaban del cuartel general de nuestro ejército, pronto, en su concepto, á ir en socorro de la plaza, como por los movimientos que hacía la escuadra enemiga. El día 26 habían aparecido á la vista de Tarragona varias naves inglesas conduciendo un gran refuerzo de tropas que, desembarcaran en la plaza ó fueran á unirse al ejército español, constituían un grave contratiempo para los sitiadores; y el espectáculo de las lanchas que iban y venían incesantemente de la escuadra á la playa y de la playa á los buques, hacía presumir comunicaciones preparatorias de una acción combinada para impedir el asalto que, por eso mismo, no debía ya dilatarse. Las fuerzas inglesas de socorro habían llegado, en efecto, á la rada del Milagro, en número de 1.178 hombres puestos á las órdenes del coronel Skerret, que desembarcó la noche del 26 para ponerse de acuerdo con el general Contreras. No se había fijado en la en-

La fuerza inglesa de Jkerret.

trevista el destino de aquellas tropas, dejándolo Contreras á la elección de Skerret, así en la plaza, si llegaban á desembarcar en ella, como en otro punto de la costa si preferían unirse al ejército de Campoverde. En ese estado de irresolución, Skerret volvió el día siguiente á Tarragona con los comandantes de artillería é ingenieros de su división; y después de un prolijo reconocimiento del frente atacado y de los medios de resistencia que pudiera oponer á los ya tan adelantados preparativos de los franceses, se retiraron á sus barcos para dirigirse al Vendrell y luego á Menorca, convencidos de la inutilidad de los esfuerzos que pudiera hacer Tarragona si no era socorrida por su parte exterior (1).

Si todo esto aguijoneaba á Suchet como punzante estímulo para no perder ni aun momentos en su acción ofensiva, producía, por el contrario, en los defensores de Tarragona el colmo de la desconfianza que de tanto tiempo atrás les venía embargando. No volvía el marqués de Campoverde, á pesar de sus repetidos ofrecimientos de socorrer la plaza ó sepultarse en sus ruinas con los pobladores y las tropas de la guarnición; la división del general Miranda no había hecho más que aparecer ante Tarragona para, como un relámpago, alejarse inmediatamente defraudando las esperanzas que hiciera concebir su presencia; las tropas

(1) Napier pone en boca de Skerret estas palabras: «Que estaba decidido á mantener sus tropas á bordo de los transportes, y á permanecer inactivo espectador de los esfuerzos de la guarnición para la defensa de la importante plaza á cuyo socorro había sido (Skerret) enviado».

Debe leerse el apéndice núm. 9, con la relación, harto peregrina, en que el coronel Skerret explicaba su conducta, relación que, extractada, publicó la *Gaceta de la Regencia*.

inglesas, por fin, cuya intervención podría creerse tan eficaz para la defensa, habían seguido el mismo rumbo que las valencianas, poniendo todo de manifiesto la impotencia de la plaza para defenderse con éxito feliz á la par que glorioso y la falta de voluntad ó la ineptitud, por lo menos, de los que tan sagrada obligación tenían de volar en socorro suyo. Pero aún hubo más; el día 27 escribía Campoverde á Contreras que, decidido á dar una batalla, *puesto que no había otro recurso para salvar á la plaza,* dispusiera que en aquella misma noche se embarcaran para Vendrell 3.000 hombres de las mejores tropas, entre ellas las de Iliberia y Almería, quedándole así en la guarnición 5.000, suficientes para la salida en el momento de conocer el movimiento del ejército. Llevó el pliego el coronel O'Ronan, quien debía volver al Vendrell con aquella fuerza que Contreras creyó no deber negarse á entregarla; pero en vez de mantenerse en la rada para dirigir el embarque, O'Ronan se ausentó mientras la tropa le esperaba junto al fuerte de la Reyna. El barón de Eroles había estado al mismo tiempo en Tarragona y visto cuán precaria era la situación de la plaza; y su relato en el cuartel general, haciendo observar el abatimiento de las tropas que la guarnecían, decidió á Campoverde y á los ingleses á un movimiento ofensivo con que se lograra sacarlas á salvo antes de que parasen en caer prisioneras del enemigo.

Hay que insistir en tan triste apreciación para que se comprenda bien el desenlace de aquel terrible drama de la pérdida de Tarragona. No son motivos suficientes para explicarlo la fuerza del ejército sitiador ni lo hábil de su dirección; no, hay que engolfarse en

otro orden de consideraciones para convencerse de que los defensores eran de la misma raza de los de Zaragoza y Gerona, abrigaban iguales sentimientos patrióticos y se habían decidido en un principio á seguir su ejemplo y correr su suerte. El general Contreras se inspiraba en ideas semejantes; y cualesquiera que fuesen las condiciones de su carácter, no favorablemente apreciadas por algunos de sus contemporáneos, su valor, sus talentos militares, su experiencia de la guerra y su innegable patriotismo, hacían suponer en él la ambición de gloria y la constancía heróica que el mundo estaba acostumbrado á admirar en los españoles de aquel tiempo. Y la verdad es que no flaqueó un momento en su empeño de defender la plaza; aun reconociendó lo deficiente de las fortificaciones y lo escaso de los medios que le quedaban para conseguirlo con éxito.

El recinto interior era sumamente defectuoso. Sus muros eran muy antiguos y débiles, por consiguiente, para resistir la nueva artillería. No tenía camino cubierto ni obra alguna exterior que fuera necesario al sitiador conquistar al acercarse al pie de los baluartes y de la cortina en que hubiera de abrir brecha. Quedaba, pues, inútil el recurso más poderoso en la defensa de las plazas, el de las salidas, porque habrían de hacerse por puertas fáciles de observar y de estrecho paso, sin abrigo además para la retirada, siempre peligrosa y precipitada en tales operaciones. En Tarragona y en aquel período ya del sitio, eran únicamente practicables por la puerta del Rosario, y por ella se verificaron, pero sólo para impedir el establecimiento de una batería que comenzaron los franceses

con el objeto de enfilar todo el frente atacado desde el baluarte de San Pablo hasta el de Cervantes.

Proyecto de evasión.

El general Contreras comprendía perfectamente todo eso y el gravísimo peligro en que se hallaba la plaza; por lo que iba acariciando la idea de que si, á pesar de sus instancias, no lograba el socorro exterior que se le había prometido, tomaría la resolución de abrirse paso á la cabeza de sus tropas por entre las enemigas para reunirse al ejército español, cuyas avanzadas se mostraban frecuentemente en las alturas próximas. Así es que al ofrecérsele la crisis tremenda, ocasión única para llevar á ejecución pensamiento, si extremo, el más honroso en el gobernador de una plaza y de que bien gloriosos ejemplares había dado aquella guerra, tomó, cual vamos luego á ver, cuantas medidas pudieran conducir á su mejor éxito, aunque desgraciadamente impracticables.

Los franceses rompieron el fuego al amanecer del día 28 con 22 piezas de grueso calibre, plantadas últimamente contra el frente de ataque, al apoyo, además, de las existentes en el fuerte del Olivo y en todas las baterías de antes establecidas y que pudieran tener acción sobre la ciudad. A pesar de las faltas cometidas por los sitiadores al construir las baterías de brecha, cuyos fuegos hubieron de variar, dirigiéndolos al lado derecho de la cortina de San Juan cuando ya se había aportillado el izquierdo, hacia el que se habían abierto las comunicaciones necesarias para marchar al asalto, y á pesar de que nuestra artillería hizo estragos en las obras del enemigo, á las cinco de la tarde se veía abierta y practicable una ancha brecha en el sitio indicado, sin defensa, además, desde los baluartes próximos, pues

que habían sido desmontadas las piezas en el de San Pablo y reducido al silencio el de Cervantes al volarse su repuesto de municiones. Bien se comprendía que á la apertura de la brecha sucedería inmediatamente su asalto; y Contreras se dispuso á realizar su proyecto de evasión en el momento más oportuno, aquel, quizás, en que, al verificarse el asalto, se hallara más distraída la atención del enemigo. «La operación, dice un testigo presencial, era de mucha importancia, pero muy arriesgada, exigía mucha meditación y serenidad.» Los franceses ocupaban con fuerzas considerables y tenían cortadas con fortificaciones las avenidas de la plaza en el camino de Barcelona y los altos del Ermitaño, Loreto, el Olivo y otros varios hasta la línea de ataque, y hacíase imposible el embarque con el grueso de la guarnición por la vigilancia que ejercían los sitiadores desde las baterías levantadas en el muelle y otros puntos que dominaban la bahía del Milagro. El único paso que quizás pudiera aprovecharse era el que media entre el Olivo y Constanti, cuartel general del ejército francés, puntos, sin embargo, los menos guarnecidos por creerse los más seguros. En tal concepto, se hicieron cuantos reconocimientos eran posibles sin despertar sospechas, hasta se formó un *croquis* para mejor establecer el plan de la salida y, una vez resuelta, se señaló la hora de las ocho de la noche del 28, la probable, repetimos, del asalto. Al principiar éste, la guarnición emprendería la salida por la poterna del Rosario, verificándola en tres cuerpos: el de vanguardia, de 1.500 hombres, con el coronel Roten; el del centro, de 2.000, con el general Courten, el Estado Mayor y la *impedimenta*, y con el brigadier Eguaguirre,

la retaguardia de 2.900, de ellos 400 granaderos que, al entrar los franceses en la plaza, se retirarían en escalones, al mismo tiempo que 1.000 cazadores entretuviesen con su fuego el de la primera paralela y otros 1.000 cerraran la marcha, formados en columna. Se inutilizaría la artillería clavando en el momento preciso las piezas; el general Doyle se encargaría del embarque de los heridos transportables, y se escribió una carta á Suchet, rogándole se mostrara humano para con los militares y paisanos que encontrara en la ciudad al asaltarla. Por fin, y para ganar tiempo en lo posible, se puso en defensa la Rambla, aislándola para detener á los franceses, ó á lo menos, moderar su marcha al invadir la población en su parte más concentrada é importante.

Pero todas esas medidas, en lugar de evitar, exigían la defensa de la brecha, para que los cuerpos de la guarnición aprovecharan el tiempo que durase la resistencia á fin de salir de la plaza con el orden necesario en tan difícil y peligrosa jornada. Para mejor conseguirlo, Contreras estableció frente á la brecha los granaderos provinciales, muy escasos de fuerza, y el regimiento de Almería, que la tenía numerosa y muy acreditada también. Al ataque de la brecha debían contestar lanzándose á la bayoneta sobre los franceses con tal ímpetu y furia que los escarmentaran para no repetir el ataque. Con tales disposiciones, con arengar á la tropa en nobles y patrióticas frases, repartiendo vino, aguardiente y tabaco en abundancia, y sobre todo poniéndola á las órdenes y bajo la dirección del valiente brigadier D. Pablo Messina, jefe de la primera línea durante el sitio, creyó Contreras en el éxito de su

proyecto, único, ya lo hemos dicho, de su salvación.

¡Único, pero tardío ya! ¡La actividad de los enemigos y el estado de los ánimos en la guarnición se encargarían de inutilizarlo por completo!

El asalto de la plaza.

Suchet había reunido en las trincheras tres columnas de tropas escogidas: una, al abrigo de las casas próximas al baluarte de San Juan y en la segunda paralela; en el centro, otra, y la tercera, hacia el extremo izquierdo de aquella misma trinchera. Irían á la cabeza de las columnas oficiales de ingenieros con los zapadores necesarios, y las mandaba el general Habert, á quien apoyaría con una fuerte reserva el general Ficatier, aquel día de trinchera, y en la izquierda el general Montmarie, que con cinco batallones tenía la orden de apoderarse de la puerta del Rosario y envolver las obras interiores que hubieran levantado los defensores. Durante el asalto, el ejército francés entero, formaría en las trincheras y en sus campamentos respectivos, y el general Harispe se encargó de cubrir con los italianos el camino de Barcelona por si los sitiados trataran de evadirse por él. Y á la señal dada, hacia las cinco de la tarde, por cuatro morteros, cuyo estruendo hizo cesar el del fuego de los sitiadores sobre los muros de la plaza, las dos primeras columnas se lanzaron al ataque de la brecha. Ya estaban cerca, aun teniendo que recorrer un espacio todavía considerable, accidentado en parte por algunos setos de pitas y otros arbustos, cuando una descarga á metralla de tres piezas montadas en el flanco derecho del baluarte de San Juan, haciendo gran estrago en la primera columna, la contiene y la pone en la mayor confusión. No sufre igual descarga la segunda, la cual puede así llegar al pie de

la brecha; pero la esperaban en la cresta los defensores que con el fuego de sus fusiles, las granadas de mano y la bayoneta, rechazaron á los asaltantes, arrojándolos, con el ímpetu que les recomendó Contreras, hasta el pie del muro, envueltos en el polvo y las ruinas de la brecha, donde apelan al último y único recurso de los vencidos, al de responder con el fuego al de los vencedores. Ni allí se creyeron seguros los franceses y fueron á cubrirse con el inmediato baluarte de San Pablo, en espera del refuerzo de una reserva que salió de la paralela con el general Habert, á su frente varios jefes y oficiales de Estado Mayor, hasta los ayudantes de campo de Suchet. ¡Tan crítica se consideró la situación del ejército imperial en aquellos momentos! (1).

Aun así fueron rechazadas las columnas francesas hasta tres veces; superando al fin la brecha, guiadas por los ingenieros, cuyos oficiales, heridos y todo, se mostraban resueltos á ganarla ó perecer (2).

(1) Dice Suchet en sus Memorias: «La fortuna parece vacilar un momento. El general en jefe manda que avance una reserva; precipítanse todos sus ayudantes de campo, acude un batallón de oficiales; el general Habert, el coronel Florestan Pepe, el comandante Ceroni, los oficiales de ingenieros, los ayudantes de campo Meyer, Saint-Joseph, Ricard, Auvray, Desaix, de Rigny, d'Aramon, los jefes de las columnas y de las compañías, todos se abren camino con intrepidez».

Vacani describe así la impresión de aquel momento. «Ya, dice, ya el mismo general Suchet se descorazonaba; y ya ante él se ofrecía el triste espectáculo de un ejército, después de inmensos trabajos, obligado á levantar el sitio... etc». Aquí el ingeniero italiano narra el hecho heróico de un compatriota suyo, Bianchini, que á solicitud propia va al asalto y después de varios contratiempos y de haber recibido muchas heridas, logra ganar el muro, para un instante después morir entre las bayonetas de los españoles.

(2) Es muy extraño que Contreras descuide la narración de sucesos tan notables y tan honrosos para la guarnición de Tarragona. Recuerda que fué rechazada la primera columna, pero añadiendo que sus soldados no siguieron las instrucciones

La tercera columna francesa, entretanto, se había dirigido á la puerta del Rosario. Detenida al principio ante las barricadas con que la tenían cubierta los sitiados, el general Montmarie, que se adelantaba por el campo y bajo el fuego de las obras exteriores, logró, por fin, llegar á la puerta, que le fué abierta ¿por quién había de ser? por el capitán Vacani que parecía poseer el don de la ubicuidad.

Para entonces los asaltantes de la brecha la habían superado y, ganadas también las obras interiores que la protegían, esparcídose en número inmenso, en el de casi todos los que formaban ante aquel frente de la plaza, por ambos lados del muro y por las avenidas todas que conducían á la anchurosa calle ó paseo de la Rambla. Ya todo fué confusión y muerte. Franceses y españoles envueltos en un torbellino de sangre y humo se internaron en la ciudad entre los estampidos de la fusilería que cruzaba sus fuegos de un bando á otro y los gritos de victoria de los invasores, los de socorro de los sitiados y las imprecaciones é improperios de todos. No es fácil pintar el cuadro que muy pronto ofreció la infeliz Tarragona en cada una de sus calles ó plazas, en las casas, sobre todo, á que fueron acogiéndose los habitantes de la ciudad y los soldados de la guarnición. Dichosamente para ese fin existe el testimonio de

---

que les había dado, y que Almería cedió luego el terreno en que debía sostener á los granaderos.

Eguaguirre usa también un lenguaje exageradamente lacónico. «A pesar de todo,» dice, tres veces que los franceses intentaron á toda costa pasar la brecha, fueron constantemente y con el mayor heroismo rechazados, hasta que fué muerto el comandante que la mandaba.»

Hay que apelar á los franceses para conocer los detalles de aquel asalto.

excepción de un valeroso é inteligente actor en tan lamentable tragedia, que la describe como ningún otro lo ha hecho y nunca podríamos hacerlo nosotros.

He aquí la relación del brigadier Eguaguirre:

«Inmediatamente que feneció éste (el comandante de la brecha), y se aumentó la fuerza de los asaltadores, fué montada. Serían las cinco y media de la tarde cuando el resto de los bravos granaderos provinciales de Castilla la Nueva y varias compañías de Almería se vieron venir envueltos y batiéndose á la bayoneta con los franceses por la calle de San Juan en el mismo momento que el general Contreras estaba exortando al regimiento 1.° de Saboya y otros varios cuerpos. No se había hecho mas que recibir la noticia del asalto por un parte verbal (comunicado indiscretamente en voz que pudieron percibir los soldados), cuando los cuerpos ya aterrados de antemano principiaron á titubear y removerse. El general de la plaza y algunos otros oficiales generales y jefes particulares de cuerpos, dando ejemplo y espada en mano, comenzaron á animar la tropa. Ésta, al punto de verse en la presencia del enemigo se dió á huir, sin que la pudiese contener ni el ejemplo de los generales, ni el esfuerzo de los jefes y oficiales, que manifestaron el mayor valor y serenidad. En aquel momento los franceses no pudieron observar este movimiento; y cuando, envueltos con los granaderos provinciales y algunas compañías de Almería, entraron en la Rambla, ya se habían reunido no sin gran trabajo muchas compañías de varios cuerpos. Éstas, en unión con los granaderos provinciales y fusileros de Almería, sostenidos todos por los fuegos de los dos batallones del regimiento de Almansa, que estaban colo-

cados en las aspilleras de las casas y en los parapetos de las bocacalles, contuvieron algunas horas á los franceses en esta segunda línea; pero observando que los que estaban en las aspilleras sacrificaban indistintamente á los soldados de ambas naciones, se mandó suspender el fuego de fusilería, y sólo lo usaban los que estaban en la misma calle de la Rambla.»

«Entretanto, mandé yo que el ayudante de mi batallón, D. Juan Ramos, pasase á la línea de San Magín y el Rosario, y condujese á la Rambla el cuerpo del 3.° de cazadores de Valencia de mi mando. Cuando este oficial quiso ejecutar esta orden, ya el mariscal de campo D. Juan Courten había cerrado la puerta de San Magín, y parte de la división exterior de su mando se hallaba ya al frente de la columna italiana y cazadores núm. 24, que por el Lorito, Ermitaño y casa del Portazgo del camino real de Barcelona bajaban á atacarle. Interin sucedía esto en lo exterior de la plaza, en la Rambla se introducían más batallones franceses. Cerca de 1.500 granaderos enemigos algo embriagados, alentados con los gritos y alaridos de los jefes y oficiales, entusiasmados con el ejemplo de sus generales que marchaban á la cabeza de la columna en los mayores riesgos, y sostenidos por cuatro batallones de línea, trabaron con los nuestros una lucha la más encarnizada que jamás ha visto la humanidad (1). Poco después de haber entrado en la Rambla cesaron por una y otra parte los fuegos de fusilería y sólo se usaba de la bayoneta: un fuerte tiempo se manejó esta arma

(1) Thiers dice: «Tal fué ese horrible asalto, el más furioso quizás que nunca se haya dado, al menos hasta aquella época.»

con una bizarría increible hasta que, sacrificados la mayor parte de oficiales y soldados, fué preciso retirarse á las escaleras de la catedral, porque los franceses luego que montaron la brecha, al paso que unos se dirigieron envueltos con los granaderos provinciales sobre la Rambla, otros, que sucesivamente iban pasando la brecha, se corrían por la puertecilla que hay por encima de la puerta de Reus, que se abrió por el coronel Canaleta, y pasaban á la plazuela de San Francisco, desde donde atacaban y fusilaban por la espalda á los soldados españoles que estaban defendiendo los parapetos de las bocacalles de la Rambla.»

«La resistencia que en las escaleras de la catedral se hizo fué poca, porque acuchillados la mayor parte de los oficiales y soldados que estaban en las aspilleras de las casas en donde se introdujeron por detrás, y privados de contener la intrepidez y arrojo de los franceses en la calle de la Rambla, eran infructuosos todo empeño y toda resistencia, mucho más cuando la división exterior, que en columna cerrada quiso abrirse paso por la parte de Altafulla, estaba hecha prisionera. Ya desde este instante el enemigo fué dueño de la plaza, y pudo obrar á su arbitrio» (1).

Cuando el general Contreras, después de, arengando á los de Saboya y dirigiéndolos espada en mano contra los franceses que habían superado la brecha, vió que no era posible restablecer el combate por aquel lado, se dirigió á la puerta de San Magín para reunir cuanta gente pudiese y cargar de nuevo á los

(1) Allí fué muerto el gobernador Gonzálex, hermano de Campoverde.

enemigos ó abrirse paso al campo como antes tenía proyectado.

Aquellas tropas, inhábiles ya para esfuerzo como eso representa, fueron inmediatamente arrolladas; y, herido Contreras y prisionero, todas se dispersaron por la ciudad ó, descolgándose de las murallas próximas, cayeron en poder de los franceses situados ya al pie de ellas. Los que antes habían creído salvarse por el camino de Barcelona, lo hallaron interceptado por Harispe y los italianos de su división. Intentaron abrirse paso, pero, no pudiendo romper la caballería que fué la primera fuerza enemiga que hallaron al emprender la marcha, se acogieron en la orilla del mar al amparo de la artillería de la escuadra, cuyos fuegos no lograron evitar que los españoles, perdida toda esperanza de salvación, de rindiesen, excepto unos pocos que procuraron inútilmente volverse á la ciudad ó, lanzándose al agua, refugiarse en las naves inglesas.

Noche espantosa.

Aquella noche fué horrible; así lo confiesan los mismos franceses cronistas del sitio. No en vano había escrito Suchet en su parte del día 26 *que si la guarnición esperaba al asalto de su último recinto, temía él verse obligado á hacer un ejemplar terrible y llenar de espanto para siempre á Cataluña y España toda con la destrucción completa de una ciudad*. Y sus *temores* se realizaron; porque, si no nuevo en aquella guerra en que se disputaban el premio de la ferocidad dos pueblos, el francés y el británico, que presumían de ser los más cultos y generosos de Europa, el espectáculo de Tarragona asaltada en 1811 es de los que no puede olvidar la inagotable longanimidad de los españoles. Si los generales y oficiales franceses, después

de terminado el combate en las calles y rendida la guarnición, trataron de calmar la furia de sus soldados ¿quiénes sino ellos y su jefe supremo fueron los que, en premio de su valor y de sus sacrificios, les ofrecieron la venganza y, en ella, el saqueo, las violaciones y asesinatos que son su cortejo inseparable? No hubo compasión para los paisanos, sacerdotes, ancianos ni niños, mujeres del pueblo y de los monasterios; todo fué atropellado, robado y asesinado por los invasores, entre los que no quisiéramos recordar las categorías y grados. El mismo Suchet debió aterrarse ante el espectáculo que se le ofreció al entrar en la ciudad, cuando se salió inmediatamente de ella para encerrarse en Constantí durante los tres días que duraron tan bárbaros, tan salvajes atentados (1).

Así cayó Tarragona después de un sitio de cincuenta y cuatro días en que los ingenieros del sitiador hicieron más de 5.000 metros de trinchera, coronaron los caminos cubiertos de cuatro obras y prepararon varios descensos al foso de las fortificaciones de la plaza; en que los artilleros construyeron veinticuatro baterías armadas con 64 piezas y abrieron nueve brechas haciendo 42.000 disparos (2). Los partes franceses no elevan el número de las bajas que tuvo su ejército más allá de 3.000 entre sus muertos y heridos, con 142 Bajas.

(1) Pero no es posible renunciar á la descripción de las escenas de que fué teatro Tarragona en aquella espantosa jornada; y cuanto podemos hacer para no ennegrecer más tan triste cuadro, es trasladarlo al apéndice núm. 10, copiando el que nos ofrece el Sr. Recaséns en su ya citado libro «Tarragona en la Guerra de la Independencia».

(2) Dice Belmas que de esos 42.000 disparos, 30.000 fueron con balas, bombas y granadas recogidas por los franceses y pagadas á los soldados que las habían presentado.

oficiales, de los que 14 del Estado Mayor. Los historiadores, aun de su misma nación, suponen mayor ese número y lo hacen subir hasta el de 4.300 por lo menos; y hay que considerarlo todavía inferior al verdadero si se calcula por el de los oficiales de ingenieros puestos fuera de combate que fueron 22 y los de artillería que 18. El general Contreras supone que los franceses perdieron más de 12.000 hombres, cifra exageradísima, pero que hace presumir la también exagerada en sentido opuesto que señalan Suchet y los que fingen creerle.

Nuestras pérdidas habían sido escasas hasta el día del asalto. Desde entonces hasta la completa sumisión de la plaza hay que clasificarlas para mejor apreciarlas. Pereció mucha gente en aquel día y los dos siguientes; pero no toda, ni mucho menos, de tropas de la guarnición. El mayor número pertenecía á la del pueblo, sorprendido en las casas y calles de la ciudad, víctima de la crueldad de los invasores y sirviendo de pretexto su asesinato para el saqueo y los atropellos de distinto género cometidos por la soldadesca imperial. Pudieran entre todas esas bajas sumar unas 6.000, cómputo que hizo el general Contreras, aunque en rigor fueron menos; pero el mayor número fué el de los prisioneros, también exagerado en el parte de Suchet, considerable, sin embargo, por comprender toda la guarnición que ya hemos visto era de 8.000 hombres (1). Quedaron entre esos, prisioneros también, los

(1) Cualquiera que lea á Thiers y tome por exactos los detalles con que se complace en confirmar sus asertos, creerá mucho mayor de lo que fué, y lo fué grande, el desastre de Tarragona. Supone de 18.000 hombres la guarnición y de 10.000

generales Contreras, Courten, Cabrer, Messina, Saquetti y varios coroneles, no pocos, jefes distinguidísimos de los cuerpos de la guarnición y del estado mayor de la plaza. Contreras, herido, según ya hemos dicho, fué llevado al alojamiento de Suchet que le echó en cara su obstinación en la defensa, causa de los horrores cometidos por los soldados franceses en la ciudad. La contestación del general español no pudo ser más digna y ha merecido los elogios de cuantos tienen en algo el honor del jefe de una plaza y el deber que imponía á los de aquella guerra que tantos ejemplos estaba dando de heroismos de tal género. Respondió: «aunque la ley prescribe que el asaltante si penetra, pueda entregar al saqueo y al cuchillo la guarnición y habitantes, y que por esto señala para poder capitular el momento antes de verificar el asalto, no por eso prohiben las leyes que se defienda la guarnición y pro-

---

el número de los prisioneros, con lo que debiera ser de 8.000 el de las bajas que, sin embargo, él hace descender á 6 ó 7.000, pero de muertos. No le hubiera faltado á Campoverde fuerza en su ejército para operar en socorro de la plaza de ser exactos los cálculos de Thiers.

Eguaguirre trae el estado de los muertos en la tarde y noche del 28. Hele aquí:

Tropa degollada	2.500
Paisanos	2.800
Mujeres	200
Niños	130
TOTAL	5.630

NOTA. En el número de tropa van comprendidos toda clase de empleados de oficinas, comisarios de guerra, cirujanos y demás; y en el número de paisanos, mujeres y niños los muchos que creían salvarse encerrados en sus casas, y que tuvieron que tirarse por las ventanas á la calle, ó perecer en las llamas luego que los mónstruos incendiaron la ciudad por varios puntos.

cure rechazar los asaltos: que yo me resistí porque tenía fuerzas suficientes para haber rechazado las suyas, lo que no dexaría de haber logrado si se hubiesen obedecido mis disposiciones según las dí: que además esperaba socorros al día siguiente del marqués de Campoverde, de la marina, etc.: que habiendo resistido hasta verme con la brecha abierta habría pasado por cobarde si no me hubiese atrevido á defenderla, y que ninguna ley prohibe procurar rechazar los asaltos.» (1)

Justicia ó hipocresía, Suchet se dió por convencido y en adelante trató á Contreras con gran distinción, procurando, aunque en vano, atraerle á su campo. Invitándole con frecuencia á su mesa, entablaba con nuestro ilustre compatriota discusiones militares y políticas á que convidaba la erudición de quien, á su talento no común, reunía la experiencia de los viajes realizados por toda Europa y la de aquella guerra excepcional. No por eso dejó Suchet de imponer toda clase de precauciones para evitar que Contreras lograra fugarse, é hizo que le siguiese en sus operaciones sucesivas hasta su regreso á Zaragoza en septiembre del mismo año. Desde allí le hizo escoltar hasta Pau, de donde con Courten, Cabrer y Bassecourt, su jefe de estado mayor, fué conducido al castillo de Bouillón, atravesando la Francia por Tarbes, Limoges, Fontainebleau, Rheims y Sedan (2).

---

(1) Así consta en el escrito, ya citado, que publicó el general Contreras en 1813.

(2) Del castillo famoso de Godofredo de Bouillón, huyó Contreras con otro preso, el caballero Bouvet de l'Onier, la noche del 1.° al 2 de octubre de 1812, descolgándose de su cárcel y, después de una aventuradísima excursión por Francia, logrando embarcarse para Inglaterra el 1.° de junio de 1813.

Muchas observaciones y no pocos cargos se han dirigido al general Contreras por su conducta en la defensa de Tarragona. Que no se le puede elevar á la altura de un D. Mariano Alvarez es á todas luces evidente, pues ni poseía el carácter férreo del héroe de Gerona ni le ayudaron como á aquél las circunstancias que dieron al sitio de la ciudad del Ter el sello privativo hasta entonces de las catástrofes, pudiéramos decir, épicas de Sagunto y de Numancia. Contreras, como Alvarez, se vió burlado en las esperanzas que le hacía concebir la vista de un ejército destinado á su socorro; pero no sufrió ni es de presumir hubiera nunca sufrido los rigores del hambre, por mucho empeño que hubiesen puesto los franceses en cortarle sus comunicaciones con la escuadra surta en la bahía del Milagro. No luchando con tan terrible azote ni con el del contagio, que son generalmente los que provocan la intervención disolvente de los pueblos sometidos á tales pruebas en la acción de las fuerzas militares de las plazas sitiadas, Contreras no necesitó recurrir á severidades que si no ejerció Alvarez fué porque los gerundenses en su mayoría se inspiraban en los mismos sentimientos de patriotismo y lealtad que él. Quizás en Tarragona, dadas las mismas circunstancias, hubiera podido España admirar iguales disposiciones; pero aquéllas eran muy distintas, y tropa y pueblo se dejaron impresionar por ellas hasta desfallecer á punto de haber comprometido su suerte en aquel caso y su honra para siempre. Porque si no el concepto de los sitios de Lérida y Tortosa que tan rebajado quedó entre los españoles y especialmente entre los catalanes, tampoco mereció el de Tarragona el generalmente formado en la opinión. Esta-

Consideraciones sobre el sitio de Tarragona.

ba ésta acostumbrada á esfuerzos que, sin hipérbole, podrían conceptuarse de sobrehumanos; y no ya los que las leyes militares tienen por prudentes é inspirándose en un espíritu elevado de patriotismo, sino que se hacía precisoque fueran extraordinarios, en sumo grado, repetimos, sobre la esfera de las fuerzas humanas, para que se satisficiese esa opinión, más exigente en España que en ninguna otra parte por la costumbre, entonces, y el amor propio, siempre, y el orgullo, digámoslo de una vez, la arrogancia de nuestros compatriotas.

La entrada y salida, no poco frecuente, de tropas enviadas de fuera para la guarnición ó el socorro de la plaza, haciendo en el soldado desvanecerse la esperanza del descanso ó del alivio en sus fatigas y peligros; las vacilaciones de Campoverde; sus promesas de auxilio inmediato ó de su regreso á participar de la suerte de los sitiados, acabando con la confianza que habían inspirado su conducta militar anterior y su elevación al mando por el voto y la acción de los más exaltados patriotas; la ausencia de tantos jefes y oficiales y la de las personas más influyentes por su posición y riqueza en la ciudad; el fracaso, en fin, de aquella operación del día 24 de junio, tan esperada como término feliz de las penalidades del sitio; todo eso tenía impresionada nuestra tropa de la manera triste que ya hemos apuntado anteriormente, privando á sus generales de abrigar proyectos de defensa como los que indudablemente hubieran llevado á ejecución á semejanza de Alvarez y Palafox, de Herrasti ó de Estrada por lo menos. Y de eso nadie tuvo más responsabilidad que el marqués de Campoverde. No

le faltaron, ciertamente, estímulos; pues que, por encima de los que no escaseó la Junta superior de Cataluña que, sin cesar un momento en sus reclamaciones para que acudiese al socorro de Tarragona, le facilitaba cuanto pudiera ella darle, le aguijoneaba el gobierno con órdenes é instrucciones las más apremiantes y, lo que es más todavía, con los refuerzos que le dirigía, ya de Valencia con el general Miranda, ya de la isla de León con el coronel Skerret. Cataluña entera le ofrecía su concurso; pero ni lo supo utilizar, ni atendió al clamoreo general que resonaba en el Principado para que salvase aquel pedazo precioso de su territorio, del que se hacía depender la suerte de todo él. Que temería ser vencido, se comprende muy bien y es probable que lo hubiera sido, conocidas las condiciones de sus tropas comparadas con las del enemigo, y las propias personales suyas con las de tan hábil y experto general como Suchet; pero éste lo ha dicho en sus Memorias: «Cada día, cada hora nos ponía más en la necesidad de vencer; y no había que perder un instante.» Esas palabras revelan bien elocuentemente que cualquier movimiento que el ejército español hiciese para el levantamiento del sitio, retardaría el asalto; y, entretanto, ¿se podían calcular los nuevos obstáculos que cupiera oponer á la acción de los sitiadores, ya dentro, ya fuera del recinto de la plaza? Tal priesa creía Suchet deber imponerse, que, fijada la hora del ataque para el anochecer, la adelantó á las cinco de la tarde, diferencia notabilísima en el solsticio de verano, temeroso de que le encontraran en lo más recio del combate por las calles las tropas de Campoverde, anunciadas para el 29 y que, sorprendiéndo-

le en tal situación, le hubieran de seguro derrotado.

El Marqués, de haber maniobrado hábilmente y sobre todo con la diligencia enérgica que imponían las circunstancias, hubiera hecho más circunspecto á Suchet en las operaciones del sitio; habría reanimado el espíritu de los sitiados para extremar la defensa y llevarla, quizás, á los límites de las de Zaragoza y Gerona, y cubiértose de gloria haciendo levantar el campo á los imperiales (1).

¡Qué diferencia! Tarragona, sin descender á su comparación con Lérida y Tortosa, si no lograba orlar su brillante escudo con el laurel de la victoria, lo habría cubierto con las palmas, tan gloriosas ó más, del valor desgraciado y de la abnegación patriótica en el grado heróico á que aspiraba su bizarro gobernador.

No es, pues, á éste al que debe culparse de la catástrofe de Tarragona. Hay quien le ha representado levantisco, murmurador y díscolo. De ahí el que se le hayan atribuído conversaciones con sus oficiales y con los prohombres de Tarragona dirigidas á impresionarlos del temor de hacerse desesperada la situación de la plaza, señalando las malas condiciones defensivas de la fortaleza, la falta de cumplimiento en las promesas de Campoverde y lo imposible de, así, resistir la pujanza del enemigo (2). No le esculparemos en ese pun-

---

(1) El capitán Codrington, para quien todos lo hicieron mal en Tarragona y que acusaba á Contreras de indecisión, escribía el 12 de Julio á Sir E. Pellew: «El marqués acusa á los generales Caro y Miranda, este último le devuelve sus acusaciones, y yo me inclino á creer que dando fé á lo que uno dice del otro, cada uno de ellos no recibe otro reproche que el que merece la ignominia de su conducta».

(2) Toreno, que debió conocerle personalmente, dice de él: «Contreras no pensaba en rendirse, y justo es decir que sobrá-

to; pero ¿qué gobernador de plaza en casos parecidos no ha producido y multiplicado quejas y reclamaciones procurando el modo de salir airoso de ellos? Otras fueron las causas, y ya las hemos expuesto, las que produjeron aquella por entonces irreparable desgracia.

Ni por éso se abatió, como se temía, el espíritu público en España, ni aun en Cataluña con ser la provincia que de más cerca habría de sentir sus efectos. Los primeros momentos fueron de estupefacción y desánimo al ver estériles tantos sacrificios como llevaba hechos el Principado en más de tres años de tan fiera pelea. Pero sobreponiéndose la ira al temor, sin arredrarse por la incomunicación en que quedaban por mar, su vía más importante para recibir los auxilios que pudieran necesitar, y mirando en la Montaña, en sus riscos principalmente, y en las pocas fortalezas que aún se mantenían allí inespugnadas su ulterior defensa, los catalanes recobraron pronto el ánimo gallardo y la incansable energía que siempre ha caracterizado á sus antepasados desde la más remota antigüedad. ¿No les quedaban todavía los Eroles y Mansos, los Roviras y tantos otros indomables campeones de su independencia para vengar la reciente derrota, si de élla pretendiera el enemigo aprovecharse para acabar de someterlos? Renació, pués, á los pocos días el valor que la pérdida de Tarragona parecía haber trocado en desmayo, y se dispuso Cataluña á continuar resistien-

---

banle bríos y honra para cometer villanía alguna. Era sólo hombre de mal contentar, presuntuoso, y que usaba con poco recato de la palabra y de la pluma.»

De la pluma, no; porque no puede darse una más suavemente templada que la que usó en la redacción de su memoria de 1813.

do, aun sin fiar ya en la suerte que la había proporcionado la sorpresa del castillo de Figueras, que bien pudo ver en aquellos dos meses no daría el resultado que de ella se esperaba.

El ejército fué el que más sufrió con la caída de Tarragona en poder de los franceses. Comprendió, con su impotencia para escarmentar la acción de enemigo tan bien organizado y dirigido como el de Suchet, el desairado papel que había representado durante el sitio de aquella plaza; y compuesto de elementos que en la guerra de la Independencia se consideraban heterogéneos por corresponder á diferentes provincias, mejor que á reconcentrarse más y más para oponer mayor resistencia, se inclinó á dispersarse y hasta á disolverse. Que no otra cosa sucedió desde el punto en que se supo la catástrofe de Tarragona. Desde su general en jefe que aturdido de tal golpe, que en su ceguedad creía remoto aún, demostró su falta de previsión en las marchas y contramarchas que sus vacilaciones le hicieron emprender, hasta las tropas que, ó pidieron su regreso, unas, al país de que procedían, intentaron acogerse, otras, á la Montaña para, en unión con los catalanes, proseguir la lucha, y, no pocas, buscar en las guerrillas de Aragón y Navarra á quienes secundar en su acción que tenían por más fecunda para la defensa nacional; todos, generales, oficiales y soldados se mostraron decididos á no continuar con una organización que ningún fruto había proporcionado. Campoverde comprendió cuál era el espíritu que dominaba en el ejército de su mando; y en su marcha de Igualada á Cervera, el 1.° de julio, reunió en consejo de guerra á los generales que le acompañaban, para

que se determinara el destino que convendría dar á las fuerzas que formaban el ejército y la dirección mejor á las operaciones sucesivas. Por cinco votos, los generales San Juan y Caro y los brigadieres Santa Cruz, García Carrasquedo y Velasco, contra el de Sarsfield y el del general en jefe, se resolvió que la división valenciana y la caballería de la misma provincia volvieran al ejército de su procedencia, dedicándose el resto de las tropas á continuar la guerra en Cataluña como les fuera dable y en unión con sus impertérritos naturales (1).

En otro capítulo recordaremos las consecuencias que tuvo la pérdida de Tarragona, la cual, unida á la todavía reciente de Tortosa y Lérida, parece que debería haber producido la sumisión de toda Cataluña que, así, quedaba aislada del resto de España por mar y tierra, y que, sin embargo y de su proximidad al imperio francés, continuó oponiendo una resistencia que

(1) Hasta en la comunicación oficial en que se dió parte del resultado de aquel consejo de guerra, se consigna que fueron cuatro los votos que decidieron la marcha de los valencianos á su país; y nosotros hemos podido deducir de la lectura detenida de los votos que publicó la Junta superior de Cataluña en su Manifiesto, que fueron cinco y no cuatro, como han dicho cuantos han historiado aquellos sucesos. Eso sin contar al general Miranda que, aun presenciando el consejo, *protestó que no debía asistir por no ser de aquel ejército* (el de Cataluña), *y tratarse de asuntos correspondientes á él.*

No es de poca monta esa divergencia en el recuento de los votos; por lo que trasladamos al Apéndice núm. 11 el documento íntegro que acabamos de citar cual comprobante de nuestra rectificación. Así se verá que hubo quienes aconsejaron la marcha también de las tropas que no fueran catalanas, aun perteneciendo al ejército regular del Principado.

hace honor á aquella verdaderamente privilegiada provincia de nuestra España. Tenemos que compartir con la ya excesivamente larga relación del tan debatido sitio de Tarragona, la de sucesos, también importantísimos para la suerte de las demás regiones, azotadas también por la guerra de que todas al fin habrían de salir orladas con el laurel de la victoria.

CAPÍTULO IV

AMÉRICA

Disturbios en América.—Sublevación de Caracas.—Agentes franceses en los Estados Unidos.—Sublevación en Buenos Aires.—En nueva Granada.—En el Perú.—Acción de su virrey en Buenos Aires.—Pronunciamiento de Chuquisaca.—En Chile.—En Salta de Tucumán.—Batalla de Guaqui.—La de Sipesipe.—En Méjico.—El cura Hidalgo.—El general Venegas.—Acción de las Cruces.—Batalla de Aculco.—Reconquista de Guanajato.—Término de la insurrección.—En las Floridas.—Situación general á fines de 1811.—Discusión sobre la representación americana en las Cortes.—Destierro de los anteriores regentes.—Pretende la infanta Carlota la Regencia.—Es rechazada su pretensión.—Gestiones de Inglaterra.—Nuevas complicaciones.—Gaditanos y franceses.

Disturbios en América.

Como si fueran pocas las desgracias que pesaban sobre España en lucha tan abrumadora como larga y de éxito de mil diversas circunstancias dependiente, aún habría de asomar por los más remotos horizontes de su vasto imperio la repugnante faz de la discordia española haciendo sus acostumbrados estragos entre nuestros compatriotas de América. Acontecimiento es previsto el de la emancipación de una ó más colonias cuando el tiempo ó las alteraciones debilitan á la metrópoli para ejercer su autoridad con los medios y la energía necesarios si ha de mantenerla íntegra é indisputable. Eso es sabido, y no hay para que confirmarlo con ejemplos que la experiencia nos demuestra cada día. Pero si alguna potencia colonial ha sabido mantener unidas en su seno y á su suerte las posesiones

adquiridas con el genio y el talento de sus hijos ó súbditos, ha sido España maestra en el arte de asimilarse cuantos elementos étnicos ha encontrado en sus descubrimientos y conquistas desde los comienzos de la edad moderna. Más de tres siglos llevaba, al tiempo á que se refiere esta narración, de dominar en el vastísimo continente americano, y no se había levantado en él sino rara é impotente voz para protestar de tan legítima ocupación.

Cuantos enemigos, poderosos y todo, habían lanzado al mar la envidia y la rivalidad extrañas para arrebatarnos joyas tan preciadas como nuestras colonias de Ultramar, encontraron siempre en sus naturales, lo mismo que en los de la madre patria, el obstáculo más robusto y el escarmiento más rudo á sus intentos de usurpación. Esa ha sido la historia eterna de nuestras colonias en América y Oceanía, prueba incontrovertible de la excelencia del carácter nacional para tan patriótico objeto y de las leyes, de ese modo de ser emanadas para el gobierno, civilización y prosperidad de tan diversas y extensas regiones, adquiridas por el genio y el valor de los Colón, Magallanes y Legazpi á la sombra de la bandera española. No negaremos que se cometiesen excesos en la conquista de pueblos que repugnaran la dominación española, más habiéndolos tan poderosos como los del Perú y Méjico que se tenían por inexpugnables; pero ¿es que cabe á un corto número, como era el de nuestros aventureros en América, vencer la resistencia del tan superior de sus enemigos sin un valor extraordinario, que raye en furia, y sin energías que al menor motivo se traduzcan en violencias y hasta en crueldades, disculpables, empero,

por la extrema necesidad del triunfo y de la vida? ¿Es que Cortés y Pizarro hubieran llevado á cabo tan completa y felizmente su empresa con sólo las embajadas, los discursos, halagos y promesas que en un principio prodigaron á Moctezuma y á Atahualpa en nombre de su soberano? ¿Es que bastaban arte, ó habilidad diplomáticas, ofertas ni dádivas, por extrañas y admiradas que fueran, para persuadir á monarcas poderosos y soberbios de que debían aceptar religión, leyes y el predominio de monarcas y pueblos de que no tenían ni la menor noticia? Imponíanse, pues, la energía no sólo, sino que el rigor también y la violencia, las duras severidades del conquistador, provocadas por una oposición, no diremos que injusta, pero que echaría por tierra proyectos que iban, después de todo, dirigidos á la entrada de aquellos pueblos bárbaros en el mundo de la civilización. No es que, según ha dicho un *sectario* á la manera de los reformistas del siglo XVI, el fanatismo y la avaricia se precipitaran sobre el nuevo mundo para que la sangre de pueblos pacíficos inundase las venas de las minas de que habría de extraerse el oro; no, porque al poco tiempo, ciudadanos españoles ilustres, y no lo niega el escritor aludido, y con ellos la cultura y las leyes de Europa, pasaron al recién descubierto continente para en él formar una sociedad, si nueva también, civilizada, religiosa y superior en ciertos accidentes por la mezcla y renovación de su sangre con otras razas (1).

---

(1) Para que no se extrañe el concepto de sectario que acabamos de atribuir á Schépeler, allá va un párrafo de su escrito en que se lo atribuye él á los católicos.

«De todos modos, dice, los ambiciosos de la religión, entu-

Nada podríamos aquí añadir á lo expuesto en el capítulo I del tomo anterior, á lo consignado, especialmente por el Sr. Argüelles, así en las Cortes de Cádiz como en su interesante libro sobre la Reforma Constitucional establecida en ellas; no haríamos sino repetirnos, y con la exposición de argumentos que ya nadie refuta cansar la atención de nuestros lectores. Los americanos, ni sus seudo-filántropos simpatizadores, nunca lograrán convencer de que España tenía desatendidos sus derechos é intereses al oponerle las dificultades, luego insuperables, que la crearon en la crisis más tremenda que ha experimentado país alguno en los tiempos modernos. En la ocasión á que se refiere ese mismo capítulo acabado de citar pudo verse con qué miramientos, con cuánta generosidad trataron aquellas memorables Cortes á unas provincias que, si en los comienzos de la lucha con el Imperio francés demostraron un patriotismo digno del más caluroso aplauso, no dejaron después de, á pretexto de sentimiento tan laudable, debilitar la defensa nacional con sus exigencias, todas injustas. ¿Qué más podían ambicionar que el decreto publicado en la *Gaceta* del 18 de octubre de 1810 en que las Cortes sancionaban *el inconcuso concepto de que los dominios españoles en ambos emisferios formaban una sola y misma monar-*

---

siastas fanáticos, tales como Mahoma, los partidarios de Loyola y de sectas semejantes, aliados feroces de la barbarie, disipando los tesoros divinos contuvieron el vuelo sublime de la Europa, hasta que por fin la razón, Lutero y Calvino viniesen á separar el oro puro de las escorias groseras.»

¿Quién es, así, el sectario? ¿El católico ó el protestante? ¿El partidario de San Ignacio ó el del fraile apóstata y del *Papa*, también apóstata, de *Ginebra*?

quía, una misma y sola nación y una sola familia? (1).

No les bastaba, no. Les era, sin duda, necesario gobernarse por sí solas; ellas, sin experiencia hasta entonces de autonomía alguna, sin el conocimiento, siquiera, práctico de los elementos constitutivos de las viejas sociedades, tan hechas á los combates por su independencia política y por la del espíritu dentro de ellas mismas. Es verdad que los menos eran los que protestaran de una hegemonía que bien veían no ejercía la metrópoli sino para protejerlas y dignificarlas; pero esos pocos, ambiciosos, ingratos, olvidados de su patria y de los beneficios que de ella llevaban recibidos, iban á satisfacer aspiraciones personales que debía

---

(1) D. José Presas, en su escrito «Juicio imparcial sobre las principales causas de la Revolución de la América Española», supone que una de las más influyentes ha sido la excesiva generosidad de nuestros gobiernos. «El gobierno de Madrid, dice, jamás tuvo presente ese futuro necesario (el de la emancipación de las colonias); y en vez de coartar y poner límites á la ilustración que tan impolíticamente se había fomentado en tiempo de Carlos III, permitió y toleró que ésta fuese cada día en aumento con el roce y trato de los extranjeros, franqueando á éstos la entrada en aquellos países, contra lo que estaba sabiamente dispuesto por las leyes de Indias, cuya imprevisión es más notable en el señor D. Carlos IV, que dispuso y mandó que se manifestasen los archivos y permitiese al barón de Humboldt sacar copia y noticia de todos los documentos que exigiese para escribir su célebre Ensayo del reino de Nueva España, por lo que ha llegado á noticia de las demás naciones lo que convenía tener oculto».

«Sin tomar siquiera por modelo la conducta que constantemente han seguido los demás gobiernos de Europa con sus respectivas colonias, y particularmente la Inglaterra y Portugal, quiso la España manifestarse generosa y estableció en sus colonias colegios, universidades, academias, seminarios, escuelas de matemáticas, de astronomía, de naútica y minería, bibliotecas públicas y hasta gabinetes de física; establecimientos que no han existido, y de que carecen aún (1828) la mayor parte de las capitales de la madre patria. A la verdad, parece que los gobernantes de Madrid ignoraban hasta el verdadero significado del nombre de colonias.»

ser lo que más les importara. Asi se vió que, no los pueblos sino los que se habían arrogado el carácter de sus prohombres ó los que se hallaban, como autoridades, representando la del gobierno nacional, fueron los primeros en desconocerla, si hipócritamente al principio, de un modo abierto y descarado al encontrarse con fuerzas para hacerlo con siquiera probable impunidad.

Gran culpa de eso tenía el gobierno, quitando y poniendo empleados, éstos peores que aquéllos, provocando á sus administrados con atropellos y exacciones de todo género ó con procedimientos, por el contrario, dirigidos á atraerse las voluntades para el solo objeto de explotarlas en favor de su ambición y deslealtad.

Y vamos á verlo.

Parecían disfrutando del mayor sosiego las colonias todas y como olvidadas de los sangrientos sucesos de Venezuela y Buenos Aires, sin duda por lo afortunados y gloriosos para las armas españolas, cuando se encendió en la Península la guerra de la Independencia y se encarnizó más y más con la serie de victorias y desastres que venimos relatando. Aun contando, después de experiencia ya tan larga y significativa, con que los españoles no cejarían de su noble propósito de resistir á Napoleón, los sacrificios que exigía lucha tan encarnizada la hacían de éxito no probable hallándose la nación tan decaída y sin gobierno desde el fatal y hasta vergonzoso anterior de Carlos IV, mejor dicho, de su mujer y su inepto favorito. Dispuestos, sin embargo, muchos á no escasear esos sacrificios que, después de todo, habrían de limitarse al de parte de su

fortuna, los llevaron á ofrecerla en holocausto á la patria, prestando así á ésta un servicio que nunca ha olvidado por lo eficaz que fué en tal penuria como la que le aquejaba. Pero en otros, pocos en un principio pero que luego lastimosamente fueron multiplicándose, surgió la idea de que no se les presentaría jamás ocasión tan propicia para desentenderse de la autoridad de la madre patria. Fueron los de Buenos Aires, como luego veremos, los primeros en abrazar esa idea, así los de la capital como los de las tierras altas fronterizas del Perú; mas los que habían de contribuir con mayor influjo á generalizarla, fueron los de la región central, como de donde se la podría propagar rápida y fácilmente á las demás.

Expusimos en el primer tomo de esta obra cómo se había iniciado la insurrección que ahora iba á tomar incremento tan pavoroso, por la de Venezuela en 1806, en cuyo mes de abril el aventurero Miranda, enemigo de Inglaterra en la guerra de separación de los Estados Unidos, servidor luego de aquella potencia, súbdito ruso más tarde, y general francés durante la Revolución, contaba con los Estados Unidos, con Inglaterra y no sabemos si con Rusia también para sublevar contra España su tierra natal del centro de América. Por ejecutivo que fuera el fracaso de Miranda en sus dos expediciones anteriormente descritas, no debió serlo tanto que borrase en Venezuela su rastro, porque el 24 de noviembre de 1808 se reproducía el movimiento insurreccional, aunque con éxito tan satisfactorio para España como los de dos años antes.

Las noticias que enviaba desde Londres Miranda, todas falsas, y los manejos de los comerciantes ingleses

y americanos, dieron por resultado aquella intentona, fraguada por el marqués del Toro y el auditor D. Antonio Fernández de León entre varios otros conjurados. La oposición del regente Mosquera y el odio que suscitaba el solo nombre de Miranda en el pueblo venezolano, hicieron fracasar la sublevación, cuyos corifeos fueron á parar á la cárcel y León al castillo de Santa Catalina de Cádiz, de donde logró sacarle su hermano D. Esteban, consejero del de Indias y grande amigo de Tilly.

Pero en 1810, cuando el crimen debía aparecer más abominable y transcendental á los ojos de todo buen patriota por hallarse los ejércitos del usurpador al frente de Cádiz, abrigo ya único, puede decirse, de la independencia española, la traición dió el resultado que sus indignos agentes buscaban (1). España, desarmada para toda acción en tierras tan remotas, descuidados ó cobardes los que la representaban, y pérfidos é ingratos sus hasta entonces encubiertos enemigos, vió comenzarse la ruina del vasto imperio colonial que con tanta sangre y con habilidad por nadie igualada habían tres siglos antes fundado sus valerosos hijos.

Sublevación de Caracas.

Dióse el grito de la insurrección en Caracas el 19 de abril de aquel año nefasto; y secundada por la fuerza que guarnecía la capital y ni prevista ni resistida por el capitán general, el jefe de escuadra D. Vicente

(1) «¡Y en qué tiempo! decía el *Semanario Patriótico*. ¡Ah! Si tanta era vuestra sed de independencia, si tanto vuestro horror á la tiranía; ¿porqué no levantásteis el grito de la insurrección en los tiempos corrompidos y ominosos de María Luisa y Godoy? Entonces de todos los ángulos de la Península, de todos los ámbitos de la Europa, se hubieran alzado los votos de los buenos, pidiendo al cielo para vosotros libertad, gloria y fortuna. ¡Pero ahora!»

Emparan, y las demás autoridades de la colonia, quedó en pocas horas triunfante.

Se celebraba la fiesta del Corpus y el capitán general y la audiencia debían reunirse en la casa ayuntamiento para de allí trasladarse todos á la catedral y asistir después á la procesión. No bien Emparan había puesto los pies en la casa consistorial cuando fué asaltado por el cabildo entero, abrumándole con las falsas noticias que decían haber recibido los concejantes, como allí se les llamaba, y solicitando de él la organización de una Junta Suprema en nombre, eso por supuesto, de Fernando VII. Demostró el General contemporizar, prometiendo resolver el asunto al volver de la catedral; pero antes de llegar al templo se le hizo regresar al ayuntamiento entre los más descompasados gritos de la gente, tanto blanca como de color, y de la canalla que los conjurados habían asalariado para sacar victoriosa su nefanda empresa. La alarma, con eso, se difundió por toda la ciudad; huyeron á sus casas los indiferentes y los cobardes, generalmente llamados en estos casos vecinos honrados y pacíficos; los sacerdotes abandonaron la catedral, y las calles se vieron luego desiertas, excepto en las inmediaciones del ayuntamiento, llenas del populacho que, apoyado por un batallón de mulatos, al que se le tenía prometida la igualdad de colores, hizo aún más imponente y decisiva *la manifestación*. Trató de resistir la Audiencia, apelando á los hombres que suponía de mayor influencia en Caracas, al clero y por fin á las tropas para que éstas, sobre todo, cumpliesen con su deber. Los primeros no asistieron; entre los sacerdotes los había que estaban comprometidos en la conspiración, un

canónigo, especialmente, el Sr. Cortés Madariaga y el cura D. José Rivas; y las tropas, veteranas y de las milicias estaban en inteligencia con los rebeldes por medio de sus jefes el marqués del Toro y su hermano, perdonados, mejor dicho, recompensados en España por su traición anterior.

Resultado; que Emparan fué depuesto, pues que su dimisión después de haber intentado atraerse el pueblo desde el balcón del ayuntamiento, se hizo forzosa; que hubieron también de ceder sus cargos el intendente, el auditor, el comandante general de artillería y al cabo de algún tiempo la Audiencia, substituída por un *tribunal de apelaciones*; siendo todos embarcados en la Guaira para la América del Norte (1).

Entre gentes revolucionarias de raza española las juntas son de rigor; y en Venezuela se formó una con carácter de suprema, por supuesto y con el tratamiento de alteza serenísima, ínterin se reunía un congreso que fué al mismo tiempo anunciado, comunicándose la noticia de tan grave suceso á las demás provincias de la capitanía general, en las que se acogió y divulgó con

(1) ¿Qué fué después del general Emparan? Porque en la *Gaceta* del 22 de mayo aparece su nombramiento para el gobierno y comandancia general de Cartagena de Indias, así como el de Miyares para la capitanía general de Venezuela, y el del capitán de reales guardias españolas D. Pedro Ruiz de Porras para el gobierno é intendencia de la provincia de Maracaybo. En agosto, sin embargo, se confiere el mando de Cartagena al brigadier D. José Dávila.

Años más tarde y cuando se hallaban ya abiertas las Cortes en Cádiz, aparece encausado el general Emparan; y en la sesión secreta de la noche del 11 de junio de 1811 se dispuso que pasara á la Regencia el expediente en que el consejo de guerra acudía para que se le autorizase á abrir juicio formal sobre la conducta militar y sentimientos desde el arribo de aquel general á Venezuela.

gran regocijo de una parte considerable de sus habitantes, de mucho tiempo atrás trabajados por los conspiradores. Sólo en Coro y Maracaybo fueron rechazados tan indignos manejos por la energía, sobre todo, del brigadier D. Fernando Miyares González, gobernador de la segunda de aquellas plazas, que supo mantener en ellas la autoridad de España incólume y respetada. ¡Cuánta fuerza no entraña y despliega la lealtad cuando se la dirige con el fervor y el ímpetu que imprime el sentimiento de la patria, tanto más activo cuanto más distantes de ella se encuentran sus amantes hijos! Había en Venezuela fuerzas militares suficientes para la defensa del país contra una agresión extranjera, constando de tropas llamadas veteranas, como el batallón de Caracas y las compañías de Cumaná, Guayana y Maracaybo, de milicias disciplinadas, nueve batallones nada menos, la mayor parte de blancos y los demás de pardos ó morenos, y de alguna, muy poca, caballería. Pero cualesquiera que fuesen su organización y el pensamiento á que obedeciera, es lo cierto, y lo mismo sucedía en las demás colonias, que aquellas fuerzas apenas si tenían otros elementos en su composición que los del país, gobernados, y no siempre, por los que enviaba la metrópoli para infundir en ellos el espíritu de la que para todos debía ser madre común, la gloriosa España, que les había prestado su antes exhuberante y fecunda savia. A la vez, sin embargo, les comunicó su modo de ser la discordia y la arrogancia características de los españoles, el espíritu sublime, pero allí mal entendido, de su constante aspiración á la independencia. No es, pues, de admirar que en un país como Venezuela, tan

trabajado ya por las conspiraciones desde antes de 1806, rompiese la de 1810 en abierta rebelión, principalmente contando con la cooperación de sus municipios y de gran parte de la tropa, con la debilidad, además, de su primer magistrado, gobernador y capitán general.

Con alegar por justo motivo de la sublevación el estado de España, sujeta casi toda á la autoridad del Intruso por la fuerza, que se decía incontrastable, de las legiones napoleónicas, y con ofrecer al pueblo venezolano, tan adicto á nuestros monarcas, incondicional obediencia á Fernando VII tan pronto como se viera libre de las garras de su opresor y, entretanto, al gobierno de Cádiz cuantos auxilios pudieran enviarle para alcanzar el triunfo de las armas españolas, creían los rebeldes, no sólo contener la influencia de los leales, sino atraerse á todos sus compatriotas de América á unas tan halagadoras como hipócritas ideas. Atribuyéndose los fueros de la independencia con el reparto de todos los empleos entre los naturales de aquellas provincias, con abolir el tributo de los indios, *la alcabala*, que pintaban como tiránico y denigrante de la raza primitiva del país, digna de todo género de consideraciones, y con abrir los puertos al comercio libre del mundo entero, calculaban también ganarse las voluntades de los que á todo antepondrían su vanidad personal y sus intereses materiales. El honrado, pero débil y no diestro Emparan que, á instancias de Mosquera, regente de la audiencia, había pedido á España refuerzos que no le fueron enviados, se sometió á la junta rebelde, la cual lo embarcó en la Guaira con cuantos españoles se negaron á reconocerla, y pudo ella con eso darse los aires de suprema, cuyo título,

según tenemos dicho, se había atribuído desde el momento de su instalación (1).

A los pocos días, el 26 del mismo abril, llegaron á Caracas despachos de la Regencia con noticias favorables pero ya tardías. Eso dió lugar á una polémica entre la Junta de Venezuela y la Regencia de España sobre las aspiraciones de aquélla á tener representación en la metrópoli y velar por sus intereses peculiares, menoscabados, suponía, por la indiferencia del gobierno y la arbitrariedad y corrupción de sus delegados en las colonias. No se puso remedio con el llamamiento á Cortes por ser ya para aquellos objetos tardío; y la Regencia, apoyándose en la lealtad de los de Coro y Maracaybo, tuvo que apelar á la severidad y á la fuerza, declarando el bloqueo de Caracas y enviando allá al consejero real D. Antonio Cortabarría con facultades para perdonar, pero también para castigar á los que desconocieran la autoridad española. Cortabarría, hombre sin condiciones para misión que

(1) El marqués de Casa León se hizo presidente del tribunal; D. Fernando del Toro, gobernador militar y, á sus órdenes, obtuvieron mando en las tropas sublevadas otros jefes, tan agradecidos como aquéllos á los favores que les había otorgado el gobierno español.

D. José Presas, en su ya citado libro, dice: «No fué menor falta la que cometió el gobierno de la metrópoli, fiando á los americanos los virreinatos, capitanías generales, presidencias, magistraturas, arzobispados y obispados. Que en la Península mandase, como en efecto han mandado, ejércitos, acaudillado expediciones, gobernado provincias, sentádose en todos los consejos supremos y aun en las sillas ministeriales, y ocupado toda clase de destinos conforme á su capacidad é instrucción y relevantes prendas, estaba muy en el caso, y era, si se quiere, justo; pero virreinatos y capitanías generales, arzobispados y obispados, y todo género de destinos conferidos á los americanos para que los desempeñasen en su país, era ignorar enteramente las máximas y principios que deben seguirse en todo gobierno y sistema colonial.»

tantas exigía, dirigió desde Puerto Rico á los sediciosos una intimación, cuyo efecto puede calcularse sabiendo que el oficial que la condujo á la Guaira en la fragata *Sebastiana*, se quedó con ellos. Ni se hizo esperar la respuesta de los caraqueños al mensaje de la Regencia en dos proclamas del 4 y del 25 de enero de 1811, en que se calificaba de *cómico* tan alto cuerpo y de *cómicas* las Cortes españolas, de *club* de tiranía y despotismo el gobierno de Puerto Rico y de *espectáculo augusto* el que ofrecía la *soberana asamblea* de los rebeldes, que confundiría á los tiranos elevando Venezuela *al rango de nación libre é independiente*.

Agentes franceses en los Estados Unidos.

No tardó en propagarse por otros gobiernos inmediatos el fuego de aquella insurrección. Aun antes de haber llegado á España tan fatal noticia, la Regencia había expedido una circular, la publicada en la *Gaceta* de 1.º de mayo de 1810, mandando detener, procesar sumariamente y castigar con pena de muerte á todo español ó extranjero que, sin pasaporte en regla, se introdujese en Tejas ó desembarcara en los puertos de América no acreditando debidamente la legitimidad de su persona y el objeto de su viaje. Debíase la expedición de tal decreto al conocimiento que se tenía de que Napoleón y José, su hermano, enviaban á los Estados Unidos emisarios y espías que se trasladasen desde allí á nuestros dominios de Ultramar para en ellos introducir el desórden y la anarquía con que lograran, ya que no su adhesión á la causa del usurpador, impedir el envío de recursos á los defensores de la independencia española en la Península (1). Parecían no

(1) Los Estados Unidos, sin acordarse de que su reciente

necesitar tales estímulos los naturales del Nuevo Mundo según el efecto que habían producido las proclamas de sus virreyes y capitanes generales al saber los peligros que corría la metrópoli, exhortaciones tan nobles y patrióticas como la del arzobispo virrey de Nueva España, fechada en Méjico el 23 de enero del año á que nos estamos refiriendo, y como la proclama del virrey del Perú en 15 de octubre anterior, escritos ambos que ponían de manifiesto la noble conducta que observaba España en sus colonias, más generosa, más paternal que la de ningún otro gobierno europeo en las que le pertenecieran (1). Establecida la Regencia,

emancipación era acaso debida á la conducta de España durante la guerra que habían sostenido con Inglaterra, conducta tan condenada por el conde de Aranda, comenzaron á demostrar su ingratitud y mala voluntad desde los primeros pasos de la insurrección de nuestras colonias. Al enviar á Filadelfia el gobierno español por su representante á D. Luis de Onís, el presidente Maddison principió por negarse á recibirle oficialmente y pretendió, además, se le votaran en el Congreso los gastos que pudiera causar la marcha de un ministro para la corte del rey José Bonaparte. Negáronselos en aquella asamblea, resultado del mal efecto que produjo el *bill* de su presidente. «¡Un embajador, decía un periódico norteamericano, al usurpador José Bonaparte, al vasallo, al esclavo de Napoleón, al que quiere á costa de là sangre de un pueblo inocente invadir un trono que no es suyo! ¡Justo Dios!...¿No admitir al enviado de una nación amiga, y proponer infamemente enviar otro á un *salteador* que pone todos los medios para esclavizar aquella nación? El Congreso, justamente indignado, ha dado un *golpe de muerte política* á proposición tan vil. Lo contrario hubiera sido la afrenta eterna de toda la nación».

A pesar de eso, los Estados Unidos se hicieron el cuartel general de todos los emisarios y agentes bonapartistas destinados á sublevar nuestras colonias.

(1) Varias provincias se habían anticipado á la disposición citada de la Regencia, y entre ellas se distinguió la isla de Cuba que con noticia de que el Intruso enviaba emisarios á los Estados Unidos para desde allí dirigirse á las regiones hispano-americanas con el referido objeto de perturbarlas, se preparó á rechazarlos, abriendo una subscripción con cuyos fondos premiar generosamente á los que denunciaran ó prendie-

no se mostró lo diligente que debiera en anunciar su instalación á las provincias americanas, por lo que llegó antes á ellas la noticia de la invasión de Andalucía por los franceses, la de la fuga de la Central desde Sevilla y la del estado de consternación que habían producido tan funestos sucesos. En tales momentos los pueblos de América se creyeron huérfanos de la autoridad patria, y los descontentos y ambiciosos que en ellos moraban pensaron que ninguna ocasión podría presentárseles más propicia que la en que las desgracias de la Península les atraerían muchos partidarios, y las vacilaciones y la desesperación de las autoridades debilitarían la resistencia que se pudiera oponer á sus proyectos. Y así como en Venezuela se produjeron los disturbios que acabamos de recordar, se iniciaron luego y tomaron cuerpo otros de índole igual en Buenos Aires, Nueva Granada, Chile y Méjico por fin; con lo que apareció la América española expuesta á un cambio general y decisivo de su anterior situación política.

Sublevación en Buenos Aires.

Así como en Venezuela habían contaminado á la población las expediciones de Miranda, las dos inglesas de Beresford y Withelok revelaron á los bonaerenses la fuerza que tenían en sí mismos para considerarse árbitros de sus destinos. Además, Liniers, queriendo prepararse para rechazar los nuevos ataques que

---

sen á tales agentes. El marqués de Someruelos, capitán general de la isla, se subscribió por 100 acciones de á 10 pesos cada una. Posteriormente, en junio, se señalaron premios á los aprehensores de los corsarios franceses que infestaban aquellos mares. Dábanse 10.000 pesos al que apresara un barco pirata con 30 hombres de tripulación, 14.000 si llevaba 40, y por cada enemigo cogido en tierra 200.

suponía en la mente del gobierno inglés, había realizado un gran alistamiento entre los naturales de aquel virreinato é instruído los cuerpos que con él se formaron, constituyendo una fuerza de unos 10.000 hombres que inspiró en ellos, con el sentimiento de su valer, la idea de que podría utilizarse en la obra de su emancipación. Las noticias de los sucesos de Madrid y Bayona en 1808; las intrigas de los secuaces de Napoleón, por un lado, y de la infanta Carlota y los ingleses por otro, y el concepto que los ocultos conspiradores y alguna autoridad imprudente hicieron formar de Liniers por su origen francés, soliviantaron también los ánimos á punto de temerse una conmoción popular de gran transcendencia. Esto, que sucedía á fines de 1808, se verificó en principios de enero del año siguiente, en que hubo de resignar el mando el heróico defensor de Buenos Aires, tan mimado hasta entonces por la fortuna y la opinión pública allí y en España. El brigadier D. Francisco Xavier Elío, gobernador de Montevideo, cometió la ligereza de atribuir á Liniers intenciones que no albergaba; y para eludir el cumplimiento de las órdenes que recibía de Buenos Aires y el castigo que su conducta imprudente pudiera acarrearle, formó en Montevideo una junta, á cuyo frente se puso, declarándola suprema para así llenar aquellos fines, el de no obedecer y el de la impunidad de su falta.

Quiso el gobierno poner remedio á tal desbarajuste, tanto más grave cuanto que andaba por medio la infanta Carlota con sus pretensiones á la Regencia, apoyada naturalmente por los brasileños en Río grande y el Uruguay, y envió por virrey al teniente gene-

ral de la Armada D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. Pero el mal había cundido; en Buenos Aires no quisieron ser menos que en la otra banda del Plata y formaron también su junta soberana que, por torpeza ó debilidad, alentó el nuevo virrey, sin prever que él sería la primera víctima de los traidores que le animaban á secundar sus miras (1). Con efecto, la Junta, en que tomaban parte nueve criollos, se manifestó desde entonces hostil al general Hidalgo, eso que, en vez de apoyarse en los españoles, sólo escuchaba los capciosos consejos del doctor Castellí y de D. Cornelio de Saavedra, principales fautores de la sublevación. La Junta, después y siempre, fingiendo acatar el derecho de Fernando VII y contribuir á la independencia de España en la Península, proclamó la constitución de un Congreso que debería nombrar un gobierno provisional que administrara aquellas vastas regiones en nombre del soberano español. Formar una junta y más todavía un gobierno era, como dice un narrador de aquellos sucesos, lo mismo en tales circunstancias, que proclamar la independencia; y puede añadirse que desde entonces debe darse por constituída, aunque hipócritamente, la después República Argentina, cuyos primeros actos merecerán siempre á sus mismos naturales universal reprobación (2).

(1) Presas ataca furiosamente á Hidalgo, cubriendo su nombre de epítetos á cual más duros. El general Pavía, por el contrario, hace de él los más honrosos elogios, aun cuando al recordar la época de su mando en Buenos Aires, dice: «A pesar de su acrisolada lealtad y de sus esfuerzos, pudieron más los acontecimientos que su enérgica decisión para conservar á la madre patria aquellas preciosas posesiones».

(2) No se sabían en Cádiz esos actos y decía un periódico: «Se nos anuncian expediciones militares, batalla, muertes,

Cuando más ardiente parecía la lucha promovida por las exigencias de los revoltosos y las debilidades ó torpezas del virrey, llegó á Montevideo un barco con noticias más satisfactorias que las antes recibidas, la proclamación de la Regencia y el llamamiento á Cortes en que tomarían parte las provincias americanas. En Montevideo se reconocieron inmediatamente la Regencia y la legitimidad de sus mandatos; pero no así en Buenos Aires, tomándose por extraoficiales los documentos, no firmados, en que se anunciaba el establecimiento del nuevo gobierno. Con el pretexto de tal informalidad, la Junta de Buenos Aires declaraba el 8 de junio de 1810 que, dando por asegurados los derechos de Fernando VII con haberlos jurado la Junta, suspendería el reconocimiento de la Regencia hasta recibir sus órdenes de una manera oficial; uniendo, empero, sus esfuerzos á los de la nación para demostrar la fraternidad de los pueblos de América y España, así como su inviolable adhesión á la causa del Rey y su firmeza contra los planes de Napoleón. Pero no eran esas las intenciones que abrigaba la mayor parte de los alborotadores, prontos á declararse republicanos y pesarosos, á los pocos días, de haber soltado tal prenda y la que, además, creían haberles comprometido demasiado, la de enviar á Londres emisarios en concepto de súbditos leales de Fernando VII, creyendo que así serían mejor recibidos del pueblo inglés que tantos servicios estaba prestando á la causa española.

suplicios; y estos hechos son tan tristes, deben afligir tanto los ánimos españoles, que tenemos á fortuna no saberlo todavía con la certeza y claridad correspondiente para poder entrar en su amarga exposición».

Liniers, á quien se había querido desconceptuar ante el gobierno por medio de un emisario enviado por los conspiradores á Cádiz, se había retirado á Córdoba de Tucumán, cuyo mando é intendencia ejercía el brigadier D. Juan de la Concha, su inseparable compañero en las célebres jornadas de Buenos Aires (1). En aquel distrito no se habían secundado los desórdenes de la capital; manteniéndose tranquila y sumisa la población á la autoridad de su gobernador, aun habiendo en ella quienes simpatizaran con los sublevados. Estos, con eso, se mostraban recelosos, temiendo de Liniers y Concha una reacción que pusiera en peligro su obra y á ellos en riesgo también del castigo que merecían. Cisneros, por otro lado, antes del 25 de mayo, en que tuvo lugar su exhoneración, había escrito á Liniers diciéndole que sólo en su fidelidad, así lo consigna un distinguido historiador, estribaba la esperanza de contener á los revoltosos, para lo que le cedía sus omnímodas facultades; pero llevó su carta un joven en quien tenía confianza, más amigo, sin embargo, que suyo, del deán D. Gregorio Funes, agente en Córdoba de los conspiradores de Buenos Aires y á cuya casa se dirigió el correo antes que á la de Concha. Éste, al reunir la mañana del 29 del mes anteriormente citado al obispo, á Liniers, á los alcaldes y á otros notables de la población civiles y militares, creyó deber invitar también á Funes *por mera política* se

(1) Cuando se trate de las gestiones hechas por la Infanta Carlota para obtener la Regencia durante la cautividad de su hermano Fernando VII, daremos cuenta de un escrito en que los dos insignes marinos se muestran opuestos á tal pretensión, escrito cuyo autógrafo del brigadier Concha tuvo la bondad de entregarnos el Marqués de la Habana, su hijo.

ha dicho, por un rasgo de debilidad, decimos nosotros, que tuvo las más lamentables consecuencias (1). Desde el momento en que Funes tomaba parte en las deliberaciones que iban á emprenderse, se hacía inútil la prestación del juramento que exigió el obispo para que se guardara secreto sobre ellas. Así fué que al salir de aquella junta el tristemente célebre deán de la catedral de Córdoba de Tucumán, reunió con su hermano D. Ambrosio otra de los más acalorados separatistas de la ciudad, para neutralizar las medidas dictadas en la anterior. Consistían éstas en salir para el Perú; y organizando allí un ejército, revolver sobre Buenos Aires para acabar con la sublevación. Y como no lograse Funes disuadir de tal pensamiento á Liniers, resolvió con sus amigos, entre los que había clérigos regulares y seculares, abogados, comerciantes y toda clase de *pájaros*, como vulgarmente se dice, el avisar á la capital del virreinato, esparcir por ella y por los campos toda clase de papeles subversivos, y valerse de cuanta gente armada pudiesen reunir para interceptar el camino de Ambargarta que debían emprender los leales expedicionarios en su jornada al Perú.

Súpolo Liniers; y suspendiendo la marcha al Perú y juntando en Córdoba las milicias del campo, salió al

---

(1) El vicealmirante D. Francisco de Paula Pavía, á quien seguimos en esta parte, al escribir la biografía de Liniers, dice así: «Con estas nuevas, el celoso gobernador de Córdoba Don Juan Gutiérrez de la Concha, reunió á las cinco de la mañana del 29, á los Sres. Obispo y General Liniers, al oidor jubilado Moscoso, al honorario Zamallos, á los alcaldes de 1.º y 2.º voto, al coronel de milicias Allende, á los oficiales reales, al asesor del gobierno Rodríguez, y por mera política al citado Funes, á pesar de las vehementes sospechas que había sobre su opinión.»

encuentro de las tropas que enviaban los revolucionarios de Buenos Aires, á las que desertaron en su casi totalidad las organizadas por el caudillo español, que á los pocos días se encontró á la cabeza tan sólo de poco más de veinte oficiales, en su mayor parte europeos. En su fuga, que ya no quedaba otro recurso para salvarse, engañaron á Liniers los guías, conduciéndole, por fin, á la Pampa de los Papagallos, cerca de la posta de la Cabeza del Tigre, donde los pocos que con él quedaban fueron sorprendidos el 26 de agosto por una fuerza insurgente que conducía Castelli acompañado de otros tan ingratos y traidores como él. Y sin concederles más tiempo que el solicitado por el obispo para que muriesen como cristianos, fueron fusilados Liniers, Concha, Rodríguez, Allende y el oficial real D. Joaquín Moreno. Los únicos que por el momento se salvaron de uno que nadie calificará sino de asesinato bárbaro, verdaderamente salvaje por todas sus circunstancias, fueron el obispo Orellana y su capellán Don Pedro Alcántara Jiménez, que se dedicaron á consolar y proteger en cuanto podían á las familias de las víctimas (1).

Desde entonces podía darse por realizada la emancipación de aquella rica y extensa colonia, perdida para España con circunstancias tan lamentables. «Si los criollos de las demás colonias, dice Schépeler, co-

(1) También se salvó un hijo de Liniers que, dice Schépeler, iba con él. La mujer de Concha que acababa de dar á luz la única hija que había tenido, perdió la razón hasta un año después en que, habiéndola recobrado, se trasladó con los cuatro, D. Juan, D. Manuel, después marqués del Duero, D. José, marqués de la Habana y D.ª María del Carmen, á España, donde obtuvieron las brillantes posiciones que todos conocen.

metieron crueldades en el curso de la guerra civil, Buenos Aires tuvo, ante todo, el triste privilegio de poseer, desde un principio, una banda que renovó la memoria de aquellos feroces filibusteros y aventureros que regaron con sangre la América y que desgraciadamente se les vió con frecuencia aparecer de nuevo en el curso de la guerra. Criollos y europeos también se cubrieron más tarde de sangrientas manchas.»

Desde hace bastantes años se han borrado esas manchas y han desaparecido la ira de los combates, con tal pertinacia reñidos, los odios y rencores suscitados al calor de la lucha, y hoy es la República Argentina el país á que se dirigen con preferencia los emigrantes españoles y donde son recibidos con la mayor solicitud, recordando los amorosos lazos que lo unieron á su antigua metrópoli, la patria primitiva de sus hombres más distinguidos.

Continuó la lucha en Buenos Aires, que no había España de renunciar tan de golpe á sus indisputables derechos en tan espléndidos países, y no tardaremos en recordar sucesos que ahora dejamos de lado por estar en relación más inmediata con los del próximo virreynato del Perú.

En Nueva Granada.

A pesar de haber permanecido leales al gobierno español Coro, Maracaibo y la Guyana, también perteneciente á la Capitanía general de Venezuela, la sublevación de Caracas tuvo eco en el Nuevo Reino de Granada, más extenso entonces de lo que es ahora la república de su mismo nombre. Era virrey D. Antonio Amar «semejante, dice Toreno, en lo quebradizo de su temple á los jefes de Venezuela y Buenos Aires»; y aunque la Regencia había enviado allá al brigadier

de Marina D. Rafael Villavicencio y al teniente coronel Montúfar, éste, que era hijo del marqués de Selva Alegre, preso entonces en Quito, se puso luego á la cabeza de la insurrección que estalló el 2 de agosto en aquella ciudad.

Los conspiradores, presos en una intentona anterior, se escaparon de las cárceles y sorprendieron los cuarteles de un cuerpo enviado desde Lima por el virrey del Perú; pero, repuestos los soldados, atacaron á los presos y al pueblo que con ellos fraternizaba, y las calles de Quito se convirtieron en teatro de los atropellos, robos y muertes más horribles con que quisieron vengar los peruvianos su sorpresa, no menos cruenta. Eso creó en Nueva Granada un estado tal de turbulencia y provocó sucesos tan escandalosos, que amenazaban con hacerse inacabables y sumamente transcendentales para la suerte de aquel virreinato, la cual, con efecto, no se decidió hasta muchos años después.

Para entonces las ciudades del Socorro, Cartagena, Pamplona, Tunja, Choco y Popayán, toda la provincia puede decirse, habían seguido el ejemplo de Santa Fé su capital, donde, sordo á los consejos de la Audiencia, se había su gobernador sometido á una junta que pronto llegó á absorber toda su autoridad (1). De

---

(1) He aquí lo que contaba el periódico de Quintana; «En 20 de julio á la mitad del día, una expresión grosera é imprudente de un español dicha en desprecio de los criollos produxo una contestación viva entre los que la escucharon. El pueblo se agolpa á oir, y aquella centella produxo al instante un incendio. La exaltación y la indignación se hacen á cada momento más fuertes: el imprudente español es llevado á la cárcel; las casas de sus amigos asaltadas y registradas; y al llegar la noche, el pueblo, cada vez más agitado y furioso, pedía á voces cabildo abierto y junta. Hubo de concederlo el virrey, aunque lo resistió al principio; y el cabildo que empezó cerra-

éso á ver hecha pedazos la poca autoridad que le quedaba, no iba nada. Ante sus ojos tuvieron lugar los atropellos más groseros y humillantes contra magistrados dignísimos, haciéndolos objeto de la ferocidad y del escarnio del populacho, excitado hasta el delirio por las noticias de lo sucedido en Quito. No quitaba éso para que siempre se proclamara el nombre de Fernando VII; pero al no respetar á la autoridad española, ejercida en representación de aquel soberano, veía el más miope que lo que se quería era desorientar á la Regencia y consolidar entre tanto la indepencia á que aspiraban tales gentes. Sólo en Panamá, Santa Marta, Guatemala y algún otro punto del virreinato, siguieron los habitantes el camino de la lealtad á la metrópoli, no sin apoyarse en juntas que formaron algunas de aquellas localidades, sistema gubernativo muy dado á, con el tiempo y en ocasión oportuna, desconocer el central, único representante legítimo de la patria común para los españoles de ambos mundos.

La hoguera encendida en la América del Sur, ya surgiendo de las cenizas que aún quedaran de los años anteriores en Venezuela, ya de las artes usadas por los agentes de Napoleón últimamente y antes por In-

---

do y se hizo al instante público, se convirtió por fin en una junta de gobierno, compuesta de los individuos que un regidor desde un balcón del ayuntamiento iba proponiendo al concurso inmenso que clamoreaba en la plaza. Esta nueva autoridad se apoderó de la fuerza, y de los depósitos de armas; fué reconocida por el clero, por la nobleza, por el pueblo, por los magistrados y por el Virrey, al cual condecoró con el título de su presidente.»

Eso que tenía bien cerca Maracaybo y Coro, donde la energía de sus gobernadores les había librado del ridículo en que él cayó por su debilidad.

glaterra, hacía temer extendiera su acción abrasadora, arrebatando á España recursos de que tan necesitada estaba para resistir la invasión de la Península.

En el Perú. Sin embargo, el Perú, donde habría de hacerse definitiva la pérdida de nuestro poderío en la América meridional, se mantuvo tranquilo por los días á que nos vamos refiriendo, gracias á las dotes de mando del virrey, el mariscal de campo D. José Fernando Abascal. La situación de algunos puntos del inmediato virreinato de Buenos Aires, muy próximos á la frontera y en que se había revelado el espíritu separatista desde los comienzos de nuestra guerra de la Independencia, dieron á Abascal motivo y ocasión para intervenir en país cuya custodia no le estaba encomendada.

Acción de su Virrey en Buenos Aires

La energía que desplegó y la fortuna con que la vió coronada le dieron tal prestigio, que tardaría algún tiempo en ser teatro de la rebelión la vasta provincia de su gobierno. A los pocos meses de romperse en Buenos Aires la armonía que antes reinaba entre los habitantes y Liniers, esto es, el 25 de mayo de 1809, puesto ya el virreinato en manos del general Hidalgo, estalló la sublevación en la ciudad de La Plata, conocida con ese nombre y el de Chuquisaca, también, que tenía bajo el imperio de los Incas, hoy capital de la República de Bolivia. El movimiento parecía, como en las demás partes después, dirigido contra el presidente del distrito, teniente general D. Ramón Pizarro, en desacuerdo con la Audiencia, como el arzobispo con el Cabildo; pero, transmitido ese principio de discordia de las autoridades al pueblo, éste, proclamando siempre al Rey Fernando, seguía las inspiraciones separatistas de sus paisanos del Río de la Plata, con el

Pronunciamiento de Chuquisaca.

aditamento de que se trataba, además, de entregar las posesiones españolas de la América del Sur á la Infanta Carlota (1).

A la cabeza de la rebelión, fué la primera en ponerse la Audiencia, la cual principió su gestión exhonerando al general Pizarro que, aun con intenciones de resistir, hubo de ceder el mando para ir á parar á la cárcel. «Desde este momento, decía el general Rivero en sus Memorias, la Audiencia empezó á obrar revolucionariamente, trató de levantar tropas con que resistir en caso de ser atacados, y mandó comisionados á las demás provincias para levantarlas: para todo invocaba, sin embargo, el nombre de Fernando VII, y protestaba que su intención y sus miras no eran otras que las de conservar aquellos dominios al monarca mientras estuviese cautivo.»

Pero tiene noticia de tan escandaloso suceso el gobernador de Potosí, D. Francisco de Paula Sanz, é inmediatamente se dirige á Chuquisaca con la fuerza de que disponía; siendo, con todo, engañado y retirándose ante las protestas de la Audiencia que le hizo creer que nada irregular se había allí efectuado, nada que pudiera afectar á la soberanía de España en aquel país.

---

(1) Nos estamos inspirando en las Memorias manuscritas, desgraciadamente inacabadas, del teniente general D. Felipe Rivero y Lemoyne, natural de esa misma ciudad de La Plata, cuya insurrección estamos recordando. Allí comenzó los servicios militares que con tan rara lealtad prosiguió en el ejército español, así en aquellas regiones como en la Península después, obteniendo sus ascensos en los campos de batalla con rasgos de inteligencia y de valor que, además, le valieron varias cruces laureadas de San Fernando y la fama de ser uno de los generales que más se distinguieran en la guerra civil de 1833 á 1840. Obtuvo luego cargos de la mayor importancia y en sus últimos años desempeñó los de Ministro de la Guerra y Presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

También el virrey Hidalgo dió fe á las protestas de la Audiencia de La Plata; y suponiendo que Pizarro había hecho dimisión espontáneamente, envió para reemplazarle al general D. Vicente Nieto, á quien la Audiencia quiso poner condiciones para ocupar su puesto de presidente, orgullosa de ver triunfante su acción de propaganda con el alzamiento de la Paz. Esta ciudad se había con efecto pronunciado en igual sentido que La Plata; pero imponiendo á su acción caracteres de energía y de violencia que la dieron excepcional importancia. Importancia tal, que se hizo necesario buscar en el virreinato próximo del Perú los medios que no existían en el de Buenos Aires para anularla en uno y otro punto. En la Paz estalló el 16 de julio un tremendo alboroto que comenzó por desarmar á la poca fuerza existente en el cuartel y esparcirse los conjurados por la ciudad asesinando y robando á los más ricos habitantes, y terminó el día poniendo presos al obispo, al salir á la calle para apaciguarlos, y al asesor, que ejercía de gobernador. De eso á la formación de una junta iba muy poco; y su presidente, Don Pedro Morillo, y los vocales se apresuraron, como siempre, á repartir entre sus adeptos empleos, cargos y comisiones en el gobierno, en el ayuntamiento y en las tropas que se apresuraron á organizar. No contaban con la energía de Abascal quien, después de recibir la noticia del alzamiento de la Paz, no descansó hasta dictar órdenes y reunir tropas reales y de milicias, de las de Cuzco, sobre todo, Puno y Arequipa, que, dirigidas por el coronel Ramírez desde luego, y por el brigadier D. José Manuel de Goyeneche después, acudiesen á sofocar aquel incendio, más imponente que

por sus proporciones, por ser el primero provocado en las altas regiones del Perú. Goyeneche se adelantó al Desaguadero en los límites de ambos virreinatos, de donde, al aproximarse su vanguardia mandada por el coronel Piérola, se retiraron los insurrectos á La Paz. Seguíalos un pliego requiriéndoles de someterse con proposiciones inspiradas en un espíritu de la mayor benevolencia; pero venciendo la pasión á los consejos de los más reflexivos, la plebe furiosa arrastró á su alcalde y reemplazó á Morillo, presidente de su junta, por Indaburo, uno de los corifeos de la rebelión, que salió con cuantas fuerzas pudo reunir al desde entonces célebre alto de Chacaltaya, con intento, sin embargo, de entenderse con Goyeneche en una transacción para él más que para nadie provechosa. Asesinado Indaburo en el horrible motín que provocó en las calles de La Paz con sus conciliadoras proposiciones, los sublevados trataron de resistirse en Chacaltaya, de donde los echó fácilmente el caudillo español que á las pocas horas entraba victorioso en La Paz, mientras su primo el coronel Tristán se dirigía á destruir á los fugitivos y prenderlos en los Yungas, territorio á que se habían retirado y del que se llevó á aquella ciudad los más notables para pagar con la vida su rebelión y cruentos y salvajes atropellos.

Con eso, los de Chuquisaca depusieron sus arrogancias y, creyéndose perdidos, dejaron en libertad á Pizarro para así obtener mejores condiciones en su sumisión, la cual se verificó el 24 de diciembre, entrando en la ciudad el general Nieto que se satisfizo con la deportación de algunos de los fautores de tan largo y escandaloso motín. «De este modo, dice el ge-

neral Rivero, terminó el primer movimiento de rebelión que tuvo lugar en los vastos dominios de España en el nuevo mundo; pero movimiento que daba la señal de guerra; que arrojaba las primeras semillas que debía llevar el viento para que se esparciesen en todos los pueblos y fueran reproduciéndose con más ó menos éxito hasta inundar el país con las ideas de independencia, las cuales crecieron de tal modo que llegaron con el tiempo á separar aquellos dominios de la metrópoli.»

La energía de Abascal mantuvo así tranquilo su virreinato del Perú, hasta que los acontecimientos de Buenos Aires, los mismos que ya hemos relatado, hicieron necesaria de nuevo la intervención de las tropas de su mando.

En Chile. En Chile tardaron poco en imitarse los procedimientos revolucionarios de otras regiones, también meridionales, de América, de la de Buenos Aires particularmente, de donde se comunicó el fuego con la noticia de lo allí acontecido en los principios de su alzamiento. «Con un buen gobernador no se hubieran sentido en Chile las sacudidas que en otras partes», dice un historiador; contribuyendo á ello el odio de los naturales á los de La Plata y su rivalidad, ya muy antigua, con los Porteños. Pero muerto hacía poco el teniente general D. Luis Muñoz de Guzmán, capitán general de aquel reino y, recientemente también, agregado al Perú Chile con su gobernador el brigadier D. Antonio Alvarez y Ximénez, valiente y probo, tocó el mando al subinspector de ingenieros D. Francisco García Carrasco, viejo, inepto y meticuloso, dirigido en todo, así al menos se decía, por su confesor, un fraile dominico, chileno por añadidura, y por su ama

de llaves, mujer tan dominante como avara. De tales áulicos, tal consejo; y Carrasco, débil pero violento á la vez, se puso á tomar medidas tan desacertadas que se enagenó las simpatías y el apoyo de las clases más ricas y nobles del país. Por sospechas tan sólo había desterrado á Valparaiso á varios notables de Santiago; el *Cabildo* pidió el 15 de julio de 1809 su vuelta garantizando su inocencia, y viendo rechazada la súplica, se dirigió á la Audiencia para que declaráse, como lo hizo, la sinrazón del general (1).

Parecía con eso el pueblo satisfecho cuando se propaló la voz de que García Carrasco hacía ir tropas en apoyo de su autoridad y que habían sido embarcados los presos. Reunidos entonces los conjurados, que no podían querer mejor pretexto, propusieron al Ayuntamiento la creación de una junta como la de Buenos Aires, que, repugnada al principio por los más prudentes y la nobleza de Santiago, que habían logrado por el confesor la dimisión de Carrasco, llegó por fin á establecerse bajo la presidencia del Conde de la Conquista, antes rico negociante y propietario, oficial luego de milicias y brigadier. Con eso quedó tranquilo Chile por algún tiempo, pero sin reconocer otra autoridad, aunque acatando nominalmente y proclamando la de Fernando VII, Rey de las Españas.

En Salta de Tucumán.

Abascal, que era quien habría de preocuparse de lo que pasaba en Chile, como antes en Quito, según

(1) Contóse que Carrasco había dicho á los del Cabildo: «*He dispuesto que regresen los presos de Valparaiso; pero no vuelvan á hablarme por ellos, porque entonces no sale de palacio ninguno de VV. Diez mil hombres*, respondieron los concejales, *nos ayudarían á salir. Y yo*, contestó el general, *les opondría 20.000.*»

indicamos al señalar la presencia de tropas peruvianas en aquella ciudad atento al socorro que necesitaban los virreinatos limítrofes con el suyo, tuvo que acudir de nuevo á la frontera de Buenos Aires. La ciudad de Salta de Tucumán, viéndose apoyada por las fuerzas que con Ocampo y Castelli habían penetrado en Córdoba y ahogado la reacción que temían en la sangre de Liniers y Concha, se pronunció también y amenazó con renovar la sublevación sofocada poco antes en La Plata y Potosí. Si bien el gobierno de Charcas parecía tener fuerzas con que rechazar aquella agresión, y el general Nieto se dispuso inmediatamente á hacerlo destacando desde Potosí al coronel González de Locasa y desde La Plata al capitán de fragata D. José Fernández de Córdova, no podía Abascal permanecer inactivo y se apresuró á mandar que el teniente coronel Bazagoitía, con las milicias de Arequipa y Puno, y el brigadier Goyeneche, con todas las tropas que pudiera reunir en Cuzco, se situasen en el Desaguadero para mantener la frontera é intervenir, si era necesario, en los sucesos que eran de temer por la parte de Charcas y Tucumán.

Esto acontecía en octubre ya de 1810; y por falta de cohesión en las operaciones entre los jefes, y de carácter en el general Nieto, aun venciendo el 27 en Cotagaita, son los leales derrotados el 7 de noviembre en Nazareno, cogidos después y fusilados en Potosí por el inexorable Castelli, Nieto, Sanz y Córdova. ¡Otra hecatombe tan bárbara y horrible como la de la venta de Cabeza del Tigre!

¿Qué había de suceder tras desastre tan decisivo y ruidoso? Que si á la aproximación de los Porteños se

alzó la gente de Cochabamba y contribuyó tan poderosamente á las acciones del llano de Aroma y á la de Nazareno, después de ésta se sublevó la provincia de Charcas, y así todo el virreinato de Buenos Aires, con excepción de Montevideo y el Paraguay, quedó bajo el imperio de la insurrección. Castelli, que hasta entonces, fomentado en todas partes el alzamiento contra España y combatiendo con las armas á las autoridades legítimas, lo hacía, sin embargo, en nombre de Fernando VII, creyó poder arrojar esa máscara hipócrita con que iba cubierto, por más de que estuviese convencido de no haber engañado antes á nadie. Y transcurrido algún tiempo para asegurarse de la adhesión de toda aquella comarca, ganada, suponía en su orgullo, por su habilidad política y virtud militar á la causa revolucionaria, proclamaba en junio de 1811 con grande aparato y la posible solemnidad la independencia de Buenos Aires en Tiaguanaco y ante las ruinas de un antiguo y famoso palacio de los Incas. ¿Qué tendría de común el sanguinario Doctor con los célebres señores del Perú, ni qué agravios que satisfacer en los compatriotas de Pizarro, para suponerse allí él, español aunque criollo, el representante y el vengador de aquella débil raza de tiranuelos tan fácilmente vencida?

No contó, aun teniéndolas á la vista y hasta en comunicación con su jefe días antes; no contó con que allí cerca se estaba organizando é instruyendo un cuerpo de ejército que, si menos numeroso que el de su mando, se disponía, al de un jefe, americano y todo, valeroso y hábil, á arrancarle de sus sienes los recién cogidos laureles y hundirlo en la nada de que

sólo habían podido sacarle su deslealtad, sus intrigas y horrendos crímenes (1).

Batalla de Guaqui.

Y aquí comienza un período sumamente notable de la historia de la emancipación de nuestras colonias en la América del Sur, tanto más digno de recordación cuanto que es el primero en que pueden estudiarse las condiciones militares que exige aquel vastísimo territorio para la clase de guerra que en aquel tiempo iba á tener lugar en él. Si algunos podían sacar ventajas del conocimiento de esas circunstancias y de la índole de los contendientes, eran Abascal y Goyeneche; y los dos se mostraron á la altura de la ardua misión á que les había llamado la fortuna (2). Abascal envió al teatro de la guerra algunas fuerzas, un batallón del Real de Lima entre ellas, artillería, municio-

---

(1) Goyeneche era de Arequipa, y Rivero dice en su manuscrito que era «un americano fiel, valiente, incansable y entendido».

Todavía hemos de ver cuán alto concepto tenía de Goyeneche juez tan competente en todas esas cualidades como el general que nunca quiso abandonar la causa española y fué dechado de intrepidez en nuestras guerras civiles.

(2) Veáse cómo los retrata el general Rivero.

En aquellos momentos descollaban en el Perú dos grandes figuras; era la primera el virrey Abascal: colocado en la capital de Lima, atendía á todo; el año anterior había acudido con tropas á sofocar la revolución de Quito sin embargo de no ser de su virreinato, y esas tropas las situaba ahora en Guayaquil para asegurar aquella plaza: la sublevación de Chile que también había tenido lugar, le daba serios cuidados, y previendo que tendría que extender allí su atención, se preparaba para todo evento, y no por esto descuidaba el remitir toda clase de auxilios al ejército que organizaba Goyeneche. La segunda figura era éste: sin descansar un momento, había convertido su cuartel general en un campo de instrucción en que reinaba una actividad incesante; así, comunicando á todos su espíritu y su celo y captándose las voluntades, vió coronados sus esfuerzos, y en sólo seis meses se encontró con 8.000 hombres preparados á entrar en combate con la confianza que dan la instrucción y la disciplina».

nes, armamento y tiendas, y Goyeneche con ellas y las milicias de Cuzco, Puno y Arequipa, organizó en Zepita un ejército, poco numeroso, es verdad, como que no contaba con más de 8.000 hombres, pero perfectamente instruído, pronto á entrar en campaña.

Castelli, por mejor decir Balcace, que era quien mandaba las armas, podía oponerle sobre 18.000 hombres, pero gente toda colecticia sin instrucción ni espíritu alguno militar. El Doctor creía que ese número, reforzado con sus arengas y la fama de sus bárbaras ejecuciones, bastarían para anonadar á sus enemigos. Goyeneche avanzaba el 20 de junio de 1811 en dos cuerpos: el de la izquierda se dirigió, bajo su mando inmediato, por el camino de Guaqui (Huaquí es su verdadero nombre), y el de la derecha, á las órdenes del coronel Ramírez, tomó el de Jesús de Machaca, apoyados los dos por una reserva de 2.000 hombres que además debía observar á los de Cochabamba si trataban de hacer algún movimiento envolvente. Castelli esperaba á Goyeneche en unas posiciones muy fuertes que debió elegir Balcace, y sus tenientes Viamon y Díaz Vélez se situaron á su izquierda, dispuestos á rechazar el ataque de Ramírez. La batalla comenzó á las nueve de la mañana. El coronel Tristán que iba á vanguardia fué el primero en romper la línea enemiga y en seguida se pronunció la derrota que Goyeneche completó entrando tras los fugitivos en Guaqui, donde intentaron resistirle. Ramírez, de su parte, arrolló, no sin esfuerzos, á Díaz Vélez, causándole también muchas bajas y cogiéndole bastantes prisioneros, con lo que la victoria de los españoles se hizo decisiva. Tal fué el espanto que pro-

dujo en el campo insurgente, que el cobarde Castelli no paró en su fuga hasta Buenos Aires (657 leguas) y Balcace desapareció también: sólo Díaz Vélez se dirigió á Potosí (119 leguas) con 800 hombres que le quedaron y Rivero se fué con sus revoltosos jinetes á Cochabamba, su patria, distante 98 leguas del campo de batalla.

La de Sipesipe.

Por qué Goyeneche no prosiguió la victoria, no se sabe. Se supone que temería alguna sublevación á su espalda, en Tagua ó Arequipa; que creería no deber dejar sin protección suficiente sus parques de la frontera, ni alejarse mucho del virreinato del Perú, no sólo base de sus operaciones, sino que también comarca confiada principalmente á su jefe el general Abascal. La batalla de Guaqui, aun así, tuvo gran resonancia en el país y consecuencias muy transcendentales. Por el pronto los intentos de sublevación en Tagua y Arequipa fracasaron, más que con la presencia del conde de Casa Real en Arequipa, con la noticia que llevó del triunfo de Guaqui. Así se desvaneció todo temor de que el fuego de la insurrección del virreinato de Buenos Aires se extendiese al del Perú, y la ciudad de La Paz y la de Oruro se sometieron inmediatamente al vencedor. Aun quedaba en Cochabamba un núcleo de fuerza sublevada de la con que hemos dicho que se retiró el insurgente Ribero y á la que fué á unirse Díaz Vélez con la que también retiró de Guaqui. Goyeneche, al saberlo, abandonó su posición de Oruro y el 4 de agosto se dirigió á atacar á los insurrectos, á cuyo frente se presentaba el 13 de aquel mismo mes. Allí se le ofreció ocasión nueva de lucir sus condiciones militares, y la batalla de Sipesipe fué á completar la glo-

riosa jornada del 20 de junio, derrotando á los dos cabecillas enemigos de España, á quienes hizo muchos muertos, heridos y prisioneros, y les cogió armamento y municiones, nueve piezas de artillería y una bandera. Aquel escarmiento y el indulto concedido á los de Cochabamba le permitieron acudir después á Tiquina, posición que, valiéndose de su marcha á Sipesipe, ocupaban algunos de los derrotados anteriormente, unidos á los indios de Pacayes y Omasuyos. Los coroneles Lombera y Astete fueron enviados á sofocar aquel movimiento, y Goyeneche se encaminó á Potosí, donde entraba el 20 de septiembre, enviando un fuerte destacamento en persecución de Díaz Vélez que se había retirado en dirección de Jujuí. Las inmensas distancias que necesitaba recorrer el ejército para acudir de un punto á otro en territorio tan vasto y accidentado, desprovisto, además, de comunicaciones propias para hacer la guerra con resultados decisivos, exigían un tiempo que los pueblos, provocados á la rebelión por la propaganda de los vencidos, aprovechaban para prepararse á resistir la represión que no veían inmediata. Así es que por mucha que fuera la actividad de Goyeneche y no menor la de los jefes que operaban á sus órdenes, parecía no bastar para acudir, ya á La Paz, que los insurrectos tenían sitiada, ya á los Yungas, Omaneyos y Larecaja, á Poscages y Sicasica, y, por fin, á varios otros puntos sublevados á favor de la expedición del núcleo principal del ejército á Cochabamba. En todos vencieron las tropas leales, pero sin conseguir cortar de un tajo las cien cabezas de aquella hidra revolucionaria que habría de sostenerse aún mucho tiempo en comarcas tan favorables á su pestilente

acción, hasta el último día de aquel año en que, según recordaremos más adelante, recibió otro golpe, más recio acaso que el de Guaqui, en Nazareno y Suipacha, como para vengar el desastre del valiente, en aquella ocasión temerario, D. José Fernández de Córdova (1).

En Méjico. El orden cronológico, el sincronismo, tan recomendable en los trabajos históricos en cuanto lo hacen posible otras diversas circunstancias muy atendibles también, exige nos traslademos al otro hemisferio, á tanto se extendían entonces los dominios españoles, para hacer observar cómo las artes de nuestros enemigos y la traición de los que todo nos lo debían, iban minando la ingente fábrica colonial, con tanto esfuerzo y sangre tan generosa levantada.

La noticia de la sublevación de Caracas, si al recibirse en Méjico produjo general indignación y hasta hizo ésta crecer los donativos con que pueblo y autoridades se esforzaban en contribuir á la resistencia de la metrópoli en la Península, no dejó de, transcurrido algún tiempo y agitados los ánimos con los manejos de los agentes de Napoleón desde los Estados Unidos, causar el efecto á que los dirigían el artero emperador y la nueva y siempre ingrata república norteamericana (2). Méjico, Zacatecas, Santa Fé y Guanajuato ha-

---

(1) Fué padre de D. Luis Fernández de Córdova, el vencedor de Mendigorría y Arlabán, hábil diplomático y general insigne, y de D. Fernando, general también distinguido y ministro de la Guerra. Parecida había sido en América la triste suerte de los dos marinos Córdova y Concha, víctimas de su patriotismo, y en la más estrecha amistad vivieron sus hijos, peleando juntos en la Península y defendiendo la misma causa.

(2) En la sesión secreta del 6 de diciembre de 1810, se leyó en las Cortes un despacho del Sr. Onís desde Filadelfia, en que exponía que por medio de un emisario francés que allí tenía Bonaparte, había sabido de cierto que andaban por todas nues-

bían dirigido al Regente Lardizábal protestas de lealtad que el arzobispo Virrey confirmó en una elocuentísima proclama de 23 de enero de 1810, en la que exhortaba á los habitantes de aquel reino á la defensa de la causa española, uniéndose todos y rechazando las sugestiones de los enemigos. Los donativos habían aumentado allí, en la Habana y Puerto Rico; los ofrecimientos de mantener la tranquilidad eran diarios y, á no dudarlo, sinceros, y todo hacía creer que, en efecto, no se alteraría como era de temer por el ejemplo de Caracas y las sugestiones de los laborantes (1).

Mas por uno de esos que parecen contrasentido extraño y son con todo frecuentes en tales circunstancias, en la misma provincia de Guanajato, cuya protesta de lealtad, si la más breve era la más enérgica, se oyó el primer grito de rebelión dado en el virreinato de Nueva España. El 17 de agosto se pronunciaba en Dolores el cura del pueblo, D. Miguel Hidalgo de la Costilla, hombre de entendimiento y culto, á quien el estudio de la literatura francesa, con ser tan fresca la de los

El cura Hidalgo.

tras colonias de América varios franceses y españoles enviados con instrucciones del Rey José, en que les encargaba preparar una general revolución en aquellas provincias y en un mismo día, valiéndose para ello del clero secular y regular, de sobornos, de venenos para matar á los leales; en suma, de cuantos medios puede sugerir la política maquiavélica de un usurpador. Hasta se presentó un ejemplar de las instrucciones, copiado del mismo emisario de Filadelfia, y lista de algunos españoles y extranjeros á quienes se había dado ya el encargo, con nota de las ciudades y provincias adonde se habían dirigido.

(1) El entusiasmo por la metrópoli en la Habana llegó hasta á ofrecer algunas señoras á la Regencia la formación de una compañía de 100 plazas entre las de su sexo de aquella ciudad, la que, después de instruída en el manejo de las armas, viniera por su cuenta á la Península para unirse á los ejércitos que defendían los derechos de Fernando VII, su legítimo soberano.

enciclopedistas, le llevaba sin duda á desconocer lo mismo la autoridad del gobierno que la del arzobispo que acababa de recomendarle la paz evangélica y la sumisión á los poderes públicos. Es verdad que odiaba á los españoles con todo su corazón y habría regularmente contraído compromisos con los que se decían amigos de Iturrigaray, el virrey anterior, depuesto el 16 de septiembre de 1809 por los europeos avecindados en el país y la Audiencia, que le sospechaban de infidencia para con la metrópoli. Los primeros pasos del cura Hidalgo le condujeron á Guanajuato gracias á la cooperación de los capitanes Allende y Aldama, que se le unieron en San Miguel con casi todo el regimiento provincial de la Reina en que servían.

Contaba sin duda Hidalgo conque el Virrey por su carácter sacerdotal, su mucha edad y los achaques que muy pronto habrían de llevarle al sepulcro, no tendría ni la fortaleza ni el prestigio necesarios para imponerse á tan formidable sublevación como la por él iniciada y dirigida. Pero no contaba con que por aquellos mismos días llegaba á Méjico y tomaría el mando del virreinato el general Venegas, tan acreditado en la guerra de la Península por sus dotes militares, entre las que brillaba principalmente el patriotismo, la primera y más eficaz en el nuevo cargo que le había confiado la Regencia. Venegas había entrado en Méjico el 14 de septiembre de 1810, un mes después de la sublevación de Hidalgo; y para cuando éste pudo organizar, en lo que de él debía esperarse, las gentes que se le unieron en Dolores y Guanajuato, ya el Virrey tomaba la dirección de las fuerzas leales de que le sería dado disponer en los primeros momentos. La

El general Venegas.

insurrección se hizo en ellos formidable por el número de los que la secundaban, aunque débil, como es de suponer, por la organización y la disciplina que se les podría dar, su armamento é instrucción. Sin embargo, desde Guanajuato y reforzado con más y más gente, indios siempre y mulatos, á quienes fascinaba su predicación contra todo lo que se relacionara con la supremacía española, y el rico botín cogido en aquella ciudad, centro minero de los más importantes de América, se trasladó á Valladolid de Michoacán, y ya se acercaba á Méjico cuando salió de aquella capital el coronel D. Torcuato Trujillo con una columna de 1.500 hombres para atajarle en su marcha.

Acción de las Cruces.

Escasa era la fuerza leal para destruir la numerosa de los insurrectos, que dicen era de 80.000; pero aun así, logró el día 30 de octubre mantener su posición del monte de las Cruces cerca de Toluca, aunque retrocediendo después á Méjico para atender, en caso necesario, á su defensa.

Es muy de notar el que pudiera Hidalgo reunir tal número de partidarios para su causa; número que, aun vencido repetidamente el audaz cabecilla, fué, según iremos viendo, en aumento hasta su última derrota, prisión y muerte. Si como sucedió en Caracas, Santa Fe y Buenos Aires, hubiera tenido lugar la sublevación en la capital, el virreinato de Nueva España se habría, como los anteriormente citados, perdido desde los primeros días para la madre patria. De verificarse fuera de Méjico, el Virrey pudo disponer de los recursos que siempre ofrece el centro del gobierno y preparar una resistencia ineficaz, si no imposible, fuera de él. Tuvo además el general Venegas la fortuna

de que el brigadier D. Félix Calleja, jefe leal y de grande energía que mandaba en San Luis de Potosí, al tener noticia de la sublevación de Hidalgo, juntara cuantas fuerzas pudo allegar en su gobierno y siguiera en su movimiento á los insurrectos observándolos para aprovechar la mejor ocasión en que batirlos. Y si bien no lo fuese la en que, dándose el aire de vencedor el famoso cura general, se dirigía sobre Méjico, continuó Calleja su marcha, decidido á estorbarle la ejecución de sus planes. En el camino había ocupado Dolores, cuna de la insurrección; hecho levantar el sitio que los rebeldes tenían puesto á Querétaro; y ya iba á marchas forzadas acercándose á Méjico cuando supo que todo el ejército de Hidalgo se hallaba esperándole en el desde entonces célebre campo de Aculco. El cura y los cabecillas, sus secuaces, teniendo noticia de la proximidad de Calleja, habían creído que antes de acometer la entrada en Méjico, cuya resistencia les pondría en grave compromiso, necesitaban derrotar á su perseguidor, y se revolvieron contra él, poniéndose en su camino el 7 de noviembre.

Batalla de Aculco.

Calleja se mostró tan hábil y enérgico en su ataque á las posiciones de los insurgentes como activo había estado en su seguimiento. No tenía á sus órdenes más de 3.000 hombres, decididos, eso sí, en su lealtad por la causa española. El enemigo, ya lo hemos dicho, contaba con 70 ú 80.000 hombres, pocos veteranos, los de los traidores Allende y Aldama, y los demás gentes sin organización y mal armadas, cuya muchedumbre más servía de estorbo que de utilidad en un campo de batalla. Y tanto fué así que á poco más de una hora de haberse emprendido el ataque por

las tropas de Calleja, todo el ejército insurrecto huía completamente derrotado, dejando en el campo sobre 10.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, muchas piezas de artillería, de las que dos eran de las abandonadas por Trujillo en las Cruces, fusiles en gran número, municiones, equipajes y hasta 11 coches de los cabecillas, que hubieron de salvarse á uña de caballo hacia las provincias más distantes de Méjico. Y caso extraño que recuerda las descomunales batallas de la reconquista cristiana en la Península, la pérdida de los españoles en Aculco consistió en un soldado muerto y otro herido, «lo que no parecerá extraño, dijo Calleja en su parte, al que sepa que las grandes pérdidas se verifican por lo regular en la fuga, y á los que notaron el terror de que se sobrecogió el enemigo al vernos marchar con un paso y una serenidad capaz de imponer, no digo á estas gabillas tumultuarias y en desorden, sino á tropas disciplinadas y aguerridas» (1).

Reconquista de Guanajuato.

La batalla de Aculco tuvo las consecuencias más favorables para la buena causa. En la dispersión general que produjo, si se salvaron los cabezas de la insurrección por no haberlos alcanzado la caballería, detenida ante obstáculos insuperables del terreno, la masa principal de sus fuerzas se dirigió con ellos á los puntos en que se había formado, esparciéndose por

(1) Lo de las bajas debe ser cierto, porque el general Venegas mandó gratificar con la cantidad de 100 pesos á María Ramos Ponce, madre del muerto Ignacio Labra, y con 25 al herido Mariano Islas, del provincial de Toluca, concediéndole también el uso de un escudo, en cuyo centro estaban las iniciales de Fernando VII, y en su orla el letrero: *Herido en Aculco no abandonó sus filas.*

el país muchos grupos que, acogidos en algunas poblaciones, próximas unas y muy distantes otras, continuaron cometiendo toda clase de atropellos, robos y asesinatos. Era necesario acudir á varias partes; y mientras el brigadier Calleja, considerando innecesaria su ida á Méjico, que otro no habría dejado de aprovechar para recibir los honores del triunfo, se dirigía á Guanajuato de donde le llegaban noticias muy alarmantes, el Virrey destacaba un día y otro de la capital tropas que sofocaran el fuego de la sublevación, encendido en su derredor. Hízose así en la jurisdicción de Cuernavaca, en Huichapan, Tepecuacuilco, el arroyo Moledor, Ahuacatillo y otros puntos de menos importancia, batiendo al cabecilla Villagrán y al después tan famoso P. Morelos que campeaban por ellos. Lo que, sin embargo, ofrecía mayor interés era la liberación de Guanajuato, y Calleja la realizaba brillantemente el 25 del mismo mes en que había ganado la batalla de Aculco.

Si decisiva había ésta sido para el vencimiento de la insurrección, no lo fué menos la toma de Guanajuato para la suerte de una ciudad y de un distrito entero en que desde el primer día habían sido víctimas del furor revolucionario. Dos días duró el ataque de las posiciones exteriores hasta emprender el del recinto de la ciudad que aún trataban de resistir los insurgentes. El espectáculo que se ofreció á la vista de Calleja al penetrar en Guanajuato debió ser horrible, tales eran los rasgos de salvajismo estampados en el ensangrentado cuadro que lo representaba. Así lo describe él: «Sin detenerme, escribía al Virrey, continué mi marcha á la ciudad lleno de dolor por la noticia que

acababa de recibir de que la plebe por sí, ó sugerida por los insurgentes, había manchado sus manos en la inocente sangre de más de 150 entre europeos y americanos, que existían presos en la cárcel de Granaditas, acometiendo este lugar de horror en la tarde y parte de la noche anterior, y pasándolos á cuchillo, á excepción de muy pocos que se abrieron paso, á costa de mil heridas, por entre los cadáveres y sus asesinos: acción bárbara y detestable, que llenó de indignación á todo el exército, y que en el primer momento me obligó á tocar á degüello para llevar á sangre y fuego la ciudad; pero lo mandé suspender por efecto de humanidad, y para no confundir al inocente con el culpado».

Término de la insurrección.

Los castigos que allí impuso el brigadier Calleja por un lado, y el indulto de ciertos tributos que abolió el Virrey por otro, parece que debieran haber devuelto la tranquilidad á un país que poco antes demostrara adhesión tan firme á España. Nada de eso: la insurrección se apoderó de las provincias del interior y fué necesario acudir con cuantas fuerzas se pudieron juntar á sosegarlas. Empresa difícil, sanguinaria y larga, porque á la tenacidad carasterística de los mejicanos se unía el temor de que los excesos cometidos serían castigados todo lo rudamente que merecían. Criminal y escandolosa era la conducta observada por algunas colonias al sublevarse contra la metrópoli; habíase alguna también manchado con la sangre de españoles ilustres por su jerarquía y servicios; pero ni en el número de los alzados en armas ni en los atropellos contra los leales defensores de la integridad de la patria, podían compararse con las de la América septentrional,

con Méjico particularmente, la de cuyo bienestar y engrandecimiento habían cuidado con verdadera predilección los gobiernos españoles desde los días de su conquista. Las manifestaciones de adhesión fueron todas hipócritas y falsas; se conspiró desde que la guerra en la Península ofreció esperanza de éxito en los trabajos de separación inspirados por los agentes que se introducían en el virreinato desde los Estados Unidos; se reunieron armas y municiones en depósitos muy de antemano dispuestos en puntos ocultos á la vigilancia y á la acción de las autoridades; y al estallar la revolución, pueblos y centros de comercio ó industriales fueron invadidos y saqueados, los habitantes, sobre todo si eran europeos, caían sacrificados al salvajismo de los agitadores, sedientos de su dinero y de su sangre, y no se respetó la religión siquiera aún por los que parecían representarla, saqueando los templos y asesinando á sus ministros. Así es que la rabia de verse vencidos por un puñado de los leales, que sólo era un puñado al comparar su número con el de los insurrectos, y el temor al castigo por tanta sangre inocente como habían vertido y tantos intereses depredados, les hacía extremar con la violencia y la mentira los medios para el aumento de su fuerza y la satisfacción de su venganza. Las provincias se vieron inundadas de sus partidarios y de foragidos, y el ejército y las milicias leales hubieron de atender á en todo el país castigar la insurrección y los crímenes que la deshonraban. Con todo, seguía á Hidalgo un gran núcleo de sus secuaces, á punto de haberse reunido cerca de Guadalaxara tal muchedumbre de rebeldes que la voz popular la hacía ascender á un número próximo al de

100.000 combatientes. Calleja los encontró el 17 de enero de 1811 en posiciones distantes unas diez leguas de aquella ciudad, en el puente de Calderón, donde riñó la acción más importante de tan felicísima campaña. Fueron innumerables las bajas de los insurrectos en el campo de batalla y en los inmediatos á que huían; se les cogieron 94 piezas de artillería, muchas fundidas por ellos, y 8 además que arrojaron al río durante el combate, y fusiles y municiones en gran cantidad. Las nuestras, en cambio, no pasaron de 40 á 50 muertos y pocos más heridos; distinguiéndose las tropas con acciones de un valor que revelaba el grande entusiasmo de que se hallaban poseídas por la justicia de su causa y la confianza en sus jefes.

Deshecho aquel mal llamado ejército de los insurgentes, los jefes españoles pudieron atender á su completa disolución; y mientras el brigadier D. José de la Cruz iba desde Guadalaxara acorralando al rebelde cura Mercado, por Urapetiro, teatro de una brillante acción reñida el 14 de enero, por Zamora y hacia Tepic y San Blas, donde los mismos habitantes le obligaron el 3 de febrero á emprender la fuga en que pereció, Calleja, puesto ya en San Luis de Potosí, recibía el parte de haber sido aprisionados el 21 de marzo en el puesto de Bajan más de 200 sublevados, entre los que el cura Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama y varios otros de los cabecillas más caracterizados entre ellos (1).

---

(1) El cura Mercado, batido el 31 de enero en la Barranca de Maninalco, lugar de la catástrofe de Pedro Alvarado en 1541, murió despeñado al huir de San Blas.

El parte primero que recibió el Virrey sobre la prisión de Hidalgo, publicado en la *Gaceta de Méjico* del 9 de abril, decía así: «Excmo. Sr.: Ahora que son las cinco y media de la tarde

Con la prisión de Hidalgo y su fusilamiento poco después en Chihuagua, y la derrota y dispersión de los bandos que aún quedaron por algún tiempo merodeando en las comarcas más lejanas de la acción de la capital, pudo darse por terminado el alzamiento de Méjico iniciado en Dolores. Celebróse tan feliz resul-

---

recibo del teniente coronel D. José Manuel de Ochoa, comandante de la división de las provincias internas en la frontera de Coahuila, el oficio siguiente:

«Las interesantes y plausibles noticias que en oficios de 25 del corriente dirigidos á la villa de Monclova y firmados por los señores gobernadores D. Simón de Herrera y D. Manuel Salcedo, con los demás vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.

«Es muy conveniente me facilite V. 500 hombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitán Bustamante con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximénez, Lanzagorta, Aranda, Portugal, etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Bajan con todos los atajos, en que conducían el oro, reales y plata y muchos prisioneros que se les han hecho, con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles abaxo, á más de los que tomó el capitán Bustamante.»

«En tal concepto, he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden al cargo del teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi exército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Patos, con dirección á la reconquista del Saltillo: lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfacción.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Sr. comandante general del exército.—José Manuel de Ochoa.—Sr. brigadier D. Félix María Calleja.»

«Y en el momento despacho dos extraordinarios á esa capital, el uno por la Huasteca y el otro por Querétaro, para que se imponga V. E. de tan plausible noticia. Dios guarde á V. E. muchos años.—S Luis Potosí y abril 5 de 1811.—Excmo. Sr.—Félix Calleja.—Excmo. Sr. Virrey D. Francisco Xavier Venegas.»

Es tan curiosa é interesante la narración de la prisión de Hidalgo, de su numerosísimo Estado Mayor y material de guerra y equipajes que llevaba en su retirada, que hemos creído deber transmitir á nuestros lectores el parte de D. Simón de Herrera con los detalles de suceso tan transcendental en la insurrección de Méjico.—Véase el apéndice núm. 12.

tado con todo género de fiestas religiosas y populares en el virreinato, y el gobierno español se mostró generoso en la concesión de recompensas á las tropas leales, enviando á Venegas la gran cruz de Carlos III, que se le otorgó en real decreto de 30 de abril de 1811 *por haber pacificado aquellas provincias de Nueva España y restituídolas al orden y tranquilidad pública.*

Donde más formidable se había presentado la insurrección, se la ahogó por el pronto con mayor rapidez; gracias á la energía y al tacto de la autoridad y al valor, á la actividad y talento de los jefes que tan bien supieron secundarla, al valor y lealtad de las tropas y, por fin, al patriotismo de todos. La feliz circunstancia—ya la hemos señalado—de no haberse iniciado la sublevación en la capital, fué, sin embargo, la que principalmente influyó en el éxito de la causa española en Nueva España; que, de estallar en Méjico, no hubiera sido quizás posible el sofocarla. Así había sucedido en Venezuela, Nueva Granada y Buenos Aires, y, recientemente, en las Floridas, que habían sido presa de la revolución, suscitada por los mismos agentes destacados de los Estados Unidos á las fronteras de Méjico.

En las Floridas.

El descontento de los habitantes, fácil de ser provocado siendo en su mayor número ingleses, alemanes ó franceses, y el menor el de españoles por las vicisitudes sufridas en la Luisiana que tantos señores había tenido en los últimos tiempos; el descontento, repetimos, suscitado por el comandante de *Baton-rouge*, dió lugar á la creación de uno como nuevo estado, que, aun presidido al pronto por la misma autoridad de quien se quejaban, se constituyó independientemen-

te de España, si bien, como todas las colonias sublevadas, invocando la soberanía de Fernando VII. Los revoltosos se habían apoderado de *Baton-rouge* la noche del 22 de septiembre de 1810 y asesinado á varios de los presidiarios de aquella fortaleza, á dos oficiales, entre ellos, del regimiento de la Luisiana y del Estado Mayor. Fueron después aprisionados otros jefes, oficiales y empleados, el mismo comandante Delassuse á cuyas violencias y codicia se debió la insurrección, y á los pocos días podía darse por perdida la Luisiana y con ella toda la Florida occidental. Y enarbolando una bandera, que adoptaron, azul con una estrella blanca en el centro, los rebeldes, triunfantes ya, publicaron una proclama con la declaración de su independencia que esperaban completar con la ocupación de Mobila y Panzacola.

«Tales, decía el despacho expedido desde este último punto, han sido los efectos de la necedad, de la rapacidad, ó acaso más bien de la infidencia del coronel Don Carlos Delassuse; si ya no es que todas tres causas reunidas dieron impulso á la rebelión de los vasallos más bien acogidos, más bien tratados y más libres que S. M. tenía en sus vastos dominios.»

Situación general á fines de 1811. La situación del imperio español en América era á fines de 1811 sumamente grave. Si la sublevación de Méjico parecía sofocada; si el Perú se mantenía sumiso bajo la férrea mano de su virrey Abascal y hasta intervenía eficazmente en los tristes sucesos de Charcas y Tucumán, atendiendo al mismo tiempo á Guayaquil, tranquilo hasta entonces y el Chile que acabaría por sublevarse; si en Guatemala, Cuba y Puerto Rico no se había alterado el orden ni se negaba la autoridad á

la metrópoli, y Montevideo luchaba por contrabalancear la acción perturbadora de Buenos Aires en la región del Plata, casi toda la banda occidental de este río, con excepción del Paraguay, se daba ya por independiente, como Venezuela y Nueva Granada, Chile y la Florida occidental ofrecían espectáculo semejante y hacían temer igual resultado. Sobre todo, los manejos de Napoleón y su hermano José, secundados desde la república norteamericana, tenían las colonias españolas en contínua agitación, que mal podría reprimir el gobierno central teniendo que atender en primer lugar á la defensa de la Península, ocupada en su casi totalidad por los ejércitos franceses.

Mejor que el gobierno, esto es, que la Regencia, debían vencer tantos peligros y contrariedades las Cortes de Cádiz, poder supremo de la nación, el responsable de cuanto malo pudiera acontecerla, ya que toda la gloria del triunfo habría de atribuírsele.

Sin querer dió la Regencia un motivo para el descontento de los americanos. No sabiéndolo ó no habiendo calculado bien las consecuencias que pudiera producir, se publicó el 17 de mayo de 1810 una real orden autorizando el comercio directo de nuestras colonias con las demás naciones, excepto, naturalmente, con Francia. Al ver la luz disposición de tal transcendencia, alarmóse la junta de Cádiz y apeló á los regentes con toda la cólera que debía provocar en los comerciantes que la formaban una medida tan perjudicial para sus intereses particulares. La desautorizaron, con efecto, los regentes, Castaños particularmente, que negó se hubiera dictado en el Consejo; y el marqués de las Hormazas y, sobre todo, el oficial mayor de la se-

cretaría de Indias, D. Manuel Albuernc, de quien se dijo haberla inspirado, hubieron de abandonar sus puestos sujetándoseles á un proceso que, como tantos otros, se hundió en el polvo de los archivos. Aun revocada la orden y aun recogiéndose cuantos ejemplares de la circulada pudieron hallarse, la noticia transcendió é hizo en América el efecto que es de suponer, malísimo, dando lugar al aumento de la sublevación que había empezado á notarse en aquellas provincias. (1)

Discusión sobre la representación americana en las Cortes.

Pero volvamos á la gestión de las Cortes de Cádiz y recordemos su conducta en tan críticas circunstan-

---

(1) Es notable el desacuerdo que aparece en las opiniones de Toreno y Schépeler en ese asunto. El Conde no halla palabras bastante enérgicas para juzgar la conducta de Albuerne y la desidia de Hormazas, y el historiador alemán elogia la orden, cuyos artículos todos copia, como muy beneficiosa, no sólo para las colonias sino que también para el fomento de nuestra marina así militar como mercante. Cuando más tarde el gobierno inglés quiso interponer su mediación para la sumisión y tranquilidad de las provincias de América, se suscitó en Montevideo una grave polémica entre el general Elío, virrey nombrado de Buenos Aires, y el almirante británico De Courcy, que pretendía impedir el bloqueo impuesto á aquella ciudad para los objetos de comercio que él llamaba *inocentes*. La correspondencia que se entabló en septiembre de 1811, se hizo agria; exigiendo Elío se le manifestase la autorización del gobierno español para aquel comercio, y reclamando el inglés, ya que no la tenía, el derecho que le recomendaba el suyo usara mientras se resolvía en Cádiz la negociación general para intervenir la Gran Bretaña en los asuntos de América.

¿Qué resultado dió aquella correspondencia? No es fácil determinarlo por lo obscuro del último oficio de Elío en 18 de aquel mes. Manifestaba que «no había secuestrado, decía, el importe de un real, y eso que los individuos comerciantes ingleses han causado grandes males á la legítima causa española vendiendo buques y botes á la junta, que actualmente están hostilizando las armas del rey de España.» Pero, concluía así: «De todos modos, V. E. debe estar seguro que emplearé, con respecto á los individuos é intereses pertenecientes á la generosa nación inglesa, quantas consideraciones me sean posibles, como lo he executado hasta ahora».

¿Cedió el impetuoso Elío á la arrogante é impertinente solicitud de Courcy?

cias. Las dejamos disponiendo del gobierno de la nación con la nueva Regencia por brazo de su omnipotente soberanía (1). Votada y sancionada la ley de imprenta, los detalles de cuya discusión muy poco importan en la presente historia por curiosos que sean y aun pongan de manifiesto las contradicciones en que cayeron después los que con más fuego y elocuencia abogaron en favor de la absoluta libertad de la prensa, las Cortes legislaron sobre puntos que correspondían á la perentoriedad exigida por lo reciente y nuevo ó extraordinario de su instalación. El reglamento que debían observar en todos sus procedimientos, leído y aprobado por aclamación en la sesión del 27 de noviembre de 1810; el decreto para suspender la provisión de toda pieza eclesiástica que no tenga aneja cura de almas, aunque interinamente; el de que ningún empleado percibiese mayor sueldo que el de 40.000 reales, excepto los regentes del reino, los ministros, embajadores y generales empleados en servicio activo; la incompatibilidad de todo otro cargo con el de diputado, y varios otros asuntos referentes á las relaciones del poder legislativo con el ejecutivo y las de éste con el *judiciario*, con la fuerza armada y la hacienda, fueron discutiéndose en las sesiones hasta que en la del

(1) Atacando el *Semanario Patriótico* el uso excesivo que se hacía en las Cortes de las sesiones secretas, criticaba también que no hubiesen hecho ya en principios de diciembre la declaración de su amobilidad, y les decía: «Que esto sea un decreto, no una promesa; y no deis ocasión á que los maliciosos digan que la residencia de la soberanía en las Cortes, no tanto se proclamó en obsequio de la nación á quien representan como para dar un poder inmenso y perpetuo á los individuos que las componen».

El aticismo de la advertencia nada quita á la verdad del abuso.

22 de diciembre se tocaron los que corresponden al principal y casi exclusivo de este capítulo, al de los sucesos que por entonces tenían lugar en nuestras posesiones de América.

En la noche de aquel día y tratándose de si se habrían de trasladar las Cortes á otro punto, hubo un diputado, el Sr. Pérez de Castro, que fundó en varias razones su opinión de que no saliera el Congreso de la Isla Gaditana, y principalmente en la de que, al decirse en América «Ya no hay Cádiz», dirían «Ya no hay España». Esa opinión fué reforzada por el Sr. Valiente, manifestando que con sólo la salida de Cádiz se perdían las Américas, y lo fué también por otros, cuyo número de 82, prevaleciendo sobre el de 33 que votaron por el abandono de la ciudad hercúlea en que no se creían seguros, decidió la permanencia del Congreso en ella y la prosecución de sus deliberaciones. (1)

Se habían pronunciado tan en fávor de la igualdad de derechos entre los españoles todos, europeos y ultramarinos, proclamada en el decreto del 15 de octubre de 1810, que nadie se atrevió á negárselos en la sesión de 9 de enero siguiente al tratarse de las proposiciones presentadas por los diputados de América y Asia pidiendo se declarara que la representación de las provincias de Ultramar en las Cortes fuese la misma en el orden y forma (aunque respectiva en el número) que tuvieran las de la Península. Pero esas proposiciones entrañaban precisamente una desigualdad incon-

(1) El *Semanario Patriótico* no menciona esa discusión, sin duda por ser secreta y por no hacer grande honor á los de la minoría en la votación, entre los que aparece el nombre de Quintana, propietario é inspirador de aquel periódico.

cebible, la de sobreponerse la representación colonial á la de la Metrópoli, porque siendo más numerosa la población americana y asiática que la peninsular, lo sería también la diputación, y España quedaría, en cuanto á sus leyes y, de consiguiente, en cuanto á sus destinos, á merced de los que hasta el 15 de octubre no tenían ni aun el derecho de ciudadanía. ¿Era esto posible? Y sin embargo se emplearon días y días en discutir tal absurdo. ¡Qué de argumentaciones! ¡Qué de apasionamientos! Los diputados americanos, muchos de ellos suplentes, extremaron sus discursos hasta hacerlos, más que convincentes, amenazadores, creyendo que la perturbación que se sentía en varias de las provincias ultramarinas era argumento más que suficiente para imponerse á las Cortes. Del 9 de enero, en que se presentó la primera proposición de los americanos que fué desechada en la sesión del 18, y del 20 del mismo mes, en que se comenzó á discutir una nueva proposición del Sr. Pérez de Castro, al parecer conciliadora pero la misma de los americanos en su esencia, añadiéndose que continuaran las deliberaciones sin obstar á su legitimidad, valor y firmeza mientras llegaran los nuevos diputados de Ultramar, hasta el 7 de febrero siguiente, se repitieron cien y cien veces los mismos razonamientos, reforzados, al ser combatidos, con la razón contraproducente de los sucesos que hemos descrito de Caracas, Buenos Aires y Méjico. No se les pedía sino que esperasen á la formación del código constitucional, en el que iban á fijarse las condiciones y forma en que debería hacerse la elección de diputados á Cortes. Decíaseles que, reconocida en el decreto de 15 de octubre la igualdad de derechos de las pro-

vincias ultramarinas, se señalaría en la Constitución la del número de los diputados que habrían de representarlas en las Cortes, haciendo el estudio de su población tan heterogénea como todo el mundo sabía. Se les rogaba que esperasen á la reunión del nuevo congreso, preciso desde que fuera sancionada la Constitución, ya que no podrían venir antes á Europa los que según sus deseos fuesen nombrados. Nada; era necesario á las miras de los diputados americanos que sus reclamaciones, sus quejas, las unas destempladas é injustas las otras en su mayor parte, resonaran en su páís para encender más y más los ánimos tan predispuestos ya á la rebelión; y ni Argüelles, ni Valiente, Gallego, García Herreros y varios otros elocuentísimos oradores lograron convencerles de la sinrazón de sus pretensiones. Fué necesario apelar á la votación, y aprobada la primera parte de la proposición, la relativa al derecho de igualdad de representación, por 123 votos contra 4, fué desechada la segunda por 69 contra 61, cifras que indican el efecto producido por el miedo mejor que por la razón y el convencimiento.

En la sesión del día 9 del mismo febrero se concedió á los naturales y habitantes de América la facultad de sembrar y cultivar cuanto la naturaleza y el arte les proporcionara en aquellos climas, y luego se eximió á los indígenas del tributo especial que pagaban y del trabajo á que se les sometía en las minas. Y benévolo siempre con los diputados de aquellas Cortes el Conde de Toreno, dice: «Así que las Cortes decretaron sucesivamente para la América todo lo que establecía igualdad perfecta con Europa; pero no decretando la independencia poco adelantaron, pues los

promovedores de las desavenencias nunca en realidad se contentaron con menos ni aspiraban á otra cosa».

No se necesita gran perspicacia para comprender que los diputados americanos conspiraban con ese mismo ilegítimo propósito. En cuanto á los peninsulares, cualquiera que lea sus discursos en tan solemne debate observará fácilmente que no escasearon elogios, ofertas ni concesiones para proporcionar á España las voluntades de los americanos y satisfacer sus aspiraciones en cuanto tuvieran de justo y útil. Todavía se pusieron de manifiesto esos sentimientos en unos y otros al pedir el Sr. Alcocer que no se comunicara á América la resolución de las Cortes para no atizar más el fuego que allí ardía, contestándole Gallego, Creus y Argüelles que acabó su discurso con estas palabras: «Por último, señor, digo que mi opinión es que, para que no se achaque á la Península que ha procedido con mala fé, expidan las Cortes un decreto formal, solemne, en el que, recapitulando todas las razones que se han tenido presentes para diferir hasta la Constitución el arreglo fundamental de la representación de América, se declare por V. M., para dar un testimonio del deseo que le anima de proveer á cuanto sea útil y beneficioso á aquellos naturales, anticipa la promesa de que la base para la representación nacional será en todo uniforme en la Península y en América».

Eso era lo digno.

Destierro de los anteriores regentes.

Ya hemos recordado algunos de los asuntos que se discutieron mientras se trataba en las Cortes del que acabamos de apuntar con la brevedad que exige la índole de nuestro trabajo. Pero entre esos asuntos merece mención especial uno que revela el espíritu

dominante en la raza española y para el caso presente en aquella asamblea, embrión todavía de lo que deben ser las de su misma clase si han de atesorar la autoridad necesaria. Nos referimos al decreto de 17 de diciembre, por el que las Cortes resolvían en la sesión secreta de aquel día *la pronta separación de la Isla y Cádiz de los cuatro Regentes anteriores.* Parece que Castaños tuvo noticia el mismo día y estando comiendo de aquel acuerdo, por lo que Quintana pretendió que se hiciese declarar al general quién se la había dado, á tal punto se llevaba la saña; pero las Cortes tuvieron el buen sentido de desechar tan repugnante proposición. Reclamó Castaños de tan arbitraria, de tan injusta resolución, en un oficio que los periódicos publicaron, papel donde se quejaba, más que de los perjuicios que se le pudieran causar, de lo *aparatoso, inesperado y destructor* del confinamiento que se le imponía, á él, entre los demás regentes, *el vencedor de Bailén, primer presidente del primero y soberano Consejo de regencia, instalador de aquel augusto congreso nacional.* No era la primera vez en que su moderación triunfase de sus justas quejas, diciéndolo Santiponce y Algeciras; pero ahora se dejaba atropellarle sin otra causa que la de pedir un puesto de soldado en el ejército; por lo que solicitaba se sirvieran las Cortes sobreseer en aquella disposición *ó bien,* así concluía, *declarar préviamente que habían tenido á bien establecer en la monarquía española la ley del ostracismo.*

Dijimos al recordar el *ojeo* de que habían sido víctimas los vocales de la Junta central: «Entre la Regencia, el Consejo y la Junta de Cádiz, formando lo que hubo quien llamó gráficamente «El Trío», se co-

metieron aquellos días errores, aunque patrióticos, por unos, venganzas no poco vergonzosas por otros, y especulaciones por los demás..., etc.» Pues bien, al desaparecer de las esferas del gobierno, la primera Regencia sufría igual suerte á la de los Centrales, con la circunstancia de hacérsela sentir sus propias criaturas, los diputados que no hubieran sido nada sin ella, pretendientes, días antes, arrastrándose como pordioseros á sus pies para obtener una magistratura que, en su mayor número, no merecían.

Todo lo que lograron Saavedra, Escaño y Lardizábal al leerse en las Cortes la representación de Castaños, fué que, dejando á salvo su honor, eligiesen los puntos de residencia que pudieran convenirles, pero dejando inmediatamente la Isla y Cádiz. *La medida,* se les dijo, *era política y no envolvía censura ni punición.*

Pretende la Infanta Carlota la Regencia.

Por aquel tiempo se suscitó en las Cortes, en las sesiones secretas por entonces, la cuestión, promovida antes en la Central, de las pretensiones de la infanta Carlota á la Regencia de España durante la cautividad del Rey, su hermano. Hiciéronse arma de partido, manteniéndolas los anticonstitucionales, pero no paladinamente, sino por caminos subterráneos y procedimientos tan sutiles como hipócritas. En la sesión secreta de la noche del 15 de diciembre de 1810 «se leyeron á la letra, dice el acta, el oficio de la Regencia, por el ministerio de Estado, de 20 de noviembre último, y copias que acompaña de una consulta del Consejo de 13 de enero anterior, resolución de la Junta Central de 19 del mismo, oficio que se dispuso aquel día para el embajador de Portugal, y oficios de éste de 6 del propio noviembre, relativo todo á la declaración ó publi-

cación que éste solicita de haberse abolido la ley sálica en las Cortes de 1789, y corresponder, de consiguiente, la sucesión de España á la Sra. infanta D.ª Carlota, en defecto de sus hermanos varones, y su legítima sucesión».

Tras de una larga discusión se resolvió diferirla hasta que se ofreciera proporción conveniente para continuarla. Nunca llegaba esa, como que los que ya podemos llamar liberales comprendieron el alcance que pretendían sus adversarios dar á un asunto de que iba á depender la suerte quizás de aquella asamblea. Porque, en efecto, podían las Cortes darse por muertas, al menos para la transcendental misión á que estaban llamadas, si la Infanta tomaba las riendas del gobierno de la nación con el apoyo, mejor dicho, bajo la dirección de los partidarios del antiguo régimen, que eran quienes proclamaban su Regencia. La conducta que había observado respecto á Buenos Aires, procurando atraerse á Liniers y Concha como agentes y auxiliares suyos para el gobierno de aquel virreinato, primera etapa de sus ambiciosos proyectos, los había hecho manifiestos, y sus gestiones con los notables del partido antiliberal en las Cortes dejaba conocer claramente á dónde se dirigían aquéllos, así como su alcance político y su término fatal. Aconsejaba en sus primeros pasos á aquella señora un D. José Presas, á quien conoció en Río Janeiro, haciéndole durante cuatro años su secretario y agente para llegar al logro, nunca alcanzado, de sus aspiraciones. (1) Esas gestiones fueron mal

(1) En una *Representación* á Fernando VII, que publicó en 1815, se estampan certificaciones de la Infanta, del ministro brasileño conde de las Galveas, y del general español D. Gas-

recibidas en Buenos Aires. Liniers y Concha en un documento, cuyo autógrofo del segundo tenemos á la vista, rechazaron toda ingerencia de la princesa del Brasil en los asuntos del virreinato, tanto más injusta é impertinente cuanto que se mostraba apoyada por alardes de fuerza en la frontera, en la colonia del Sacramento particularmente, objeto de tantas y tantas manifestaciones hostiles por parte de las tropas portuguesas. Ya dijimos en el capítulo II del tomo V de esta obra, cómo la Infanta y hasta el Infante D. Pedro, hijo de D. Antonio, pero especialmente la Princesa, se consideraban herederos legítimos de la corona en el estado en que se hallaba España con la ausencia y prisión de D. Fernando, y cómo pretendía aquella señora regentar, si nó reinar allí, con el apoyo de los ingleses interesados en su comercio con aquellas provincias, proyecto que la Central había hecho fracasar. (1) Pero renovado ahora en Cádiz á la sombra de

---

par Vigodet, capitán general y gobernador de las provincias del Plata en abril de 1812, en las que se elogia sobremanera la conducta observada por el doctor Presas como secretario de S. A. y como agente suyo en favor de la causa española, así en la Península como en las provincias sublevadas de América. Separado del lado de la Infanta en 1812 *por meras vistas políticas*, decía S. A. en uno de los certificados, sirvió en la secretaría de Gracia y Justicia en Cádiz y luego en la contaduría de Granada, en que cesó por los motivos que provocaron su *Representación*.

(1) La pretensión de la Princesa fué presentada en Buenos Aires subrepticiamente, por parte de la Corte del Brasil. Así lo indica un precioso autógrafo que poseemos del brigadier Don Juan de la Concha, gobernador que era entonces de Córdoba de Tucumán, y de quien tanto se ha dicho en esta historia. Helo aquí:

«Reservado.—Excmo. Sr.:—La serenísima Sra. Infanta Doña Carlota Joaquina de Borbón ha dirigido á este Cavildo, fuera del conducto del correo, que aunque su contenido sólo es relativo á darle expresivas gracias por los loables esfuerzos conque ha contribuído á la defensa de la justa causa de su

las Cortes, pensando quizás que favorecería su éxito la repulsa dada al duque de Orleans, se hizo más público y formal, de consiguiente, al decidirse en la sesión del 29 de diciembre de 1811 que se discutieran, con preferencia á todo otro negocio, una exposición y varias proposiciones presentadas por el diputado Señor Vera y Pantoja.

En aquellos escritos no se sacaba á la discusión el nombre de la Infanta; pero todos lo leían entre renglones como suele decirse. Quien escuchara á los oradores partidarios de aquella señora, creería que sólo se

---

amado hermano y Rey Fernando, la circunstancia de venir toda la carta y su segunda cubierta escrita de su Real mano y de haberse dirigido bajo otro sobre por un particular conducto, ha movido mi celo y me ha puesto en el caso de participarlo reservadamente á V. E. para lo que pueda convenir, no obstante que el Cavildo, conforme le he prevenido, ha de remitir á V. E. la contestación abierta con copia de dicha carta.»

«Hasta ahora S. A. R. no se había detenido en distinguir al jefe de esta provincia remitiéndoles algunos manifiestos, sellados de su Real mano; pero sin embargo de haberse dignado tener esta bondad, y de que no dudando quales sean los sentimientos y demostraciones de cada uno de estos habitantes, sabe que el Gobernador Intendente de Córdoba ha dado anualmente para el socorro de la Península la tercera parte de su Renta y que los Individuos de este Ayuntamiento se han confundido con los demás vecinos de esta Ciudad en sus donativos, se dirige á este Cuerpo Municipal en los lisonjeros y expresivos términos que llevo manifestados á V. E., sin hacer mención de este Gobierno, resultivo sin duda de haber expuesto á S. A. al mismo tiempo que á su Ministro de Relaciones Extrangeras D. Francisco Rodrigo Cuitiño, en la contestación á sus manifiestos que remití abierta por el conducto de esa Superioridad, el fondo de mis sentimientos y fidelidad, y el deber á que inseparablemente me une mi empleo, mi honra y mi amor y celo por los sagrados derechos que concede nuestra Constitución á Nuestro Soberano.»

«Yo he meditado Sr. Excmo. con toda detención las circunstancias de dicha carta y su misteriosa remisión, y hablando á V. E. con la franqueza que la materia exige, la considero digna de alguna atención por la sospecha que encierra.»

S. A. R. ha declarado siempre llamando violenta la abdi-

trataba de poner en la Regencia persona que representara al monarca aprisionado con los atributos de la soberanía real, efectiva, libre, por lo mismo, de los compromisos políticos y personales de un particular, siquier ilustre, elevado á tan alta magistratura. Había, sin embargo, en el fondo una, entonces, gravísima cuestión, la de principios, contrarios en los que abrigaban la causa de la Infanta de los proclamados en el Congreso desde el día de su constitución. «Los enemigos de reformas, dice Argüelles en su *Examen histórico,* se habían reunido todos en su favor (el de

---

cación de la Corona, y en la expresada carta conoce como Rey de España al Sr. D. Fernando Séptimo, al que sólo se había dignado tratar con el nombre de Príncipe de Asturias. Esta contradicción de sentimientos en que se halla S. A. R. dan bastante á conocer que su Ministro de Relaciones Extrangeras sabe variar con facilidad su sistema según se presentan las circunstancias.»

«S. A. R. y su citado Ministro, del que recibí oficio alusivo al mismo objeto que los mencionados manifiestos, deben saber por mi contestación y por las exactas noticias que reciben, mi inalterable fidelidad á mi legítimo Soberano, y no obstante S. A. prodiga sus elogios al Cavildo si bien que en unos términos que ninguna otra cosa demuestran que un interés por la justa causa que debe unir el de todos; pero en la circunstancia de correr públicamente en esta Ciudad la noticia de que en esa Capital se seduce con dinero por medio de Agentes á muchas Personas para formar Partido con el fin de entregar estos dominios á la citada Serenísima Sra. Infanta en calidad de Regente hasta la restitución del Sr. D. Fernando Séptimo á su trono, hace parecer más á la referida carta un medio suave para seducir que un ingénuo reconocimiento.»

«La noticia de la actividad conque en esa capital se trabaja para formar por S. A. R. el partido expresado, pudo haber llegado á este Pueblo con abultamiento, pero yo no he podido prescindir de unir estos antecedentes en vista de los que, en oficio muy reservado de diciembre del año próximo pasado, se me comunicaron sobre el mismo asunto por el Excmo. Sr. Virrey antecesor de V. E., cuyo oficio espero que V. E. se sirva traer á la vista con mi contestación de 16 de enero siguiente y que en su consequencia me prebenga lo que deba executar.»—Dios etc.—Excmo. Sr. Virrey etc.»

S. A.), esperando coronar por este medio su triunfo.

Es rechazada su pretensión.

Desde el citado día 29 de diciembre hasta el 1.° de enero de 1811, en que se resolvió «Que en la Regencia que nombre ahora el Congreso, para que gobierne el Reino con arreglo á la Constitución, no se ponga ninguna persona Real», se plantearon los problemas de mayor transcendencia para la gobernación del Estado. El de la sucesión al trono, revocando el auto acordado de Felipe V en 1713, no halló dificultades para su resolución, pues que ésta fué casi unánime. Había quien hallaba en la coincidencia de tales circunstancias como las que así se reunían, la ocasión quizás de colocar las dos coronas de España y Portugal, aunque fuera eventualmente, en una sola cabeza; pero como esa argumentación y la del respeto que infundiría en la Península toda y en el extrangero la cualidad real en la persona que desempeñara la Regencia repugnaba á la mayoría de los diputados, no fué atendida y hasta con desdén y malos gestos escuchada. Argüelles fué el que rebatió esa argumentación con mayor insistencia y copia más nutrida de datos y doctrinas, domocráticas por supuêsto, llegando en la sesión del 30 de diciembre á indicar cinco proposiciones, de las que la primera iba precisamente dirigida á excluir del Consejo de Regencia á toda persona real. Las demás se referían á procedimientos legislativos, preferentes, en concepto del célebre diputado asturiano, á los demás asuntos que iba provocando la oposición antireformista; proposiciones que, en efecto, fueron admitidas y puestas inmediatamente á discusión. De tal modo se enmarañó la de la primera proposición, que el conde de Toreno, el *moderado* de años después,

exclamaba lleno de ardor reformista y liberal: «Nadie podía pensar, según la disposición que ayer se manifestó en el Congreso, que se había de empeñar hoy una cuestión tan reñida sobre esta proposición. Esto prueba que los diputados son algunas veces instrumentos inocentes de esa trama sorda y continuada, que empezó á descubrirse el 14 de octubre (primer día de la discusión de la ley de imprenta); de esta hidra, que apareciendo cada día con nuevas cabezas, no basta separar una de ellas, sino que es preciso aniquilarlas todas de un golpe». Y después de exponer los peligros que correría España teniendo una persona real en la Regencia, lo mismo si era desgraciada en su gestión gubernamental que si era feliz á punto de despertar en ella, cosa no nueva, ambiciones que pudieran aparecer justificadas por el triunfo, combatió con igual calor las declamaciones de algunos para concitar allí los ánimos, las que calificó de *verdaderamente destructoras, insurreccionales y demagogas*. Aún se opusieron varios obstáculos en la sesión siguiente; pero, orillados todos, se votó la proposición primera de Argüelles por 93 votos contra 33, no sin que el insigne autor de la oda al *Dos de Mayo*, el diputado Sr. Gallego, acabara la discusión con este apóstrofe: «Y nosotros, por nuestra imprevisión, ¿la expondremos (á la nación española) á que por sacudir un yugo tenga que someter su cuello á otro distinto? No, Señor. Destruída, pobre y menesterosa se puso la nación en nuestras manos, pero libre é independiente en sus deseos; libre é independiente ha de salir de ellas; libres hemos de perecer ó libres hemos de triunfar. Esta es nuestra obligación».

Todavía se reprodujo en las Cortes tan importante cuestión con motivo de una consulta del Consejo Real favorable á las pretensiones de la Infanta. Presentada un año después en la sesión secreta del 21 de octubre de 1811 y dejada á un lado, la cuestión obtuvo nuevo rumbo, ya con los elogios dirigidos por el diputado de Montevideo por haber la Infanta hecho auxiliar aquella plaza amenazada por los insurgentes de Buenos Aires, ya por apoyar á S. A. el embajador de Portugal con sostener la conveniencia de derogar la ley sálica según se había hecho en 1789. Contra la gestión de aquel diplomático se presentó el 14 de noviembre otro papel manuscrito del embajador de las Dos Sicilias oponiéndose á la sucesión de las hembras al trono de España; y no sabiéndose la opinión del gobierno inglés, fué retrasándose toda determinación en ese punto (1). Se quería dejar para tomarla en el código constitucional que se estaba elaborando.

Nos hemos detenido algo en tan reñidas discusiones por su relación con los asuntos de América, cuyos diputados no influían poco para que, repercutiendo su ruido en las colonias que representaban, se encendiesen más y más en ellas los ánimos contra el gobierno de la Metrópoli. Si los diputados españoles sabían que la Princesa del Brasil no iba á traernos oro, ejércitos ni escuadras con que vencer á Napoleón, ni tenían confianza en sus luces, ellos que se las negaban al Cardenal, Arzobispo de Toledo, los americanos, penetrados de esas mismas ideas, no temían tampoco que

(1) Volvió á salir á plaza lo de la unión de Portugal y España, sobre la que dijo Pérez de Castro *que la decidiría el Príncipe que tuviera más fuerza en los dedos para escribir el tratado.*

les perjudicasen las conexiones que pudiera tener en el Nuevo Mundo ni su importancia política desde las entonces poco ó nada influyentes regiones del Marañón y el San Francisco. Por eso se habían coaligado con los enemigos de las reformas, sin preocuparse de que ellos aspiraban á conquistarse principios y derechos muy distantes de los que pretendían mantener los diputados, conservadores, podríamos decir, de los siempre proclamados en la monarquía española.

Gestiones de Inglaterra.

En esa lucha, subterránea en no pocos de sus accidentes, se presentaron dificultades de importancia que la complicaron grandemente para la suerte de la nación española y su gobierno.

Ya hemos visto cuál apareció, así como fraguada en la obscuridad, la intriga que estuvo para traducirse en el decreto de 17 de mayo autorizando el libre comercio de todas las naciones no enemigas de España en los puertos de América, decreto á que se opuso el general Castaños y, con él, lo anularon los demás Regentes, más influídos por la Junta de Cádiz que por sus propias convicciones. Hemos dicho también lo que había sucedido en Montevideo al pretender el almirante De Courcy que Elío desistiera del bloqueo que tenía impuesto á Buenos Aires y en general á la región toda del río de la Plata. Se comprende, pues, que andaba por medio la Inglaterra amparando sus eternos intereses comerciales y sólo contenida en aquella ocasión por el supremo de no interrumpir su alianza con España que, después de todo, era el único freno que se había encontrado para detener la acción victoriosa de Napoleón en la Europa continental. El gobierno de la Gran Bretaña no cesaría en sus pretensiones de

tener en América un nuevo mercado, ya que le habían cerrado los del litoral europeo, y creyó conseguirlas presentándose como mediador en la lucha entablada entre España y sus colonias. Para eso, á la vez que manifestaba los sentimientos del Príncipe Regente acerca de los sucesos de América y en particular de Caracas y Buenos Aires, propuso á la Regencia dos medidas: la primera ofreciendo su mediación para reconciliar nuestras colonias con la Metrópoli, y la segunda para continuar el comercio con ellas, á lo menos por el tiempo que durase la negociación.

Nuevas complicaciones.

Al discutir tan importante asunto, acordaron las Cortes de 1.° de junio de 1811 el nombramiento de una comisión especial que examinara cuantos papeles había remitido la Regencia y diera su dictamen; comisión compuesta de individuos de cuantas en el Congreso se referían á puntos que tuvieran contacto con el que se debatía. La sesión fué secreta, y así se celebró alguna otra, rechazándose la idea de tratar en las públicas asunto que tanto había dado que hacer antes. Era tanto más prudente esa resolución cuanto que cada día se promovían en las Cortes cuestiones de suma gravedad, referentes á las provincias de América. El 7 de julio se leía un pliego del marqués de Someruelos manifestando la sensación que habían producido en la isla de Cuba las proposiciones anteriormente presentadas al Congreso sobre prohibición del comercio de negros. La noticia había alarmado los ánimos, entibiándolos en los momentos precisamente en que se trataba de un nuevo donativo destinado al sostenimiento de la guerra en la Península. El mismo día trasladaba la Regencia otro oficio del gobernador interino de la isla de Santo Do-

mingo, del que resultaba el diputado americano Señor Alvarez de Toledo escribiendo cartas al gobernador propietario y al Ayuntamiento de la capital con juicios que merecieron á las Cortes la resolución de que se abriera una información parlamentaria sobre ellos. Al día siguiente se daba también cuenta de una reclamación del diputado, también americano, Sr. Pover contra el gobernador de Puerto-Rico por detener allí su correspondencia que deseaba se leyera en sesión pública; y era rara la sesión en que no se produjese algún escándalo á pesar de las protestas del representante de Montevideo, que demostró el 23 estar destituídas de fundamento la mayor parte de las quejas de sus colegas ultramarinos. En aquella sesión quedó acordado manifestar á la Regencia «que se valiera de todos los medios posibles para la pacificación de la Nueva España, sin excluir la fuerza armada si lo estimaba necesario».

Si motivos había habido para prever las dificultades que opondría al mejor gobierno de la nación la presencia de los diputados de América en las Cortes, no tardaron, como se ve, en sentirse, á punto de que á propuesta del Señor Montese dispusiera en la sesión del 16 de septiembre cerrar el puerto de Cádiz para los buques que hubiesen de salir para las Américas y las islas Canarias hasta que se resolviera otra cosa.

Con estas discusiones, las habidas para aprobar la conducta del general Peña en la batalla de Chiclana, las noticias sobre la pérdida de Tarragona y la marcha, emprendida luego por Suchet sobre Valencia, las repetidas propuestas para cambiar el Consejo de la Regencia, ausente Blake y sin la autoridad necesaria sus co-

legas Agar y Císcar, el motín promovido por un discurso del Sr. Valiente, persona aborrecida en Cádiz por suponérsele, aunque infundadamente, haber llevado la fiebre amarilla á aquella ciudad, y tantos y tantos tumultos como se suscitaban en las Cortes entre reformistas y antirreformistas, entre iberalesl y serviles, como ya se llamaban, tenían al pueblo, al ejército y á la armada en continua alarma, mayor, sin duda alguna, que la producida por la presencia del ejército francés en las inmediaciones y sus nunca interrumpidas hostilidades.

Gaditanos y franceses.

La batalla de Chiclana, aun sin resultados eficaces para la suerte de Cádiz, proporcionó á sus habitantes y defensores un desahogo que parece no debieran esperar ante enemigo tan formidable como el ejército francés de aquellos tiempos. Más que de las bombas, que ningún efecto causaban, ni material, ni moral por consiguiente, y de las amenazas de asalto á las obras exteriores, despreciadas ya por nuestras tropas y las inglesas de la Isla, se preocupaban los gaditanos y sus huéspedes, militares ó paisanos, de las discusiones de las Cortes y, cuando no, de distraerse con las de la prensa periódica y con las fiestas provocadas por las noticias favorables que se recibían de los demás puntos de la Península. También las celebraban los franceses, el día de San José particularmente, en obsequio del hermano de su emperador, y los afrancesados también de Andalucía, no lo escasos en número que debiera esperarse por el ejemplo de las demás provincias. En Jerez de la Frontera, elevada á la categoría de capital de prefectura con dos subprefecturas en Ronda y Cádiz, *in partibus* ésta como es de suponer, hubo función de

iglesia, salvas de artillería, repiques de campanas, y banquete y baile en las casas de quien llevaba el apellido nada menos que del nunca bastante celebrado marqués de Cádiz. Allí se gallardeaban maestros de ceremonias que no queremos nombrar, generales franceses y aun españoles bastante conocidos; y se brindó y se bailó en honor del hombre que, no España sólo sino que Francia también y el resto del mundo político tenían por fantasma únicamente de un soberano cual sería necesario para sujetar pueblo tan bravío y generoso como el español. «No os envanezcáis, decía á los gaditanos un excelente poeta, Meléndez Valdés, olvidando sus deberes de magistrado y sus obligaciones de español, no os envanezcáis de ese rincón, ni os déis en vuestra cárcel por libres y seguros; las bombas y el cañón llegan á todas partes: hoy sufris los desprecios de esos ingleses que os han tiranizado y mañana os veréis sujetos y rendidos á las fuerzas del Rey, buscando humildes su amparo y protección. Entonces será el día de la vergüenza y del oprobio.»

«El de la tuya, dirían los leales de Cádiz, llegará muy pronto y el de los inútiles remordimientos, del ostracismo y la muerte en tierra que te despreciará como á cuantos proclamasteis y defendisteis la causa odiosa de los enemigos de vuestra patria.»

Y contestaron, en efecto, con el desprecio ante todo, y con la mofa y diatrivas que luego olvidaría la generosidad española. No acabaríamos de ir recordando las sátiras, los insultos é imprecaciones que nuestros poetas dirigían á los afrancesados en los periódicos de Cádiz; pero tampoco escaseaban entre los defensores, que, al cabo, eran españoles y no habrían de

abandonar su fatal inclinación á las discordias aun á la vista del enemigo y al alcance de sus balas. Ya hemos expuesto cómo se pasaba el tiempo en Cádiz según nuestro ilustre compatriota D. Antonio Alcalá Galiano: no tardaremos, sin embargo, en sacar á plaza episodios, á la par que curiosos, dignos de recuerdos por lo que importan al objeto de esta obra, exclusivamente histórica de aquella época. (1) Entre tanto dejaremos á los legisladores de Cádiz ocupados en la árdua tarea de la constitución de la monarquía española, cuya discusión llevaban ya adelantada cuando los sucesos de América fueron á interrumpirla no pocas veces por la gestión perturbadora que creerían eficaz para sus miras los diputados de aquellas apartadas regiones.

(1) El Sr. D. Adolfo de Castro estampa, en su tantas veces citado escrito de «Cádiz en la Guerra de la Independencia», varios de los que salieron á luz en periódicos y folletos de aquellos días, de los que, como acabamos de ofrecer, procuraremos transmitir á nuestros lectores los que puedan interesarles más y conducirles mejor al conocimiento de los sucesos que se desarrollaron durante el sitio de aquella ciudad y su isla.

CAPÍTULO V

Continúa el sitio de Badajoz.—Nuevo plan de ataque.—Los sitiados.—Obras de sitio.—Salidas de la plaza.—Continúan las obras.—Se rompe el fuego.—Asalto del fuerte de San Cristóbal.—Es rechazado.—Otro asalto.—Rechazado también.—Los ingleses levantan el sitio.—Consideraciones.—Socorro á la plaza.—El general Marmont.—Su marcha á Badajoz.—Situación crítica en la Península.—Posición de Lord Wellington.—Los generales sus enemigos.—Los franceses se separan de Badajoz.—Blake se dirige á Niebla.—Operaciones de los españoles en Galicia y Asturias.—En Burgos y Navarra.—La hazaña de Arlabán.—En Santander y Vizcaya.—En Rioja, Soria y Aragón.—En Cataluña.—Suchet gana el Montserrat.—La montaña y sus defensas.—El ataque.—Fuga de los catalanes.—Establecimiento de los franceses en Montserrat.—Lacy y los catalanes.—El castillo de Figueras.—Su rendición.—Toma Lacy las islas Medas.—En Granada.—Acción de Zújar.—Plan de Soult.—Ataque á la derecha española.—El del centro en Zújar.—Se retira el general Freire.—El Alcalde de Otívar.—Ballesteros en Ronda.—Intentan los franceses la conquista de Tarifa.—Esterilidad de la campaña de Soult.—Sus crueldades.

Continúa el sitio de Badajoz.

«Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenían.»

Para explicar el símil de la situación á que vamos á referirnos con el párrafo en que Cervantes describe la de Don Quijote y el vizcaino en la estupenda batalla y aventura de los frailes, necesitamos retroceder al capítulo II de este mismo volumen, á cuyo final aparece el ejército aliado dando principio al segundo período del sitio de Badajoz en mayo de 1811. Como los

fantásticos paladines de la novela de Cervantes, se mostraban el ejército de Lord Wellington que, vencedor en la Albuhera, pretendía completar su triunfo con la reconquista de la capital de Extremadura, y el francés con que Soult se mantenía en Llerena esperando se le unieran Drouet ó D'Armagnac, procedentes de la línea del Tajo, para, volviendo sobre el Guadiana, obligar al generalísimo inglés al levantamiento de su campo.

Necesitábanse actividad extrema y grande energía por parte del ejército aliado para anticiparse á ese peligro, y Wellington no escaseó ninguna de aquellas condiciones para lograrlo por el único medio eficaz, que era el de la reconquista de aquella plaza. En otras circunstancias, hubiérala emprendido por los métodos tenidos entonces por ordinarios, el del cerco, la apertura de las paralelas á las distancias, pudiéramos decir, reglamentarias, la construcción de baterías, las de brecha, en fin, y el asalto; pero entonces no quedaba tiempo para tales procedimientos polémicos y se hacían necesarios otros más expeditos y ejecutivos, siquier más costosos también y comprometidos en cuanto á su éxito. Sin tiempo suficiente para la ejecución de tantas obras, faltaría, además, para organizar el tren de sitio que iba á exigir el ataque violento, abreviado que, á falta del regular según los preceptos del arte, se propuso intentar el general británico. El plan era el mismo ejecutado por Beresford é interrumpido por la aproximación del ejército de Soult; y, vencido éste en la Albuhera, cabía esperar diese resultado, así por la impresión que aquella victoria hubiera producido en los defensores de Badajoz, como por las pre-

cauciones tomadas para, á lo menos, retardar la llegada de otro socorro según apuntamos anteriormente. Wellington, repetimos, desplegó cuanta actividad le fué dable y toda la energía de su carácter, haciendo llevar de Elvas, Campomaior y Salvatierra hasta 52 piezas de artillería, de las que 30 eran de á 24, 4 de á 16, 12 de á 8, todas de bronce, como algunos obuses que harían oficio de morteros cambiándoles el montaje, y 6 cañones de hierro procedentes de los buques portugueses anclados en el Tajo. Hizo también transportar de Alcacer do Sal un convoy importante de material de sitio, útiles de zapadores, sacos á tierra, faginas, maderamen y cuantas municiones se consideraron suficientes para la jornada. Tampoco descuidó la reunión del personal de artillería y de ingenieros necesario en ella por escasear en el ejército aliado, dirigido hasta entonces, mejor á un combate en campo abierto que al sitio de una plaza de guerra.

Nuevo plan de ataque.

Con éso y la nueva distribución de las tropas en derredor de Badajoz, se creyó en el cuartel general británico haber corregido las imperfecciones de que adolecía el plan de Beresford y subsanar sus deficiencias (1).

(1) «Esas correcciones, dice John Jones, consistían: 1.°, en aumentar generalmente los medios de ataque; 2.°, en oponer al fuego de la plaza contrabaterías de cañones y morteros; 3.°, en distribuir los oficiales y los artilleros del ejército inglés entre los artilleros portugueses, á fin de hacer más eficaz el fuego de aquellas baterías; 4.°, en ligar entre sí las baterías números 1, 2 y 4 (según el plano adjunto á su escrito) por una paralela é impedir las salidas; 5.°, llevar de frente los diversos ataques á fin de dividir la atención del sitiado y evitar que, como en el sitio anterior, su fuego fuera dirigido sobre un solo ataque.»

El mismo historiador inglés y su compatriota Napier po-

El ataque iba á dirigirse sobre dos puntos, el fuerte de San Cristóbal y el Castillo; llamando, sin embargo, la atención de los sitiados hacia el fuerte de Pardaleras, pero sin ánimo alguno de formalizar su asalto. Las fuerzas destinadas al ataque de San Cristóbal eran, la séptima división inglesa (Houston), el regimiento portugués núm. 17 y las milicias de Tavira y Lagos, en todo 5.000 hombres. Las que debían verificar el del castillo eran la tercera división (Picton), también inglesa, y la portuguesa de Hamilton; 12.000 hombres en su totalidad. Pero por mucha que fuera la diligencia de los aliados para reunir todo el material necesario y tomar cuantas disposiciones exigía la premura del tiempo si habían de lograr la ocupación de Badajoz antes de que llegaran los franceses en su auxilio, no pudieron comenzar las operaciones activas del sitio hasta el 29 de mayo, doce días después del de la batalla de la Albuhera.

Los sitiados. Los franceses de Badajoz, por su parte, no se descuidaron en procurarse cuantos recursos pudieran adquirir para defenderse de un ataque ya muy próximo, puesto que el día 20 observaron ya la llegada de numerosas fuerzas de los aliados al frente de la plaza. Aprovecharon el tiempo que les había dado la batalla

---

nen á la artillería llevada de Elvas, el defecto de ser de bronce, metal demasiado blando (of a very soft nature), dice aquél. No sabíamos que las piezas de bronce carecían de resistencia para el fuego contra las murallas de las plazas; no pudiendo en concepto del ingeniero británico soportar aquel fuego tan vivo (and could not stand the present heavy firing).

«En general, dice el ingeniero francés Lamare, citado ya en la historia del sitio por el mariscal Soult, en general, la artillería inglesa estaba servida con destreza, pero dispuesta con poco arte.»

dada puede decirse que á su vista, en obras que aumentaran la fuerza de los baluartes más expuestos á un ataque, en cerrar la gola del reducto de Pardaleras con un muro aspillerado de mampostería y abrir cunetas y hacer nuevos revestimientos en otros puntos del recinto. Esperaban, repetimos, un ataque inmediato pero no el mensaje que Beresford dirigió el día 21 al general Philippon, gobernador de la plaza, pidiéndole le enviase médicos, transportes y socorros para la asistencia de los franceses heridos en la Albuhera que habían quedado en el campo de batalla. Que los pidiera á Soult, que se retiraba lentamente y hasta había permanecido cerca de un día en su campo, se comprende perfectamente, pero al gobernador de una plaza sitiada ya y con una guarnición no muy numerosa pedirle nada menos que 20 oficiales de Sanidad militar, vestidos, mantas, *en fin todo,* como solicitaba de él Beresford, es el colmo de la imprudencia. Se comprende cuál sería la respuesta de Philippon, para quien el mensaje debía dirigirse á objeto muy distinto del que declaraba su contenido, por lo que se prohibió en Badajoz toda comunicación con el campo francés (1).

La guarnición se componía de unos 6.000 hom-

(1) Respuesta de Philippon: «Señor Mariscal, agradezco mucho el interés que teneis la bondad de tomaros por la suerte de nuestros heridos, y siento á la vez no poder enviarles los socorros que reclamais en su favor. La razón está en que no tengo ningún medio de transporte y en que no se ha dejado á mi disposición sino el número de facultativos necesario para el servicio de esta plaza; si estuviere en campaña, me privaría de los pocos recursos que tengo con la esperanza de hallarlas por otro lado; pero esa circunstancia, por desgraciada que sea, no puede obtener, á pesar de mi buena voluntad, remedio alguno de mi parte.—El gobernador de Badajoz, Philippon.»

bres, dejados por Soult al volver á Sevilla después de tomada la plaza; y la gobernaba, según se ha visto, el general Philippon, hombre inteligente y hábil, dotado, especialmente, de una energía que en aquel sitio le proporcionó justa y perdurable celebridad. Si estaba provista de material de guerra por ser abundante todavía el cogido en la plaza al rendirse, no así de víveres no habiendo podido reunir muchos por lo próximos que se hallaban los aliados, la escasez de los existentes en las inmediaciones y la hostilidad de los habitantes en ellas. Por lo demás, con un jefe como Philippon y soldados procedentes en su mayoría de cuerpos que habían combatido con Soult en Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, debía esperarse una defensa tan obstinada como activa, con probabilidades de éxito si no se planteaba y proseguía el sitio con grandes recursos y con las reglas establecidas para las operaciones de la índole de aquella. Es verdad que la ocasión no era favorable, pues que, temiéndose la llegada en plazo muy corto de dos ejércitos franceses en socorro de la plaza, se hacía imposible atenerse á la marcha metódica, lenta, de consiguiente, recomendada por la ciencia, de un sitio en regla; y eso haría más fácil la resistencia de los defensores. Wellington, esperaba, sin embargo, que la habilidad de sus ingenieros y la eficacia de su artillería, la energía, sobre todo, de sus siempre admirables soldados, suplirían la falta de tiempo y la preocupación de un futuro que á nadie podía ocultarse, el de la concentración inmediata de Marmont, Drouet y Soult. El Lord dictó, pues, las órdenes más precisas y terminantes para el comienzo de las operaciones del sitio; y el día 25, según tenemos

dicho, se hallaba cercada completamente la plaza, y el 29, concluídos todos los preparativos, se procedía á la ejecución de las obras de ataque.

Obras de sitio.

Para distraer la atención de los sitiados dirigiéndola á puntos distantes de los elegidos para el ataque de la plaza, se destinaron 300 trabajadores á abrir una trinchera que hiciera creer que se dirigía contra el fuerte de Pardaleras, tarea en que cesaron al día siguiente, cuando los franceses pudieron observar que era aquel un ataque falso y que los verdaderos se acometerían por el frente del castillo y por el reducto de San Cristóbal. Las obras de estos dos ataques fueron ejecutadas con número suficiente de peones para que la paralela proyectada contra el frente meridional del castillo y las tres baterías con 18 piezas, cañones de á 24 y obuses, destinados á abrir brecha en él, estuvieran concluídas y armadas el día 5 de junio. El mismo resultado obtuvieron los trabajos emprendidos en la derecha del Guadiana para el ataque de San Cristóbal y para, enfilando el puente, impedir la comunicación de la plaza y el fuerte así como cualquiera salida que los sitiados intentasen por aquella parte. La paralela, allí, envolvía, como es de suponer, el fuerte y la cabeza del puente. En ella se habían construído tres baterías; una para 5 piezas, á la izquierda, que enfilase el frente atacado del castillo; otra inmediata, de 5 también, contra el flanco derecho del frente meridional de San Cristóbal, y la tercera, de 6, en la extrema derecha para batir el puente. Se levantó además una cuarta á retaguardia de las dos primeras, la cual debía dirigir su fuego sobre el conjunto de las fortificaciones de San Cristóbal procurando arruinar sus parapetos y demás defensas.

Salidas de la plaza.

Los franceses, proponiéndose, si no estorbar, pues que no les era dable, los trabajos de ataque, reconocerlos á lo menos para contrarrestarlos con nuevas defensas en la plaza, hicieron el 27 una salida por el puente. No fué hostilizada por los sitiadores que la consideraron ineficaz al observar que no se extendía más allá del alcance de los cañones de San Cristóbal. Se repitió la salida el 29, sin otro resultado tampoco que el de haber forrageado tres horas los que la componían. No así la del 31, que fué dirigida contra las obras que los aliados construían frente al castillo de la plaza. Allí hubo una escaramuza bastante viva entre los cazadores franceses y los que tenían los sitiadores á vanguardia de sus trabajos; retirándose luego unos y otros á su respectivo campo con algunas bajas.

Continúan las obras.

Pero ni esas salidas ni el fuego de la artillería francesa desde la plaza y el fuerte de San Cristóbal, sirvieron á estorbar la marcha de los trabajos de sitio que, dirigidos por el excelente ingeniero Fletcher, avanzaban con la rapidez que la premura del tiempo imperiosamente exigía. Así es que el 2 de junio estaban terminadas todas las obras de los sitiadores, las baterías armadas y repletos de municiones los depósitos en ellas establecidos. En cambio los sitiados, además de concluir las obras que había aconsejado aumentar el sitio precedente, construyeron algunas, pequeñas, es verdad, pero opuestas á los ataques enemigos que veían levantarse desde el día 25 en que había aquel último comenzado. El castillo, principalmente, objetivo, ya patente á todos, del ataque más temible, fué reforzado con tanto arte como el interés que su defensa ofrecía. Se armó la luneta que cubría el puente so-

bre el Rivillas con cuatro piezas de á 12 que batiesen de revés el ataque al castillo; á un reducto interior que se había construído en aquella fortaleza, se añadió un *caballero* para cinco piezas de á 24, que dominara todo el campo enemigo hasta distancias considerables; y para la cabeza del puente en la derecha del Guadiana, se formó un gran través que hiciera oficio semejante por aquel lado.

Se rompe el fuego.

Todo así, el día 3 á las diez de la mañana rompieron el fuego las baterías de los sitiadores sobre el castillo, el fuerte de San Cristóbal y el puente del Guadiana. Ni fué lo vivo que exigían las circunstancias, ni lo sostenido, lo constante que se debía esperar del gran número de piezas que lo hacían. La muralla del castillo perdió su revestimiento; pero el terraplén, extraordinariamente compacto y sólido, se mantuvo vertical en todo el espacio batido, nada menos que de 15 metros; en San Cristóbal y la cabeza del puente los desperfectos fueron insignificantes aquel día. No así en el siguiente.

Los sitiados se pusieron, después de interrumpido el fuego, á limpiar el pie de la muralla del castillo de los escombros allí amontonados; lográndolo fácilmente á favor de la obscuridad de la noche que impidió la buena puntería de las piezas en las baterías inglesas, en las que, por otra parte, había hecho la francesa no pocos estragos (1). Habían sido desmontadas dos piezas en las baterías de la derecha del Guadiana y su-

(1) Lamare, que dirigía las obras de los franceses, dice: «El fuego del enemigo arrojó á todos los trabajadores españoles á quienes se había obligado con grandes esfuerzos á tomar parte en las obras de defensa: no fué posible tener ninguno

frieron bastante las obras, tan recientes eran todas y aun algunas se hallaban inacabadas todavía. Y poco más ó menos sucedió lo mismo el día 4, en que fué más igual y vivo el fuego de uno y otro lado; habiendo adelantado los sitiadores una batería en la línea del castillo que no hizo perder su aplomo al muro atacado, y desmontando la artillería de San Cristóbal otras dos piezas de los que lo batían. Los aliados relevaban las piezas desmontadas con otras de hierro que hacían llevar de Campo Mayor, y los franceses establecían, lo mismo en el caballero del castillo que en San Cristóbal, las que permitía el espacio reducido de que les era dado disponer. El 5, sin embargo, un reconocimiento hizo suponer que la brecha abierta en el flanco derecho del frente ya mencionado de aquel fuerte, se hallaba practicable, aviso que se tuvo por exacto para los que la observaban desde las trincheras.

Asalto del fuerte de San Cristóbal.

Se acordó, pues, el asalto para la siguiente noche, precedido de la destrucción de las empalizadas del camino cubierto, con la que no se hallaría obstáculo para llegar al foso, cuya contraescarpa se calculaba que tampoco lo ofrecería, ya que su altura era sólo de unos cuatro pies. No se contaba con que, valiéndose de la obscuridad, que hacía ineficaz la metralla de los sitiadores, los franceses habían limpiado de escombros el pie de la brecha, habían restablecido el parapeto y montado en él una pieza de á 12. No pudo ésta sostenerse allí contra el fuego de las baterías inglesas y, destruído el nuevo parapeto, hubo

en adelante; y como la guarnición era muy poca y se hacía impolítico el irritar á los habitantes, no creyó prudente el gobernador el obligarlos á trabajar por la fuerza.»

que establecerla en el foso junto á un obús que dirigía su fuego en defensa del castillo y no sin resultado. Llegó, con efecto, la noche del 6 al 7, y á las 12 partió de las trincheras de los aliados una fuerte columna, cuya vanguardia fué inmediatamente rechazada al pie del muro, que se hallaba ya limpio de escombros manteniendo la brecha impracticable. Ante ese obstáculo y la lluvia de balas, bombas y granadas que caían sobre ellos, retrocedieron los ingleses de la vanguardia; pero al salvar el camino cubierto, mezcláronse con los de la columna que les seguía y volvieron á la brecha que con escalas y empujándose unos á otros trataron de ganar aunque con igual, si no peor fortuna de la que acababan de sufrir momentos antes. Una hora duró el combate, de doce á una de la noche, y las pérdidas de los aliados fueron muchas comparadas con el número de los asaltantes que no bajaba del de 600 á 700, siendo insignificantes las de los franceses (1).

Es rechazado.

Ante ese fracaso y conocida la causa, la artillería de los aliados, reforzada con varias piezas de hierro procedentes de Portugal, renovó el fuego sobre las brechas de San Cristóbal, sin disminuir el dirigido contra el castillo levantando otra batería mucho más cerca y armándola con el material de las más distantes. Los muros de una y otra fortaleza resistían, sin embargo, y la artillería en ellos montada causaba estragos con-

Otro asalto.

(1) Los escritores ingleses fijan en 12 muertos y 90 heridos las de sus compatriotas, entre los primeros el teniente de ingenieros Forster que los dirigía. Lamare las eleva á más de 200 muertos ó heridos, reduciendo las de los franceses á las de un muerto y cinco heridos. Se explica esta diferencia por la posición respectiva de los combatientes.

siderables en la de los sitiadores; á punto de que hasta el día 9 no se consideró en el campo de los aliados hallarse las brechas de San Cristóbal lo suficientemente avanzadas para repetir el asalto de la noche del 6. El terraplén de la del castillo continuaba vertical, y el cuidado de conservar limpio el pie en todas, si hacía imposible el asalto de la de aquél, hacía también difícil y peligroso el de las de San Cristóbal que, repetimos, creyeron los jefes ingleses bastante adelantadas para no dilatar más su ataque. Las noticias que se recibían acerca de la aproximación de los franceses, eran ya alarmantes y se necesitaba hacer un gran esfuerzo para dominar la plaza antes de que fuera socorrida (1).

No era satisfactorio para los franceses el estado de las defensas ni el de la población de Badajoz. Los edificios del castillo estaban arruinados; no lo estaban menos los de las inmediaciones por los proyectiles dirigidos contra aquél; los habitantes se habían retirado á las extremidades de la ciudad opuestas al frente atacado, aunque ninguna pudiera considerarse libre de riesgo por haberse extendido á todas el incendio que producían las granadas enemigas, ni dejaba, por fin, de infundir miedo la falta de bastimentos que ya se sentía en el vecindario y hasta en la guarnición. Pero mientras el terraplén, desnudo desde los primeros días de su revestimiento, conservara la *verticalidad* como

(1) Napier dice: «Se acababa de saber que el cuerpo de Drouet se acercaba á Llerena y que Marmont había salido de Salamanca. Lord Wellington veía escapársele su presa y quería por lo menos intentar un último esfuerzo sobre San Cristóbal».

hasta entonces, no era de temer el asalto y, por consiguiente, la ocupación del cuerpo de la plaza. Otro era el estado del fuerte de San Cristóbal, cuyas brechas estaban, con efecto, más adelantadas y cuya pérdida contribuiría poderosamente á hacer ineficaz la resistencia de cuantas obras constituían el sistema fortificado de toda la margen izquierda del Guadiana. En aquellos momentos, hechos supremos por la premura del tiempo, la suerte de Badajoz pendía en gran parte de la de aquel fuerte, y de ahí el empeño de los aliados en asaltarlo y hacerse dueños de él. Por éso los franceses, que durante el día 9 observaron, además de una gran violencia en el fuego de las baterías enemigas, movimiento inusitado en el campo y las trincheras, signos de grandes preparativos para un ataque próximo, acabaron los trabajos de la defensa limpiando sin descanso las brechas, cubriendo los fosos de caballos de frisa y de toda clase de obstáculos, colocando en los parapetos, recompuestos con sacos á tierra y pacas de lana, bombas de á 14 y barriles bien repletos de granadas y materias combustibles para arrojarlos sobre los asaltantes, y reforzando, por fin, el presidio con 200 hombres escogidos, armados de tres fusiles cada uno. Los aliados, por su parte, emprendieron el asalto entre nueve y diez de la noche con otros 200 hombres, precedidos, como la otra vez, de una corta vanguardia, cuyo guía, el teniente de ingenieros Hunt, cayó muerto á los primeros tiros en el *glacis* del fuerte, sufriendo el que la mandaba, Dyas, igual suerte un instante después, como el mayor M'Geechy, jefe de la columna toda de ataque.

El autor inglés del diario de aquel sitio y de los **Rechazado también.**

demás de España, dice que no pudo procurarse noticia alguna de las operaciones ulteriores de aquel destacamento. Napier y otros la dan; pero nadie con los detalles que Lamare, y vamos á transmitirla á nuestros lectores en la seguridad de que nos lo han de agradecer, pues ninguna ofrece los caracteres de certitud y propiedad que la del célebre ingeniero francés. «Se estaba, dice, en los preparativos, cuando hacia las diez de la noche la numerosa artillería de los sitiadores lanzó sus proyectiles sobre el fuerte y sobre el castillo. Durante aquella señal precursora del asalto, se callan nuestras baterías; sólo los gritos de los centinelas, *Prenez garde á vous*, turban por un momento el profundo silencio que reina en los muros. Nuestros soldados esperan impacientes al enemigo y arden en el deseo de combatirle cuerpo á cuerpo. Pronto avanza él; arrolla los puestos de los caminos y se lanza impetuosamente á los fosos. Los más valientes logran abrirse paso por entre los obstáculos y se precipitan á las brechas; parecen animados de un ardimiento á que nada debe resistir; los *hurras* resuenan por todas partes; pero nuestros bravos, con su imperturbable confianza, los reciben á boca de jarro y los derriban en montón sobre los escombros, mientras las bombas y granadas revientan bajo sus pies con estrépito horrible y completan su destrucción. A los gritos amenazadores de los asaltantes suceden los de los vencedores; esfuérzanse en vano los jefes ingleses en reunir sus soldados para intentar nuevos esfuerzos: después de haber sufrido grandes pérdidas sucumben, les abandona el valor y los que logran escapar á la muerte, huyen en desorden. á las líneas de contravalación para

hallar refugio en ellas. A aquella escena de destrucción sucede la más profunda calma, que no es interrumpida más que por los lamentos de los heridos.» Y añade luego: «El número de los asaltantes era de 7 á 800; fueron 40 los muertos, y más de 150, horriblemente mutilados, quedaron hasta la mañana siguiente en los caminos cubiertos y el *glacis*. Quedaron en nuestro poder muchas armas y escalas y, lo que parece increíble, la guarnición del fuerte no tuvo sino dos hombres heridos.»

Los ingleses levantan el sitio.

Aquel revés se hizo decisivo para los aliados en su empresa de Badajoz. Marmont y Soult volaban en socorro de la plaza, y Lord Wellington carecía de fuerza para resistirles sin levantar el sitio, sin desistir de un empeño que, como todos los de su género, debilitaría la acción del ejército aun cuando pudiera ser bastante enérgica en un campo de batalla, desembarazada, por supuesto, de las dificultades y peligros que llevan consigo el cerco de una plaza de guerra y la conservación de las obras ejecutadas para su conquista. Así es que, llevado á cabo el 10 un armisticio para retirar los heridos de los fosos, el *glacis* y la explanada de San Cristóbal y dar sepultura á los muertos, y después de un ligero cañoneo sin consecuencias, el ejército aliado comenzó el levantamiento del sitio, trasladando el 11 y 12 á los puntos de su procedencia, primero las municiones y luego la artillería, de la que sólo restaban ocho cañones y dos obuses por la parte de San Cristóbal y doce por la del castillo. Lord Wellington hizo mantener el bloqueo de la plaza con la esperanza todavía de algún accidente que retardara la marcha del duque de Ragusa, dispuesto, en ese caso, á recibir a

de Dalmacia en la Albuhera atrincherando, sin embargo, aquel campo para defenderlo con más ventaja de la con que Beresford lo había hecho en su gloriosa jornada del 16 de mayo anterior. Tan inclinado estaba á librar allí un nuevo combate, que reconcentró en la Albuhera las 2.ª y 4.ª divisiones británicas, las tropas españolas de Blake, que se hallaban más avanzadas, y los portugueses de Hamilton que campaban junto á Badajoz, para cuyo bloqueo dejó las 3.ª y 7.ª divisiones de su ejército, trasladándose en persona á aquel pueblo y estableciendo en él su cuartel general.

Perdida, sin embargo, tal esperanza y sabiendo, por el contrario, que dentro de tres ó cuatro días, hacia el 13, se unirían los mariscales franceses para marchar sobre Badajoz, Lord Wellington hizo levantar el 16 el bloqueo y que el 17 pasaran el Guadiana todas las tropas de las tres naciones aliadas, plantando su campo el 18 junto al Caya en actitud de aceptar la batalla si los franceses, que el 19 penetraron en Badajoz, se resolvían á ofrecérsela.

Consideraciones.

Aquel sitio, el segundo de los puestos á Badajoz por el ejército aliado, se presta á consideraciones nada favorables á la reputación del general británico y de sus ingenieros. Tenían una lección bien reciente y elocuentísima, la dada en el sitio anterior en las condiciones mismas que en el último que acababa de fracasar también. La ocasión era igual en cuanto pueden parecerse las que ofrece la guerra; las circunstancias, casi las mismas. Se emprendieron los dos sitios á la vista, puede decirse, de los ejércitos de socorro; si en el primero ante un enemigo que avanzaba desde An-

dalucía con fuerza suficiente para medirse con los aliados en la Albuhera, en el segundo con la preocupación de que, uniéndose aquél, vencido y todo, al de Portugal, que andaba ya cruzando el Tajo, harían retroceder á los sitiadores hasta situarse en punto de retirada segura y fácil.

De ahí la urgencia del ataque á Badajoz y la precisión de usar procedimientos rápidos y decisivos, abandonando los metódicos recomendados por la ciencia. Si en el sitio anterior exigía Wellington que se tomara la plaza á los 16 días de trinchera abierta, y ya se sabe el resultado de empeño tan temerario, ¿cómo esperar su éxito en el segundo sitio contra una guarnición cuyo espíritu, cuya moral se hallaba exaltada con el triunfo de antes y la esperanza de ser de nuevo socorrida?

Y, sin embargo, por tan seguro daba su éxito, que el día 3 de junio escribía al general Picton desde la próxima quinta de Granicha en que se alojaba: «De la manera en que vamos, creo no imposible que tengamos esta mañana brecha abierta en la muralla del castillo, y, llegado ese caso, os ruego poner la fecha á la adjunta intimación y enviarla á la plaza: si hoy no está abierta la brecha, dejad la intimación para mañana. Si el gobernador se halla dispuesto á capitular, podéis concederle su salida de la plaza con los honores de la guerra, dejando la guarnición sus armas en el *glacis* como prisionera de guerra y entregándosenos las puertas mañana á las cinco de la misma.» Y no sólo esas instrucciones, sino que dirigía á Picton en el mismo despacho otras más detalladas, todas inspirándose en la seguridad de que, si no el 3, se rendiría

Badajoz el día 4 (1). Es verdad que le faltaban tiempo y recursos de material, obligándole á precipitar el sitio sin ellos; pero aun así y careciendo también de personal suficiente en el más importante, para el caso, de ingenieros y sobre todo de artilleros, no suplió esas deficiencias con la habilidad, más que nunca necesaria en él. ¿Cómo atacar y rendir fortalezas cuales el castillo y San Cristóbal desde distancias tan considerables? Eran grandes para la apertura de las brechas; pero mayores aún para recorrerlas impunemente en los momentos del asalto. Habría sido preciso, y tiempo hubo para ello, que los trabajos se hubieran extendido hasta el *glacis* para desplegar más considerables y eficaces fuegos, para descubrir las escarpas é impedir la limpieza de los escombros al pie de las brechas. Así se habría evitado también en gran parte la acción de los defensores en los parapetos del muro, y podido verificar el asalto de día con muchas más probabilidades de éxito. Pero en nada se vió tan clara la deficiencia del personal facultativo, comparado con el de los franceses, que en los destrozos que sufrió la artillería de los aliados, de la que fueron desmontadas 18 piezas, esto es, la mitad próximamente de las que pusieron en batería, irreemplazables aquellas en

---

(1) Schépeler dice: «La falta de habilidad en el oficio de zapador hubiera difícilmente costado tanta sangre como los dos asaltos; pero el Lord había en la India tomado fuertes más respetables de aquel modo, y cuando el valiente gobernador de Badajoz, coronel Philippon, le convenció de que los Franceses no eran Indios, no podía hacer nada porque llegaba ya el socorro.»

Wellington escribió también á su hermano: «Mañana abriremos la trinchera en Badajoz, y espero que ganaré la plaza en pocos días.»

mucho tiempo, en mucho del que tenían disponible.

Napier, que á nadie disculpa en su juicio sobre aquella jornada, lo resume en estas pocas palabras: «Los aliados perdieron en aquel desgraciado sitio cerca de cuatrocientos hombres, oficiales y soldados. Allí fueron quebrantadas constantemente las reglas del arte. Era demasiado corto el número de los trabajadores; no hubo bastante artillería ni municiones suficientes, ni se eligieron los mejores puntos de ataque. Las defensas no tuvieron que sufrir el fuego de ninguna contrabatería; las baterías de brecha estaban muy lejos para piezas tan malas; los obuses, montados en maderos, no podían reemplazar á los morteros; no se hizo uso de la zapa y, por fin, se dió el asalto antes de coronar el *glacis* y de establecer el fuego de fusilería contra la brecha» (1).

Todo eso demuestra lo que tantas veces hemos echado de menos en los ingleses, la pericia militar en las operaciones de la poliorcética moderna, confiando el éxito á las del arte antiguo, á la violencia en el ataque, al asalto de las fortalezas cueste lo que cueste. También debe en justicia el fracaso aquel atribuirse, ya que al valor nó, por haberse revelado igual en todos, á la habilidad de los jefes franceses que defendían la plaza, desde Philippon, su ínclito gobernador, hasta los que ejercían el mando de los ingenieros y artilleros, los comandantes, particularmente, Lamare y Colín, citados y recomendados el 20 de junio en la orden del

---

(1) Los franceses evalúan la pérdida de los aliados en más de 2.000 hombres, en cuyo número cuentan ocho oficiales de ingenieros. La suya resultó verdaderamente muy corta, puede decirse que insignificante.

día del duque de Dalmacia al penetrar con Marmont en Badajoz.

Socorro á la plaza.

Sabemos cuanto había hecho Soult desde el día en que, vencido, se retiró de la Albuhera. Establecido en Llerena, esperaba al general Drouet, manteniendo vigilado su frente por las fuerzas de Gazán y Latour-Maubourg que, de avanzar los aliados, los contendrían en su marcha, por el camino de Mérida, sobre todo, que tanto le interesaba mantener libre, pues que por él acudirían también á unírsele Marmont y D'Armagnac. Desde aquel punto, su cuartel general, observaba los movimientos de Wellington y de los españoles en su frente y flancos, recibía las noticias de Sevilla y Cádiz así como los refuerzos que de allí pudieran enviársele, y alentaba á los defensores de Badajoz para que no se entregasen á la desesperación de los olvidados por sus camaradas y jefes. Lo que hasta ahora no hemos expuesto es cuánto hubo de hacer el duque de Ragusa para salvar á Badajoz en aquella ocasión, pues sin él y su ejército de Portugal hubiera aquella plaza caído á los pocos días en poder de los aliados.

El general Marmont.

Ya dijimos cómo y en qué circunstancias había tomado el mando del ejército. Si llegó á simplificar la organización de las tropas, autorizado, según también expusimos, por el Emperador, le fué necesario vencer no pocas dificultades que sucesivamente le oponían su colega Bessiéres, algunos otros de los generales, sus subordinados, el estado asaz lamentable en que halló el ejército y las circunstancias mismas cuando acababan de tener lugar dos batallas como las de Fuentes de Oñoro y la Albuhera, ninguna de ellas favorable para las armas francesas. Se le había impuesto un papel no

muy airoso en la futura campaña, el de una defensiva casi absoluta, con la misión de impedir la entrada de los aliados en España por Castilla ó Extremadura. No tenía medios suficientes para por sí solo emprender tan difícil tarea y debía por lo tanto contar, para llenarla, con el ejército del Norte, en el primer caso, y con el del Mediodía en el segundo. En aquél encontraría las dificultades que desde el día de su llegada comenzó á oponerle Bessiéres con sus consejos y la falta de sus promesas de socorros; en el de sus combinaciones con Soult, iba á chocar con la mala voluntad y el egoísmo que si, como hemos visto, los desplegaba contra Massena, no habría de ahorrarlos para el duque de Ragusa, cuyo favor con Napoleón le había hecho antipático para muchos de sus colegas (1). Andaba, pues, ocupado en la reorganización de sus tropas cuando le sorprendieron las noticias de Badajoz, la del sitio de aquella plaza y la de la batalla de la Albuhera, sucesos que habrían de precipitar su acción en uno de los puntos de la frontera hispano-portuguesa indicados en las instrucciones que tenía recibidas del Emperador. Y á pesar de sus propios recelos, de los que le inspiraba el mariscal Bessiéres respecto á la conducta de Soult, y de no ver acabadas las reformas que se había propuesto en el ejército de su mando, se puso en marcha al Tajo y el Guadiana, no, empero, sin an-

(1) En las Memorias del mariscal Marmont, en la parte que comprende su correspondencia sobre todo, existe, para este caso, la que mantuvo con el duque de Istria, donde este general da á conocer la opinión que le merecía Soult y trata de infundir en el ánimo del de Ragusa unos recelos en que, por su lado, abundaba ya desde que nuevamente había entablado relaciones con él.

tes pedir al general Belliard, que mandaba en Madrid en ausencia del Intruso, un tren de puentes, víveres y municiones que necesitaría á su paso por Talavera ó Almaraz.

Su marcha á Badajoz. El 3 de junio se mostraba con una división, diez piezas y la caballería ligera por la parte de Ciudad Rodrigo, para engañar á los ingleses, acampados en el Coa, y dejar aprovisionada aquella plaza mientras las demás divisiones se dirigían al Tajo por el puerto de Baños para el día 13 reunirse todo el ejército en Miravete, pronto á marchar por Trujillo y Mérida en busca del mariscal Soult. Llevaba Marmont de 28 á 30.000 hombres con unos 1.500 caballos y 36 piezas de artillería de campaña, fuerza, si no suficiente para medirse con la de Wellington establecida junto á Badajoz, sobrada al reunirla con la que tenía Soult en Llerena y sus cantones inmediatos (1). Y, con efecto, el 17 se verificaba la unión de los dos ejércitos franceses en Mérida, y el 20, según llevamos dicho, entraban en Badajoz, haciendo levantar el sitio que la tenía

(1) Hé aquí como describe Marmont las reformas que introdujo en su ejército: «Formé, dice, todos mis batallones al completo de setecientos hombres y despedí todos los cuadros que á resultas de esa medida quedaban sin soldados. Dividí los caballos de toda la caballería y de la artillería en dos clases; la que estaba disponible y la que podría rehacerse. La primera parte me dió un escuadrón por regimiento, es decir, un total de mil cuatrocientos á quinientos caballos. Se dedicó particular cuidado al saneamiento de los caballos, y en quince días, con algunos socorros en caballos de artillería, obtuve dos mil quinientos caballos de caballería y treinta y seis piezas atalajadas. Un antiguo convento de Salamanca, puesto al abrigo de un golpe de mano, llegó á ser un fuerte donde se establecieron como en depósito *la impedimenta* del ejército y los víveres de reserva. Se repararon también y armaron los fuertes de Zamora y Toro.»

puesto el aliado, que fué á situarse en la línea del Caya, fronteriza de Portugal.

Situación crítica en la Península.

Entonces se creó en la Península una de las situaciones más críticas por que pasara en la guerra de la Independencia. Podría decirse que en derredor de Badajoz, como antes en Torres Vedras y más decisivamente quizás, iba á resolverse el árduo problema, hacía tres años planteado, de á quién correspondería el triunfo definitivo, si al hasta entonces invicto Emperador de los franceses ó á la nacionalidad hacía tiempo tenida en poco para la suerte del mundo. Fuera de aquel estrecho espacio de la vega extremeña del Guadiana, parecían como en suspenso las operaciones de la guerra; que si en Cataluña había de causar profundo efecto la pérdida de Tarragona y en Cádiz reinaba el descontento por lo estéril del triunfo de Chiclana, ni en una ni en otra de aquellas regiones, tan distantes entre sí, penetró el pánico ni aun el desánimo en sus habitantes. En Cataluña renacía el entusiasmo patriótico como si en la ciudad del Francoli hubiera sólo perdido una cabeza la hidra tan repetidamente citada por el general Kellermann, el mónstruo á cuyo exterminio nunca acababa de acudir el Hércules, su incomparable jefe. En Cádiz, aquella victoria, por infecunda que fuera, había acabado con todos los temores que la permanencia constante de los enemigos á la vista y las primeras bombas hubieran podido infundir; los habitantes y el gobierno pensaban, más que en la guerra, en las discusiones del Congreso, en las polémicas de la prensa periódica y en las fiestas y aun en los chismes de la ciudad. Porque hasta en cosa de diversión se habían convertido las expediciones

á Ronda y Niebla, tan frecuentes por aquellos días; y el sitio de Cádiz, no impidiendo la comunicación con las provincias marítimas, con América ni la Gran Bretaña, era accidente que daba, hasta cierto punto, desahogo favorable para las operaciones de nuestros compatriotas en el resto de la Península. Portugal estaba completamente libre de la presencia del enemigo; otro tanto sucedía á Galicia y poco menos á Asturias, reducidos Kellermann y Bonnet á observar, nada más que á observar, á los españoles desde León y el curso todo del Órbigo. Nuestros guerrilleros de ambas Castillas campaban por todas partes interceptando los convoyes, teniendo en constante alarma las guarniciones de los pueblos ocupados por los franceses, la de Madrid misma, huérfana entonces de su novísimo soberano. Y lo que en Castilla, acontecía en Navarra y Aragón, donde Mina y Villacampa no dejaban un punto de reposo á los enemigos, si seguros en el primero de aquellos reinos con ampararse de la fortaleza de Pamplona y la proximidad del Imperio, y en el segundo por las armas y, sobre todo, el prestigio de Suchet, sin lograr nunca desembarazarse de tan importunos y tenaces paladines de la sublevación española. En cuanto á los ejércitos, el 7.°, de Mendizábal, organizándose sobre la comunicación principal con Francia; el 6.°, de Galicia, que Santocildes dirigía obstinadamente contra Astorga que muy pronto evacuaría el enemigo; el de Freire amenazando desde su campo de la Venta del Baul á Málaga y Granada, y el de Valencia atento á lo que pasaba en Tarragona pero principalmente á escarmentar otra vez las temeridades de Suchet, se mantenían con cierta libertad, que no

osaban turbar los franceses, débiles en todas partes para mantener su actitud ofensiva en Extremadura.

Posición de Lord Wellington.

Allí, con efecto, podían haber dado un golpe decisivo á la intervención anglo-portuguesa, tan influyente en la suerte de la guerra, en aquellos momentos particularmente.

¿Se atreverían á intentarlo?

Lord Wellington parecía brindarles á ello. Establecido en la línea del Caya, formó la de batalla desplegando su derecha desde la confluencia de aquel río con el Guadiana hasta la fortaleza de Elvas, de donde partía el centro de la posición, extendiéndose, la izquierda al Jévora en punto próximo á Campo Maior, en cuya fortaleza se apoyaba principalmente. A retaguardia ocupaba también el fuerte de Ouguella, más á la izquierda todavía, guarnecido, artillado y provisto para unos días; y el bosque y el pueblo de Arronches, aún más á la espalda, le servirían también de apoyo y para asegurar su retirada á Portalegre si se veía obligado á emprenderla. La posición era excelente; más fuerte en la derecha por cubrirla Elvas, pero con la ventaja en la izquierda de un terreno con cuyos accidentes evitaría que el enemigo conociese la fuerza y los atrincheramientos conque podría defenderla. El monte Reguingo, que se eleva entre Campo Maior y el Caya, era el principal accidente de aquella parte de la línea; y, difícil de reconocer, bastaba una brigada para ocuparlo y tener en jaque á cualquiera fuerza que emprendiese el ataque por toda la vasta extensión de aquel lado. Y como el terreno del frente de Campo Maior á Badajoz era poco ondulado, tenía la línea de los aliados la ventaja de descubrir cuantos movi-

mientos hiciesen los franceses al marchar sobre ella.

Lord Wellington había llamado á Spencer que, libre en el Coa y el Agueda de la presencia de Marmont á su frente, marchó á reunirse á su general en jefe con las dos divisiones que le había dejado. De modo que en el campo de batalla á que nos estamos refiriendo, se encontraba todo el ejército anglo portugués con una fuerza de 40.000 hombres de todas armas. De los españoles, había dispuesto Wellington *aconsejando* á Blake una gran *diversión* sobre la retaguardia del ejército de Soult, dirigida á amenazar, no sólo las comunicaciones, que tanto le interesaban, con Andalucía, sino á emprender la ocupación de Sevilla misma para aislar completamente á los sitiadores de Cádiz (1). También esperaba un gran golpe de caballería que acababa de llegar á Lisboa procedente de Inglaterra, y al general Grahám, á quien el 24 dió la orden de trasladarse á aquel puerto con varios cuerpos que creía innecesarios en la isla de León y se podrían unir pronto al ejército. Por lo demás, aun repugnando en tales condiciones como las en que se hallaba li-

(1) Le decía en despacho de 17 de junio: «Me atrevo á recomendar á V. E. que continúe su marcha mañana para llegar pronto á Andalucía. El enemigo no esperará tal movimiento y es probable que no lo sepa en algunos días, durante los cuales podríais tener tiempo de darles un buen golpe». Días antes le había aconsejado que operase sobre el condado de Niebla ó sobre Sevilla.

El conde de Toreno creyó que aquel movimiento había sido por inspiración de Blake. El despacho que acabamos de citar así como otro anterior dirigido por Wellington á Castaños, demuestran lo contrario. Al Lord le convenía más una maniobra sobre la retaguardia de Soult que la presencia de las tropas de Blake en el Caya.

Suponiéndolas junto al ejército inglés será tambien por lo que Toreno haga subir el número de los aliados al de 60.000.

brar un gran combate, cuyo malogro podría acarrear las más terribles consecuencias, el abandono quizás del territorio nuevamente conquistado á Massena, tampoco se negaba á resistirlo confiando en la solidez de sus tropas y en la fuerza de la excelente posición que había elegido. Situado en la quinta de San João, muy próxima á Elvas, y en el centro de la línea general ocupada por el ejército, esperaba obtener la misma fortuna que antes en Talavera, Torres Vedras y últimamente en Fuentes de Oñoro. Su admirable firmeza que nada abatía, ni contrariedades ni peligros; su talento especial para las operaciones defensivas por *lo circunspecto, penetrante* y *activo,* como dice uno de sus más sagaces compatriotas, y el conocimiento, *la conciencia* de su posición, le hacían arrostrar las dificilísimas circunstancias en que se halló durante aquella guerra con la serenidad, con la sangre fría que, no por ser característica en su raza, dejaba de ser en él admirada como su mayor excelencia.

Los generales sus enemigos.

Y que aquella era una de las más difíciles posiciones en que se halló Lord Wellington, no lo dudará quien, al observarla, cuente el número de sus enemigos junto á Badajoz y el talento y la experiencia de los generales que los mandaban. No hay para que tratar de Soult, bien conocido de nuestros lectores por la relación de sus campañas desde 1808 en que entró con Napoleón en España. Si por sus cualidades militares, tan apreciadas del Emperador, desde Austerlitz principalmente, y más acaso por su mala fe, su avaricia insaciable y crueldad, era temible para los españoles, no dejaba de serlo para los ingleses, aun habiéndole rudamente escarmentado en la Coruña y en Oporto. Marmont era

desconocido en España; pero era ya general su fama de entendido en las cosas de la guerra, y Wellington sabía de sobra que esa reputación era muy fundada por más que no hubiera él experimentado aún aquellos talentos en los campos de batalla. Camarada de Bonaparte en Tolón y siguiéndole en Lodi, Castiglione, en Malta y las Pirámides, en Marengo, Ulma y Wagram, donde había obtenido el bastón de mariscal, el duque de Ragusa, notable por sus vastos conocimientos científicos, por su valor heróico y tanto y tanto servicio como había prestado, era ya tenido por uno de los más hábiles generales franceses y, con decir que se le traía á España en substitución de Massena, se comprenderá la confianza que inspiraba á Napoleón y las envidias que suscitaría entre los demás mariscales sus émulos (1). Pronto saldrían á luz esas malas pasiones en contra del recién venido á España, ya que entre los que de antiguo peleaban con nuestros compatriotas y aliados no había amistad ni concordia posibles hallándose lejos del único que supiera imponerse á todos. Tan pronto como, ejecutado por Soult y Marmont un reconocimiento en las dos alas del ejército anglo-portugués, se acordó no ofrecerle un combate de cuyo éxito acabaron por desconfiar los dos, apareció entre ellos la discordia con los signos todos de sus más bastardos caracteres, la envidia y la hipocresía. La revela así Marmont, y no deja Thiers de dar fe á las amargas quejas del mariscal, favorito entonces de Napoleón, y

(1) Había sido enviado en 1796 á París para presentar al Directorio las banderas cogidas en Italia durante aquella campaña; y en el asalto de Malta en 1798, él fué quien por su mano se apoderó del estandarte de la Orden, conquistando con eso el empleo de general.

aun justificarlas. «Hacía cuatro días, dice el duque de Ragusa, que estábamos en Badajoz cuando una mañana se presentó Soult en mi alojamiento. Me anunció que acababa de recibir de Andalucía cartas que le inspiraban la más viva inquietud; partidarios procedentes de las montañas de Ronda habían amenazado á Sevilla; tenía él que partir y le era indispensable llevarse sus tropas, contando conmigo para velar por Badajoz y proveer á cuanto pudiera necesitar aquella plaza. Tan inesperada noticia, que nada hacía presentir; temor tan ridículo á las guerrillas y el tono en que se me daba á conocer, todo me sorprendió é inmediatamente me vino á la memoria el consejo de Junot (1). Y así me dije: Hé aquí un hombre que, en recompensa del servicio que acabo de prestarle, quiere ponerme en la posición más crítica: reducirme á que me haga batir por el ejército inglés y á ver la caída de Badajoz á mi vista. Y le respondí: Señor mariscal, comparto con vos sus cuidados por Andalucía, pero los sucesos que allí os llaman me parecen menos urgentes que lo que aquí tenemos. Id, si lo creis necesario, á Sevilla, pero dejando aquí las tropas. Ya lo sabeis; el ejército inglés entero se concentra y el que yo mando no tiene fuerza suficiente para él solo batirlo. Es indispensable la reunión de todos nuestros medios y precisa que el

(1) Junot le había dicho en Salamanca: «Vas á tener frecuentes relaciones con Soult, pues que serán muchos vuestros puntos de contacto. Desconfía de él; obra con prudencia; toma tus precauciones; porque te lo aseguro, si puede, á cualquier precio que sea, llamar sobre tí las mayores desgracias, no dejará de hacerlo. Te lo advierto porque he tenido ocasión de conocerle bien.»

¿Qué mejor ejemplo del fundamento de las acusaciones de

quinto cuerpo y la caballería del ejército del Mediodía se unan al de Portugal para establecer el equilibrio. Dejad, pues, á mis órdenes esos dos cuerpos y me quedaré con el ejército de Portugal en el Guadiana hasta que Badajoz esté reparado con provisiones y en estado completo de defensa; pero si os lleváis esas tropas, y ya enviaré oficiales que residan en sus cantones y me informen de lo que en ellos pase, si se marchan, al momento repaso yo el Tajo y contad con la exactitud de esta declaración y de mi resolución invariable.»

«Así, añade Marmont, quedó burlado el odioso cálculo de Soult.»

¿Cabe, aun mediando esas diferencias entre los dos mariscales, disculpar ni menos justificar la inacción de las franceses ante el ejército de lord Wellington en la línea del Caya? Sólo puede comprenderse sospechando en ellos la falta de una fuerza moral que hubieran hecho manifiesta á sus jefes los reveses recientes de la retirada de Portugal y de la Albuhera. Porque si los españoles de todas las partes de la Península trataron, recrudeciendo su acción ofensiva, de debilitar la de los franceses en Andalucía y en las provincias del interior con los ejércitos nacionales y las guerrillas, la jornada de Soult y Marmont era cosa de un solo día y en ese podrían quizás decidir de la suerte de sus armas en España y Portugal (1).

Junot que la conducta de Soult con Ney en la campaña de Galicia?

(1) Por más que Napier niegue esa acción de los españoles al tiempo de los sucesos á que nos estamos refiriendo, ¿á qué atribuir la evacuación de Asturias, el desmantelamiento y abandono de la plaza de Astorga, la nueva y creciente suble-

Sea de ello lo que se quiera, es lo cierto que Soult se volvió inmediatamente á Sevilla, y Marmont, cumplido su propósito de dejar la plaza de Badajoz bien provista de toda clase de recursos para su defensa, se trasladó en los primeros días de julio al valle del Tajo, en el que ocupó una posición central que le permitiera atender á la vez á lo que pudiera ocurrir en Castilla y en Extremadura. Estableció su cuartel general en Navalmoral, donde confluyen los caminos de Plasencia y Trujillo. Hizo fortificar el puente de Almaraz con obras considerables levantadas en la izquierda del Tajo y que se extendían hasta Miravete y aún más para cubrir con sus fuegos la carretera y la alta planicie por la que se dirige á Trujillo, que guarneció con su primera división y otras, aunque de menor importancia en la derecha, que ocupó también con tres divisiones. De ese modo, y situando la segunda división en Avila y la sexta en Plasencia y en los puertos de Baños y Perales, podía observar cuanto pasara en todo el valle del Tajo desde Talavera á Galisteo y Alcántara, en Castilla la Vieja desde el Tormes al Agueda, y en todas las avenidas de Mérida y Cáceres, las de mayor importancia en aquellos días (1).

Los franceses se separan de Badajoz.

vación en Castilla, Navarra y las Vascongadas, el bloqueo de Sevilla y los ataques á los sitiadores de Cádiz por los Rondeños y las tropas que salían de la Isla?

(1) Más adelante y al dar cuenta de las operaciones que tan gloriosamente para las huestes aliadas terminaron en la gran batalla de los Arapiles, haremos mención detallada de las obras que cubrían el puente de Almaraz, tan felizmente atacadas por el general R. Hill.

Entonces, libre de las atenciones siempre perentorias que exige la presencia del enemigo, fué cuando ocurrió á Marmont la idea de los molinos portátiles que luego generalizó en su ejército, inspirada en los mismos mecanismos que sirven

Mientras el mariscal Marmont se establecía en las márgenes del Tajo para observar los movimientos del ejército aliado en la dirección que tomase para sus operaciones sucesivas, fuera renovando el sitio de Badajoz, fuera para atacar la plaza de Ciudad Rodrigo, el duque de Dalmacia corría á Sevilla objetivo, según sus noticias, de las partidas españolas de Ronda, por un lado, y de las fuerzas del general Blake por otro.

Blake se dirige á Niebla.

Con efecto, al cruzar el Guadiana en Jerumenha para seguir el movimiento retrógrado de lord Wellington, el general Blake se había corrido por la orilla derecha de aquel río hasta Mértola, donde lo repasaba el 24 de junio. Desde allí debiera haberse dirigido lo más brevemente posible á Sevilla, que de seguro hubiera sido ocupada, ausente Soult, como estaba, á tan larga distancia, y llevando él las divisiones Ballesteros y Girón con la caballería toda de Penne Villemur, fuerzas sobradas para la ejecución de su empresa. Pero, en vez de eso, creyó Blake más conveniente la toma previa del castillo de Niebla que, guarnecido por 600 suizos á las órdenes del coronel Fritzherds, no sólo resistió el asalto de los soldados de Zayas, sino que detuvo

para la molienda del café (*a*). Los que inventó, fabricados en un principio por el armero del regimiento de Infantería número 50, M. Gindre, pesaban 30 libras y, manejados por un solo hombre, daban 30 libras de harina por hora. Cada compañía obtuvo uno, y el ejército de Portugal los utilizó entonces con resultado satisfactorio.

(*a*) Marmont en sus Memorias, lo mismo que en su obra magistral «Del Espíritu de las Instituciones Militares», publicada doce años antes, parece desconocer ó haber olvidado que los romanos se valían de molinos portátiles en sus campañas. No cita en ninguno de esos escritos tan curioso dato. ¿Será por ignorancia ú olvido? No lo creemos en hombre tan erudito. Por eso debemos atribuir su silencio en ese punto al empeño, no raro en los hombres, de hacer pasar sus pensamientos por originales.

Napoleón quiso servirse de esos molinos en la campaña de Rusia; pero si le llegaron á Smolensko era ya tarde, cuando, al decir de Marmont no había brazos que los moviesen ni soldados que se sirvieran de ellos.

á todo el ejército el tiempo que necesitaba para llegar á Sevilla antes que Soult (1). Aquel fracaso produjo además la dispersión, pudiéramos decir, de las tropas de Blake, quien por Alcutím y Villa Real fué á parar á Ayamonte para embarcarse y acogerse de nuevo en Cádiz mientras Ballesteros quedaba operando en el Condado, y Girón, con una pequeña parte de su fuerza y la caballería, remontaba el Guadiana para volver á Extremadura á reunirse al quinto ejército, con el cual le veremos luego en Valencia de Alcántara y Cáceres á las órdenes de Castaños, su general en jefe. Ya también se encontraba allí la segunda división, columna móvil, que la llamaban, mandada por el brigadier Morillo, quien, destacado del ejército, no cesó en dos meses de hostilizar á los franceses por toda la izquierda del Guadiana y Sierra Morena, ya sorprendiendo en Belalcázar al coronel Normant y haciéndole muchos muertos y prisioneros que envió al tercer ejército, ya derrotando á otro en Talarrubias, ya, por fin y después de indecibles trabajos, burlando el encuentro de varias

(1) No tiene nada de extraordinario que no se lograse la toma del castillo de Niebla, porque, además de su posición topográfica y de la fortaleza de su recinto, puesto hábilmente en estado de defensa y artillado con siete cañones y dos obuses, poseía una torre, la del homenaje, de una solidez que alguno ha calificado de *monstruosa* por lo grueso del muro y la calidad de los materiales con que fué construída. Tenía también á cubierto su puerta de entrada con una medialuna y fortificadas las casas más próximas. La falta de artillería de grueso calibre, lo corto de las escalas con que se pretendió asaltar aquella verdadera ciudadela, y lo flojo y torpe del ataque produjeron el fracaso de una intentona que, como vulgarmente se dice, no venía á cuento en la importantísima empresa que se había encomendado al general Blake.

columnas que se dedicaron á escarmentarle de tal y tan aventurada expedición por campos dominados completamente por el enemigo (1).

Operaciones de los españoles en Galicia y Asturias.

Y cual Morillo en Extremadura, Ballesteros en Niebla y Valdenebro y Begines en Ronda y el campo de Gibraltar, se movían y peleaban en la frontera de Galicia y en Asturias los generales Santocildes, Castañón y Losada. Santocildes, ya lo hemos dicho, ejercía el mando del sexto ejército, con carácter de segundo de Castaños que obtuvo el del quinto y sexto reunidos, pero con la libertad de todo punto necesaria cuando ha de operarse en terreno apartado del cuartel general. Seguía Moscoso de jefe de Estado Mayor, siempre tan activo y emprendedor, entónces tratando de completar la organización de aquel ejército y de poner por obra el plan, de que también dimos cuenta, dirigido á una iniciativa tan enérgica como prudente sobre el Vierzo y las sierras que lo separan de Astorga y de León. Santocildes, organizadas apenas y en lo posible las tropas de su mando, avanzó desde Lugo sobre Villafranca al frente de unos 7.000 infantes y 400 caballos, mientras desde Puebla de Sanabria lo hacían 5.000 á la Bañeza para ocupar la línea de los franceses

---

(1) Existe una carta dirigida á la duquesa viuda de Abrantes por su administrador en Cáceres, en que la manifiesta el 4 de agosto haber llegado á aquella ciudad días antes Morillo con su división de 500 á 600 caballos de varias partidas.

La acción de la dehesa de la Bodeguilla junto á Talarrubias, fué muy notable por los obstáculos que hubo de salvar la fuerza de Morillo. Allí hubo cargas á la bayoneta por nuestros infantes para desalojar á los franceses de los parapetos en que se abrigaban, y cargas de caballería saltando cercas y vallados, con lo que se consiguió causar al enemigo varios muertos, 149 prisioneros, entre los que su jefe y cuatro oficiales, cajas de guerra, fusiles y municiones.

Aquella acción tuvo lugar el 2 de julio.

en el Órbigo. La operación surtió sus efectos, como bien pensada para el caso en que se hallaban los franceses de Castilla con la marcha del duque de Ragusa á Extremadura. No sólo se retiraron los que ocupaban aquella línea volando las fortificaciones de Astorga el 19 de junio de 1811 y reconcentrándose en Benavente, sino que Bonnet, llamado á León para resistir la maniobra de Santocildes, hubo de evacuar el Principado de Asturias, perseguido de cerca por las tropas de Losada, Castañón y Porlier á pesar de la fatal jornada de Puelo que privó aquel ejército de la dirección del general Bárcena, herido en ella. No había cesado un momento la lucha en los valles de aquella provincia, y los del Nalón y el Narcea fueron en marzo teatro de aquella acción en que el general Valletaux hubiera derrotado completamente á los asturianos sin los esfuerzos de Porlier que lo contuvo en lo mejor de su triunfo. Sucedíanse los choques cada día cuando Bonnet recibió la orden de evacuar el Principado, con lo que Porlier pudo dirigirse á Santander para mandar el séptimo ejército hasta la llegada de Mendizábal, y Castañón, que campeaba en la parte occidental, pasó las montañas pirenáicas para formar la izquierda del ejército de Galicia.

La evacuación de Asturias por las tropas francesas se hizo por Santander y León; embarcando en Gijón los enfermos y heridos de la división, así como toda clase de víveres y el botín recogido en aquella provincia, que se llevaron á Santander en 23 lanchas, escoltadas por otras tres bien provistas de armamento y con tripulaciones suficientes de guerra. De las tropas, una parte también se dirigió por tierra á Santander y Bur-

gos; el resto pasó á León después de evacuar sucesivamente Oviedo y las demás posiciones, fortificadas ó no, que ocupaba en el Principado.

Aquel abandono de provincia de tal importancia militar y política disgustó al Emperador que, en despacho del 8 de junio, se lo manifestaba así y bien elocuentemente al príncipe de Neuchatel: «Escribid, le decía, al duque de Istría que antes de hacer evacuar las Asturias por el general Bonnet, piense bien lo que hace; que yo considero esa disposición como muy mala; que el general Bonnet, ocupando Oviedo con 6.000 hombres, cubre la llanada de Valladolid y León y amenaza con lanzarse sobre Galicia; que su posición, á la vez que defensiva por Valladolid, las montañas de Santander y Vizcaya, es ofensiva contra Galicia; que á esa posición atribuyo el que los gallegos no han emprendido nada, que temen verse á cada momento atacados por él llegando por sus espaldas; que si el general Bonnet evacua Asturias, el duque de Istría se verá obligado á situarle en Santander y así no hará sino dejar descubiertos León y Valladolid y en libertad á los insurgentes de dirigirse á Astorga y Benavente; y que eso será dar un paso atrás.....» No se hizo la evacuación tal como Napoleón temía; pero, aun así, Castañón, dejando el Principado completamente libre de enemigos, pudo marchar con más desembarazo y sin temor á flanqueos que pudieran presentársele por la parte alta de León, y el sexto ejército penetrar sin dificultad en Astorga, donde Santocildes satisfaría el legítimo orgullo de la reconquista de una plaza que constituía y constituirá siempre su más preciada gloria. Desde allí se puso en observación de los movimientos

que pudieran ejecutar Bonnet, Seras y el mismo Bessiéres, que acudió con 2.000 hombres en auxilio de sus tenientes, á quienes dejaba después de algunos días de mantenerse allí, suficientemente reforzados en su concepto para no temer revés alguno. Pero Valletaux, á las manos siempre con los nuestros de Taboada, avanzó con 3.000 de los suyos al Órbigo; y, hallándolos en unas alturas próximas á Cogorderos, los atacó sin detenerse á contar su número ni á calcular lo fuerte de sus posiciones. El encuentro duró algunas horas, en las que llegó Castañón al campo de batalla, decidiéndola con la muerte de Valletaux y la de muchos de sus soldados y oficiales. Los vencidos huyeron á Benavides y León, al abrigo de las fuerzas del general Bonnet que concentró en aquella capital cuantas tenía por las inmediaciones destacadas y operando en su retirada á Santander.

Esto sucedía el 23 de junio, y el 2 del siguiente mes de julio, llamando á sí al general Cabrera, que había mantenido hasta el 25 la estratégica posición de Puebla de Sanabria, Santocildes se apoderó de toda la línea del Órbigo, tan peligrosa para el mantenimiento de los franceses en la del Esla desde León á Valencia de Don Juan y Benavente. No es así de extrañar que, con eso y la muerte de Valletaux, se alarmasen los imperiales; y Bonnet, desde León, y Bessieres, desde Valladolid, acudieron á rechazar á los españoles y obligarles á acogerse á las montañas que cierran la entrada del Vierzo. Bessiéres creyó deshecho aquel nublado que sus tenientes tomaban por tan amenazador, y regresó á Valladolid, si hostigado incesantemente por Príncipe y su guerrilla de Borbón, cometiendo por

el camino sus soldados los excesos más bárbaros (1).

La marcha del duque de Istria devolvió á Santocildes la confianza necesaria para reanudar sus operaciones ofensivas. Llegábanle refuerzos de todo Galicia; las partidas de guerrilla pululaban en derredor de Bonnet y del general Jeannin, que había reemplazado á Valleteaux, y se esperaba al portugués Silveyra que, desde su gobierno de Tras-os-montes, se adelantaría por la derecha de nuestro 6.° ejército. Y volvió á avanzar sobre Astorga y el Orbigo. Salióle Bonnet al encuentro el día 15 de julio con sus fuerzas y más de 2.000 hombres y piezas de artillería que le llegaron de Benavente. El choque se verificó en una meseta que se halla entre los caminos de San Justo y San Román, quedando victoriosos los nuestros, cuyos jefes, Castañón, Mascareñas y Peón, dirigieron el combate con grande energía y rara habilidad á vista de los generales Losada y conde de Belveder. Pero el 17 asomaba de nuevo Bessiéres por Valencia de Don Juan con poderosos refuerzos, reuniendo fuerza tan numerosa que el 6.° ejército hubo de suspender por segunda vez su avance al Esla.

En Burgos y Navarra.

Aquella reunión de los franceses hubo, sin embargo, de descomponerse, porque Bessiéres, que había salido de Valladolid el 12 de julio, se vió obligado á volver á los pocos días por noticias que le llegaron su-

(1) Las correspondencias del 6.° ejército señalaban, entre otras, la barbaridad á que vamos á referirnos. «En Orbigo cogieron (los franceses) á un albeytar que había herrado algunos caballos de nuestros soldados, lo ataron á 4 de los suyos que, espoleados en direcciones opuestas, descuartizaron al infeliz, cuyos miembros palpitantes fueron arrastrados por el campo, celebrándolo con risa atroz aquellos monstruos».

mamente alarmantes, la del ataque, en particular, de varias partidas de guerrillas que se habían presentado ante aquella capital y aun intentado el día 15 su ataque. Y era que Mina, Longa, Cuevillas y Salazar se habían reunido en Villarcayo y Medina de Pomar, y extendido sus partidas por el país en busca de víveres, ayudados de las del cura Merino y Amor que vigilaban la carretera general de Francia para sorprender los convoyes del enemigo. Los despachos expedidos por Dorsenne el 9 y 10 así se lo anunciaban á Bessiéres; y, con efecto, el 15 se apoderaba Merino de gran porción de ganado á la vista de la ciudad del Cid, donde Santillán metía arrebatadamente un fuerte destacamento de caballería francesa después de destrozarlo el 17 en Rubena.

Dorsenne atribuye la presencia de Mina en Villarcayo al deseo en el célebre guerrillero de descansar algunos días de las fatigas de la persecución incesante que sufría en Navarra y curarse de la herida que había recibido en un brazo. No es extraño que, como á fines del año anterior, necesitara de algún reposo quien acababa de ejecutar una de sus más fatigosas pero también más brillantes hazañas. Desde la rota de Belorado, que ya llevamos citada, en que, sorprendida la caballería en Cuzcurrita y desbaratada la infantería que, en ausencia suya, mandaban Hernández y Gorriz, perdió la división navarra más de 400 hombres, andaba Mina buscando ocasión de vengar los bárbaros fusilamientos ejecutados por el general Roquet en Santo Domingo de la Calzada (1). Mientras Gorriz, no repuesto de su

(1) Fueron setenta los prisioneros de Belorado que el san-

descalabro ni aun con la presa de un convoy francés junto á Vitoria, se veía obligado á refugiarse en Ilzarbe, perseguido vivamente por sus enemigos, Mina y Ulzurrun los batían á fines de noviembre de 1810 en Tafalla, Erice y Lecumberri, cogiéndoles correos, convoyes y prisioneros en gran número. Tal fué el escarmiento sufrido por los imperiales que hubieron de dar tregua á sus operaciones contra Mina, distrayendo, además, parte de sus fuerzas para reforzar á Massena que, como tantas veces hemos dicho, las reclamaba con insistencia desde Portugal. Aprovechó Mina aquel descanso para reorganizar sus fuerzas, algo desmoralizadas con la desgracia de Belorado, instruirlas en cuanto lo necesitasen para el género de guerra que andaban haciendo hasta entonces y era posible darles en tan críticas circunstancias y en tales condiciones como por las que pasaban y tenían, para dar, sobre todo, al cuerpo de sus oficiales la consistencia y espíritu que debían tener para medirse con los tan expertos del ejército napoleónico (1).

---

guinario Roquet llevó á Santo Domingo para allí fusilarlos todos. «Casi perdí el juicio cuando me dieron conocimiento de este desastre», dice Mina en sus *Memorias*. «Juré vengarlos, añade luego, si los generales franceses no se daban á partido en punto á respetar los prisioneros».

(1) Un episodio, narrado por Mina, revela cuáles eran los medios á que tenía que recurrir para el logro de sus medidas de organización y disciplina. Dice en sus *Memorias*: «Su gala (la de los subalternos) era la de ostentar como objeto de marcial atención unas grandes matas ó guedejas de pelo que de ambos lados de la cabeza les colgaban hacia las sienes y cruzaban por detrás de las orejas; esto ocasionaba la cría de inmundicia, que se extendía después á todas las partes del cuerpo, y de la que venían plagadas sus carnes y los miserables andrajos que en alguna parte las cubrían; tenía preparados nuevos vestuarios, pero antes de entregárselos quise que se limpiaran bien de toda la porquería que llevaban; llamé á los

Las desgracias recientes de la división navarra sirvieron á aumentar su fuerza, acudiendo voluntarios del país en tal número que bastó para formar el 4.° batallón, cuyo mando se confió á Ulzurrun que tan buenos servicios acababa de prestar. La nueva campaña que Mina preparaba así en Lumbier, se inauguró á mediados de diciembre de 1810 batiendo, junto á Monreal, á 700 franceses procedentes de Pamplona que, aun peleando con gran bizarría por parte de la tropa y una inteligencia notable por la de sus jefes, tuvo que retirarse á aquella plaza con pérdida de 48 muertos, muchos heridos, que lograron llevarse, y 70 prisioneros. Y como en Monreal, se atrevieron los imperiales á presentarse en Aibar con 1.500 infantes y 200 caballos, ofreciendo á los navarros un combate en que esperaba exterminarlos un nuevo general francés y lograr después la captura del material que Mina había reunido en su cuartel de Lumbier. Ruda se hizo la pelea: los

---

jefes y encarguéles que la primera operación que debía ejecutarse era la cortadura del pelo; me manifestaron sorpresa y recelos de encontrar resistencia mientras no se diese á los voluntarios el ejemplo por parte de los jefes. Disimulando mi enojo, porque realmente yo era el más exagerado en conservar aquella gala, hice que se formara toda la tropa; mandé recoger cuantas tijeras hubiese por el pueblo (Lumbier), y llevadas á la formación y repartidas por mí propio á las compañías, dí la orden para cortar el pelo, y á mi presencia misma se hizo la operación en brevísimo tiempo, sin que se oyese la más mínima expresión de resistencia. Yo sólo, entre los voluntarios, fuí el que conservé la distinción, pero ya que hice observar el acto de subordinación, y cuando apenas se recordaba el hecho, me igualé á todos. De aquí data la observancia de la verdadera disciplina militar de la división de Navarra, que estoy seguro no desaventajaba á ninguna otra de las del ejército, cuando, concluída la guerra, fué disuelta.»

Hizo también entonces ejecutar á Hernández (El Pelado), monstruo de crueldad sin consideración á la Iglesia, la justicia, edad ni sexo.

franceses, á pesar de la inferioridad numérica de sus fuerzas, lucharon gallardamente, acometiendo á los nuestros con singular maestría en sus maniobras. Los batallones navarros 1.° y 2.° mantuvieron sin cejar el fuego para que el 4.°, nuevo y todo, diese una brillante carga á la bayoneta que, sin embargo, fué rechazada. Esto produjo el que se mezclaran los combatientes luchando cuerpo á cuerpo y con el mayor encarnizamiento hasta que, herido el jefe imperial, se pronunciaron los suyos en una retirada que paró muy pronto en otro desastre que les costó más de la mitad de su gente. Aquellas acciones que tan sólo costaron á la división navarra 130 y 180 bajas respectivamente, sirvieron á Mina para en Lumbier reanudar sus trabajos de organización, establecer por completo la disciplina más severa, ocurrir á las atenciones del racionamiento de la tropa, muy deficiente aún, y prepararse á resistir un nuevo ataque, muy próximo según las noticias que recibía de Pamplona.

Las márgenes del Irati fueron el teatro de la acción de los días 9 y 10 de enero de 1811. En el primero, fueron rechazados los 4.000 infantes y 300 caballos que con varias piezas de artillería formaban la columna francesa á las órdenes de los generales Dumoustier y D'Armagnac. En el segundo, los franceses, que durante la noche habían recibido grandes refuerzos, lograron, aunque con grandes pérdidas, cruzar el río y, penetrando luego en Lumbier, entregarse al saqueo y á sus atropellos de siempre mientras los nuestros se retiraban al histórico monasterio de Leire. No los siguió la columna francesa, deteniéndose en Navascués temerosos sus jefes de enriscarse por los estribos pire-

náicos que forman los valles de Salazar y el Roncal. Al retirarse á Lumbier y de allí á Pamplona, fuéles picando la retaguardia Cruchaga que, curado de la herida que recibió en Tarazona, se había incorporado á la división navarra, cuyo 4.° batallón, entretanto, había batido en la Borunda á unos 500 enemigos procedentes de Vitoria.

Pasaron los meses de marzo y abril, después, en operaciones militares que Mina ejecutó casi siempre felizmente entre Estella y Piedra Millera, cerca de los Arcos, junto á Estella también, accioncilla desgraciada, en que, decía Reylle, había perdido más gente que la cogida á los navarros en dos meses de correr tras de ellos, en las inmediaciones de Maestu, en una porción de choques inevitables con las tropas de los generales Cafarelly y Harispe que, por fin, hubieron de abandonar aquel país para trasladarse á Castilla y Cataluña respectivamente (1). Al ver que la persecución resul-

(1) Es muy de notar la circunstancia de encontrarse frente á frente el tan celebrado jefe de los *Chasseurs-Basques* de 1793 á 95, general Harispe, y el no menos valeroso y hábil de la división navarra en 1811. Quien lea la historia de tan valientes montañeses podrá creer que es muy difícil superar la destreza de Harispe en el mando de aquella clase de tropa y más todavía peleando en un país fronterizo al suyo, donde se habla el mismo idioma y en que ya había hecho la guerra. Por eso, dice Mina en sus *Memorias*: «Y en esta ocasión contaba con un enemigo, que era el general Harispe, que podía hacerme mucho mal, especialmente hacia el país montañoso, porque le conocía, en primer lugar, y, en segundo, porque siendo hijo de uno de los pueblos de Francia rayano á nuestra frontera, le era familiar el idioma vasco, que es el de los montañeses navarros.....»

Pero más que esa circunstancia, hizo pensar á Mina en una jornada al alto Aragón la del gran número de franceses conque Dumoustier y Harispe, reforzándose cada día con tropas que les enviaba el implacable Reylle, le iban ocupando los puentes y angosturas que podrían servirle para burlar la persecución de que era objeto. Iba, pues, á pasar los puentes de

taba inútil para el objeto de exterminar la sublevación popular de Navarra, trató Reylle de inutilizarla atrayéndose por modos suaves á los habitantes, ya concediendo la libertad á algunos de los presos en los calabozos de Pamplona, ya celebrando fiestas que los distrajesen del cautiverio en que vivían los de la capital (1). No duró mucho tiempo aquel simulacro de blandura por parte de Reylle que al poco tiempo, en los primeros días del mes de mayo de 1811, volvió á sus anteriores violencias. Pero Mina se había rehecho de la precedente persecución; y después de una fuerte escaramuza en que Cruchaga, valiéndose de unos mosquetes, invención del navarro Juescun, que le hicieron servicio de artillería, podríamos llamar portátil, re-

---

Sangüesa y Gallipienzo cuando, hallándolos cortados y guarnecidos por los franceses, se dirigió al valle de Urraul, donde se vió acometido por un número muy superior al de sus partidarios. «El bravo general Harispe, dice Mina, esforzábase en animar á los suyos, y era bien correspondido; pero siempre experimentaba pérdidas en los arranques de sus soldados: su caballería sufrió infinito. En acometidas de los unos y en rechazos de los otros duró el fuego desde las ocho de la mañana hasta que desaparecía el sol, y en un intermedio el general Harispe me envió un parlamentario, proponiéndome cuartel recíproco de prisioneros. Gustosísimo, accedí á la propuesta, y dije al parlamentario: *Yo no soy el que primero ha desconocido este derecho de los guerreros que pelean encontrados; ustedes son los que han dado el ejemplo. Diga usted á su general que yo me felicito de haber encontrado un enemigo que sabe respetar aquel derecho que tan solamente es desconocido en Navarra por los que gobiernan en nombre del emperador.*»

Terminó la acción con el día y Mina se retiró á Izal mientras Harispe lo hacía á Adoaín.

(1) Pero ¡qué género de demencias las del general Reylle! Puso en libertad á un voluntario con la condición de lidiar un toro, ya que no se presentaban diestros para hacerlo. El *Turripallas*, que así se llamaba, salió bien de milagro con ayuda de otros mozos que se pusieron por compasión á su lado; pero, al abandonar la plaza, se le desbocó el caballo y de resultas del golpe, estuvo enfermo mucho tiempo.

chazó el ataque de una columna enemiga de 3.000 infantes, 300 caballos y varias piezas, Mina, repetimos, aparecía en Alava para dar el golpe de mano que no hace mucho calificamos de una de sus hazañas más brillantes.

Había tenido noticia de que se hallaba en Vitoria el mariscal Massena de vuelta de su desgraciada campaña de Portugal. Sabía también que uno de aquellos días continuaría su marcha á Francia con gentes de su séquito y con sus equipajes cargados de objetos de valor, fruto de sus exacciones y rapiñas. Era de codiciar la presa, más aún que por el botín que ofrecía, por la captura de tan excelente capitán como el *Hijo mimado de la Victoria*, que así vendría á terminar su gloriosísima carrera á manos de un obscuro militar, de un guerrillero, de un *brigante* español, despreciado, como los demás, por los incomparables generales de Napoleón. Ese era para Mina un aliciente, un aguijón agudísimo que le animaba á emprender una acción, cuanto más temeraria y arriesgada, más digna de sus extraordinarios alientos. Formó, pues, su plan; y, bien madurado, se establecía el 25 de mayo en los flancos del puerto de Arlabán con los batallones de su división y un escuadrón de caballería que, sin saber uno de otro, habían hecho una marcha de dos días y una noche seguidos para no ser sentidos de los franceses de Vitoria.

La hazaña de Arlabán.

Salió, con efecto, el convoy al amanecer de aquel día, escoltado por 2.000 infantes y 200 caballos, llevando dos coches con un general y otros jefes, varias cargas de armas y equipajes, y gran golpe de prisioneros españoles, cuyo número ascendía al de 1.100

entre oficiales y soldados (1). Pero no iba Massena; se había quedado en Vitoria, y se frustraba aquel aliciente que, más quizás que el de salvar á los prisioneros, llevó á Mina á los montes de Arlabán. Al llegar á ellos el convoy, la escolta caminaba dividida en tres cuerpos ó grupos: el primero á la cabeza, como de vanguardia; otro en el centro con el grueso de los equipajes y carros de enfermos y heridos, sobre 100, los carros en su totalidad y los prisioneros españoles; el tercero, en fin, formando la retaguardia de línea tan larga, débil, por consiguiente, para resistir la terrible acometida que se le tenía preparada. Mina emboscó los tres primeros batallones y la caballería en los lados de la carretera que, salvado el puerto, desciende dando varias vueltas por Salinas de Léniz á Escoriaza, Mondragón y Vergara. El 4.° batallón recibió también la orden de concurrir á la acción situándose en punto desde el que, en lo más recio de la pelea, cayese sobre el enemigo para completar su derrota. El insigne guerrillero, siguiendo su plan y la práctica de todos los nuestros en esa clase de operaciones, dejó pasar la vanguardia francesa y se precipitó sobre el centro del convoy al llegar éste á la altura de los batallones emboscados. Los franceses, en el primer momento de la sorpresa, se dieron á la fuga; rehaciéndose, con todo, una parte de ellos para, detrás de los carros, defenderse del fuego y de las bayonetas de los nuestros. Otros, aunque pocos, pero auxiliados por la guarnición de Salinas, se ampararon de una altura desde la

(1) Thiers dice que los de la escolta eran 400 fusileros de la guardia joven y 150 sargentos y soldados de los cuadros del 28.° ligero y el 75.° de línea.

que se proponían prestar apoyo, aunque poco eficaz, á aquellos de los suyos que luchaban en la carretera (1). Todo inútil: los de Mina arrollaron cuantos obstáculos trataron los franceses de oponerles, mayormente cuando, libres los prisioneros, pudieron prestarles la cooperación de que eran capaces por su número y condiciones. Pero cuando la derrota de los imperiales llegó á hacerse general é irreparable, fué al salir la caballería de Mina de su emboscada. Mezcláronse en la lucha los combatientes de uno y otro bando; Mina, después de cruzar su sable contra los jinetes franceses que quedaban con el convoy, pues los demás habían huído en dirección á Vitoria, se dirigió á los coches ocupados por familias francesas, defendidos por el coronel Laffite que fué hecho prisionero, y por otro jefe

(1) Atento siempre Napoleón á obviar las dificultades que la dominación francesa pudiera hallar para hacerse completa y tranquila, á la vez que enviaba el 10 de junio á sus generales instrucciones detalladas á fin de hacer inexpugnables ciertos puntos que, como Burgos por ejemplo, consideraba muy importantes, las daba también para ofrecer las seguridades posibles á las comunicaciones, á los convoyes y á los destacamentos de tropas en sus marchas por España. Hay un despacho suyo en que, al dictar órdenes para la fortificación del puente de Miranda con una gran cabeza que sirva para asegurar su ocupación de cuerpo de guardia, de almacén y reducto, hace decir al general Caffarelli «que sería conveniente construir algunas torres en las alturas que forman los desfiladeros de Vitoria á Irún». «Diez de esas torres, añade, establecidas en los picos, con 30 hombres en cada una, serían de gran utilidad; serían vigías que observaran las alturas y nos mantuvieran dueños de ellas. Cada torre no puede costar más de 10.000 francos; dinero y trabajo bien empleados».

Para evitar sin duda la repetición de lo de Arlabán, escribía Napoleón el 31 de julio: «La primera (de las torres) será construída en el alto de Salinas, y de manera que las señales que desde ella se hagan, den á conocer lo que pase en aquellas montañas». Y añadía después: «Nunca será suficiente la priesa que se dé en establecer una de esas torres en las alturas de Salinas».

¡Qué hubiera sido de haber caído Massena en poder de Mina!

que cayó allí muerto. Con eso acabó la resistencia. Los que no consiguieron escapar, se rindieron á los vencedores, en cuyas manos quedó un botín cuyo valor se hizo ascender al de cuatro millones de reales. El más rico, sin embargo, consistió en la libertad de los prisioneros que no acababan de abrazar á los navarros sus amigos, el de los franceses que se cogieron, y en el honor, sobre todo, de una jornada que habría de producir grande consternación en Francia y mayor vergüenza y rabia á su emperador (1).

Lo que produjo en Mina un gran disgusto, una verdadera decepción, fué el no haber logrado la captura del duque de Rívoli que, por causa ignorada, se había quedado en Vitoria. Dícese que fué grande la rabia del Mariscal con la noticia que le llevaron los fugitivos del desastre de Arlabán, y que hizo salir inmediatamente al general Caffarelli con tropas suficientes para, á su vez, escarmentar á Mina. Caffarelli no llegó

---

(1) Mina, según Thiers y otros escritores franceses, se precipitó sobre la columna imperial *como un buitre*, aplicándose por el pronto á poner en libertad á los prisioneros y después, ayudado por ellos, á degollar desapiadadamente (á égorger impitoyablement) á los enfermos y heridos que iban en el convoy. No es cierto esto último: consta, no sólo por la de Mina sino por las relaciones más imparciales, que no hubo tal ensañamiento con los vencidos. Por el contrario, y á pesar de haber vuelto Reylle á sus procedimientos de crueldad, Mina permitió que siguiesen su marcha los coches de las señoras y los carros de los enfermos ó heridos, y si apareció muerto un tránsfuga, ayudante que había sido de Castaños, lo había sido en la pelea, recordándose después su traición y su conducta bárbara con varios prisioneros españoles que había hecho fusilar anteriormente. Schépeler dice: «Des dames et des femmes traitées avec décence par ses soldats, continuérent leur chemin».

Cuantos detalles puedan desearse de acción tan brillante los hallará el lector en el parte oficial de Mina á la Regencia, publicado en la *Gaceta* del 27 de julio de 1811. (Véase el apéndice núm. 13).

á tiempo al campo de batalla, tan feliz y completamente acabada por nuestros compatriotas que, después de repartirse bien despacio el botín y de descansar de sus rudas marchas anteriores y de la sangrienta tarea que habian ejecutado pocos momentos antes, se retiraron tranquilamente á Zalduendo y Estella. Sus bajas consistían en 3 muertos y 12 heridos, mientras las de los franceses fueron de más de la mitad de sus combatientes, muertos ó heridos, y de más también de 100 prisioneros de guerra que fueron llevados á Navarra (1).

Eso produjo entre los franceses un efecto desastroso y, para neutralizarlo, marchó Caffarelli á Navarra donde, unido á Reylle, se dirigieron el 13 de junio los dos con 5.000 bayonetas, 1.200 caballos y varias piezas á Puente la Reina y Tafalla, mientras vigilaba el Ebro Dumoustier, establecido fuertemente en sus orillas. Al primer empuje de Mina, Reyllo hubo de perder terreno, retirándose á Tafalla y dejando dos de sus piezas en poder de la vanguardia navarra; pero, interviniendo entonces los húsares de Caffarelli, la cortaron del primer batallón y Mina se encontró rodeado de enemigos y en la precisión de arrojarse á tierra para luego recobrar su caballo que, por instinto generoso, le fué siguiendo en sus movimientos de evasión. Jamás se había visto el célebre guerrillero en situación tan apurada.

Los enemigos, con eso y prevalidos del número, á intervalos muy desproporcionado según lo era el de los que entraban de Francia para reforzar los ejércitos

(1) Schépeler dice que el 4.º batallón navarro, que llegó después de una marcha de 12 millas, detuvo á los franceses que habían salido de Vitoria con cuatro piezas de artillería.

que combatían en el centro de la Península, persiguieron á Mina y los suyos con la actividad y el encarnizamiento á que les impulsaba tal ventaja por los valles del Irati y del Arga. Sorteó Mina esa persecución con singular destreza, tanto ó más necesaria en aquellos días por haberse presentado á sus espaldas el general Klopizki, tan experto ya en una lucha que se le había hecho habitual con Villacampa, Durán y otros guerrilleros de Aragón. Repartió, pues, el navarro la división de su mando por varios valles y montes del país, y, á la cabeza de 300 jinetes, se trasladó á las tierras de Villarcayo y Medina de Pomar, alarmando con su presencia allí, y la de Longa y Amor, al general Dorsenne, como lo puso de manifiesto al dirigir á Bessiéres los despachos á que antes hicimos referencia.

En Santander y Vizcaya.

Cuando aquellos guerrilleros andaban en conciertos para sus futuras operaciones, iba organizándose en las montañas de Santander el 7.° ejército, cuyo mando, ya se dijo, se había conferido al general Don Gabriel de Mendizábal. Mientras llegaba á hacerse cargo de él, lo ejercía Porlier, quien, para dar tiempo á la organización general del ejército y distraer al enemigo del pensamiento que pudiera abrigar de estorbarla, destacó al tantas veces nombrado también D. Mariano Renovales con la misión de, reuniendo las partidas que operaban en Vizcaya, formar batallones sueltos que dieran carácter más militar á la sublevación de aquella provincia. Renovales, que ya tenía á sus órdenes dos batallones de procedencia vascongada, 1.os respectivamente de Guizpúzcoa y Encartaciones, confió el desarrollo de su cometido á tres oficiales del ejército, D. Francisco Mugártegui, D. Antonio Calvetón y

Don José Gómez de Arteche, quienes, con 34 hombres cada uno, penetraron en el Señorío, siendo perfectamente recibidos de los naturales, ávidos de hacer eficaz y patente su patriotismo. (1). Cada día de los del año de 1811, á que nos estamos refiriendo, tuvieron nuestros tres oficiales que pelear con las guarniciones de los pueblos que hallaban al paso y con los destacamentos que el general Abril hacía salir de Bilbao en su persecución; pero, con fortuna en ocasiones y sin ella en otras, fueron, como suele decirse, arraigando en el país, aumentando su fuerza con los voluntarios que se les presentaban con armas y dirigiendo los desarmados á Potes para ser allí instruídos y disciplinados.

Porque uno de los caracteres más honrosos que ofreció el levantamiento provocado en Vizcaya por los oficiales aquellos del 7.° ejército con su jefe Mugártegui á la cabeza, fué el de haber impuesto á los anteriormente sublevados una discipina hasta entonces desconocida entre ellos, y el de hacerse respetar de los enemigos siendo tratados como beligerantes en guerra regular y metódica. Hubo entre los comisionados y los

(1) «...habiendo sido muy bien recibidos en todo el tránsito por los habitantes en vista de la disciplina y buena gente que llevaban, pues todos se admiraban al ver en aquella época soldados uniformados y bien equipados». Así lo dice Arteche en una curiosísima Memoria que nos legó de aquellos sucesos.

Arteche, padre del autor de la presente obra, era abogado al comenzar la guerra de la Independencia; y considerando que los tiempos aquellos eran más para esgrimir el fusil ó la espada que para defender pleitos, se alistó como cadete en el ejército del Duque del Parque, peleando en Alba de Tormes á las órdenes de su compatriota el general Mendizábal, cuando éste mereció el título de *Marqués de los Cuadros*, que después le fué concedido.

Alguna mención de esto hicimos al describir aquel combate.

franceses parlamentos y tratos para llegar á ese humanitario resultado; y si alguna vez se corrió el peligro de que se falsearan los convenios acordados, la energía de los oficiales españoles y la notoriedad de sus sentimientos caballerosos, restableció el orden en las transacciones militares tan comunes en la guerra (1). Pero no eran de fiar los franceses, que no se resolvían á ver en los españoles no reunidos en cuerpos de ejército sino guerrilleros, sino *brigantes*, como siempre se esmeraban en llamarlos para mejor disculpar sus bárbaros tratamientos. En uno de los parlamentos celebrados en Vizcaya, por ejemplo, el comandante francés de Valmaseda se hizo bastante sospechoso con el empeño de que se reuniesen las fuerzas todas de unos y otros para, después de coger al guerrillero Ugarte y de ejecutarlo, celebrar con ellos el convenio conque les brindaba. Ya estaban los nuestros para caer en el lazo que les tendía el comandante francés cuando, tratado el caso con Arteche, «éste fué de sentir de que no se uniesen las tropas nuestras con los franceses, por lo poco, dijo, que se podía fiar en ellos, y á

(1) En una derrota que sufrieron los franceses junto á Valmaseda, cayó herido y prisionero un gendarme francés llamado Santiago, y considerando Mugártegui en peligro su vida por carecerse allí de medios para curarle, lo envió á Bilbao, hasta con dinero para su viaje. El francés se mostró luego agradecido con los que le cogieron en ocasión en que éstos se hallaban sumamente comprometidos, á las manos con un número muy superior de franceses. Les indicó, por un alemán que servía entre los nuestros, la dirección que debían seguir y extravió á los suyos para que no los alcanzaran. Cuenta Arteche que al enviar á Bilbao al gendarme, Mugártegui le dió un peso para lo que le pudiera ocurrir en el camino, y el gendarme dijo al intérprete (el aleman) con la mayor ternura: «Este peso no lo cambiaré jamás y lo guardaré como el mayor premio de Napoleón y para memoria de la generosidad española que nunca podré olvidar».

más porque el pueblo miraría mal esa política; que para prender á Ugarte no deberían necesitarse tales efugios, y que, respecto á que el general había dispuesto que se le cogiera y se agregara su gente á la partida, se discurriese el modo de hacerlo sin efusión de sangre sino con algún engaño; respondiendo al francés que hiciese lo que gustara, que ellos harían lo que debían».

Y así se hizo y sin consecuencia alguna funesta, porque, obrando el comandante francés de Valmaseda sin anuencia del de Bilbao, y reconociendo éste la lealtad española en la conducta observada por Mugártegui para con el gendarme Santiago y en otras ocasiones posteriores, se resistió á seguir los caminos señalados en Navarra y Burgos por Reylle, Roquet y Dorsenne.

Precisamente el segundo de éstos, el general Roquet, había querido aprovechar aquéllos sucesos sorprendiendo los depósitos que mantenía en Potes el 7.° ejército. Los españoles, sin embargo, andaban muy alerta; y cuando Roquet con una columna de 2.000 hombres penetraba en Potes á fines de mayo, asomó por el otro lado Porlier que le obligó á retirarse más que de prisa, acosado de cerca por las guerrillas también de la comarca, numerosas ya y adiestradas en su género de guerra. Y no satisfecho Porlier con haber rechazado de la Liébana á Roquet, acometió en agosto la empresa nada menos que de apoderarse á viva fuerza y de día de la ciudad de Santander, tanto más vigilada y guarnecida por los franceses cuanto que la veían objetivo constante del incansable guerrillero español en todas sus expediciones por aquel litoral del Cantábrico. Cinco días antes se hallaba en Aguilar; y, descolgándose

del Pirineo por Valderrédible y el valle de Toranzo, penetraba en Santander el 14 de agosto. Al primer aviso, el general Roquet se lanzó á las calles con 500 ó 600 hombres de los de la guarnición; pero Porlier cayó sobre ellos desde el alto de los Molinos de viento por donde había acometido. Rudo fué el choque y no pudieron resistirlo los franceses que peleaban con la furia que les inspiraba lo inesperado del ataque de quienes se habían hecho á no temer agresiones como aquélla, en su concepto, temeraria é increible. Los de Porlier cargaron á la bayoneta, rompieron á cuantos hallaban en su carga, y á los pocos minutos el general Roquet abandonaba la ciudad con unos cien de los suyos, y eso salvándose como por milagro; de tal modo se habían cebado los nuestros en su alcance y persecución.

Ese triunfo tan rápido y decisivo, lo consiguieron el primer regimiento Cántabro y los tiradores y húsares llamados también de Cantabria; y, entretanto, fuerzas que regía el coronel D. Juan Ugartemendia obligaban á los franceses á abandonar el fuerte Solía, Camargo y el puente de Arce, cuyas obras arrasaron inmediatamente. La lucha en Santander, ya se ha indicado, fué corta; á punto de haber caído en poder de los españoles muchos franceses, jefes, oficiales y soldados, sorprendidos, como alguna autoridad de la provincia, cuando menos esperaban la visita de sus irreconciliables enemigos. No así en Torrelavega, donde es verdad que los nuestros, mandados por el coronel Abreu, lograron penetrar en la población y apoderarse de cuanto había en ella útil y de algunos de los enemigos de la guarnición, pero no del fuerte, defendido por más

de 700 hombres con dos piezas de artillería. La resistencia por más de doce horas de los del fuerte dió lugar á que se anunciara la aproximación de tropas francesas llamadas por Roquet de la próxima línea del Deva, en que, como fronteriza de Asturias, las había en número considerable. Aun así, Porlier hubiera podido mantenerse algún tiempo en Santander si la vanguardia, después de su victoria en la ciudad, no la hubiera abandonado, temeroso, sin duda, su jefe de perder fruto tan abundoso como había cogido en prisioneros de consideración, en caballos, entre los que los del general Roquet, y en botín de armas, municiones y víveres. De modo que al saber que Roquet iba á dirigirse á Santander, salió Porlier, estableciendo su cuartel general en Renedo, de donde el 21 daba el parte de su triunfo, triunfo tanto más ruidoso cuanto que la pérdida de los franceses ascendió á la de más de 300 hombres que, con los comandantes de la plaza, del de artillería de la misma y el de los gendarmes, quedaron muertos ó heridos. en las calles. Con eso y con la derrota que el capitán Martínez Tarnero hizo sufrir á un destacamento de húsares franceses á las puertas de Palencia, y la batida que Príncipe dió junto á Valladolid á un traidorzuelo, el *Renegado*, que presumía escarmentarle con una contraguerrilla, *josefina*, el 7.° ejército empezó á infundir respeto á los imperiales de la alta Castilla y Santander. Por más que Napoleón, al formar poco antes el llamado Ejército del Norte, de cerca de 70.000 hombres, á las órdenes de Bessiéres, quiso asegurar la comunicación con Francia con fuertes también, según dijimos, y destacamentos entre Irún y Valladolid, jamás logró se hallara libre

aquella vía de la acción de nuestros guerrilleros, y prueba, más que elocuente, terrible fué para él y los suyos la captura del convoy en que, sin una casualidad, hubiera caído prisionero el más afamado de sus mariscales.

En Rioja, Soria y Aragón.

No era menos porfiada la lucha por la Rioja y Soria, donde Durán, con Amor y Tabuenca y alguna vez en combinación con el Empecinado y con Villacampa, la sostenía encarnizada contra el feroz general Duvernet, encargado del mando en la segunda de aquellas provincias. Desde marzo de 1811, particularmente, no cesaron un punto las operaciones de Durán, incansable en lo de reunir voluntarios, organizarlos bajo la base de los Numantinos con que había empezado su campaña, y disciplinarlos en lo posible. Las acciones de San Pedro Manrique en mayo, y la de Lumbreras en junio, las dos victoriosas, contribuyeron al aumento y buen espíritu de su tropa; y aunque la desgraciada de Berlanga, en los primeros días de julio, fué causa de una deserción muy considerable, la de Ariza, el 23 del mismo mes, en que fueron 130 los franceses muertos y muchos los heridos y prisioneros, le facilitó la entrada dos días después en Calatayud (1). La población fué asaltada por varias partes de su recinto fortificado; Tabuenca se apoderó también del castillo, entrando el primero en él mientras Amor acuchillaba á los franceses en las calles; y Durán, presente en todas

(1) El héroe de Lumbreras fué el padre fray Juan Martín, que mandaba la caballería en aquella acción. Cargando á escape cayó del caballo y anduvo de peña en peña hasta que pudo montar otro caballo y siguió la persecución de los franceses que por un momento le creyeron ya prisionero suyo.

partes donde se combatía y sin escuchar las reclamaciones y las súplicas de sus oficiales, temerosos de perder tan valeroso y hábil caudillo, se hubiera apoderado de toda la ciudad si la guarnición francesa, al verse vencida y derrotada, no se hubiese acogido al convento de la Merced, cuidadosamente fortificado y bien abastecido de víveres y municiones desde 1808. «Pasaron, dice el P. Picado, de ciento y sesenta los muertos que tuvo el enemigo, y como el mayor de sus cuidados era retirar los heridos y meterlos en su fortificación, no es fácil calcularlos, pero pudieron ser muchos, porque antes de entrar en la ciudad, y después en sus calles, se usó muchas veces de la bayoneta y el sable.»

Aquella empresa quedaba incompleta con no haberse tomado el convento; y Durán, deseoso de acabarla, pero sin tiempo ni fuerza para conseguirlo entonces por acudir contra él las guarniciones de la Almunia, Tarazona, Borja, Daroca y aun parte de la de Zaragoza, la dejó para septiembre. Puesto entonces de acuerdo con el Empecinado, que le llevó algunos de sus voluntarios, el día 24 se hizo dueño del convento rindiéndose la guarnición después de que, minados y volados la iglesia y el claustro, comprendió serle imposible la defensa en la torre á que se había retirado.

Tal fama adquirió con la conquista de Calatayud la división soriana, que el general Blake, ocupado en la defensa del Reino de Valencia, como recordaremos muy luego, la felicitó calurosamente, lo mismo que á su jefe el brigadier Durán, cuya cooperación trató de atraerse con el objeto de distraer la atención de Suchet que acababa de abandonar el territorio aragonés para

ejecutar su grandiosa jornada por las fértiles campiñas del Palancia y el Guadalaviar. Y, con efecto, Durán, continuó la campaña en Aragón. Enfermo y todo, como hubo de permanecer varios días en Calatayud, sus tenientes Amor y Tabuenca ejecutaron varias operaciones dictadas por él, peleando con los franceses en Manchones, Villafeliche y la Almunia durante el mes de noviembre, ya solos con tropas de la división soriana, ya unidos al Empecinado, que desde Guadalajara acudió en su auxilio por el puerto de Usez y la Yunta. No valieron á los enemigos ni su número ni su valor, ni aun las estratagemas de que quisieron valerse para contrarrestar la acción de los nuestros, y en Bonilla recibieron el 30 del citado mes tal escarmiento, que nunca después se atrevieron á separarse de Soria sino en grandes masas de todas armas. Una marcha de 24 leguas como tuvo que hacer la división para desde las inmediaciones de Calatayud trasladarse á Almazán y Osonilla, de la provincia de Soria, con tal rapidez y secreto que la ignoraron los franceses hasta tener á los nuestros á su vista, y tan grave pérdida como la de 700 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, como sufrieron, de armas, municiones y de un convoy de víveres que custodiaban, dieron á Durán un concepto muy elevado de sus dotes militares, concepto hasta para con los mismos jefes imperiales que no pudieron menos de admirar también su extraordinaria humanidad y la disciplina que llegó á imponer á las tropas de su división, así en el fuego como antes y después del combate.

Después de tres días de descanso en Almazán, lo que demuestra el respeto que impuso en Musnier y

sus tropas de la guarnición de Soria, Durán, á quien el Gobierno recompensó la acción de Osonilla con el empleo de mariscal de campo, volvió á las márgenes del Xiloca, donde fué á embestir la posición de Daroca, aunque sin lograr la ocupación del castillo en cuyo socorro voló el general Panatier desde Zaragoza. Con eso, Durán hubo de retirarse al señorío de Molina, donde iban á reunirse las tres divisiones de Cuenca, Soria y Guadalajara bajo las órdenes del conde del Montijo que tomó el mando en Mulmarcos.

¡Error, mejor dicho, debilidad inexcusable la de subordinar en guerra como aquella dos jefes de servicios tan útiles para la independencia nacional, á un general todo lo valiente y patriota que se quiera, pero sin fortuna manifiesta en sus anteriores campañas! ¡Error, repetimos, cuyas consecuencias se tocarían muy pronto y que sólo se neutralizaron con actos de indisciplina bien lamentables también!

En Cataluña.

Tampoco se cesaba un momento de pelear en Cataluña. El mariscal Macdonald, dueño del Ampurdán desde la acción de Figueras, tan desastrosa para Campoverde, se había limitado, sin embargo, á estrechar el castillo de San Fernando con la esperanza, ya lo hemos dicho, de su reconquista por el hambre. Y tan estrechado lo tenía al poco tiempo de su llegada, con trabajos que él comparaba á los ejecutados por César en el sitio de Alesia, que, como él decía también, *ni un gato* podría penetrar en la plaza. El, por su parte, debía tener confidencias que le hicieran conocer el estado de la guarnición del fuerte, pues que el ya mariscal de campo D. Juan Antonio Martínez hizo fusilar á uno de los espías, y si no tomó igual providencia

con Guillot, fué por temor á las represalias con que le amenazó el duque de Tarento al saber la sentencia del consejo de guerra celebrado para juzgar á aquel general y á algunos de sus oficiales (1). El castillo no podría resistir más que hasta mediados de agosto, á pesar de haberse reducido bastante la ración á sus presidiarios; y Macdonald, sabiéndolo, se había preparado á resistir cualquier salida que, según calculaba, pudieran intentar los sitiados.

Y no era que los catalanes hubieran desmayado en la defensa tan valerosa y tenaz de su territorio ni olvidádose de la apurada situación en que se hallaba la fortaleza de San Fernando. A la pérdida de Tarragona y á la descomposición del ejército de Campoverde con la marcha de las tropas valencianas á su país y la deserción de tantos soldados como creían hallar en las guerrillas donde emplear mejor su patriótico ardimiento, sucedió, según dijimos antes, tras de cortos momentos de estupefacción y desánimo, la incansable energía, histórica desde los tiempos más remotos, de los hijos del Principado catalán. Sus esfuerzos, con todo, necesitaban nueva dirección, ya que tan desacertada había resultado y funesta la del marqués de Campoverde; y aun cuando esperaban mucho de la que pudieran imprimir el valor y la inteligencia peculiar de sus caudillos, cabe decir naturales, el Gobierno supremo de la nación les señaló la del general Lacy que tanto se

(1) No debía ser tan exquisita la vigilancia en el castillo, cuando el general Guillot, prisionero allí desde la noche de la sorpresa, halló manera de informar á Macdonald sobre la fuerza de la guarnición, la cantidad de los víveres y de cuanto le sirviese para calcular la época en que habría de rendirse aquella fortaleza.

había hecho notar en las expediciones de la Serranía de Ronda y de Chiclana. Su índole fogosa y su actividad podrían hacerse útiles en la guerra del Principado, como habían sido las de D. Enrique O'Donnel, de cualidades no desemejantes; y en principios de julio aceptaba la misión de reconstituir aquel ejército y corresponder con eso y su acción, tan entendida como enérgica, á las justas y legítimas aspiraciones de los catalanes. Buena falta hacía esa dirección, porque el riesgo que amenazaba á aquella tierra no podía ser mayor é inminente.

El general Suchet, una vez asegurada la conquista de Tarragona, deshechas las obras ejecutadas para el sitio, trabajo que Montmarie llevó inmediatamente á cabo con los habitantes de la ciudad, y guarnecida ésta contra cualquier ataque dirigido á su recuperación por mar ó tierra, estaba resuelto á acabar su campaña desarmando todo el país circunvecino. Érale, para eso, necesario mantener despejado el camino de Barcelona, tan disputado hasta entonces, y para sus planes ulteriores impedir el embarque de la división valenciana, que sabía andaba buscando ocasión y puerto en que verificarlo. Haciendo, pues, la noche del 29 al 30 de junio adelantar dos de sus divisiones, las de Frére y Harispe, á Villafranca y Villanueva de Sitjes, tomó él mismo igual dirección al Ordal y Barcelona con la brigada Abbé y la de caballería de Boussard, sin que lograra detenerle en su marcha el fuego de los buques ingleses que le fueron siguiendo por la costa.

A las pocas horas de su estancia en Barcelona y puesto de acuerdo con Maurice Mathieu respecto á aquellos proyectos, volvió á Tarragona á fin de prepa-

rarlos; y el día 9 de julio deshacía de nuevo el camino, impaciente por llevarlos cumplidamente á ejecución (1).

Al pasar antes por Villanueva, habíase apoderado de algunas embarcaciones surtas en aquel puerto y de varios de los fugitivos de Tarragona que procuraban salvarse en ellas, así como de los enfermos y heridos del sitio acogidos en el hospital y en casas de particulares. Pero en esta segunda vez y ya junto á Molíns de Rey, salió al encuentro de su vanguardia el infatigable Manso que, sin cuidarse de las operaciones de Campoverde, continuaba en su empeño del bloqueo de Barcelona (2). El primer choque fué favorable para los catalanes que causaron á los franceses sobre 50 bajas y les hicieron seis prisioneros; pero llegando el cuerpo de la fuerza francesa, y Suchet con él, fueron arrollados los de Manso con la pérdida de algunos hombres y la de 12 de ellos que quedaron en poder del enemigo. Suchet no quiso dejar el recuerdo de su

(1) Las disposiciones que tomó consistieron en enviar al general Habert con su división á Tortosa y los límites de Valencia para tener á raya á los españoles que por allí intentaran insultar las plazas recién conquistadas, y restablecer el fuerte de San Carlos de la Rápita, impidiendo así los ataques de los ingleses en las bocas del Ebro al mismo tiempo que se protegería á los buques franceses. Musnier con la primera división mantendría las posiciones de Tarragona y Villafranca para poner aquella costa al abrigo de cualquier desembarco con fuertes y baterías que haría construir en la orilla del mar.

(2) Tan estrecho era el bloqueo de Barcelona que dice Suchet en sus Memorias: «Al acercarse (él) á Barcelona, llegó hasta las murallas sin hallar un sólo puesto francés. La experiencia había demostrado la necesidad de no alejarse de la plaza sino con fuertes destacamentos para no perder diariamente y sin fruto los valientes soldados que se estableciesen en pequeños puestos que atacaban nubes de miqueletes sin cesar».

victoria ni de sus consecuencias. La vergüenza de su hazaña debió detener la pluma con que su mano iría á consignarla en sus Memorias. Manso en su parte, es el que no quiso dejarla desatendida (1).

El general francés, no sólo hizo ejecutar á los prisioneros, entre los que se contaba un artillero de veinticinco años de servicio, sino á pacíficos aldeanos, cuya exaltación patriótica presumiría por la opinión que le merecían los catalanes, no por haber hecho uso de arma alguna contra sus tiránicos opresores en aquella ocasión.

Suchet gana el Montserrat.

Ya en Barcelona, Suchet combinó sus operaciones con el general Maurice-Mathieu, así para impedir el embarque de los valencianos como para la expugnación de Monserrat, con que presumía dominar toda la parte del Principado que le había sido señalada por el Emperador al repartirlo entre el ejército de Cataluña y el de Aragón. El primero de aquellos proyectos quedó burlado por el marqués de Campoverde, que consiguió el embarque de la división valenciana horas antes de

(1) Decía después de relatar la acción: «En tal apuro, quisieron aquellos infelices arrodillarse á los pies del general, haciéndole presente que eran soldados, y pidiendo que se les tuviese la consideración debida. Enfurecido aquel Nerón, mandó quitarles de su vista y que se efectuase lo mandado. A la verdad se extremecen los humanos corazones al contemplar conducta tan pérfida. Unos 30 indefensos colonos y mujeres de los pueblos de San Vicente, Molíns de Rey y Pallejá, que con la mayor pacificación estaban cultivando sus campos y otros trillando, tuvieron igual suerte. Violaron al propio tiempo á cuantas doncellas pudieron coger, saciando de esta manera su brutal apetito».

No sin motivo se empeñó Suchet en dar al olvido tan estupenda hazaña.

Manso la vengó haciendo ahorcar junto á Barcelona á los seis franceses que tenía prisioneros, prendiendo en sus espaldas un letrero con estas palabras: *Este es el pago que da la Francia á sus soldados.*

que Maurice-Mathieu, detenido en Mataró por las gentes de Eroles, llegara á Arenys de mar, donde se había verificado en la escuadrilla anglo-española allí reunida. (1).

Para realizar desembarazadamente el segundo, creyó deber antes obligar á Campoverde á alejarse, si no derrotado, como era su propósito también, en tal desorden que no pudiera contribuir á la defensa de la posición que la fama y el espíritu religioso, para él fanático, de los catalanes, le hacían imaginar formidable.

Hasta Vich extendió Suchet sus operaciones, pero al saber que Lacy, que acababa de tomar allí el mando, se había encumbrado á la alta montaña con la junta superior del Principado, que abandonó Montserrat y Solsona, sus residencias anteriores, retrocedió á Barcelona á disponer el ataque del tan venerado santuario de la Vírgen patrona de Cataluña.

La montaña y sus defensas.

Posición es la de Montserrat, que reune condiciones excepcionales para la defensa de Cataluña, en la parte occidental, sobre todo, de aquel principado. Punto

---

No se embarcó toda la división. Despedido por Lacy, según algunos, al tomar el mando ó por propia voluntad, según otros, un cuerpo numeroso de oficiales y soldados salió de Cataluña con ánimo de trasladarse á Valencia por tierra, lográndolo tras largo tiempo en una jornada que dejó muy atrás la del conde de Alacha, después de la batalla de Tudela, con tanta justicia celebrada.

Schépeler nos ha transmitido el relato de tan aventurada expedición, y mucho será que no lo haya tomado de él Toreno, quien la describe así: «Igualmente, no sirviéndole (á Lacy) sino de inútil y pesada carga un gran número de oficiales y caballos, despidió á muchos de aquellos (112) y á 500 de éstos con otros soldados desmontados (hasta 922), permitiéndoles ir á plantar bandera de ventura, ó á unirse á otros ejércitos en que pudieran ser empleados con utilidad y mantenerse más fácilmente. De contar es por cierto el rumbo que tomaron. Partieron todos el 25 de julio á las órdenes del brigadier don

extremo y eminente (1.237 metros sobre el nivel del mar) del ramal pirenáico que divide aguas entre el Segre y el Ebro por el rumbo O. antes indicado, y las del Llobregat, que no lejos desembocan en el Mediterráneo, tiene una importancia militar innegable, aun disfrazada con la falta absoluta de población y fortificaciones. Si la línea del Llobregat está apoyada en sus dos extremidades ó alas en las plazas de Cardona y Barcelona, ninguna de éstas ofrece el obstáculo que Monserrat, en el centro, cerrando ó flanqueando las comunicaciones que del cuerpo general de la Península la conducen á la capital del Principado, objetivo que no puede menos de ser de toda campaña en aquel vasto é importantísimo territorio. La campaña de Vendome en 1711 es un ejemplo muy elocuente y propio para justificar ese concepto estratégico. El príncipe francés, que mandaba entonces las armas de Felipe V,

---

Gervasio Gasca, faldearon los Pirineos, vadearon ríos, y aunque perseguidos por las guarniciones francesas, llegaron felizmente á Luesia (cerca de Sos) el 5 de agosto. Allí les causó Klopitzky alguna dispersión, pero juntándose de nuevo en Aybar, en Navarra, dióles Mina guías y cruzaron el Ebro (por Alfaro) el 12 de Agosto. Gasca, prosiguiendo su marcha, se incorporó al ejército de Valencia, sin que le fuese posible al enemigo el estorbarlo. Los más de los soldados y oficiales acompañaron á aquel jefe hasta su destino, excepto unos cuantos que perecieron en el viaje y las peleas, y otros que tomaron sabor á la vida de los partidarios; de hambre y de fatiga murieron bastantes caballos. Rodeo, fué éste y marcha de 186 leguas, prodigiosa, imposible de realizarse en otra clase de guerra.»

Blanch se revuelve contra Toreno en lo de que fuese para Lacy carga inútil y pesada tan gran número de oficiales y soldados como el que acompañó á Gasca en su expedición, y nosotros somos de su mismo parecer. Pues ¿qué hizo Lacy entonces mismo sino reclutar gente para la reorganización de aquel ejército?

Para más detalles de aquella admirable jornada véase el Apéndice número 14.

tuvo que levantar el sitio de Cardona y su campo de Prats del Rey por no conseguir el paso al Llobregat y Barcelona, obstruído por la formidable posición de Monserrat que cubría el ejército de Staremberg.

La montaña, cuya extraña configuración es de todos conocida y admirada, se eleva sobre el Llobregat, entre Igualada, Manresa y Barcelona, cubierta de rocas piramidales y cónicas, tan robustas, sin embargo, que algunas tienen adosadas á sus flancos varias ermitas que no falta quien haya comparado á nidos de golondrinas. Enhiestas sobre el contorno de la montaña, dánla el aspecto de una línea dentada, y con él la denominación porque es conocida y que ha servido para la del santuario y la imagen sacrátísima que tienen allí asiento y veneración desde tiempos remotísimos, los de Wifredo el Belloso, que lo fundó al tener conocimiento del hallazgo por unos pastores de la desde entonces milagrosa Vírgen de Montserrat. Para llegar al monasterio existían en 1811 dos caminos serpenteando por las entrecortadas y ásperas faldas del monte, caminos los dos que empezaban antes del lugar de Collbató, en la carretera de Barcelona, largo el uno, de seis horas, para dejar paso á los carruajes, y de herradura el otro, breve sí, de dos horas, pero entre despeñaderos tan peligrosos como abruptos. Al primero de esos caminos afluían los de Igualada, Manresa y Monistrol para desde el Bruch y Casa Massana remontarse al monasterio por Santa Cecilia, capilla y caseríos situados á media ladera en la falda septentrional de aquel inmenso promontorio de más de 40 kilómetros de circuito en su pie. Los habitantes del monasterio y de las ermitas, los monjes, lo habían abandona-

do desde el principio de la guerra, en que se destinó á reducto de la sublevación en el centro de Cataluña, llevándose á Mallorca lo más precioso de las alhajas y ornamentos que en él había depositado la piedad cristiana y la gratitud hacia la milagrosa imagen, que fué también escondida en lugar seguro.

Sólo habían quedado unos pocos de aquellos sacerdotes para el culto del templo y el servicio de su hospedería. En cambio se había allí establecido una como guarnición que en los últimos días á que nos vamos refiriendo daba la guardia al monasterio y servía de escolta á la junta superior del Principado que, como hemos indicado, había tenido allí su residencia en la época inmediata á la pérdida de Tarragona. Cuando Suchet emprendió la conquista de Montserrat, esa guarnición consistía en la mayor parte de las fuerzas que mandaba el barón de Eroles, unos 3.000 hombres, voluntarios, miqueletes y somatenes de los pueblos más próximos, los más interesados, por lo mismo, en la conservación del santuario, tan precioso para ellos. Hecha fortaleza la posición, se había inutilizado el camino de Monistrol: se habia establecido una batería en el de herradura que arrancaba de Collbató, y en el de Casa-Massana se plantaron otras dos en los recodos y varias cortaduras, precediendo á un gran atrincheramiento que cerraba la entrada del monasterio, convertido en reducto de seguridad para el último período de la defensa. El resto de la montaña fué considerado como inaccesible, particularmente en sus caídas al Llobregat, imposibles de escalar. No se había ocultado á la penetración de los catalanes que, perdida Tarragona, corría Montserrat peligro inminente de

ser al poco tiempo atacada, ni que los últimos movimientos de Suchet á Barcelona y Vich tuviesen otro objeto que el de aislar aquella fortaleza natural de todo socorro exterior; pero tampoco temían les fuese arrebatada con la facilidad con que acabó por caer en poder de los enemigos. El doble milagro del Bruch en 1808 creerían iba á repetirse en 1811: así lo consideraban, y su valeroso caudillo, el barón de Eroles, se satisfacía con abastecer el monasterio con víveres para ocho días. La exasperación de los catalanes, que el mismo Suchet calificaba de excesiva confianza en la justicia de su causa y en el propio valor, hasta el desprecio, antiguo en ellos, á las tropas regulares, cuyas formaciones y maniobras creían fáciles de burlar en país montuoso como el suyo, les inspiraban una esperanza que, hay que decirlo en su elogio, no les abandonó nunca en tan dilatada contienda (1).

El ataque. Suchet, resuelto y acordado con Maurice-Mathieu el ataque á Montserrat, estableció las divisiones francesas con su habilidad de siempre en los puntos más convenientes para verificarlo con éxito completo. La brigada Montmarie fué destinada á desde Collbató emprender el ataque por el angosto y tortuoso camino que dijimos llevaba al monasterio, ganando la batería que

(1) Dice D. Víctor Balaguer, en su *Historia de Cataluña*, y nadie mejor juez en este asunto: «Con la pérdida de esta plaza (Tarragona) hubo de decaer naturalmente el ánimo de las tropas nacionales que hacían la campaña en Cataluña; mas no sucedió lo mismo con el de los guerrilleros, como oportunamente observa un historiador ilustre, pues viendo éstos que las operaciones de los ejércitos comunmente salían desgraciadas, y las de las partidas con buen éxito, se afirmaron en la idea de que éstas y no aquéllas debían ser la destrucción de los franceses y el afianzamiento de la causa nacional.»

interceptaba sus más difíciles pasos. Las divisiones Frére y Harispe, establecidas en los caminos de Igualada y Manresa respectivamente, observarían el campo y las avenidas por donde pudieran acercarse los españoles si se propusiesen estorbar el ataque, y estarían además dispuestas á apoyar el de Montserrat por sus camaradas. La brigada Abbé, encargada de acometerlo y teniendo en reserva cerca del Bruch las tropas de Maurice Mathieu, que á la vez apoyarían á Montmarie, se situó el día 24 en Casa-Massana, después de despejar la posición de las avanzadas de Eroles que se replegaron á sus atrincheramientos de la montaña.

Todo así dispuesto, al amanecer del 25 rompió Abbé la marcha con dos regimientos de infantería y tres piezas de campaña que tomaron el camino del monasterio, seguidos de fuerzas de las de Maurice Mathieu en que iba también el mariscal Suchet. Al principio no se ofrecieron á aquella columna obstáculos difíciles de salvar; el fuego de los catalanes dispersos por la montaña era poco nutrido en el flanco izquierdo, único en que podía ser hostilizada, llevando protegido el derecho por el alto escarpe á cuyo amparo subía y al de una nube de tiradores que lo iban cubriendo por entre las peñas. Pero al ponerse á la vista y alcance de la primera de las baterías que hemos dicho interceptaban aquel camino, los franceses fueron recibidos por los nuestros con descargas de artillería y fusilería acompañadas de una lluvia de piedras que les arrojaban de las laderas del monte y que les obligaron á detenerse. La posición de los asaltantes comenzaba á hacerse difícil: envuelta su vanguardia por el fuego de los catalanes, no podía avanzar ni menos apoderarse

de aquella batería, tan hábil y gallardamente defendida. Suchet, que se adelantó hasta Santa Cecilia, donde hace el camino el recodo enfilado desde la batería, comprendiendo la dificultad de avanzar, destacó sobre los flancos más y más tiradores que se encaramasen á las rocas más altas para desde ellas coger de revés á los defensores de aquel primer obstáculo que se presentaba por el pronto inabordable. Eroles había descuidado detalle tan importante como el de evitar la maniobra dictada por Suchet, y los tiradores franceses lograron escalar los peñascos, aunque con trabajo y peligro infinitos que hubieran sido infructuosos de haber sido prevista. «A través de mil obstáculos, dice Suchet en sus Memorias, y con fatiga increible, llegaron (sus tiradores) á ganar puntos favorables, de donde, abrigándose contra el enemigo, principiaron á incomodar á los españoles hasta en su batería.»

Con eso, creyeron los franceses poder repetir el ataque y Abbé lanzó á la carrera dos compañías de granaderos que llegaron al pie del atrincheramiento, pero que, aun así, no lograron ganarlo hasta que muertos casi todos los artilleros de la batería y envueltos los demás defensores por el fuego, por momentos creciente, de los enemigos, fué preciso abandonarla y acogerse á la segunda (1). Reforzados inmediatamente después los granaderos por un batallón de cazadores, corrieron todos á la nueva obra y la asaltaron cuando el capitán de artillería que la mandaba y todos sus

(1) Dice Vacani:..... «Los artilleros se dejaron matar junto á sus piezas, prefiriendo la muerte al deshonor de una fuga intempestiva ó al desastre de ir prisioneros y envilecidos en manos del enemigo».

subordinados habían perecido y dejádola desierta.

¡Hermosa defensa pero sin fortuna por falta, repetimos, de tino en la distribución de las fuerzas que debían proporcionarla el éxito merecido al valor de los que la sellaron con su sangre!

La lucha se trasladó entonces al atrincheramiento central, al monasterio mismo, último reducto á cuyo ataque iban á concurrir todas las tropas del ejército francés allí reunidas. Porque en tanto que la brigada Abbé superaba cuantos obstáculos se la habían opuesto en su camino, la del general Montmarie, que había tomado el de Collbató, subía hacia el monasterio lentamente, pero sin pérdidas sensibles al apoderarse de la batería que lo barreaba, y animando con el estruendo de su fuego á los asaltantes del otro lado. Acercáronse, pues, á la gran fábrica del santuario la mayor parte de los franceses con la artillería que consideraron necesaria para batir las defensas del edificio. Este, grande y sólido, capaz de ofrecer por sí sólo una obstinada resistencia, de defenderlo con inteligencia fuerzas suficientes, había sido reforzado con un atrincheramiento que cubría la entrada principal y cerraba también las avenidas más practicables que á ella conducían. La fatalidad, sin embargo, pero no la llamada por la superstición á ejercer sus estragos por la fuerza de los hados, sino la que atraen la imprevisión y el error, hizo del monasterio de Montserrat la tumba de muchos de sus defensores y la ruina de las esperanzas de todos ellos y del Principado entero.

Los tiradores franceses, destacados con anterioridad al combate y los que, al ser rechazado Abbé en el primero, habían emprendido la ascensión á los riscos y

picachos de la montaña y, salvándolos por las torrenteras y las quebradas que entre ellos se habrían, iban paulatinamente y con mil trabajos ganando las cimas y ocupando las ermitas, hallaron, al bajar después de ellas, abierta una puerta que para colmo de descuidos y falta de vigilancia se habían los defensores olvidado de cerrar. Los tiradores se habían por ella introducido en el santuario; y cuando el grueso de sus camaradas aparecía en son de batirlo con su artillería para asaltarlo en seguida, era, según acabamos de indicar, teatro de una lucha interior sumamente encarnizada.

No hubieran salido, aun así, gananciosos los tiradores franceses, que no pasaban de unos 200 á 300, pues que los catalanes más ágiles, en general, y robustos, los hubieran indudablemente escarmentado; tal furia desplegaban en defensa de lugar para ellos tan venerado. Pero reconcentrada la atención de todos en aquella extraña contienda y acudiendo á ella los catalanes de cuantos puntos debían defender en el atrincheramiento el recinto y las ventanas de donde esperaban hostilizar á los de fuera, Abbé pudo ir en auxilio de los de dentro y forzar con las reservas que le seguían los puestos y obras exteriores (1).

Fuga de los catalanes. Habíase perdido la jornada. Por grande que fuese

---

(1) «Los somatenes, dice Blanch, se batían desesperadamente. El fuego, la sangre, los gritos de coraje ó de dolor cercaban aquella mansión de paz y de recogimiento con inusitada é irreverente mezcolanza. Ganada, por fin, una puerta trasera del edificio, consiguieron meterse dentro los tiradores, que habían llevado á los demás la delantera. Aquí tomó el combate otro aspecto. Más robustos los catalanes y sin las fornituras en que iba embarazado el francés, lucharon largo espacio al arma blanca, con marcada superioridad, y aun hubieran logrado ahuyentar á los acometedores, á no acudir con prontitud á reforzarles el general Abbé con buen número de los suyos».

el valor que demostraban los catalanes fuera y dentro del monasterio, la diferencia enorme del número en los combatientes, la habilidad de sus jefes por parte de los franceses y las torpezas cometidas por los de los catalanes, tenían que dar el resultado funesto que, si éstos no lo esperaban, efecto debía ser de la excesiva confianza que les inspiraba su indomable denuedo y de la esperanza de un auxilio sobrenatural de que sólo es árbitro el cielo en sus inexcrutables designios.

Los defensores de Montserrat, al abandonar el monasterio, huyeron por las barrancadas de la montaña y por salidas que conocían, no pudiendo ser perseguidos de los franceses que, como es de suponer, las ignoraban. Ni dejaron de ser numerosas y sensibles las bajas sufridas, contándose en ellas varias de los monjes que habían quedado, cual dijimos, en el santuario, y de los santos eremitas, de los que sólo dos se salvaron por la *casual llegada,* dice un escritor catalán, *de Suchet* al punto en que iban á ser sacrificados por la vencedora soldadesca. Las de los franceses no debieron pasar de 200 á 300 entre muertos y heridos.

Establecimiento de los franceses en Montserrat.

Suchet tenía que mantener la posición de Montserrat que, como central, consideraba él impediría las maniobras de los catalanes en toda la zona baja del Principado en que se hallaban las plazas y puntos fuertes de mayor interés para la ocupación francesa. Abbé, que al principio quedó encargado de la guarda de Montserrat con un regimiento, cedió el puesto á Palombini con su brigada y algunas piezas, á las órdenes, además, de Frere que se situó en Igualada con el resto de la división de su mando para, así, tener libre también la comunicación con Lérida. Y creyen-

do no ser necesaria ya su presencia en Cataluña, se volvió á Zaragoza, de donde tanto tiempo hacía faltaba no sin que dejara de hacerse sentir su separación en las localidades más distantes de Aragón invadidas por Villacampa, el Empecinado, Durán y tantos otros guerrilleros que campeaban por una y otra orilla del Ebro. Había llevado á cabo su misión en Cataluña con gloria y ventaja, pues que se veía elevado á la más encumbrada jerarquía de la milicia francesa, y quería dedicarse á justificarla además con la conquista de Valencia que le tenía antes recomendada el Emperador y que él anhelaba, aunque no fuera más que para vengar su anterior fracaso.

¿Quién le había de decir que pocos días más tarde iba Napoleón á dirigirle una agria filípica por haber abandonado prematuramente el Principado? El que en septiembre del año anterior y en marzo del de 1811 le señalaba á Valencia como objetivo inmediato de sus operaciones á la toma de Tarragona, le hacía decir el 22 de agosto por medio del príncipe de Neuchatel: «Hacedle saber las inquietudes que produce el temor de que se vean nuestras fronteras atacadas; que debe poner guarnición en Vich para impedir que el enemigo emprenda nada contra el bloqueo de Figueras, que por la resolución que ha tomado de evacuar la alta Cataluña, si el enemigo llegara á desembarcar en cualquier punto, quedaría expuesto el bloqueo de Figueras y que hay partidas de insurgentes catalanes que inquietan nuestras fronteras. ¿Qué hace, pues, de su ejército? Repetidle la orden de tener una de sus mejores divisiones entre Barcelona y Vich, no de italianos ó napolitanos, sino una división francesa y de

las más fuertes, y ponerla en comunicación con el duque de Tarento para marchar en socorro de Cataluña. Decidle que he visto con disgusto su regreso á Zaragoza; que hubiera hecho mejor quedándose en las inmediaciones de Montserrat al alcance de Barcelona y de Cataluña, aprovechando ese momento de terror para tomar Cardona y Urgel y terminar la guerra en esa provincia en vez de que su marcha retrógrada ha reanimado al enemigo en todas partes».

«Reiteradle la orden de marchar al socorro de Cataluña y de tomar Cardona y Urgel. Cuanto dice de la fuerza del enemigo por el lado de Valencia es ridículo: se duerme demasiado pronto sobre sus laureles».

Bien se descubre en este despacho lo desorientado que andaba Napoleón en cuanto se refería á la guerra de España. Olvidábase de sus disposiciones anteriores en que tanta importancia daba á la jornada sobre Valencia; mostrábase alarmado en demasía por la incursión del general Lacy en la Cerdaña francesa, y más todavía porque pudiera interrumpirse el bloqueo del castillo de Figueras, tan apretado hacía cuatro meses por el duque de Tarento.

Lacy y los catalanes.

Lacy, con efecto, al tomar en Vich el mando del ejército de Cataluña, procuró aumentarlo en lo posible, con gentes del país, por supuesto, que hubieran eludido hasta entonces el servicio de las armas. Puesto de acuerdo con la junta superior del Principado que se había ido á Berga, dictó las disposiciones más severas para que se presentaran todos los catalanes que contasen de 18 á 40 años, sin excepción alguna, debiendo los demás observar los movimientos del enemigo y dar aviso de ellos á los pueblos para tocar á

somatén, y á los jefes militares, para salir al encuentro de los invasores. Añadió á esas órdenes una entusiasta proclama, dirigida á enfervorizar los ánimos con el ejemplo de Pelayo y su hazaña de Covadonga, primer paso dado para la reconquista cristiana. Y no se necesitaba tanto para exaltar en los catalanes el antiguo coraje, nunca en verdad amortiguado ni por el tiempo ni por los reveses. A los pocos días se habían cubierto las bajas sufridas por los cuerpos francos y los miqueletes en las recientes desgracias, y no se vió un sólo puesto de los ocupados por los franceses que no estuviera asediado por los somatenes de los pueblos más próximos. Montserrat, Monistrol, Igualada, Cervera, Tárrega, Balaguer y muchos otros, tenían siempre á la vista las fuerzas más ó menos numerosas de los jefes de la sublevación catalana que no les permitían la menor salida ni aun el descanso siquiera necesario. Montserrat particularmente era objeto constante de nuestros guerrilleros. Carreras, Ochando, Manso, Mas y Miralles desde el campamento de Brunet de Guardiola y puntos próximos á Monistrol, no cesaban de acometer el acceso á la montaña por entre las rocas y los mismos caminos seguidos por los franceses al conquistarla, disputándose el puesto de Santa Cecilia todos los días. Entretanto, Clarós por la parte de Torá, Fábrega por la de Tarrades y Llers, y Montardit por la de Balaguer, Cervera é Igualada, no dejaban en paz á las guarniciones de aquellos puntos ni á los convoyes con que se surtían de víveres. Pero lo que más dolió á los franceses y causó la mayor indignación á su Emperador, fué el ataque verificado por el general Lacy á las posiciones de la frontera en la

Cerdaña. Nuestro bravo compatriota penetró el 6 de agosto en Francia por el lado de Puigcerdá con unos 1.000 infantes y 100 caballos, *únicos restos*, decía en su parte, *del primer ejército*; arrolló á más de 1.200 franceses que trataron de oponérsele; impuso contribuciones cuantiosas en todo aquel territorio, y tal alarma produjo en la fortaleza de Montlouis, que no parecía sino que se trataba de una invasión formal del imperio napoleónico (1). De modo que Suchet, que con rigores inauditos y consintiendo los atropellos más salvajes á sus subordinados, robos, asesinatos, violaciones, sacrilegios, cuantas barbaridades ocurrían á la soldadesca más furiosa, creía domar á los catalanes, pudo convencerse de que era esa empresa muy superior á sus talentos, crueldad y fuerzas (2).

Él, sin embargo, se fué á Zaragoza suponiendo, como acabamos de indicar, sujeta la parte de Cataluña,

---

(1) «He entrado, escribía el 9, en el territorio francés, donde he cobrado ya las contribuciones que he impuesto, después de haber desalojado al general Gareau de una fuerte posición que defendía con 1.300 infantes, dos cañones y alguna caballería; en esta acción conocí que la poca tropa se acordaba aún de que habían sido del ejército de Cataluña».

(2) El pueblo de Iborra fué saqueado el 18 de agosto y fueron asesinados dos de sus habitantes: el sacerdote Sr. Bosch, de 65 años de edad, fué lanzado desde el techo de la iglesia con las vestiduras con que decía misa y arrastrado por las calles para colgar después de un árbol su cadáver; á un loco se le martirizó con aceite hirviendo, se mutiló á una anciana y se asesinó á un viejo después de arrancarle los ojos. En Tárrega pocos días después, los franceses ajusticiaron 15 personas sin otra causa que la de su patriotismo.

Y dice Schépeler: «El nuevo mariscal se había engañado con su crueldad. En terreno humeante de sangre no se daban sino frutos sangrientos. La humanidad hubiera podido preparar al reposo el valor abatido: la barbarie lo excitó á estallar con furia».

cuya ocupación le había encomendado el Emperador que, según hemos dicho también, no lo creía así. Lo mismo que Suchet, opinaba por su parte el duque de Tarento al recuperar el castillo de San Fernando, y tampoco debió Napoleón dar fe á sus despachos cuando al poco tiempo le separaba del mando del ejército de Cataluña.

El castillo de Figueras.

Habíase, con efecto, rendido la guarnición de aquella fortaleza, pero después de un sitio de cuatro meses y de algunas salidas en que no había podido romper la robustísima línea de contravalación y las numerosas fuerzas enemigas que la guardaban.

Recordarán nuestros lectores cómo, á consecuencia de la, por torpemente dirigida, desgraciada y fatal acción de Figueras el 3 de mayo, había quedado el inmediato castillo sujeto al más rigoroso bloqueo, habiéndose alejado de él Campoverde, Eroles y Rovira sin esperanzas de poderlo defender ni auxiliar en algún tiempo. Su gobernador, tomando las severas providencias que en este mismo capítulo hemos indicado, comprendió, sin embargo, toda la gravedad de su situación y que no tardaría mucho en hallarse sin víveres para prolongarla según sus deseos y la voluntad enérgica de todos sus subordinados. El único modo de conseguir algún resultado para satisfacer tan patriótica aspiración, era el de verificar nuevas salidas, tanto para enardecer el espíritu de los catalanes y que intentasen de nuevo el levantamiento del sitio, como para en ocasión propicia salvarse atravesando las líneas enemigas. Estaba Macdonald bien prevenido para rechazarlas y no descuidaba rigores y sobornos con que saber hasta las intenciones de los

sitiados. (1) Por eso diría lo de que *ni un gato podría atravesar su línea,* pues que estaba avisado de los proyectos que pudieran abrigar los defensores de la fortaleza. La línea de contravalación era tan fuerte que los intentos de Martínez para romperla serían del todo ineficaces. Estaba formada con varios reductos cerrados que se comunicaban entre sí por medio de atrincheramientos cubiertos hacia la plaza por una doble fila de talas de árboles. Su extensión era de ocho kilómetros y se hallaba, á pesar de eso, tan vigilada que los generales franceses pasaban las noches en los atrincheramientos esperando el ataque anunciado por el en jefe, tan cuidadoso de que se ejerciera esa vigilancia como de evitar cualquier socorro de hombres, material ó víveres que se intentase meter en la fortaleza. La primera de las salidas de los sitiados debió verificarse el 24 de mayo. La cita el historiador Sr. Blanch manifestando haber los catalanes destruído *una buena parte de los reductos enemigos.* No quieren, sin duda, recordarlas los franceses; pero existen dos medallas que las conmemoran; ambas con la misma fecha é

(1) La *Gazeta de la Regencia* correspondiente al 10 de octubre, da noticia de que «los periódicos franceses habían contado ya, que el 8 de agosto desertó un ayudante de campo del mariscal de campo D. Juan Antonio Martínez, gobernador de la fortaleza, y dió noticia al enemigo de que la guarnición se hallaba en un estado lastimoso, reducida á algunas onzas de pan y con poca agua, estando resuelta á abrirse paso con la bayoneta». La *Gazeta de Madrid* del 19 de septiembre, lo dice también. Las confidencias que recibía Macdonald del castillo y que él dice en sus *Recuerdos* las tenía por españoles seducidos por Guillot, ¿no procederían de los prisioneros franceses no sacados de la fortaleza por incuria de Campoverde ó Eroles y que lograran escaparse de élla.

igual lema aunque con distintos atributos. La una tiene entre palmas un sable y un laurel, y la otra dos cañones también cruzados. (1)

Se conoce que aquella salida, no difícilmente rechazada, inclinó á los sitiados á la resolución de esperar socorros del exterior, fuese de parte de Campoverde, á quien se consideraba en Cataluña á la cabeza de fuerzas suficientes para hacer levantar el sitio de Tarragona y batir después á Macdonald, fuese de la de Eroles y demás caudillos de la sublevación catalana, porque no vuelven á salir sino rara vez del recinto de sus murallas los defensores del castillo de San Fernando hasta el 16 de agosto. Y eso cuando habían consumido todos sus víveres, *los caballos,* allí existentes, *y hasta los insectos más inmundos,* según carta de Martínez á la junta del Principado. Pero firme el general Martínez en su propósito de abrirse paso por entre los enemigos, á ejemplo de Estrada, al abandonar éste el castillo de Hostalrich, pensó que ninguna ocasión mejor que la que le ofrecería la fiesta del Emperador, en que los franceses, por celebrarla, aflojarían en la vigilancia de sus puestos en derredor de la fortaleza. No contaba con que, á pesar de las fiestas que podía

---

(1) D. Enrique C. Girbal, director de la *Revista de Gerona*, recientemente fallecido, envió en agosto de 1892 al autor de esta obra la fotografía de estas medallas recibidas de un amigo suyo de Valencia. El erudito historiador gerundense escribía al remitirla: «Yo desearía conocer las disposiciones en cuya virtud se crearon los diferentes distintivos, condecoraciones y cruces, y sólo conozco las referentes á Gerona y aun no todas quizás, pues el primero de los escudos de la fotografía me era desconocido (uno de la acción de Pedret), y es más, de los segundos ni siquiera puedo verificar el hecho á que se contrae la fecha del 24 de mayo en Figueras, detalle que en vano he buscado en los historiadores generales y locales del país».

observar en el campo enemigo, se le esperaba de un momento á otro sabiendo sus últimas resoluciones y proyectos.

«La salida general, dice el parte de Tarento al ministro de la Guerra de José, fué hacia el frente de la llanura; pero habiéndola señalado el fuego de nuestras avanzadas, fué recibida con una descarga de fusilería, acompañada de los gritos de *viva el Emperador*, y con un fuego tan terrible de metralla y de granadas, que se vió obligada á retirarse precipitadamente y en desorden hasta dentro de la plaza. Luego que ha amanecido se ha descubierto el campo sembrado de sus cadáveres, de sus heridos y de sus despojos.»

Ni podía suceder otra cosa: después de más de cuatro meses de trabajos incesantes para cerrar, puede decirse que herméticamente, la fortaleza y de reforzar de día en día y sin interrupción la línea que la rodeaba, era imposible que la guarnición, sin esperanzas de socorro, mermada por las fiebres que allí reinan y enflaquecida por el hambre, saliera victoriosa en empresa tan difícil como la de burlar la vigilancia y la fuerza de enemigos advertidos ya y tan bien preparados (1).

Sin embargo, la salida se verificó la noche del 16 al 17 con cerca de 4.000 hombres por el frente que mira á la carretera de Francia entre Santa Tecla y San Narciso, por donde sería más practicable el descenso y más fácil la retirada, de hacerse imposible la evasión. Era

(1) Dice Macdonald en sus *Recuerdos:* «Sabía que la guarnición trataba de abrirse paso á través de mis líneas, y todo se hallaba dispuesto de consiguiente: era, pues, tanto más necesario el redoblar la vigilancia cuanto que sufríamos mucho por las enfermedades.» «Pensé, añade, que los españoles escogerían para su salida el 15 de agosto, días del Emperador.»

muy obscura la noche y absoluto el silencio que guardaba la tropa; y así arrolló ésta y destruyó las avanzadas enemigas que se hallaban entre la fortaleza y la línea del bloqueo. Aún creyó Martínez sorprender á los franceses y se precipitó sobre las primeras talas de árboles que logró escalar al principio. Se había, sin embargo, equivocado; que al intentar él, el primero, superarlas, se encontró con que estaban defendidas por un gran número de tropas imperiales que recibieron á las suyas con fuego vivísimo de fusilería y artillería, iluminando el campo con artificios, si bien de luz débil por haberse estropeado bastante con la humedad de los campamentos. Con eso y con acudir por la espalda de los nuestros una fuerza también muy numerosa de franceses, decidió el general Martínez acogerse de nuevo al castillo, haciéndolo sin dejar de combatir y con la pérdida de unos 400 hombres.

Su rendición.

Al día siguiente el general Baraguey D'Hillers intimaba la rendición que Martínez no quiso aceptar hasta el 19 en que, consumidas las raciones que la tropa había sacado al tiempo de la salida, hubo de ceder á la fuerza del hambre, no á la del fuego enemigo, pero con la condición de que se respetaría la vida de todos sus subordinados. Concedióle Macdonald los honores de la guerra; la guarnición del castillo depuso las armas y quedó prisionera para ser enviada á Francia, conservando los oficiales sus espadas, *pour honorer son courage*, dice Macdonald en su libro. (1).

(1) Se observa una contradicción entre ese libro de los *Recuerdos* del célebre mariscal y el parte oficial enviado al rey José. En aquel dice el mariscal que los españoles izaron el 17 bandera blanca y enviaron un parlamentario para tratar de la

Al general Martínez que, al saber la pérdida de Tarragona, había enviado al campo enemigo los 850 prisioneros que tenía en la fortaleza desde el día de su reconquista, suceso que no conmemora Macdonald, y había puesto á sus soldados á media ración; que, al resolver la salida última, había inutilizado cuanto material pudo, hasta los hornos para cocer el pan, experimentado tantas bajas y perdido toda esperanza de auxilio desde que supo que en Llers había sido rechazado Rovira al pretender aquel mismo día cooperar á la salida de sus compatriotas, no aceptó el 17 la intimación de Baraguey D'Hilliers, pero tuvo que respetarla el 19, acabadas, como se ha dicho las raciones de aquellos dos días, hay que elevarle á la altura de tantos de nuestros ilustres gobernadores de plazas en aquella gloriosa guerra (1).

Las pérdidas de la guarnición habían sido de 1.500 hombres entre muertos y heridos del fuego enemigo, y enfermos de las calenturas que allí se sufren, á más de los 3.500 que rindieron las armas al capitular. Los imperiales, dícese que tuvieron sobre 4.000 bajas, tan-

rendición, y en el parte se consigna que el coronel general Baraguey, le pidió *autorización para aprovecharse de la turbación y del terror que había inspirado en los españoles el recibimiento que habían tenido á fin de intimarles que se rindieran á discreción, so pena de ser pasados por las armas.* Aun contando poco con el buen éxito de la intimación, la autorizó Macdonald.

(1) Vacani dice: «El general Martínez al presentarse ante el general Baraguey y D'Hilliers, no ocultó los sentimientos de un alma llena de emulación y de orgullo nacional; general, le dijo, no por poquedad de ánimo, no por vileza rendimos los españoles este fuerte, sino por falta absoluta de víveres. Cumplí con mi deber y éstos con el suyo. La patria no verá en nosotros sino hijos leales que han hecho cuanto podían por alejar de ella esta nuestra inevitable desgracia. No os pido otra cosa que la autorización para dar parte á mi Gobierno *de cuanto nos ha sucedido y transportes para estos destrozados restos de una guar-*

to del fuego de la plaza, que había disparado 60.000 cañonazos y 2.000.000 de tiros de fusil, como de las enfermedades también que naturalmente hubieron de hacer mayores estragos en los que campaban que en los guarecidos en la fortaleza y sus cuarteles. De esos no todos eran franceses, había bastantes italianos de la brigada Pajua que desempeñaba su servicio alternativamente en Rosas y Figueras.

Macdonald castigó rudamente á los causantes de la sorpresa del castillo ahorcando á Marqués, cuñado de los Pou, que habían salido con Eroles después de la acción de Figueras, y condenando á su mujer y cuñada, hermanas de los mismos, á presenciar la ejecución de aquel desgraciado y á encierro, después, en uno de los castillos de Normandía (1). El célebre Mariscal, no pudiendo seguir ejerciendo el mando por un ataque de gota adquirida en las trincheras, pidió al Emperador su relevo, volviéndose en seguida á París, para, dejada allí una muleta y la otra en Berlín, tomar un año después, en 1812, parte en la campaña de Rusia.

Toma Lacy las islas Medas.

En Cataluña no hizo efecto la nueva pérdida del castillo de Figueras. «Podíase exterminar tal gente,

---

nición que sabe no haber desmerecido del concepto de su príncipe, ni de la estimación del extranjero. Todos le admiraron. El mismo Mariscal no pudo menos de reconocer en él sino sentimientos generosos nacidos de un intenso amor de patria y que justifican los excesos de valor y obligan al enemigo á respetarlos.»

De ahí la carta á que hemos aludido y que hubo en España quien la negara por decir en ella que había sido atendido por los franceses con la generosidad que les caracteriza.

(1) Vacani se equivoca al decir que los Pou fueron ajusticiados. Ya hemos dicho que salieron de la plaza con el barón de Eroles. Se les concedió el empleo de capitán que no quisieron ejercer hasta hallarse aptos instruyéndose en el colegio militar de Palma. El mayor, D. Ginés, llegó á ser brigadier, y lo era cuando le conocimos; el segundo á coronel; ambos meritísimos en el arma de Caballería.

dice el conde de Toreno, no conquistarla». La junta del Principado y Lacy redoblaron su celo y su actividad para desvirtuar el efecto que pudieran hacer los desastres de Tarragona y Figueras, pero no necesitaban los catalanes de estímulos para sobreponerse á él. Pocos días después se hallaban bloqueadas, como en derredor de Montserrat, cuantas localidades guarnecían los franceses, y Lacy, á poco de aumentar las fortificaciones de Cardona, de establecerlas en Solsona, y en la montaña de Busa, donde formó un campo para instruir en él sus reclutas, se dirigía á la costa para ocupar las islas Medas que podrían servirle de depósito, arsenal, centro de enseñanza, lazareto y puerto de donde vigilar é impedir la navegación de los buques franceses en toda aquella costa. Valiéndose de la fragata inglesa *Undaunted*, en que embarcó unos 150 españoles con el barón de Eroles, y del coronel Green, agente, también británico, en Cataluña, el 29 de agosto, caían las Medas en poder nuestro. Tardó el castillo de la mayor de ellas en rendirse algunos días, los que necesitaron el teniente coronel Sala en cortarle el agua y la artillería inglesa en abrir brecha en su recinto; pero, aun ocupado, creyeron nuestros aliados no poder sostenerse ante las baterías que habían construído los franceses junto al pueblo de Estardit, y se abandonó aquella interesante conquista. No satisfizo á Lacy una determinación que desbarataba proyecto para él tan halagüeño, y el 11 de septiembre se embarcaba en Arenys de Mar, tomando tierra el 12 en las islas que el coronel de Ingenieros D. José Massanés puso inmediatamente en estado de defensa, á pesar de haber aparecido los franceses otra vez en el Estardit y el cabo

de Barra, de donde los echaron el navío Blake y una corbeta también inglesa, surtas allí cerca (1).

Todavía en noviembre volvieron los franceses á hostilizar aquellas islas con fuego de cañón, obús y mortero desde un parapeto construído en el cabo antes citado á 1.500 metros de las baterías españolas levantadas por Massanes; pero no lograron sino demostrar su impotencia para la recuperación de punto tan importante. (2)

En Granada. Mientras el flamante mariscal Suchet preparaba en Zaragoza la ahora tan meditada expedición á Valencia, su veterano colega el duque de Dalmacia, vuelto á Sevilla, según ya dijimos, de la suya de Badajoz, se ocupaba en preparar otra al reino de Granada contra el tercer ejército español, acampado, en su tan discutida posición de la Venta del Baúl. Tenía primero que poner á salvo de todo peligro la ciudad de Sevilla, amenazada, durante su ausencia, así de las partidas de la serranía de Ronda, como de las tropas de Blake, tan torpemente distraídas en el ataque del castillo de Niebla. Libre de ese peligro con el embarque del Regente para Cádiz, con la marcha á Extremadura de la división Girón y la caballería de Pen-

---

(1) Lacy había cambiado el nombre de las Medas en el de *Islas de la Restauración*: el primer gobernador creyó halagar al general imponiéndolas el suyo; pero no lo consintió éste y les dió el de Montardit, el del comandante del batallón de Balaguer que, hecho prisionero pocos días antes por los franceses á quienes tenía aterrorizados en el valle bajo del Segre, fué ejecutado con desprecio de las leyes de la guerra que le garantizaban la vida.

(2) Entonces se distinguió la señora del subteniente de artillería D. Juan Armengual, dando fuego á las piezas que apuntaba su marido y arrostrando así la lluvia de proyectiles que lanzaban los franceses.

ne, única fuerza, ésta, que se presentó á la vista de Sevilla, y en la convicción de que Ballesteros solo no osaría acometer acción alguna decisiva, el mariscal Soult, al tiempo que resolvía los mil asuntos de la administración á que no había podido atender en tan larga ausencia, puso cuidado en los militares del sitio de Cádiz y de la serranía; donde se hallaba sitiada y en peligro la ciudad misma de Ronda, su cabecera.

Se conoce que había perdido toda esperanza de que Cádiz cayera en poder suyo; así es que, en vez de aumentar las fuerzas destinadas al sitio, acabó por llamar á Sevilla algunas de ellas para su expedición á Granada. En cuanto á Ronda, había hecho que tres columnas, sacadas de las guarniciones de Málaga, Granada y Cádiz, esto es, de la línea del bloqueo, y otra de Sevilla, acudiesen en socorro de aquella población que, efectivamente, después de un ligero combate con las fuerzas del marqués de las Cuevas, quedó desembarazada de enemigos. Ya con eso, el duque de Dalmacia tomó el camino de Granada, precedido de la división Godinot, que fué á situarse en Jaén, y de gran parte de la de caballería de Latour-Maubourg, algunas piezas de campaña y un largo acompañamiento de afrancesados, entre los que descollaban por su importancia Martí y el conde de Montarco. Alojóse en el palacio de la Chancillería que Laval evacuó para trasladarse al del arzobispo el mismo día 3 de agosto en que llegó el mariscal (1). Sin descansar siquiera, se puso á organizar las tropas del ejército con que se proponía operar en

(1) En *Victorias y Conquistas* se supone que se hallaba todavía Sebastiani; pero ya había sido relevado por Laval.

cuanto reuniera cuantas hizo acudir de los diferentes puntos en que Sebastiani las había tenido establecidas desde su retirada de Murcia. Llegaban á la asamblea de Granada fuerzas de las que habían operado en Ronda y Niebla, de las guarniciones de Málaga y Jaén, y de cuantos puntos se creyó no serían atacados al adelantarse el ejército hacia el de los españoles. (1) Hechos todos esos preparativos, entre los que uno fué el de adelantar á Diezma una fuerte avanzada de todas armas que, al reconocer unas posiciones próximas á las españolas, tuvo que encerrarse más que depriesa en aquella población y en los atrincheramientos con que la fortificaron, el mariscal Soult partió de Granada el 8 de agosto para atacar de frente á nuestro tercer ejército, cuyo centro se hallaba, según ya hemos dicho varias veces, en la Venta del Baúl.

Acción de Zújar.

Mandábalo en jefe el general Blake, quien pocos días después de haber desembarcado en Cádiz había recibido la misión de regirlo en unión con el 2.° para defender las provincias de Murcia y Valencia amenazadas por sus dos opuestas fronteras, las de Aragón y Cataluña, por la parte septentrional, y la de Andalucía por la del Sur. Pero habiendo Blake tomado tierra en Almería y desde Baza después dirigídose á Valencia, era el general D. Manuel Freire el que con

(1) Decía una correspondencia de Granada: «Esta mañana (la del 3 de agosto) ha reconocido Soult las fortificaciones, y de resultas se ha aumentado la guarnición de la Alhambra. Se están exigiendo 62.000 reales para gastos diarios de Soult y se está preparando una contribución por el mismo estilo que la de Córdoba, donde en pocas horas recogieron 3 millones. Iguales exacciones se han hecho en todos los pueblos del tránsito del ejército enemigo. Se observa que salen para fuera pertrechos, equipajes, despojos y aun artillería.»

el tercer ejército de su mando y una parte del 4.° tenía que cerrar á los franceses el camino de Murcia. Para conseguirlo, había de tiempo muy atrás formado el desde entonces famoso campamento que cubría la posición de Baza, primera etapa, cabe decir, de aquella importantísima comunicación.

No hay para qué detenernos en poner de manifiesto esa importancia con ejemplos, entre los que, de seguro ocuparía el primer lugar el elocuentísimo de los Escipiones, de quienes el uno murió en punto próximo, en el *Salto Tugiense*, de situación tan controvertida como dudosa. Para dar á conocer esa importancia no hay sino decir que era el único camino que recorría el litoral de Levante poniendo en contacto las feracísimas comarcas de Valencia y Murcia con las no menos bellas y fecundas de Andalucía. Ya había seguido ese camino Sebastiani, según llevamos recordado, en dos de sus anteriores expediciones. La de Soult ahora, no era como aquéllas, de invasión; se dirigía exclusivamente á rechazar la con que amenazaba el tercer ejército español de atacar á Granada y, con la ocupación de ciudad tan importante estratégica y políticamente, dar un golpe, que podría considerarse mortal, á todos los establecimientos militares franceses en las provincias de Málaga y Jaén. De ahí la actividad extraordinaria que desplegaba el mariscal Soult para la ejecución de aquella jornada, á pesar de las preocupaciones que debería inspirarle el estado no muy próspero de las operaciones que se le habían encomendado sobre Cádiz, Huelva y Badajoz.

El general Freire, desde la Venta del Baúl, centro, hemos dicho, y base de su acción táctica al frente de

Baza, tenía sobre su derecha la división de D. Ambrosio de la Cuadra, situada en Pozo-Alcón para oponerse á los franceses de Godinot, que desde Jaén marchaban á flanquear la posición de Baza y aun envolverla por Castril y Huéscar. Aquella situación era anterior á los sucesos que vamos á describir, y había dado lugar á algunos bastante importantes para que hubieran llamado la atención de Soult. El general Cuadra, desde el mes de mayo en que el tercer ejército había tomado su actual posición por haberse retirado á Guadix y Granada las fuerzas de Sebastiani, no cesó de hostilizar á los franceses, establecidos en las inmediaciones de Jaén y Andújar, ocupando por su parte la ciudad de Ubeda, de donde amenazaba las comunicaciones de Granada y Córdoba con el centro de la Península. Atacáronle allí, como era de esperar, los franceses, pero Cuadra rechazó por tres veces sus ataques; haciéndolo tan ejecutivamente el 15 de mayo, que Sebastiani hubo de acudir á Soult para que le socorriese, con cuyo objeto envió el mariscal á Jaén la división Godinot que acababa de acompañarle desde Badajoz.

Igual suerte tuvieron las armas francesas el 24 del mismo mes en otro ataque dirigido contra los puestos de la Venta del Baúl, estrellándose en el esfuerzo de nuestra tercera división, mandada por el brigadier D. José Antonio Sanz, que luego se distinguió tanto en aquella campaña. De modo que Sebastiani hubiera quizás abandonado Granada, y por lo menos preparaba su defensa, cuando también recibió refuerzos del cuerpo de Drouet, procedente, como la división Godinot, de la campaña de Extremadura.

Cuadra, pues, formaba desde entonces la derecha

del ejército. Más cerca, y en su lado derecho, tenía Freire la cuarta división del 4.° ejército, mandada por D. Juan de la Cruz Mourgeón, y la caballería del mismo á las órdenes del brigadier Loy. Nada era de temer por su izquierda. El terreno es sumamente áspero, y el único camino existente para desde Gor correrse hacia Baza y envolver la posición de la Venta del Baúl, senda oculta entre bosques y rocas, era y debe ser todavía intransitable para tropas en disposición de batirse ni aun con guerrillas establecidas en sus lados. Parecía así resguardada la posición; pero la línea de combate adolecía de un defecto que causó su ruptura é hizo imposible su defensa; era demasiado extensa y los cuerpos que la formaban no podían apoyarse entre sí con la rapidez y eficacia necesarias. Y es lo que sucedió.

El mariscal Soult llevaba el ejército, sobre 10.000 hombres de todas armas, dividido en dos cuerpos. Con el principal, conducido por él en persona, se proponía, mejor que embestir de frente la posición de la Venta del Baúl, obligar á Freire á mantener en ella el grueso de las fuerzas españolas. Godinot, que llegaba por su izquierda desde Jaén y Ubeda, podría, á favor de la hábil maniobra de su jefe, atacar las posiciones ocupadas por el general Cuadra en Pozo-Alcón y las márgenes del Guadalentín. Y con efecto, en la mañana del 9 de agosto se presentaba Soult á la vista de la posición española, estableciendo, junto al barranco llamado de Gor, su vanguardia, desplegada en tiradores, que rompieron inmediatamente el fuego, mientras con el resto de su infantería y la caballería de reserva, que llevaba consigo, se puso á maniobrar como ame-

Plan de Soult.

nazando los flancos de la línea española, situada al otro lado de aquella quiebra del terreno, bastante profunda para representar un obstáculo (1). Ni quería ni le era fácil superarlo teniendo enfrente fuerzas considerables de la segunda división y de los regimientos de Africa y Murcia con otras de cazadores, también del cuerpo expedicionario del cuarto ejército, desplegadas del mismo modo en guerrilla y que sostuvieron el fuego durante siete horas sin intermisión, según comunicaba después su jefe el general D. José Antonio de Sanz. Bien se podía observar que aquel era un ataque falso, dirigido á distraer la atención de los españoles de otro verdadero y decisivo que el enemigo emprendía por otro lado de la línea. Y ya lo hemos dicho, el general Freire lo comprendió así, advertido también por los avisos que le dirigía Cuadra de que se acercaba por aquel lado el huracán que no tardaría en estallar sobre su cabeza. El día 7 había recibido parte de que Godinot, con 4.000 infantes y unos 500 caballos, se adelantaba por Jódar, y el 8 ya sabía que el enemigo ocupaba á Quesada, en la derecha del Guadiana menor, y poco después Poyatos, á tres leguas de Pozo-Alcón. Multiplicábanse los avisos que le enviaban los jefes de las avanzadas de caballería que desde Quesada, su primer puesto de observación, se iban retirando, no sin resistir á veces el empuje de las descubiertas, también de caballería, que daban á conocer el movimiento de avance de los imperiales.

(1) En su primer parte, el del 9, dice el general Freire que Soult empezó haciendo *varios obscuros movimientos multiplicados*. Bien se ve que no conducían á nada eficaz, y lo comprendió el que así los calificaba.

Por esa marcha comprendía el general Cuadra la intención de Soult, que bien patente se ofrecía, como de envolver el ala derecha de la línea española. Pozo-Alcón no presenta, para caso como aquél, ventaja alguna si ha de aprovecharse en su defensa. Se encuentra en un llano, y las posiciones en que pudiera apoyarse la división, que son las de Cedaz é Hinojares, son fáciles de envolver por varios de los caminos que á ellas conducen. Ofrece, además, una circunstancia muy importante, desventajosa en la defensa de Pozo-Alcón pero de excelentes condiciones de aprovecharla convenientemente, la de existir á sus espaldas el próximo, profundo y áspero barranco por donde corre el Guadalentín. El paso de este río no puede verificarse sino por veredas y derrumbaderos en que no se halla frente más que para la marcha de un hombre, todo lo más para un jinete. Es pues el Guadalentín, para la defensa de Pozo-Alcón, un peligro; y para cubrir una línea, accidente que puede proporcionar grandes resultados. El general Cuadra trasladó, por consiguiente, sus fuerzas á la elevada y escarpadísima orilla izquierda del Guadalentín, manteniéndose él en Pozo-Alcón hasta que llegasen el escuadrón de Jaén y el batallón de tiradores del mismo nombre, que tenía avanzados y que recibieron también la orden de cruzar aquel río con el apoyo del escuadrón de Madrid y de dos compañías de cazadores que contuvieron con su fuego el ímpetu de los franceses en su avance.

Ataque á la derecha española.

Entretanto habían menudeado los avisos de Cuadra á Freire y las órdenes é instrucciones de éste anunciándole la marcha en su auxilio del general D. José O'Donnell, jefe de Estado Mayor del tercer ejército. Ya

el 8, el general Freire, que, según hemos dicho, tenía á su derecha, entre la Venta y Pozo-Alcón, á O'Donnell, había ordenado á éste la concentración de la cuarta división y la caballería del brigadier Loy para trasladarse á Zújar, poniéndose de acuerdo con Cuadra para defender este último punto y hasta atacar el 9 á los enemigos *aunque fuese menester buscarlos*. No era esto prudente sin contar con tropas lo maniobreras de las francesas, pero se hizo también imposible, así por no recibir Cuadra oportunamente las órdenes que se le enviaban como por las distancias, á cada hora mayores, á que en sus operaciones se hallarían uno de otro los generales á quienes aquellas órdenes iban dirigidas. Por fuerte que fuera la posición de Cuadra á su frente, no lo era en sus flancos, en el derecho particularmente, por donde el barranco, como más próximo á su origen ó arranque, estaba bastante practicable y daba paso á llanuras siempre favorables á los franceses. Y eso y las instrucciones que había recibido de cubrir las avenidas de Castril y Huéscar por donde podía ser envuelto el ejército y cortada su línea de retirada, así como la pérdida de sus esperanzas respecto á que le alcanzara el refuerzo de O'Donnell, aconsejaron á Cuadra su retroceso á Castril. Hízolo hábilmente, dejando en el borde del barranco del Guadalentín 300 tiradores que con su fuego hicieran creer al enemigo que continuaba allí la división entera, mientras aprovechaba la obscuridad de la noche para retirarse tranquilamente, como lo consiguió llegando á Castril á punto de amanecer el día 9. Los franceses contestaron un rato al fuego de nuestros tiradores; pero quedaron, con efecto, desorientados.

Allí recibió Cuadra un oficio de O'Donnell para

que á la hora misma en que lo leía se hallase reunido á él en Cuevas de Zújar para luego dirigirse juntos á atacar á los enemigos en Pozo-Alcón, distante cinco leguas de su puesto. ¿Era eso posible? (1).

El del Centro en Zújar.

El nublado fué, pues, á descargar sobre el general O'Donnell. Manteníase en Cuevas de Zújar esperando se le uniera la división Cuadra y si no la caballería de Loy que su colega le había enviado desde Castril, cuando entre diez y once de la mañana del 9, y al tiempo en que sus tropas preparaban los ranchos, se vieron acometidas y arrolladas las avanzadas que tenía en la orilla derecha del Barbata, vadeable allí por todas partes. No era fácil resistir á los tiradores franceses, muy superiores en número á nuestros cazadores, y aun cuando O'Donnell hizo reforzar á los suyos con otros y aun con reservas considerables que rompieron el fuego á descargas cerradas, al poco tiempo casi toda la división Godinot pisaba la orilla izquierda y se disponía á atacar la línea española cuyo centro se hallaba establecido en Zújar. La artillería francesa, bajo cuya protección habían cruzado los tiradores el Barbata, puesta también en posiciones de la misma márgen izquierda, rompía de nuevo el fuego, á que contestaron

(1) En el parte de Cuadra se halla la siguiente nota: «Este oficio se recibió á las nueve y media de la mañana del 9, es decir, que tardó 12 horas en llegar; aun cuando se supiese que en el momento de recibirlo estuviese la tropa ya formada; y no gastase más que 8 horas en llegar al punto de reunión que se me indicaba, no era posible atacar en el mismo día, en que para esta reunión apenas había tiempo, marchando, no digo con una división, pero ni aún como hombre suelto: lo qual prueba que mi reunión en el día 9 no pudo verificarse, estando yo á la distancia de 5 leguas que tenía que andar por un continuo desfiladero, y sólo podría tener lugar si los enemigos hubieran atacado un día después.»

flojamente nuestras fuerzas, más adelantadas por efecto de las maniobras con que O'Donnell creyó deber preparar la defensa de su posición. Teniendo su izquierda por el punto débil de la línea, estableció en él dos batallones de la Patria que, regidos por Cruz Mourgeón, deberían mantener aquel lado y cargar á la bayoneta de flanco si los franceses se dirigieran contra las posiciones del centro. Sucedió lo que O'Donnell temía en segundo lugar; esto es, que Godinot atacó la posición central y el alto que principalmente la constituía, lanzando sobre los batallones de Cruz Mourgeón una nube de tiradores que los mantuvieran inactivos para luchar en otra parte. En seguida formó una primera línea con todas sus compañías de cazadores y atacó la española compuesta de dos batallones de guardias españolas y uno de walonas con el de Imperiales de Toledo por reserva. Los guardias sostuvieron el fuego contra la artillería, los zapadores y un batallón, ligero también, que llevaba el coronel Remond á la carga; Cruz Mourgeón, al observar aquel movimiento de los enemigos sobre el centro de nuestro frente, desplegó sus dos batallones de la Patria: el primero, para apoyar la defensa de los guardias, y el segundo, más inclinado á su izquierda, para impedir la maniobra envolvente que habían emprendido los tiradores franceses.

Como el fuego se sostenía de un lado y otro siempre vivo pero sin resultado decisivo, aun padeciendo bastante los walonas, que eran los que más adelante formaban, Godinot hizo avanzar sus reservas, una parte de las cuales se dirigió por su flanco izquierdo á, por una vereda, envolver el derecho de O'Donnell, mientras un golpe de jinetes, formado de los oficiales montados

de su vanguardia, se adelantaba á cargar á los guardias que empezaron á retroceder para evitar el verse de un momento á otro cortados de su línea de retirada. O'Donnell había previsto la maniobra de su adversario y elegido por punto á que debiera en caso preciso acogerse, el monte próximo de Javalcón, perfectamente pensado para no dejar nunca de cubrir el camino de Baza, tan importante en aquellos momentos en que se estaba operando la concentración preventiva para la retirada general del ejército. Y apeló á esa extremidad por que los Imperiales de Toledo, por su corta fuerza, no la tenían para rechazar á los franceses que habían emprendido por la mencionada vereda la ascensión al alto de Zújar, y se vió forzado á acogerse al de Javalcón, en el que pudo mantenerse gracias á la firmeza de sus batallones y á la acción, siquiera desgraciada en su primera carga, de la caballería del brigadier Loy que, apareciendo en ocasión tan oportuna, logró distraer la mucho más numerosa de los franceses.

¿Qué pasó entonces para que los enemigos no persistieran en su ataque ni luego siguiesen el alcance de la división española al retirarse definitivamente ésta á Cúllar? No lo dicen los historiadores franceses, pero puede fácilmente conjeturarse la causa de la paralización del movimiento de Godinot sobre Baza.

El general Godinot sabía dónde se hallaba la división española de Cuadra que había abandonado la margen izquierda del Guadalentín la noche del 8 al 9. Estuviera ó no en Castril, el general Cuadra podría caer sobre su flanco y aun sobre su retaguardia si él, siguiendo á O'Donnell, se decidía á caer con todas sus fuerzas sobre Baza, metiéndose así entre dos fuegos, el

de la ciudad ocupada por Freire y el de la división que se iba á dejar á la espalda. No se atrevió á la empresa según le reprochaba después su general en jefe. Pero ¿qué había hecho el mismo Soult parado en el barranco de Gor en frente de la división Sanz y esperando con más de 6.000 hombres y su mejor caballería, conducida por Latour-Maubourg, á que Godinot le allanase el camino que nadie mejor que él podía abrirse? Y si Godinot se hubiera hallado en Pozo-Alcón ó en Zújar con las dos divisiones de Cuadra y O'Donnell, ¿quién iría á sacarle de situación tan difícil? ¿Soult abandonando el camino de Guadix y Granada? Lo más prudente y acertado hubiera sido el atacar á la vez la posición de Freire en la de la Venta del Baúl y en Zújar, en maniobra combinada y más ceñida, dando una batalla y no dos. Pero exigir que una fuerza separada á distancia tan considerable, sin lazo alguno de unión y ante tropas cuyo número y situación se ignora, acometa decididamente una posición que tampoco se sabe si ha sido asaltada ni mucho menos vencida, es pretender temeridades de que muy pocos son capaces. Es verdad que Godinot se mostró desgraciadísimo en aquella campaña hasta, como veremos luego, apoderarse la desesperación de su ánimo; pero no cabe en justicia que le acusara quien, como Soult, se entretenía en amenazar, sin nunca embestir formalmente, la posición, decisivamente importante, de la Venta del Baúl. Todo aquel día 9 se mantuvo el Mariscal ocupado en llamar sobre sí la atención de Freire, combatiendo sus tropas tan flojamente que las nuestras las resistieron sin contratiempo alguno ni pérdidas de consideración. Ni siquiera logró la artillería francesa es-

tablecerse en una posición que creyó ventajosa para batir á la española que, por el contrario, llegó á inutilizar una de las piezas enemigas. Otro tanto sucedió á los tiradores que se habían extendido á lo largo del citado barranco al intentar un flanqueo por la vereda llamada de Leñateros, de la que los rechazó nuestra caballería apostada á su frente.

Quien esto hacía ¿tiene derecho para recriminar la conducta de Godinot, con O'Donnell inmediato, con Cuadra en Castillejos á tres horas también sobre su flanco izquierdo, y con Freire á su derecha y enfrente, en posiciones como la de la Venta y Baza, profundo éste é inexcrutable misterio para él de la fuerza, estado é intenciones de un ejército combatido cual acabamos de decir por su general en jefe?

Se retira el general Freire.

Así es como el general Freire pudo emprender sin extremar dificultades una retirada que no cabía eludir desde que supo la de Cuadra y el revés sufrido por O'Donnell en Zújar. Esas tristes noticias, que le llegaron á las cinco de la tarde, hicieron comprender á Freire lo insostenible de su posición, y sin retardo alguno dictó las disposiciones preparatorias para abandonarla. Mandó que dos de sus escuadrones se dirigiesen á observar á Godinot hacia Zújar, Baza y el camino que se proponía seguir al retirarse, y que el batallón de Bailén, que se hallaba en un reducto que servía de apoyo y reserva de su posición y otro de Burgos que tenía inmediato, partiesen inmediatamente á cubrir el camino á fin de que no se establecieran los franceses en él para interceptarlo. Al llegar la noche logró, de ese modo, romper el movimiento retrógrado á que se veía obligado con un desahogo que se-

guramente no hubiera tenido de haber el mariscal Soult puesto sus tropas en acción con la actividad y la energía que su historia militar y las circunstancias de aquel día debieron aconsejarle. «La principiaba (la retirada), decía el general Freire en su parte, la primera división de caballería, que iba encargada de escoltar toda la artillería; luego marchaba la división de vanguardia, continuaba la tercera de infantería, seguía la segunda, y todo lo cubría la división de dragones, dejando en la línea, para ocultar este movimiento, varias compañías de cazadores que hacían fuego á los enemigos, encendiendo fogatas, y aparentaban la existencia allí de todo el exército».

Estaban muy cerca los franceses de Godinot y aun alguna de sus avanzadas tocaba á las tapias de Baza; pero tanta fuerza, sin duda, y el orden en que se retiraba, debió de aconsejar á aquélla no interrumpir la marcha de los españoles en la obscuridad de la noche. El grueso del tercer ejército llegó así á Cúllar sin novedad; y reunido allí O'Donnell con el cuerpo de caballería del brigadier Loy que, como todos los de la misma arma, fué protegiendo el movimiento, llegó felizmente á Las Vertientes mientras la artillería se retiraba á Vélez-Rubio. Pero los franceses, exasperados de no ver destruído aquel ejército al que antes habían tanto respetado en su posición del Baúl, lanzaron toda su caballería sobre las dos brigadas de Osorio y Loy que llevaban nuestra retaguardia, haciéndolo con tal ímpetu y buena fortuna que fué imposible sostener aquella posición, en tantos conceptos excelente. El general Freire, sabiendo que Cuadra se dirigía á Caravaca, se enriscó también por los montes de

su derecha con la división de vanguardia de Lardizábal y la de caballería de Cea, estableciéndose por el pronto en María, posición en aquellas circunstancias inatacable. La segunda división con O'Donnell y la tercera con Sanz, el héroe y hábil general en la campaña que ahora describimos, tomaron rumbo opuesto, trasladándose á Oria y Albox después de ejecutar Sanz una maniobra tan atrevida y hábil que dejó desconcertados á los enemigos (1). Luego continuaron, ya reunidos, su marcha á Huercal-Overa y Aguilas, donde se abrieron paso por entre un cuerpo numeroso de dragones franceses que les salió al encuentro, destrozándolo completamente, y después á Mazarrón y el Pal-

(1) Por todos conceptos merece su relato en esta parte ser transmitido á nuestros lectores. Enseña él solo más que cuantas observaciones pudiéramos dedicarle, «...... en cuya consecuencia se sirvió V. S. prevenirme que tratase de salvar mi división, pero que lo crítico de las circunstancias no permitirían darme ningún auxilio. En su consecuencia, subí á lo más elevado de aquella peña (de Vertientes), y observé que la derecha del enemigo era una cordillera de montes, con árboles muy espesos, y que seguían como hasta 100 toesas del Peñón. En este momento, viendo la dificultad de verificar mi retirada, siempre peligrosa, á vista del enemigo, y más porque el Peñón de Vertientes es un monte solo, que no se enlaza con ninguna cordillera, me decidí á persuadir al enemigo que iba á atacarlo, dando á mi ataque, que aparenté, todo el carácter de verdadero; formé cinco columnas cerradas de los cinco batallones que allí tenía, que eran primero de Burgos y el mío de cazadores de Vélez, los dos de Lorca y el de Bailén, al mando de sus coroneles, el brigadier D. Luis Riquelme, D. José Montero, D. Mariano Barranco y el mío que tenía su sargento mayor D. José Moreno; me puse á su cabeza, por ser el más inmediato á los enemigos; adelanté tres guerrillas por el frente, de 100 cazadores cada una, previniéndoles su movimiento, como el de todas las demás columnas; mandé tocar ataque general en toda la línea, y marché así al enemigo á paso redoblado, aunque bien cerradas y unidas las columnas en masa. Este movimiento decidido le impuso tanto que replegó sus guerrillas y se salió de la arboleda, destacando muchos partes á escape á su retaguardia. En cuanto hube marchado á po-

mar de D. Juan, su última y gloriosa etapa. La caballería de Latour-Maubourg y de Soult, hermano del Mariscal, desistió del alcance y retrocedió á su vez para incorporarse á su general en jefe en Granada ó dirigirse á la Alpujarra con Godinot en busca del conde del Montijo y del alcalde de Otívar (1).

El alcalde de Otívar.

Ya anteriormente había Soult enviado á Sierra Nevada y tierra de Almería fuerzas considerables, así para interrumpir el desembarco de los cuerpos que sucesivamente iban de Cádiz á tomar parte en la campaña, como para ver de destruir las partidas que infestaban las altas montañas de entre Granada y Málaga, cortando á veces la comunicación de estas dos importantes

---

nerme en línea con la primera sierra de la izquierda, mandé variar de dirección sobre el flanco izquierdo y gané la primera altura, cuyo movimiento siguió el batallón de Burgos, y nos hallamos ya emboscados y en posición ventajosa, imponiendo más y más al enemigo, el cual no se atrevió á mover un paso adelante, y su caballería, que venía por el camino real, quedó parada; motivo porque pudieron ganar camino todos los equipajes que estaban en las Vertientes y Chiribel. Las demás columnas siguieron mi movimiento, y concurrieron al punto de reunión que les había dado en lo más alto de otra cordillera, y ya unidas todas las columnas, me dirigí á Oria, manteniendo las guerrillas en las alturas para impedir á los vándalos que observasen mi dirección; pero viendo que mis soldados se hallaban fatigados, pues en menos de 24 horas habíamos andado sin comer 15 leguas, la noche que obscureció sobremanera y la lluvia que nos molestaba, determiné hacer un alto y aguardar que amaneciese para llegar á la villa de Albox, lo que se verificó, en cuyo lugar me reuní con la segunda división de infantería que mandaba el mariscal de campo D. José O'Donnell».

Esto es saber su oficio.

(1) Son innumerables las tropelías cometidas en aquel avance de los famosos dragones de Latour-Maubourg en los pueblos que visitaron. Todas las relaciones están en eso acordes, y, entre ellas, existen cartas dirigidas á la duquesa de Abrantes por sus administradores de Baza, en que se confirman noticias de tales vejaciones que no por ser generales en España dejan de encender el ánimo en ira y desconsuelo.

poblaciones. Pero después del 15 de agosto en que Soult se restituyó á Granada celebrando su triunfo de Zújar con un solemne *Te Deum* en la catedral, se multiplicaron las salidas á la sierra, no pocas bien rudamente escarmentadas por nuestros patriotas. Si el conde del Montijo, comunmente establecido en el Padul y el Suspiro del Moro, derrotaba á los destacamentos franceses enviados para arrojarle de aquellas posiciones que tanto les importaba tener despejadas, más estragos aún hacía en ellos el alcalde de Otívar, el ya famoso D. Juan Fernández de quien tantas veces hemos hecho mención como guerrillero incansable de aquel territorio. Andaba también por él un escribano de Antequera, el partidario Roda, asaltando puestos enemigos y correos por las inmediaciones de su pueblo y el camino de Málaga, pero ni él ni ninguno de los varios partidarios de aquel reino podía compararse con nuestro alcalde (1).

Ya dijimos que había obtenido en Cádiz el empleo de coronel y que con ese empleo y el prestigio que debía darle volvió á presentarse á sus antiguos camaradas. Era en junio de 1811, y su carácter militar le obligó á someterse á la autoridad de Montijo, á cuyo lado asistió á los cien encuentros que provocaba su proximidad á Granada. Y fué siempre con tal fortuna, durante la permanencia del general Freire en la posición, también imponente, de la Venta del Baúl, que no contribuyeron poco Montijo y el de Otívar á que,

(1) Además combatían en las montañas de Granada un Juan Guerra, Carrasco y Calvache, Moreno, Urive y su jefe Bielsa en la sierra de Cazorla, y en la de Ronda los varios que citamos al tratar de la lucha en tiempos anteriores al de que estamos ahora tratando.

alarmados Sebastiani y después Soult, fortificaran aquella capital y particularmente la Alhambra, su baluarte y reducto más importante y de fácil defensa.

El alcalde de Otívar, atacado en julio de aquel año de 1811 en Fornes, rechazó á los dragones que le acometieron, matando á su jefe en combate singular, y rechazó también luego á otros dragones que, al apoyo de alguna infantería, intentaron vengar aquel revés. El mes siguiente fué de constante pelea por toda la sierra, y aunque, según hemos dicho, dirigió Soult las fuerzas de Godinot por el litoral para despejar de enemigos todo el terreno inmediato hasta Granada, Montijo y Caridad, cuyo apodo acreditaba cada día más el de Otívar, tuvieron la fortuna de mantenerse en sus puestos, cuando no se extendían combinadamente á Motril y la misma vega de Granada, dispersando, cuando no destruían, los destacamentos franceses que operaban por el Padul, Lanjarón, Dúrcal, Velezcillos, Hualchos, el Puntalón,. Molvizar y varios otros puntos más ó menos importantes de las Alpujarras. Junto á Motril, sobre todo, y uniendo el 2 de septiembre su acción á la del Conde, sostuvo un afortunado combate que, reproduciéndose cada día de posición en posición, acabó el 9 de aquel mismo mes en la vega de Granada, causando en los franceses, no sólo pérdidas que, á fuerza de ser diarias, se hicieron considerables, sino cansancio sumo y decepciones sin cuento.

Decíamos en otra parte y en ninguna puede aplicarse mejor que en ésta: «Como todas las operaciones á que nos hemos ido refiriendo en el capítulo anterior (el en que se reseñan minuciosamente las hazañas que acabamos de recordar del alcalde de Otívar), tenían lu-

gar durante la invasión de la provincia de Murcia por el mariscal Soult, quien, según ya dijimos, había reforzado los destacamentos destinados á la Alpujarra, no cesaron los combates después del de Motril. Por el contrario, se habían hecho más frecuentes que antes, y cada día más encarnizados. Y era que Soult, que entre las varias razones que daba entonces para no proseguir su avance, tenía la de la aparición del general Ballesteros en la Serranía de Ronda, deseaba, á la vez que escarmentarle, limpiar toda la zona del litoral que cubre la cordillera bética de las guerrillas que tanto entorpecían su acción contra la isla gaditana. El, así, y Drouet que, al relevar á Sebastiani, había llevado una división de refuerzo al cuarto cuerpo, ponían el mayor ahinco en asegurar su dominación en Andalucía» (1).

Ballesteros en Ronda.

El general Ballesteros, creyendo, con efecto, aquellas circunstancias las más propicias para una correría en Ronda que distrajese á Soult de sus operaciones contra el tercer ejército español establecido en su campo de la Venta del Baúl, desembarcó el 4 de septiembre en Algeciras con la división con que estaba operando en el condado de Niebla. Puesto el pie en tierra, lanzó sobre la Serranía de Ronda cuantos ginetes había llevado con los guerrilleros que se le unieron, y pocos días después plantaba su cuartel general en Ximena, organizando allí las fuerzas de que iba á valerse con cuantos hombres y mozos útiles halló, aldeanos, contrabandistas y hasta presos por delitos de poca monta. Su presencia en la Serranía y la fama de su actividad

(1) Nieblas de la Historia patria.—El alcalde de Otívar.

y fortuna levantaron el espíritu en aquellos patriotas, los más decididos por la causa nacional en Andalucía, y provocaron en Soult el empeño de acabar, ya que tan cerca le tenía, con *el temerario guerrillero*, que es como solía llamarle. Ya el Mariscal había dirigido á la Serranía una fuerte columna que, valiéndose de infidencias, se apoderó de Alcalá de los Gazules, sin que pudiera Ballesteros socorrerla, por llegar al pie de la fortaleza cuando ya se había rendido. No fué, sin embargo, infructuosa su expedición, porque batió en las inmediaciones á algunas fuerzas francesas que salieron á escaramucear con las suyas mientras el teniente coronel D. Jerónimo Valdés, ayudante suyo y después general tan celebrado, marchaba sobre la Hoya de Málaga y batía junto á la Yunquera una columna de 700 infantes, 30 caballos y 4 piezas de montaña, causándola muchos muertos y heridos y cogiendo prisioneros, armas y caballos en gran número.

Puesto otra vez en Ximena y sabiendo que nuevas fuerzas, enviadas por Soult á las órdenes del coronel Rignoux con un regimiento polaco que luego se reforzó hasta reunir unos 2.500 hombres, se dirigían á combatirle, juntó Ballesteros las suyas, estableciéndolas junto á aquella población y en posiciones cuya fortaleza no sospechaba su adversario. El marqués de las Cuevas del Becerro, que mandaba la vanguardia, recibió la misión de atraer al enemigo más al interior de la sierra; y conseguido esto, Ballesteros cayó sobre Rignoux, envolviéndole, el 25 de septiembre, cuando con la mayor confianza tomaba la columna francesa el camino de San Roque. Para cuando Rignoux comprendió la gravedad de su situación, era atacado por

la vanguardia de Ballesteros en su flanco derecho y por una columna al mando del coronel Bútler en su centro, desalojándole de la cordillera que domina á Ximena y á que se había acogido. Una por una fueron los franceses perdiendo sus posiciones en la retirada hacia Alcalá, y nuestra reserva acabó por destrozarlos y ponerlos en la más completa dispersión con la baja de 1.000 hombres, inclusa la de su jefe.

Este revés provocó, según era de esperar, las iras del duque de Dalmacia, quien ordenó una operación combinada con cuantas fuerzas tenía disponibles. El general Godinot, con 5.000 hombres, avanzó en el litoral del Mediterráneo por Marbella y Manilva; los generales Barrois y Semelé, con varios miles de hombres también y algunas piezas de artillería, salieron de las líneas de Cádiz, el primero para ocupar la fortaleza de Castellar de la Frontera, y el segundo para, por Vejer y los Barrios, envolver las posiciones todas de Ballesteros antes de que pudiera acogerse á las baterías de Gibraltar. El general español vió acercarse el nublado; y ante una fuerza que supo se elevaba á la de más de 10.000 hombres y hábilmente combinada y dirigida, cejó prudentemente hasta ponerse á salvo en Gibraltar, burlando así la perspicacia y la actividad características de sus enemigos. Godinot no halló obstáculo que le detuviese en su marcha; y aun cuando Barrois fracasó en Castellar, que defendía D. Miguel Riquelme, el 15 de octubre se habían reunido los tres generales franceses en San Roque, convencidos, sin embargo, de la inutilidad de sus sabias combinaciones.

¿Cómo reparar tal fracaso?

Godinot pensó que de ninguna manera mejor lo

Intentan los franceses la

Conquista de Tarifa.

vengaría que con la conquista de Tarifa; y allá se dirigió inmediatamente pensando que el coronel Skerret, el mismo de Tarragona, y sus 1.200 ingleses no serían obstáculo insuperable para apoderarse de aquella insigne fortaleza. Pero ni aun llegar pudo al alcance de sus murallas, porque los barcos ingleses que vigilaban la costa le impidieron seguir el camino que la recorre, único por donde podía llevar la artillería destinada á abrirse paso por ellas. Esto sucedía el 18 de octubre, y el 21 levantaban el campo fronterizo de Gibraltar los generales franceses para volver á Sevilla y Cádiz por Ximena y Ubrique, de donde Semelé se dirigió á Ronda, observado de cerca por Ballesteros que aquel mismo día emprendió la marcha tras de ellos para picarles su retaguardia y aprovechar ocasión en que batirlos.

Suicidio de Godinot.

Y, con efecto, cuando más descuidado se hallaba Semelé en Bornos, sorprendióle Ballesteros el 5 de noviembre con la caballería de su división y los infantes de Lena, algunos gastadores y unos 400 patriotas de la Serranía que, después de derrotarle, fueron dándole alcance por espacio de tres leguas en que, con varios muertos y heridos, le cogieron 100 prisioneros y muchos fusiles y bagajes. La derrota de Semelé fué completa; no lo fué menos el desastre de tan grande expedición; y el mariscal Soult no halló otro expediente mejor para disimularlo que el de cargar toda la culpa sobre Godinot, tratándole tan cruel y desatinadamente que, perdido el juicio, se suicidó el infeliz general con el fusil de uno de sus soldados (1).

---

(1) Cuenta Schépeler que Soult dijo á Godinot: «Qué ¿no

Mas no era á Godinot á quien Soult debía achacar el corto resultado de la campaña de Granada y menos el malogro de la de Ronda. Mayor era la culpa de su parte al no haber operado, como era de esperar de sus talentos y experiencia, en Baza; que, de acometer decididamente la posición de la Venta del Baúl, no hubiera dado á Freire tiempo de retirarse con sus tropas, puede decirse que intactas, y con todo el material del ejército, hasta escapársele todo sin más pérdidas que las sufridas por O'Donnell en Zújar y las, para tal ocasión, insignificantes de Las Vertientes. No sacó de aquella campaña otro fruto positivo que el de despejar las inmediaciones de Granada de unos enemigos que, si amagaban invadir la ciudad y su vega, no presumirían conquistarla mientras en élla, en Málaga y Sevilla, permanecieran ejércitos que llevaban ya dos años de ocuparlas sin intermisión ni contratiempo transcendental alguno. Porque si el alcance del combate de Zújar se extendió á Vélez-Rubio, Aguilas y Caravaca, también allí sufrieron sus reveses los cuerpos franceses que se adelantaron hasta aquellas estancias de los españoles del tercer ejército. En Aguilas, ya lo hemos dicho, los

Esterilidad de la campaña de Soult.

habéis podido batir á ese brigante?»; á lo que le contestó éste: «Ese brigante es capaz de batir á los mariscales».

En cuanto á la derrota de Semelé, debió echarse en gran parte á los españoles juramentados que llevaba en sus tropas, porque si poco antes en Vélez-Rubio se quitó á los que allí había las espadas y tercerolas y se les envió desarmados á Granada, ahora en Sevilla se quitaron los caballos al regimiento de juramentados núm. 3 y se hizo marchar á Madrid el número 7, para, según se dijo, enviarlos al Norte de Francia, y de allí, naturalmente, á Rusia al estallar la guerra con aquel imperio. Para mayor seguridad y temiendo desertaran al campo de Ballesteros, se les fué escoltando con un escuadrón de húsares franceses que, á pesar de su vigilancia, no supo impedir que muchos de los soldados españoles se fueran á la Serranía para unirse á los leales sus compatriotas.

jinetes franceses que intentaron cortar la retirada á la división Sanz, salieron rudamente escarmentados. Pero el 30 de septiembre aquella misma división batió junto á Huercal-Overa á fuerzas considerables enemigas que, á pesar de establecerse en posiciones bien elegidas y apoyadas en caseríos y bosques inmediatos, sufrieron una completa derrota y bajas de importancia en su fuga á Albox. La infantería y la caballería de Sanz se portaron admirablemente, cargando con el mayor ímpetu, igual al con que habían vencido días antes junto á Aguilas, y sin que por su continente, energía y modo de maniobrar pudiera creerse que acababan de verificar una retirada tan larga y penosa como la de Baza á Las Vertientes y Lorca.

Hacia Carabaca los franceses demostraban retirarse á cantones más próximos á Granada, donde sus compatriotas se veían obligados á atender á los movimientos de Montijo y el alcalde de Otívar, en la Alpujarra, y á los de Ballesteros en Ronda. Las avanzadas que tenían en la venta de la Junquera, cerca de Caravaca, y al frente de Vélez-Rubio, se encaminaban á Baza, llevándose consigo caballerías, ganados y granos, cuanto podían robar en las poblaciones invadidas y en los campos que cruzaban. Pero no siempre lo hacían impunemente; porque antes de depositar el fruto de sus rapiñas en Puerto de Lumbreras y en Vélez-Rubio para después llevarlo á Baza y Guadix, fuerzas nuestras, dirigidas por el teniente coronel D. Bernardo Márquez, entre los dos Vélez, y un destacamento de dragones de Pavía en la Puebla de Don Fadrique, les arrebataron en los primeros días de Septiembre cuantos granos conducían á aquellos depósitos. Toda aque-

lla línea se hizo teatro de la más encarnizada lucha entre las avanzadas de ambos ejércitos enemigos, y en Caravaca, la Puebla, Xiquena, especialmente desde la llegada de Montijo á la primera de aquellas poblaciones, era raro el día en que los destacamentos españoles no obligaran á los franceses á desistir de sus fechorías de costumbre. El 19 de septiembre, el teniente coronel Márquez, acabado de nombrar, encontró en la ermita de la Fuensanta una partida francesa de 45 infantes y 17 dragones y la destruyó completamente, matando á 28 de ellos y haciendo 30 prisioneros, entre los que á dos comandantes, sus jefes. Este y otros choques de iguales ó parecidos efectos, coronados con el obtenido por Sanz en Huercal-Overa, determinaron en los franceses un movimiento general de retirada que desvaneció los temores de invasión en Murcia que había provocado aquella campaña.

Su crueldad.

Con esas noticias, las de Ronda, la de la rota de Semelé en Bornos y la lastimosa catástrofe de Godinot, encendióse de tal manera la ira en el corazón de Soult, que no hubo freno que la contuviera. Y ya que no la pudiese descargar sobre otro de sus subordinados, aun habiendo no pocos de entre ellos que dieran lugar á disculparla con sus errores, por lo menos, en las últimas operaciones que con tal desgracia había él mismo dirigido, la hizo toda caer sobre el primer indefenso español que cayó en sus manos. «Una crueldad, dice sentenciosamente Schépeler, que busca pretextos innobles, no es digna de un gran general».

Y hé aquí el caso, bárbaro, atroz, como de quien en toda la guerra de España no había, mandando él, experimentado sino reveses, tanto más bochornosos

cuanto que le infirieron varios los que nunca acababa de despreciar bastante en sus bandos, órdenes generales y proclamas. La *Gazeta* de la Regencia lo describe con todos sus pormenores y lo trasladamos de ella para que nuestros lectores comprendan bien toda la odiosidad que encierra y que provocaría en pueblo tan altivo y generoso como el español:

«Juan Manuel López, dice el órgano de nuestro gobierno en Cádiz el 12 de diciembre de 1811, sargento que era hace cinco años de caballería, con 20 de servicio, se hallaba á mediados de este mes (noviembre) con una partida de 23 soldados desempeñando la comisión que le había dado su general D. Francisco Ballesteros, de recoger caballos y perseguir ladrones. Uno de su partida, que estaba de inteligencia con los franceses, proporcionó que un destacamento de éstos, enviado por el gobernador de Constantina, los sorprendiese durmiendo en un cortijo. Nuestros soldados fueron asesinados cruelmente, estando indefensos, menos López, á quien se reservó para conducirlo á Sevilla, y tres de sus compañeros que, favorecidos de la obscuridad de la noche, lograron escaparse. Los franceses, que venían informados del número de los españoles, los echaron menos, los buscaron, y no habiendo conseguido encontrarlos, desahogaron su furor con tres inocentes mozos, dependientes de aquella hacienda, que fueron destrozados de un modo horrible. Llegado López á Sevilla, mandó Soult á la junta criminal que lo juzgase en el término de 24 horas. La junta, para proceder con algún dato, pidió lo actuado por el gobernador de Constantina; la contestación fué que el señor Mariscal quería que, á pesar de que estaba pro-

hibida por la ley la pena de horca, se aplicase ésta en vez de la de garrote. La junta representó que no podía proceder sin documentos ó cargos explicados contra el reo; Soult se irrita, y con palabras que le son familiares, contesta que no necesita del tribunal, y que hará condenar á López por una comisión militar. No obstante, contiene su furia, y al día siguiente envía al tribunal el parte del gobernador de Constantina, en que éste le contaba que habían sido pasados por las armas unos cuantos bergantes que habían cogido sus tropas y que le enviaba el comandante. La junta expuso respetuosamente que esto no le bastaba para fallar. Cuando le llegó este recado, se hallaba con Soult el conde de M...., quien deseando complacerle, se encargó de hacer ahorcar al supuesto reo (1). Fué con efecto á verse con el presidente de la junta, y el resultado fué mandar que se condenase á López como ladrón cogido con las armas en la mano. En esto había corrido la voz de lo que pasaba, y varios sujetos de los pueblos por donde había transitado López en desempeño de su comisión, acudieron á textificar que lejos de ser ladrón, había perseguido á los ladrones, quitándoles varios robos que había devuelto fielmente á los dueños, que era sujeto muy conocido en el país, y muy estimado por su honradez y buenas prendas. El mismo López probó que algún tiempo antes de su prisión había tenido un combate reñido con un ladrón famoso conocido por el nombre de Frayle, que después había sido cogido y ajusticiado en Sevilla. A con-

(1) Schépeler no atribuye á M.... más ingerencia en el asunto que la de exhortar á los de la junta ó tribunal á que complaciesen al Mariscal.

secuencia de todo, la junta declaró que no resultaba probado el cargo que se intentaba contra el reo. Soult, muy disgustado de ello, mandó que se volviese á ver la causa; y la junta, débil y atemorizada, discordó: dos jueces votaron que se consultase al rey; dos se contentaron con una pena arbitraria, y uno pidió la pena de horca. Soult, enfurecido, creó una nueva comisión criminal, compuesta de otros ministros, y en que después de largos y reñidos debates que pasaron en secreto, y duraron hasta el anochecer del día 28, fué López absuelto y declarado simplemente prisionero de guerra. Esta noticia se derramó en un instante por toda la ciudad; la alegría fué universal y el pueblo y todas las clases la mostraban abiertamente por las calles y plazas. El desgraciado López recibió en la misma prisión las enhorabuenas de una multitud de personas que acudieron á dársela... Entretanto se juntaba á toda priesa de orden del bárbaro Soult una comisión militar que, sin más procedimiento ni diligencia que su material reunión, pronunció la pena de horca. En el momento que se leyó á López la inicua sentencia, guardó un breve silencio; después, metiendo la mano en el bolsillo, sacó algún dinero; de él encargó se le diese á su madre media onza, que se le dixesen algunas misas, y el resto que se repartiese á los demás presos. Pasadas pocas horas, fué conducido al patíbulo, donde consumó su carrera ayer 29 de noviembre á las 7 de la mañana.»

El conde de Toreno, después de extractar la relación anterior, añade: «Desgarra el corazón crudeza tan desapiadada y bárbara, é increible pareciera á no resultar bien probado que todo un mariscal de Fran-

cia se cebase encarnizadamente en presa tan débil, en un soldado, en un veterano lleno de cicatrices honrosas.»

El tan célebre duque de Dalmacia había sido muy desgraciado en nuestra guerra de la Independencia y continuaría después siéndolo más. Sin contar con su tímida persecución al general Moore desde Astorga y Lugo y la sangrienta é ineficaz batalla de la Coruña, la desastrosa retirada de Oporto donde buscaba nada menos que la corona de Portugal, y su vencimiento reciente de la Albuhera, ¿quiénes, si no los españoles le habían arrojado de Galicia, salvándose por Montefurado de una catástrofe de otro modo segura, y abandonando á su colega, el heróico mariscal Ney, al furor de sus enemigos? ¿quiénes le tenían hacía dos años contemplando Cádiz como las uvas el raposo de la fábula? ¿quiénes, arrostrando sus iras, acababan de escarmentarle en sus generales, batiéndolos en la Alpujarra, en Ronda y Bórnos?

Decimos lo que Schépeler: «Tal crueldad y con pretextos tan innobles no es digna de un gran general.»

Pero volvamos la vista á espectáculos menos sombríos y abramos el corazón á esperanzas más halagüeñas, á las que nos ofreció el patriotismo que resplandecía en la conducta militar de los defensores de Cádiz y en la política de las Cortes españolas elaborando el código constitucional que iba á cambiar toda la manera de ser social y administrativa en nuestra patria.

APÉNDICES

NÚMERO 1

—

Carta de Fernando VII al Emperador, en 22 de junio de 1808.

«Señor:

»He recibido con sumo gusto la carta de V. M. I. y R. de 15 del corriente y le doy gracias por las expresiones afectuosas con que me honra y con las quales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. y R. por su bondad en favor de la solicitud del duque de San Carlos, y de D. Pedro Macanaz, que tuve el honor de recomendar. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi hermano y tío á V. M. I y R. la enhorabuena de la satisfacción de ver instalado á su querido hermano el rey Josef en el trono de España. Habiendo sido siempre objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nación que habita su vasto territorio, no podemos ver á la cabeza de ella un monarca mas digno, ni mas propio por sus virtudes, para asegurársela, ni dejar de particicipar al mismo tiempo el grande consuelo que nos dá esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta que me atrevo á incluir, rogando á V. M. I. y R. que (después de leída) se digne presentarla á S. M. católica. Una mediación tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Sire: Perdonad una libertad que nos tomamos por la confianza sin límites que V. M. I. y R. nos ha inspirado, y asegurado de nuestro afecto y respeto, permitid que yo renueve los más sinceros é invariables sentimientos, con los quales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy humilde y obediente servidor.—Fernando. —Valencay, 22 de junio de 1808.»

Esta carta como las que siguen están traducidas por Llorente de las impresas en el *Moniteur* de 8 de febrero de 1810. Toreno las copia también de Llorente (Nellerto) después de confrontadas con las originales estampadas en aquel periódico oficial.

La siguiente no está en la obra de Llorente ni la contienen las del conde de Toreno y Bayo. Consta en las Memorias del rey José.

Fernando, Príncipe de Asturias, á José.

Valencay 22 de junio de 1808.

«Sire, permitidme que tanto en nombre de mi hermano y de mi tío como en el mío, declare á Vuestra Magestad la parte que hemos tomado en vuestra instalación en el trono de las Españas. El objeto constante de todos nuestros deseos, ha sido siempre la felicidad de la generosa nación que estais llamado á gobernar, y hoy lo vemos satisfecho con el advenimiento al trono de las Españas, de un príncipe cuyas virtudes le han hecho tan caro á los Napolitanos.

»Esperamos, Sire, que acogereis nuestros votos por su felicidad, á la que se une la de nuestra patria, y que nos concederá su amistad, á la que tenemos derecho por la que sentimos hacia Vuestra Magestad.

»Ruego á Vuestra Magestad católica *acepte el juramento que le presto como rey de España, así como el de los españoles que hoy se hallan á mi lado.*

»De Vuestra Magestad Católica su afectísimo hermano.»

CARTA DE FERNANDO VII AL EMPERADOR, EN 6 DE AGOSTO DE 1809.

«SEÑOR:

»El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de Vuestra Magestad Imperial y Real, y el grande interés que tomamos, mi hermano, mi tío y yo en la satisfacción de V. M. I. y R. nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y el reconocimiento en que vivimos baxo la protección de Vuestra Magestad Imperial y Real.

»Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á Vuestra Magestad su respetuoso homenage, y se une al que tiene el honor de ser con la más alta y respetuosa consideración, Señor, de Vuestra Magestad Imperial y Real el más humilde y más obediente servidor.—Fernando.—Valencay 6 de agosto de 1809».

CARTA DEL GOBERNADOR DE VALENCAY AL MINISTRO DE LA POLICÍA DE FRANCIA, EN 6 DE ABRIL DE 1810.

«MONSEÑOR:

»Tengo el honor de informar á V. E. por medio de un correo exrraordinario de un suceso que acaba de verificarse en Valencay.

»El señor de Amezaga, intendente de la casa de los príncipes Españoles, acaba de prevenirme de parte de S. A. el príncipe Fernando, que un emisario inglés se había introducido en el palacio. Inmediatamente fuí á estar con S. A.: Lo hallé sumamente alterado, y me dixo lo siguiente: *los ingleses han hecho mucho mal á la nación española tomando mi nombre; ahora mismo están haciendo correr la sangre. El ministerio inglés, falsamente persuadido que yo estoy aquí detenido por fuerza, me hace proponer medios de fuga, pues me ha enviado un emisario que, baxo el pretexto de venderme obgetos curiosos, debía darme un recado de S. M. el rey de Inglaterra.* Sin pérdida de tiempo, he sorprendido y arrestado al emisario, quien ha declarado ser el barón de Kolli, Irlandés, ministro de S. M. el rey de Inglaterra, enviado al príncipe Fernando. Sin dilación he dispuesto que sea conducido ante V. E. en posta con los muchos papeles que se le han hallado.

»Yo no dudo que los interrogatorios que se le harán en ese ministerio den á conocer los detalles de sus proyectos, y los cómplices, si los hubiere. Según los primeros informes que yo he podido tomar aquí, él ha venido solo, sin tener persona conocida.

»Creo, Monseñor, deber aprovechar esta ocasión para repetir á V. E. lo que ya he tenido el honor de manifestarle; á saber, que el príncipe Fernando está animado del mejor espíritu, y persuadido íntimamente de que sólo S. M. el emperador es su apoyo y mejor protector. Un profundo reconocimiento, un deseo, y una esperanza de ser declarado hijo adoptivo de S. M. I. son los sentimientos que llenan el corazón de S. A.: Y en estas circunstancias, al tiempo mismo en que el príncipe celebraba con brillantes fiestas el matrimonio de sus magestades, y reunía en el palacio de Valencay para la festividad las personas más distinguidas de la provincia, ha venido el barón de Kolli á traernos sus funestos y ridículos mensages. Nada era más fácil de prever que el éxito de su empresa.

»Ruego á V. E. se sirva avisarme el recibo de todos y cada uno de los objetos que le dirijo. Tengo el honor de ser, con respeto, vuestro humilde servidor.—Berthemy.—Valencay 6 de abril de 1810.»

Carta de Fernando VII á Mr. Berthemy, gobernador del castillo de Valencay, en 6 de abril de 1810.

»Habiéndose introducido aquí una persona desconocida, con pretexto de trabajar de tornero, se ha atrevido en seguida á proponer al Sr. Amezaga, nuestro primer caballerizo é intendente, sacarme de Valencay, entregarme algunas cartas que trae; en una palabra, llevar á cabo el proyecto y plan de esta horrible empresa.

»Nuestro honor, nuestro reposo, la buena opinión debida á nuestros principios, todo se hubiera visto comprometido, si el señor de Amezaga no se hallara al frente de nuestra servidumbre, y si no hubiera dado en esta ocasión peligrosa, una nueva prueba de su fidelidad ácia su magestad el emperador y rey, y ácia mi. Este Oficial, cuyo primer paso fué informaros al momento del proyecto dicho, me dió cuenta inmediatamente después.

»Deseo vivamente informaros por mí mismo de que estoy impuesto en el asunto, y tener esta ocasión de manifestar de nuevo mi inviolable fidelidad al emperador Napoleón, y el horror que siento respecto á este infernal proyecto, cuyos autores y fautores deseo que sean castigados según merecen.

»Recibid los sentimientos de nuestro afecto.—El príncipe Fernando.»

NÚMERO 2

—

«Es muy interesante el corto viaje del cazador Tillet: no se le puede oir contarlo sin sentir las fuertes emociones que él debió experimentar á cada nuevo peligro que hubo de vencer. Sólo citaré algunas circunstancias que darán idea de su valor y de los riesgos que corrió. Temiendo ser tomado por espía, no quiso disfrazarse; cruzó las líneas enemigas en pleno día, con su uniforme y fingiendo ir herido; se inclinó después hacia la margen del Coa y se ocultó detras de una roca hasta la entrada de la noche. Entonces se puso en marcha evitando hábilmente los puestos enemigos. A cierta distancia tuvo que dar un salto de diez á doce pies de profundidad para continuar su camino: se tira y cae, al saltar, en un sitio que servía de refugio á una veintena de familias de aldeanos españoles que habían huído de su aldea ocupada por las tropas. Todos ellos dormían tranquilamente; pero al buscar una salida en la obscuridad, Tillet pisa á algunas mujeres y aldeanos que se dispiertan gritando, «al ladrón». Para salvarse, anda sobre otros que gritan aún más al dispertarse; y ya iba á ser cogido cuando felizmente para él, le ocurre acostarse en uno de los grupos y roncar como los demás. Se anduvo inquiriendo más de media hora qué era lo que había ocasionado aquel tumulto, y parece que aquella gente volvió á dormirse. Entonces Tillet se levantó con precaución: buscó sin hacer ruído la salida del recinto de rocas en que se hallaba, y habiéndola encontrado, se alejó lo más de priesa posible de un sitio que había estado para serle tan funesto, pues que los aldeanos le hubieran infaliblemente muerto si lo hubiesen hallado»:

«En fin, Tillet, á pesar de tantos obstáculos, llegó á una media legua de Almeida; y como se había encontrado en el sitio de aquella plaza, se orientó fácilmente, aunque, temiendo caer en los puestos enemigos, se propuso esperar hasta el amanecer. Cuando apareció la aurora, se adelantó hacia la plaza como un lobo para observar á los centinelas ingleses y elegir el paso que le pareciera más fácil y menos peligroso. Se había subido á una roca para descubrir mejor el terreno, cuando observó que lo veían desde un puesto enemigo que acababa de destacar algunos hombres á reconocerle. Espantado con la idea de naufragar junto al puerto, Tillet echó á correr hacia un manantial en que había bebido; siguió cuanto le fué posible las huellas que habían dejado sus pies en el rocío para impedir á sus enemigos reconocer por ellas la nueva dirección gue pudiera tomar. La fuente hacia que se había dirigido Tillet se hundía una mitad debajo de una roca cubierta de musgo y obscura. A pesar de las precauciones que tomó, los ingleses reconocieron y siguieron su huella y se dirigieron también á la fuente. Tillet que los observaba á traves de las ramas, viéndose á punto de ser preso, se metió en la boca la orden de que era portador, y aun estando muy fría el agua se hundió en ella hasta el pescuezo. Cuando los que le buscaban estuvieron cerca de él, se hundió enteramentente debajo de la roca que cubría el manantial. Los ingleses después de haber dado la vuelta á éste mirando por todas partes, creyeron haber seguido mal la pista y se volvieron á su puesto. Tillet se quedó todavía algún tiempo en el agua y luego salió de ella helado para acercarse á Almeida. Cerca ya del glasis de la plaza, halló

dos centinelas enemigos á la vuelta de un camino y aprovechó el momento en que le volvían la espalda para echar á correr y precipitarse al camino cubierto. Los puestos franceses al pronto le recibieron á tiros; pero al reconocerle, le condujeron al gobernador á quien entregó sus despachos. Después este bravo soldado ha sido recompensado con una pensión y la cruz de la Legión de honor. Sin tan brillante acto se hubiera perdido la guarnición de Almeida.»

NÚMERO 3

—

Estado *de las fuerzas que de los ejércitos 4.º y 5.º concurrieron á la memorable batalla de la Albuera en 16 de mayo de 1811*

DIVISIONES Y CUERPOS DE QUE SE COMPONEN	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos...	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos...	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos...
4.º EJÉRCITO									
Vanguardia									
Mariscal de campo D. José Lardizábal									
Infantería de Murcia..............	49	657	»	22	438	»	71	1095	»
Idem de Canarias..................	13	420	»	24	266	»	37	686	»
Idem 2.º de León..................	19	567	»	12	300	»	31	867	»
Idem Cazadores reunidos (su fuerza se comprende en sus cuerpos respectivos).									
Campo Mayor.......................	26	647	»	20	385	»	46	1032	»
Suma...............	107	2291	»	78	1389	»	185	3680	»
3.ª División									
Teniente general D. Francisco Ballesteros									
Infantería, 1.ª de Catalanes.......	11	216	»	»	26	»	11	242	»
Idem de Barbastro.................	17	546	»	7	142	»	24	688	»
Idem de Pravia....................	31	542	»	1	60	»	32	602	»
Idem de Lena......................	28	499	»	3	130	»	31	629	»
Idem de Castropol.................	26	562	»	7	130	»	33	692	»
Idem de Cangas de Tineo...........	21	559	»	11	154	»	32	713	»
Idem de Infiesto..................	20	447	»	8	137		28	584	»
Suma...............	154	3371	»	37	779	»	191	4150	»
4.ª División									
Mariscal de campo D. José de Zayas									
2.º batallón de Reales Guardias Españolas..........	24	606	»	9	209	»	33	815	»
4.º batallón de id....	19	628	»	12	208	»	31	836	»
Irlanda...........................	41	708	»	34	402	»	75	1110	»
Patria............................	28	566	»	»	77	»	28	643	»
Imperiales de Toledo..............	32	545	»	14	185	»	46	730	»
Legión extranjera.................	19	528	»	1	117	»	20	645	»
Ciudad Rodrigo....................	22	428	»	3	165	»	25	588	»
Reales Guardias Walonas...........	12	611	»	3	94	»	15	735	»
Zapadores.........................	»	40	»	»	10	»	»	50	»
Suma...............	197	4685	»	76	1467	»	273	6152	»

DIVISIONES Y CUERPOS DE QUE SE COMPONEN	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..
Caballería									
Brigadier D. CASIMIRO LOY									
Escuadrón de Granaderos.........	24	260	260	2	57	14	26	317	274
Escuadrón de Instrucción........	12	120	120	1	56	28	13	175	148
Provincial de Santiago...........	30	308	308	10	393	223	40	701	531
Húsares de Castilla..............	27	384	384	11	87	28	38	471	414
Suma...............	98	1072	1072	24	592	293	117	1664	1365
Artillería									
Ocho piezas......................	7	96	85	1	24	2	8	120	57
Ingenieros	6	»	»	»	»	»	6	»	»
5.° EJÉRCITO									
1.ª división									
Brigadier D. CARLOS ESPAÑA									
Zapadores y guías................	4	66	»	»	11	»	4	77	»
Rey..............................	29	474	»	36	568	»	65	1042	»
Zamora...........................	14	330	»	42	541	»	56	871	»
Voluntarios de Navarra...........	10	851	»	11	169	»	21	1020	»
Suma...............	57	1721	»	89	1289	»	146	3010	»
4.° EJÉRCITO									
Caballería									
Brigadier CONDE DE PENNE									
Carabineros Reales...............	4	48	52	»	6	6	4	49	58
Reina............................	20	118	166	4	51	22	24	169	188
Borbón...........................	24	111	150	1	48	24	25	159	174
Lusitania........................	13	75	99	2	28	13	15	101	112
Algarve..........................	13	88	121	4	61	38	17	149	159
Húsares de Extremadura...........	12	80	102	»	28	9	12	108	111
Cazadores de Sevilla.............	1	121	126	»	9	9	1	130	135
Suma...............	87	684	816	11	281	121	98	865	937
5.° EJÉRCITO									
Artillería									
Seis piezas......................	4	58	»	»	21	»	4	79	»

RESUMEN GENERAL

DIVISIONES Y CUERPOS DE QUE SE COMPONEN	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos...	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..	Jefes y oficiales...	Tropa.....	Caballos..
4.º EJÉRCITO									
Vanguardia......................	107	2291	»	78	1389	»	185	3680	»
3.ª división......................	154	3371	»	37	779	»	191	4150	»
4.ª división......................	197	4685	»	76	1467	»	273	6152	»
Caballería......................	93	1072	1072	24	592	293	117	1664	1365
Artillería......................	7	96	85	1	24	2	8	120	87
Ingenieros......................	6	»	»	»	»	»	6	»	»
5.º EJÉRCITO									
1.ª división......................	57	1721	»	89	1289	»	146	3010	»
Caballería......................	87	634	816	11	231	121	98	865	937
Artillería......................	4	58	»	»	21	»	4	79	»
	712	13928	1923	316	5792	416	1028	19720	2339

PLANA MAYOR

General en jefe de las tropas del 4.º ejército. El teniente general D. Joaquín Blake.
Jefe de E. M.................................. El ayudante general D. Antonio Burriel.
Comandante general de artillería............ El teniente coronel D. José Saravia.
Idem de ingenieros.......................... El teniente coronel D. Joaquín de Ribacoba.
General en jefe de las del 5.º ejército........ El capitán general D. Francisco J. Castaños.
Jefe de E. M.................................. El mariscal de campo D. Martín de la Carrera.
Comandante general de artillería............ El brigadier D. José García Paredes.
Idem de ingenieros.......................... El director subinspector D. Manuel Puello.

TROPAS inglesas y portuguesas que estuvieron en la batalla de la Albuera de 1811.

	Hombres
Infantería: regimientos de un batallón números 3, 7, 23, 28, 31, 34, 39, 48, 57 y 66, á 700 hombres	7000
10 portugueses, á 800	8000
Caballería inglesa: 9 escuadrones de línea y los demás ligeros	1800
Artillería inglesa: 28 piezas	800
Suma	17100
Una brigada de infantería inglesa, que se unió al ejército el día siguiente á la batalla	1700
Total	18800

ESTADO general del ejército aliado que se reunió en los campos de la Albuera y asistieron á la batalla del día 16 de mayo de 1811.

	Hombres de todas armas		Caballos
Cuerpo expedicionario, compuesto de tres divisiones de infantería y de caballería del 4.º ejército	11500	La caballería del cuerpo expedicionario ascendía á	1200
Una división del 5.º ejército con seis piezas de artillería	3000	La del 5.º ejército á	600
Ingleses y portugueses con veinte y cinco piezas de artillería	17000	La inglesa y portuguesa á	1800
Total	31500	*Total*	3600

NOTA. Deben contarse 30000 solamente en el total, porque una brigada inglesa quedó cerca de Badajoz hasta la mañana siguiente á la batalla.

NÚMERO 4

Estado *de los muertos y heridos que tuvieron los cuerpos españoles que asistieron á la batalla de la Albuera.*

CUERPOS	MUERTOS			HERIDOS		
	Jefes	Oficiales	Tropa	Jefes	Oficiales	Tropa
4.º EJÉRCITO						
Vanguardia						
Murcia	»	2	26	»	5	58
Canarias	»	2	16	»	4	64
2.º de León	»	»	11	»	»	47
Cazadores reunidos	»	»	1	»	1	10
Campo Mayor	»	»	5	»	3	36
3.ª división						
Compañías de Catalanes	»	»	»	1	»	1
Barbastro	»	»	5	»	2	28
Pravia	»	»	19	»	2	36
Lena	»	1	12	1	3	25
Castropol	»	»	8	1	2	30
Cangas de Tineo	»	»	3	»	1	16
Infiesto	»	2	8	»	1	16
4.ª división						
Gastadores	»	»	2	»	»	11
2.º batallón de Reales Guardias Españolas	»	»	25	1	9	139
4.º Idem íd. íd.	»	»	37	»	2	180
Irlanda	»	»	36	»	18	223
Patria	»	»	2	»	»	1
Imperiales de Toledo	»	»	4	»	1	16
Legión extranjera	»	»	»	»	19	»
Ciudad-Rodrigo	»	»	»	»	13	»
Reales Guardias Walonas	»	»	»	»	8	»
Caballería						
Escuadrón de Granaderos	»	»	1	»	»	16
Escuadrón de Instrucción	»	»	1	»	2	10
Provisional de Santiago	»	»	3	»	»	4
Húsares de Castilla	»	»	2	»	»	1
5.º EJÉRCITO						
1.ª división						
Rey	»	»	»	»	2	6
Zamora	»	»	»	»	»	3
Voluntarios de Navarra	»	»	»	»	1	18
1.º de Catalanes	»	»	14	»	1	46
Caballería						
Reina	»	»	5	»	1	7
Algarve	»	»	3	»	2	4
Húsares de Extremadura	»	»	3	»	»	3
Artillería	»	»	2	»	»	7
Estado Mayor	1	1	»	3	6	»
Suma	1	8	249	7	104	1007

PÉRDIDA TOTAL EN EL EJÉRCITO ALIADO

CUERPOS DE EJÉRCITO	MUERTOS		HERIDOS		Prisioneros ó extraviados		TOTAL	
	Oficiales..	Tropa....	Oficiales..	Tropa....	Oficiales..	Tropa....	Oficiales..	Tropa....
Españoles	9	249	111	1007	»	»	120	1256
Ingleses	32	850	159	3573	14	356	205	4958
Portugueses	1	101	15	246	»	26	16	373
Suma	42	1200	285	4826	14	556	341	6582

TROPAS QUE QUEDARON DESPUÉS DE LA BATALLA

	Hombres	Caballos	Piezas
Fuerza que había	31500	3600	31
Pérdida	6923	159	2
Quedaron	24577	3441	29

AUMENTO QUE TUVO EL EJÉRCITO

	Hombres	Caballos	Piezas
Quedaron después de la batalla	24577	3441	29
Llegó el día siguiente de la batalla una brigada inglesa que había quedado al frente de Badajoz	1500	»	»
Llegaron el 23 ó 24 dos divisiones inglesas	10600	600	»
Artillería del cuerpo expedicionario, que habiendo desembarcado en Ayamonte, con las tropas, llegó por Portugal el 22 ó 23 de mayo	200	»	12
Suma	36877	4041	41

NÚMERO 5

Sermo. Sr.: Tengo la satisfacción de anunciar á V. A. que el ejército aliado, español, inglés y portugués, batió completa y gloriosamente en estos campos de la Albuera, antes de ayer 16, al ejército enemigo, que atrevida y jactanciosamente conducía el mariscal Soult, para libertar á Badajoz y conquistar de nuevo la Extremadura. Desvanecidos sus proyectos, está en decidida retirada, y le persigue la caballería, sostenida por nuestra vanguardia y alguna infantería inglesa.

No diré á V. A. que se haya conseguido una victoria fácil; la batalla ha sido porfiada y no poco sangrienta por ambas partes, aunque mucho más por la de los enemigos, cuya pérdida no baja ciertamente de 7.000 hombres; pero el empeño con que las tropas se han batido, sin ceder en muchas horas una pulgada de terreno, hace ciertamente más glorioso y satisfactorio el triunfo.

Había Soult reunido fuerzas extraordinarias con una actividad proporcionada al grande objeto que se había propuesto; éramos, sin embargo, próximamente iguales á él en infantería, aunque nos excedía mucho en artillería y en el número de caballería; pero tal era el ardor con que las tropas de las tres naciones deseaban pelear contra el enemigo común, tal el entusiasmo y noble emulación con que aspiraban todas á distinguirse, y tal la fraternidad con que recíprocamente se ayudaban y se sostenían, que del mismo modo que á estos 30.000 satélites del tirano, hubiéramos combatido á cualquiera mayor número, sin más diferencia que haberse derramado más sangre de valientes defensores de la libertad de la Europa.

Me apresuraré cuanto sea posible á reunir los detalles y circunstancias de tan brillante y memorable jornada, y para no privar entre tanto á V. A. de las noticias que sin duda deseará saber más pormenor que lo que este parte permite, envío á mi ayudante de campo, D. Sebastián Llano, á que, como testigo presencial de la acción, informe verbalmente á V. A. de cuanto tuviere á bien preguntarle.

Me faltan voces para dar una idea cabal del celo y bizarría de los generales, jefes y oficiales españoles, y de la intrepidez de las tropas; éstas elogian extraordinariamente á nuestros aliados, al paso que son elogiadas por ellos; y unos y otros hablan con verdad, produciendo esta cordial unión, esta ingenuidad y esta recíproca confianza, las impresiones más halagüeñas en el ánimo de los verdaderos amantes de la causa española.

Aunque me abstenga por ahora de nombrar á sugetos determinados, por evitar el riesgo de incurrir involuntariamente en preferencias, no puedo pasar en silencio el eminente mérito militar del Excmo. Sr. mariscal Beresford, general en jefe del ejército anglo-portugués, que, por la superioridad de su clase y convenio anterior con el general Castaños, ha dirigido la acción; nada hay comparable á la inteligencia, actividad y valor de este digno general, cuyo ejemplo impele á pelear con denuedo, como convencen sus consejos.

Dios guarde á V. A. muchos años. Campo de la Albuera, 18 de mayo de 1811.—Sermo. Sr.—*Joaquín Blake.*—A S. A. el consejo de Regencia.

Excmo. Sr.: Las grandes batallas, que por sus circunstancias han de ser memorables, no necesitan ni pueden referirse por escrito de un modo bastante expresivo, que representen á lo vivo los hechos gloriosos y que coloque á los valientes soldados en el eminente lugar que merecen. Las alturas y campos de la Albuera, hermoso teatro del horror por uno de los combates más sangrientos de esta guerra, serán para siempre, desde el día 16 de este mes, digno objeto de la memoria y admiración de los hombres, al considerarlos cubiertos de 8.000 y más guerreros muertos y heridos por una y otra parte en el breve tiempo de siete horas; cuya sangre hará brotar lozanos laureles para coronar las armas anglo-portuguesas y españolas. No es fácil, ni me toca particularizar los detalles de una batalla tan reñida como importantísima; tal vez las ventajosas consecuencias que nos promete habrán empezado á mostrarse ya á la vista del Gobierno antes que llegue este aviso, y no será mucho que la plaza de Cádiz sea la primera que coja el fruto de esta victoria célebre, de que voy á referir á V. E. algunas circunstancias particulares que me corresponden directamente, y que debo hacer presentes al Gobierno por la situación en que me hallo.

Con fecha 26 de abril último dije á V. E. que la extraordinaria avenida del río Guadiana, llevándose el puente de campaña establecido al frente de Jurumeñas, dejó cortada la comunicación de esta parte de Extremadura con el Portugal, imposibilitando mi entrevista con el Lord Wellington en Yelves. Con este motivo me dirigió por escrito una memoria, en que manifestaba sus ideas sobre las operaciones que le parecían convenientes en Extremadura, y que hallé muy conforme con las mías, excepto un artículo, que, por tocarme directamente, no me pareció prudente ni político admitir, pues que establecía el principio de que, en cualquiera caso de reunirse diferentes cuerpos de ejércitos aliados para dar una batalla, debía tomar el mando del todo el general más autorizado por graduación militar y antigüedad; circunstancias que por precisión hacían caer en mí este mando, y que por todas consideraciones y bajo todos aspectos debía rehusar, como lo hice, proponiendo que para el caso indicado debería tomar el mando aquel general que concurriese en la ocasión con mayores fuerzas, considerándose las de los otros como auxiliares; proposición que me lisonjeo ha sido tan acertada como fué bien admitida, según V. E. podrá reconocer por las copias de mi oficio á Lord Wellington y de su satisfactoria respuesta, que ambas acompaño adjuntas.

Inmediatamente dirigí una copia de la memoria de Lord Wellington al Sr. general Blake, que desde luego subscribió conforme con el plan y mi proposición, siendo aún mucho más recomendable esta idea por los felices resultados que ha producido la gloriosa batalla de la Albuera, en que, por consecuencia de aquel principio, tomó el mando el acreditado y digno mariscal Beresford; á la primera noticia que se tuvo de la venida del mariscal Soult sobre Extremadura, dispuso el Sr. Blake el movimiento de reunión de sus tropas con las del ejército aliado con tanta puntualidad y exactitud con el plan acordado, que puede decirse fueron contados los momentos para verificarlo en todas sus partes, pues se reunieron sus fuerzas á las once de la noche, víspera de la batalla, sin que pudiese Soult saberlo, cuando se disponía á atacar al ejército aliado, que creía aun separado y solo en las alturas de la Albuera, teniendo este punto la particularísima circunstancia de ser precisamente el que Lord Wellington había indicado para dar una batalla. Allí concurrimos el día 16 de este mes tres generales de las primeras jerarquías militares; allí tropa de tres naciones; allí divisiones y generales

subalternos de diferentes ejércitos españoles, y allí, sin embargo, ha reinado la más cordial armonía entre los generales, la más fraternal unión entre las tropas, la mejor voluntad de protegerse unos á otros en el mayor riesgo, y el más honroso deseo de aventajarse en los esfuerzos y en la gloria del triunfo, repartida tan abundantemente y con tal igualdad, que todos arrastran trofeos, y ninguno tiene que mendigar la sombra de laureles ajenos.

El mariscal Soult, con ejército inferior al nuestro en el número de su infantería, pero superior en caballería y artillería, no se detuvo un momento en el ataque premeditado, dirigiéndose contra nuestra posición por junto al pueblo de la Albuera, que venía á quedar en el centro de la línea; pero muy pronto se conoció ser este un ataque falso, y que su objeto era ganar el flanco derecho, que ocupaban las tropas españolas, atacándolas resueltamente con la mayor parte de sus fuerzas, que desplegadas sucesivamente, debían envolvernos por la espalda; pero nuestra segunda línea y cuerpo de reserva, sabiamente colocados, acudieron rápidamente, formando martillo con el primitivo frente de la linea, trabándose el combate más obstinado y sangriento.

El enemigo, enfurecido cada vez más, repetía sus ataques, reforzándolos continuamente con tropas de reserva; pero encontraba siempre otras, que se le hicieron impenetrables por espacio de siete horas, aunque empleó en vano toda la intrepidez y arrojo de la caballería polaca y el formidable fuego de su numerosa artillería, que era un trueno continuado sin intermisión. Al fin tuvo que ceder: á las dos y media de la tarde empezaron á retroceder, sin dejar de combatir. Entonces fué cargado y perseguido en su retirada hasta los bosques y alturas, que iba ocupando para sostenerse, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres y de un número considerable de heridos, que no pudo retirar, y que, inundados por los fuertes aguaceros que acompañaban á la acción, formaban el espectáculo más horroroso de la guerra, corriendo los arroyos ensangrentados por las vertientes de las alturas. La pérdida del enemigo, según cálculo prudencial, confirmado después por varios desertores, asciende á unos 7.000 hombres; entre los muertos se cuenta el general Verle, que quedó en el campo de batalla, y el general Pepín, que murió por la noche de resultas de sus heridas; los generales Gazan, Brix y otros salieron heridos. Nuestra pérdida ha sido también considerable aunque muy inferior á la del enemigo; el Sr. Blake, siempre á la cabeza de las tropas donde el mayor peligro llamaba su atención, recibió un balazo de fusil rasante al brazo izquierdo, con la felicidad de romperle solo el vestido y la camisa, sin hacerle daño alguno; en medio de tan inminente riesgo hemos tenido la fortuna de quedar ileso este general, cuya pérdida hubiera sido una verdadera desgracia para la nación. De este modo dió el más eficaz ejemplo á sus subalternos, que supieron imitar su bizarría y serenidad, manteniéndose constantemente en las primeras filas todo el tiempo del combate.

Espectador inmediato de una batalla tan obstinada, no me atrevo á particularizar elogios, porque todos los generales, jefes, oficiales y soldados se han excedido á sí mismos, como á porfía, en el valor y firmeza, con aquella serenidad, acompañada del furor, que exaltaba el espíritu de todos. El buen orden, exactitud y velocidad en las maniobras, con un silencio poco común en semejantes casos, ha sido el objeto de admiración general; no se deseaba más que pelear y vencer á toda costa; los generales subalternos, sin esperar á que el grueso de sus divisiones entrasen en acción, fueron al combate al lado de las primeras tropas; nadie faltó de su puesto, y todos supieron con-

servarle con el valor que constituye el honor individual y el de las armas.

Soult, sin haber logrado dar vista á Badajoz, tuvo que emprender su retirada para Villalba y Almendralejo antes del amanecer, dejando en el bosque que ocupaba su campamento muchos muertos y más de 200 heridos, que no ha podido llevar consigo ni enviar con los demás á los pueblos inmediatos; va perseguido y observado por el conde de Penne-Villemur, con la caballería y vanguardia del general Lardizábal y con algunos batallones ingleses de tropas ligeras.

Estas son las circunstancias que he creído correspondía manifestar á V. E., por mi parte, acerca de la batalla de la Albuera y sus antecedentes, cuyas acertadas maniobras, dirigidas por el mariscal Beresford, siempre de acuerdo con el Sr. Blake, han proporcionado una gran victoria, que nos ofrece otro resultado de la mayor consecuencia.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo de batalla de la Albuera, á 19 de mayo de 1811.—Excelentísimo Sr.—*Javier de Castaños.*—Excmo. Sr. jefe del Estado Mayor general de los reales ejércitos.

Albuera 18 de mayo de 1811.—Milord: Tengo infinita satisfacción en participar á V. S. que el ejército aliado, reunido aquí bajo mis órdenes, obtuvo el 16 del corriente, después del más sangriento combate, una completa victoria sobre el ejército enemigo, mandado por el mariscal Soult, y voy á referir las circunstancias.

En mi anterior parte informé á V. S. de la marcha del mariscal Soult desde Sevilla, y que, en su consecuencia, creí conveniente levantar enteramente el sitio de Badajoz y prepararme á encontrarle con otras fuerzas unidas, más bien que atender á dos objetos, con riesgo de malograrlos ambos, lo cual era conforme á las instrucciones de V. S.

Parece que el mariscal Soult había estado largo tiempo haciendo los mayores esfuerzos para juntar una fuerza que creía muy suficiente para su objeto de socorrer á Badajoz, y á este fin había sacado multitud considerable de tropas de los cuerpos del mariscal Víctor y del general Sebastiani, y aun tambien creo que del ejército francés del centro.

Habiendo completado de este modo sus preparativos, se puso en marcha el 10 del corriente, desde Sevilla, con un cuerpo que se calculaba entonces de 15 á 16.000 hombres; con los cuales se reunió, al bajar á Extremadura, el cuerpo mandado por el general Latour Maubourg, que se suponía de 5.000.

El general Blake, luego que supo el movimiento del mariscal Soult, conformándose enteramente con el plan propuesto por V. S., pasó á formar su reunión con el cuerpo de mi mando, y llegó en persona, el 14 del corriente, á Valverde, donde, con su acuerdo y el del general Castaños, se determinó salir al encuentro al enemigo y presentarle batalla.

Cuando supe que la determinación del enemigo era socorrer á Badajoz, ya había yo levantado el campo delante de dicha plaza y hecho marchar la infantería á la posición que está enfrente de Valverde, excepto la división del mayor general, el honorable teniente general Cole, á quien dejé con 2.000 hombres de tropa española para cubrir la evacuación de nuestras provisiones.

La caballería, que, segun las órdenes que tenía, se había retirado á medida que el enemigo avanzaba, se reunió en Santa Marta con la caballería

del general Blake; la del general Castaños, al mando del conde de Penne-Villemur, había estado siempre con la británica. Como nuestra posición en Valverde, aunque más fuerte, dejaba libre la comunicación con Badajoz, determiné tomar en este lugar posición, la mejor que se pudo en un país enteramente llano, colocándome casi directamente entre el enemigo y Badajoz.

El ejército estaba, pues, reunido aquí el 15 del corriente; el cuerpo del general Blake, aunque hizo una marcha forzada al efecto, no pudo llegar hasta la noche ni colocarse en posición hasta la mañama del 16, en cuyo día se juntó también, un poco antes de empezar la acción, la división del general Cole con la brigada española, á las órdenes de D. Carlos España. Nuestra caballería se había visto forzada, en la mañana del 15, á retirarse á Santa Marta, y también se reunió aquí. Por la tarde de dicho día se presentó á nuestro frente el enemigo. A la mañana siguiente dimos nuestras disposiciones para recibirle, formando en dos líneas casi paralelas al río Albuera, sobre el lomo de una eminencia gradual, que sube de este dicho río y cubre los caminos que van desde Badajoz á Valverde, aunque V. S. bien sabe que toda la superficie de este país es transitable por toda especie de armas. El cuerpo del general Blake estaba á la derecha de la división del mayor general, el honorable Guillermo Erwart, cuya izquierda llegaba al camino de Badajoz, en donde empezaba la derecha de la división del mayor general Hamilton, que cerraba la izquierda de la línea. La división del general Cole, con una brigada del general Hamilton, formaba la segunda línea del ejército británico y portugués.

No defirió mucho tiempo su ataque el enemigo en la mañana del 16, pues á las ocho se observó que estaba en movimiento, viéndose pasar su caballería el riachuelo de la Albuera muy cerca de nuestra derecha. Poco después salieron del bosque que estaba enfrente de nosotros una gran fuerza de caballería y dos fuertes columnas de infantería, dirigiéndose á nuestro frente como para atacar el lugar y puente de la Albuera; entretanto, y con el apoyó de su caballería, muy superior á la nuestra, iba desfilando el principal cuerpo de su infantería sobre el río, más allá de nuestra derecha, y á poco tiempo apareció que su intención era envolvernos por aquel flanco y cortarnos la comunicación con Valverde; por lo tanto, tuvo orden la división del general Cole para formar á la retaguardia de nuestra derecha una línea oblicua, poniendo á retaguardia su propia derecha; y siendo ya evidente que la intención del enemigo era atacar nuestra derecha, supliqué al general Blake que formase parte de su primera línea y toda la segunda en aquel frente, lo que se ejecutó. El enemigo empezó su ataque á las nueve, sin cesar al mismo tiempo de amenazar nuestra izquierda, y después de una larga y bizarra resistencia de parte de las tropas españolas, se apoderó de las alturas en que se había formado. Entretanto había avanzado la división del honorable mayor general Guillermo Erwart para sostener á aquéllas, y la del mayor general Hamilton hacia la izquierda de la línea española, formándose en columnas cerradas de batallones, para moverse en todas direcciones.

La brigada portuguesa de caballería, al mando del brigadier general Otway, se quedó á alguna distancia sobre la izquierda de ésta, para contener cualquiera tentativa del enemigo sobre el pueblo.

Como las alturas que el enemigo había ocupado dominaban enteramente nuestra posición, era necesario hacer todo lo posible para recobrarlas y mantenerlas; así lo intentó con arrojo la división del general Erwart, marchando este valeroso oficial al frente de sus soldados. Casi al empezar el ataque del enemigo sobrevino una terrible tormenta con lluvia, que, unida

al humo de las descargas, no permitía discernir con claridad cosa ninguna. Así esto como la naturaleza del terreno había favorecido en extremo al enemigo para formar sus columnas y para su ataque subsecuente. La brigada derecha de la división del general Erwart, á las órdenes del teniente coronel Colborne, fué la primera que entró en acción y se condujo con la mayor bizarría. Viendo que no podía ser batida la columna enemiga con el fuego, pasó á atacarla con la bayoneta; mas en el acto mismo de cargar fué envuelta por un cuerpo de caballería española, y de consiguiente, no le hicieron fuego. Atacada, pues, de improviso en su retaguardia, fué rota desgraciadamente, y padeció muchísimo. El regimiento 31 que formaba la izquierda de la brigada, fué el que únicamente se libertó de esta carga y conservó su puesto, bajo el mando del mayor L. Estrange, hasta la llegada de la tercera brigada, á las órdenes del mayor general Haughton. La conducta de esta brigada fué heróica, y no lo fué menos la de la segunda brigada, al cargo del honorable teniente coronel Abercombrié. El mayor general Haughton, en el momento que animaba á su brigada á que cargase, cayó muerto de sus heridas. Aunque el ataque principal del enemigo fué en este punto de la derecha, también hizo otras tentativas contra la parte de nuestro frente primitivo hacia el lugar y puente, la cual fué defendida con el mayor denuedo por el mayor general barón Alten y por la brigada de infantería ligera de la legión alemana, cuya conducta, bajo todos aspectos, fué digna de los mayores elogios. Esta era entonces nuestra izquierda, adonde había avanzado la división del mayor general Hamilton, el cual, mientras continuaba el ataque del enemigo sobre nuestra derecha, estuvo encargado de la defensa de aquel punto, que sostenía igualmente un número considerable de tropas españolas.

La caballería é infantería del enemigo, que intentaba forzar nuestra derecha, había procurado envolverla; pero sus esfuerzos quedaron frustrados por las hábiles maniobras del mayor general el honorable Guillermo Lumley, que mandaba la caballería aliada, aunque esta era sumamente inferior en número á la contraria. El mayor general Cole, en vista del ataque del enemigo, movió acertadamente un poco su izquierda, marchó en línea á atacar la izquierda del enemigo, y llegó oportunísimamente para contribuir con las cargas de la brigada de la división del general Erwart á forzar al enemigo á que abandonase su posición, á retirarse precipitadamente y á refugiarse á su reserva. Aquí se distinguió particularmente la brigada de fusileros. El enemigo fué perseguido por los aliados á una distancia considerable y hasta donde me pareció prudente, atendida la inmensa superioridad de su caballería, contentándome con verlo arrojado al otro lado de Albuera.

No puedo menos de elogiar el modo con que se sirvió y con que combatió nuestra artillería. El mayor Hartysan, que manda la británica; el mayor Dickson, comandante de la portuguesa; los oficiales y soldados, todos son acreedores á mi reconocimiento. Los cuatro cañones de la artillería de á caballo, al mando del capitán Lefebre, hicieron gran destrozo en la caballería del enemigo, y una brigada de artillería española (la única que hubo en el campo) ví que también fué bien y bizarramente servida. En la desgracia que ocurrió á la brigada mandada por el teniente coronel Colborne (de quien el general Erwart refiere que se condujo y estaba portándose á la sazón del modo más distinguido, dirigiendo la brigada con un orden admirable) perdimos un obús, que antes de llegar la brigada del bizarro general Haughton había tenido tiempo de llevarse el enemigo, con 800 ó 900 prisioneros de aquella brigada. Después de haber sido batido en este su principal ataque,

continuó aún el otro inmediato al pueblo, en el cual no pudo conseguir cosa alguna ni cruzar el río, aunque yo me había visto obligado á sacar gran número de tropas para sostener el principal punto de ataque; pero el enemigo, viendo deshecha su empresa principal, también aflojó en la otra tentativa.

La división portuguesa del mayor general Hamilton acreditó en todos los casos la mayor firmeza y valor, y maniobró tan bien como la británica. La brigada portuguesa del brigadier general Hervey, perteneciente á la división del general Cole, tuvo ocasión de distinguirse cuando, marchando en línea por la llanura, rechazó con la mayor firmeza una carga de la caballería enemiga.

Es imposible enumerar todos los ejemplos de disciplina y valor dados en esta acción tan reñida; jamás hubo tropas que más esforzada y gloriosamente hayan mantenido el honor de sus respectivas naciones. No he podido particularizar las brigadas ó regimientos de la división española que estuvieron más empeñados, porque ignoro sus nombres; pero tengo la mayor satisfacción en decir que su conducta fué la más bizarra y gloriosa, y aunque por el superior número y peso de la fuerza enemiga aquella parte que estaba en la posición atacada se vió obligada á ceder el terreno, no fué sino después de una valerosa resistencia, y continuó en buen orden sosteniendo á sus aliados. Y no dudo que S. E. el general Blake hará amplia justicia en este punto, haciendo mención honrosa de los beneméritos.

La batalla empezó á las nueve de la mañana, y continuó sin interrupción hasta las dos de la tarde, en que habiendo sido arrojado el enemigo sobre la Albuera, no hubo en lo restante del día más que cañoneo y escaramuzas.

No hay expresiones que alcancen á ponderar debidamente la admirable valentía de las tropas; todos los individuos desempeñaron con gloria su deber, como acredita la gran pérdida que hemos sufrido, á pesar de haber rechazado al enemigo; habiéndose observado que nuestros muertos, señaladamente los del 5 º regimiento, estaban tendidos en las filas según habían combatido, y que todas sus heridas eran de frente.

El honorable mayor general Guillermo Erwart se distinguió muy particularmente, y contribuyó mucho á la victoria; recibió dos contusiones, pero no abandonó el campo. El mayor general G. L. Cole también es acreedor á todo elogio, y tengo mucho sentimiento en verme privado por algún tiempo de sus servicios, á causa de la herida que ha recibido.

El honorable teniente coronel Abercombrié, comandante de la segunda brigada de la segunda división, y el mayor L. Estrange, del tercer regimiento, merecen mención particular, y nada puede aventajarse á la conducta y bizarría del coronel Inglis á la cabeza de su regimiento.

Estoy muy particularmente satisfecho del mayor general, el honorable Guillermo Lumley, por la grande habilidad con que resistió á la numerosa caballería del enemigo y frustró su objeto.

Debo también mucho al mayor general Hamilton, que mandaba en la izquierda durante el fuerte ataque sobre nuestra derecha, y merecen ser mencionadas igualmente las brigadas portuguesas del general Fonseca y Archibaldo Campbell.

El mayor general Alten y la excelente brigada de su mando son acreedores á muchos elogios, y aseguro á V. S. con gran placer que la excelente y bizarra conducta de todos los cuerpos y de cada individuo ha sido á proporción de la ocasión que se les ha ofrecido de distinguirse; no sé de un solo individuo que no haya cumplido con su obligación.

El coronel Collins, comandante de una brigada portuguesa y oficial de gran mérito, temo que quede inútil para el servicio, por haberle llevado una pierna una bala de cañón; y siento profundamente la muerte del general Houghton y de dos oficiales de esperanzas, sir Guillermo Aliers y el teniente coronel Duckworth.

Me es sumamente agradable, no sólo informar á V. S. de la firme y valerosa conducta de las tropas españolas, nuestras aliadas, al mando de S. E. el general Blake, sino también asegurarle que ha subsistido entre nosotros la más perfecta armonía, y que el general Blake, no sólo se conformó en un todo con el plan general propuesto pór V. S., sino que en los detalles y en cuanto sugerí á S. E. me prestó los más prontos y cordiales auxilios, no habiéndose omitido nada por su parte para asegurar el éxito de nuestros esfuerzos reunidos, y durante la batalla contribuyó muy esencialmente con su experiencia, conocimientos y celo, al feliz resultado de ella.

S E. el capitán general Castaños, que había reunido las pocas tropas que tenía en estado de salir á campaña con las del general Blake, las puso bajo sus órdenes, asistiendo en persona á la batalla; no sólo en estas sino en todas las ocasiones, debo mucho al general Castaños, por la buena voluntad con que se anticipa á conceder cuanto puede ser provechoso al buen éxito de la causa común.—Aunque, por desgracia, no puedo indicar los cuerpos, ni muchos individuos de las tropas españolas que se distinguieron, sin embargo, no dejaré de mencionar las del general Ballesteros, cuyo valor fué sobresaliente, así como el del cuerpo que mandaba; y lo mismo diré del general Zayas y de D. Carlos España.

La caballería española se ha portado sumamente bien, y el conde de Penne-Villemur merece se le mencione particularmente.

Acompaño el estado de nuestra pérdida en esta reñida y sangrienta jornada; es grande, y lo es además la pérdida de las tropas del mando de S. E. el general Blake, entre muertos, heridos y extraviados; pero no tengo el estado de ella. No puedo saber la pérdida del enemigo, pero debe ser aún mayor. Ha dejado en el campo de batalla como unos 2.000 muertos y le hemos cogido de 900 á 1.000 prisioneros. Han tenido cinco generales entre muertos y heridos, siendo de los primeros el general de división Werté, Pepín y Gazan, y otros dos de los segundos.

La fuerza del enemigo era mucho más considerable de lo que se nos había informado, y creo que no desplegó menos de 20 á 22.000 hombres de infantería, teniendo ciertamente 4.000 caballos, con una numerosa gruesa artillería. Su superioridad en caballería entorpeció y redujo todas nuestras operaciones, y con su artillería salvó su infantería después de la derrota.

Retiróse después de la batalla al sitio donde había estado anteriormente, pero ocupándole en posición; y esta mañana, ó más bien durante la noche, comenzó su retirada hacia Sevilla por el camino que trajo, habiendo abandonado á Badajoz á su suerte. Dejó muchos de sus heridos en el paraje adonde se había retirado, á los cuales estamos suministrando la asistencia que podemos. He enviado la caballería en seguimiento del enemigo, pues en esta arma es demasiado fuerte para que podamos intentar cosa ninguna contra él en las llanuras que está atravesando. Así que, hemos sacado las ventajas que nos propusimos de nuestra oposición al enemigo, al paso que él se ha visto obligado á abandonar la empresa, para que había casi agotado las tropas de Andalucía. En lugar de haber cumplido el mariscal Soult las altivas fanfarronadas con que arengó á las tropas al partir de Sevilla, vuelve allá

con un ejército cercenado, y, lo que acaso es más funesto para él, con una reputación menguada.

Al referir los servicios que ha hecho mi estado mayor, debo llamar particularmente la atención de V. E. hacia los del brigadier general D. Urban, cuartel-maestre general del ejército portugués, que sólo puedo apreciar, pero no elogiar suficientemente. En todas ocasiones he experimentado la utilidad de sus talentos y servicios, y más particularmente en esta, en que contribuyeron esencialmente al suceso del día, no pudiendo omitir aquí los nombres del teniente coronel Rook, ayudante general de la fuerza británica y portuguesa combinada, del brigadier general Lemas, y de los oficiales de mi particular estado mayor. Les estoy muy obligado por su asistencia, como asimismo al teniente coronel Arbuthnot, mayor al servicio de S. M.; es el que lleva ésta á V. S. muy capaz de dar cualquiera ilustración mayor que pueda necesitar V. S., y muy digno de la gracia que V. S. tenga á bien pedir para él á S. A. R. el príncipe Regente. Tengo el honor de ser de V. S., etcétera.—G. C. BERESFORD, mariscal y teniente general.

P. D. La división del mayor general Hamilton y del brigadier general Maden, brigadier de la caballería portuguesa, marcha mañana por la mañana á atacar nuevamente á Badajoz por el lado del Sur de Guadiana.—A S. E. el mariscal vizconde Wellington.

ESTADO *de la pérdida de las tropas inglesas y portuguesas en la batalla de la Albuera.*

Ingleses: 882 muertos, entre ellos 32 oficiales, 31 sargentos y 4 tambores; 3.732 heridos, entre ellos 159 oficiales, 132 sargentos y 9 tambores; y 544 extraviados, entre ellos 14 oficiales, 28 sargentos y 10 tambores —*Portugueses:* 102 muertos, inclusos 2 sargentos; 261 heridos, inclusos 15 oficiales, 14 sargentos y 1 tambor, y 26 extraviados.—*Pérdida total:* 4.547 hombres, con más 97 caballos ingleses y 18 portugueses.

PARTE DE S. E. EL MARISCAL DUQUE DE DALMATIE Á S. A. R. S. EL PRÍNCIPE DE NEUCHATEL, MAYOR GENERAL

Como os anunciaba en mi parte del 9, salí de Sevilla en la noche del 9 al 10, uniéndoseme el 12, entre Fuente Cantos y Bienvenida, la división del mando del general Latour Maubourg; el 14 tomé posición en Villafranca y Almendralejo, el 15 en Santa Marta y Villalba, y mi caballería avanzó hasta la Albuera, donde supe se reunía el ejército enemigo. Los diferentes cuerpos españoles, portugueses é ingleses llegados de Cádiz y de Lisboa, y aun una brigada inglesa sacada de Sicilia, amenazaban las Andalucías. Mi marcha había evacuado aquella provincia, y el enemigo había llamado todos sus cuerpos para reunirlos en Albuera. Hallámonos así el 15 á presencia del ejército enemigo, y yo resolví no perder un instante y presentarle la batalla. La posición que el enemigo ocupaba era ventajosa; estaba en la unión de los caminos á Badajoz y Jurumeña por Valverde y Olivenza, pero la división española de Blake no se le había unido aún; y aunque yo podía esperar refuerzos, y aunque no tenía á la mano más que cuatro brigadas de

infantería, que componían 15.000 hombres y 300 caballos, en todo sólo unos 18.000 hombres, juzgué conveniente prevenir la unión de Blake con sus 9.000 hombres, y atacarle por la derecha, á fin de colocarme en su línea de comunicación; siendo, por otra parte, este punto el más ventajoso para un ataque. Sabía que el general Beresford, que mandaba el ejército enemigo, tenía dos divisiones de infantería inglesa de 10.000 hombres, 8.000 portugueses y 3.000 españoles, mandados por Castaños, con 3.000 de caballería, lo que componía un total de 24.000 hombres, pero yo no dudaba del éxito.

El general de división Latour Maubourg mandaba toda la caballería, y el general de división Ruty la artillería. El general de división Girard mandaba las dos primeras brigadas de 7.000 hombres, y los generales de brigada Werle y Godinot cada una de las otras dos brigadas.

Encargóse el general Godinot con su brigada, á la que se unieron cinco escuadrones á las órdenes del general de brigada Briche, de fingir un ataque contra la aldea de la Albuera, lanzándome yo con los restos del ejército contra la derecha del enemigo, que fué rebasado por la caballería. El general Latour Maubourg maniobró con audacia y habilidad, y trató, aunque inútilmente, de comprometer á un combate á la caballería enemiga. Esta quedó constantemente en reserva. El general Girard, con sus dos brigadas, marchó á paso de carga, y ganó la posición enemiga, ocupada por una división española y una brigada inglesa, que retrocedieron después de una resistencia bastante pertinaz, y que fueron perseguidos vivamente. El campo de batalla se hallaba cubierto de sus muertos, y les hicimos un gran número de prisioneros. Avanzó entonces la segunda línea del enemigo, y rebasó considerablemente la nuestra. Habiendo pasado yo á la altura, me sorprendí de ver número tan elevado de enemigos, y poco después supe por un prisionero español que Blake había llegado con 9.000 hombres, y se había unido á las tres de la mañana. La partida no era igual, encontrándose el enemigo con 30.000 hombres, cuando yo no tenía más que 18.000; juzgué no debía ya seguir mi proyecto, y mandé se conservase la posición tomada al enemigo. Entre tanto, la línea enemiga se acercó á la nuestra, y el combate fué de los más terribles. El general Latour Maubourg hizo cargar al 2.° de húsares, al 1.° de lanceros del Vístula, al 4.° y 20 de dragones con una habilidad y bravura tales, que tres brigadas de infantería inglesa fueron enteramente destruídas. Seis piezas de artillería, 1.000 prisioneros y 6 banderas (las de los regimientos ingleses 5.°, 48 y 66), quedaron en nuestro poder. Dejónos el enemigo la posición que le habíamos tomado, y no osó atacarnos de nuevo. El fuego de los tiradores duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que cesó de una parte y otra.

Los generales de brigada Werle y Pepín han sido muertos; los generales de brigada Maransin y Brayer han sido heridos. El coronel Proeske, del 2.° regimiento de infantería ligera, ha sido muerto, como también los jefes de batallón Astrue y Camus, del 26 y 28.

Nuestra pérdida, entre muertos y heridos, asciende á 2.800 hombres. No nos ha hecho prisioneros el enemigo, excepto 200 ó 300 heridos, que quedaron en sus filas.

El enemigo ha perdido 3 generales muertos, 2 ingleses y 1 español, 2 heridos; 1.000 ingleses han sido hechos prisioneros (algunos han huído, pero aún contamos con 800), y 1.100 españoles. Todas las noticias que me he podido procurar aseguran la pérdida del enemigo en muertos y heridos como de 5.000 ingleses, 2.000 españoles y 7 ú 800 portugueses. Es, pués, un total de 9.000 hombres la pérdida de los enemigos, esto es, un triple de la nues-

tra; las tropas se han cubierto de gloria; la caballería ha dado las más brillantes cargas, y se ha distinguido particularmente; la artillería ha sostenido su reputación. He tenido constantemente en batería 40 piezas, que vomitaban la muerte á las filas enemigas. Los ingleses han perdido más de la mitad de su gente.

El 17 quedamos en presencia unos de otros; 5.000 hombres que se hallaban en Tuval se unieron al enemigo. Yo seguí guardando el campo de batalla, y el 18 hice un movimiento de flanco sobre Solana.

He encargado al general de división Gazan de conducir á Sevilla los prisioneros ingleses y españoles y mis heridos con una escolta conveniente. Al momento que sepa su llegada, maniobraré para unirme á otras tropas y completar la derrota del enemigo.—*(Siguen recomendaciones por algunos generales y oficiales)*.

Solana 21 de mayo de 1811. (1)

---

(1) Estos partes han sido copiados de los de la *Gaceta* y de los que estampó el brigadier Burriel en su memoria

NÚMERO 6.

—

Conforme ya en todo lo demás, acto contínuo se llamaron al teniente coronel D. Esteban Llovera y capitanes D. José Casas, D. José Rimbau, D. Martín Belmas y D. Miguel Iglesias, que teníamos de antemano designados para mandar el todo y las cuatro secciones en que tenía que dividirse la vanguardia; enterados ya de lo que se iba á ejecutar, se les previno eligiesen á dos capitanes, veinte subalternos, y cuatrocientos hombres de los de mayor confianza, y, realizado, se dividieron en cuatro secciones, señalando á la primera ciento cuarenta hombres, á la segunda ciento treinta, y sesenta y cinco á cada una de las tercera y cuarta. Dióse el mando de la primera al capitán D. José Casas, y se le previno que bajo mi dirección, luego que hubiésemos penetrado dentro de la plaza, debía sorprender la guardia de la puerta principal, y que sin darle tiempo á que tomase las armas la pusiera fuera de combate; que, conseguido ésto, dejase á un capitán, un oficial y treinta hombres en aquel sitio, y que con la fuerza restante se debía dirijir á la plaza de armas, donde estaba alojado el señor gobernador, cuya guardia, compuesta de cuatro hombres, debía forzar y rendir; que seguidamente se apoderase del citado gobernador y demás jefes que se encontrasen en el pabellón, en el que quedaría el señor teniente coronel con dos oficiales y cuarenta hombres para su custodia; que con el resto de su fuerza se dirigiría al cuartel de artillería, que obligaría á rendirse, y verificado, después de dejarla encerrada en una de las cuadras inmediatas que estaban desocupadas, dejase un oficial con la tropa necesaria para custodiarla, y con el resto regresase á la plaza de armas.

El mando de la segunda se dió al capitán D. Simón Rimbau, previniéndole que con aquella fuerza, que se componía de ciento treinta hombres, y bajo la dirección de mi hermano D. Pedro, luego que saliesen del almacén, y entrados ya en la plaza, se debían dirigir al cuartel de infantería, que estaba sin guardia, penetrar en él, y sin dar tiempo á que la tropa tomase las armas, se la obligara á rendirse y salir del dormitorio en que se encontraba, trasladándola á la cuadra inmediata que estaba desocupada, y manteniéndose luego allí custodiándola hasta nueva orden.

La tercera se puso á las órdenes del capitán D. Martín Belmas, y se le ordenó que bajo la dirección de mi cuñado, tan luego como saliesen á la plaza, debían salir á la muralla de la izquierda por la primera rampa que encontrasen, cuyo recinto tenían que recorrer hasta llegar encima de la puerta de Francia, apoderándose en el camino de las tres guardias que encontrarían, compuestas de seis hombres y un cabo cada una, las que, en caso de resistencia, pasaría á la bayoneta, y llegado que hubiere al punto que anteriormente se indica, bajaría á la plaza y se uniría con la parte de la primera que encontraría frente al cuartel de artillería, que había pasado á rendir, para cuya operación le prestaría auxilio si necesario fuese; que los prisioneros que trajese los encerrase con los de artillería y regresase acto contínuo á la plaza de armas.

El mando de la cuarta, con igual fuerza que la tercera, se dió al capitán D. Miguel Iglesia, cuyo oficial era ya práctico en el castillo, y se le previno que luego que hubiese entrado tomase la muralla de la derecha, subiéndose á ella por la primera rampa que encontrase, que la recorriese y se apo-

derase de dos guardias que encontraría en su curso hasta llegar encima del cuartel de infantería, donde se bajaría y se uniría á la segunda sección, que estaría allí custodiando la tropa que hubiese aprisionada.

A los referidos comandantes les encargó asímismo que todos sus movimientos debían ejecutarlos á la carrera, venciendo con la bayoneta cuantos obstáculos se les presentasen.

Instruídos ya el teniente coronel Llovera de todo el plan, y los jefes de sección de lo que cada uno debía practicar, y colocados en las secciones los oficiales subalternos necesarios, descargados los fusiles y recogidas las municiones de la tropa se encargó el mayor silencio, y nos pusimos en marcha con aquella fuerza en dirección al fuerte, y punto de la estacada por donde debíamos penetrar para bajar al foso, quedándose allí el brigadier D. Antonio Martínez con el de igual clase D. Francisco Rovira y resto de la tropa, para continuar la marcha á nuestra retaguardia, hasta el punto inmediato al castillo, en que se combino esperarían el resultado. Cuando llegamos cerca del fuerte y frente de la contraguardia de San Juan, se mandó armar la bayoneta y, saltando el parapeto de la estacada, se bajó al foso, y formados ya en él, pasé á verme con mi hermano, el que me dijo que tenía las puertas abiertas y todo dispuesto, sin que ocurriese novedad en la plaza; acto contínuo regresé á incorporarme, y continuando la marcha hasta la puerta, entramos en los almacenes, cuyo tránsito fué momentáneamente iluminado, y subiendo las escaleras penetramos en la plaza, en cuya entrada fué muerto el centinela del Principal sin darle tiempo á que llamase á la guardia, que fué sorprendida y pasados á la bayoneta cuantos individuos la componían, incluso su comandante, habiendo sido esta operación obra de un momento. Dueños ya de aquel punto, se dejó en él á un capitán y un oficial con treinta hombres, y nos dirijimos á la casa del gobernador, de cuya autoridad así como de otros jefes que se encontraron en el pabellón, nos apoderamos, habiendo necesitado antes forzar la guardia que tenía en su puerta. Después de verificado este acto, el teniente coronel Llovera, con dos oficiales y cuarenta hombres, quedó para custodiar los que habían sido presos, y nosotros continuamos marchando con dirección al cuartel de artillería, en cuyo tránsito encontramos un tambor tocando generala y ocho ó diez soldados que conducían una pieza de campaña, la que fué abondonada al divisarnos, y alcanzados ya por nosotros se rindieron.

A nuestra llegada al cuartel sólo encontramos cuarenta ó cincuenta artilleros, y como tratasen de defenderse, algunos fueron muertos, otros heridos y el resto aprisionados. Dueños ya nosotros de aquel punto, y encerrados los que habían quedado vivos, se les dejó para su custodia un oficial con veinte hombres, en cuyo momento llegó la tercera sección á incorporársenos conduciendo unos prisioneros que se unieron con los demás, y juntos con la indicada fuerza regresamos á la plaza de armas.

Mientras la primera sección ejecutaba cuanto acaba de referirse, la segunda se había apoderado de la tropa que se encontró en el cuartel de infantería, que, como fué sorprendido, fueron pocos los que trataron de defenderse, y no lograron otra cosa éstos que ser pasados á la bayoneta; en vista de todo lo qué, se rindió aquella tropa y fué encerrada conforme se había prevenido.

La tercera y cuarta estaban cumplimentando cuanto se le había encargado, y terminada ya su misión, se incorporaron con la primera y segunda, con la que después se dirigieron á la plaza de armas, en donde se encontraba el jefe de toda la fuerza, que viendo terminada la sorpresa avisó su re-

sultado al brigadier D. Antonio Martínez, que con el de igual clase Rovira y resto de la tropa habían quedado fuera, y á la entrada de los expresados jefes, que fué media hora después, se dió principio á tomar medidas para nuestra seguridad y reunir y encerrar á todos los prisioneros en un solo punto. Logrado ya, se izó el pabellón español en el baluarte de bandera con salva triple, y á las seis de la mañana éramos dueños de una de las principales fortalezas de Europa, habiendo encontrado en ella más de ochocientas piezas de artillería, inmensos parques de lo concerniente á dicha arma y lá de ingenieros, grandes depósitos de proyectiles, cien mil quintales de pólvora en los almacenes, veinte mil fusiles, diez mil vestuarios, víveres para suministrar seis meses á una guarnición de veinte mil hombres y cuatro millones de francos en tesorería.

La tropa de caballería y tren había quedado encerrada en las caballerizas sin poder salir por el foso ni subir á la plaza, por no tener las llaves de sus puertas, y por la tarde se los sacó como prisioneros.

La guardia que estaba en el primer portal de entrada del Hornabeque de San Roque que dá frente á la población, enterada de lo que había ocurrido en la plaza se marchó á incorporarse con los franceses que se encon traban en la Villa.

NÚM

ESTADO sumario de las tropas empleadas en e

Divisiones	Brigadas	Regimientos	Batallones	Oficiales y soldado
INFANTERÍA				
Gral. Harispe..... Cor. Mesclop, jefe de E. M........	Gral. Salme.....	7.° de línea..........	3	1.222
		16.° de ídem.........	3	1.629
	Gral. Palombini.	2.° ligero italiano....	2	1 096
		4.° de línea ídem	2	840
	Cor. Balathier...	5.° de ídem íd.......	2	925
		6.° de ídem íd..	2	749
Gral. Habert...... Cor. Charroy, jefe de E. M........	Gral. Montmarie.	5.° ligero francés.....	2	1.081
		116 de línea.........	2	855
	Gral. Bronikoski	117 de ídem.........	2	1.152
Gral. Frére....... Cor. Guillemet, jefe de E. M........	Gral. Laurencey.	1.° ligero............	3	1.661
		1.° del Vístula.......	2	880
	Gral. Callier....	14.° de línea.........	1	482
		42.° de ídem.	3	1.798
		TOTALES.......	29	14.370

(1) Este cuadro está sacado de las «Memorias del Mariscal Suchet».

O 7.

tio de Tarragona, en 4 de Mayo de 1811. (1)

Generales	Regimientos	Escuadrones	Oficiales y soldados
	CABALLERÍA		
Gral. Boussard....... Cor. Magnier de Bains, jefe de E. M.	4.º de húsares...............	2	208
	24.º de dragones.............	3	505
	13.º de coraceros.............	3	476
	Dragones de Napoleón........	2	258
	TOTAL.............	10	1.447
	ARTILLERÍA		
Gral. Valée .... Cor. Raffron, jefe de Estado Mayor	Artilleros de varios regimientos............		756
	Soldados del tren de varios batallones......		1.325
			2 081
	INGENIEROS		
Gral. Rogniat........ Cor. Henri, jefe E. M.	Minadores y zapadores...................		603
	Tren de equipajes........................		118
			721
	Enfermeros militares.....................		167
	Equipajes militares.....................		402

RESUMEN

	Batallones	Escuadrones	Hombres
Infantería............................	29	»	14.370
Caballería............................	»	10	1.447
Artillería	»	»	2.081
Ingenieros	»	»	721
Enfermeros militares..................	»	»	167
Equipajes militares..................	»	»	402
TOTAL GENERAL.............	29	10	19.188

NÚMERO 8

Por un accidente inesperado cayeron estas cartas en manos del general de la plaza, y sin advertir (como lo tenia de costumbre) á quién venian dirigidas, leyó su contenido. Enterado de ellas, ordenó que en el instante se reuniesen en su habitacion los generales que mandaban divisiones ó secciones, el comandante general de ingenieros, el de artillería, el gefe del estado mayor, el gobernador de la plaza (hermano del mismo Campo-Verde), el coronel Canaleta y yo. Reunidos, hizo relacion á todos de las cartas; y después de haber manifestado con sencillez la morosidad del general en gefe en socorrer la plaza, á pesar de haberle instado repetidas veces el pueblo de Tarragona, la junta superior del Principado, y él; el estado que la plaza tenia cuando tomó el mando del canton; lo que habia hecho para defenderla; y, finalmente, la situacion crítica y peligrosa en que se hallaba aquel dia, ya por el adelantamiento que los franceses habian hecho en sus obras, ya porque no habia para su defensa mas que un torreon antiguo de vara y media de espesor y sin foso, ya porque faltaban manos para los trabajos que se intentasen hacer, tablas que repusiesen las esplanadas, madera con que componer ó hacer las cureñas que se inutilizasen, espaldones y blindages que dieran á los soldados alguna seguridad en el corto reposo que tenian; apagados la mayor parte de los fuegos de los flancos, sin oficiales ni soldados que reemplazasen el servicio, sin zapadores y minadores, con sólo tres oficiales de ingenieros, y en fin con unos soldados sin espíritu, y llenos de un terror pánico originado de una carnicería tal, que dos dias ántes del asalto ya se contaba entre muertos y heridos mayor número que el que componia toda la guarnicion de la inmortal Gerona; dijo «que siempre que »entre los concurrentes del consejo hubiere alguno que en tal estado defen»diese la plaza mas de un dia, y que demostrase poderlo hacer sin la fuerza »exterior, dejaba el mando en el acto, y haria el servicio como mero granadero.»

Todos los vocales del consejo (fuera de la presencia del comandante general, y á puerta cerrada) declararon que era imposible prolongar la defensa de la plaza sin la fuerza exterior: que eran atropelladas é indecorosas al general Contreras las cartas que el general en gefe habia dirigido á varios gefes de cuerpos; y que el general Contreras debia continuar en el mando del canton. Todos firmaron esta acta con la solemnidad y requisitos que prescribe la ordenanza, y me pidieron (como vocal secretario que era) les diese testimonio, con insercion de las cartas citadas, para elevar sus quejas al gobierno supremo acerca del desprecio que habian recibido del general en gefe en el momento mismo en que eran mas recomendables sus servicios al frente del enemigo.

No habia yo empezado á estender este documento, cuando entró el gefe de la plaza con un oficio de la junta del Principado, por el que le instaba con el mayor calor á que, atendida la terrible situacion en que se hallaba la plaza expuesta por necesidad á sucumbir por la falta de socorros exteriores, y por la toma de los puntos exteriores que afianzaban su defensa, salvase la valiente guarnicion reuniéndola con la del ejército, pues unida con esta fuerza seria muy diversa la suerte del Principado, mayormente cuando los franceses se hallarian en la necesidad de desmembrar las suyas con las guarniciones del Olivo, Tarragona y otras, que indispensablemente tendrian

que conservar: añadia que esperaba de la pericia y valor del general Contreras, que agregando este servicio á los que tenia contraídos, realizaria esta empresa. ¡Cuán diferente es la idea del estado de la plaza que manifiesta la junta de la que tenia el general en gefe! La junta conservaba á la vista, á bordo de un navío, un diputado comisionado que se enteraba de todo cuanto pasaba en la plaza; y el general en gefe, distante ocho ó diez leguas de los horrores del sitio, se lisonjeaba con ideas halagüeñas, no dando crédito á lo que se le aseguraba por el gefe de la plaza, por cuya desconfianza envió al celoso y valiente baron de Eroles para reconocerla. Este, después de haberla reconocido el 27 de junio por la mañana, ofreció volver al siguiente dia con tropas en su socorro, pero su oferta no tuvo cumplimiento. Se ignoran los obstáculos que para ello habria. Lo cierto es que el general en gefe, no creyéndose seguro con 10.000 hombres, tuvo la inaudita audacia de, á las once de la noche del 27 del mismo mes de junio, enviar al coronel O-Ronan con orden de que la plaza (próxima á espirar) le entregase nada menos que 3.000 hombres. El gefe de la plaza, no pudiendo prescindir de la expresada órden del general en gefe, á pesar de sus grandes apuros consintió en desprenderse del regimiento de Almeria, compuesto de 900 plazas, sin cuya fuerza era preciso dejar descubiertos algunos puntos interesantes, como el mismo general en gefe lo explica en oficio de 10 de junio de 1811 á la junta del Principado. O-Ronan se hizo á la vela, y no pareció en busca de la tropa ofrecida que dijo habia de conducir, la cual estuvo esperándole toda la noche junto al fuerte de la Reina. ¡Qué de inconsecuencias en todos estos pasos, y qué entorpecimientos! Se dice por una parte que la plaza se halla en estado de defensa, aunque se recela de su apuro, para cuya certeza llegan comisionados que después de asegurados del peligro no vuelven; por otra se pide socorros cuando la plaza se halla en el último período asediada por 20.000 soldados; y por otra (por un paso en mi concepto nada propio de las circunstancias en que se hallaba Tarragona) se trata de introducir la discordia y los partidos contra un gefe cuya opinion é influencia particular en la plaza y en la junta superior del Principado era bien notoria al general en gefe.

NÚMERO 9

Gaceta de la Regencia de España é Indias del martes 1.º de octubre de 1811.

Habiéndose publicado en alguno de los periódicos una carta que se supone ser del general Contreras, gobernador que fué de la plaza de Tarragona, en que se manifiesta que había deseado dicho general que las tropas británicas hubiesen desembarcado, y que el no haberlo efectuado fué una de las causas principales de la pérdida de aquella importante fortaleza, el coronel Skerrett, que mandaba las expresadas tropas británicas que se enviaron de Cádiz con objeto de socorrer á dicha plaza, remitió varios partes y documentos al general Graham, comandante en jefe de las tropas de S. M. B. en Cádiz y en la isla de León, por los que resulta que el mencionado coronel llegó á la vista del puerto de Tarragona el 26 de junio con 1.178 hombres, incluso la artillería, y halló ya el muelle, el desembarcadero, el puerto y las principales defensas de la plaza, por parte de tierra, en poder del enemigo ya atrincherado y con completas defensas en ambos puntos y con una línea de puestos al rededor de la ciudad, y dos cuerpos de 1.500 á 2.000 hombres en posición á los dos flancos. Que detrás de la ciudad, en las alturas, hacia la izquierda, estaba Suchet, cuya fuerza total era de 10 á 12.000 hombres, y la de la guarnición de 7.000. Que á la llegada del coronel Skerrett no había más punto de desembarco que uno de rocas, expuesto al fuego de flanco del muelle, y por el frente á una batería de morteros y varias piezas de campaña. Que sin embargo de esto, y de estar las olas muy agitadas, se halló practicable el desembarco; pero era necesario tratar antes con el gobernador Contreras, quien parecía no deseaba mucho que las tropas inglesas desembarcasen en la ciudad, sino que prefería fuesen empleadas en cooperación con el exército de Campoverde, en el que fundaba todas sus esperanzas; además creía que la guarnición era muy suficiente por su número y también tenía la intención de abandonar la ciudad, luego que el enemigo, abiertas sus trincheras, comenzase á batir en brecha, considerando la conservación de sus 7.000 valientes soldados de mayor consecuencia que los restos de Tarragona, pudiendo éstos ser abiertos en brecha en doce horas de fuego, y aun quedar completamente destruídos. Que el commodoro Ladrington halló impracticable el desembarco en los dos primeros días por la marejada y oleadas, y en todo tiempo impracticable el reembarco sin sufrir gran pérdida, y éste y el general Doyle opinaron decididamente que, en virtud de las circunstancias, de ningún modo se hiciese desembarco en la ciudad, por ser inútil para la guarnición, y, probablemente, de consecuencias desastrosas por dificultad del reembarco. Que el 27 se presentó al coronel Skerrett, el barón de Eroles, que venía del exército del marqués de Campoverde en busca de socorro: consultaron los dos en unión del commodoro y del general Doyle, y convinieron en el único plan que les daba buenas esperanzas. Que habiéndose conseguido el consentimiento del general Contreras para hacer una salida de la plaza con 4.000 hombres, resolvería su execución inmediatamente que volviese el barón de Eroles del cuartel general del exército, á donde iba á comunicarlo de orden del general Contreras. Que en una conferencia que tuvo el coronel Skerrett con el barón de Eroles, le dió éste á conocer el plan que aquél firmó, y entregó al barón un papel que contenía la promesa de desembarcar y de unirse en el ataque con el exército, al hacer Eroles su salida; mas no pudiendo verificarse esto hasta

la vuelta de Eroles, creyó el coronel Skerrett conveniente tener una entrevista con el general Campoverde. Que por los vientos contrarios no pudo arribar al cuartel general con los tenientes coroneles Molle, Green y otros oficiales que le acompañaron hasta el día siguiente á las doce. Que tuvo allí su conferencia con Campoverde, Eroles, Sarsfield y otro oficial, pareciendo el primero aprobar el plan, pero que se suscitaron altercaciones entre los generales, y se propusieron y desecharon otros planes. Que obtuvo el coronel Skerrett del primero, una instrucción, por escrito, á la que accedieron los demás generales, y partió á disponerse para practicar el plan, aunque bastante desanimado. Que era opinión común de todos los generales españoles, no menos que de Doyle y del commodoro, que en tales circunstancias, un desembarco en Tarragona atraería consecuencias desastrosas, por estar ya la plaza reducida á la defensa de una simple línea de muralla de poca validez, reconocida en todas sus partes como incapaz de resistir, sino muy pocas horas, al fuego del enemigo, luego que éste abriera sus trincheras, demás de que los generales Campoverde y Contreras tenían ya intención de abandonar la plaza por no exponer la guarnición á extremidades. Que el enemigo estaba, sin duda, informado de las ideas de los aliados, pues repentinamente y cuando no se esperaba, dió el asalto. Que el general Contreras había distribuído muchas copias de una orden suya entre la guarnición, y cree el coronel Skerrett que alguna cayó en poder del enemigo, y fué la causa del ataque repentino é inesperado. Que las tropas británicas se dirigieron el 29 hacia Villanueva, con intención de desembarcar, proteger á los habitantes y dar tiempo y medios de despachar oficiales á comunicar con el exército de Campoverde; pero una columna de caballería y unos 4.000 infantes franceses se presentaron á la vista. Que siguió el coronel Skerrett lo largo de la costa, dando indicios de desembarco para atraer hacia sí al exército francés, y facilitar al commodoro la comunicación con Campoverde; pero que el enemigo permaneció en Villanueva, sin duda para cortar toda comunicación. Que siendo, pues, opinión general que el coronel Skerrett no podía ya ser de ninguna utilidad, se dirigió éste hacia Menorca á hacer aguada con un transporte, que le acompañó, cargado de emigrados españoles; además, sus tropas se hallaban muy apiñadas y en mala situación, y su desembarco baxo ningún punto de vista hubiera mudado la faz de las cosas, ni contribuído al éxito feliz de la causa, para la que en su origen estaban destinados.

De todas estas noticias, extractadas con la más escrupulosa exactitud de la correspondencia original del coronel Skerret, se colige claramente la sinceridad y buen deseo con que las tropas británicas, destinadas al socorro de la plaza de Tarragona, hicieron cuanto les fué posible en desempeño de su comisión, sin omitir diligencia alguna para continuar mereciendo la gratitud, de que está penetrada la nación española respecto de su generosa aliada. No debe olvidarse que los diarios franceses son los que han dado al público la carta atribuída al general Contreras, y que esta sola circunstancia basta para hacer sospechosa su legitimidad, aun prescindiendo de otras consideraciones que ofrece su contexto. Los que se acuerden de la supuesta carta del general Taboada á lord Wellington, que los diarios franceses de agosto del año pasado insertaron en la relación oficial de los sucesos de España, tendrán un exemplo de lo poco que hay que fiar en las cartas de jefes españoles publicadas en los periódicos de Bonaparte, señaladamente cuando su contenido se dirige á debilitar la mutua amistad y confianza entre las naciones española é inglesa.

NÚMERO 10

Mientras en las afueras tenía lugar tan horrorosa tragedia por haber faltado á su palabra el comandante francés, en el interior de la ciudad se cumplía lo ofrecido por Suchet á sus soldados de incendiar, saquear, atropellar por todo sin respeto á lo más sagrado, y de asesinar por tres días consecutivos hasta no dejar alma viviente. Los sanguinarios Habbert y Montmari, fieles secuaces de tan inhumano jefe, confirmaron las órdenes que habían recibido, y aquella soldadesca desenfrenada, al grito de EGORGER, EGORGER, Y DE VIVA EL GRAN NAPOLEÓN Y VIVA EL GENERAL, se esparrama en confuso y desordenado tropel por las calles de la desgraciada Tarragona, entregándose á toda clase de excesos, animados por sus feroces instintos y sanguinaria venganza. Cuanto digamos no será lo que fué, y lo que fué no podemos expresarlo; faltan colores á nuestra paleta para pintar el cuadro de horrores, de sangre y fuego, de robo y violación, de martirios y muerte que en todos los puntos de la ciudad se cometían. Surcos de sangre que, engrosándose por instantes, formaban ríos que corrían por las calles como el agua en día de lluvia; cadáveres mutilados y miembros separados de sus troncos; cuerpos palpitantes y luchando con las angustias de la muerte; tormentos los más atroces inventados por aquellos caribes, y el rojizo resplandor de los edificios incendiados que alumbraban aquella escena de desolación y luto; columnas de humo enrogecido por el fuego; los ayes, los gemidos, los lamentos de las víctimas confundiéndose con los gritos, las imprecaciones y carcajadas de los verdugos; las detonaciones, el choque de las armas y el espantoso ruido de los edificios al desplomarse, mezclándose con las voces de perdón y llanto de las mujeres; las luchas á brazo partido; las corridas y, en fin, cuanto de inhumano, terrorífico y lastimoso pueda imaginarse, tenía lugar en las calles, plazas, templos y casas particulares de la antigua ciudad de los Césares (1). Si tratásemos de descender á pormenores, sería cosa de nunca acabar referir los actos heróicos al lado de los villanos; los humanitarios á los de barbarismo; los de abnegación á los de perfidia, y, por último, las luchas de la virtud contra la más desenfrenada licencia. Nada se respetaba y á nadie se perdonaba. Los desgraciados que eran descubiertos en algún escondrijo eran el blanco de la saña de los conquistadores. Unos eran lanzados de los tejados y ventanas, otros eran arrojados á las llamas, éstos cosidos á bayonetazos, aquéllos arrastrados y martirizados lentamente, aplicándoles antorchas ú otros combustibles encendidos á la boca y demás partes del cuerpo, de modo que era un bien morir de una vez. El clero, tanto secular como regular, tampoco se salvó por su carácter sagrado. A un padre franciscano que encontraron auxiliando á una religiosa moribunda, paseáronle por la Rambla entre dos filas, martirizándole contínuamente, y obligándole á saltar y brincar entre las risotadas de los soldados que le punzaban con las bayonetas, acabando por hacerle encender una hoguera y obligarle á arrojarse á las llamas, lo que ejecutó con el valor de un mártir, santiguándose antes é invocando el nombre de la Santísima

(1) La caballería, á todo galope, recorría las calles para que los herrados cascos de los caballos completasen la obra de las armas blancas y pusiesen término á las agonías de los que, conservando un resto de vida, yacían en un mar de sangre.

Trinidad (1). Este asesinato tan bárbaro fué seguido de muchos otros en cuantos religiosos encontraban.

En la Catedral, asilo de la humanidad doliente por haberse reunido en ella todos los hospitales de la Plaza, se habían refugiado más de ocho mil personas, creyéndose salvadas por ser un lugar sagrado; pero hemos dicho ya que nada se respetaba por los franceses, así es que, entrando en el templo en tropel, lo primero que hicieron fué arrojarse sobre los vasos sagrados y cuantas alhajas y reliquias de oro ó plata encontraron, sacando del sagrario la custodia, que rompieron contra el suelo, y metiéndolo todo en sacos que traían. Las sagradas formas rodaron por el suelo, y á los que prosternados las recogían, se les acuchillaba y martirizaba bárbaramente (2). Un niño de siete años que, huyendo del degüello, se refugió en la capilla del Santísimo Sacramento, al ver esparcidas por el suelo algunas sagradas formas, las recogió, y sin conocimiento de lo que hacía se las fué tragando. Parece que la Providencia quiso valerse de un inocente para que aquel Pan Eucarístico no fuese pisoteado por las turbas desenfrenadas (3). En todas las iglesias los franceses obraron del mismo modo.

Comparativamente al número de personas reunidas en la Catedral fué insignificante el de muertos, pues que cuarenta fueron las asesinadas; pero en cuanto á herir, maltratar y robar obraron del mismo modo, no habiendo quedado veinticinco personas que no fuesen heridas ó contusas. No hallando qué robar los que iban entrando, porque lo habían hecho otros primero, sacaban á los paisanos; y de éstos al rededor de la Catedral mataron unos setecientos. A otros les obligaron á pasar á sus casas en busca de dinero y alhajas que creían escondidas, y no encontrándolo, ó robándolo también, les asesinaban. A muchos les cargaban con las ropas y efectos para conducirlos á su campamento ó pueblos vecinos. Algunos que, huyendo del furor de aquella soldadesca desenfrenada, se habían refugiado en la torre de la Catedral, fueron arrojados por los ventanales. Los enfermos, los heridos y fracturados eran violentamente arrancados del lecho de dolor por la insaciable sed del oro y la plata que creían escondidos en los jergones. En las casas se destruían los muebles, se derribaban tabiques, se taladraban paredes en busca de tesoros que creían ocultos, asesinando á los dueños, que en su desesperación derramaban lágrimas de sangre. Pero no todos murieron sin defenderse, hombre hubo que hizo morder la tierra á diez franceses desde lo último de la escalera armado de un fusil, y cuando sucumbió al mayor número luchando desesperadamente, se cebaron en él haciéndole trizas. Aquí debemos correr un velo sobre las más obscenas y repugnantes escenas á que se entregaron los conquistadores con respecto á las mujeres; su torpe é inmundo proceder excedió al de los mismos salvajes, pues que sin distinción de clases ni categorías, ajenos á todo rubor, dieron rienda suelta á sus brutales pasiones, hasta en público, muriendo algunas por no poder resistir tanto tormento; pero no faltaron heroínas que prefirieron la

---

(1) Llamábase el P. Francisco Dordal. Durante aquella terrible noche fueron asesinados, sufriendo antes horrorosos tormentos, varios franciscanos, cinco dominicos, cinco trinitarios calzados, tres carmelitas descalzos y seis monjas, diez clérigos entre racioneros y beneficiados, algunos capellanes de regimiento y otros que se hallaban en Tarragona refugiados.

(2) El anciano D. Pablo Amill, párroco de la Catedral, y una religiosa en ella refugiada, fueron entre otros bárbaramente atormentados.

(3) Aquel niño, hombre ahora, es uno de los maceros del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, y á él mismo se lo hemos oído contar con todos sus pormenores.

muerte á la deshonra. No pocas se suicidaron arrojándose á las cisternas y algibes; algunas murieron luchando con sus raptores, y madre hubo que arrancada del sagrado asilo, después de haber entregado á un conocido que halló al paso el fruto de sus entrañas, se dió la muerte con la espada del mismo oficial que la arrebataba (1).

A las nueve de la noche entró el sanguinario Suchet, y sin internarse por la ciudad se volvió desde la Rambla; no fué efecto de horror ni compasión, como lo prueba haber confirmado la orden de devastación y asesinato, fué por temor de hallar la muerte por mano de algún vengador de tantos crímenes. La presencia del primer jefe del ejército conquistador hubiera podido imponer á toda aquella soldadesca desenfrenada, y servir de algún alivio á los malhadados tarraconenses; pero ajeno á todo sentimiento humanitario, gozóse en su obra de destrucción y muerte. Seis mil víctimas fueron inmoladas ante el altar de la patria durante aquellos tres días, indefensas é incapaces de resistencia la mayor parte. La historia recordará con los colores que se merece la figura del general Suchet.

Insensible éste á tanto horror, volvióse á su cuartel general de Constanti, insultando y apostrofando á cuantos prisioneros llegaban á él, y cual otro Nerón, gozábase en el incendio y ruinas de la infortunada Tarragona. En la mañana del día 29 establecióse una guardia en la puerta de la Catedral, haciendo salir á todos los soldados que continuaban su obra de devastación, con cuya medida parecía que podría respirarse con más libertad; pero las vejaciones no por esto cesaron, pues que continuamente se pedían listas de los enfermos, de los empleados, de gastos etc. etc. amén de cantidades que era imposible aprontar, cuyas órdenes debían cumplirse bajo pena de ser fusilados (2). Aquella misma mañana Suchet hizo venir de Reus al párroco y otros clérigos con las personas más visibles, en número de cincuenta y dos, escoltados por una partida de tropa, obligándoles á pasear por toda la ciudad para que presenciasen las escenas de horror que ofrecían sus calles, escarmentando con el ejemplo de tanta mortandad y cruel encarnizamiento que todavía continuaba. El día 30, no tanto por haberse cumplido los tres días decretados por el inicuo Suchet, como por no haber casi víctimas que sacrificar, excepto los que estaban guarecidos en la Catedral, ó quizá porque hartos de sangre y exterminio faltaban las fuerzas ya á aquella orda de cafres (3), cesó el degüello. Este había sido tal que todas las calles y plazas se veían cubiertas de cadáveres que, entrando algunos en putrefacción, fué preciso disponer quemarlos, y al efecto se encendieron hogueras en el llano de la Catedral para que las llamas consumiesen los inanimados restos de aquellas víctimas. Recogiéronse los muertos de algunas casas, y los hacían transportar á las piras por los mismos paisanos, viéndose más de un hijo obligado á ir cargado con el cuerpo de su padre y llevarlo para que lo consumiese el fuego (4). Por todas partes se veían los terri-

(1) Una joven soltera que ensortijó sus brazos entre los hierros del presbiterio, cayó cadáver con sus miembros descoyuntados antes de ceder á los impuros deseos de un soldado francés que á fuerza de tirones quiso arrancarla de allí.

(2) El Sr. Canónigo D. Ignacio Ribes fué sentenciado á muerte por el inhumano Montmari, y revocóla cuando ya estaba arrodillado para sufrirla.

(3) Así lo anunció en el *Diario de Barcelona* el mismo Suchet, quejándose de que, por cansancio de sus sanguinarios secuaces, no se hubiese dado entero cumplimiento á su execrable orden.

(4) Un tío paterno del autor de este episodio, después de haber rodado por un tejado yendo á parar al borde que daba á la calle, acosado y maltratado por un francés, pudo conseguir su salvación introduciéndose por un ventanal del desván; pero descubierto

bles efectos de tres días de devastación: prendas de ropa, muebles, utensilios, ruinas, sangre y fuego, un silencio sepulcral y una soledad espantosa reinaban dentro de una ciudad tan animada poco antes; tal fué el final del horroroso drama que se representó dentro de Tarragona; tal fué el pago que recibieron sus pruebas de fidelidad; tales fueron las consecuencias que sacó de haber sostenido por espacio de cincuenta y seis días un sitio sangriento. ¡Loor eterno á las heróicas víctimas de la independencia española; borrón é ignominia sobre los opresores del pueblo ibero en 1811! (1).

---

otra vez se le obligó á cargarse sobre los hombros el cadáver de su padre, asesinado en una de las habitaciones de la casa, para llevarlo al llano de la Catedral, en donde, sin consideración á las lágrimas que vertía, se le mandó que lo arrojase á las llamas. En su niñez el autor oyó contar varias veces el horroroso trance, y siempre con el terror que le inspiraba un acto tan inhumano.

(1) No podemos menos de consignar que, según informes de varias personas, los pocos actos humanitarios que se ejercieron, fueron debidos á verdaderos franceses, pues el ejército invasor se componía de soldados de distintas naciones.

APÉNDICE 11

Las críticas circunstancias en que se halla el Principado de Cataluña por la pérdida de la Plaza de Tarragona, movieron al General en Gefe interino de este exército á reunir en su casa alojamiento á los Generales D. José Miranda, Comandante de la division Valenciana; D. Juan Caro, Comandante General de la caballería; D. José de S. Juan, Gefe interino del estado mayor, y los Brigadieres D. Agustin Garcia Carrasquedo, Comandante General de artilleria; D. Manuel de Velasco, D. José Santa Cruz, y D. Pedro Sarsfield, para tratar lo que convendria hacer en razon de lo muy disminuido que ha quedado el exército, que solo ascenderá á quatro mil hombres escasos; la horrorosa desercion que se experimenta en él; á notarse un total desorden en los Pueblos del Principado; y á que la division Valenciana (en la que ha seguido la misma desercion quando observó que el movimiento no indicaba ser hacia su Pais como se le tenia ofrecido) devia regresar á su exército por haberlo exigido así su General en razon de tener su Reyno en descubierto; y vistos y meditados con reflexion todos estos artículos, votaron lo siguiente en la tarde del primero de Julio de 1811.

Dictamen del Brigadier Sarsfield.

Ninguna de las circunstancias ocurridas en el Principado desde la pérdida de la Plaza de Tarragona son de valor suficiente para impedir al exército de continuar la guerra en él, si nó con las mismas ventajas que hasta ahora, á lo ménos con gran perjuicio del enemigo. En este concepto, soy de dictamen (como lo seria aun quando las circunstancias fueren mas contrarias) que las tropas que restan se trasladen á la parte de Cataluña que mas convenga, y sigan hostilizando al enemigo, esperando en el interin la resolucion de las Córtes Generales.

No opino sea conveniente que la division Valenciana regrese á su Provincia, á ménos que la Junta del Principado carezca de los medios de surtirla con víveres, municiones, y demás artículos que necesite.—Pedro Sarsfield.

Dictamen del Brigadier Santa Cruz

Respecto de que ya se acordó en un anterior Consejo de Guerra que la Division Valenciana debia regresar á su Pais, podrá verificarlo auxiliada con parte de la caballeria, y las tropas correspondientes á este exército queden en el Principado.— José de Santa Cruz.

Dictamen del Brigadier D. Manuel de Velasco.

En atencion á lo que en el Consejo de Oficiales Generales convocado en este dia se sirvió proponer el Sr. General en Gefe de este primer exército, según consta en el encabezamiento para la votacion, es mi voto que con la Division Valenciana, que se retira á su Pais, lo execute igualmente toda la caballeria, y la corta Division de infanteria que ha quedado, exceptuando de ella los naturales del Pais, que baxo el gobierno y dirección que

juzgue conveniente el Señor General en Gefe dejar por el pronto establecido, deben quedar para continuar la guerra de montaña partidaria, análoga á la localidad del Pais y de las críticas circunstancias que en la actualidad se halla; este voto lo fundo en que habiendo ya tomado el enemigo la importante Plaza de Tarragona, único puesto fortificado en la costa, queda Cataluña sin comunicacion segura por mar, imposibilitada por consiguiente de recibir ningún género de auxilios; sin parques ni depósitos seguros para las subsistencias; sin hospitales, y lo que es mas doloroso, despues de lo agotados que están los recursos del corto resto del Principado, expuestos al saqueo freqüente del enemigo, los desórdenes y tropelias que se han notado en algunos Pueblos contra los militares y dependientes del exército; la continua y diaria desercion en este, particularmente de los catalanes que sirven; en el mal exemplo que de ello resulta y la mala disposición de los demás para emprender cualquiera operacion militar; por lo tanto, creo que en semejantes circunstancias solo queda el partido de hacer la guerra de montaña, que he dicho, por los naturales del Pais, para ir prolongándola lo posible, hasta que S. M. pueda atender, como es debido, á la recuperacion de una Provincia tan interesante al estado, y tan benemérita por sus notorios sacrificios en la actual guerra, para cuyo fin y otros contribuirá infinito el cuerpo de caballeria é infanteria que se retira, y que no puede subsistir con ventaja en el Pais, interin no varie el aspecto de la guerra en todo el resto de la Península.—Manuel de Velasco.

Dictamen del Brigadier Garcia Carrasquedo.

Con reflexion á que el Reyno de Valencia exige con Justicia que se le vuelva su Division; á que ya está resuelto que se verifique; á que la desercion que ha padecido la ha debilitado, y conviene protegerla, acompañándola el resto que queda del exército; á que es sumamente probable que continuará la desercion de este, y por consiguiente le será imposible sostenerse por sí solo, pues en el dia no llega á 4.000 hombres, sin que se pueda esperar que reciba auxilios, porque los Franceses son dueños de la costa; á que marchando unido á la Division de Valencia podrán sostenerse ambos, y servir para salvar aquel Reyno; á que si el Gobierno envia á Valencia los auxilios que pueden venir, se debe esperar que se consiga la salvacion de Cataluña con mas motivo si se salva la citada Division, y el resto de este exército con la desercion ó ataques de los enemigos; á que el exército y dicha Division solo tienen como quatro cientos mil cartuchos de fusil, sin poder esperar auxilios de las pequeñas Plazas, las quales no tienen ni con mucho su dotacion, porque á pesar de haberse mandado desde el 5 de Junio por el Excmo. Sr. General en Gefe, á representacion mia del 4, que viniesen de Tarragona en grande cantidad, y haberse repetido por mi solicitud del 13 que viniesen de Tarragona con otros varios pertrechos, solo han venido 300.000 cartuchos, que la artilleria del exército está reducida (por no haber cumplido el Comandante de aquel Canton las órdenes citadas) á un obus y dos cañones de batalla de á 4; á que no es posible en el actual estado del exército que sitia á Figueras, el qual asciende á cerca de 10.000 hombres, según noticias que ha tenido el General en Gefe; á que los enemigos conquistadores de Tarragona, los de Barcelona y demás del Principado han de tratar de encerrar y rendir el resto del exército, lo que lograrán si con toda prontitud no se emprende la marcha para ponerle

en salvo; á que los Gefes de todos los cuerpos, habiendo sido convocados ayer, expusieron veian muy desanimada la tropa, y mal dispuesta á quedarse, opinando que si no salia el exército, seria muy grande la desercion, cuyo anuncio ha empezado á verificarse, y con atencion á otras reflexiones que se han hecho en el Consejo, es mi dictamen que el único partido militar que debe tomarse para el bien de la Nacion, y tambien de la misma Cataluña, aunque por ahora le sea sensible, es que marchen para el Reyno de Valencia, con su Division, las tropas de linea de caballeria é infanteria, dexando á la consideracion del Sr. General en Gefe el que separe alguna tropa, que considere muy importante para auxilio é instruccion de los paysanos que deberán continuar la guerra con su modo destructor. Y por lo que respecta á las Plazas, puede disponer que se aumente su cortísima guarnicion con los mismos paysanos.—Agustin García de Carrasquedo.

Dictamen del General San Juan.

Consideradas con la detencion debida las circunstancias del Principado y del exército, que se halla aquel en un desorden próximo á la anarquia, y este con una desercion escandalosa, cuyos progresos son imposibles de atajar; la dificultad de las subsistencias, almacenes y demás que necesita un cuerpo de tropas regladas; la enemistad y rencor, que se aviva mas y mas entre el Pueblo y el soldado, y sobre todo, la desconfianza y temores que han manifestado los Gefes de los cuerpos, de que la desercion cunda y se propague hasta ser general: unidas estas razones á la de justicia de restituir al Reyno de Valencia su Division, opino: que en union á dicha Division debe salir del Principado la caballeria con la infanteria, que no sea Catalana, quedando esta con destino á las Plazas y sostener la guerra de partida, interin varian las circunstancias y se reciben refuerzos del Gobierno, pues vista la situacion actual del exército, es seguro que siguiendo en regla de proporcion con las dos noches anteriores la desercion, en otras dos queda enteramente desvanecido y disuelto quanto puede ser útil unido, y aumentando la fuerza de otro modo á donde se le destine, mayormente la caballeria, que en número de mas de mil combatientes puede proporcionar grandes ventajas, quando aquí quedaria totalmente exterminada por falta de subsistencia, y nunca reunir infanteria bastante para sostenerla.—José San Juan.

Dictamen del General Caro.

Que no solamente la Division Valenciana debe regresar á su exército, protegida, quando no por el todo de la caballeria, á lo ménos por grueso de ella, mas tambien en algunos de los cuerpos de este exército que no siendo provinciales procurarán desertarse á otro Reyno, viendo el deplorable estado en que se halla dicho su exército, y á la poca ó ninguna armonia que reyna entre este y el paysano; y que con el resto de las tropas se haga la guerra de partidarios, que es la única que por el local del Principado y de sus naturales puede hacerse; este es mi voto, atendiendo á las razones expuestas por el General en Gefe.—Juan Caro.

Dictamen del General en Gefe.

Mi voto es de sostenerse en la Provincia con la fuerza que nos quede, á esperar los auxilios del Gobierno ó su determinacion, con el objeto de cubrir las Plazas en caso que los enemigos quieran hacer un movimiento sobre ellas; como para contener el desorden que se advierte en los Pueblos, y en el interin hostilizar al enemigo en quanto dependa de nuestras fuerzas. El Marques de Campo-verde.

Resulta, por votacion de quatro contra tres, la salida del exército, exceptuando los cuerpos Catalanes ó los que señale el Sr. General en Gefe, y lo firmaron, ménos el General D. José Miranda, que asistió protestando que no debia asistir por no ser de este exército, y tratarse asuntos correspondientes á este.—El Marques de Campo-verde.—Juan Caro.—José San Juan.—Agustin Garcia Carrasquedo.—Manuel de Velasco.—José Santa Cruz.—Pedro Sarsfield.

NÚMERO 12

Gaceta de la Regencia de España é Indias del jueves 25 de julio de 1811.

ESPAÑA

México 25 de abril.—Parte del teniente coronel D. Simón de Herrera, gobernador interino de Monclova, al brigadier D. Nemesio Salcedo, comandante general de la provincia de Coahuila, sobre la prisión de D. Miguel Hidalgo y sus cómplices.

«Con fecha de 21 del corriente, dí parte á V. S. del glorioso ataque que con la mayor bizarría y denuedo dieron las tropas y vecinos de esta provincia sobre el exército de insurgentes; y como ofrecí á V. S. detallarlo luego que me hallase con noticias suficientes para ello, lo verifico ahora, aunque no con la exactitud que quisiera, por serme todo tiempo corto para atender al cúmulo de graves ocurrencias, que las más demandan mi propia personalidad.—El 19 del corriente, en la tarde, salió de esta villa el capitán retirado D. Ignacio Elizondo, á la cabeza de 342 soldados veteranos, milicianos y vecinos, llevando de segundo al teniente D. Rafael del Valle, y de subalternos al alférez D. José María Uranga, teniente D. Antonio Griego, el de la misma clase D. José María González, á los alféreces D. Nicolás Elizondo, D. José María Ximénez y D. Diego Montemayor, y por jefes de los paisanos á D. Tomás Flores, administrador de rentas unidas de esta provincia, y al justicia de San Buenaventura D. Antonio Rivas; y disponiendo la formación de estas tropas en el mejor orden que se pudo, marchó el referido comandante con ellas hasta avanzarse un poco más allá del puesto de Bajan, en donde á las 12 del día siguiente camparon, con seguras noticias de que al subsecuente debía llegar á aquel puesto el enemigo, por no haber otro aguaje, baxo cuyo conocimiento se preparó para recibirle la feliz mañana del 21, valiéndose del ardid de esperarlo con apariencias de un recibimiento obsequioso para conducirlo á esta capital, cuyo aviso anticipadamente se había dado al general Ximénez.

Con tal disposición y la de formar en batalla la mayor parte de la tropa, dexó el comandante á su retaguardia un piquete de 50 hombres, y puso á la vanguardia 8 de indios en el número de 39, compuestos de comanches, mescaleres y de los de la misión de Pellotes, bien advertidos del modo en que debían operar.—A las 9 de la mañana se dió vista á la vanguardia enemiga, que se componía de un fraile mercenario, un teniente y cuatro soldados de las tropas de esta provincia, que habían emigrado al exército insurgente, y saludándose mutuamente sin recelar cosa alguna, siguieron la marcha hasta donde se hallaba la retaguardia; y estando en ella, se les intimó su rendición, lo que obedecieron sin réplica. Seguía á éstos un piquete como de 60 hombres, con quienes se practicó la misma operación, desarmándolos y amarrándolos sin pérdida de momento. Tras de éstos rodaba un coche con unas mujeres, escoltado por 12 ó 14 hombres, quienes haciendo armas para ofender á nuestra tropa, correspondió ésta, desbaratándolos enteramente con muerte de tres y prisión de los restantes. En este orden fueron entrando hasta 14 coches con los generales, frailes y clérigos que constan de la relación núm. 1, y al llegar en el que venían Allende, que se titula genera-

lísimo, Ximénez, capitán general, Arias y el hijo de Allende, tenientes generales, se les intimó que se rindiesen: y no obedeciendo Allende, sino antes tratándolos de traidores, hizo fuego con una pistola á Elizondo, quien hurtando el cuerpo y quedando sin lesión, mandó correspondiese su tropa, de cuyas descargas resultó muerto el hijo de Allende, y herido de toda gravedad Arias, lo que observado por Ximénez, se arrojó del coche dándose por preso, y suplicando parase el fuego, en cuya virtud se amarró á éste y á los demás, y fueron remitidos á la retaguardia.—Cerraba la de ellos el cura Hidalgo, que con la escolta de 20 hombres, mandados por un asesino nombrado *Marroquín*, marchaba con las armas presentadas, á quienes luego que llegaron al punto donde estaba el comandante Elizondo, se les intimó que se rindiesen y lo verificaron sin resistencia. Reunidos en un punto toda la gavilla de los perversos insurgentes de que queda hecha referencia, y quedando parte de la tropa en su custodia, avanzó Elizondo con 150 hombres á encontrarse con la artillería que traía en buen orden, colocada á retaguardia y guarnecida con cerca de 500 hombres. A un cuarto de hora de marcha dió con ellos, y diciéndole al que la mandaba que se rindiese, la contestación fué prepararse para aplicar las mechas á los tres cañones que formaban la retaguardia: lo que observado por Elizondo y algunos indios que le acompañaban, se arrojaron precipitadamente sobre los artilleros, dando muerte Elizondo á uno de ellos, y los indios á los otros con las lanzas. Intimados sobremanera los restantes, se pusieron en fuga unos y pasaron á nuestro campo otros, contándose entre ellos muchos soldados veteranos, milicianos y paisanos que se habían trasladado á los insurgentes en el campo de Aguanueva. En tal situación, dió orden Elizondo de perseguir á los prófugos, valiendo esta diligencia para hacerse de los más, y apoderarse de la artillería, á que se contrae el documento núm. 2, recogiéndose los pertrechos que refiere el núm. 3, los guiones y una bandera con la cruz de Borgoña, y de consiguiente los atajos de plata acuñada que conducían en medio de los coches y columna que á pie y á caballo marchaban, cuya suma asciende á más de 500 000 pesos según parece, por no haberse podido reconocer su totalidad.—El número de prisioneros llega á 893, comprendidos entre éstos muchos que se intitulan coroneles mayores, etc., todos de la peor especie de hombres que ha pisado este suelo americano; y el de los generales, jefes, frailes y clérigos se refiere en la relación núm. 4.—Tengo dicho á V. S. que á la partida llevada por el comandante Elizondo la reforcé con otras al cargo del capitán retirado D. Pedro Nolasco Carrasco, y teniente coronel D. Manuel Salcedo, quienes aunque no llegaron á las horas de la acción, fueron de suma utilidad para custodiar aquella noche los reos, avanzar partidas de precaución, poner guardias de seguridad, recoger caballada y hombres dispersos, acreditando en todas estas operaciones el expresado teniente coronel D. Manuel Salcedo el talento militar que posee y la actividad, celo y patriotismo que le es característico.—En mi concepto, es tan brillante la acción de Elizondo y sus subalternos, que para su recomendación no necesito otra cosa que detallarla: en ella se encuentra valor extraordinario, suma intrepidez, acendrado patriotismo, y un arrojo tan inimitable que ha valido nada menos que quitar de la patria los monstruos sanguinarios que abortó para su destrucción. Este servicio tan extraordinario me impone la más estrecha obligación de recomendar á V. S. el mérito de todos los oficiales, tropa y honrados vecinos que concurrieron á la acción, tan entusiasmados y dispuestos á batirse, que se trabajaba para contenerlos, y considerando que todos deben ser premiados, la bondad de V. S. lo

verificará con los que refiere la adjunta minuta núm. 5 (1), que fueron quienes pusieron en la mejor disposición á las tropas y pueblo para que sacudiesen el tirano é insurgente yugo que les oprimía, con detrimento del dominio y soberanía que por más de 300 años tiene el legítimo y digno sucesor del trono de España nuestro suspirado Rey el Sr. D. Fernando VII.—El número de insurgentes muertos se ignora hasta ahora, porque habiendo huído por las serranías y malezas inmediatas al campo de la acción, fueron muertos á manos de los indios, y no se ha podido dar con los cadáveres, pero no baxan de 30 á 40 los que perecieron.—Después de la noticia que tuve de lo gravemente herido que quedaba el cabecilla Arias, me han dado parte de que ha terminado la carrera de su vida.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Monclova 28 de marzo de 1811.—Herrera.»

Núm. 1. Relación de los individuos aprehendidos en la derrota que padecieron los insurgentes en el paraje llamado de Bajan el día 21 de marzo de 1811, por las tropas del Rey de la provincia de Coahuila:

Religiosos. Fr. Bernardo Conde, franciscano. Fr. Gregorio de la Concepción, carmelita. Fr. Pedro Bustamente, mercenario.

Clérigos. D. Miguel Hidalgo, exgeneralísimo. D. Mariano Ballera, teniente general. D. Francisco Olmedo, D. Nicolás Nava, D. José María Salcedo, D. Antonio Ruiz, D. Antonio Belan, D. Ignacio Hidalgo.

Seculares. D. Ignacio José Allende, generalísimo. D. Mariano Ximénez, capitán general. D. Juan de Aldama, teniente general. D. Manuel Santa María, mariscal. D. Mariano Abarolo, mariscal. D. Nicolás Zapata, mariscal. D. Francisco Lanzagorta, mariscal. D. Vicente Valencia, director de ingenieros. D. Manuel Ignacio Solís, intendente de exército, con 22 de servicio. D. Onofre Portugal, brigadier. D. Juan Bautista Carrasco, brigadier, D. Juan Ignacio Ramón, brigadier. D. José Santos Villa, coronel. D. Manuel Chico, coronel retirado. D. Pedro León, mayor de plaza. D. Vicente Saldierna, teniente coronel retirado. D. José Miguel Arroyo. D. Antonio Alvarez Vega, sargento mayor retirado. D. Vicente Acosta, sargento mayor. D. Mariano Olivares, teniente coronel. D. José María Echáis. D. Carlos Cepeda, coronel. D. José de los Angeles, teniente. D. Mariano Hidalgo. D. Valentín Hernández, alférez. D. Ignacio Chávez, capitán honorario. D. José Antonio Navaen, alférez lic. D. Ramón Garcés, íd. D. Manuel Garcés. D. Antonio Nieva. D. Gerónimo Balleza. D. Joaquín Ximénez. D. Teodoro Chavell. Don Francisco Pastor. D. José María Canal. D. Vicente Frías. D. Pedro Taboada. D. Juan Echáis. D. Sebastián Conejo. D. Manuel María Lanzagorta, lic. D. José María Chico. D. Luis Montes, Lic. D. José María Letona. D. Jacobo Arnado, teniente coronel. D. Luis Malo, coronel. D. José María Segura, sargento mayor. D. Francisco Mascareñas, coronel. D. Luis Lara, teniente coronel.

Núm. 2. Razón de la artillería tomada á los insurgentes en la derrota que padecieron el 21 de marzo de 1811:

Veinte y cuatro cañones de á 4, 6 y 8 montados; tres ídem pedreros desmontados.

Núm. 3. Razón de las municiones y pertrechos de guerra que se tomaron á los insurgentes:

Diez y ocho tercios de balas; 70 cartuchos para cañón; 22 caxones de pól-

(1) No se ha recibido esta minuta.

vora; 5 carros, de los cuales están 2 forrados en hoja de lata, en que venían las municiones.

Núm. 4. Razón de algunos de los individuos que se aprehendieron en la derrota que padecieron los insurgentes en el paraje llamado de Bajan el día 21 de marzo, los mismos que conduce el comandante general brigadier D. Nemesio Salcedo, el teniente coronel gobernador de la provincia de Texas D. Manuel Salcedo.

Religiosos Fr. Carlos Medina, franciscano de la provincia de San Luis de Potosí. Fr. Bernardo Conde, de la propia orden de la provincia de San Pedro y S. Pablo de Mechoacan. Fr. Gregorio de la Concepción, carmelita. Fr. Pedro Bustamante, mercenario.

Clérigos. D. Miguel Hidalgo, exgeneralísimo. D. Mariano Ballera, teniente general retirado. D. Francisco Olmedo. D. Nicolás Nava. D. Antonio Ruiz. D. Antonio Belan. D. Ignacio Hidalgo.

Seculares. D. Ignacio José Allende, generalísimo. D. Mariano Ximénez, capitán general. D. Juan Aldama, teniente general. D. Pedro Aranda, mariscal. D. Manuel Santa María, mariscal. D. Lanzagorta, mariscal. D. Vicente Valencia, director de ingenieros. D. Onofre Portugal, brigadier. D. Juan Bautista Carrasco, brigadier. D. José Santos Villa, coronel. D. Pedro León, mayor de plaza. D. Ignacio Camargo, mariscal. D. Mariano Hidalgo. Don Agustín Marroquín. D. Mariano Abarolo, mariscal. D. Luis Mereles, coronel.

APÉNDICE 18

Gaceta de la Regencia de España é Indias del sábado 27 de julio de 1811.

ESPAÑA

«Excmo. Sr.: Me cabe el honor de pasar á noticia de V. E. el parte circunstanciado de la brillante y gloriosa acción para las armas de S. M. C. y nación española, conseguida de los enemigos en la provincia de Alava, y casi á las puertas de la ciudad de Vitoria el 25 de mayo de este año, y es como sigue:

Había reunido todas mis fuerzas en la ciudad de Estella el día 22 del presente con el designio de darlas el destino conveniente, después de la acción última del Carrascal en el día 17, de la que tengo dado á V. E. el correspondiente parte.

A la noticia de que 6.000 franceses, desde las ciudades de Pamplona y Tudela, habían formado el designio de venir contra mí por distintos puntos, por cuanto les causaba no pequeño cuidado mi estancia en Estella, traté de abandonarla, no sin proyecto superior. Dexé que por entonces siguiesen los franceses su destino, y me dirigí con los batallones primero, segundo y tercero y caballería á ocupar el pueblo de Orbizu el 23 por la mañana, en el que pernocté. El cuarto batallón tomó diferente rumbo, porque así convenía á mis designios. En este pueblo, que es el primero de la provincia de Alava, fuí hecho sabedor por mis confidentes, que el mariscal Massena debía llegar á Vitoria y pasar á Francia escoltado de 9.000 hombres. Quise hacerle conocer á este *angel de las victorias* que mi división no le temía, á pesar de lo decantado de sus triunfos. En Orbizu quedó con alguna indisposición mi segundo D. Gregorio Cruchaga: este valiente soldado y digno comandante de mi división, se hallaba días hacía enfermo; pero su ardor militar, que á todo trance le conduce á la campaña, no le permitió por esta vez seguirme, á pesar de que él y yo lo deseábamos. Inmediatamente dispuse mi salida para el lugar de Maestu, donde dí de comer á mi tropa. A las 5 de la tarde del 24 llegué al puesto de Azazeta, donde hice alto hasta las 8 de la misma, por cuanto unos llanos, no distantes de Vitoria, me exponían á ser descubierto por el enemigo ó por sus espías, si los pasase de día. Era mi intento no entrar en pueblo alguno, ya por no comprometerlo á dar parte al enemigo de mi tránsito, según lo tiene á todos baxo rigurosas penas, y ya también por llevar una marcha más expedita, desviando los inconvenientes que se siguen del tránsito por los pueblos, á pesar de la vigilancia de los jefes. Consideraba que mi marcha era más trabajosa, pero también más segura. Tampoco quise pedir raciones por dichos motivos. A las 4 de la mañana del 25 llegué al monte que llaman de Arlaban, término entre Alaba y Guipúzcoa, y después de haber reconocido el terreno, aposté el tercer batallón en el costado izquierdo del camino, el primero y segundo en el derecho, y el escuadrón de caballería en el llano cerca de la venta. Debía concurrir el cuarto batallón, y para esto le tenía destinada una arboleda que debía cubrir con el designio de sorprender la retaguardia cuando la ocasión lo pidiese. A las 6 de la mañana recibí un expreso de la llegada de Massena á Vitoria y de su detención en ella: se me decía también que en la misma y breve rato, se disponía á salir un gran convoy compuesto de dos

coches, en uno de los cuales venía un general, y en el otro un coronel, un teniente coronel y dos mujeres, escoltado de 2.000 infantes y 200 dragones, que conducían 1.100 prisioneros españoles, hechos en diferentes puntos. Me alegré con esta noticia que me proporcionaba, si conseguía libertarlos, dar á conocer á mis compañeros de armas el interés que tomo en su libertad, no menos que en su alivio. A las 8 de la mañana se dexó ver la vanguardia enemiga, compuesta de 100 infantes y 20 caballos, á la que dexé paso libre por no alarmar al resto de la tropa que venía. A ésta siguióse luego, y á corta distancia, una pequeña partida compuesta de 30 infantes y 12 caballos, la que igualmente pasó. Llamaban mi atención los prisioneros españoles, y no era otro mi objeto que su libertad: ésta la apetezco más que la prisión de todos los enemigos.

Así que llegó el grueso con los prisioneros, convoy de carros y uno de los coches, mandé romper el fuego al tercer batallón, lo que ejecutó con el mayor primor, matando á una porción considerable de enemigos que formaban el centro. A retaguardia venían 600 de éstos con 160 caballos y el otro coche; así que se vieron atacados éste y los caballos que al parecer le acompañaban, huyeron precipitadamente á Vitoria, quedándose los de infantería para oponérseme. Entretanto, las descargas cerradas del tercero, y la valentía y ardor del primero y segundo batallón ponían en la mayor confusión y apuro al enemigo, especialmente á unos 800 que se habían replegado junto al convoy, haciéndome un fuego vivísimo al resguardo de una porción de carros que igualmente venían con los coches. Los prisioneros españoles al ver atacados de firme á los que los conducían, después de haberse echado en tierra á la primera descarga, volaron en alas de su libertad á los brazos de mis soldados, quienes los recibieron gustosos: «vosotros sois, les decían, nuestros redentores cuando estábamos privados de recursos, y cuando no nos quedaba ninguna esperanza», con otras muchas expresiones de júbilo y alegría nacida del más vivo reconocimiento. Yo me dirigí á reconocer el coche á pesar del terrible fuego del enemigo, intimé la rendición á los que iban en él, pero el coronel Laffite y teniente coronel franceses tuvieron la osadía de defenderse con sus sables, que no les valieron, quedando muerto el teniente coronel, y prisionero y herido Laffite y mujeres que iban con él. Mi caballería, entrando á degüello, esparció por todas partes el terror y la muerte, dexando el campo cubierto de cadáveres, pues fueron más de 130 los enemigos que ella sola degolló. La infantería, á pesar de la resistencia de la enemiga, ganando terreno y disputándoselo á la bayoneta, se abalanzó á los carros que componían el convoy, quedando éstos en su poder. Parte de los 600 franceses que venían con el coche del general y caballos, después de la huída precipitada de éstos á Vitoria, tomaron una altura, desde la que me incomodaron bastante: pero á pesar de esto, no pudieron impedir que mis soldados hiciesen su deber, apresando cuantos conducían. No tuvieron mejor suerte 200 franceses que, al auxilio de los dichos, salieron de la guarnición de Salinas: después de haber sido muertos y heridos una porción de ellos, y desalojados de las alturas que también habían ocupado á una con los que habían pasado á vanguardia y con quienes se habían reunido, fueron perseguidos hasta las puertas de Salinas, y encerrados en este pueblo por una parte de mi infantería. El cuarto batallón, que no obstante de haber andado 15 horas en marcha seguida por hallarse en la acción, llegó cuando estaba ésta decidida á mi favor, no dexó sin embargo de sorprender á los pocos franceses que quedaron. Mandé á un comandante que, á pesar del cansancio de su jefe y venir éste en ayu-

nas, entrase á perseguirlos, y en efecto les hizo algún fuego, pero no pudo pasar adelante, como ni tampoco el resto de mi tropa, por el refuerzo que llegó al enemigo desde Vitoria, mandado por un coronel con 4 violentos y porción considerable de caballos. De nuevo reforzados los de Salinas con parte de las guarniciones de Mondragón é inmediatas, salieron á hacerme frente por los costados. Para este tiempo había mandado retirar á los batallones primero, segundo y tercero, quedando el cuarto con la caballería formada en medio del camino, quienes al ver á aquéllos, los persiguieron á bastante distancia, obligándolos á replegarse á sus guarniciones sin haber hecho cosa de provecho. El fuego duró desde las 8 de la mañana hasta las 3 de la tarde, hora en que, por la fatiga de mis soldados, que se hallaban sin comer ni beber desde las 10 de la mañana del día anterior, y jornada de toda la noche, como también por poner en salvo á los prisioneros españoles y conducirlos á paraje donde pudiesen descansar y tener algún alivio, me pareció del caso retirarme á Zalduendo á seis horas del sitio del ataque.

El campo de batalla presentaba el cuadro más horroroso: no se veían en él sino cabezas y brazos separados de su tronco; muertos y heridos á centenares; muchos caballos en igual estado, y bastantes carros hechos pedazos. El enemigo ha perdido cuanto conducía, apenas de los 2.000 infantes y 200 caballos que salieron de Vitoria habrán vuelto la mitad; los restantes han quedado muertos, heridos y prisioneros. Entre los muchos muertos de los franceses, se halla un edecán que fué del general Castaños, juramentado al servicio de la Francia, llamado Valbuena. Este hombre cruel, á una con el vil español D. Francisco Mazarredo, había mandado afusilar á la salida del Guadarrama á 23 desgraciados prisioneros españoles, que por falta de alimento no podían seguir. También el general Denzel, del estado mayor, que según he sabido mandaba el convoy, tuvo un caballo herido y otro muerto; igualmente han sido muertos y heridos muchos oficiales. Han quedado en mi poder el coronel Laffite que iba en el coche, siete oficiales, tres cirujanos, algunos sargentos y 100 soldados más. En los carros iban varias mujeres que pasaban á Francia, á quienes he dado libertad y tratado con el decoro que corresponde á su sexo. También tengo conmigo á un niño de pocos años, cuyo padre dice es coronel de dragones, llamado Mr. Subirand de Tras que se halla en Madrid. El convoy apresado no dexa de ser de bastante valor. Conservo en mi poder varias alhajas de plata y algunas piececitas de oro; también una carga de dinero; de lo restante se han aprovechado mis soldados á medida de la proporción que para ello se les presentaba; muchos se han llenado de oro; se han recogido muchas maletas llenas de ropa delicada; porción de mochilas; varias caxas de vestidos con otros efectos; una porción numerosa de balas con dos cargas de fusiles inservibles por ahora; también 20 caballos útiles y otras tantas mulas que tiraban los carros, y una porción grande de fusiles servibles. Todo esto no supone para mí tanto como la libertad que he dado á nuestros prisioneros. Puedo asegurar á V. E. que si me decidí al ataque fué únicamente por este motivo. Mis soldados son los primeros que aseguran querer más su libertad y el honor que por la misma les resulta, que todo el oro y plata de que se han cargado.

Todos mis oficiales y tropa han cumplido con sus deberes, como se vé del resultado de una acción tan brillante. Sin embargo, hay algunos que particularmente se han distinguido, entre éstos el subteniente de caballería D. Pedro Francés, que él solo degolló á siete enemigos; el soldado José Arozarena, que igualmente hizo por sí trece prisioneros, y el capitán del se-

gundo batallón D. Joaquín de Pablo, que se portó con la mayor bizarría en lo más vivo del ataque; también D. José Suesan y García, paisano, natural de este reyno, por la invención de los mosquetes, los que por la segunda vez han hecho una operación excelente, matando en la primera descarga á más de 20 enemigos, y en la segunda, dispersando enteramente á una columna bastante numerosa, que se formaba en medio del camino: mi pérdida ha sido de poco momento, y á no haber salido gravemente herido el comandante interino del escuadrón de caballería D. Pedro Bizarrón, que por su demasiado arrojo se metió en medio de los enemigos, podría reputarla por ninguna, pues apenas he tenido más que 3 muertos, 12 heridos y 3 caballos muertos. Massena, según me han informado, rabiaba de coraje en Vitoria; su presencia en esta ciudad no ha podido impedir el descalabro de los suyos.

La adjunta lista expresa los nombres de los oficiales prisioneros rescatados.—D. Lorenzo Ximénez, capitán de guardias Españolas; coronel Don Alonso Rivera, comandante de caballería del Infante; ídem D. Juan de Molina, teniente coronel de artillería; D. Fernando Garrido, comandante del noveno escuadrón de Castilla, jefe de partida; teniente coronel D. Domingo Pavía, del regimiento de León, infantería de línea; ídem D. Atanasio Ximénez, caballería de Cuenca; capitanes D. Juan Veguen, agregado á guardias Walonas; ídem D. Jorge Vestol, tiradores de Cuenca; teniente D. José Charron, infantería de León; ídem D. Juan Maroto, primero de Badajoz; ídem D. Vicente S. Pedro, infantería de Lobera; ídem D. Pedro Álvarez, infantería del Príncipe; ídem D. Juan Varela, primero de Sevilla; subteniente D. Tomás Galanaga, de Cantabria; ídem D. José Aguilar, infantería de Lobera; ídem D. Bautista Salbinach, primero de Barcelona; ídem D. Jacinto Miranda, infantería de Lobera; ídem D. José Varela, ídem; ídem Don Juan Obregón, dragones de Sagunto; ídem D. Francisco Blana, tiradores de Cuenca; ídem D. José Rodríguez, infantería de Lobera, capellán.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo del honor de Navarra, 31 de mayo de 1811.—Espoz y Mina».

NÚMERO 14

—

En 1830 se publicó en Italia un libro sin firma de autor ni pie de imprenta, por dirigirse á la sublevación de los italianos contra los gobiernos que se les había impuesto después de la caída de Napoleón; conjura en que entró su sobrino y sucesor en el Imperio. Ese libro lleva el título de *Della Guerra Nazionale D'Insurrezione per Bande, applicata All'Italia.* Los ejemplos que aduce son, como es de suponer, de nuestra guerra de la Independencia, y entre ellos se saca á luz la hazaña del brigadier Gasca.

Hé aquí como la recuerda el autor anónimo, que se disfraza con el sobrenombre de *Un amico del paese*: «Llamado, dice, después de la caída de Tarragona el general D. Luis Lacy, en reemplazo de Campoverde, al mando del ejército destruído, mientras se ocupaba en reorganizar las tropas restantes, se vió precisado, por serle imposible sostenerlo ni mantener los caballos, á despedir un cuerpo de caballería para que se uniera á otro ejército. El brigadier D. Gervasio Gasca mandaba aquella división, compuesta de doce oficiales subalternos (el parte oficial dice que eran 112), novecientos veintidós hombres con cuatrocientos noventa y nueve caballos, restos de los regimientos de Alcántara, dragones de Numancia, húsares españoles, cazadores de Valencia y húsares de Granada. Debían pasar á Aragón por la parte libre del país é incorporarse al primer ejército que hallaran. La relación de aquella marcha demuestra perfectamente la pericia del enemigo al ocupar las posiciones para mantener el dominio del país. Porque, aun estando tan próxima Valencia, tuvo Gasca que hacer una marcha de seis semanas y recorrer el espacio de setecientas cuarenta y cuatro millas para reunirse á un ejército español. Comenzó tan peligrosa retirada el día 25 de julio con caballos en el estado más miserable por falta de sustento, y sin un cuarto en caja para pagar á los soldados ni proveer á otros gastos. Las provisiones, como las confidencias, le llegaban por casualidad, la fuerza ó la compasión solamente, pues no tenía otros recursos para procurárselas.»

«Se encontró en *Grans* (Graus) con un pequeño cuerpo de enemigos, que entretuvo con parte de su fuerza mientras vadeaba el Esera por *Barazona.* Haciendo marchas larguísimas para evitar los avisos que pudiera recibir el enemigo, logró cruzar los ríos *Luenca* (Cinca) y *Gállego* sin oposición. Pero cuando se encontraba en el distrito de *Las cinco villas* de Aragón, supo que los franceses de *Barbastro* y *Huesca* habían estado observando sus movimientos y se reunían para destrozar su columna. Alargó sus marchas, tomó una dirección extraviada, haciéndolas circulares y no caminó sino de noche. A pesar de tantas precauciones, no pudo esquivar el ser atacado á media noche á la inmediación de la aldea de *Luesca* (Luesia), sin saber por qué fuerza. Pero también allí supo que el fuego procedía del pueblo y de una altura que dominaba el terreno por donde pasaba la columna. Gasca, hombre de ánimo fuerte, quería continuar la marcha á todo trance, luchando con el enemigo, pero vaciló la columna, entró en ella el desorden y no le fué posible á su jefe impedir la huída y la desbandada. Mas no por eso, con juicio y previsión, aprovechó, antes de que se efectuase, un momento para señalar un sitio apartado donde, sueltos ó en grupo, pudieran reunirse en término de tres días. Acordado así, él, con sólo doce hombres, emprendió también la fuga. La retirada fué precipitada, no pensando ninguno más que

en su propia salvación. A pesar de eso, al tercer día todos se encontraron en el punto indicado para su reunión, en lugar rodeado de bosque y á las faldas de una montaña. Apenas volvió á ponerse en marcha la columna, cuando se apresuraba á impedirle el paso del Gállego un cuerpo de mil infantes y trescientos caballos que mandaba el general polaco Clopiski. Pero Gasca, para evitarlo, se trasladó rápidamente á Navarra. Y no pudiendo efectuar el paso del Ebro sin la cooperación de alguna partida, dirigió inmediatamente despachos á Mina pidiéndole su indispensable ayuda. Durante tres días permaneció en Eybar (Aibar) esperando la respuesta, reuniéndosele tres destacamentos de caballería de aquel distinguido cabecilla (condottiero), para darle auxilio y servirle de guía. El conocimiento del país le fué muy ventajoso, y con una marcha rápida é inesperada se dirigió Gasca á uno de los vados de aquel río, cuyas aguas iban muy crecidas, por lo que la tropa se vió en en la necesidad de pasarlo á nado. El paso, sin embargo, se verificó, y Gasca emprendió una marcha circular que duró desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la mañana siguiente, para ponerse fuera del alcance de las guarniciones de *Tafalla, Caparroso y Tudela*. Haciéndose así menos inminente el peligro, si bien no menos grande, Gasca hacía marchas más cortas, y según los avisos que se procuraba respecto á los movimientos del enemigo, variaba la dirección en los suyos. Por tal modo, transcurridas seis semanas de peligros y disgustos que son pocos los pueblos que pueden soportar, excepto aquellos que se resuelven á combatir por el santo amor de la patria, se unieron los españoles con el ejército de Murcia por el camino convergente de *Guadalajara* y *Cuenca*, habiendo perdido cuatro oficiales, cincuenta y tres soldados y doscientos trece caballos, de quienes la mayor parte fué en la marcha nocturna camino de Luesia, cuando perdió la vista de la columna, muriendo varios de los caballos por el camino de la fatiga y el hambre.»

No está más explícito el parte oficial publicado en la *Gaceta de la Regencia* del 15 de octubre, ni contiene más detalles. Concluye así: «Elevo á noticia de V. E., para la de S. A. el Consejo de Regencia, este acontecimiento, acaso el más singular que se notará en la historia de estas campañas».

Antes había tenido lugar la expedición del conde de Alacha, si no tan larga, no menos gloriosa y feliz.

INDICE DEL TOMO X

Páginas

Páginas

